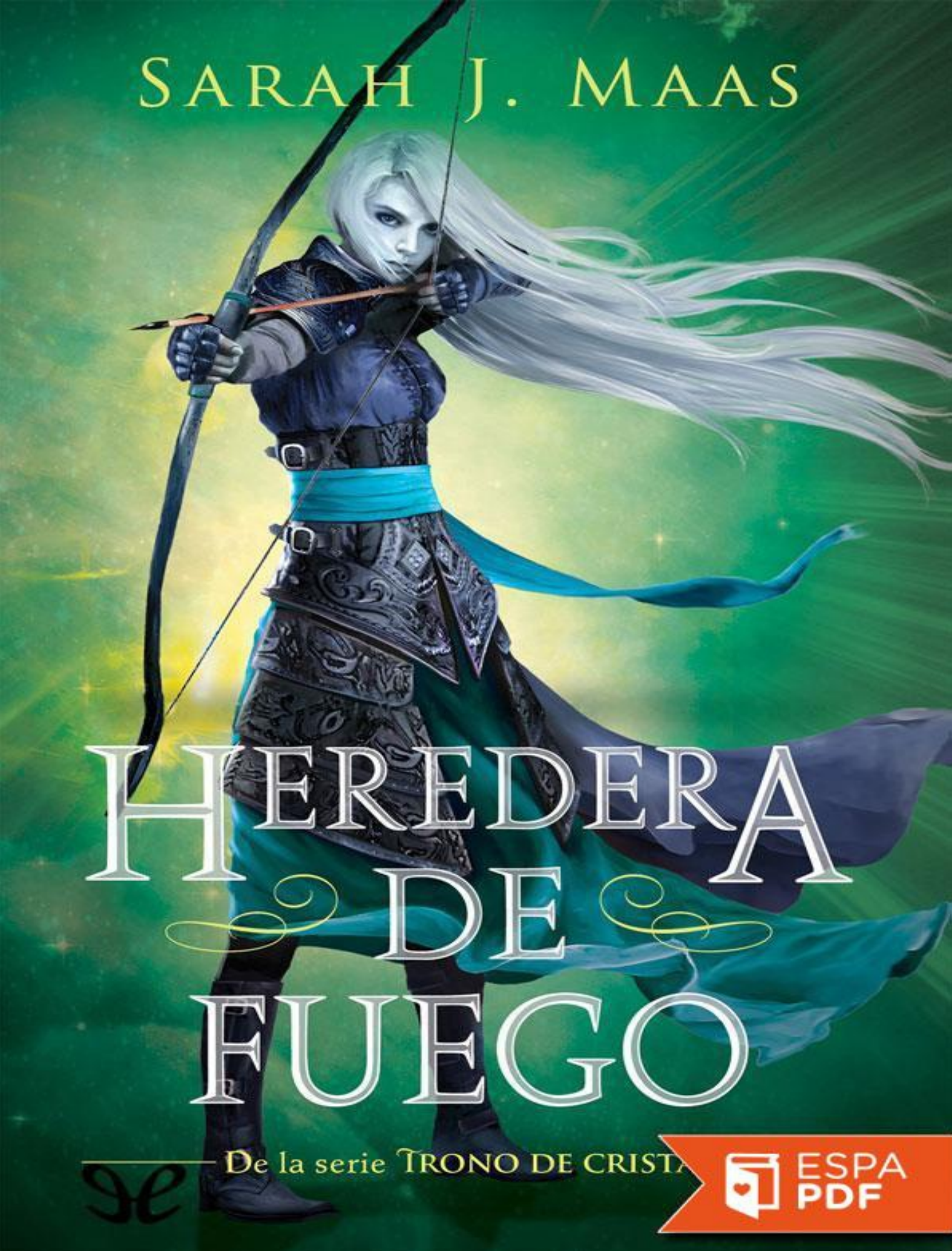
SARAH J. MAAS



HEREDERA DE FUEGO

De la serie TRONO DE CRISTA

ESPA PDF

Celaena Sardothien ha sobrevivido a mortíferos combates y a la demoledora experiencia del desamor, pero a un costo indescriptible. Ahora debe viajar a una nueva tierra para enfrentar su más oscuro pasado, una verdad sobre su historia que podría darle un vuelco a su vida, y a su futuro, para siempre.

Mientras tanto, brutales y monstruosas fuerzas se van reuniendo en el horizonte e intentan esclavizar su mundo. Para derrotarlos, Celaena debe hallar la

fortaleza no solo para combatir a sus propios demonios internos, sino para vencer al mal que está a punto de desencadenarse.

Sarah J. Maas

Heredera de fuego

Trono de cristal - 3

ePub r1.0

Titivillus 21.04.16

Título original: *Heir of Fire*
Sarah J. Maas, 2014
Traducción: Carolina Alvarado Graef
Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

Erilea
Amaroth
Frozen Wastes
The Ruins of Morla
Jungle of Morla
The Western Wastes
The Witch Kingdom
Briarcliff
Bogdano Jungle
The Deserted Land
Gulf of Oro
The Singing Sands
Yurpa
The Red Desert
Silent Assassins
Oasis of Barg
The Cleaver
Xandria
Noll
The Black Dunes
The Black Sands of Roth
volcano flows

Terrasen
North Sea
N
Wolf Tribe
Scathorn Mountains
Allsbrook
Rosamel
Orlynch
Suria
Anascaul Mountains
Perranch Mountains
Perranth
Frozen Wastes
Ruhmn Mountains
Endovier
Salt Mines
Meah
Great Ocean
Adarlan
Oakwald Forest
Mountains of Ararat
The Fedan Gap
The Silver Lake
Anielle
Rifthold
Avery River
To Wendlyn
White Fang Mountains
Morath
Fenharrow
Bellhaven
Melisande
Dead Islands
Skull's Bay
Calaculla
Lerida
Eyllwe
Grasslands of Eyllwe
Banjali
Stone Marshes

Nuevamente, para Susan,
cuya amistad cambió mi vida
para mejorarla
y le dio el corazón a este
libro.

PARTE UNO
HEREDERA DE CENIZA

Capítulo 1

¡Dioses!, esta lamentable imitación de reino era un infierno.

O tal vez así le parecía a Celaena Sardothien porque llevaba esperando en el borde del tejado de terracota desde

media mañana, haciéndose sombra sobre los ojos con un brazo, mientras se cocía lentamente al sol igual que las hogazas de pan sin levadura que los ciudadanos más pobres de esta ciudad horneaban en sus alféizares porque no podían pagar un horno de ladrillo.

Y, ¡dioses!, ya estaba harta de aquel pan: «teggya», lo llamaban. Estaba harta del crujiente sabor a cebolla que no se lograba quitar ni con varios tragos de agua. No quería volver a probar otro bocado de teggya en toda la eternidad. Y ni eso sería tiempo suficiente.

Más que nada porque era lo único que había podido pagar desde su arribo a Wendlyn dos semanas atrás, cuando se

encaminó hacia la capital, Varese, justo como le había ordenado su Gran Alteza Imperial y Amo del Mundo, el rey de Adarlan.

Cuando se le acabó el dinero, había recurrido a robarse los teggya y el vino de las carretas de los vendedores ambulantes. Se había quedado sin recursos poco después de divisar el castillo fortificado de piedra caliza, sus guardias de élite, las banderas azul cobalto ondeando tan orgullosamente con el viento árido y caliente. Entonces había decidido no matar a sus objetivos asignados.

Así que había recurrido al teggya robado… y al vino. El vino tinto y ácido

de los viñedos que bordean las colinas ondulantes en los alrededores de la capital amurallada. Era un sabor que inicialmente la había hecho escupir, pero que ahora disfrutaba con gran placer. En especial desde el día en que decidió que ya nada en particular le importaba.

Buscó entre las tejas de terracota a sus espaldas, intentando encontrar el ánfora de vino que había subido a la azotea esa mañana, tanteando, sintiendo, y entonces…

Maldijo. ¿Dónde demonios estaba el vino?

El mundo se ladeó cuando se recargó en los codos y el resplandor la

cegó. Las aves volaban en círculos sobre ella, pero mantenían una distancia prudente del halcón de cola blanca que llevaba toda la mañana posado sobre una chimenea cercana, esperando cazar su siguiente alimento. Abajo, la calle del mercado era un telar brillante de color y sonido: asnos que rebuznaban, comerciantes que ofrecían sus mercancías, ropas tanto extranjeras como locales y el sonido de las ruedas que chocaban contra el pálido empedrado. Pero dónde demonios estaba el…

¡Ah! Ahí. Metido debajo de una de las tejas rojas y gruesas para conservarlo fresco. Justo donde lo había

dejado hacía horas, cuando se había subido a la azotea del enorme mercado techado para estudiar el perímetro de los muros del castillo a dos cuadras de distancia. O lo que fuera que se había inventado para que sonara como algo oficial y útil antes de darse cuenta de que prefería tumbarse un rato en las sombras. Pero hacía mucho que esas sombras se habían chamuscado bajo el obstinado sol de Wendlyn.

Celaena intentó dar un trago al ánfora de vino. Estaba vacía, lo cual quizá fue una bendición, porque, dioses, la cabeza le daba vueltas. Necesitaba agua, y más teggya. Y tal vez algo para el labio reventado e increíblemente

adolorido y la mejilla raspada que se había buscado en la pelea de la noche anterior en una de las tabernas de la ciudad.

Quejándose, Celaena giró para quedar tendida y estudió la calle a diez metros abajo. Conocía ya a los guardias que la patrullaban: había registrado sus rostros y sus armas. Había hecho lo mismo con los guardias de los muros altos del castillo. Ya había memorizado los cambios de turno y cómo abrían las tres puertas enormes que daban paso al interior del castillo. Parecía que los Ashryver y sus ancestros se tomaban la seguridad muy muy en serio.

Había llegado a Varese diez días

antes, después de hacer el recorrido desde la costa. No se apresuró a llegar porque estuviera particularmente ávida de matar a sus objetivos, sino porque la ciudad era tan grande que ahí tendría mejores oportunidades de evadir a los funcionarios de migración, de quienes se había escapado en lugar de registrarse en su programa de trabajo tan pero tan benéfico. Apresurarse a llegar a la capital también le había proporcionado algo que hacer, lo cual le vino bien tras semanas en el mar, ya que no se había sentido con ánimo de hacer nada durante el viaje salvo recostarse en la cama angosta de su pequeño camarote, o bien ponerse a afilar su armamento con un

fervor casi religioso.

«Eres una cobarde y nada más que una cobarde», le había dicho Nehemia.

Cada movimiento de la piedra de afilar hacía eco a esta afirmación. Cobarde, cobarde, cobarde. La palabra la había seguido a lo largo de cada una de las leguas que recorrió mientras atravesaba el océano.

Había hecho un juramento, un juramento para liberar Eyllwe. Así que entre los momentos de desesperación y rabia y dolor, entre pensamientos sobre Chaol y las llaves del Wyrd y todo lo que había dejado detrás y lo que había perdido, Celaena había decidido un plan para cuando llegara a la costa. Un plan

que, a pesar de ser demente e improbable, tenía por intención liberar el reino esclavizado: encontrar y destruir las llaves del Wyrd que había usado el rey de Adarlan para construir su imperio terrible. Ella gustosa se destruiría a sí misma para lograrlo.

Solo ella y él. Tal como debía ser. Sin pérdida de vidas más allá de la propia, sin manchar otra alma salvo la suya. Se necesitaba un monstruo para destruir a otro monstruo.

Si se había visto obligada a estar aquí debido a las buenas, aunque malentendidas, intenciones de Chaol, entonces por lo menos encontraría las respuestas que necesitaba. Existía una

persona en Erilea que había estado presente cuando una raza conquistadora de demonios empleó las llaves del Wyrd, cuando las retorció para convertirlas en tres herramientas con un poder tal que habían permanecido escondidas por miles de años y casi habían desaparecido de la memoria: la reina Maeve de las hadas. Maeve lo sabía todo, como era de esperarse de alguien que es más viejo que el polvo.

Así que el primer paso del plan estúpido e imprudente de Celaena había sido simple: buscar a Maeve, conseguir las respuestas sobre cómo destruir las llaves del Wyrd y luego regresar a Adarlan.

Era lo menos que podía hacer. Por Nehemia, por… por muchas otras personas. No quedaba nada en su interior, ya nada en realidad. Solo cenizas y un abismo y el juramento inquebrantable que se había grabado en la carne, la promesa a la amiga que la había visto como lo que realmente era.

Cuando anclaron en la ciudad portuaria más grande de Wendlyn, no pudo sino admirar las precauciones que tomó el barco para llegar a la costa: esperaron hasta una noche sin luna y luego, mientras Celaena y las otras mujeres refugiadas de Adarlan estaban encerradas en la galera, navegaron por los canales secretos que atravesaban el

gran arrecife. Era entendible. El arrecife era la defensa principal que mantenía a las legiones de Adarlan fuera de estas costas. Llevar información sobre eso también formaba parte de su misión como campeona del rey.

Esa era la otra tarea que estaba agazapada al fondo de su mente: encontrar una manera de evitar que el rey ejecutara a Chaol o a la familia de Nehemia. Había prometido hacerlo si ella fracasaba en su misión de conseguir los planes de defensa naval de Wendlyn y si no asesinaba a su rey y príncipe en el baile anual de mediados de verano. Pero hizo a un lado todos estos pensamientos cuando anclaron y

condujeron a las refugiadas a tierra para que los funcionarios del puerto las registraran.

Casi todas las mujeres tenían cicatrices internas y externas, el brillo de sus ojos reflejaba los ecos de los horrores vividos en Adarlan. Así que incluso después de escabullirse de la tripulación del barco durante el caos del anclaje, Celaena permaneció en una azotea cercana mientras las mujeres eran conducidas a un edificio donde les ayudarían a encontrar hogar y empleo. Sin embargo, los funcionarios de Wendlyn podían llevarlas después a una zona apartada de la ciudad y hacerles lo que quisieran. Venderlas. Lastimarlas.

Eran refugiadas: indeseadas y sin derechos. Sin voz alguna.

Pero no se había quedado ahí solo por paranoia. No, Nehemia se hubiera quedado para asegurarse de que estuvieran a salvo. Al darse cuenta de esto, Celaena esperó hasta estar segura de que todas las mujeres estuvieran a salvo antes de emprender el camino a la capital. Aprender a infiltrarse en el castillo era algo simplemente para ocupar su tiempo mientras decidía cómo ejecutar los primeros pasos de su plan. Mientras intentaba dejar de pensar en Nehemia.

Todo había ido bien: conveniente y sencillo. Se escondió en los

bosquecillos y en graneros a lo largo del camino y recorrió el campo como una sombra.

Wendlyn. Tierra de mitos y monstruos, de leyendas y pesadillas encarnadas.

El reino en sí era una extensión de arena cálida y rocosa y bosques espesos que se iban haciendo cada vez más verdes conforme las colinas ondulaban tierra adentro e iban afilando sus cimas para formar picos imponentes. La costa y la tierra alrededor de la capital eran áridas, como si el sol hubiera horneado toda la vegetación salvo la más resistente. La diferencia con el imperio húmedo y congelado que había dejado

atrás era vasta.

Esta era una tierra de abundancia, de oportunidad, donde los hombres no tomaban todo lo que querían, donde las puertas no estaban cerradas y la gente le sonreía al prójimo en las calles. Pero a ella no le importaba gran cosa si le sonreían o no: no, conforme fueron pasando los días le empezó a resultar muy difícil sentir que algo le importaba. Toda la determinación, toda la rabia, todo lo que fuera que había sentido al dejar Adarlan había ido retrocediendo, la nada que ahora la carcomía lo había devorado.

Pasaron cuatro días antes de que Celaena viera la inmensa capital

construida entre las colinas: Varese, la ciudad donde su madre nació, el corazón vibrante del reino.

Aunque Varese era más limpia que Rifthold y tenía bastante riqueza repartida entre las clases superiores e inferiores, seguía siendo una capital, con arrabales y callejuelas oscuras, con prostitutas y apostadores, y no le tomó mucho tiempo encontrar su lado oscuro.

Celaena recargó la barbilla en sus manos mientras observaba a tres guardias del mercado que se habían detenido a conversar en la calle de abajo. Al igual que todos los demás guardias de este reino, iban vestidos con una armadura ligera y portaban una

buena cantidad de armas. Corría el rumor de que las hadas habían entrenado a los soldados de Wendlyn y los habían convertido en individuos implacables, astutos y rápidos. Y ella no quería averiguar si esto era verdad, por una docena de razones. Ciertamente parecían mucho más observadores que el guardia promedio de Rifthold, a pesar de que todavía no se habían percatado de la asesina entre ellos. Pero Celaena sabía que por lo pronto la única amenaza que ella representaba era para ella misma.

A pesar de que se cocinaba bajo el sol todos los días, a pesar de que se lavaba cada vez que podía en alguna de las muchas fuentes de la ciudad, todavía

podía sentir que la sangre de Archer Finn penetraba en su piel, en su cabello. Incluso con el ruido constante y el ritmo de Varese, podía seguir escuchando el gemido de Archer cuando le abrió el vientre en el túnel esa noche bajo el castillo. E incluso con el vino y el calor, todavía podía ver a Chaol, cómo el horror le retorcía el rostro al haberse enterado sobre su herencia del pueblo de las hadas y el monstruoso poder que podría destruirla fácilmente, al haber visto lo hueca y oscura que era en el interior.

Con frecuencia se preguntaba si él ya habría resuelto el acertijo que le había dicho en los muelles de Rifthold.

Y si habría descubierto la verdad… Celaena nunca se permitía avanzar tanto en sus cavilaciones. Este no era el momento para pensar sobre Chaol, o la verdad, o ninguna de las cosas que habían dejado su alma tan decaída y agotada.

Celaena se tocó suavemente el labio reventado y frunció el ceño hacia los guardias del mercado. El movimiento de su rostro hizo que le doliera más la boca. Se había merecido ese golpe en particular en la pelea que había provocado en la taberna la noche anterior. Le había pateado los testículos a un hombre con la fuerza necesaria para que se le atoraran en la garganta y

cuando recuperó el aliento este estaba furioso, por decir lo menos. Dejó de tocarse la boca y observó a los guardias por unos cuantos momentos. No aceptaban sobornos de los comerciantes, ni abusaban de ellos ni los amenazaban con multas como hacían los guardias y oficiales en Rifthold. Todos los oficiales y soldados que había visto hasta el momento se habían portado de manera similar… eran buenos.

De la misma manera que Galan Ashryver, príncipe heredero de Wendlyn, era bueno.

Mostrando un semblante de disgusto, sacó la lengua. Celaena le dedicó el gesto a los guardias, al mercado, al

halcón de la chimenea cercana, al castillo y al príncipe que habitaba dentro de él. Deseó que no se le hubiera acabado el vino tan temprano.

Había pasado ya una semana desde que supo cómo infiltrarse al castillo, tres días después de llegar a Varese. Una semana desde aquel día horrible en el cual todos sus planes se derrumbaron a su alrededor.

Una brisa fresca sopló a su lado y trajo con ella las especias de los vendedores de la calle cercana: nuez moscada, tomillo, comino, hierba luisa. Inhaló profundamente y permitió que los aromas le aclararan la mente nublada por el vino y el sol. Se escuchó un

repicar de campanas que flotó desde alguno de los poblados de las montañas y, en alguna plaza de la ciudad, un grupo de trovadores inició una melodía alegre de media mañana. A Nehemia le hubiera encantado este lugar.

Y de pronto, el mundo se transformó, el abismo que vivía dentro de ella se lo tragó. Nehemia nunca vería Wendlyn. Nunca caminaría por el mercado de especias ni escucharía las campanas de la montaña. Un peso muerto se posó sobre el pecho de Celaena.

Le había parecido un plan tan perfecto al llegar a Varese. En las horas que pasó descifrando las defensas del castillo real, se había debatido pensando

en cómo encontraría a Maeve para averiguar sobre las llaves. Todo había ido perfectamente, sin un error, hasta que…

Hasta que ese día maldito por los dioses notó que los guardias tenían un hueco en su defensa en el muro del sur todas las tardes a las dos y entendió cómo funcionaba el mecanismo de la puerta. Hasta ese día que Galan Ashryver salió cabalgando por las puertas, perfectamente a la vista desde donde ella estaba trepada en la azotea de la casa de un noble.

Lo que la detuvo en seco no había sido verlo, con su piel apiñonada y cabello oscuro. La razón tampoco había

sido el hecho de que, incluso a la distancia, alcanzaba a ver sus ojos color turquesa, iguales a los de ella y la razón por la cual se veía obligada a usar una capucha al transitar por las calles.

No. Había sido la manera en que la gente lo vitoreaba.

Vitorearlo, a su príncipe. Lo adoraban, con su sonrisa deslumbrante y su armadura ligera que relucía bajo el sol interminable mientras él y los soldados que venían cabalgando a sus espaldas se dirigían a la costa norte para continuar burlando el bloqueo con un navío. Burlar bloqueos. El príncipe, su objetivo, era un maldito rompebloqueos contra Adarlan, y su gente lo amaba por

eso.

Había seguido al príncipe y sus hombres por la ciudad, saltando de azotea en azotea, y hubiera bastado una flecha que atravesara esos ojos color turquesa y estaría muerto. Pero lo siguió hasta las murallas de la ciudad mientras escuchaba los gritos de apoyo que se hacían más fuertes y veía que la gente le lanzaba flores y todos se henchían de orgullo por su perfectísimo príncipe.

Había llegado a las puertas de la ciudad justo cuando las estaban abriendo para que él pasara. Y cuando Galan Ashryver se alejó hacia la puesta de sol, hacia la guerra y la gloria, dispuesto a pelear por el bien y la

libertad, ella se quedó en esa azotea hasta que él se convirtió en un punto en la distancia.

Después caminó a la taberna más cercana y se metió en la pelea más sangrienta y brutal que jamás había provocado, hasta que llamaron a un guardia de la ciudad y ella desapareció momentos antes de que todos fueran lanzados a los cepos. La sangre de la nariz caía por toda la camisa; escupió sangre en la calle empedrada y decidió entonces que no haría nada.

Sus planes no tenían caso. Nehemia y Galan hubieran conducido al mundo a la libertad, y Nehemia debería haber seguido respirando. Juntos, el príncipe y

la princesa, podrían haber derrotado al rey de Adarlan. Pero Nehemia estaba muerta, y el juramento de Celaena, su juramento estúpido y patético, no valía nada cuando había herederos queridos como Galan que podían hacer mucho más. Había sido una tonta al hacer ese juramento.

Incluso Galan… Galan apenas estaba haciendo mella contra Adarlan, y él tenía ya todo un ejército a su disposición. Ella era solo una persona, un desperdicio total de vida. Si Nehemia no había podido detener al rey…, entonces el plan, encontrar una manera de ponerse en contacto con Maeve…, ese plan era absolutamente inútil.

Afortunadamente, todavía no había visto a nadie del pueblo de las hadas, ni una maldita hada, ni siquiera un chispazo de magia. Había hecho lo posible por evitarlo. Incluso antes de que viera a Galan, se había mantenido alejada de los puestos de mercado que ofrecían toda clase de cosas, desde sanación hasta objetos o pociones. Estas áreas por lo general también estaban llenas de gente que hacía espectáculos callejeros y mercenarios que buscaban aprovechar sus dones para ganarse la vida. Había aprendido qué tabernas eran las frecuentadas por los que usaban magia y nunca se acercó a ellas. Porque a veces sentía un cosquilleo, una cosa

que se retorcía y despertaba en sus entrañas si notaba ese chisporroteo de energía.

Había pasado una semana desde que había renunciado a su plan y abandonado todo intento por interesarse en algo. Y sospechaba que pasarían muchas semanas más antes de que decidiera que verdaderamente ya estaba harta del teggya, o de pelear cada noche solo para sentir algo, o de beber vino agrio mientras se recostaba en las azoteas todo el día.

Pero tenía la garganta seca y el estómago le gruñía, así que Celaena se despegó lentamente de la orilla de la azotea. No lo hacía despacio por los

guardias que vigilaban, sino más bien porque la cabeza de verdad le estaba dando vueltas. No confiaba en que le importara su vida tanto como para evitar desplomarse.

Empezó a bajar por la tubería del desagüe hacia un callejón que salía a la calle del mercado y miró con rabia la cicatriz delgada que se extendía por la palma de su mano. Ahora no era ya sino un recordatorio de la promesa patética que había hecho en la tumba a medio congelar de Nehemia hacía poco más de un mes y de todo y todos a quienes les había fallado. Al igual que su anillo de amatista, que apostaba todas las noches y volvía a ganar antes del amanecer.

A pesar de todo lo que había sucedido, y del rol que tuvo Chaol en la muerte de Nehemia, incluso después de que ella misma destruyera lo que había entre ellos, no había podido deshacerse de su anillo. Ya lo había perdido tres veces en juegos de naipes, pero lo volvía a ganar, por los medios que fueran necesarios. Una daga colocada en posición para deslizarse entre las costillas por lo general era mucho más convincente que las palabras.

Celaena sintió un gran alivio al lograr poner los pies al fin en el piso del callejón, donde las sombras la cegaron temporalmente. Recargó una mano en la fresca pared de piedra para permitir que

sus ojos se ajustaran e intentó obligar a su cabeza a que dejara de dar vueltas. Un desastre: ella era un maldito desastre. Se preguntó cuándo se tomaría la molestia de dejar de serlo.

El hedor penetrante de la mujer le llegó a Celaena antes de verla. Luego los ojos grandes y amarillentos ya estaban frente a su rostro y un par de labios secos y partidos se abrió para sisear:

—¡Puerca! ¡Que no te vuelva a descubrir frente a mi puerta otra vez!

Celaena se replegó y parpadeó hacia la vagabunda y su puerta que… era solo un nicho en la pared lleno de basura y unos costales que seguramente eran sus

pertenencias. La mujer estaba jorobada, con el cabello sin lavar y unos ruinosos muñones por dientes. Celaena volvió a parpadear y pudo enfocar la cara de la mujer. Furiosa, medio loca y sucia.

Celaena levantó las manos y dio un paso hacia atrás y luego otro.

—Perdón.

La mujer escupió un montón de flemas hacia las piedras de la calle a tres centímetros de las botas polvosas de Celaena. No logró reunir suficiente energía para sentirse asqueada o furiosa, y se hubiera alejado de no ser porque se vio a sí misma cuando levantó la mirada apagada de las flemas y se fijó en la mujer.

Ropa sucia, manchada, polvosa y desgarrada. Por no mencionar que olía fatal. Y esta vagabunda la había confundido con… con otra vagabunda que competía por su espacio en las calles.

Bueno. ¡Qué maravilloso! Un nuevo fondo de fondos, incluso para ella. Tal vez le parecería gracioso algún día, si se molestaba en recordarlo. No podía recordar cuándo había sido la última vez que había reído.

Al menos sintió un poco de consuelo al saber que las cosas ya no podían estar peor.

Pero entonces se escuchó la risa grave de un hombre desde las sombras

detrás de ella.

Capítulo 2

El hombre —o el macho— del callejón era del pueblo de las hadas.

Después de diez años, después de todas las ejecuciones y quemas, un hada macho estaba avanzando hacia ella.

Hada pura y sólida. No había manera de escapar de él cuando emergió de las sombras a unos cuantos centímetros de distancia. La vagabunda del nicho y los otros que estaban en el callejón se quedaron tan callados que Celaena pudo nuevamente escuchar esas campanas repiqueteando en las montañas distantes.

Alto, de hombros anchos, cada centímetro de su cuerpo parecía cubierta de músculos, era un macho con poder en la sangre. Se detuvo un momento bajo un rayo polvoso de sol que hizo brillar su cabello plateado.

Como si sus orejas delicadamente puntiagudas y sus colmillos un poco alargados no fueran suficiente para

aterrorizar a todos en ese callejón, incluyendo a la vagabunda que ahora lloriqueaba detrás de Celaena, tenía un tatuaje de aspecto malévolo grabado en el lado izquierdo de su rostro áspero, con relieves de tinta negra contrastando contra su piel dorada por el sol.

Las marcas podrían ser simplemente decorativas, pero Celaena recordaba suficiente del lenguaje de las hadas para reconocerlas como palabras, incluso en una versión artística como esta. Empezando por su sien, el tatuaje fluía hacia la mandíbula y bajaba por su cuello, donde desaparecía debajo de la túnica clara y la capa que estaba utilizando. Celaena se imaginó que las

marcas continuaban por el resto de su cuerpo también, ocultas junto con al menos media docena de armas. Cuando buscó en su capa para sacar la daga que traía oculta, se dio cuenta de que podría ser guapo de no ser por la promesa de violencia en sus ojos color verde pino.

No sería correcto llamarlo joven, así como hubiera sido un error llamarlo de cualquier manera que no fuera guerrero, incluso sin la espada colgada a sus espaldas y los amenazantes cuchillos a sus costados. Se movía con gracia letal y con seguridad, buscando en el callejón como si estuviera entrando a un campo de batalla.

La empuñadura de la daga se sentía

cálida en su mano, y Celaena ajustó su posición, sorprendida de estar sintiendo… miedo. Y suficiente como para despejar la niebla espesa que le había estado nublando los sentidos estas últimas semanas.

El guerrero hada caminó por el callejón, sus botas de cuero a la rodilla avanzaban silenciosas por las piedras. Algunos de los transeúntes se hicieron hacia atrás, otros corrieron a la calle soleada, a puertas al azar, a cualquier parte para escapar de su mirada retadora.

Celaena sabía incluso antes de que su mirada penetrante se posara sobre la suya que estaba aquí por ella y quién lo

había enviado.

Buscó el amuleto del Ojo y se sobresaltó al darse cuenta de que no lo traía alrededor del cuello. Se lo había dado a Chaol, el único resto de protección que podía entregarle al marcharse. Probablemente lo había tirado a la basura tan pronto como dedujo la verdad. Entonces podía regresar al sitio seguro de ser su enemigo. Tal vez también le diría a Dorian y ambos estarían seguros.

Antes de poder ceder ante el instinto de subir rápidamente por la tubería del desagüe y de vuelta a la azotea, consideró el plan que había abandonado. ¿Algún dios habría recordado que ella

existía y había decidido lanzarle un hueso? Necesitaba ver a Maeve.

Bueno, pues aquí estaba uno de los guerreros de elite de Maeve. Listo. Esperando.

Y a decir del humor feroz que emanaba de él, no estaba muy contento de hacerlo.

El callejón permaneció tan quieto como un cementerio mientras el guerrero hada la estudiaba. Sus fosas nasales se abrieron un poco, como si estuviera…

Estaba olfateándola.

Ella sintió algo de satisfacción al saber que olía terrible, pero ese no era el olor que él estaba leyendo. No, era el olor que la marcaba como ella, el olor

de su linaje y sangre, y de qué y quién era. Y si él decía su nombre frente a esa gente… entonces sabía que Galan Ashryver vendría de regreso corriendo. Los guardias estarían en alerta máxima, y eso no era parte de su plan.

El infeliz parecía estar a punto de hacer justo eso, solo para demostrar que él estaba al mando. Así que ella hizo acopio de toda la energía que pudo y caminó hacia él, intentando recordar lo que podría haber hecho hacía unos meses, antes de que el mundo se hubiera ido al infierno.

—Bien hecho, mi amigo —ronroneó —. Bien hecho en verdad.

No hizo caso a las caras

sorprendidas a su alrededor y se concentró exclusivamente en él, que estaba en una posición tan quieta como solo la podían lograr los inmortales. Ella hizo que su corazón y su respiración se tranquilizaran. Él probablemente podía escucharlos, probablemente podía oler cada una de las emociones que surcaban su cuerpo. No había manera de engañarlo con bravuconerías, no en mil años. Probablemente ya había vivido ese tiempo. Tal vez tampoco habría manera de derrotarlo. Ella era Celaena Sardothien, pero él era un guerrero hada y probablemente llevaba mucho tiempo siéndolo.

Se detuvo a muy poca distancia. Dioses, era enorme.

—Qué sorpresa tan agradable —dijo con un tono de voz suficientemente fuerte como para que todos la oyeran. ¿Cuándo había sido la última vez que había sonado tan agradable? No podía siquiera recordar la última vez que había hablado en oraciones completas —. Pensé que nos íbamos a reunir en las murallas de la ciudad.

Él no hizo una reverencia, gracias a los dioses. Su rostro áspero ni siquiera se movió. Que pensara lo que quisiera. Ella estaba segura de que no se veía para nada como lo que le habían dicho que esperara, y seguramente él se había

reído cuando aquella mujer la había confundido con una vagabunda.

—Vámonos —fue lo único que dijo con su voz profunda y algo aburrida, que pareció rebotar en un eco proveniente de las rocas al darse la vuelta para salir del callejón. Ella hubiera apostado a que las braceras de cuero de sus antebrazos ocultaban cuchillas.

Podría haberle contestado de manera desagradable, solo para sondearlo un poco, pero la gente seguía observándolos. Él avanzó sin dignarse a ver a ninguno de los observadores. Ella no lograba decidir si se sentía impresionada o asqueada.

Siguió al guerrero hada hacia la

calle iluminada y por la ciudad bulliciosa. Él no prestaba ninguna atención a los humanos que detenían su trabajo y su andar y sus quehaceres para mirarlo. Ciertamente no esperó a que ella lo alcanzara al acercarse a un par de yeguas ordinarias atadas a un bebedero en una plaza ordinaria. Si la memoria no le fallaba, las hadas, por lo general, tenían caballos mucho más finos. Probablemente había llegado en otra forma y luego los había comprado en la ciudad.

Todos los miembros de la raza de las hadas poseían una forma animal secundaria. Celaena estaba actualmente en la suya, su cuerpo humano mortal tan

animal como las aves que circulaban sobre ellos. ¿Pero cuál era el suyo? *Podría haber sido un lobo*, pensó, *con esa túnica que fluía hasta medio muslo como una piel, con sus pisadas tan silenciosas. O un felino de montaña, con esa gracia de depredador*.

Se montó en la mayor de las yeguas y le dejó a ella una bestia moteada que parecía más interesada en buscar algo de comer que en cruzar el territorio. Ya eran dos. Pero ya habían avanzado lo suficiente sin ninguna explicación.

Colocó su costal con cosas en una bolsa de la silla de montar e inclinó sus manos para que las mangas ocultaran las angostas líneas de cicatrices en sus

muñecas, recuerdos de donde habían estado los grilletes. De donde había estado ella. Eso no era asunto de la incumbencia de él. Ni de Maeve. Mientras menos supieran de ella, menos cosas podrían usar en su contra.

—He conocido a varios hombres del tipo guerrero silencioso y taciturno, pero creo que tú eres el más silencioso y taciturno de todos —él giró la cabeza bruscamente hacia ella y Celaena continuó con voz melosa—: Ah, hola. Creo que tú sabes quién soy yo, así que no me tomaré la molestia de presentarme. Pero antes de que me arrastres, sabrán los dioses a dónde, me gustaría saber quién eres tú.

Él apretó los labios. Miró por la plaza, donde la gente ahora los observaba. Y todos instantáneamente necesitaron estar en otra parte.

Cuando se dispersaron, dijo:

—Ya has observado suficiente de mí en este momento para saber lo que necesitas saber.

Hablaba en lengua común, y su acento era sutil, hermoso, si se sentía lo suficientemente generosa para admitirlo. Un ronroneo suave y vibrante.

—De acuerdo, pero ¿cómo te llamaré?

Tomó la silla de montar entre las manos pero no se subió.

—Rowan.

Su tatuaje parecía absorber el sol, era tan oscuro que parecía recién hecho.

—Bien, Rowan… —el tono no le agradó en lo más mínimo. Sus ojos se entrecerraron ligeramente como advertencia, pero ella continuó—: ¿Me puedo atrever a preguntar a dónde iremos?

Tenía que estar borracha todavía, o estar descendiendo a un nuevo nivel de apatía, si le estaba hablando de esa manera. Pero no podía detenerse, a pesar de que los dioses o el Wyrd o los hilos del destino se aprestaban a mandarla de un empujón hacia su plan de acción original.

—Te llevaré hacia donde están

requiriendo tu presencia.

Mientras llegara a ver a Maeve para hacer sus preguntas, no le importaba mucho cómo llegaría a Doranelle, ni con quién viajaba.

«Haz lo que tengas que hacer», le había dicho Elena. Como era su costumbre, Elena no le había especificado qué debía hacer cuando llegara a Wendlyn. Al menos esto era mejor que comer pan sin levadura y beber vino y que la confundieran con una vagabunda. Tal vez podría embarcarse hacia Adarlan en tres semanas, con las respuestas que resolverían todo.

Esto debería haberla llenado de

energía. Pero en vez de eso se montó silenciosamente sobre su yegua, sin palabras ni la voluntad para utilizarlas. Esos breves minutos de interacción la habían consumido por completo.

Era mejor que Rowan no estuviera dispuesto a hablar mientras lo seguía para salir de la ciudad. Los guardias simplemente los dejaron pasar a la salida de la muralla e incluso algunos retrocedieron un poco.

Mientras seguían avanzando, Rowan no le preguntó por qué estaba ahí y qué había estado haciendo los últimos diez años mientras todo el mundo se había ido al infierno. Se puso la capucha clara sobre el cabello plateado y avanzó,

aunque seguía siendo bastante fácil distinguir que él era diferente, un guerrero y una ley en sí mismo.

Si en verdad era viejo como sospechaba, ella seguramente era poco más que una mota de polvo para él, un chisporroteo de vida en la gran hoguera de su inmortalidad. Probablemente podría matarla sin pensarlo dos veces y luego continuar con su siguiente tarea, sin perturbarse para nada por haber puesto fin a su existencia.

A Celaena no le molestaba tanto como debería.

Capítulo 3

Durante un mes ya, había sido el mismo sueño. Todas las noches, una y otra vez, hasta que Chaol podía verlo mientras estaba despierto.

Archer Finn estaba gimiendo

mientras Celaena clavaba su daga entre sus costillas hacia su corazón. Abrazó al apuesto cortesano como si fuera un amante, pero cuando miró por encima del hombro de Archer, sus ojos estaban muertos. Vacíos.

El sueño cambiaba, y Chaol no podía decir nada, no podía hacer nada mientras el cabello dorado se oscurecía hasta ponerse negro y la cara agonizante ya no era de Archer sino de Dorian.

El príncipe heredero se retorcía y Celaena lo apretaba más, haciendo girar la daga una última vez antes de dejar que Dorian se desplomara sobre las rocas grises del túnel. La sangre de Dorian ya se estaba acumulando,

demasiado rápido. Pero Chaol seguía sin poder moverse, no podía acercarse a su amigo ni a la mujer que amaba.

Las heridas de Dorian se multiplicaban y había sangre, tanta sangre. Conocía estas heridas. Aunque nunca había visto el cuerpo, había revistado los informes que detallaban lo que Celaena le había hecho al asesino a sueldo Tumba en ese callejón, la carnicería que había hecho con su cuerpo por matar a Nehemia.

Celaena bajaba su daga y cada gota de sangre que caía de su hoja brillante creaba ondas en el charco que la rodeaba ya. Inclinaba la cabeza hacia atrás e inhalaba profundamente,

respirando la muerte frente a ella, tomándola en su alma: venganza y éxtasis mezclados en la matanza de su enemigo. Su verdadero enemigo. El Imperio Havilliard.

El sueño volvía a cambiar y Chaol estaba debajo de ella mientras ella se movía sobre él, con la cabeza todavía echada hacia atrás, con esa misma expresión de éxtasis escrita por toda su cara manchada de sangre.

Enemiga. Amante.

Reina.

El recuerdo del sueño se astilló cuando Chaol parpadeó para ver a Dorian, quien estaba sentado a su lado en su vieja mesa del gran salón esperando una respuesta a lo que sea que hubiera dicho. Chaol se encogió avergonzado.

El príncipe heredero no le devolvió la media sonrisa a Chaol. En vez de eso, Dorian dijo suavemente:

—Estabas pensando en ella.

Chaol tomó un bocado de su guiso de cordero pero no le supo a nada. Dorian era demasiado observador para su propio bien. Y Chaol no tenía ningún interés en hablar sobre Celaena. Ni con Dorian ni con nadie. La verdad que él sabía sobre ella podía poner en riesgo

no solo la vida de ella, sino la de otros.

—Estaba pensando en mi padre —mintió Chaol—. Cuando regrese a Anielle en unas cuantas semanas, debo irme con él.

Ese era el precio que debía pagar para hacer que Celaena se fuera a la seguridad de Wendlyn: el apoyo de su padre a cambio de su regreso al Lago de Plata para asumir su título como heredero de Anielle. Y había estado dispuesto a hacer ese sacrificio; haría cualquier sacrificio para mantener a Celaena y sus secretos a salvo. Incluso ahora que sabía quién y qué era ella. Incluso después de que ella le habló sobre el rey y las llaves del Wyrd. Si

ese era el precio que había que pagar, que así fuese.

Dorian miró hacia la mesa principal, donde el rey y el padre de Chaol estaban cenando. El príncipe heredero debería haber cenado con ellos, pero había elegido sentarse con Chaol. Era la primera vez que Dorian lo hacía en mucho tiempo, la primera vez que habían hablado desde su tensa conversación sobre la decisión de enviar a Celaena a Wendlyn.

Dorian entendería si supiera la verdad. Pero Dorian no podía saber quién y qué era Celaena, o lo que el rey estaba planeando realmente. La posibilidad de que ocurriera un desastre

era demasiado alta. Y los secretos del mismo Dorian eran suficientemente mortales.

—Escuché rumores de que te irías —dijo Dorian cautelosamente—. No me había dado cuenta de que eran ciertos.

Chaol asintió, tratando de encontrar algo, cualquier cosa que decirle a su amigo.

Aún no habían hablado acerca de la otra cosa que se interponía entre ellos, el otro fragmento de verdad que había salido a la luz esa noche en los túneles: Dorian tenía magia. Chaol no quería saber nada al respecto. Si el rey decidía interrogarlo… esperaba poder aguantar, si alguna vez llegaba a eso. El rey, lo

sabía, tenía métodos mucho más oscuros para extraer información que la tortura. Así que no había preguntado y no había dicho ni una palabra. Y Dorian tampoco.

Miró a Dorian a los ojos. No había amabilidad ahí. Pero Dorian dijo:

—Estoy tratando, Chaol.

Tratando, porque el hecho de que Chaol no lo hubiera consultado acerca del plan de sacar a Celaena de Adarlan había quebrantado su confianza, y era algo que lo avergonzaba, aunque Dorian nunca pudiera saber eso tampoco.

—Lo sé.

—Y a pesar de lo que sucedió, estoy bastante seguro de que no somos enemigos —la boca de Dorian se torció

levemente hacia un lado.

Siempre serás mi enemigo. Celaena había gritado esas palabras a Chaol la noche que Nehemia murió. Las gritó con diez años de convicción y odio, una década que pasó guardando el mayor secreto del mundo, oculto tan profundamente en su interior que ella se había convertido en otra persona.

Porque Celaena era Aelin Ashryver Galathynius, heredera al trono y reina verdadera de Terrasen.

Eso la convertía en su enemiga mortal. La convertía en la enemiga de Dorian. Chaol todavía no sabía qué hacer al respecto, o qué significaba para ellos, para la vida que se había

imaginado que tendrían. El futuro que alguna vez soñó había desaparecido irrevocablemente.

Había visto cómo su mirada estaba muerta esa noche en los túneles, junto con la rabia y el agotamiento y el dolor. La había visto cruzar un límite cuando Nehemia murió, y sabía lo que le había hecho a Tumba en venganza. No dudaba por un instante que podría cruzar ese umbral nuevamente. Había mucha oscuridad brillando en ella, un precipicio interminable que la atravesaba por completo.

La muerte de Nehemia la había destrozado. Lo que él había hecho, su papel en esa muerte, también la había

destrozado. Lo sabía. Simplemente rezaba para que ella pudiera volver a reconstruirse. Porque una asesina destrozada, impredecible, era una cosa, pero una reina…

—Parece que tienes náuseas —dijo Dorian mientras recargaba los antebrazos en la mesa—. Dime, ¿qué pasa?

Chaol había estado mirando hacia la nada de nuevo. Durante un instante, el peso de todo lo presionó con tal fuerza que abrió la boca.

Pero el sonido de espadas que chocaban contra escudos para saludar retumbó desde el pasillo y Aedion Ashryver, el famoso general del norte

del rey de Adarlan, y primo de Aelin Galathynius, entró dando zancadas al gran salón.

El salón quedó en silencio, incluidos el padre de Chaol y el rey en la mesa principal. Antes de que Aedion cruzara la mitad de la habitación, Chaol ya estaba acomodado en la parte inferior del estrado.

El joven general no era una amenaza. Más bien lo era la manera en que Aedion avanzaba hacia la mesa del rey, su cabellera dorada al hombro brillando bajo la luz de las antorchas mientras sonreía a todos.

Decir que era apuesto sería describir a Aedion superficialmente. Era

más bien abrumador, enorme y muy musculoso. Aedion era en cada centímetro de su cuerpo el guerrero que se rumoraba. A pesar de que sus ropas resultaban básicamente funcionales, Chaol podía distinguir que el cuero de su armadura ligera gozaba de hechura fina y estaba exquisitamente detallado. Tenía una piel de lobo blanco cubriéndole los hombros anchos y un escudo redondo a la espalda, junto con una espada que se veía antigua.

Pero su rostro. Y sus ojos… ¡Dioses! Chaol puso una mano en su espada, obligando a sus facciones a que permanecieran neutrales, desinteresadas, mientas el Lobo del Norte se acercaba

lo suficiente como para matarlo.

Eran los ojos de Celaena. Ojos Ashryver. Un turquesa impactante con un corazón dorado tan brillante como su cabello. Su cabello era incluso del mismo tono. Podrían haber sido gemelos si Aedion no tuviera veinticuatro años y no estuviera bronceado tras años de estar en las montañas nevadas de Terrasen.

¿Por qué se había molestado el rey en mantener a Aedion vivo todos estos años? ¿Por qué molestarse en convertirlo en uno de sus generales más fieros? Aedion era un príncipe de la línea real de Ashryver y lo habían educado en la casa Galathynius, y sin

embargo servía al rey.

La sonrisa de Aedion permaneció cuando se detuvo frente a la mesa principal e hizo una reverencia corta que incluso a Chaol sorprendió momentáneamente.

—Su Majestad —dijo el general con aquellos ojos encendidos.

Chaol miró hacia la mesa principal para ver si el rey, si alguien, notaba las similitudes que podrían condenar no solo a Aedion, sino a Chaol y a Dorian y a todos los que le importaban. Su padre solamente esbozó una sonrisa pequeña y satisfecha.

Pero el rey fruncía el ceño.

—Te esperaba hace un mes.

Aedion tuvo el descaro de encogerse de hombros.

—Disculpe. Hubo una última tormenta de invierno en las Staghorns. Salí en cuanto pude.

Todas las personas del salón contuvieron la respiración. El temperamento de Aedion y su insolencia eran casi legendarios, una de las razones por las cuales ocupaba un cargo en los límites del norte. Chaol siempre había considerado que era sabio mantenerlo lejos de Rifthold, en especial dado que Aedion parecía ser un bastardo doble cara y el Flagelo, como se le conocía a la legión de Aedion, era famoso por su destreza y brutalidad, pero ahora… ¿por

qué lo había llamado el rey a la capital?

El rey tomó su cáliz y agitó el vino en su interior.

—No recibí noticias de que tu legión estuviera aquí.

—No lo está.

Chaol se preparó para la orden de ejecución, rezando por no tener que ser él quien la llevara a cabo. El rey dijo:

—Te dije que los trajeras, general.

—Y yo que pensaba que lo que quería era el placer de mi compañía —el rey gruñó y Aedion agregó—: Estarán aquí en una semana, más o menos. No quería perderme de la diversión —Aedion encogió los enormes hombros otra vez—. Al menos no vine con las

manos vacías —tronó los dedos detrás de él y un paje entró corriendo con un gran costal—. Regalos del norte, cortesía del último campo rebelde que saqueamos. Le gustarán.

El rey puso los ojos en blanco y le hizo un gesto con la mano al paje:

—Mándalos a mis aposentos. Tus regalos, Aedion, tienden a ofender a la gente refinada.

Se escucharon unas risas apagadas de Aedion y de algunos de los hombres en la mesa del rey. Sin duda, Aedion estaba bailando en una cuerda floja muy peligrosa. Al menos Celaena tenía la prudencia de mantener la boca cerrada frente al rey.

Considerando los trofeos que el rey había recolectado de Celaena cuando era campeona, los artículos de ese costal no serían solamente oro y joyas. Pero recolectar cabezas y miembros de la misma gente de Aedion, de la gente de Celaena…

—Tengo una reunión del consejo mañana, te quiero ahí, general —dijo el rey.

Aedion se puso la mano en el pecho.

—Su voluntad es la mía, Majestad.

Chaol tuvo que controlar su terror al ver lo que brillaba en el dedo de Aedion. Un anillo negro, el mismo que usaban el rey, Perrington y la mayoría de aquellos bajo su control. Eso explicaba

por qué el rey permitía la insolencia: a final de cuentas, la voluntad del rey era realmente la de Aedion.

Chaol mantuvo el rostro impasible cuando el rey le hizo un ademán breve: podía retirarse. Chaol hizo una reverencia en silencio, ahora ya con ganas de regresar a su mesa. Lejos del rey, lejos del hombre que controlaba el destino de su mundo entre sus manos ensangrentadas. Lejos de su padre, quien veía demasiado. Lejos del general, quien ahora estaba haciendo sus rondas por el pasillo, dando palmadas a los hombres en la espalda, guiñando el ojo a las mujeres.

Chaol había dominado el horror que

se revolvía en sus entrañas para cuando llegó de regreso a su asiento y encontró a Dorian frunciendo el ceño.

—Regalos —murmuró el príncipe —. Dioses, es insufrible.

Chaol estaba de acuerdo. A pesar del anillo negro del rey, Aedion parecía tener su propia mente, y se comportaba tan salvaje en el campo de batalla como fuera. Por lo general hacía que Dorian pareciera célibe cuando buscaba maneras perversas de divertirse. Chaol nunca había pasado mucho tiempo con Aedion, ni quería, pero Dorian lo conocía desde hacía tiempo. Desde…

Se habían conocido de niños. Cuando Dorian y su padre visitaron

Terrasen en los días antes de que la familia real fuera asesinada. Cuando Dorian había conocido a Aelin, a Celaena.

Era bueno que Celaena no estuviera ahí para atestiguar en qué se había convertido Aedion. No solo por el anillo. Traicionar así a su gente…

Aedion se sentó en la banca al otro lado de su mesa, sonriendo. Era un depredador evaluando a sus presas.

—Ustedes dos están sentados en esta misma mesa desde la última vez que los vi. Es bueno saber que hay ciertas cosas que nunca cambian.

Dioses, esa cara. Era la cara de Celaena, el otro lado de la moneda. La

misma arrogancia, la misma rabia sin control. Pero mientras Celaena parecía tener chispazos de ella, en Aedion parecía… pulsar. Y había algo más maligno, mucho más amargado en el rostro de Aedion.

Dorian recargó los antebrazos en la mesa y esbozó una sonrisa despreocupada.

—Hola, Aedion.

Aedion no le hizo caso y cuando estiró el brazo para tomar una pierna de cordero asado, el anillo brilló en su mano.

—Me gusta la nueva cicatriz, capitán —dijo haciendo un gesto con la barbilla hacia la delgada línea blanca que

cruzaba la mejilla de Chaol. La cicatriz que Celaena le había provocado la noche que Nehemia murió y había intentado matarlo: ahora era un recuerdo permanente de todo lo que había perdido. Aedion continuó—: Parece que todavía no te terminan de tragar. Y por fin ya te dieron tu espada de niño grande.

Dorian dijo:

—Me alegra ver que la tormenta no opacó tu estado de ánimo.

—¿Semanas encerrado sin nada que hacer salvo entrenar y acostarme con mujeres? Es un milagro que me haya tomado la molestia de bajar de las montañas.

—No me había dado cuenta de que te tomabas la molestia de hacer algo a menos de que sirviera a tus propios intereses. Ahí está el espíritu encantador de los Havilliard —contestó con una risa grave.

Aedion empezó a comer y Chaol estaba a punto de exigir saber por qué se había molestado en sentarse con ellos, aparte de para atormentarlos, como siempre le había gustado hacer cuando el rey no estaba prestando atención, y se dio cuenta de que Dorian estaba mirándolo fijamente.

No estaba mirando el tamaño descomunal de Aedion ni su armadura, sino su rostro, sus ojos…

—¿No deberías estar en alguna fiesta o algo? —le preguntó Chaol a Aedion—. Me sorprende que sigas por aquí cuando tus tentaciones usuales te esperan en la ciudad.

—¿Esa es tu manera cortés de pedirme una invitación a mi reunión de mañana, capitán? Me sorprendes. Siempre has sugerido que estás por arriba del tipo de fiestas que yo organizo —sus ojos turquesa se cerraron un poco y esbozó una sonrisa ladina a Dorian—. Sin embargo, la última fiesta que hice funcionó muy bien para ti. Gemelas pelirrojas, si recuerdo bien.

—Te decepcionará saber que ya superé ese tipo de existencia —dijo

Dorian.

Aedion devolvió su atención a la comida.

—Más para mí, entonces.

Chaol apretó los puños debajo de la mesa. Celaena no había sido precisamente virtuosa en los últimos diez años, pero nunca había matado a un ciudadano nacido en Terrasen. De hecho, se había negado a hacerlo. Y Aedion siempre había sido un maldito infeliz, pero ahora… ¿Sabía lo que traía puesto en el dedo? ¿Sabía que, a pesar de su arrogancia, su desafío y su insolencia, el rey podía obligarlo a doblegarse ante su voluntad cuando quisiera? No podía advertírselo a

Aedion, no sin correr el riesgo de hacerse matar y de que mataran a todos quienes le importaban, en caso de que Aedion estuviera verdaderamente aliado con el rey.

—¿Cómo están las cosas en Terrasen? —preguntó Chaol, porque Dorian nuevamente estaba estudiando a Aedion.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que están bien alimentados después de un invierno brutal? ¿Que no perdimos demasiados por enfermedad? —resopló Aedion—. Supongo que cazar rebeldes siempre es divertido, si es el tipo de cosa que te gusta. Espero que Su Majestad haya convocado al Flagelo al

sur para finalmente darles algo de acción de verdad.

Cuando Aedion se estiró para tomar el agua, Chaol miró la empuñadura de su espada. El metal opaco estaba lleno de pequeñas muescas y rayones y el pomo era apenas un trozo pequeño de cuerno redondeado y un poco cuarteado. Era una espada muy simple y sencilla para uno de los mayores guerreros de Erilea.

—La Espada de Orynth —dijo Aedion como si sintiera pereza—. Un regalo de Su Majestad tras mi primera victoria.

Todos conocían esa espada. Había sido un tesoro de la familia real de Terrasen que pasaba de gobernante a

gobernante. Por derecho, le pertenecía a Celaena. Había sido de su padre. Que Aedion la tuviera, considerando lo que hacía ahora con ella, las vidas que tomaba, era una bofetada en el rostro para Celaena y su familia.

—Me sorprende que te molestes con tales sentimentalismos —dijo Dorian.

—Los símbolos tienen poder, príncipe —dijo Aedion y lo inmovilizó con la mirada. La mirada de Celaena: inquebrantable y con una chispa de desafío—. Te sorprendería el poder que esta espada todavía tiene en el norte, lo que hace para convencer a la gente de no seguir planes imprudentes.

Tal vez las habilidades y la

sagacidad de Celaena no eran inusuales entre sus consanguíneos. Pero Aedion era un Ashryver, no un Galathynius, lo cual significaba que su bisabuela había sido Mab, una de las tres reinas hadas, que en generaciones recientes se había coronado como diosa y había recibido el nombre de Deanna, Señora de la Cacería. Chaol tragó saliva.

Cayó el silencio, tenso como la cuerda de un arco.

—¿Hay problemas entre ustedes? —preguntó Aedion dando un mordisco a su carne—. Déjenme adivinar: una mujer. ¿La campeona del rey, tal vez? Los rumores dicen que es… interesante. ¿Por eso ya no te diviertes con mi estilo de

fiestas, principito? —Miró alrededor del salón—. Me gustaría conocerla, creo.

Chaol se esforzó por no asir su espada.

—Está afuera.

Aedion esbozó una sonrisa cruel a Dorian.

—Qué pena. Tal vez ella me hubiera convencido también de cambiar.

—Cuida tu boca —le gruñó Chaol. Se habría reído si no hubiera tenido tantas ganas de estrangular al general. Dorian simplemente se puso a tamborilear con los dedos en la mesa—. Y muestra un poco de respeto.

Aedion rio y terminó de comer su

cordero.

—Soy un sirviente fiel de Su Majestad, desde siempre —Ashryver posó sus ojos nuevamente sobre Dorian —. Tal vez algún día también sea tu puta.

—Si sigues vivo para entonces — ronroneó Dorian.

Aedion continuó comiendo, pero Chaol podía sentir que su concentración seguía fija en ellos.

—Dicen los rumores que mataron a una matrona de un clan de brujas aquí hace poco —dijo Aedion desinteresadamente—. Desapareció, aunque sus aposentos indicaban que no se había ido sin oponer mucha

resistencia.

Dorian preguntó, tajante:

—¿Por qué te interesa eso?

—Me dedico a saber cuándo llegan a su fin los que manejan el poder en el reino.

Un escalofrío recorrió la columna de Chaol como araña. Sabía muy poco sobre las brujas. Celaena le había contado algunas historias, y siempre rezó pidiendo que fueran exageraciones. Pero algo parecido al temor se asomó en el rostro de Dorian.

Chaol se inclinó hacia el frente:

—No es de tu incumbencia.

Aedion volvió a hacer caso omiso de Chaol y le guiñó el ojo al príncipe.

Las fosas nasales de Dorian se abrieron, la única señal de que la rabia estaba subiendo a la superficie. Pero también el aire en la habitación cambió, se hizo más ágil. Magia.

Chaol le puso una mano en el hombro a su amigo.

—Se nos hará tarde —mintió, pero Dorian entendió. Tenía que sacar a Dorian, alejarlo de Aedion e intentar controlar la tormenta desastrosa que empezaba a cernirse entre los dos hombres—. Descansa, Aedion.

Dorian no se molestó en decir nada y sus ojos color zafiro permanecieron congelados.

Aedion sonrió burlonamente:

—La fiesta es mañana en Rifthold, por si tienes ganas de revivir los buenos tiempos, príncipe.

Vaya que el general sabía exactamente qué botones presionar y no le importaba el lío que armara. Eso lo hacía peligroso: mortal.

En especial en lo que respectaba a Dorian y su magia. Chaol se obligó a darles las buenas noches a algunos de sus hombres, a verse tranquilo y despreocupado mientras se alejaban del comedor. Aedion Ashryver había llegado a Rifthold y estuvo muy cerca de encontrarse con su prima desaparecida muchos años antes.

Si Aedion supiera que Aelin seguía

con vida, si supiera en quién y en qué se había convertido o qué sabía sobre el poder secreto del rey, ¿estaría de su lado o la destruiría? Dadas sus acciones, dado el anillo que portaba…, Chaol no quería que el general se acercara a ella. Ni a Terrasen tampoco.

Se preguntó cuánta sangre se derramaría cuando Celaena supiera lo que había hecho su primo.

Chaol y Dorian caminaron en silencio durante la mayor parte del recorrido hacia la torre del príncipe. Cuando dieron la vuelta por un pasillo vacío y estuvieron seguros de que nadie podía escucharlos, Dorian dijo:

—No necesitaba que intervinieras.

—Aedion es un bastardo —gruñó Chaol. La conversación podría terminar ahí, y parte de él se sentía tentada a dejarla, pero se obligó a seguir hablando—. Me preocupaba que explotaras. Como sucedió en los pasajes —dejó salir un poco del aire que estaba reteniendo—. ¿Estás… estable?

—Algunos días son mejores que otros. Parece detonarse si me enojo o me asusto.

Entraron a un pasillo que terminaba en una puerta de madera en forma de arco que daba hacia la torre de Dorian, pero Chaol lo detuvo con un brazo sobre el hombro.

—No quiero detalles —murmuró

para que los guardias apostados afuera de la puerta de Dorian no pudieran escuchar—, porque no quiero que mi conocimiento se use contra ti. Sé que he cometido errores, Dorian. Créeme, lo sé. Pero mi prioridad siempre ha sido, y sigue siendo, protegerte.

Dorian lo miró durante un rato largo con la cabeza de lado. Chaol debía verse tan mal como se sentía, porque la voz del príncipe fue casi suave cuando le dijo:

—¿Por qué la mandaste a Wendlyn en realidad?

La agonía lo golpeó con fuerza, cruda y con bordes afilados. Pero a pesar de todas las ganas que tenía de

contarle al príncipe sobre Celaena, a pesar de todas las ganas que tenía de descargar todos sus secretos para que pudieran llenar el agujero en su centro, no pudo. Así que simplemente dijo:

—La mandé allá para que hiciera lo que tiene que hacerse.

Empezó a caminar de regreso por el pasillo. Dorian no lo llamó.

Capítulo 4

Manon se cerró con fuerza la capa color rojo sangre que la cubría y presionó su cuerpo en las sombras del armario, escuchando a los tres hombres que se habían metido a su cabaña.

Había percibido el miedo y la furia crecientes en el viento todo el día y se había pasado la tarde preparándose. Se había sentado en la azotea de paja de la cabaña blanca cuando vio sus antorchas que subían y bajaban por los pastizales altos de la pradera. En el pueblo nadie había intentado detener a los tres hombres, aunque tampoco se habían unido a su grupo.

Una bruja Crochan había llegado a su pequeño valle verde en el norte de Fenharrow, habían dicho. En las semanas que llevaba viviendo entre ellos, apenas logrando subsistir miserablemente, estuvo esperando esta noche. Era lo mismo en todos los

poblados donde había vivido o que había visitado.

Contuvo el aliento y se mantuvo tan quieta como un ciervo cuando uno de los hombres, un granjero alto y barbado con manos del tamaño de platos, entró a su recámara. Incluso desde el armario podía oler la cerveza en su aliento y la sed de sangre. Los habitantes del pueblo sabían exactamente lo que planeaban hacer con la bruja que vendía pociones y encantamientos desde su puerta trasera, y que podía predecir el sexo de un bebé antes de que naciera. A ella le sorprendió que estos hombres se hubieran tardado tanto en animarse a llegar a su casa, para atormentar y

después destruir aquello que los petrificaba.

El granjero se detuvo en medio de la habitación.

—Sabemos que estás aquí —dijo intentando convencerla, mientras se acercaba a la cama y buscaba en cada rincón de la recámara—. Solo queremos hablar. Algunos de los habitantes del pueblo están asustados, ¿sabes? Más asustados de ti que tú de ellos, te apuesto.

Ella sabía bien que no debía escuchar, en especial al notar que una daga brillaba a su espalda cuando se asomó bajo la cama. Siempre era lo mismo, en todos los pueblos y ciudades

de mortales intransigentes que visitaba.

Cuando el hombre se enderezó, Manon salió del armario y se escondió en la oscuridad detrás de la puerta de la recámara.

El sonido del tintineo y los golpes le dijeron lo suficiente sobre lo que estaban haciendo los otros dos hombres: no solo la estaban buscando, sino que estaban robándose todo lo que querían. No había mucho que robar; la cabaña ya estaba amueblada cuando ella llegó y todas sus pertenencias, por su profesión e instinto, estaban en un costal en la esquina del armario que acababa de dejar. Sin llevarse nada, sin dejar nada atrás.

—Solo queremos conversar, bruja.

El hombre se dio la vuelta tras haber inspeccionado la cama y por fin se dio cuenta de que había un armario. Sonrió, triunfante, anticipando lo que encontraría.

Con un movimiento suave de los dedos, Manon cerró la puerta de la recámara tan silenciosamente que el hombre no se dio cuenta mientras se acercaba al armario. Había aceitado las bisagras de todas las puertas de la casa.

Su mano enorme tomó la perilla de la puerta del armario, con la daga ahora sostenida en un ángulo a su costado.

—Sal, pequeña Crochan —canturreó.

Silenciosa como la muerte, Manon se deslizó detrás de él. El tonto ni siquiera se enteró de que estaba ahí hasta que su boca estuvo tan cerca de su oído como para susurrarle:

—Bruja equivocada.

El hombre se dio la vuelta y cerró la puerta del armario de golpe. Levantó la daga entre ellos mientras su pecho subía y bajaba con su respiración. Manon se limitó a sonreír con su cabello blanco plateado que brillaba bajo la luz de la luna. Entonces él notó la puerta cerrada e inhaló para gritar. Pero Manon sonrió más ampliamente y una hilera de dientes de hierro afilados como navajas se asomaron de las ranuras en sus encías y

bajaron como armadura. El hombre se quedó mirándola y chocó con la puerta que estaba tras él otra vez, con los ojos tan abiertos que la parte blanca brillaba a todo su alrededor. La daga cayó ruidosamente a los tablones del piso.

Y entonces, solamente para hacerlo ensuciarse los pantalones, ella hizo girar sus muñecas en el aire frente a él. Las garras de hierro salieron rápidamente sobre sus uñas con un destello punzante y brillante.

El hombre empezó a murmurar una plegaria a sus dioses de corazón suave mientras Manon lo conducía de regreso hacia la ventana solitaria: que pensara que tenía oportunidad de escaparse

mientras ella lo acechaba, aún sonriendo. El hombre ni siquiera logró gritar antes de que le arrancara la garganta.

Cuando terminó con él, salió por la puerta de la recámara. Los otros dos hombres seguían saqueando. Aún creían que todas esas cosas le pertenecían a ella. Era simplemente una casa abandonada; sus dueños anteriores habían muerto o habían tenido la inteligencia necesaria para salirse de este lugar podrido.

El segundo hombre tampoco alcanzó a gritar antes de que ella le abriera el vientre con dos zarpazos de sus uñas de hierro. Pero el tercer campesino entró a

buscar a sus compañeros, y cuando la vio ahí parada, con una mano retorcida en el interior de su amigo y con la otra sosteniéndolo cerca mientras usaba sus dientes de hierro para arrancarle la garganta, corrió.

El sabor corriente y diluido del hombre, con un toque de violencia y miedo, cubrió su lengua, y escupió hacia el piso de madera. Pero Manon no se preocupó de limpiarse la sangre que le escurría por la barbilla en lo que el campesino restante se adelantaba un poco hacia el campo lleno de pastos invernales, tan alto que quedaba muy por arriba de sus cabezas.

Contó hasta diez, porque quería

cazar, y así había sido desde que había salido del vientre de su madre cuando entró rugiendo y ensangrentada a este mundo.

Ella era Manon Picos Negros, heredera del clan de brujas Picos Negros, y había estado ahí por semanas, fingiendo ser una bruja Crochan con la esperanza de que eso hiciera salir a las reales.

Todavía estaban por ahí las santurronas e insufribles Crochans, escondiéndose como sanadoras y como sabias. Su primera víctima significativa había sido una Crochan de no más de dieciséis años, de la misma edad que Manon en ese momento. La niña de

cabello oscuro había estado usando la capa color rojo sangre que todas las Crochans recibían con su primer sangrado, y para lo único que había servido era para marcarla como presa.

Después de que Manon dejó el cadáver de la Crochan en ese paso de montaña lleno de nieve, se había llevado la capa como trofeo. Todavía la utilizaba, más de cien años después. Ninguna otra Dientes de Hierro lo podría haber hecho: porque ninguna otra bruja Dientes de Hierro se hubiera atrevido a provocar la furia de las tres matronas utilizando el color de sus enemigas eternas. Pero a partir del día en que Manon entró a la Fortaleza Picos

Negros utilizando la capa y portando el corazón Crochan en una caja, un regalo para su abuela, cazarlas se había convertido en su deber sagrado, una por una, hasta que ya no hubiera más.

Esta era su última rotación: seis meses en Fenharrow mientras el resto de su aquelarre estaba disperso por todo Melisande y Eyllwe del norte con órdenes similares. Pero en los meses que había acechado de poblado en poblado no había descubierto ni a una sola Crochan. Estos campesinos eran la primera diversión que tenía en semanas. Y por supuesto que la iba a aprovechar.

Manon entró al campo, sorbiendo la sangre de sus uñas al avanzar. Se deslizó

entre los pastos, apenas más que sombra y niebla.

Encontró al campesino perdido en medio del campo, balando suavemente por el terror. Y cuando volteó, cuando su vejiga se aflojó al ver la sangre y los dientes de hierro y la sonrisa malvada, malvadísima, Manon le permitió que gritara todo lo que quisiera.

Capítulo 5

Celaena y Rowan avanzaron por el camino polvoso que serpenteaba en los pastizales llenos de grandes rocas y en las colinas del sur. Había memorizado suficientes mapas de Wendlyn para

saber que iban a pasar por ahí y después por encima de las enormes Montañas Cambrian que marcaban la frontera entre Wendlyn, gobernado por mortales, y las tierras inmortales de la reina Maeve.

El sol ya se ponía cuando iban ascendiendo las colinas y el camino se empezaba a hacer más rocoso, bordeado en uno de los costados por horribles desfiladeros. Fue debatiéndose durante un kilómetro intentando decidir si le preguntaría a Rowan dónde planeaba detenerse para pasar la noche. Pero estaba cansada. No solo por el día, el vino o la cabalgata.

En sus huesos, en su sangre y aliento y alma estaba terriblemente cansada.

Hablar con cualquier persona era demasiado desgastante, lo cual convertía a Rowan en el compañero perfecto: no le dijo una sola palabra.

El crepúsculo cayó cuando el camino los había conducido a través de un bosque denso que se extendía hacia las montañas y sobre ellas. Los árboles iban pasando de cipreses a robles, de delgados a altos y orgullosos, llenos de matorrales y algunas rocas con superficie musgosa. Incluso en la creciente oscuridad, el bosque parecía estar respirando. El aire cálido zumbaba, le dejaba un regusto metálico en la lengua. Muy detrás de ellos, se escuchó el rugir de un trueno.

Eso sería maravilloso. En especial porque Rowan estaba al fin desmontando para instalar el campamento. Por el aspecto de sus alforjas, no tenía una tienda de campaña. Ni colchones. Ni mantas.

Tal vez ya podía empezar a darse cuenta de que su visita con Maeve no sería agradable.

Ninguno de los dos habló cuando llevaron a los caballos hacia los árboles, apenas a la distancia justa del camino para quedar ocultos de los que pasaran por ahí. Rowan dejó su equipo en el sitio para acampar que seleccionó y llevó a su yegua a un arroyo cercano que seguramente alcanzó a oír con esas

orejas puntiagudas. No dudó al caminar en la oscuridad creciente, aunque Celaena ciertamente sí se pegó varias veces en los dedos del pie contra algunas rocas y raíces. Visión excelente, incluso en la oscuridad, era otro rasgo de la raza de las hadas. Uno que ella podría tener si…

No, no iba a pensar en eso. No después de lo que había sucedido del otro lado del portal. Esa vez había cambiado, y había sido suficientemente horrible para recordarle que no tenía ningún interés en volverlo a hacer nunca.

Después de que los caballos bebieron, Rowan no la esperó y empezó a llevar a los animales de regreso al

campamento. Ella aprovechó la privacidad para atender sus propias necesidades y luego se arrodilló en los pastos de la orilla para beber del río hasta saciarse. Dioses, el agua sabía… nueva y antigua y poderosa y deliciosa.

Bebió hasta que comprendió que el agujero en su estómago podría ser de hambre y luego regresó al campamento, que encontró por el resplandor del cabello plateado de Rowan. Le dio un poco de pan y queso sin decir palabra y luego regresó a peinar a los caballos. Ella murmuró un gracias, pero no ofreció ayudarlo, sino que se dejó caer recargada en un roble enorme.

Cuando le dejó de doler tanto el

estómago y se dio cuenta de lo fuerte que había estado masticando la manzana que también le había lanzado mientras alimentaba a los caballos, reunió suficiente energía para decir:

—¿Hay tantas amenazas en Wendlyn que no podemos arriesgarnos a encender una fogata?

Él se sentó recargado en un árbol y estiró las piernas, cruzándolas a la altura de los tobillos.

—No de los mortales.

Fueron las primeras palabras que le dirigió desde que habían salido de la ciudad. Podría ser un intento para asustarla, pero de todas maneras realizó un inventario mental de todas las armas

que traía. No le preguntaría. No quería saber qué tipo de cosa podría arrastrarse hacia la fogata.

El amasijo de bosque y musgo y roca se alzaba amenazante, lleno del sonido de hojas pesadas, el borboteo del río y el aleteo de plumas. Y ahí, asomándose por el borde de una roca cercana, había tres pares de pequeños ojos brillantes.

La empuñadura de su daga llegó a la palma de su mano en un instante. Pero los ojos simplemente se le quedaban viendo. Rowan no parecía darse cuenta. Solo recargó la cabeza contra el tronco del roble.

Siempre la había reconocido la Gente Pequeña. Incluso cuando la

sombra de Adarlan cubrió todo el continente, ellos seguían reconociéndola por lo que era. Le dejaban regalos pequeños en los campamentos: un pescado fresco, una hoja llena de zarzamoras, una corona de flores. Ella no les hacía caso, y se mantenía alejada del Bosque de Oakwald lo más posible.

Las hadas pequeñas mantuvieron su vigilia sin parpadear. Celaena deseó no haberse terminado la comida tan rápido y las observó de vuelta, preparada para colocarse en posición defensiva. Rowan no se había movido.

Lo que los juramentos antiguos de las hadas pequeñas honraban en Terrasen podría no respetarse en este

lugar. Incluso mientras estaba pensando en esto, empezaron a brillar más ojos entre los árboles. Más testigos silenciosos de su llegada. Porque Celaena era hada, o algo más parecido a un hada mestiza. Su bisabuela había sido la hermana de Maeve, y fue proclamada diosa cuando murió. Eso era realmente ridículo. Mab había sido mortal cuando unió su vida al príncipe humano que amaba con tanta intensidad.

Se preguntó cuánto sabrían estas criaturas sobre las guerras que habían destruido su tierra, sobre las hadas que habían sido cazadas, sobre la quema de los bosques antiguos y la carnicería de los ciervos sagrados de Terrasen. Se

preguntó si se habrían enterado de qué les había sucedido a sus hermanos en el oeste.

No supo cómo fue que empezó a importarle. Pero ellos parecían tan… curiosos. Celaena, sorprendiéndose incluso a sí misma, susurró hacia la noche vibrante: «Aún viven».

Todos los ojos desaparecieron. Cuando volteó a ver a Rowan, no había abierto los ojos. Pero sintió que el guerrero había estado consciente de lo sucedido todo el tiempo.

Capítulo 6

Dorian Havilliard se paró frente a la mesa del desayunador de su padre, con las manos tras la espalda. El rey había llegado unos momentos antes, pero no le dijo que se sentara. En otro momento,

Dorian probablemente ya habría dicho algo al respecto. Pero al tener magia, al ser arrastrado al asunto en el que estaba involucrada Celaena, lo que sea que esto fuera, al ver ese otro mundo en los túneles secretos… todo eso había cambiado las cosas. Lo mejor que podía hacer estos días era mantener un perfil bajo, evitar que su padre y todos los demás vieran demasiado tiempo en su dirección. Así que Dorian se paró frente a la mesa y esperó.

El rey de Adarlan se terminó el pollo asado y dio un sorbo al líquido que había dentro de su copa color rojo sangre.

—Estás muy callado esta mañana,

príncipe —dijo el conquistador de Erilea mientras se estiraba para tomar un platón de pescado ahumado.

—Esperaba que tú hablaras, padre.

Unos ojos negros como la noche se enfocaron en él.

—Extraño, en verdad.

Dorian se tensó. Solo Celaena y Chaol conocían la verdad sobre su magia; y Chaol lo había apartado tan duramente que Dorian no se sentía con ganas de intentar explicarse con su amigo. Pero este castillo estaba lleno de espías y aduladores que ardían en deseos de hacerse de cualquier información que pudieran usar para avanzar en su posición. Incluyendo

delatar al príncipe heredero. ¿Quién sabe quién lo podría haber visto en los pasillos o en la biblioteca, o quién podría haber descubierto el altero de libros que había ocultado en las habitaciones de Celaena? Ya los había bajado a la tumba, que visitaba cada dos noches, no en busca de respuestas a las preguntas que lo acosaban, sino para tener una hora de silencio puro.

Su padre continuó comiendo. Había visitado sus aposentos privados apenas unas cuantas veces en la vida. Podrían ser una casa de campo por sí mismos, con su biblioteca y comedor y sala de consejo. Ocupaban un ala entera del castillo de cristal, el ala opuesta a las

habitaciones de la madre de Dorian. Sus padres nunca habían compartido una cama y él no estaba particularmente interesado en saber más sobre eso.

Se dio cuenta de que su padre lo observaba; el sol matutino entraba por la pared curva de vidrio y hacía que cada cicatriz y marca del rostro del rey se vieran aún más grotescas.

—Vas a encargarte de entretener a Aedion Ashryver hoy —dijo el rey.

Dorian hizo su mejor esfuerzo por mantener la compostura.

—¿Me puedo atrever a preguntar por qué?

—Como el general Ashryver no trajo a sus hombres, parece ser que tiene

un poco de tiempo libre en lo que espera la llegada del Flagelo. Sería benéfico para ambos que se conocieran un poco más, en especial cuando tu selección de amigos recientemente ha sido tan… ordinaria.

La fría furia de su magia empezó a subirle por la columna.

—Con todo respeto, padre, tengo que prepararme para dos juntas y…

—No está sujeto a debate —dijo su padre mientras continuaba comiendo—. Ya notificamos al general Ashryver y te vas a reunir con él fuera de tu recámara al mediodía.

Dorian sabía que debía permanecer en silencio, pero de todas maneras

preguntó:

—¿Por qué toleras a Aedion? ¿Por qué lo mantienes con vida, por qué lo hiciste general?

No había podido dejar de preguntarse esto desde que había llegado el hombre.

Su padre esbozó una sonrisa pequeña y cómplice.

—Porque la ira de Aedion es un arma afilada muy útil y él es capaz de mantener a su gente controlada. No se arriesgará a que los exterminen, no ahora que ya ha perdido tanto. Ha disuelto muchas posibles rebeliones en el norte con ese miedo, pues es muy consciente de que sería su propia gente,

la población civil, quien sufriría primero.

Compartía la misma sangre con un hombre así de cruel, pero Dorian dijo:

—De todas maneras es de sorprenderse que mantengas a un general casi como un prisionero, apenas como algo más que un esclavo. Controlarlo a través del miedo parece potencialmente peligroso.

En verdad, se preguntaba si su padre le había dicho a Aedion sobre la misión de Celaena a Wendlyn, el hogar de la línea de sangre real de Aedion, donde los primos de Aedion de los Ashryver seguían gobernando. Aunque Aedion hacía alarde de sus diversas victorias

sobre los rebeldes y actuaba como si fuera prácticamente el dueño de la mitad del imperio, ¿cuánto recordaba Aedion sobre sus parientes del otro lado del mar?

—Tengo mis maneras de mantener a Aedion controlado si fuera necesario. Por ahora, su irreverencia descarada me divierte —dijo su padre y luego hizo un movimiento con la cabeza hacia la puerta—. Sin embargo, no me parecerá divertido si no llegas a tu cita con él hoy.

Y, así como así, su padre lo lanzó al Lobo.

A pesar de las ofertas de Dorian de mostrarle a Aedion la colección de animales, las perreras, los establos, incluso la maldita biblioteca, el general solo quería hacer una cosa: caminar por los jardines. Aedion decía que se sentía inquieto y aletargado por haber comido demasiado la noche anterior, pero la sonrisa que vio Dorian sugería otra cosa.

Aedion no se molestó en hablar con él, ya que estaba demasiado ocupado en tararear canciones obscenas y en inspeccionar a las diversas mujeres que

pasaban a su lado. Había abandonado su careta dizque civilizada solo una vez, cuando andaban por un camino angosto flanqueados por rosales altos —que eran impresionantes en el verano pero mortales en el invierno—, los guardias iban unos pasos atrás y no los alcanzaron a ver por un momento. Suficiente tiempo para que Aedion hiciera tropezar sutilmente a Dorian hacia una de las paredes llenas de espinas sin dejar de tararear sus canciones obscenas.

Dorian se libró de caer de cara en las espinas debido a una maniobra rápida, pero se le rasgó la capa y se lastimó la mano. En vez de darle el

gusto al general de verlo enojarse y revisar sus heridas, Dorian enfundó sus dedos adoloridos y congelados en los bolsillos cuando los guardias empezaban a dar vuelta a la esquina.

Hablaron solamente cuando Aedion se detuvo por un momento frente a una fuente y apoyó sus manos llenas de cicatrices en la cadera, evaluando el jardín que se veía a lo lejos como si fuera un campo de batalla. Aedion sonrió burlonamente a los seis guardias que permanecían atrás. Sus ojos brillaban. Eran tan brillantes, pensó Dorian, y tan extrañamente familiares. En ese momento, el general dijo:

—¿El príncipe necesita escolta en su

propio palacio? Me siento insultado de que no mandaran más guardias para protegerte de mí.

—¿Piensas que puedes con seis hombres?

El Lobo dejó salir una risa grave y se encogió de hombros; la empuñadura marcada de cicatrices de la Espada de Orynth reflejaba el brillo casi cegador del sol.

—No creo que deba responder a eso, en caso de que tu padre algún día decida que mi utilidad no justifica mi temperamento.

Algunos de los guardias tras ellos murmuraron, pero Dorian dijo:

—Probablemente no.

Y eso fue todo. Eso fue todo lo que Aedion le dijo durante esa caminata fría y miserable. Hasta que el general le esbozó una sonrisa afilada y sugirió:

—Será mejor que alguien te revise eso —hasta ese momento, Dorian se dio cuenta de que la mano derecha seguía sangrándole. Aedion se dio la vuelta—. Gracias por la caminata, príncipe —dijo por encima del hombro y se sintió más como una amenaza que como cualquier otra cosa.

Aedion no actuó sin razón. Quizás el general había convencido a su padre de forzar esta excursión. Pero Dorian seguía sin comprender el propósito. A menos que Aedion simplemente quisiera

darse una idea de en qué tipo de hombre se había convertido Dorian y qué tan bien podía participar en el juego. No descartaría que el guerrero lo hubiera hecho simplemente para evaluar si sería un aliado potencial o una amenaza. Aedion, a pesar de toda su arrogancia, tenía una mente ágil. Quizá consideraba la vida en la corte como otro tipo de campo de batalla.

Dorian dejó que los guardias seleccionados personalmente por Chaol lo condujeran de regreso al maravillosamente cálido castillo y luego los liberó de su obligación con un leve asentimiento. Chaol no había venido ese día y estaba agradecido. Después de esa

conversación sobre su magia, después de que Chaol se negara a hablar sobre Celaena, Dorian no estaba seguro de que les quedara algo de qué hablar. No creía ni por un momento que Chaol pudiera autorizar las muertes de hombres inocentes, sin importar si eran amigos o enemigos. Chaol tenía que saber, entonces, que Celaena no asesinaría a la realeza Ashryver, por las razones que fueran. Pero no tenía caso molestarse en hablar con Chaol, no si su amigo le estaba guardando secretos también.

Dorian meditó nuevamente sobre el acertijo de palabras que le había dicho su amigo cuando entró a las catacumbas de los sanadores, donde flotaba el

aroma del romero y la menta. Era una madriguera de salas de provisiones y habitaciones de auscultación que se mantenía lejos de las miradas curiosas del castillo de vidrio en lo alto. Había otra sala en los pisos superiores del castillo de cristal, para quienes no se dignaban a hacer el recorrido hasta este lugar, pero aquí era donde los mejores sanadores de Rifthold —y de Adarlan— habían refinado y practicado su oficio durante miles de años. Las rocas pálidas parecían respirar la esencia de siglos de hierbas secas, lo cual le daba a los pasillos subterráneos una sensación agradable de estar abiertos al exterior.

Dorian encontró un taller pequeño

donde una joven se inclinaba sobre una gran mesa de roble con una gran variedad de frascos de vidrio, básculas y morteros frente a ella. Había además viales de líquidos, hierbas colgantes y ollas burbujeantes sobre pequeñas flamas solitarias. Las artes de la sanación eran de las pocas que su padre no había prohibido por completo diez años atrás, aunque había escuchado que en el pasado habían sido incluso más poderosas. Antes, los sanadores habían utilizado su magia para curar y salvar. Ahora se habían quedado solamente con lo que la naturaleza les proveía.

Dorian entró a la habitación y la joven levantó la vista del libro que

estaba estudiando pero dejó el dedo como marca sobre la página. No era hermosa pero… bonita. Tenía facciones limpias y elegantes, el cabello castaño tejido en una trenza, y piel dorada y bronceada que sugería que al menos alguno de los miembros de su familia provenía de Eyllwe.

—Puedo… —empezó a decir ella. Entonces lo vio bien y dejó caer el torso en una reverencia—. Su Majestad —dijo mientras el rubor empezaba a subirle por la columna hasta el cuello.

Dorian levantó la mano ensangrentada.

—Espinas —dijo. «Rosales» se le figuraba que haría parecer patéticas sus

cortaduras.

Ella mantuvo la vista apartada y se mordió el carnoso labio inferior.

—Por supuesto —respondió ella y le señaló una silla de madera con la mano delgada—. Por favor. A menos… A menos que prefiera ir a una sala de auscultación formal…

Dorian normalmente aborrecía tener que lidiar con el tartamudeo y las dudas al expresarse, pero esta joven seguía tan ruborizada, con la voz tan suave, que dijo:

—Está bien aquí —y se sentó en la silla.

El silencio se sentía pesado sobre él mientras ella se apresuraba por toda la

habitación. Al principio se quitó el delantal blanco sucio, después se lavó las manos durante un minuto, luego tomó toda clase de vendajes y latas de ungüentos, un tazón con agua caliente y telas limpias y luego, por fin, jaló una silla del lado de la mesa para sentarse frente a él.

No hablaron, tampoco, mientras le lavó cuidadosamente la mano y se la examinó. Pero él se dio cuenta de que estaba viendo sus ojos color marrón, la seguridad de sus dedos y el rubor que permanecía en su cuello y rostro.

—La mano es… muy compleja —murmuró al fin mientras estudiaba las cortadas—. Solamente quería

asegurarme de que no hubiera nada dañado y de que no hubiera espinas atoradas dentro —dijo y agregó rápidamente—, Su Majestad.

—Creo que se ve peor de lo que realmente está.

Con un roce tan suave como una pluma, le puso un ungüento blanco en la mano y, como un idiota, él hizo un gesto de dolor.

—Lo siento —tartamudeó ella—. Es para desinfectar las cortadas. Por si acaso.

Parecía como si fuera a hacerse un ovillo, como si él le hubiera dado la orden de ahorcarse solo por eso.

Él buscó algo que decir y agregó:

—He tenido heridas peores.

Sonó estúpido cuando lo dijo y ella hizo una pausa por un instante antes de buscar los vendajes.

—Lo sé —dijo y levantó la vista.

Maldición. Esos ojos eran impactantes. Ella desvió la mirada rápidamente y le vendó la mano.

—Estoy asignada al ala sur del castillo y con frecuencia estoy en la guardia de la noche.

Eso explicaba por qué le parecía tan familiar. No solo lo había curado a él aquella noche un mes antes, sino también a Celaena, a Chaol, a Ligera… Había estado ahí para todas sus heridas estos últimos siete meses.

—Lo siento, no recuerdo tu nombre…

—Me llamo Sorscha —dijo. No había rabia en su respuesta, como debería haberla. El príncipe consentido y sus amigos creídos, demasiado absortos en sus propias vidas para molestarse en recordar el nombre de la sanadora que los había curado una y otra vez.

Terminó de vendarle la mano y él dijo:

—En caso de que no te lo digamos con la frecuencia necesaria, gracias.

Sus ojos con chispas verdes volvieron a mirarlo. Una sonrisa precavida.

—Es un honor, príncipe —empezó a guardar sus materiales.

Dorian interpretó esto como su señal para irse, así que se puso de pie y dobló los dedos.

—Se siente bien.

—Son heridas menores, pero vigílelas —Sorscha tiró el agua sangrienta por el lavabo en la parte de atrás de la habitación—. Y no hace falta que venga hasta acá la próxima vez. Solo mándeme llamar, Su Majestad. Con gusto lo atenderemos —se inclinó e hizo una reverencia con la gracia de una bailarina de piernas largas.

—¿Has sido la responsable del ala sur de roca todo este tiempo?

La pregunta dentro de otra pregunta era bastante clara: ¿Has visto todo? ¿Todas las heridas sin explicación?

—Tenemos registros de nuestros pacientes —respondió Sorscha con suavidad, para que nadie que pudiera estar pasando por la puerta abierta la escuchara—. Pero a veces olvidamos escribir todo.

No le había dicho a nadie lo que había visto, las cosas que no tenían sentido. Dorian hizo una reverencia en agradecimiento y salió dando grandes pasos de la habitación. ¿Cuántos más, se preguntó, habrían visto más de lo que decían? No quería saberlo.

Los dedos de Sorscha, afortunadamente, dejaron de temblar cuando el príncipe heredero salió de las catacumbas. Por la gracia de Silba, diosa de los sanadores y portadora de la paz —y de las muertes tranquilas— había logrado evitar que le temblaran mientras le curaba la mano también. Sorscha se recargó contra el mostrador y dejó salir una exhalación larga.

Las cortadas no habían ameritado un vendaje, pero fue egoísta e ingenua y quería mantener al hermoso príncipe en esa silla todo el tiempo posible.

Él ni siquiera sabía quién era ella.

Le habían dado el título completo de sanadora un año antes, y la habían llamado para atender al príncipe, al capitán y a su amiga incontables veces. Y el príncipe heredero seguía sin tener idea de quién era ella.

No le había mentido sobre no tener un registro de todo. Pero lo recordaba todo. En especial esa noche de hacía un mes, cuando los tres habían llegado ensangrentados y muy sucios, el perro de la chica también herido, sin explicación y sin que nadie hiciera un escándalo. Y la chica, su amiga.

La campeona del rey. Era ella.

Parecía como si fuera amante tanto

del príncipe como del capitán en momentos diferentes. Sorscha había ayudado a Amithy a curar a la joven después del duelo brutal para ganarse su título. Ocasionalmente había entrado a revisar cómo estaba y encontraba al príncipe abrazándola en la cama.

Fingió que no importaba, porque el príncipe heredero era famoso en lo que respectaba a las mujeres, pero… eso no había impedido que sintiera un dolor agudo en el pecho. Entonces las cosas cambiaron, y cuando envenenaron a la chica con gloriella, el capitán fue quien la acompañó; el mismo, quien había actuado como una bestia enjaulada, caminando por la habitación hasta que

los nervios de la misma Sorscha se habían puesto de punta. No le sorprendió cuando, varias semanas después, la mucama de la chica, Philippa, la buscó para que le diera un tónico anticonceptivo. Philippa no le había dicho para quién era, pero Sorscha no era idiota.

Cuando atendió al capitán una semana después de eso, por cuatro rasguños brutales en el rostro y una mirada de muerte, Sorscha comprendió. Y comprendió nuevamente la última vez, cuando el príncipe, el capitán y la chica estaban todos ensangrentados junto con la perra, que lo que fuera que había existido entre los tres se había roto.

La chica en especial. Los había escuchado llamarla «Celaena» accidentalmente cuando pensaban que ya se había salido de la habitación. Celaena Sardothien. La asesina más famosa del mundo y ahora la campeona del rey. Otro secreto que Sorscha guardaría sin que ellos jamás lo supieran.

Era invisible. Y eso le parecía bien, la mayoría de los días.

Sorscha frunció el ceño ante su mesa llena de materiales. Tenía media docena de tónicos y emplastos que debía preparar antes de la cena, todos complejos, todos encargos de Amithy, quien se aprovechaba de su rango

siempre que era posible. Además, todavía debía escribir su carta semanal a su amigo, quien quería escuchar cada pequeño detalle sobre el palacio. Solo de pensar en todas estas tareas le dolía la cabeza.

Si hubiera sido cualquier otra persona y no el príncipe, le habría dicho que buscara otro sanador.

Sorscha regresó a su trabajo. Estaba segura de que él había olvidado su nombre en el momento en que puso el pie fuera de su cubículo. Dorian era el heredero del imperio más poderoso del mundo y Sorscha era la hija de dos inmigrantes muertos de un poblado en Fenharrow que se había quemado hasta

quedar en cenizas, un poblado que nadie recordaría jamás.

Pero eso no hacía que lo dejara de amar, como siempre lo había hecho, invisible y en secreto, desde la primera vez que lo vio seis años antes.

Capítulo 7

Ninguna otra cosa se acercó a Celaena y Rowan después de esa primera noche. Él ciertamente no le dijo nada sobre ello, ni le ofreció su capa ni ninguna otra protección contra el frío. Ella durmió

enroscada de lado, volteándose cada dos minutos porque alguna raíz o roca se le estaba enterrando en la espalda, o porque había despertado sobresaltada por el grito de un búho, o algo peor.

Para cuando la luz se volvió gris y la niebla empezó a moverse entre los árboles, Celaena se sintió más exhausta de lo que se había sentido la noche anterior. Después de un desayuno silencioso de pan, queso y manzanas, estaba casi quedándose dormida en su yegua cuando retomaron el camino por la colina boscosa.

Pasaron junto a varias personas, en su mayoría humanos que llevaban carretas hacia algún mercado. Todos se

quedaban viendo a Rowan y le cedían el paso. Algunos incluso murmuraban oraciones de misericordia.

Desde hacía mucho tiempo había escuchado que el pueblo de las hadas coexistía pacíficamente con los humanos en Wendlyn, así que tal vez el terror que provocaban se debía a Rowan en sí. El tatuaje no ayudó. Ella no se decidía si preguntarle lo que significaban las palabras, porque eso implicaría hablar. Y hablar implicaría construir alguna especie de… relación. Ya estaba harta de los amigos. Y harta de que murieran también.

Así que había mantenido la boca cerrada todo el día que cabalgaron por

el bosque hacia las Montañas Cambrian. El bosque se fue haciendo más frondoso y denso mientras más ascendían, y la niebla también fue aumentando. Se formaban grandes velos de neblina que pasaban flotando y acariciándole la cara, el cuello, la columna.

Otra noche fría y miserable de campamento a la orilla del camino y ya iban otra vez cabalgando antes del amanecer. Para entonces, la niebla se había filtrado a su ropa y piel y se le había metido hasta los huesos.

En la tercera noche, ya no tenía esperanza de que prendieran una fogata. Incluso ya había aceptado el frío y las raíces insufribles y el hambre que no

podía terminar de saciar sin importar cuánto pan y queso comiera. Los dolores le resultaban tranquilizantes de cierta forma.

Y más que tranquilizarla, le servían de distractores. Bienvenidos. Merecidos.

No quería saber qué significaba eso para ella. No podía permitirse tanta introspección. Se había acercado, ese día cuando vio al príncipe Galan. Y con eso había sido suficiente.

Se salieron del camino en las últimas horas de la tarde y cortaron a través de la tierra musgosa que acojinaba cada uno de sus pasos. No había visto un poblado en días y las

rocas de granito empezaban a tener espirales y patrones. Supuso que eran señales: una advertencia a los humanos de que se mantuvieran alejados.

Debían estar todavía como a una semana de Doranelle, pero Rowan estaba avanzando a lo largo de las montañas, no sobre ellas, pero seguían ascendiendo y alcanzaban planicies llenas de flores silvestres de vez en cuando. No había visto un mirador, así que no tenía una noción de dónde estaban, o qué tan alto. Solo el bosque interminable, el ascenso interminable y la niebla interminable.

Olió el humo antes de ver las luces. No había fogatas pero se veían luces de

un edificio que salía de los árboles, a todo lo largo de la ladera de la montaña. Las rocas eran oscuras y antiguas: labradas de algo distinto al abundante granito. Haciendo un esfuerzo por enfocar la mirada, logró notar el anillo de rocas altísimas que se entretejían entre los árboles, rodeando la totalidad de la fortaleza. Fue difícil no notarlas cuando cabalgaron entre dos de los megalitos que se curvaban uno hacia el otro como cuernos de una gran bestia, y sintió una corriente zumbar contra su piel.

Vigías, vigías mágicos de roca. Se le revolvió el estómago. Si no mantenían fuera a los enemigos, ciertamente

servían como advertencia, lo cual significaba que las tres figuras que estaban patrullando cada una de las tres torres, las seis figuras fuera del muro exterior y las tres en la puerta de madera ahora sabrían que se acercaban. Había hombres y mujeres con armaduras de cuero ligeras y con espadas, dagas y arcos que estaban monitoreando su llegada.

—Creo que preferiría quedarme en el bosque —dijo. Eran sus primeras palabras en días. Rowan no le hizo caso.

Ni siquiera levantó un brazo para saludar a los guardias. Seguramente estaba familiarizado con este lugar si no se dignaba a saludar. Conforme se

fueron acercando a la fortaleza antigua —que era poco más que unas cuantas torres de vigilancia unidas por un gran edificio que las conectaba, llenas de liquen y musgo— se puso a hacer cálculos. Debía ser un puesto de vigilancia fronterizo, un punto intermedio entre el reino mortal y Doranelle. Tal vez al fin tendría un lugar cálido para dormir, aunque fuera solo por una noche.

Los guardias saludaron a Rowan, quien no les dedicó siquiera una mirada. Todos portaban capuchas que disimulaban las señas de su herencia. ¿Serían hadas? Rowan quizá no le había hablado la mayor parte del viaje y había

mostrado tanto interés en ella como en una pila de mierda en el camino, pero si se iban a quedar con las hadas, tal vez los demás sí tuvieran preguntas.

Prestó atención a cada detalle, cada salida, cada debilidad al entrar al gran patio pasando el muro. Dos mozos de cuadra de aspecto mortal se apresuraron para ayudarles a desmontar. Todo estaba muy quieto. Como si todo, incluidas las piedras, estuviera conteniendo el aliento. Como si hubieran estado esperando. La sensación empeoró cuando Rowan la condujo sin decir palabra al interior oscuro del edificio principal, por unas escaleras angostas de piedra y hacia algo que parecía ser

una oficina pequeña.

No fueron los muebles de roble tallados, ni las cortinas verdes decoloradas ni la calidez del fuego lo que la hizo pararse en seco. Fue la mujer de cabello oscuro que se sentaba detrás del escritorio. Maeve, reina de las hadas.

Su tía.

Y entonces escuchó las palabras que había estado temiendo durante diez años.

—Hola, Aelin Galathynius.

Capítulo 8

Celaena dio un paso atrás, consciente de cuántos pasos debería dar para llegar al pasillo, pero chocó contra un cuerpo duro e inmóvil justo cuando la puerta se cerró tras ellos. Las manos le temblaban

tanto que ni siquiera se molestó en intentar sacar sus armas, ni las de Rowan. La hubiera eliminado en el instante que Maeve diera la orden.

La sangre se arremolinó en la cabeza de Celaena. Se obligó a inhalar una vez. Y después otra. Y luego dijo en una voz demasiado queda:

—Aelin Galathynius está *muerta*.

Tan solo pronunciar su nombre en voz alta, el maldito nombre que había temido y odiado e intentado olvidar…

Maeve sonrió y mostró sus colmillos pequeños y afilados.

—No nos molestemos con mentiras.

No era mentira. Esa niña, esa princesa, se había muerto en un río una

década atrás. Celaena ya no era Aelin Galathynius, así como no era ninguna otra persona.

La habitación se sentía demasiado caliente, demasiado pequeña, y Rowan era una fuerza de la naturaleza hostil parado tras ella.

No le daría tiempo de recuperarse, de pensar en excusas y medias verdades, como debería haber estado haciendo estos últimos días en vez de entregarse totalmente al silencio y al frío nuboso. Debería enfrentar a la reina de las hadas como Maeve quería que la enfrentara. Y en una fortaleza que parecía muy por debajo de la belleza con cabello azabache que la miraba con sus

insondables ojos negros.

Dioses. ¡Dioses! Maeve era aterradora en su perfección, totalmente apacible, eterna y tranquila e irradiando una gracia antigua. La hermosa hermana oscura de la rubia Mab.

Celaena se había estado engañando al pensar que esto iba a ser sencillo. Seguía presionada contra Rowan como si fuera una pared. Una pared impenetrable, tan vieja como los vigías de roca que rodeaban la fortaleza. Rowan se separó de ella con sus fluidos movimientos poderosos y depredadores y se recargó contra la puerta. No saldría de ahí hasta que Maeve se lo permitiera.

La reina de las hadas permaneció en

silencio, con los dedos largos y blancos como la luna doblados en su regazo, sobre su vestido color violeta y con una lechuza blanca parada en el respaldo de su silla. No se molestaba en usar una corona y Celaena supuso que no la necesitaba. Todas las criaturas de la Tierra sabrían quién era, qué era, aunque fueran ciegas y sordas. Maeve, el rostro de mil leyendas… y pesadillas. Se habían escrito epopeyas y poemas y canciones sobre ella, tantas que algunos creían que era un mito. Pero aquí estaba el sueño, la pesadilla encarnada.

Esto podría servirte. Puedes conseguir las respuestas que necesitas, aquí y ahora. Regresar a Adarlan en

cuestión de días. Solo… respira.

Pero respirar resultó ser más difícil cuando la reina, que era conocida por enloquecer hombres por diversión, estaba observando cada movimiento de su garganta. Esa lechuza parada en su silla —¿hada o bestia de verdad?— también la observaba. Sus garras estaban curvadas alrededor del respaldo de la silla, clavándose en la madera.

Era un poco absurdo, sin embargo… Maeve atendiendo asuntos en esta oficina medio podrida, en un escritorio manchado con sabrá el Wyrd qué cosa. Dioses, el solo hecho de que Maeve estuviera sentada tras un escritorio. Debería estar en un valle etéreo,

rodeada por fuegos fatuos flotantes y doncellas bailarinas con laúdes y arpas, leyendo las estrellas giratorias como si fueran poesía. Pero no aquí.

Celaena hizo una reverencia. Supuso que tal vez debería haberse arrodillado pero… ya olía muy mal y su rostro probablemente seguía rasgado y amoratado por su lucha en Varese. Cuando Celaena se enderezó, Maeve seguía sonriendo levemente. Una araña con una mosca en su telaraña.

—Supongo que con un buen baño te verás bastante parecida a tu madre.

No estarían intercambiando trivialidades, por lo visto. Maeve se lanzó directo a la yugular. Ella podía

soportarlo. Podía hacer caso omiso del dolor y el terror para conseguir lo que quería. Así que Celaena sonrió también levemente y dijo:

—Si hubiera sabido con quién me reuniría, podría haberle rogado a mi escolta que me diera tiempo de asearme.

No se sintió mal ni por un segundo al echar a Rowan a los leones.

Los ojos color obsidiana de Maeve hicieron un movimiento mínimo hacia Rowan, quien seguía recargado contra la puerta. Podría haber jurado que la reina hada estaba expresando aprobación con su sonrisa. Como si este recorrido agotador fuera también parte del plan. ¿Pero por qué? ¿Por qué sacarla de

balance?

—Me temo que yo soy la culpable de esa prisa —dijo Maeve—. Aunque supongo que podría haberse tomado la molestia de conseguirte, por lo menos, un estanque para darte un baño en el camino —la reina de las hadas levantó una mano elegante e hizo un gesto al guerrero—. El príncipe Rowan…

Príncipe. Celaena suprimió su instinto por voltear a verlo.

—… es de la línea de mi hermana Mora. Es una especie de sobrino y un miembro de mi casa. Es pariente lejano tuyo; hay algunos ancestros antiguos que los vinculan.

Otra estrategia para desbalancearla.

—No me digas…

Tal vez esa no fue la mejor respuesta. Probablemente debería estar tirada en el suelo, rogando que le dieran alguna respuesta. Pero tenía la sensación de que probablemente llegaría a ese punto muy pronto. Pero…

—Debes estarte preguntando por qué le pedí al príncipe Rowan que te trajera —reflexionó Maeve.

Por Nehemia participaría en este juego. Celaena se mordió la lengua con suficiente fuerza para mantener cerrada su maldita boca altanera.

Maeve colocó sus manos blancas sobre el escritorio.

—He estado esperando mucho

tiempo para conocerte. Y como no salgo de estas tierras, no podía verte. Al menos no con los ojos.

Las uñas largas de la reina brillaban bajo la luz.

Había leyendas que se decían en voz baja ante las hogueras sobre la otra piel que usaba Maeve. Nadie había vivido para contar nada más que «sombras y garras y oscuridad para devorar tu alma».

—Violaron mis leyes, ¿sabes? Tus padres desobedecieron mis órdenes cuando se escaparon juntos. Las líneas de sangre eran demasiado volátiles para mezclarse, pero tu madre prometió dejarme verte después de que nacieras

—Maeve inclinó la cabeza hacia un lado, de manera extrañamente similar a la lechuza posada detrás de ella—. Parece ser que en los ocho años que siguieron a tu nacimiento siempre estuvo demasiado ocupada para cumplir con su promesa.

Si su madre había roto una promesa… si su madre la había ocultado de Maeve, había una muy buena razón. Una razón que revoloteaba en los límites de la mente de Celaena, un recuerdo borroso.

—Pero ahora estás aquí —dijo Maeve y pareció que se acercó más sin haberse movido—. Y eres una mujer adulta. Mis ojos del otro lado del mar

me han traído historias muy extrañas y horribles sobre ti. A partir de tus cicatrices y tus armas, me pregunto si de verdad serían ciertas. Como una historia que escuché hace más de un año, que un asesino con ojos Ashryver fue visto por el Señor del Norte de la cornamenta en una carreta dirigida a…

—Suficiente —Celaena miró a Rowan, quien escuchaba con atención, como si fuera la primera vez que oía esto. No quería que él supiera sobre Endovier, no quería esa compasión—. Yo sé mi propia historia —dijo mientras le lanzaba una mirada de advertencia a Rowan para indicarle que no se metiera en lo que no le incumbía. Él se limitó a

desviar la mirada, aburrido nuevamente. Típica arrogancia inmortal. Ella miró a Maeve y se metió las manos a los bolsillos—. Sí, soy una asesina.

Se escuchó un resoplido detrás de ella, pero no se atrevió a quitarle los ojos de encima a Maeve.

—¿Y tus otros talentos? —preguntó Maeve y sus fosas nasales se abrieron, estaba olfateando—. ¿Qué ha sido de ellos?

—Al igual que todos en mi continente, no he podido tener acceso a ellos.

Los ojos de Maeve brillaron y Celaena supo; supo que Maeve podía olfatear la verdad a medias.

—Ya no estás en tu continente —ronroneó.

Corre. Todos sus instintos le rugían esa palabra. Tenía la sensación de que el Ojo de Elena no le hubiera servido de nada, pero deseó tenerlo con ella de todas maneras. Deseó que la reina muerta estuviera ahí también. Rowan estaba quieto en la puerta, pero si era rápida, si lograba engañarlo…

El brillo de un recuerdo la cegó, resplandeciente e incontrolable, desatado por el instinto que le estaba suplicando que huyera. Su madre rara vez había permitido que las hadas entraran a su casa, a pesar de su herencia. Unos cuantos de confianza

pudieron vivir con ellos, pero siempre habían vigilado de cerca a los visitantes del pueblo de las hadas, y durante toda su estancia Celaena permanecía recluida en los aposentos privados de la familia. A ella siempre le había parecido una medida sobreprotectora, pero ahora…

—Muéstrame —susurró Maeve con una sonrisa arácnida.

Corre. Corre.

Todavía podía sentir cómo le quemaba el fuego azul que explotó desde su cuerpo en aquel reino demoniaco, todavía podía ver el rostro de Chaol cuando perdió el control. Un movimiento en falso, una respiración en falso, y podría haberlos matado a él y a

Ligera.

La lechuza agitó sus alas, la madera crujió bajo sus garras y la oscuridad en los ojos de Maeve se extendió y se estiró hacia ella. Se sintió un débil pulsar en el aire, un latido contra su sangre. Un golpeteo y después un corte afilado contra su mente, como si Maeve estuviera intentando abrirle el cráneo a la fuerza y asomarse dentro. Presionando, probando, saboreando…

Celaena luchó por mantener la respiración estable y puso sus manos cerca de las armas cortantes que traía mientras resistía contra las garras en su mente. Maeve dejó escapar una risa grave y la presión en su cabeza cesó.

—Tu madre te ocultó de mí durante años —dijo Maeve—. Ella y tu padre siempre tuvieron un talento sorprendente para distinguir cuando mis ojos te estaban buscando. Es un don muy raro, la habilidad de llamar y manipular la flama. Existen muy pocos que poseen si acaso un rescoldo del poder; menos quienes pueden dominar su ferocidad. Y, sin embargo, tu madre quería que tú ahogaras tu poder, aunque sabía que yo solo quería que te rindieras ante él.

El aliento de Celaena le quemó la garganta. Otro chispazo de recuerdo, de lecciones no sobre provocar incendios, sino de cómo apagarlos.

—Mira qué bien les resultó —

continuó Maeve.

A Celaena se le congeló la sangre. Todos sus instintos de autopreservación salieron volando de su cabeza.

—¿Y dónde estabas tú hace diez años? —dijo con voz baja que salía de lo más profundo de su alma desgarrada, tanto que las palabras fueron apenas más que un gruñido.

Maeve inclinó la cabeza ligeramente.

—No me agrada que me mientan.

El gesto agresivo de Celaena flaqueó. Se desplomó hasta su estómago. La raza de las hadas nunca había enviado ayuda a Terrasen. No llegó de Wendlyn. Y todo era porque… porque…

—No tengo más tiempo para dedicarte —dijo Maeve—. Así que seré breve: mis ojos me han indicado que tienes preguntas. Preguntas que ningún mortal tiene el derecho a preguntar… sobre las llaves.

La leyenda decía que Maeve podía entrar en comunión con el mundo de los espíritus. ¿Le había dicho algo Elena, o Nehemia? Celaena abrió la boca, pero Maeve levantó la mano.

—Te daré esas respuestas. Puedes buscarme en Doranelle para recibirlas.

—¿Por qué no…?

Un gruñido de Rowan por la interrupción.

—Porque son respuestas que

requieren tiempo —dijo Maeve y luego agregó lentamente, como si saboreara cada palabra— y son respuestas que no te has ganado todavía.

—Dime qué puedo hacer para ganármelas y lo haré.

Tonta. La respuesta de una maldita tonta.

—Es una cosa peligrosa que ofrecer sin antes escuchar el precio.

—¿Quieres que te muestre mi magia? Te la mostraré. Pero no aquí, no…

—No tengo ningún interés en ver una sola gota de tu magia a mis pies como si fuera un costal de grano. Quiero ver qué es lo que puedes hacer con ella, Aelin

Galathynius…, lo cual hasta el momento no parece ser mucho —el estómago de Celaena se retorció al escuchar el nombre maldito—. Quiero ver en qué te convertirás bajo las circunstancias correctas.

—No…

—No permito que entren mortales ni mestizos a Doranelle. Para que un mestizo entre a mi reino, debe demostrar que tiene el talento y que lo merece. Mistward, esta fortaleza —agregó con un ademán de la mano que abarcó la habitación— es uno de varios sitios de prueba, y es un sitio donde quienes no pasan la prueba pueden pasar sus días.

Bajo el miedo creciente, pudo sentir

un brote de repudio recorrer su cuerpo. *Mestiza*. Maeve lo había dicho con tal desdén.

—¿Y qué tipo de prueba deberé realizar antes de que me consideres merecedora?

Maeve hizo un gesto a Rowan, quien no se había movido de la puerta.

—Deberás venir conmigo cuando el príncipe Rowan decida que ya has dominado tus dones. Él te entrenará aquí. Y no pondrás un pie en Doranelle hasta que él considere que tu entrenamiento está terminado.

Después de enfrentar la mierda que había visto en el castillo de cristal: demonios, brujas, el rey, y luego de

entrenar con Rowan, incluso en magia, parecía algo anticlimático.

Pero… Pero podía tomar semanas. Meses. Años. La niebla conocida de la nada empezó a infiltrarse, amenazando con ahogarla nuevamente. La empujó hacia atrás lo suficiente para hablar.

—Lo que yo necesito saber no es algo que pueda esperar…

—¿Quieres respuestas sobre las llaves, heredera de Terrasen? Entonces estarán esperándote en Doranelle. El resto depende de ti.

—Honestamente —dijo Celaena—. Responderás con honestidad a mis preguntas sobre las llaves.

Maeve sonrió, y no fue algo

hermoso.

—No has olvidado todas nuestras costumbres, entonces —como Celaena no reaccionó, Maeve agregó—: Contestaré honestamente todas tus preguntas sobre las llaves.

Sería más sencillo irse de ahí. Ir a buscar a otro ser antiguo para que le dijera la verdad. Celaena inhaló y exhaló, inhaló y exhaló. Pero Maeve había estado ahí, había estado ahí en el amanecer de este mundo durante las guerras del Valg. Ella había tenido las llaves del Wyrd en la mano. Sabía cómo se veían, cómo se sentían. Tal vez incluso supiera dónde las había ocultado Brannon, en especial la última llave sin

nombre. Y si Celaena pudiera encontrar una manera de robarle las llaves al rey, una manera de destruirlo y detener sus ejércitos para liberar a Eyllwe, incluso si solo pudiera encontrar una llave del Wyrd…

—¿Qué tipo de entrenamiento…?

—El príncipe Rowan te explicará los detalles. Por lo pronto, te llevará a tus habitaciones para que descanses.

Celaena miró directamente a los ojos mortales de Maeve.

—¿Juras que me dirás lo que necesito saber?

—Yo no rompo mis promesas. Y tengo la sensación de que tú eres distinta a tu madre en ese aspecto también.

Perra. Perra, quería escupirle. Pero los ojos de Maeve se posaron en la palma de la mano derecha de Celaena. Sabía todo. Sabrán los dioses cómo. A través de qué espías o poder o adivinación, Maeve sabía todo sobre ella y su juramento a Nehemia.

—¿Con qué fin? —preguntó Celaena suavemente mientras sentía que la rabia y el temor la arrastraban hacia un agotamiento inescapable—. ¿Quieres que me entrene solo para poder hacer un espectáculo de mis talentos?

Maeve pasó uno de sus dedos blancos como la luna por la cabeza de la lechuza.

—Deseo que te conviertas en quien

naciste para ser. Que te conviertas en una reina.

Convertirse en una reina.

Las palabras acosaron a Celaena esa noche; le impidieron dormir a pesar de que se sentía tan exhausta que hubiera llorado para que Silba, con sus ojos oscuros, pusiera un fin a su sufrimiento. *Reina*. La palabra pulsaba al mismo ritmo que el labio recién lastimado que también hacía que dormir fuera muy incómodo.

Eso se lo podía agradecer a Rowan.

Después de la orden de Maeve, Celaena no se había molestado en despedirse antes de salir de la habitación. Rowan se había quitado del paso porque Maeve le había hecho una señal con la cabeza, y siguió a Celaena por un pasillo angosto que olía a carne rostizándose y a ajo. Su estómago gruñó pero probablemente vomitaría todo en el segundo en que tragara el primer bocado. Así que siguió a Rowan por el pasillo, bajaron las escaleras y cada paso iba alternando entre una voluntad férrea y una creciente rabia.

Izquierda. *Nehemia*.

Derecha. *Hiciste un juramento y lo mantendrás por cualquier medio que*

sea necesario.

Izquierda. *Entrenar. Reina*.

Derecha. *Perra. Perra manipuladora, sádica y de sangre fría*.

Frente a ella, Rowan avanzaba con pasos silenciosos sobre las rocas frías del pasillo. Las antorchas todavía no se encendían y en el interior sombrío apenas podía distinguir que estaba ahí. Pero sabía, aunque fuese solo porque podía casi sentirla cómo irradiaba la ira de él. Bien. Al menos había otra persona que no estaba muy entusiasmada con esta oferta.

Entrenar. *Entrenar*.

Toda su vida había estado entrenando; desde el momento de su

nacimiento. Rowan podría entrenarla hasta caerse muerto, y mientras eso le pudiera dar respuestas sobre las llaves del Wyrd, ella le seguiría la corriente. Pero eso no significaba que, llegado el momento, ella tendría que hacer nada. Ciertamente no aceptaría el trono.

Ni siquiera tenía un trono, o una corona, o una corte. Ni lo deseaba. Y podría derrocar al rey como Celaena Sardothien, muchas gracias.

Apretó los dedos para formar puños.

No se encontraron a nadie al ir descendiendo por una escalera sinuosa que desembocaba en otro corredor. ¿Los residentes de esta fortaleza —Maeve la había llamado Mistward— sabían quién

estaba en ese estudio en el piso de arriba? Maeve probablemente disfrutaba aterrándolos. Tal vez tenía a todas esas personas —mestizos los había llamado — esclavizadas a través de algún trato. Repugnante. Era repugnante mantenerlas aquí solo porque tenían una herencia mixta que no era culpa suya.

Celaena abrió al fin la boca.

—Debes ser muy importante para Su Inmortal Majestad si te puso de niñera.

—Dado tu historial, no confiaba en nadie salvo el mejor para mantenerte a raya.

Ah, el príncipe quería pleito. El autocontrol que había demostrado en su camino hacia la fortaleza pendía de un

hilo. Bien.

—Jugar al guerrero en el bosque no parece ser un muy buen indicador de talento.

—Yo luché en los campos de la muerte mucho antes de que tú, tus padres, o siquiera tu tío abuelo hubieran nacido.

Ella se irritó, exactamente lo que él quería.

—¿Qué hay para pelear aquí además de aves y bestias?

Silencio. Y luego…

—El mundo es un sitio mucho más grande y peligroso de lo que puedes imaginar, niña. Considera que recibir entrenamiento, tener la oportunidad de

probarte, es una bendición.

—He visto bastante de este mundo grande y peligroso, principito.

Una risa silenciosa y áspera.

—Solo espera, Aelin.

Otro pinchazo. Y ella se permitió caer en la provocación.

—No me llames así.

—Es tu nombre. No te voy a llamar de ninguna otra manera.

Ella se metió en su camino y se acercó a esos colmillos demasiado afilados.

—Nadie aquí puede saber quién soy, ¿entiendes?

Un brillo de sus ojos verdes destelló en la oscuridad, como la mirada de un

animal.

—Mi tía me ha encomendado una tarea más difícil de lo que cree, me parece.

Mi tía. No nuestra tía.

Y entonces ella dijo una de las cosas más bajas que había pronunciado en toda su vida, regodeándose en el odio puro de sus palabras.

—Las hadas como tú me hacen comprender un poco más las acciones del rey de Adarlan, me parece.

Antes de que pudiera darse cuenta, más rápido de lo que era posible que fuera cualquier cosa, la golpeó.

Ella se movió apenas lo suficiente para evitar que su nariz quedara

destrozada, pero recibió el puñetazo en la boca. Chocó contra la pared, se golpeó la cabeza y pudo sentir el sabor de la sangre. Bien.

La volvió a golpear con esa velocidad inmortal, o lo intentó. Pero con una rapidez igualmente inquietante, detuvo el segundo golpe antes de que le fracturara la quijada y le gruñó en la cara, en un tono grave y feroz.

La respiración de ella se volvió agitada y ronroneó:

—Hazlo.

Él parecía más interesado en arrancarle la garganta que en hablar, pero se mantuvo tras la línea que había trazado.

—¿Por qué habría de darte lo que quieres?

—Eres tan inútil como el resto de tus parientes.

Dejó escapar una risa suave y letal que Celaena sintió como garras que arañaban su temperamento.

—Si estás tan desesperada por comer piedras, adelante: te permitiré intentar darme el siguiente golpe.

Debería haber sabido que no debía escuchar, pero su sangre rugía de tal manera que ya no podía ver correctamente, pensar correctamente, respirar correctamente. Así que mandó las consecuencias al infierno y lanzó un puñetazo.

Celaena no le pegó a nada salvo el aire; aire y luego el pie de su contrincante se enganchó detrás del de ella en una maniobra eficiente que la estrelló contra la pared nuevamente. Imposible. La había hecho tropezar como si fuera una simple novata.

Él estaba ahora a unos cuantos centímetros de distancia, con los brazos cruzados. Ella escupió sangre y maldijo. Él sonrió burlonamente. Era suficiente para que ella se lanzara de nueva cuenta sobre él, para tirarlo o golpearlo o estrangularlo, no sabía bien qué.

Ella detectó su finta a la izquierda pero cuando se lanzó a la derecha se movió tan rápido que a pesar de toda

una vida de entrenamiento, chocó en un brasero oscurecido detrás de él. El escándalo reverberó por todo el pasillo silencioso y ella aterrizó de cara en el piso de piedra que hizo resonar sus dientes.

—Como te dije —rio Rowan mirándola hacia abajo—, te falta mucho por aprender. Sobre todas las cosas.

Tenía el labio adolorido e hinchado pero le dijo exactamente lo que podía irse a hacer.

Él empezó a caminar por el pasillo.

—La próxima vez que digas cualquier cosa como lo que dijiste —dijo sin voltearla a ver—, te pondré a cortar leña durante un mes.

Furiosa, con el odio y la vergüenza quemándole la cara, Celaena se puso de pie. Él la dejó en una habitación muy pequeña y muy fría que se veía apenas mejor que una celda. Le permitió dar dos pasos en su interior y le dijo:

—Dame todas tus armas.

—¿Por qué? Claro que no.

Ni loca le daría las dagas.

Con un movimiento rápido, él tomó un cubo de agua que estaba junto a su puerta y lanzó el contenido hacia el pasillo exterior y lo sostuvo frente a ella.

—Dame tus armas.

Entrenar con él sería absolutamente maravilloso.

—Dime por qué.

—No tengo que darte explicaciones.

—Entonces vamos a tener otra pelea.

Su tatuaje se veía incluso más oscuro en ese pasillo con poca luz. Su mirada endurecida bajo el ceño fruncido parecía decir: «¿A eso le llamas pelea?». Pero en vez de eso gruñó:

—Al amanecer, te ganarás tu estancia aquí ayudando en la cocina. A menos que tengas planes de asesinar a todos en la fortaleza, no hace falta que vayas armada. Ni que estés armada cuando entrenemos. Así que yo me quedaré con tus dagas hasta que te las hayas ganado de nuevo.

Vaya, eso sonaba conocido.

—¿La cocina?

Él le mostró los dientes con una sonrisa malévola.

—Todos ayudan aquí. Incluidas las princesas. Nadie está por encima de las labores manuales, y mucho menos tú.

Y no tenía las cicatrices para probarlo. De todas maneras no se lo diría. No sabía lo que haría si él se enterara sobre Endovier y se burlara de ella por eso, o si sintiera compasión por ella.

—¿Así que mi entrenamiento incluye ser moza de trascocina?

—Parte de tu trabajo.

De nuevo, Celaena podría haber

jurado que entendía las palabras que no dijo en su mirada: «Y voy a saborear cada maldito segundo de tu miseria».

—Para ser un viejo bastardo, ciertamente no te has molestado en aprender unos cuantos modales en ningún momento de tu larga existencia.

Daba igual que se viera como de veintitantos años.

—¿Por qué habría de desperdiciar alabanzas con una niña que de por sí está enamorada de sí misma?

—Somos parientes y lo sabes.

—Tenemos tanta sangre en común como yo la tengo con el encargado del chiquero de la fortaleza.

Celaena sintió cómo se le abrían las

fosas nasales y él le acercó bruscamente un cubo a la cara, aunque estuvo a punto de empujárselo de regreso, decidió que no quería tener la nariz rota y empezó a desarmarse.

Rowan contó cada una de las armas que puso en el cubo como si ya supiera cuántas llevaba, incluso las ocultas. Luego se puso el cubo bajo el brazo y azotó la puerta sin despedirse diciendo solo:

—Te quiero lista al amanecer.

—Infeliz. Viejo bastardo apestoso —dijo ella mientras echaba un vistazo a la habitación.

Una cama, un orinal y un lavabo con agua helada. Se debatió sobre darse un

baño, pero optó por usar el agua para limpiarse la boca y atender su labio. Estaba muerta de hambre, pero salir a buscar comida implicaba encontrarse con personas. Así que cuando terminó de curarse el labio lo mejor que pudo con lo que traía en su bolso, se dejó caer en la cama, con todo y sus ropas hediondas de vagabunda, y se quedó ahí por varias horas.

Su habitación tenía una ventana pequeña sin cortinas. Celaena se dio la vuelta en la cama para mirar a través de ella hacia un puñado de estrellas sobre los árboles que rodeaban la fortaleza.

Agredir a Rowan así, decirle las cosas que le dijo, intentar pelear con

él… Se había merecido ese puñetazo. Más que merecido. Si fuera honesta consigo misma, apenas pasaba por un ser humano estos días. Se tocó el labio partido e hizo un gesto de dolor.

Miró el cielo nocturno hasta que encontró al Ciervo, el Señor del Norte. La estrella inmóvil sobre la cabeza del ciervo, la corona eterna, apuntaba hacia Terrasen. Le habían dicho que los grandes gobernantes de Terrasen se habían convertido en esas estrellas brillantes para que su gente nunca estuviera sola y que siempre supieran el camino a casa. No había pisado el lugar en diez años. Cuando había sido su maestro, Arobynn no se lo había

permitido y después no se había atrevido.

Había susurrado la verdad aquel día en la tumba de Nehemia. Llevaba tanto tiempo corriendo que no sabía qué significaba detenerse para pelear. Celaena dejó escapar una exhalación larga y se frotó los ojos.

Lo que Maeve no entendía, lo que nunca podría entender, eran las dimensiones reales de la maldición que había provocado esa pequeña princesa de Terrasen hacía una década, un daño incluso mayor al que había hecho la propia Maeve. Los había condenado a todos y luego había dejado el mundo para que se convirtiera en ceniza y

polvo.

Así que Celaena le dio la espalda a las estrellas, ovillándose bajo una manta delgada para protegerse del frío gélido, y cerró los ojos, intentando soñar con un mundo diferente.

Un mundo donde no fuera nadie.

Capítulo 9

Manon Picos Negros se paró en un risco al lado de un río crecido por la nieve, con los ojos cerrados mientras el viento húmedo le laceraba la cara. Había pocos sonidos que disfrutara más que

los gemidos de los hombres moribundos, y el viento era uno de ellos.

Inclinarse contra la corriente de aire era lo más parecido a volar que podía hacer estos días; salvo en sueños infrecuentes, en los cuales estaba nuevamente en las nubes, con su escoba de palo fierro aún funcional, no el trozo de madera inútil que estaba ahora arrumbado en el armario de su habitación en la Fortaleza Picos Negros.

Habían pasado diez años desde la última vez que probó niebla y nube, cuando cabalgaba sobre el lomo del viento. Ese día hubiera sido un día perfecto para volar, con el viento intenso y rápido. Ese día hubiera

remontado el vuelo.

Tras ella, mamá Picos Negros seguía hablando con el hombre enorme de la caravana que se hacía llamar duque. No había sido una simple coincidencia, supuso, que poco después de que dejara los campos de Fenharrow llenos de sangre recibiera una llamada de su abuela. Y había sido más que una coincidencia que hubiera estado apenas a setenta kilómetros del punto de reunión justo en las afueras de la frontera con Adarlan.

Manon estaba vigilando mientras su abuela, la bruja mayor del clan Picos Negros, hablaba con el duque al lado del rugiente río Acanthus. El resto de su

aquelarre ya había tomado sus posiciones alrededor del pequeño campamento. Eran otras doce brujas, todas más o menos de la edad de Manon, todas criadas y entrenadas juntas. Al igual que Manon, no tenían armas, pero parecía que el duque estaba consciente de que las Picos Negros no necesitaban de armamento para ser mortales.

No necesitas arma alguna cuando naciste siendo una.

Y cuando eras una de las Trece de Manon, con quienes habías peleado y volado por los últimos cien años… Con frecuencia tan solo el nombre del aquelarre era suficiente para que los enemigos salieran huyendo. Las Trece

no tenían reputación de piadosas, ni de cometer errores.

Manon miró a los guardias armados alrededor del campamento. La mitad de ellos estaba observando a las brujas Picos Negros, los otros estaban monitoreando al duque y a su abuela. Era un honor que la bruja mayor hubiera elegido a las Trece como guardia; ningún otro aquelarre había sido llamado. Ningún otro aquelarre era necesario si las Trece estaban presentes.

Manon deslizó su atención al guardia más cercano. Su sudor, el ligero toque de miedo y el pesado almizcle del agotamiento flotaron en su dirección. Por el aspecto y olor que este tenía,

llevaban semanas viajando. Traían con ellos dos carretas de prisioneros. Una emitía un olor masculino distintivo y tal vez un resto de agua de colonia. Uno era femenino. Ambos olían mal.

Manon había nacido sin alma, decía su abuela. Sin alma y sin corazón, como se suponía que debía ser una Picos Negros. Era malvada hasta la médula de los huesos. Pero la gente de esas carretas, y el duque, olían *mal*. Diferente. De otro mundo.

El guardia cercano movió los pies. Ella le sonrió. La mano del guardia apretó la empuñadura de su espada.

Porque podía, porque se estaba aburriendo, Manon ladeó la mandíbula y

dejó caer sus dientes de hierro con un chasquido. El guardia dio un paso atrás y su respiración empezó a acelerarse. El olor acre del miedo se intensificó.

Con su cabello blanco como la luna, su piel de alabastro y sus ojos de color oro quemado, algunos hombres con mala suerte le habían dicho que era hermosa como una reina hada. Pero lo que esos hombres percibieron demasiado tarde era que su belleza era simplemente un arma más del arsenal con el cual había nacido. Y hacía las cosas tan tan divertidas.

Escuchó pisadas que hacían crujir la nieve y el césped seco y Manon le dio la espalda al guardia tembloroso y al

Acanthus rugiente y marrón, y vio que su abuela se estaba aproximando.

En los diez años desde que la magia había desaparecido, su proceso de envejecimiento estaba alterado. Manon tenía más de un siglo de edad, pero hasta hace diez años, apenas se veía como de dieciséis. Ahora parecía tener veintitantos. No les tomó mucho tiempo darse cuenta de que estaban envejeciendo como mortales y sintieron pánico. Y su abuela…

Las túnicas densas y voluminosas del color de la media noche de mamá Picos Negros fluían como agua en la brisa fresca. El rostro de su abuela ahora estaba marcado con incipientes

arrugas y su cabello color ébano se veía salpicado de plata. La bruja mayor del clan Picos Negros no solo era hermosa, era atrayente. Incluso ahora, con los años mortales pesándole sobre su piel blanca como hueso, la matrona tenía algo fascinante.

—Nos iremos ahora —dijo mamá Picos Negros y caminó hacia el norte a lo largo del río. Tras ellas, los hombres del duque cerraron filas alrededor del campamento. Era inteligente que los mortales se portaran tan cuidadosos cuando las Trece estaban presentes, y aburridas.

Un movimiento de la barbilla de Manon fue lo único necesario para que

las Trece se formaran. Las otras doce centinelas mantuvieron la distancia requerida detrás de Manon y su abuela, con pasos casi silenciosos en el césped invernal. Ninguna de ellas había podido encontrar alguna Crochan en los meses que habían estado infiltrándose en pueblo tras pueblo. Y Manon anticipaba que eso no quedaría sin ser castigado más adelante. Tal vez latigazos, tal vez algunos dedos rotos: nada demasiado permanente, pero sería público. Esos eran los métodos de castigo preferidos de su abuela: no el castigo en sí, sino la humillación.

Sin embargo, la mirada de los ojos negros con dorado de su abuela, la

herencia de la línea de sangre más pura del clan Picos Negros estaba fija en el horizonte al norte, hacia el Bosque de Oakwald y los enormes Colmillos Blancos más allá. Esos ojos con destellos de oro eran el rasgo más valorado de su clan por algún motivo que Manon nunca se molestó en conocer; cuando su abuela vio que los de Manon eran de un color dorado oscuro puro, la matrona se la había llevado de la casa de su madre, cuyo cadáver apenas empezaba a enfriarse, y proclamó a Manon como su heredera indiscutible.

Su abuela continuó caminando y Manon no la presionó para que hablara. No quería que le arrancaran la lengua de

la boca.

—Viajaremos al norte —dijo su abuela cuando las colinas se tragaron el campamento—. Quiero que mandes a tres de tus Trece al sur, al oeste y al este. Deberán buscar a nuestras parientes y amigas e informarles que nos reuniremos todas en el Abismo Ferian. Todas y cada una de las Picos Negros, que no falte ni una sola bruja o centinela.

Actualmente no había diferencia, todas las brujas pertenecían a un aquelarre y, por lo tanto, eran centinelas. Desde la caída de su reino occidental, desde que habían empezado a luchar por su supervivencia, todas las Picos

Negros, las Piernas Amarillas y las Sangre Azul tenían que estar listas para pelear, listas en cualquier momento para reclamar sus tierras o morir por su gente. Manon misma nunca había puesto un pie en lo que solía ser el Reino de las Brujas; nunca había visto las ruinas o la extensión plana y verde que se extendía hasta el mar occidental. Ninguna de las Trece había visto esos sitios tampoco, ya que todas ellas eran nómadas y exiliadas debido a una maldición de la última reina Crochan mientras se desangraba en ese legendario campo de batalla.

La matrona continuó, aún mirando hacia las montañas:

—Y si tus centinelas ven a miembros de los otros clanes, deberán informarles que se reúnan en el Abismo también. Sin peleas, sin provocaciones, solamente que todas lo sepan —dijo su abuela y sus dientes de hierro reflejaron el sol de la tarde. Al igual que la mayoría de las brujas antiguas, las que habían nacido en el Reino de las Brujas y que habían peleado en la Alianza de Dientes de Hierro para romper las cadenas de las reinas Crochan, mamá Picos Negros tenía permanentemente sus dientes de hierro visibles. Manon nunca se los había visto retraídos.

Manon se resistió a hacerle preguntas. El Abismo Ferian era un

trozo de tierra mortal y maldito entre los Colmillos Blancos y las Montañas Ruhnn, y uno de los pocos pasajes entre las tierras fértiles al este y los parajes desolados del oeste, los Yermos Occidentales.

Manon había cruzado el pasaje a pie solo una vez a través del laberinto nevado de cuevas y barrancos, solo una vez, con las Trece y otros dos aquelarres, justo después de que la magia desapareció, cuando todas estaban prácticamente ciegas, sordas y mudas con la agonía de verse coartadas repentinamente. La mitad de las otras brujas no había logrado pasar el Abismo. Las Trece apenas habían

sobrevivido y Manon casi había perdido un brazo en un derrumbe dentro de una caverna de hielo. Casi lo perdió, pero lo conservó debido a la rapidez de Asterin, su segunda al mando, y la fuerza bruta de Sorrel, su tercera. El Abismo Ferian. Manon no había regresado desde entonces. Durante meses había escuchado rumores de que ahí habitaban seres mucho más oscuros que brujas.

—Baba Piernas Amarillas está muerta —Manon giró la cabeza bruscamente hacia su abuela, quien sonreía un poco—. La mataron en Rifthold. El duque recibió la noticia. Nadie sabe quién o por qué.

—¿Crochans?

—Tal vez —la sonrisa de mamá Picos Negros se hizo más amplia y dejó a la vista sus dientes de hierro con manchas de óxido—. El rey de Adarlan nos invitó a reunirnos en el Abismo Ferian. Dice que tiene ahí un regalo para nosotras.

Manon consideró lo que sabía sobre ese rey despiadado y mortal, decidido a conquistar el mundo. Sus responsabilidades, como líder del Aquelarre y como heredera eran mantener viva a su abuela. Era su instinto anticipar cada contratiempo, cada amenaza posible.

—Podría ser una trampa. Reunirnos a todas en un lugar y luego destruirnos.

Podría estar trabajando con las Crochan. O tal vez con las Sangre Azul. Siempre han querido convertirse en las brujas mayores de todos los clanes de Dientes de Hierro.

—No lo creo —ronroneó mamá Picos Negros, y sus ojos de ébano sin fondo se arrugaron un poco—. El rey nos hizo una oferta. Les hizo la oferta a todos los clanes de Dientes de Hierro.

Manon esperó, aunque podría haber destripado a alguien solo para apaciguar su impaciencia.

—El rey necesita jinetes —dijo mamá Picos Negros, mirando al horizonte aún—. Jinetes para sus guivernos, que serán su caballería aérea.

Lleva todos estos años criándolos en el Abismo.

Había pasado mucho tiempo, demasiado, pero Manon podía sentir los hilos del destino retorciéndose a su alrededor, apretando.

—Y cuando terminemos, cuando le hayamos servido, nos dejará conservar los guivernos. Nos dejará llevarnos lo ganado para reclamar los yermos de los cerdos mortales que ahora habitan ahí.

Una emoción feroz y salvaje perforó el pecho de Manon, afilada como un cuchillo. Siguió la mirada de la matrona y contempló el horizonte, donde las montañas seguían cubiertas bajo el manto del invierno. Volar de nuevo,

surcar por encima de los desfiladeros, cazar a las presas como habían nacido para hacer…

No eran escobas de palo fierro encantadas.

Pero los guivernos serían un sustituto satisfactorio.

Capítulo 10

Después de un día agotador entrenando a nuevos reclutas, evadiendo a Dorian y manteniéndose lejos del ojo escudriñador del rey, Chaol ya casi llegaba a sus habitaciones, más que listo

para dormir, cuando notó que dos de sus hombres faltaban en sus puestos afuera del gran salón. Los dos hombres que quedaban hicieron un gesto cuando él se detuvo.

No era infrecuente que los guardias de vez en cuando faltaran a uno de sus turnos. Si alguien estaba enfermo, si había alguna tragedia familiar, Chaol siempre encontraba algún sustituto. Pero dos guardias ausentes, sin sustitutos…

—Más vale que alguien empiece a hablar —dijo con hosquedad.

Uno de los guardias se aclaró la garganta: el guardia nuevo, que acababa de terminar su entrenamiento tres meses antes. El otro era relativamente nuevo

también, así que Chaol les había asignado el turno de noche fuera del gran salón vacío. Pero los había dejado ahí bajo la supervisión supuestamente responsable y constante de los otros dos guardias, con quienes había trabajado por años.

El guardia que se aclaró la garganta se ruborizó.

—Este…, dijeron… Ah, capitán, dijeron que nadie se daría cuenta si se iban porque es el gran salón, y está vacío y… eh…

—Usa tus propias palabras —lo reprendió Chaol. Iba a matar a los dos desertores.

—La fiesta del general, señor —

repuso el otro—. El general Ashryver pasó por aquí cuando iba a Rifthold y los invitó a ir con él. Dijo que usted no tendría problema, así que se fueron con él.

Un músculo se agitó en su mandíbula. Claro, seguramente Aedion había dicho eso.

—Y ustedes dos —gruñó Chaol—, ¿no consideraron que sería útil informar de esto a alguien?

—Con todo respeto, señor —dijo el segundo—, no estábamos…, no queríamos quedar como unos soplones. Y es solo el gran salón…

—Respuesta equivocada —gruñó Chaol—. Ambos estarán trabajando

turnos dobles por un mes. En los jardines —donde todavía estaba congelado—. A partir de este momento su tiempo libre no existe. Y si vuelve a suceder que no informan sobre un guardia que deja su puesto, ambos perderán el empleo. ¿Entendido?

Cuando los guardias confirmaron haber entendido entre balbuceos, se alejó dando zancadas hacia la entrada delantera del castillo. Ahora ya no podría dormir. Tenía dos guardias que encontrar en Rifthold… y un general con quien intercambiar unas cuantas palabras.

Aedion había rentado una taberna entera. Había hombres en la puerta para mantener a los indeseables fuera, pero una mirada de Chaol, un vistazo de la empuñadura en forma de águila de su espada, y se apartaron para dejarlo pasar. La taberna estaba repleta de nobles, algunas mujeres que podrían ser cortesanas o prostitutas, y hombres, muchos hombres borrachos y escandalosos. Había juegos de naipes, dados, canciones obscenas al son de la música que tocaba un pequeño quinteto junto a la chimenea, cerveza que fluía

con libertad, botellas de vino espumoso… ¿Aedion pagaría todo esto con su dinero ensangrentado o corría por cuenta del rey?

Chaol localizó a sus dos guardias, y a una media docena más, que estaban jugando cartas, con mujeres sentadas en sus regazos, sonriendo como poseídos. Hasta que lo vieron.

Seguían suplicándole cuando Chaol los mandó de regreso al castillo, donde les dijo que lidiaría con ellos al día siguiente. No podía decidir si se merecían perder el puesto, ya que Aedion había mentido, y no le gustaba tomar ese tipo de decisiones antes de consultarlas con la almohada. Así que

salieron de la taberna hacia la noche congelada. Y entonces Chaol se puso a localizar al general.

Pero nadie sabía dónde estaba. Al principio, alguien mandó a Chaol al piso de arriba, a una de las recámaras de la taberna. Ahí encontró a las dos mujeres que le habían dicho que salieron con Aedion, pero había otro hombre entre ellas. Chaol solo exigió saber dónde se había ido el general. Las mujeres le dijeron que lo habían visto jugando dados en el sótano con unos nobles enmascarados de alto rango. Así que Chaol bajó furioso. Y sí, ahí estaban los nobles enmascarados de alto rango. Estaban fingiendo ser simples invitados

de la fiesta, pero Chaol los reconoció de todas maneras, aunque no los llamó por su nombre. Insistieron en que habían visto a Aedion tocando el violín en el salón principal.

Así que Chaol volvió a subir. Aedion ciertamente no estaba tocando el violín. Ni los tambores, ni el laúd ni la flauta. De hecho, parecía que Aedion Ashryver ni siquiera estaba en su propia fiesta.

Una cortesana se acercó a él sigilosamente para ofrecerle sus servicios y estuvo a punto de alejarse al oírlo gruñir pero Chaol le ofreció una moneda de plata a cambio de información sobre el general. Lo había

visto irse una hora antes, del brazo con una de sus rivales. Iban a un lugar más privado, pero no sabía dónde. Si Aedion ya no estaba aquí, entonces… Chaol regresó al castillo.

Pero antes escuchó un fragmento más de información. El Flagelo llegaría pronto, decía la gente, y cuando la legión descendiera en la ciudad, planeaban mostrarle a Rifthold un nuevo nivel de libertinaje. Aparentemente, todos los guardias de Chaol estaban invitados.

Era lo último que quería o necesitaba: una legión entera de guerreros letales que estuvieran sembrando el desorden en Rifthold y

distrayendo a sus hombres. Si eso sucedía, el rey podría prestar demasiada atención a Chaol, o preguntar a dónde iba cuando desaparecía a veces.

Así que necesitaba algo más que intercambiar unas cuantas palabras con Aedion. Necesitaba encontrar algo que usar en su contra para que Aedion estuviera de acuerdo en no hacer esas fiestas y que jurara mantener a su Flagelo bajo control. Al día siguiente en la noche iría a la fiesta que organizara Aedion.

Y vería qué había para usar en su favor.

Capítulo 11

Congelada y adolorida por estar tiritando toda la noche, Celaena despertó antes de la madrugada en su miserable cuartito y encontró un recipiente de marfil afuera de su puerta.

Estaba lleno de un ungüento que olía a menta y romero, y debajo había una nota escrita con letras apretadas y concisas: «Te lo merecías. Maeve envía sus deseos por una recuperación rápida».

Celaena resopló al imaginar el sermón que habría recibido Rowan y cómo seguramente le habría irritado traer el regalo, y luego se puso el ungüento en su labio aún hinchado. Lo que alcanzaba a ver en el trozo de espejo manchado que había sobre el vestidor revelaba que había vislumbrado mejores tiempos. Y nunca más iba a beber vino ni a comer teggya. Ni a pasar más de un día sin darse un baño.

Aparentemente Rowan estaba de acuerdo, porque también le había dejado unas cuantas jarras de agua, un poco de jabón y nuevas ropas: una prenda interior blanca, una camisa suelta, una túnica de color gris claro y capa, todo similar a lo que había usado el día anterior. A pesar de que eran sencillas, las prendas estaban hechas de tela gruesa y de buena calidad.

Celaena se lavó lo mejor que pudo mientras temblaba por el frío que se colaba desde el bosque neblinoso de las afueras. Sintió una repentina añoranza por la enorme piscina de baño del palacio mientras se secaba rápidamente y se ponía la ropa, agradeciendo que

tenía varias capas.

Los dientes no dejaban de castañetearle. No habían dejado de hacerlo, de hecho, en toda la noche. El cabello mojado no ayudaba tampoco, a pesar de que se lo trenzó. Metió los pies en las botas de cuero que le llegaban a la rodilla y se amarró un listón grueso y rojo alrededor de la cintura lo más apretado que pudo sin perder la capacidad de moverse con la esperanza de que le diera *algo* de forma pero…

Celaena se miró molesta al espejo. Había bajado de peso, lo suficiente como para que su cara se viera tan hueca como la sentía. Incluso su cabello estaba opaco y sin cuerpo. El ungüento había

ayudado a disminuir un poco la hinchazón en el labio, pero no el color. Al menos ya estaba limpia, aunque congelada hasta los huesos y vestida con demasiada ropa para trabajar en la cocina. Suspiró y se quitó el listón y luego la capa y los lanzó sobre la cama. Dioses, tenía las manos tan frías que el anillo de su dedo no paraba de deslizarse. Sabía que era un error, pero lo miró de todas maneras: la amatista oscura en las primeras horas de la mañana.

¿Qué opinaría Chaol de todo esto? Estaba aquí, después de todo, por él. No solo aquí en este sitio físico, sino dentro de este agotamiento interminable, con un

dolor casi constante en el pecho. No había sido su culpa que Nehemia muriera, ya que la princesa había organizado todo. Sin embargo, no le había compartido cierta información. Había elegido al rey. A pesar de que decía que la amaba, seguía siendo un servidor leal de ese monstruo. Tal vez ella había sido ingenua por haberlo dejado entrar, por soñar en un mundo donde podía hacer caso omiso del hecho de que él fuera el capitán del hombre que había destrozado su vida una y otra vez.

El dolor en su pecho se agudizó a tal grado que le dificultaba la respiración. Se quedó ahí parada un momento,

luchando contra esta sensación, dejándola hundirse en la niebla que sofocaba su alma, y luego salió lentamente por la puerta.

El único beneficio de trabajar en trascocina era que el lugar era cálido. Incluso caliente. El gran horno de ladrillos y la chimenea estaban encendidos con un fuego vivo y alejaban la neblina matutina que se metía desde los árboles frente a las ventanas que quedaban encima de los fregaderos de cobre. Solo había otras dos personas en la cocina: un viejo jorobado que estaba al pendiente de las ollas hirvientes en la chimenea y un joven frente a la mesa de madera que dividía a la cocina por la

mitad, picando cebollas y monitoreando algo que olía a pan. Por el Wyrd, tenía hambre. Ese pan olía divino. ¿Y qué habría en esas ollas?

A pesar de lo absurdamente temprano que era, la conversación alegre del joven se podía escuchar rebotando en las paredes de las escaleras, pero se quedó callado y ambos hombres dejaron de trabajar cuando Rowan bajó por los escalones y entró a la cocina. El príncipe de las hadas había estado esperándola al fondo del pasillo, con los brazos cruzados, ya aburrido. Pero sus ojos brillantes como de animal se habían cerrado ligeramente, como si casi hubieran

estado esperando a que ella se quedara dormida para tener la excusa de castigarla. Como inmortal, probablemente tenía una paciencia y creatividad infinitas para inventar castigos miserables.

Rowan se dirigió al viejo junto a la chimenea. Estaba tan quieto que Celaena se preguntó si el príncipe había aprendido a comportarse así o si había nacido de esa forma.

—Su nueva moza de trascocina para el turno matutino. Después del desayuno, me la llevaré por el resto del día.

Aparentemente, su falta de saludo no era nada personal. Rowan la miró con las cejas arqueadas y ella pudo ver las

palabras en sus ojos tan claramente como si las hubiera pronunciado: «Querías permanecer anónima, así que adelante, princesa. Preséntate con el nombre que quieras».

Al menos la había escuchado anoche.

—Elentiya —dijo tosiendo—. Mi nombre es Elentiya —respondió pero sintió cómo se le tensaba el estómago.

Gracias a los dioses Rowan no se burló del nombre. Podría haberlo destripado, o al menos intentarlo, si se burlaba del nombre que Nehemia le había dado.

El viejo cojeó hacia el frente, limpiándose las manos retorcidas en el

delantal blanco. Sus ropas color marrón eran simples y estaban desgastadas, un poco raídas en ciertos lugares, y parecía tener un poco de problemas con su rodilla izquierda, pero su cabello blanco estaba atado hacia atrás para mantenerlo fuera de su rostro bronceado. Hizo una reverencia rígida.

—Eres muy amable por conseguirnos ayuda adicional, príncipe —sus ojos color castaño se dirigieron a Celaena y la miraron de arriba abajo con seriedad—. ¿Has trabajado en una cocina?

Con todo lo que había hecho, todos los lugares y las cosas y la gente que había visto, tuvo que decir que no.

—Bueno, pues espero que aprendas rápido y que te muevas con velocidad —le dijo.

—Haré mi mejor esfuerzo.

Al parecer eso era todo lo que Rowan necesitaba escuchar antes de marcharse con pasos silenciosos; cada uno de sus movimientos era fluido y estaba teñido de poder. Con solo observarlo, sabía que se había controlado la noche anterior cuando la golpeó. Si hubiera querido, le habría deshecho la mandíbula.

—Yo soy Emrys —dijo el viejo. Se apresuró y tomó una pala larga y plana de la pared para sacar una hogaza de color café del horno. Las presentaciones

habían terminado. Bien. Nada de esas tonterías blandengues o de sonrisas ni nada por el estilo. Pero sus orejas…

Eran hadas mestizas. Del cabello blanco de Emrys salían los marcadores de su herencia de la raza de las hadas.

—Y él es Luca —dijo el viejo señalando al joven que estaba frente a la mesa. A pesar de que había un montón de ollas y sartenes de hierro que colgaban del techo y le bloqueaban la vista, le sonrió a Celaena ampliamente con su cabellera alborotada de rizos rojizos. Debía ser unos cuantos años más joven que ella, por lo menos, y todavía no llenaba su cuerpo alto y sus anchos hombros. La ropa tampoco le

quedaba bien, a juzgar por lo corto de las mangas de su ordinaria túnica café.

—Ustedes dos estarán compartiendo mucho del trabajo de trascocina, me temo.

—Oh, es una cosa insufrible —intervino Luca e hizo ruido con la nariz por el olor de las cebollas que estaba picando—. Pero te acostumbrarás. Aunque tal vez no a eso de despertarte antes de la madrugada —Emrys le lanzó una mirada molesta al joven y Luca corrigió—. Al menos la compañía es buena.

Ella hizo su mejor esfuerzo por asentir de manera civilizada y se fijó nuevamente en la distribución del lugar.

Detrás de Luca, había un segundo conjunto de escaleras que subían en espiral y se perdían de vista, y las dos alacenas enormes a ambos lados de la escalera estaban llenas con platos usados, aunque no rotos, cubiertos y otros utensilios. La mitad superior de una de las puertas de madera junto a las ventanas estaba abierta de par en par y se podía ver un muro de árboles y la neblina girando más al fondo en un pequeño claro de hierba. Más allá, se veía el anillo de megalitos que subían al cielo como guardianes eternos.

Vio a Emrys estudiando sus manos y se las mostró, con sus cicatrices y todo.

—Ya están maltratadas y arruinadas,

así que no me verás llorando por tener una uña rota.

—¡Madre mía! ¿Qué te pasó? —Pero incluso mientras el viejo decía estas palabras, pudo ver cómo iba armando las piezas, pudo ver cómo iba descifrando el acento de Celaena, su labio hinchado y las sombras bajo sus ojos.

—Adarlan les hace eso a las personas —el cuchillo de Luca cayó en la mesa, pero Celaena mantuvo la vista en el viejo—. Dame el trabajo que quieras. Lo que sea.

¿Que Rowan pensara que era una consentida y egoísta? Lo era, pero quería tener los músculos adoloridos y

las manos llenas de ampollas y caer en la cama tan exhausta que no soñaría, no pensaría y no sentiría gran cosa. Emrys chasqueó la lengua. Había suficiente compasión en los ojos del hombre como para que Celaena considerara arrancarle la cabeza de un mordisco. Luego agregó:

—Solo termina las cebollas. Luca, tú cuida el pan. Voy a empezar con los guisados.

Celaena se sentó en el lugar que había dejado Luca al final de la mesa y pasó junto a la chimenea gigante: una cosa monumental hecha de piedra antigua, con símbolos y rostros raros grabados en ella. Incluso los postes donde se colocaba el brasero estaban

tallados para parecer figuras de pie, y en la repisa de la chimenea había un conjunto de ocho figurillas de hierro. Dioses y diosas.

Celaena rápidamente apartó la vista de las dos mujeres al centro: una coronada con una estrella y armada con un arco y aljaba y la otra con un disco de bronce pulido sostenido entre sus manos alzadas. Podría haber jurado que sentía cómo la miraban.

El desayuno fue una locura.

Conforme la madrugada llenaba las

ventanas de luz dorada, el caos descendía en la cocina y la gente entraba y salía a toda prisa. No había sirvientes, solo gente acostumbrada a hacer sus tareas o incluso ayudando porque sentía ganas de hacerlo. Grandes recipientes de huevo, papas y vegetales desaparecían tan pronto como se colocaban en la mesa, subían las escaleras y se llevaban hacia lo que tenía que ser el salón del comedor. Jarras de agua, de leche, o de los dioses sabrán qué, eran llevadas arriba. Le presentaron a algunas personas a Celaena pero la mayoría no se preocupó por lanzar ni una mirada en su dirección.

Y eso fue un cambio muy agradable

comparado con las miradas y el terror y los susurros que habían marcado los últimos diez años de su vida. Tenía la sensación de que Rowan mantendría la boca cerrada sobre su identidad, aunque fuera solamente porque parecía odiar hablar con los demás tanto como ella. En la cocina, picando vegetales y lavando ollas, era absoluta y gloriosamente nadie.

Su cuchillo sin filo era una pesadilla cuando había que picar hongos, cebollines y una avalancha interminable de papas. Nadie, excepto tal vez Emrys con sus ojos que todo veían, parecía notar sus rebanadas perfectas. Alguien simplemente las tomaba y las lanzaba a

la olla y luego le pedía que cortara alguna otra cosa.

Luego… nada. Todos salvo sus dos compañeros desaparecieron en el piso de arriba y unas risas soñolientas, gruñidos y sonidos de cubiertos tintineantes se podían escuchar bajar por el cubo de las escaleras. Muerta de hambre, Celaena miró con anhelo la comida que quedaba en la mesa de trabajo justo cuando se dio cuenta de que Luca la miraba.

—Adelante —le dijo con una sonrisa antes de irse a ayudar a Emrys a levantar un enorme caldero de hierro para llevarlo al fregadero. Incluso con la locura de la hora previa, Luca había

logrado conversar con casi todas las personas que entraban a la cocina, y su voz y su risa flotaban sobre las ollas ruidosas y las órdenes a gritos—. Vas a estar ocupada con esos platos por un tiempo, así que mejor come de una vez.

Era verdad, había una torre de platos y ollas acumulados ya al lado de los fregaderos. Tan solo el caldero le tomaría una eternidad. Así que Celaena se sentó a la mesa y se sirvió huevo, papas, una taza de té y empezó a comer.

Devorar sería una mejor palabra para describir lo que hizo. Dioses santos, todo estaba delicioso. En cuestión de minutos, ya se había comido dos rebanadas de pan tostado cargadas

de huevo y luego empezó con las papas fritas, que estaban tan absurdamente sabrosas como los huevos. Dejó el té y mejor se tomó un vaso de la leche más espesa que jamás había probado. No es que soliera tomar leche, ya que tenía una gran selección de jugos exóticos en Rifthold, pero… Levantó la vista de su plato para encontrarse con Emrys y Luca que la miraban boquiabiertos desde la chimenea.

—Dioses en los cielos —dijo el viejo y se acercó para sentarse a la mesa —. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

¿Comida buena como esta? Un buen rato. Y si Rowan iba a regresar por ella

en algún momento, no quería estarse desmayando de hambre. Necesitaba su fuerza para entrenar. Entrenamiento mágico. Que seguramente sería horrendo, pero podría hacerlo, para cumplir con su trato con Maeve y honrar su juramento a Nehemia. De pronto ya no se sintió tan hambrienta y dejó el tenedor.

—Perdón —dijo.

—Oh, come todo lo que quieras —respondió Emrys—. No hay nada más satisfactorio para un cocinero que ver a alguien disfrutando su comida —dijo con suficiente humor y amabilidad como para irritar.

¿Cómo reaccionarían si supieran las

cosas que ella había hecho? ¿Qué harían si les contara de la sangre que había derramado, cómo había torturado a Tumba y lo había descuartizado pedazo a pedazo, cómo había destripado a Archer en esa alcantarilla? Cómo le había fallado a su amiga. Cómo le había fallado a mucha gente.

Hablaban mucho menos ahora que estaban sentados. No le hicieron ninguna pregunta. Lo cual estaba perfecto, porque realmente no quería empezar una conversación. No estaría mucho tiempo aquí, de cualquier forma. Emrys y Luca conversaron entre sí, comentando el entrenamiento que Luca haría con algunos de los guardias en las almenas

ese día, los pasteles de carne que Emrys prepararía para el almuerzo, las lluvias primaverales que podrían arruinar el festival de Beltane como el año pasado. Eran cosas muy ordinarias de las cuales hablar, o preocuparse. Y también eran muy amables uno con otro, una familia a su estilo.

Incorruptos por el imperio malvado, por los años de brutalidad y esclavitud y derramamiento de sangre. Casi podía ver las tres almas de la cocina alineadas una junto a la otra: las de ellos, brillantes y claras; la suya, una flama negra.

«No dejes que se extinga esa luz». Fueron las últimas palabras que le dijo

Nehemia esa noche en los túneles. Celaena movió la comida en su plato. Nunca había conocido a nadie cuya vida no fuera absorbida por Adarlan. Apenas podía recordar los pocos años antes de que el continente hubiera sido esclavizado, cuando Terrasen todavía era libre.

No podía recordar lo que era ser libre.

Un agujero se abrió bajo sus pies, tan profundo que tuvo que moverse para evitar que se la tragara entera.

Estaba a punto de empezar a lavar los platos cuando Luca dijo desde el otro extremo de la mesa:

—Así que… o eres muy importante

o tienes muy mala suerte para que Rowan te esté entrenando para entrar a Doranelle —dijo. «Estás maldita» sería una mejor descripción, pero Celaena mantuvo la boca cerrada. Emrys estaba mirando con interés cauteloso—. ¿Para eso estás entrenando, no?

—¿No es ese el motivo por el cual todos están aquí? —Las palabras le salieron más planas de lo que incluso ella esperaba.

Luca dijo:

—Sí, pero a mí todavía me faltan años para averiguar si voy a cumplir con sus requisitos.

Años. ¿Años? Maeve no podría querer que ella estuviera aquí tanto

tiempo. Miró a Emrys.

—¿Cuánto tiempo has estado entrenando tú?

El viejo resopló.

—Oh, tenía unos quince años cuando vine y trabajé para ellos por unos… diez años, y nunca tuve lo necesario. Era demasiado ordinario. Entonces decidí que preferiría tener un hogar y mi propia cocina aquí, que ser despreciado en Doranelle el resto de mis días. Además, mi compañero se sentía de la misma manera. Lo conocerás pronto. Siempre se asoma para robarse comida para él y sus hombres —rio y Luca sonrió.

Compañero, no esposo. Las hadas tenían compañeros: un lazo

inquebrantable, más profundo que un matrimonio, que duraba más allá de la muerte. Celaena preguntó:

—¿Entonces todos ustedes son… mestizos?

Luca se puso un poco rígido pero sonrió cuando dijo:

—Solo las hadas de pura sangre nos llaman así. Nosotros preferimos que nos llamen hadas mestizas. Pero sí, la mayoría de nosotros tiene madres mortales y nuestros padres no supieron que lo fueron. Los que tienen ciertos dones por lo general son llevados a Doranelle, pero para los hijos comunes como nosotros, los humanos siguen sin sentirse cómodos a nuestro alrededor,

así que… venimos aquí, venimos a Mistward. O a algún otro de los puestos de la frontera. Algunos obtienen permiso para ir a Doranelle, pero casi todos nos quedamos aquí a vivir entre los nuestros —los ojos de Luca se centraron en sus orejas—. Parece que tú tienes más de humana que de hada.

—Porque no soy mestiza —respondió. No quería compartir más detalles que eso.

—¿Puedes cambiar de forma? —preguntó Luca. Emrys le lanzó una mirada de advertencia.

—¿Tú puedes? —preguntó ella.

—Oh, no. Ninguno de nosotros puede. Si pudiéramos, probablemente

estaríamos en Doranelle con los otros hijos «dotados» que le gusta coleccionar a Maeve.

Emrys gruñó:

—Cuidado, Luca.

—Maeve no lo niega, ¿por qué habría de negarlo yo? Eso es lo que están diciendo Bas y los demás también. Además, hay unos cuantos guardias que tienen formas secundarias, como Malakai, el compañero de Emrys. Y están aquí porque quieren estar.

No le sorprendía en lo más mínimo que Maeve se interesara en los dotados, o que Maeve encerrara a todos los que no tenían utilidad.

—¿Y alguno de ustedes tiene…

dones?

—¿Quieres decir magia? —preguntó Luca torciendo la boca hacia un lado—. Oh, no. Ninguno de nosotros tiene nada. Escuché que en tu continente había más usuarios que acá, de todas formas, y más variedad. Oye, ¿es cierto que ya no hay nada por allá?

Ella asintió. Luca dejó escapar un silbido grave. Abrió la boca para hacer más preguntas, pero ella no estaba de humor para hablar sobre eso, así que dijo:

—¿Alguien más en la fortaleza tiene magia?

Tal vez podrían decirle qué esperar de Rowan y de Maeve.

Luca se encogió de hombros.

—Algunos. Tienen un poco de cosas aburridas, como alentar el crecimiento de las plantas, o encontrar agua, o convencer a la lluvia de que llegue. No que la necesitemos por aquí.

No servirían entonces para ayudar con Rowan o Maeve. Maravilloso.

—Pero —siguió conversando Luca — nadie de por aquí tiene habilidades emocionantes o raras. Como cambiar de forma para convertirte en lo que quieres, o controlar el fuego —el estómago de Celaena se retorció al oír esto—, o visión de oráculo. *Sí* teníamos a una mujer que llegó con poderes mágicos en bruto hace dos años; podía hacer todo lo

que quería, convocar cualquier elemento, y estuvo aquí una semana antes de que Maeve la llamara a Doranelle, y nunca volvimos a saber de ella. Es una pena, era muy hermosa también. Pero las cosas aquí son igual que en todas partes: unas cuantas personas con un rastro patético de poderes elementales que en realidad solo son divertidos para los campesinos.

Emrys chasqueó la lengua y dijo:

—Deberías rezar a los dioses para que no te parta un rayo por hablar de esa manera —Luca gimió y puso los ojos en blanco, pero Emrys continuó con su sermón señalando al joven con la taza de té—. Esos poderes fueron dones que

nos dieron ellos hace mucho tiempo, dones que necesitábamos para sobrevivir y que fueron pasando de generación en generación. Por supuesto que tienen que ver con los elementos y por supuesto que estarán diluidos después de tanto tiempo.

Celaena miró hacia aquellas figurillas de hierro en el marco de la chimenea. Consideró mencionar que algunos creían que los dioses también habían procreado con los antiguos humanos y les habían heredado la magia de ese modo, pero… eso implicaría hablar más de lo necesario. Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Qué saben sobre Rowan?

¿Cuántos años tiene? —Mientras más averiguara, mejor.

Emrys envolvió sus manos arrugadas alrededor de su taza.

—Es uno de los pocos miembros del pueblo de las hadas que vemos en Mistward. Se presenta de vez en cuando para conseguir informes para Maeve, pero no se relaciona mucho con los demás. Nunca pasa la noche. Ocasionalmente viene con otros como él: hay seis de ellos que trabajan de cerca con la reina como líderes de guerra o espías. Nunca nos hablan, y lo único que escuchamos son rumores sobre dónde van y qué hacen. Pero conozco a Rowan desde que llegué aquí.

No es que lo conozca de verdad, claro. A veces se va por años, al servicio de Su Majestad. Y no creo que nadie sepa qué tan viejo es. Cuando yo tenía quince años, la gente más vieja de aquí decía que lo conocían desde que eran pequeños, así que… diría que es bastante viejo.

—Y maldito como una serpiente —murmuró Luca.

Emrys le lanzó una mirada de advertencia.

—Será mejor que cuides tu lengua —miró hacia las puertas, como si Rowan pudiera estar por ahí. Cuando su mirada volvió a recaer en Celaena, era cautelosa—. Admitiré que

probablemente sí te esperen bastantes dificultades.

—Es un asesino de sangre fría y un sádico, eso es lo que quiere decir Emrys —agregó Luca—. El más maldito de la camarilla personal de guerreros de Maeve, dicen.

Bueno, pues eso tampoco era una sorpresa. Pero había otros cinco como él; eso sí era un dato desagradable. Celaena agregó con voz queda:

—Puedo manejarlo.

—No se nos permite aprender la lengua antigua hasta que entramos en Doranelle —dijo Luca—, pero me han dicho que su tatuaje es una lista de todas las personas a quienes ha matado.

—Silencio —dijo Emrys.

—No es que lo oculte con su comportamiento —Luca frunció el ceño nuevamente dirigiéndose a Celaena—. Tal vez deberías considerar si Doranelle vale la pena, ¿sabes? No es tan malo vivir aquí.

Ya había sido suficiente interacción.

—Puedo manejarlo —repitió Celaena. Maeve no podía tener intenciones de mantenerla en este sitio durante años. Si eso empezaba a parecer como una posibilidad, Celaena se iría. Y encontraría otra manera de detener al rey.

Luca abrió la boca, pero Emrys lo volvió a callar y su mirada se posó en

las manos llenas de cicatrices de Celaena.

—Déjala que haga lo que tiene que hacer.

Luca empezó a hablar sobre el clima y Celaena se dirigió a la montaña de platos. Mientras los lavaba, entró en trance, como le había ocurrido mientras limpiaba sus armas en el barco.

Los sonidos de la cocina se apagaron y ella se permitió descender por una espiral contemplando esa horrible conciencia una y otra vez: no podía recordar lo que se sentía ser libre.

Capítulo 12

El clan Picos Negros fue el último en congregarse por completo en el Abismo Ferian.

Como resultado, les tocaron las habitaciones más pequeñas y más

alejadas de esa madriguera de pasillos cavados en la Omega, la última de las Montañas Ruhnn y la cumbre localizada más al norte en la cordillera de picos hermanos que flanqueaban el pasaje nevado.

Del otro lado del desfiladero estaba el Colmillo del Norte, el último pico de los Colmillos Blancos, que estaba ocupado por los hombres del rey: brutos enormes que aún no sabían bien qué pensar de las brujas que habían llegado de todas direcciones.

Ya llevaban un día en ese lugar y Manon todavía no detectaba una señal de los guivernos que les había prometido el rey. Los había escuchado,

aunque los tenían del otro lado del pasaje en el Colmillo del Norte. Aun en el fondo de los pasillos rocosos de la Omega, los gritos y rugidos estremecían la piedra, el aire pulsaba con el batir de sus alas de cuero y se sentía la vibración en los pisos cuando una garra arañaba la roca.

Habían pasado quinientos años desde la última reunión de los tres clanes. Llegaron a ser más de veinte mil brujas en algún momento. Ahora solo quedaban tres mil, y eso haciendo un censo generoso; lo único que quedaba de aquel reino alguna vez poderoso.

No obstante, los pasillos de la Omega eran un sitio peligroso. Ya había

tenido que separar a Asterin de una perra Piernas Amarillas que no había aprendido todavía que a las centinelas Picos Negros, en especial las que pertenecían a las Trece, no les agradaba que las llamaran blandengues.

Ambas brujas tenían sangre azul salpicada en el rostro tras la pelea y, aunque Manon estaba muy complacida de ver que Asterin, la hermosa e intrépida Asterin, había logrado infligir el mayor daño, de todas maneras tenía que castigar a su segunda.

Tres golpes sin bloquear. Uno al estómago, para que Asterin pudiera sentir su propia impotencia, uno a las costillas, para que considerara sus

acciones cada vez que respirara, y uno a la cara, para que su nariz rota le recordara que el castigo podría haber sido mucho peor.

Asterin había recibido todos los golpes sin emitir gritos, quejas, ni súplicas, como lo haría cualquiera de las Trece.

Y esta mañana, su segunda, con la nariz hinchada y amoratada en el puente, le había sonreído con ferocidad a Manon durante su miserable desayuno de avena hervida. Si hubiera sido cualquier otra bruja, Manon la habría arrastrado por el cuello hasta el frente de la habitación para hacerla arrepentirse de su insolencia, pero

Asterin…

Aunque Asterin era su prima, no era su amiga. Manon no tenía amigas. Ninguna de las brujas, en particular las Trece, tenía amigas. Pero Asterin llevaba un siglo de cuidarle las espaldas, y la sonrisa era señal de que no le clavaría una daga a Manon a traición la próxima vez que estuvieran en el calor de la batalla.

No, Asterin solo estaba lo suficientemente loca como para portar su nariz rota como una insignia honorable, y amaría su nariz torcida por el resto de su vida no tan inmortal.

La heredera de las Piernas Amarillas, una bruja altanera con

constitución de toro llamada Iskra, solo le había dado una advertencia a su centinela de que debía mantener la boca cerrada y la envió a la enfermería en el corazón de la montaña. Tonta.

Todas las líderes de los aquelarres tenían órdenes de mantener en línea a sus centinelas y sofocar todas las peleas que surgieran entre los clanes. De lo contrario las tres matronas se les vendrían encima con toda su fuerza. Si no había castigo, si Iskra no la ponía como ejemplo, la bruja ofensora seguiría cometiendo infracciones hasta que la nueva bruja mayor del clan de las Piernas Amarillas terminara colgándola de los dedos gordos de los pies.

La noche previa, realizaron una farsa de ceremonia en honor a Baba Piernas Amarillas en el salón cavernoso donde se alimentaban, encendieron velas viejas en lugar de las negras tradicionales, usaron las capas que pudieron encontrar y leyeron las Palabras Sagradas a la diosa de las Tres Caras como si estuvieran leyendo una receta.

Manon nunca conoció a Baba Piernas Amarillas y no le importaba gran cosa que hubiera muerto. Estaba más interesada en saber quién la había matado y por qué. Todas querían saber, y esas fueron las preguntas que intercambiaron entre otros comentarios esperados sobre la pérdida y el duelo.

Asterin y Vesta se habían encargado de hablar, como solía suceder, platicando con las demás brujas mientras Manon escuchaba por ahí cerca. Sin embargo, nadie sabía nada. Incluso sus dos sombras, escondidas en los rincones oscuros del salón, tal como estaban entrenadas, no habían escuchado nada.

Lo que estresaba a Manon era no saber nada antes de subir por el pasillo inclinado hacia donde se reunirían las matronas y todas las líderes de los aquelarres. Brujas Picos Negros y Piernas Amarillas se apartaban para dejarla pasar. Ella se sentía mal de no saber nada que pudiera ser útil, que pudiera darle a las Trece o a las Picos

Negros alguna ventaja. Por supuesto, las Sangre Azul no estaban por ningún lado. Esas brujas solitarias habían llegado primero y se quedaron con las habitaciones superiores en la Omega, con el pretexto de que necesitaban la brisa de la montaña para completar sus rituales todos los días.

Fanáticas religiosas con la nariz alzada, las llamaba mamá Picos Negros. Pero su devoción ferviente a la diosa de las Tres Caras y su visión del Reino de las Brujas bajo el gobierno de las Dientes de Hierro era lo que había reunido a los clanes cinco siglos atrás, aunque las centinelas Picos Negros eran las que habían ganado las batallas por

ellas.

Manon trataba a su cuerpo como trataba a cualquier otra arma: lo mantenía limpio y afilado y preparado en todo momento para defender y destruir. Pero a pesar de su entrenamiento ya le faltaba el aire cuando llegó al atrio junto al puente negro que conectaba la Omega con el Colmillo del Norte. Odiaba esa extensión de roca incluso antes tocarla. Olía mal.

Olía como esos dos prisioneros que había visto con el duque. De hecho, todo este lugar apestaba a eso. El olor no era natural; no pertenecía a este mundo.

Unas cincuenta brujas —las líderes

de más alto nivel de los aquelarres de cada clan— estaban reunidas en el agujero gigante al lado de la montaña. Manon localizó a su abuela de inmediato, en el acceso al puente, acompañada de otras dos que debían ser las matronas Sangre Azul y Piernas Amarillas.

La nueva matrona de las Piernas Amarillas era supuestamente media hermana de Baba, y ciertamente tenía su aspecto: estaba oculta en varias capas de tela color marrón y sus tobillos de azafrán se asomaban por debajo; su cabello blanco trenzado hacia atrás revelaba su rostro arrugado y brutal manchado por la edad. Por ley, todas las

Piernas Amarillas usaban sus dientes y uñas de hierro permanentemente, y los de la nueva bruja mayor brillaban en la luz matinal aún tenue.

Como era de esperarse, la matrona Sangre Azul era alta y espigada, con aspecto más de sacerdotisa que de guerrera. Portaba la túnica tradicional de color azul profundo y una banda de estrellas de hierro le circundaba la frente. Cuando Manon se acercó al grupo, alcanzó a distinguir que las estrellas tenían púas. Tampoco le sorprendió.

La leyenda decía que todas las brujas habían recibido el don de los dientes y uñas de hierro por parte de la

diosa de las Tres Caras para mantenerlas ancladas a este mundo cuando la magia amenazara con desprenderlas. La corona de hierro, supuestamente, era prueba de que la magia en la línea de las Sangre Azul era tan fuerte que su líder necesitaba más hierro y dolor para mantenerla atada a este reino.

Tonterías. En especial porque la magia llevaba diez años desaparecida. Pero Manon había escuchado rumores sobre los rituales que hacían las Sangre Azul en sus bosques y cuevas, rituales en los que el dolor era un portal a la magia que les abría los sentidos. Oráculas, místicas, fanáticas.

Manon avanzó entre las filas de las líderes Picos Negros reunidas ahí. Eran las más numerosas, veinte líderes de aquelarre, sobre las cuales Manon gobernaba con sus Trece. Cada una de las líderes se tocó la frente con dos dedos en señal de respeto. Ella no les hizo caso y ocupó su lugar al frente de la multitud. Su abuela la miró de reojo como maestra de reconocimiento.

Era un honor que cualquier bruja mayor reconociera a un individuo. Manon inclinó la cabeza y presionó dos dedos contra su frente. Obediencia, disciplina y brutalidad eran las tres palabras más preciadas en el clan Picos Negros. Todo lo demás debía

exterminarse sin pensarlo dos veces.

Todavía tenía la barbilla en alto y las manos a la espalda cuando notó a las otras dos herederas mirándola.

La heredera Sangre Azul, Petrah, era la que estaba más cerca de las brujas mayores, con su grupo al centro de la multitud. Manon se puso rígida, pero le sostuvo la mirada.

La piel con pecas de Petrah era tan pálida como la de Manon, y su cabello trenzado tan dorado como el de Asterin, de un color profundo y bronceado que reflejaba la luz grisácea. Era hermosa, como tantas de ellas, pero seria. Sobre sus ojos azules, en la frente, portaba una banda de cuero desgastado en lugar de

la corona de estrellas de hierro. No había manera de saber qué tan vieja era, pero no podía ser mucho más grande que Manon si se veía así tras la desaparición de la magia. No se le percibía agresión en el gesto pero tampoco sonreía. Las sonrisas eran algo raro entre las brujas, a menos que estuvieran de caza o en el campo de batalla.

Sin embargo Iskra, la heredera de las Piernas Amarillas, le estaba sonriendo a Manon, desafiándola insistentemente. Manon tuvo que hacer un esfuerzo para no responder. Iskra no había olvidado la pelea entre sus centinelas en el pasillo el día anterior. Es más, por la mirada de los ojos color

marrón de Iskra, parecía que esa pelea había sido una invitación. Manon empezó a preguntarse si se metería en demasiados líos si le destrozaba la garganta a la heredera de las Piernas Amarillas. Eso le pondría fin a todas las peleas entre las centinelas.

También le pondría fin a su vida, si el ataque no fuera provocado. La justicia entre las brujas era rápida. Las batallas por el dominio podían terminar en la pérdida de la vida, pero se tenía que establecer el control rápidamente. Sin una provocación formal de Iskra, Manon estaba atada de manos.

—Ahora que estamos reunidas —dijo la matrona Sangre Azul, Cresseida,

y atrajo la atención de Manon—, les mostraremos lo que las trajimos a hacer aquí.

Mamá Picos Negros agitó la mano hacia el puente y las capas negras volaron en el viento helado.

—Caminemos al cielo, brujas — dijo.

El cruce del puente negro fue más horrible de lo que Manon estaba dispuesta a admitir. En primer lugar, estaba la roca miserable que pulsaba bajo sus pies, despidiendo ese hedor

que nadie más parecía notar. Luego estaba el viento que aullaba, que las azotaba de un lado a otro, como si quisiera aventarlas por encima de la barandilla labrada.

Ni siquiera alcanzaban a ver el fondo del desfiladero. La niebla cubría todo bajo el puente, una niebla que no había desaparecido en el día que llevaban ahí, o en los días que se tardaron en subir al Abismo. Seguramente, supuso, sería algún truco del rey. Contemplarlo solo conducía a más preguntas, ninguna de las cuales se molestó en pronunciar en voz alta, ni le importaban mucho.

Para cuando llegaron al atrio

cavernoso del Colmillo del Norte, las orejas de Manon estaban congeladas y su rostro se sentía lastimado. Había volado a grandes alturas, en todo tipo de clima, pero no por periodos largos. No sin un estómago lleno de carne para mantenerla caliente.

Se limpió la nariz que le escurría en el hombro de su capa roja. Había notado que las otras líderes de aquelarres se fijaban en el material carmesí, como siempre lo hacían, con añoranza y burla y envidia. Iskra se le había quedado viendo más tiempo que las demás, burlándose. Sería agradable, muy endemoniadamente agradable, arrancarle la cara a la heredera de las

Piernas Amarillas algún día.

Llegaron a las fauces abiertas del lado superior del Colmillo del Norte. Aquí la roca estaba llena de cicatrices y heridas, salpicada con sabrá la diosa de las Tres Caras qué. Por el olor acre, era sangre. Sangre humana.

Cinco hombres, todos aparentemente labrados de la misma roca cicatrizada, se reunieron con las tres matronas y asintieron con seriedad. Manon caminó detrás de su abuela, con un ojo en los hombres y el otro en su derredor. Las otras dos herederas hicieron lo mismo. Al menos estaban de acuerdo en eso.

Como herederas, su misión principal era proteger a sus brujas mayores,

incluso si eso significaba que tendrían que sacrificarse. Manon miró a la matrona Piernas Amarillas, que se comportaba tan orgullosamente como las dos ancianas cuando entraron a las sombras de la montaña. Pero Manon no retiró la mano de su espada HiendeViento ni por un instante.

Los gritos y el batir de alas y golpes de metal eran mucho más fuertes aquí.

—Aquí es donde los criamos y entrenamos hasta que pueden cruzar hacia la Omega —dijo uno de los hombres y señalaba hacia las entradas de muchas cuevas que pasaron mientras recorrían el pasillo cavernoso—. Las incubadoras están en el centro de la

montaña, un nivel arriba de las fundiciones de armamento, para mantener los huevos cálidos. Las madrigueras están un nivel más arriba. Los mantenemos separados por género y tipo. Los machos están en sus propias jaulas a menos que los vayamos a usar para cruzarlos. Matan a lo que sea que haya en sus jaulas. Aprendimos eso por las malas.

Los hombres rieron, pero las brujas no. Continuó hablando sobre los distintos tipos: los machos eran los mejores, pero una hembra podía ser igual de feroz y el doble de inteligente. Los pequeños eran buenos para misiones que requerían de sigilo y los habían

criado para que fueran totalmente negros contra el cielo nocturno o de un color azul pálido para no distinguirse en las patrullas diurnas. Los colores del guiverno promedio no les importaban tanto, ya que querían que sus enemigos se murieran de terror, dijo el hombre.

Descendieron por los escalones tallados en la misma roca, y como si el hedor a sangre y desperdicios no fuera suficiente para dominar todos los sentidos, el escándalo de los guivernos —una mezcla de rugidos, chillidos, alas batientes y carne en la roca— casi ahogó las palabras del hombre. Pero Manon se mantuvo concentrada en la posición de su abuela, o en las

posiciones de los otros a su alrededor; sabía que Asterin, quien iba un paso detrás, estaba haciendo lo correspondiente con ella.

Las condujo a una plataforma que era un mirador hacia la cueva enorme. El piso hundido estaba al menos unos doce metros por debajo y uno de los extremos de la cueva quedaba completamente abierto hacia la pared del precipicio y el otro estaba sellado con una reja de hierro, o más bien una puerta.

—Esta es una de las arenas de entrenamiento —explicó el hombre—. Es fácil ubicar a los asesinos por naturaleza, pero descubrimos que

muchos muestran de qué están hechos aquí en las arenas. Antes de que las… damas —dijo intentando ocultar su gesto al pronunciar la palabra— posen su mirada en ellos, ya habrán llegado aquí para luchar.

—¿Y cuándo elegiremos nuestras monturas? —dijo mamá Picos Negros mirándolo con dureza.

El hombre tragó saliva.

—Entrenamos a un grupo de guivernos más dóciles para enseñarles lo básico.

Se escuchó un gruñido de Iskra. Manon probablemente también hizo una mueca ante el insulto implícito, pero la matrona Sangre Azul habló:

—No se aprende a montar en un corcel de guerra, ¿verdad?

El hombre casi desfalleció de alivio.

—Cuando estén cómodas con el vuelo…

—Nacimos sobre el lomo del viento —dijo una de las líderes de los aquelarres al fondo. Se escucharon algunos gruñidos de aprobación. Manon permaneció en silencio, al igual que las líderes de aquelarres Picos Negros. Obediencia. Disciplina. Brutalidad. No se rebajaban a presumir.

El hombre se movió ansioso y mantuvo su concentración en Cresseida, como si fuera el único lugar seguro de la habitación, incluso con su corona de

estrellas llena de púas. Idiota. Manon a veces pensaba que las Sangre Azul eran las más mortales de todas ellas.

—En cuanto estén listas —dijo él— podemos empezar con el proceso de selección. Las subiremos a sus monturas e iniciaremos el entrenamiento.

Manon se arriesgó a quitar la mirada de su abuela para estudiar la arena. Había grandes cadenas ancladas a una de las paredes y enormes manchones de sangre que rociaban las rocas, como si una de estas bestias hubiera sido aplastada contra ellas. Una grieta gigantesca se expandía como telaraña desde el centro. Lo que chocó con esa pared había sido lanzado con mucha

fuerza.

—¿Para qué son las cadenas? —preguntó Manon sin darse cuenta. Su abuela la miró como advertencia, pero Manon se concentró en el hombre. Como era de esperarse, sus ojos se abrieron como platos ante su belleza y luego se quedaron igual de abiertos mientras miraba la muerte que habitaba debajo de esa belleza.

—Las cadenas son para las bestias de carnada —respondió—. Son los guivernos que usamos para mostrarles a los otros cómo pelear, para convertir su agresión en una herramienta. Tenemos órdenes de no sacrificar a ninguno, ni siquiera a los débiles y maltratados, así

que les damos buen uso a los debiluchos.

Igual que en las peleas de perros. Se fijó nuevamente en la mancha y la grieta en la pared. La bestia de carnada probablemente había sido lanzada por una de las más grandes. Y si los guivernos podían lanzarse el uno al otro de esta manera, entonces el daño a los humanos… Su pecho se tensó con anticipación, en especial cuando el hombre dijo:

—¿Quieren ver a un macho?

Se vio el destello de uñas de hierro cuando Cresseida hizo un gesto elegante para que el hombre continuara. El hombre silbó con fuerza. Ninguna de

ellas habló cuando escucharon tintinear las cadenas, el tronido de un látigo y el rechinido mientras subía la reja de hierro que daba a la arena. Y entonces, rodeado por hombres con látigos y lanzas, apareció el guiverno.

Se escuchó una inhalación colectiva, incluso de Manon.

—Titus es uno de nuestros mejores guivernos —dijo el hombre con evidente orgullo que relucía en su voz.

Manon no podía quitar la vista de la bestia hermosa: su cuerpo color gris moteado estaba cubierto por una piel como cuero; sus enormes patas traseras, armadas con garras tan grandes como su antebrazo, y sus enormes alas, con una

garra en la punta que usaba para impulsarse hacia delante como si fueran las patas delanteras.

La cabeza triangular giraba de un lado a otro y su boca abierta dejaba ver unos colmillos amarillos y curvados.

—La cola está armada con una espina venenosa —dijo el hombre cuando el guiverno emergió por completo desde la arena, rugiéndoles a los hombres que estaban con él. Las reverberaciones de ese gruñido lanzaron ecos por la roca, hacia sus botas y por sus piernas, y hasta la coraza vacía de su corazón.

La bestia tenía una cadena amarrada alrededor de su pierna trasera,

indudablemente para evitar que volara y se saliera de la arena. La cola, tan larga como su cuerpo y con dos espinas curvadas en la punta, se movía hacia todas partes como la de un gato.

—Pueden volar cientos de kilómetros en un día y estar listos para pelear cuando llegan —dijo el hombre y todas las brujas respiraron con fuerza. Ese tipo de velocidad y aguante…

—¿Qué comen? —preguntó Petrah, con el rostro pecoso aún tranquilo y serio.

El hombre se frotó el cuello.

—Comen lo que sea, pero les gusta fresco.

—A nosotras también —dijo Iskra

con una sonrisa. Si no hubiera sido la heredera de las Piernas Amarillas quien dijo eso, Manon también habría sonreído como todas las demás.

Titus hizo entonces un movimiento repentino y se lanzó hacia el hombre que tenía más cerca mientras usaba su magnífica cola para romper las lanzas levantadas detrás de él. Se escuchó tronar un látigo, pero fue demasiado tarde.

Sangre y gritos y el crujir de huesos. Las piernas y la cabeza del hombre cayeron al suelo. El torso fue devorado de un mordisco. El olor a sangre llenó el aire y cada una de las brujas Dientes de Hierro inhaló profundamente. El hombre

al frente de ellas dio un paso hacia atrás sin lograr disimular.

El toro en la arena ahora las estaba mirando, con la cola todavía moviéndose contra el piso.

La magia ya no existía, pero esto era posible: la creación de bestias magníficas. La magia ya no existía pero Manon sentía la seguridad del momento establecerse en sus huesos. Estaba destinada a estar aquí. Tendría a Titus o a ningún otro.

Porque no toleraría que ninguna otra criatura fuera su montura excepto el más feroz, el que tuviera una negrura similar a la de ella. Cuando sus ojos se cruzaron con la negrura sin fondo de los de Titus,

le sonrió al guiverno.

Podría haber jurado que él le devolvía la sonrisa.

Capítulo 13

Celaena no se dio cuenta de lo exhausta que estaba hasta que todos los sonidos —el canto suave de Emrys desde la mesa, el sonido de sus movimientos al amasar, el sonido del cuchillo de Luca y

su interminable plática sobre todo y nada— se detuvieron. Y ella sabía lo que encontraría cuando mirara hacia el cubo de la escalera. Tenía las manos arrugadas por el agua, los dedos adoloridos, la espalda y el cuello punzantes, pero… Rowan estaba recargado contra el arco del cubo de las escaleras, con los brazos cruzados y la violencia encendida en sus ojos sin vida.

—Vámonos.

Aunque sus rasgos seguían siendo fríos, tuvo la clara impresión de que estaba un poco molesto con ella por no habérsela encontrado enojada en un rincón quejándose del estado de sus

uñas. Cuando salieron, Luca se pasó un dedo por el cuello mientras decía sin emitir sonido: «Buena suerte».

Rowan la condujo por un patio pequeño donde los guardias intentaron fingir que no estaban observando todos sus movimientos, y salieron hacia el bosque. La magia de vigilancia entretejida en el anillo de megalitos volvió a hacer chispear su piel cuando pasaron y sintió una oleada de náuseas. Sin el calor constante de la cocina, estaba medio congelada para el momento en el que se internaron entre los árboles cubiertos de musgo, pero incluso eso fue solamente una llamarada efímera de sentimiento.

Rowan subió por un risco rocoso hacia las zonas más altas del bosque, que seguían cubiertas de niebla. Ella apenas hizo una pausa para apreciar la vista de las colinas abajo, las planicies frente a ellas, todo verde y fresco y seguro de Adarlan. Rowan no pronunció una sola palabra hasta que llegaron a lo que parecían las ruinas de un templo deteriorado por el paso del tiempo.

Ahora no era sino una superficie plana de bloques de roca y columnas cuyos grabados habían sido borrados por el viento y la lluvia. A su izquierda estaba Wendlyn, las colinas, las planicies y la paz. A su derecha se elevaba el muro de las Montañas

Cambrian, que bloqueaban la vista hacia las tierras inmortales más allá. Detrás de ella, muy abajo, podía distinguir la fortaleza que serpenteaba por la cima de la montaña.

Rowan cruzó por las rocas cuarteadas mientras el viento frío y húmedo azotaba su cabello plateado. Ella mantuvo los brazos sueltos a sus lados, más por reflejo que por otro motivo. Él estaba armado hasta los dientes, su rostro era una máscara de brutalidad implacable.

Celaena se obligó a sonreír un poco, su mejor intento por fingir una expresión de entusiasmo diligente.

—Haz lo peor que puedas.

Él la miró de pies a cabeza: la camisa húmeda por la niebla y que ahora estaba helada contra su piel encogida, los pantalones manchados de igual manera, la posición de sus pies…

—Quítate esa sonrisa aduladora y falsa de la cara —dijo con una voz tan muerta como sus ojos, pero que tenía un tono afilado como navaja.

Ella conservó su sonrisa aduladora y falsa.

—No sé de qué hablas.

Él dio un paso hacia ella y esta vez tenía visibles los colmillos.

—Esta será tu primera lección, niña: déjate de idioteces. No tengo ánimos de lidiar con eso y probablemente soy el

único a quien no le importa un carajo qué tan enojada y feroz y horrible seas por dentro.

—En serio no creo que tengas ganas de ver qué tan enojada y feroz y horrible soy por dentro.

—Tú síguete portando tan desagradable como quieras, princesa, porque yo he sido diez veces más desagradable durante diez veces más tiempo de lo que tú llevas viva.

Se contuvo, porque él no entendía de verdad nada sobre lo que ocultaba bajo su piel y lo que la desgarraba en su interior, pero dejó de intentar controlar sus facciones. Sus labios dejaron ver sus dientes.

—Mejor. Ahora transfórmate.

Ella no se molestó en sonar agradable cuando respondió:

—No es algo que yo pueda controlar.

—Si estuviera buscando excusas, te las pediría. Transfórmate.

No sabía cómo. Nunca lo había dominado de niña y ciertamente no había tenido oportunidades para aprender a hacerlo en la última década.

—Espero que hayas traído algunos bocadillos porque vamos a estar aquí mucho tiempo si la lección de hoy depende de mi capacidad de transformarme.

—Realmente vas a hacer que

disfrute entrenarte.

Celaena sintió que podría haber cambiado la frase de «entrenarte» por «comerte viva».

—Ya he participado en una docena de versiones de la saga de maestro-discípulo, así que ¿por qué no eliminamos también esas idioteces?

Su sonrisa se apagó un poco y se tornó más letal.

—Cierra esa boca insolente y transfórmate.

Un temblor repentino surcó su cuerpo, un relámpago solitario en el abismo. *No*. Y entonces él la atacó.

Había estado anticipando sus golpes toda la mañana, la manera en que se

movía, la rapidez y los ángulos. Así que alcanzó a esquivar el primer golpe, haciéndose a un lado de donde pasó su puño, con el cabello azotándose en el viento.

Incluso logró retorcerse lo suficiente en la otra dirección para esquivar el segundo golpe. Pero él era tan increíblemente rápido que apenas podía registrar sus movimientos; era tan rápido que no tenía oportunidad de esquivar o bloquear o anticipar el tercer golpe. No a su rostro sino a sus piernas, como la noche anterior.

Un movimiento ágil de su pie y ella estaba ya en el suelo, retorciéndose para cambiar de posición, pero no lo

suficientemente rápido para evitar golpearse la frente contra la roca alisada por el paso del tiempo. Rodó, bajo el cielo gris y amenazante, e intentó recordar cómo respirar mientras el impacto seguía rebotando con eco en su cráneo. Rowan se acercó de un salto fluido y sin hacer esfuerzo. Sus muslos poderosos estaban apretándole las costillas ya que se había subido sobre ella. Sin aliento, con la cabeza dándole vueltas, los músculos agotados por la mañana en la cocina y semanas de apenas comer, no pudo retorcerse y quitárselo de encima, no podía hacer nada. Él pesaba mucho más que ella, tenía más músculos y por primera vez en

su vida se dio cuenta de que estaba totalmente en desventaja.

—Transfórmate —siseó.

Ella se rio, un sonido muerto y miserable, incluso para sus propios oídos.

—Buen intento —dijo. Dioses, cómo le punzaba la cabeza; podía sentir un pequeño goteo de sangre que emanaba del lado derecho de su frente y ahora él estaba sentado sobre su pecho. Ella volvió a reír, ahogándose por el peso de él—. ¿Crees que puedes engañarme para que me transforme si me haces enojar?

Él gruñó y Celaena pudo ver estrellas flotando frente al rostro de Rowan. Cada parpadeo hacía que

sintiera cuchilladas de dolor que le surcaban el cuerpo. Probablemente tendría el peor ojo morado de toda su vida.

—Tengo una idea: verás, soy muy rica —dijo tratando de no hacer caso al dolor que le trepanaba la cabeza—. ¿Qué tal si fingimos que entrenamos una semana más o menos y luego le dices a Maeve que ya estoy preparada para entrar en su territorio? Te daré todo el maldito oro que quieras.

Él acercó tanto sus colmillos a su cuello que un movimiento en falso hubiera hecho que le arrancara la garganta.

—Tengo una idea —gruñó él—. No

sé qué demonios has estado haciendo durante diez años, aparte de andar saltando por ahí llamándote asesina. Pero creo que estás acostumbrada a salirte con la tuya. Creo que no tienes ningún control sobre ti misma. Nada de control y nada de disciplina, no de la que importa en realidad. Eres una niña, y una niña consentida, además. Y —dijo con esos ojos verdes que no revelaban nada salvo desprecio— eres una cobarde.

Si no hubiera tenido los brazos detenidos, le habría arrancado la cara con las uñas en ese momento. Luchó, intentando usar cada una de las técnicas que había aprendido para quitárselo de

encima, pero no se movió ni un ápice.

Una risa grave y desagradable.

—¿No te gusta esa palabra? —Se acercó más todavía; el tatuaje se veía borroso en su mirada confundida—. *Cobarde*. Eres una cobarde que lleva diez años huyendo mientras personas inocentes morían quemadas y descuartizadas y…

Dejó de escucharlo.

Simplemente, dejó de hacerlo.

Era como estar nuevamente bajo el agua. Como cuando entró a la habitación de Nehemia y encontró ese cuerpo hermoso mutilado sobre la cama. Como ver a Galan Ashryver, amado y valiente, cabalgar hacia la puesta del sol mientras

su gente lo aclamaba.

Se quedó quieta, mirando las nubes que se batían sobre ella. Esperaba que él terminara las palabras que no alcanzaba a escuchar, aguardando el golpe que estaba bastante segura de que no sentiría.

—Levántate —dijo él repentinamente y el mundo se volvió brillante y amplio cuando se paró—. Levántate.

«Levántate». Chaol le había dicho eso una vez cuando el dolor y el miedo y el sufrimiento la habían llevado al extremo. Pero el umbral que había cruzado la noche que murió Nehemia, la noche que desentrañó a Archer, el día

que le dijo a Chaol la horrible verdad… Chaol había ayudado a que cruzara ese umbral. Seguía cayendo. No había manera de levantarse porque no había fondo.

Sintió unas manos poderosas y toscas bajo los hombros, el mundo que se inclinaba y giraba, y luego ese rostro tatuado y que gruñía frente al suyo. Que le arrancara la cabeza con esas dos manos enormes y le rompiera el cuello.

—Patética —le escupió y la liberó —. Débil y patética.

Por Nehemia, debía intentar, debía intentar…

Pero cuando buscó en su interior, en el sitio en su pecho donde vivía el

monstruo, solo encontró telarañas y cenizas.

La cabeza de Celaena seguía dándole vueltas y la sangre seca ahora le provocaba comezón en un lado de la cara. No se molestó en quitársela, ni siquiera le importaba el ojo morado que, estaba segura, había florecido durante las millas que caminaron desde las ruinas del templo y hacia las colinas boscosas. Pero no de regreso a Mistward.

Iba tambaleándose un poco cuando

Rowan sacó una espada y una daga y se detuvo en el extremo de una planicie llena de pastos y con una que otra colina pequeña. No colinas, túmulos, las tumbas antiguas de señores y príncipes muertos hacía tiempo que se perdían en la distancia hasta donde empezaban los árboles. Había docenas, cada uno marcado con un umbral de roca y una puerta de hierro sellada. Y a través de la visión tenebrosa y el dolor punzante de cabeza, sintió cómo se le erizaba el cabello de la nuca.

Los montículos de pasto parecían... respirar. Dormir. Las puertas de hierro eran para mantener a las criaturas dentro, encerradas con el tesoro que

habían robado. Se habían infiltrado en los túmulos y ahí esperaron durante eones, alimentándose de cualquier ingenuo despistado que se atreviera a buscar oro dentro.

Rowan inclinó la cabeza hacia los túmulos:

—Tenía planeado esperar hasta que tuvieras cierto dominio sobre tu poder, planeaba hacerte venir de noche, cuando las criaturas de los túmulos realmente son algo impresionante, pero considera esto como un favor, ya que hay pocos que se atreven a venir aquí durante el día. Camina entre los montículos, enfrenta a las criaturas y llega al otro lado del campo, Aelin, y podremos ir a

Doranelle cuando quieras.

Era una trampa. Sabía bien eso. Él tenía el don del tiempo infinito y podía entretenerse con juegos que duraran siglos. Su impaciencia, su mortalidad, el hecho de que cada latido de corazón la acercaba más a la muerte, eso estaba usando en su contra. Enfrentar a las criaturas…

Las armas de Rowan brillaron, a una distancia suficientemente corta como para arrebatárselas. Él encogió sus hombros poderosos y dijo:

—Puedes esperar para volver a ganarte tus armas o puedes entrar así como estás ahora.

Un destello de temperamento la

devolvió a la realidad, y respondió:

—Mis manos desnudas son suficiente armamento.

Él le sonrió con un dejo de desafío y se internó en el laberinto de colinas.

Ella lo siguió de cerca, alrededor de cada montículo, consciente de que si se atrasaba mucho la dejaría ahí en venganza.

Una respiración constante y sonidos de bostezos de los que despertaban surgieron más allá de las puertas de hierro. No estaban adornadas, solo fijas en los dinteles de roca con estacas y clavos que eran tan antiguos que probablemente eran anteriores a la misma Wendlyn.

Sus pasos crujían en el pasto. Incluso las aves y los insectos no emitían ruidos demasiado estridentes aquí. Las colinas se separaban para revelar un círculo interno de pastos muertos alrededor del túmulo más derruido de todos. Los otros eran redondeados, pero este parecía como si un dios antiguo lo hubiera pisoteado. La superficie aplanada estaba llena de raíces retorcidas de los arbustos. Las tres enormes rocas del umbral estaban golpeadas, manchadas y torcidas. La puerta de hierro no estaba.

Dentro solo había negrura. Una negrura sin edad que estaba respirando.

Ella alcanzó a escuchar los latidos

de su corazón en sus orejas cuando la oscuridad se le acercó.

—Te dejaré aquí —dijo Rowan. No había puesto un pie dentro del círculo y sus botas estaban a dos centímetros del pasto muerto. Su sonrisa se hizo feroz—. Te veo del otro lado del campo.

Esperaba verla salir corriendo como liebre. Y eso era lo que quería hacer. Dioses, este sitio, este maldito túmulo que estaba apenas a unos noventa metros de distancia la hacía querer correr y correr y no detenerse hasta encontrar el lugar donde el sol brillaba de día y de noche. Pero si hacía esto, entonces podría ir a Doranelle al día siguiente. Y esas criaturas que estaban esperando en

la otra mitad del campo… no podían ser peores que lo que ya había visto, y contra lo que había peleado, y lo que había encontrado viviendo en el mundo y dentro de ella misma.

Así que inclinó la cabeza hacia Rowan y se adentró en el campo muerto.

Capítulo 14

Cada paso rumbo el montículo central hacía que rugiera la sangre de Celaena. La oscuridad entre las rocas manchadas y antiguas iba creciendo, haciendo remolinos. También se sentía más frío.

Un frío más seco.

No podía detenerse. No ahora que Rowan la seguía observando, no ahora que tenía tantas cosas por hacer. No se atrevió a mirar demasiado tiempo hacia la puerta abierta y lo que se ocultaba detrás de ella. Lo que le quedaba de orgullo, de un orgullo estúpido y mortal, le impedía salir corriendo para atravesar el resto del campo. Correr, recordó, solo atraía a ciertos depredadores. Así que mantuvo sus pasos lentos y recurrió a todo el entrenamiento que había tenido mientras la criatura se acercaba poco a poco al umbral, apenas una ondulación de hambre feroz envuelta en jirones de tela.

Sin embargo, la criatura permaneció en su montículo, a pesar de que se acercó lo suficiente para que la arrastrara dentro del túmulo, como si estuviera… dudando.

Apenas iba pasando el túmulo cuando un poco de aire pulsante y encerrado presionó sus oídos. Tal vez correr sería una buena idea. Si la magia era la única arma contra las criaturas, entonces sus manos serían inútiles. Pero la criatura continuaba más allá del umbral.

El aire extraño y muerto volvió a presionar sus oídos, un sonido vibrante y agudo que se introducía en su cabeza. Ella se apresuró, con el pasto crujiendo

mientras se fijaba en cada detalle que pudiera utilizar contra el atacante que se escondía cerca. Las copas de los árboles se mecían en la brisa neblinosa del otro lado del campo. No estaba tan lejos.

Celaena pasó el montículo central, tronando su mandíbula para detener el zumbido en sus oídos, que empeoraba con cada paso. Incluso la criatura se alejó. No había estado dudando por ella, ni por Rowan.

El círculo de pasto muerto terminaba a unos pasos, solo unos cuantos. Unos cuantos más y luego podría correr para alejarse de lo que sea que estuviera ahí que hacía temblar de miedo a la criatura.

Y entonces lo vio. Al hombre que estaba detrás del túmulo.

No era una criatura. Solo alcanzó a ver un destello de tez pálida, cabello negro como la noche, belleza inconmensurable y una torque de ónix alrededor de la fuerte columna de su cuello y…

Negrura. Una ola de negrura que se agolpó sobre ella.

No era aniquilación sino oscuridad real, como si hubiera lanzado una manta sobre ambos.

El suelo se sentía como pasto, pero no lo podía ver. No podía ver nada.

No a la distancia, no a los lados, no detrás. Solo estaban ella y la negrura

que se arremolinaba.

Celaena se agachó intentando no maldecir mientras sus ojos recorrían la oscuridad. No sabía lo que era pero a pesar de su forma, no era mortal. En su perfección, en la mirada sin fondo, no había nada humano.

Empezó a gotearle sangre sobre el labio superior: le sangraba la nariz. El zumbido en sus oídos empezó a ahogar sus pensamientos, cualquier plan, como si su cuerpo se sintiera repelido por la misma esencia de lo que fuera esta cosa. La oscuridad permaneció, impenetrable, interminable.

Alto. Respira.

Pero alguien respiraba detrás de

ella. ¿Era el hombre o era otra cosa?

La respiración era más fuerte, más cercana, y un aire helado le rozó la nariz, los labios, pasaba su lengua por su piel. Correr: correr sería más inteligente que solo esperar. Dio varios pasos rápidos que deberían haberla llevado hacia la orilla del campo pero…

Nada. Solamente la negrura interminable y la *cosa* que respiraba ahora más cerca, con su hedor a polvo y carroña, y a otro olor, algo que no había olido ni en una eternidad pero que nunca podría olvidar, no cuando había cubierto la habitación como pintura.

Oh, ¡dioses! La respiración en el

cuello, serpenteando por el pabellón de su oreja.

Se dio la vuelta rápidamente, inhalando lo que bien podría ser su último aliento y el mundo brilló iluminado. No con nubes y pasto muerto. No con un príncipe de las hadas esperándola cerca. La habitación…

Esta habitación…

La doncella estaba gritando, chillaba como una tetera. Todavía había charcos justo dentro de las ventanas cerradas, mismas que Celaena había cerrado la noche anterior porque estaban moviéndose debido a la tormenta fuerte y repentina.

Pensó que la cama estaba mojada

por la lluvia. Se había metido porque la tormenta la había hecho escuchar cosas horribles, la había hecho sentir como si algo estuviera mal, como si hubiera alguien parado en la esquina de su habitación. Pero no era lluvia lo que empapaba la cama en esa habitación elegantemente rústica en la casa de campo.

No era lluvia lo que se había secado sobre ella, en sus manos y piel y en su camisón. Y ese olor: no solo de sangre sino algo más…

—Esto no es real —dijo Celaena en voz alta y retrocedió alejándose de la cama donde estaba parada como fantasma—. Esto no es real.

Pero ahí estaban sus padres, desparramados en la cama con el cuello rebanado de oreja a oreja.

Ahí estaba su padre, de hombros anchos y apuesto, con su tez ya grisácea.

Ahí estaba su madre, con su cabello dorado lleno de sangre, su rostro… su rostro…

Asesinados como animales. Las heridas eran tan vulgares, tan abiertas y profundas, y sus padres se veían tan… tan…

Celaena vomitó. Cayó de rodillas y su vejiga se aflojó justo antes de que vomitara una segunda vez.

—Esto no es real, esto no es real —repitió con aliento entrecortado mientras

la calidez húmeda avanzaba en sus pantalones. No podía respirar, no podía respirar, no podía…

Y entonces se empezó a poner de pie, empezó a huir de esa habitación, hacia las paredes con paneles de madera, a través de ellas como si ella también fuera un espectro, hasta que…

Otra habitación, otro cuerpo.

Nehemia. Destazada, mutilada, violada y rota.

La *cosa* que se ocultaba detrás de ella le pasó una mano por la cintura, la tomó del abdomen, la jaló hacia su pecho con la suavidad de un amante. El pánico que sentía empezó a crecer con tanta fuerza que lanzó el codo hacia

atrás y arriba, y golpeó algo que se sentía como carne y hueso. Se escuchó un sonido sibilante y la criatura la soltó. Eso era todo lo que necesitaba. Corrió, avanzando por la ilusión de la sangre y órganos de su amiga, y entonces…

Un sol diluido y pasto muerto, y un guerrero de cabello plateado muy fuertemente armado hacia quien corrió, sin importarle el vómito en su ropa, sus pantalones mojados, el sonido jadeante y estridente que salía de su garganta. Corrió hasta que lo alcanzó y cayó sobre el pasto verde, lo agarró a puñetazos, lo destrozó, sintió más arcadas aunque ya no tenía nada dentro salvo un poco de bilis. Estaba gritando o llorando o no

estaba emitiendo ningún sonido.

Entonces sintió la transformación y la fuerza, un pozo que se abría debajo de su estómago y que se llenaba con un fuego ardiente e implacable.

No. No.

La agonía la partió en dos de un golpe, su visión pasaba de la claridad cristalina a la visión apagada de los mortales, sus dientes se sentían adoloridos mientras los colmillos salían y regresaban, avanzaban y retrocedían, inmortal y mortal, mortal e inmortal, transformándose con la velocidad de las alas de un colibrí…

Con cada transformación, el pozo se hacía más profundo, ese fuego subía y

bajaba y subía más y más…

Entonces realmente gritó, porque le quemaba la garganta, o tal vez eso era la magia que salía, finalmente liberada.

Magia…

Celaena despertó bajo las copas de los árboles del bosque. Aún había luz de día y, a juzgar por la tierra en su camisa, pantalones y botas, parecía que Rowan la había arrastrado hasta ahí desde los túmulos.

Tenía vómito en la camisa y en los pantalones. Y además… Se había

orinado. Su rostro se ruborizó pero alejó los pensamientos sobre por qué se había orinado, por qué había vomitado. Y ese último pensamiento, sobre la magia…

—Nada de disciplina, nada de control y nada de valentía —escuchó refunfuñar a una voz.

Con la cabeza a punto de estallarle, vio a Rowan sentado en una roca, con sus brazos musculosos alrededor de las rodillas. Tenía una daga en la mano izquierda, como si hubiera estado lanzando la maldita cosa en el aire mientras ella estaba tirada en su propia suciedad.

—Fallaste —dijo sin entonación—. Lograste llegar al otro lado del campo,

pero te dije que debías enfrentar a las criaturas, no hacer un gran berrinche mágico.

—Te mataré —dijo ella y sintió las palabras afiladas y jadeantes—. Cómo te atreves…

—Eso no era una criatura, princesa.

Entonces Rowan volteó a ver hacia los árboles que quedaban detrás de ella. Ella podría haberle rugido por valerse de detalles específicos para no cumplir con su oferta de llevarla a Doranelle pero, cuando sus miradas se cruzaron de nuevo, él parecía estar diciendo: «Esa cosa no debería haber estado ahí».

«Entonces ¿qué demonios era, maldito estúpido?», rezongó ella

silenciosamente.

Él apretó la mandíbula antes de decir en voz alta:

—No lo sé. Algunos trotapieles han andado acechando durante unas semanas, bajan de las colinas en busca de pieles humanas, pero esto… esto era algo distinto. Nunca me había topado con algo parecido, no en estas tierras ni en ninguna otra. Pero como tuve que arrastrarte para alejarte de ahí, creo que no sabré pronto de qué eran —miró con atención el estado en el que estaba Celaena—. Ya se había ido cuando regresé. Dime qué sucedió. Solo vi oscuridad, y cuando emergiste estabas… distinta.

Ella se atrevió a verse a sí misma nuevamente. Tenía la piel completamente blanca, como si el poco color que había adquirido por estar tumbada en aquellas azoteas de Varese hubiera desaparecido, y no solo por el susto y por la náusea.

—No —exclamó—. Y te puedes ir al infierno.

—Otras vidas podrían depender de esto.

—Quiero regresar a la fortaleza —dijo respirando con fuerza. No quería saber sobre las criaturas ni sobre los trotapieles ni sobre ninguna otra cosa. Cada palabra era un esfuerzo—. Ahora.

—Terminarás cuando yo diga que

terminaste.

—Puedes matarme o torturarme o lanzarme por un risco, pero yo ya terminé por hoy. En aquella oscuridad vi cosas que nadie debería poder ver. Me arrastró por mis recuerdos, y no fueron recuerdos gratos. ¿No te basta con eso?

Él escupió un sonido, se puso de pie y empezó a caminar. Celaena se tambaleó y se tropezó, pero continuó avanzando tras él, a pesar de las rodillas temblorosas, hasta los pasillos de Mistward, donde ocultó su cuerpo para que ninguno de los guardias o trabajadores pudiera ver sus pantalones manchados ni el vómito. Sin embargo, no había manera de ocultar su rostro.

Mantuvo su atención en el príncipe hasta que abrió una puerta de madera y una pared de vapor la golpeó.

—Estos son los baños de mujeres. Tu habitación está en el nivel de arriba. Preséntate en las cocinas mañana al amanecer —le indicó y la volvió a dejar.

Celaena entró con pesadez a la habitación llena de vapor sin importarle quién estuviera ahí cuando se quitó la ropa y se dejó caer en una de las bañeras de roca hundidas en el piso y no se movió de ahí por mucho mucho tiempo.

Capítulo 15

Chaol no se sintió nada sorprendido de que su padre se presentara veinte minutos tarde a su reunión. Tampoco le sorprendió que su padre entrara a su oficina, se sentara en la silla del otro

lado de su escritorio y no le diera ninguna explicación sobre su retraso. Con una frialdad y desagrado calculados, estudió la oficina: no tenía ventanas, la alfombra estaba desgastada, había un cofre abierto con armas descartadas que Chaol nunca se había tomado el tiempo para pulir o enviar a reparar.

Al menos estaba organizada. Los pocos papeles que había sobre su escritorio estaban acomodados, sus plumas de cristal estaban en sus bases correspondientes, su armadura, que rara vez tenía ocasión de usar, brillaba desde su maniquí en la esquina. Finalmente, su padre habló:

—¿Esto es lo que nuestro ilustre rey le da al capitán de su Guardia?

Chaol se encogió de hombros y su padre estudió el pesado escritorio de roble. Un escritorio que había heredado de su predecesor, y en el que él y Celaena habían…

Cortó la memoria de tajo antes de que pudiera hacer hervir su sangre y optó mejor por sonreírle a su padre.

—Había una oficina más grande disponible en la zona de cristal, pero yo quería estar accesible para mis hombres —dijo. Y era verdad. Además tampoco había querido estar cerca del ala administrativa del castillo ni compartir el pasillo con los cortesanos y los

consejeros.

—Sabia decisión —su padre se recargó en la antigua silla de madera—. Instintos de líder.

Chaol lo miró con severidad durante un rato.

—Voy a regresar a Anielle contigo. Me sorprende que desperdicies tu aliento en adulaciones.

—¿Es cierto? Por lo que he visto no has hecho nada para prepararte para este supuesto regreso. Ni siquiera estás buscando un reemplazo.

—A pesar de tu opinión sobre mi posición, yo la tomo en serio. No dejaré a cualquiera a cargo de la vigilancia de este palacio.

—Ni siquiera le has dicho a Su Majestad que te vas —esa sonrisa agradable pero muerta permaneció en el rostro de su padre—. Cuando rogué que me dejaran marcharme la próxima semana, el rey no mencionó para nada que me acompañarías. Pero en vez de meterte en problemas, niño, me callé la boca.

Chaol mantuvo su rostro inexpresivo y neutral.

—Te repito, no me iré de aquí hasta que encuentre un reemplazo adecuado. Por eso te pedí que te reunieras conmigo. Necesito tiempo.

Era verdad, al menos en parte.

Al igual que como había hecho las

últimas noches, Chaol se había asomado a la fiesta de Aedion, en otra taberna, más ostentosa y más llena. Aedion tampoco estaba ahí. Pero, por algún motivo, todos pensaban que el general andaba cerca, e incluso la cortesana que se había ido con él la primera noche dijo que el general le había dado una moneda de oro —sin utilizar sus servicios— y se había ido a buscar más vino espumoso.

Chaol esperó en la esquina de la calle donde la cortesana le dijo que lo había dejado, pero no encontró nada. Y resultaba fascinante que nadie parecía saber exactamente cuándo llegaría el Flagelo, o dónde estaban acampando

actualmente, solo que venían en camino. Chaol estaba demasiado ocupado durante el día como para tratar de localizar a Aedion, y durante las diversas reuniones y comidas del rey era imposible confrontar al general. Pero esa noche planeaba llegar a la fiesta temprano para ver si Aedion siquiera se presentaba y hacia dónde se escapaba. Mientras más pronto lograra conseguir información sobre Aedion, más pronto podría poner fin a todas estas tonterías y lograr que el rey no se fijara mucho en él antes de presentar su renuncia.

Solo había convocado a esta reunión por un pensamiento que lo había despertado a media noche, un plan

ligeramente loco, muy peligroso, que probablemente lo mataría antes de lograr cualquier cosa. Buscó en todos esos libros que Celaena había encontrado y no halló nada sobre cómo podría ayudar a Dorian —y a Celaena— a través de liberar la magia. Pero Celaena una vez le había dicho que el grupo rebelde que encabezaban Archer y Nehemia decía dos cosas: una, que sabían dónde estaba Aelin Galathynius y, dos, que estaban próximos a encontrar una manera de romper con el poder misterioso que tenía el rey de Adarlan sobre el continente. Lo primero era mentira, por supuesto, pero si existía siquiera una remota posibilidad de que

estos rebeldes supieran cómo liberar la magia…, tenía que aprovecharla. Ya estaba por salir para seguir a Aedion y vio todas las notas de Celaena sobre los escondites de los rebeldes, así que tuvo una idea de dónde podrían encontrarse. Esto tendría que manejarse con cuidado y todavía necesitaba tanto tiempo como pudiera conseguir.

La sonrisa muerta de su padre se desvaneció y se pudo ver relucir su verdadero temple, perfeccionado por décadas de gobernar Anielle.

—Se dice que te consideras a ti mismo un hombre de honor. Aunque me pregunto qué tipo de hombre serás verdaderamente, si no haces honor a tus

tratos. Me pregunto… —su padre se mordió el labio inferior con deliberada sobreactuación—. Me pregunto cuál era tu motivo entonces para enviar a tu mujer a Wendlyn —Chaol hizo un esfuerzo por no tensarse—. Para el noble capitán Westfall no habría duda de que realmente quería que la campeona de Su Majestad despachara a enemigos extranjeros. Pero para el Chaol que no cumplía sus promesas, para el mentiroso…

—No estoy quebrantando mi palabra contigo —dijo Chaol y en verdad pronunció cada palabra con sinceridad —. Tengo toda la intención de ir a Anielle, juraré eso en cualquier templo,

ante cualquier dios. Pero solo después de que haya encontrado un reemplazo.

—Juraste que sería un mes —gruñó su padre.

—Me vas a tener para ti el resto de mi maldita vida. ¿Qué más te da un mes o dos?

Las fosas nasales de su padre se abrieron. ¿Qué propósito, entonces, tendría su padre para querer que regresara tan pronto? Chaol estaba a punto de preguntar, ansioso de incomodar un poco a su padre, cuando dejó un sobre en su escritorio.

Habían pasado años, años y más años, pero todavía recordaba la caligrafía de su madre, todavía

recordaba la manera elegante en que trazaba su nombre.

—¿Qué es esto?

—Tu madre te envió una carta. Supongo que está expresando su dicha por tu retorno anticipado —Chaol no tocó el sobre—. ¿La vas a leer?

—No tengo nada que decirle y no tengo interés en lo que ella tenga que decirme a mí —mintió Chaol. Otra trampa, otra manera de alterarlo. Pero tenía tantas cosas que hacer aquí, tantas cosas que aprender y descubrir. Haría honor a su juramento en poco tiempo.

Su padre recogió la carta bruscamente y la guardó en su túnica.

—Se sentirá muy triste de escuchar

eso.

Y sabía que su padre, pese a estar muy consciente de la mentira de Chaol, le diría a su madre exactamente lo que había dicho. Por un instante la sangre le retumbó en los oídos, así como siempre hacía cuando había sido testigo de su padre humillando a su madre, reprendiéndola, ignorándola.

Respiró profundamente para calmarse.

—Cuatro meses y entonces me iré. Dame una fecha y así lo haré.

—Dos meses.

—Tres.

Una sonrisa lenta.

—Podría ir en este instante con el

rey y pedirle que te despida en vez de esperar tres meses.

Chaol apretó la mandíbula.

—Dime cuál es el precio entonces.

—Oh, no hay precio. Pero creo que me gusta la idea de que me debas un favor —regresó la sonrisa muerta—. Esa idea me gusta mucho. Dos meses, niño.

No se molestaron en despedirse.

Sorscha fue llamada a las habitaciones del príncipe heredero justo cuando estaba preparando un tónico calmante

para una chica de la cocina que había trabajado demasiado. Y aunque intentó no lucir demasiado ansiosa y patética, encontró la manera de encargarle la tarea muy, muy rápidamente a una de las aprendices de un nivel inferior y hacer el recorrido hacia la torre del príncipe.

Nunca había estado ahí, pero sabía dónde era: todos los sanadores lo sabían, por si acaso. Los guardias la dejaron pasar apenas con un leve movimiento de cabeza y para cuando ascendió por la escalera en espiral, la puerta de la habitación ya estaba abierta.

Era un desorden. Las habitaciones del príncipe eran un revoltijo de libros y papeles y armas descartadas. Y ahí, en

una mesa que apenas tenía un espacio libre para él, estaba Dorian, con un aspecto algo avergonzado, ya fuera por el desorden o por su labio partido.

Se las ingenió para hacer una reverencia, a pesar de ese calor traicionero que volvió a trepar por su cuello y a invadir su cara.

—¿Su Alteza me llamó?

Dorian se aclaró la garganta.

—Yo…, bueno, creo que puedes ver qué es lo que necesita reparación.

Otra lesión en la mano. Esta parecía provenir de una pelea deportiva, pero el labio… Acercarse a él sería un esfuerzo de la voluntad. La mano primero, entonces. Permitiría que eso la

distrajera, que la anclara.

Dejó su canasto con material y se perdió en la labor de alistar los ungüentos y los vendajes. El jabón perfumado del príncipe le acarició la nariz con suficiente fuerza para sugerir que se acababa de bañar. Era algo horrible en qué pensar mientras estaba parada junto a su silla, porque era una sanadora profesional e imaginar a sus pacientes desnudos no era un…

—¿No me vas a preguntar qué sucedió? —dijo el príncipe mirándola hacia arriba.

—No me corresponde preguntar, y a menos que sea relevante para la herida, no es algo que necesite saber.

La respuesta le salió más fría y dura de lo que ella quería. Pero era verdad.

Le vendó la mano con eficiencia. El silencio no le molestaba; a veces había pasado días en las catacumbas sin hablar con nadie. Había sido una niña silenciosa antes de que murieran sus padres, y después de la masacre en la plaza de la ciudad se había vuelto incluso más callada. No fue sino hasta que llegó al castillo y se encontró a algunos amigos que se dio cuenta de que a veces le gustaba hablar. Sin embargo ahora, con él…, bueno, parecía que al príncipe no le gustaba el silencio porque volvió a mirarla y dijo:

—¿De dónde eres?

Era una pregunta difícil de responder, ya que el cómo y el porqué de su llegada a este castillo estaban salpicados de las acciones del padre del príncipe.

—Fenharrow —dijo, rogando que eso fuera el fin de la conversación.

—¿De qué parte de Fenharrow?

Estuvo a punto de hacer un gesto de contrariedad ante su pregunta, pero después de cinco años de atender heridas grotescas y de saber que un parpadeo de asco o miedo en su cara podría hacer que el paciente perdiera el control, ya había adquirido suficiente dominio de sus reacciones.

—De un poblado pequeño en el sur.

Algunas personas ni siquiera han oído hablar de él.

—Fenharrow es hermoso —dijo el príncipe—, con todos esos territorios abiertos que se extienden hacia el infinito.

Ella no recordaba muy bien la zona como para saber si le encantaba esa inmensa explanada de campos de cultivo, flanqueada en el oeste por montañas y en el este por el mar.

—¿Siempre quisiste ser sanadora?

—Sí —respondió, porque le habían confiado sanar al heredero del imperio y no podía mostrar nada que no fuera una absoluta certeza.

Una sonrisa ladeada.

—Mentirosa.

No quería, pero sus miradas se cruzaron, esos ojos color zafiro tan brillantes en el sol de la tarde que entraba por la pequeña ventana.

—No quería ofenderlo, Su…

—Estoy metiéndome en lo que no me incumbe —se ajustó los vendajes—. Estaba intentando distraerme a mí mismo.

Ella asintió, porque no tenía nada que decir y nunca podía pensar en nada ingenioso de todas maneras. Sacó su lata de ungüento desinfectante.

—Para su labio, si no le importa, Su Majestad; quiero asegurarme de que no haya tierra o nada en la herida para

que…

—Sorscha —dijo Dorian. Ella intentó que no se le notara lo que le sucedió al darse cuenta de que él recordaba su nombre. O al escucharlo decirlo—. Haz lo que tengas que hacer.

Se mordió el labio, un hábito nervioso estúpido, y asintió mientras le inclinaba la cabeza hacia arriba para poder ver mejor su boca. Su piel estaba muy caliente. Ella le tocó la herida y él se quejó, su aliento le acarició los dedos, pero no se alejó ni le reclamó ni la golpeó como hacían otros de los cortesanos.

Aplicó el ungüento a su labio lo más rápidamente que pudo. Dioses, sus

labios eran suaves.

No había reconocido al príncipe el primer día que lo vio, caminando por los jardines acompañado del capitán. Apenas estaban entrando en la adolescencia y ella era una aprendiz con ropa de segunda, pero por un momento, él la había mirado y le sonrió. La había visto, y nadie más lo había hecho durante años, así que encontró excusas para estar en los niveles superiores del castillo. Pero había llorado al siguiente mes cuando lo volvió a ver y dos aprendices habían murmurado lo guapo que era el príncipe Dorian, el heredero al trono.

Había sido secreto y estúpido este

enamoramiento del príncipe, porque cuando finalmente se lo volvió a encontrar, años más tarde mientras ayudaba a Amithy con un paciente, él no la había visto. Se había vuelto invisible, como muchos de los sanadores, invisible, justo como ella quería.

—¿Sorscha?

Su horror alcanzó profundidades nunca vistas cuando se dio cuenta de que había estado mirando su boca con los dedos aún en la lata de ungüento.

—Lo siento —dijo, preguntándose si debería saltar desde la torre para ponerle fin a su humillación—. Tuve un día muy largo —eso no era mentira.

Estaba actuando como una tonta.

Había estado antes con un hombre, uno de los guardias, solo una vez y el suficiente tiempo para saber que no estaba particularmente interesada en permitir que otro la volviera a tocar pronto. Pero al estar tan cerca de él, con sus piernas rozando la falda de su vestido marrón confeccionado en casa…

—¿Por qué no le dijiste a nadie? —preguntó en voz baja—. Sobre mí y mis amigos.

Ella dio un paso hacia atrás pero no desvió la mirada, a pesar de que su entrenamiento y su instinto le indicaban que debería hacerlo.

—Usted nunca fue cruel con los sanadores, con nadie. Me gusta pensar

que el mundo necesita… —decir esto ya era demasiado. Porque el mundo era el mundo de su padre.

—Necesita gente mejor —terminó la frase, poniéndose de pie—. Y piensas que mi padre podría haber utilizado en contra de nosotros lo que sabías sobre nuestras… aventuras.

Así que él sabía que Amithy reportaba cualquier cosa inusual. Amithy le había indicado a Sorscha que hiciera lo mismo, si sabía lo que le convenía.

—No quiero decir que Su Majestad haría…

—¿Tu pueblo todavía existe? ¿Tus padres viven?

Incluso años después, no podía ocultar el dolor en su voz cuando hablaba del tema.

—No, lo quemaron. Y no, me trajeron a Rifthold y luego los mataron en la purga de inmigrantes de la ciudad.

Una sombra de dolor y horror se dibujó en los ojos del príncipe.

—¿Entonces por qué vienes a trabajar aquí?

Ella empezó a recoger su material.

—Porque no tengo ningún otro lugar a dónde ir —la agonía se reflejó en el rostro de Dorian—. Su Majestad, he…

Pero él estaba mirándola como si comprendiera, como si realmente la viera.

—Lo lamento.

—No fue decisión suya. Ni de sus soldados que se llevaron a mis padres.

Él se limitó a mirarla por un rato largo antes de agradecerle. Una despedida cortés. Y ella deseó, al ir saliendo de esa torre desordenada, nunca haber abierto la boca, porque tal vez nunca volvería a llamarla debido a lo incómodo que había sido todo. No perdería su posición, porque él no era tan cruel, pero si se negaba a recibir sus servicios, entonces eso podría conducir a preguntas. Así que Sorscha decidió, esa noche mientras estaba recostada en su pequeño catre, que encontraría una manera de disculparse, o tal vez

encontraría excusas para evitar que el príncipe la volviera a ver. Mañana, lo resolvería mañana.

Al día siguiente, no esperaba al mensajero que llegó después del desayuno, preguntándole por el nombre de su pueblo. Y cuando dudó, él dijo que el príncipe heredero quería saberlo.

Quería saberlo, para poder agregarlo a su mapa personal del continente.

Capítulo 16

De todos los espacios en la Omega, el comedor era por mucho el más peligroso.

Los tres clanes de Dientes de Hierro se dividieron en turnos rotatorios que

los mantenían separados la mayor parte del tiempo: entrenamiento con los guivernos, entrenamiento en la sala de armas y entrenamiento en ataque de ofensiva. Era inteligente separarlos, supuso Manon, ya que las tensiones eran elevadas y continuarían así hasta que se seleccionaran los guivernos. Todas las integrantes querían un macho. Aunque Manon tenía la expectativa de recibir uno, quizás incluso Titus, eso no impedía que quisiera tirarle los dientes a golpes a cualquiera que siquiera susurrara que deseaba tener un macho.

Solo había unos cuantos minutos en los cuales se sobreponían sus rotaciones de tres horas, y las líderes de los

aquelarres hacían todo lo posible por evitar que se encontraran unas con otras. Al menos eso hacía Manon. No tenía mucha tolerancia esos días, y una sonrisa burlona más de la heredera de las Piernas Amarillas probablemente terminaría en derramamiento de sangre. Lo mismo se podía decir de sus Trece, dos de las cuales, las gemelas de ojos verdes Faline y Fallon, más demonios que brujas, ya se habían peleado con unas idiotas Piernas Amarillas, para variar. Las castigó justo como había castigado a Asterin: tres golpes a cada una, públicos y humillantes. Pero, con la precisión de un reloj, las peleas seguían dándose entre los otros aquelarres cada

vez que estaban en sitios cerrados.

Eso convertía al comedor en un lugar mortífero. Las dos comidas diarias eran el único momento que todas compartían juntas, y aunque se quedaban en sus propias mesas, la tensión era palpable, tan densa que Manon podría haberla cortado con su cuchillo.

Manon estaba formada en la fila para que le dieran su tazón de alimento, ese era el mejor nombre que le podía dar a la pasta viscosa que se servía en el comedor. Iba flanqueada por Asterin, con las últimas brujas Sangre Azul formadas frente a ella. De alguna manera, las Sangre Azul siempre estaban primero: las primeras en la fila para

comer, las primeras para montar los guivernos (las Trece todavía no volaban), y probablemente serían las primeras en elegir bestias. Un rugido empezó a formarse en lo profundo de su garganta, pero Manon empujó su charola por la mesa, mirando al empleado de tez pálida que servía una bola grisácea de alimento en el tazón de la Sangre Azul que iba frente a ella.

No se molestó en mirar los detalles de sus facciones porque la vena gruesa en su garganta estaba latiendo. Las brujas no necesitaban la sangre para sobrevivir, pero los humanos tampoco necesitaban vino. Las Sangre Azul eran muy quisquillosas sobre la sangre que

bebían, de vírgenes, jóvenes, chicas bonitas, pero las Picos Negros no tenían ninguna preferencia.

El cucharón del hombre empezó a sacudirse, repicaba contra el costado del caldero.

—Las reglas son las reglas —se escuchó decir a una voz a su izquierda.

Asterin dejó salir un gruñido de advertencia y Manon no tuvo que voltear para saber que la heredera de las Piernas Amarillas, Iskra, estaba ahí.

—No se coman a la plebe —agregó la bruja de cabello oscuro, se metió en la fila y le aventó su tazón al hombre frente a ella. Manon observó las uñas de hierro y los dientes, las manos con

callos que usaba descaradamente para demostrar su dominio.

—Ah. Me estaba preguntando por qué nadie se había molestado en comerte —dijo Manon.

Iskra fue empujando con los hombros para avanzar frente a Manon. Manon podía sentir las miradas de la habitación que se dirigían hacia ellas, pero controló su temperamento y permitió la falta de respeto. Posicionarse en el comedor no significaba nada.

—Supe que tus Trece estarán volando hoy —dijo la heredera de las Piernas Amarillas cuando Manon recibió su propia ración.

—¿Qué te importa a ti eso?

Iskra se encogió de hombros. Tenía músculos bien definidos.

—Dicen que alguna vez fuiste la mejor voladora de los tres clanes. Sería una pena que solo fueran habladurías.

Era verdad: se había ganado su puesto como líder del aquelarre no solo por ser la heredera.

Iskra continuó deslizando su plato hacia el siguiente trabajador que le sirvió un vegetal pálido sobre su porquería.

—Algunas están diciendo que deberíamos faltar a nuestra rotación de entrenamiento para poder ver a las legendarias Trece ascender al cielo por

primera vez en una década.

Manon chasqueó la lengua fingiendo pensar.

—También escuché que se dice que las Piernas Amarillas necesitan toda la ayuda posible en su entrenamiento cuerpo a cuerpo. Aunque supongo que todos los ejércitos necesitan a alguien que cargue las provisiones.

Se escuchó una risa de Asterin y los ojos color marrón de Iskra destellaron. Llegaron al final de la mesa donde les servían e Iskra miró a Manon de frente. Con las bandejas en las manos, ninguna de las dos podía sacar las dagas que traían en el costado. La habitación estaba en silencio, incluso en la mesa

principal donde se sentaban las tres matronas.

A Manon le ardieron las encías cuando sus dientes de hierro salieron de sus ranuras y quedaron en posición. En voz baja pero que alcanzaban a escuchar todas, dijo:

—Cuando necesites una lección de combate, Iskra, por favor, avísame. Me encantaría enseñarte algunas cosas sobre la lucha.

Antes de que la heredera pudiera responder, Manon se alejó por la habitación. Asterin inclinó la cabeza burlonamente ante Iskra, y las demás Trece repitieron el gesto, pero Iskra se quedó mirando a Manon, controlando su

rabia.

Manon se dejó caer en su lugar ante la mesa y vio que su abuela sonreía ligeramente. Y cuando se sentaron las doce centinelas de Manon a su alrededor, Trece desde ahora hasta que la oscuridad las acogiera, Manon también se permitió sonreír.

Ese día volarían.

Como si la cara abierta de la montaña no fuera suficiente para hacer que los dos aquelarres Picos Negros sintieran ya la inquietud y anticipación en los pies,

los veintiséis guivernos amarrados en un espacio apretado, ninguno de los cuales era tan dócil, bastaron para poner ansiosos a todos, incluso a Manon.

Pero no mostró ningún temor al acercarse al guiverno del centro. Había dos líneas de trece encadenados y listos. Las Trece tomaron la primera. El otro aquelarre tomó la que estaba detrás. La nueva vestimenta de montar de Manon era pesada y difícil de manejar, había sido confeccionada en piel con protecciones de acero en los hombros y muñequeras de cuero. Era más de lo que estaba acostumbrada a usar, en especial con su capa roja.

Ya habían practicado cómo ensillar

sus monturas durante dos días, aunque por lo general habría otros que lo hicieran por ellas. La montura de Manon ese día, una hembra pequeña, estaba recostada sobre su vientre, suficientemente baja para que Manon pudiera subir por la pierna trasera con facilidad y sentarse en la silla en el punto donde el largo cuello se juntaba con los enormes hombros. Un hombre se acercó para ajustar los estribos pero Manon se inclinó para hacerlo ella misma. El desayuno había sido bastante pobre. Acercarse tanto a una garganta humana solo la tentaría más.

El guiverno se movió y Manon sintió el cuerpo cálido contra sus piernas frías

y apretó los puños enguantados contra las riendas. En la fila, las demás centinelas se montaron en sus bestias. Asterin estaba lista, por supuesto. El cabello dorado de su prima estaba trenzado con fuerza hacia atrás y el cuello de piel de su abrigo se movía a causa del viento mordiente que entraba por la abertura hacia el precipicio que quedaba frente a ellas. Le sonrió a Manon y sus ojos oscuros con toques dorados se veían brillantes. No había ni un rastro de miedo, solo emoción.

«Las bestias sabrán qué hacer», les dijeron los hombres. Sabían cómo franquear el Paso por puro instinto. Así le llamaban al inmenso precipicio

vertical que había entre los dos picos montañosos. Sería la prueba final para un jinete y su montura. Si los guivernos no podían hacerlo, chocarían contra las rocas al fondo. Con todo y sus jinetes.

Había movimiento en las plataformas de observación a ambos lados y el aquelarre de la heredera de las Piernas Amarillas entró con seguridad, todas sus integrantes iban sonrientes, pero ninguna más que Iskra.

—Perra —murmuró Asterin. Como si no bastara con que mamá Picos Negros estuviera en la plataforma opuesta, flanqueada por las otras dos brujas mayores. Manon levantó la barbilla y se asomó al precipicio que

estaba delante de ellas.

—Tal como lo practicamos —dijo el supervisor y salió de la arena abierta para subir a la plataforma de observación donde estaban las tres matronas—. Una patada fuerte en el flanco para que salgan. Déjenlos navegar por el Paso. El mejor consejo es que se sostengan con todas sus fuerzas y disfruten el recorrido.

Se escucharon algunas risas nerviosas del aquelarre detrás de ella, pero las Trece permanecieron en silencio. Esperando. Igual que harían si estuvieran por enfrentar a un ejército antes de cualquier batalla.

Manon parpadeó, los músculos

detrás de sus ojos dorados dejaron caer la membrana transparente que protegería su visión del viento. Manon se permitió un momento para ajustarse al grosor de este párpado adicional. Sin él, volarían como mortales, entrecerrando los ojos y con lágrimas escurriendo por todas partes.

—Listas cuando usted diga, señora —le dijo el hombre.

Manon estudió la abertura frente a ella, el puente apenas visible que estaba arriba, los cielos grises y la niebla. Miró a la fila, hacia cada uno de los seis rostros alineados a sus lados. Luego miró al frente, hacia la caída y el mundo que la esperaba debajo.

—Somos las Trece desde ahora hasta que la oscuridad nos acoja —dijo en voz baja pero sabía que todas la podían escuchar—. Les recordaremos por qué.

Manon pateó a su montura para ponerla en acción. Tres pasos galopantes y ruidosos bajo ella, un movimiento al frente, más al frente, más al frente, un salto al aire congelado, las nubes y el puente y la nieve alrededor, y luego la caída.

Sintió cómo su estómago subía hasta su garganta cuando el guiverno se movió trazando un arco en ángulo hacia abajo, con las alas firmemente apretadas a los lados. Como le habían instruido, Manon

se levantó en cuclillas sobre el cuello, manteniendo el rostro cerca del cuero del animal, con el viento gritándole en la cara.

El aire vibraba detrás de ella, sus Trece estaban a poca distancia, cayendo como una sola, pasando junto a las rocas, la nieve, y dirigiéndose directo hacia el suelo.

Manon apretó los dientes. El borrón de la roca, el beso de la niebla, su cabello que se salía de la trenza ondeando como una bandera blanca tras ella.

La niebla se despejó y, que la oscuridad la acogiera, pues ahí apareció el suelo del desfiladero, tan cerca, y…

Manon se sostuvo de la silla, de las riendas, de su pensamiento consciente cuando las alas gigantes se abrieron y el mundo se inclinó, y el cuerpo debajo de ella giró hacia arriba, aprovechando la corriente del viento en un ascenso casi vertical a lo largo del costado del Colmillo del Norte.

Se escucharon gritos triunfantes desde abajo, desde arriba, y el guiverno seguía subiendo, más rápido de lo que Manon jamás había volado en su escoba, pasando el puente y hacia el cielo abierto.

Así de rápido, Manon estaba de vuelta en el cielo.

El cielo sin nubes, interminable,

eterno, las sostenía. Asterin y luego Sorrel y Vesta llegaron a su lado, luego el resto de las Trece, y Manon cambió su gesto por uno de victoria fría.

A su derecha, Asterin se veía feliz, con sus dientes de hierro brillando como plata. A su izquierda, Vesta, con su cabello rojo, se limitaba a sacudir la cabeza, mirando asombrada las montañas debajo de ella. Sorrel tenía una expresión tan fría como la de Manon, pero se podía ver que sus ojos bailaban. Las Trece estaban en el aire nuevamente.

El mundo se expandía debajo y delante de ellas, en la distancia hacia el oeste estaba el hogar que algún día

reclamarían. Pero ahora, ahora…

El viento la acariciaba y le cantaba, contándole sobre sus corrientes, más instinto que don mágico. Un instinto que la había convertido en la mejor voladora de los tres clanes.

—¿Ahora qué? —gritó Asterin. Y aunque nunca había visto llorar a ninguna de las Trece, Manon podría haber jurado que había lágrimas brillando en las comisuras de los ojos de su prima.

—Yo digo que los probemos —dijo Manon sin dejar escapar esa exuberancia salvaje que se arremolinaba apretando su pecho, y jaló las riendas de su montura hacia donde las esperaba el

primer recorrido de un cañón. Los gritos y risas de sus Trece mientras iban sobre la corriente del viento fueron más finos que cualquier música mortal.

Manon se mantuvo en posición firme en la pequeña habitación de su abuela mirando hacia la pared de roca del fondo hasta que le dirigieran la palabra. Mamá Picos Negros estaba sentada ante un escritorio de madera dándole la espalda a Manon mientras estudiaba algún documento o carta.

—Lo hiciste bien hoy, Manon —dijo

al fin su abuela.

Manon se llevó dos dedos a la frente, aunque su abuela seguía estudiando los documentos.

El supervisor no necesitó decirle a Manon que había franqueado el Paso mejor que nadie hasta la fecha. A ella le bastó un vistazo a la plataforma vacía donde había estado el aquelarre de las Piernas Amarillas para saber que se habían ido al ver que Manon no había chocado contra el piso.

—Las Trece y todos los demás aquelarres Picos Negros lo hicieron bien —dijo su abuela—. Tu labor para mantenerlas disciplinadas estos años es digno de reconocimiento.

El pecho de Manon se hinchó de orgullo, pero dijo:

—Es mi honor servirte, abuela.

Su abuela escribió algo antes de continuar hablando.

—Quiero que tú y las Trece sean las líderes de la flota, quiero que tú seas la líder de todos los clanes.

La bruja giró para ver a Manon, con el rostro ilegible.

—Habrá una competencia militar en unos meses para decidir los rangos. No me importa cómo lo hagas, pero no espero menos de ti que coronarte ganadora.

Manon no necesitaba preguntar por qué.

Los ojos de su abuela descansaron en la capa roja de Manon y luego sonrió ligeramente.

—Todavía no sabemos quiénes serán nuestros enemigos, pero cuando terminemos la guerra del rey y reclamemos los Yermos, el trono de las Dientes de Hierro no estará ocupado por una Sangre Azul ni por una Piernas Amarillas. ¿Queda claro?

Convertirse en la líder de la Flota Voladora, comandar los ejércitos de las Dientes de Hierro y mantener el control de esos ejércitos cuando las matronas a la larga se atacaran unas a otras. Manon asintió. Se haría así.

—Sospecho que las otras matronas

darán órdenes similares a sus herederas. Asegúrense de mantener a sus segundas cerca de ustedes.

Asterin ya estaba afuera, haciendo guardia en la puerta, pero Manon aseguró:

—Puedo cuidarme sola.

Su abuela dijo entre dientes:

—Baba Piernas Amarillas tenía setecientos años de edad. Destruyó todos los muros de la capital Crochan valiéndose solo de sus manos. Y sin embargo, alguien se metió a su carreta y la asesinó. Aunque vivas hasta los mil años, tendrás suerte de convertirte apenas en la mitad de lo bruja que era ella —Manon mantuvo la barbilla en

alto—. Cuida tus espaldas. No estaré complacida si tengo que encontrarme otra heredera.

Manon inclinó la cabeza.

—Como tú digas, abuela.

Capítulo 17

Celaena despertó, congelándose y gimiendo por el dolor de cabeza que no cedía. Eso, lo sabía, era el resultado de habérsela golpeado en las rocas del templo. Siseó al sentarse y cada

centímetro de su cuerpo, desde las orejas hasta los dedos de los pies y los dientes, explotó en un estallido colectivo de dolor. Se sentía como si la hubieran golpeado miles de puños de hierro y luego la hubieran dejado pudrirse en el frío. Eso se debía a todas las transformaciones incontroladas que había tenido el día anterior. Solo los dioses sabrían cuántas veces había pasado de una forma a la otra. Por lo adolorido de sus músculos, tendrían que haber sido docenas de veces.

Pero no había perdido el control de la magia, se recordó a sí misma al levantarse, sosteniéndose del poste maltratado de la cama. Se enredó en la

bata color pálido y caminó arrastrando los pies hacia el vestidor y la bandeja. Después de bañarse, se dio cuenta de que no tenía ropas limpias; se había robado una de las muchas batas de baño y había dejado su ropa apestosa en una pila junto a la puerta. Apenas había llegado a su habitación antes de colapsarse sobre la cama, cubrirse con una manta delgada y dormir.

Y durmió. Y durmió. No sentía deseos de hablar con nadie. Y nadie vino a buscarla, de todas maneras.

Celaena se apoyó en el vestidor e hizo un gesto al ver su reflejo. Se veía fatal, se sentía fatal. Incluso peor y más demacrada que el día anterior. Tomó la

lata de ungüento que Rowan le había dado, pero entonces decidió que él debería ver lo que había hecho. Se había visto peor, hacía dos años, cuando Arobynn la había golpeado hasta dejarla hecha un amasijo de sangre por haber desobedecido sus órdenes. Esto no era nada comparado con lo maltratada que había estado entonces.

Abrió la puerta y se dio cuenta de que alguien le había dejado ropa: la misma que el día anterior, pero limpia. Las botas ya no tenían lodo ni polvo. O Rowan la había dejado o alguien más se había percatado de sus ropas asquerosas. Dioses…, se había orinado frente a él.

No se permitió quedarse pensando en la humillación mientras se vestía y se iba a las cocinas en la oscuridad de los pasillos a unos momentos del amanecer. Luca ya estaba platicando sobre el cuchillo de pelea que le había prestado un guardia para su entrenamiento; no paraba de hablar ni un instante.

Aparentemente ella había subestimado lo horrendo de su rostro, porque Luca interrumpió su perorata a media oración para maldecir. Emrys se dio la vuelta rápidamente, la miró y dejó caer su tazón de barro frente a la chimenea.

—Gran Madre y todos sus hijos.

Celaena se acercó al montón de

dientes de ajo sobre la mesa de trabajo y tomó un cuchillo.

—Se ve peor de lo que se siente —dijo. Era mentira. La cabeza todavía le punzaba por la cortada en la frente y tenía el ojo muy amoratado.

—Tengo un poco de ungüento en mi habitación… —empezó a decir Luca desde donde ya estaba lavando los platos, pero ella lo miró largamente.

Empezó a pelar los ajos y los dedos se le pusieron pegajosos instantáneamente. Seguían mirándola, así que dijo sin expresión en la voz:

—No es nada que les incumba.

Emrys dejó su tazón destrozado sobre las piedras de la chimenea y se

acercó a ella. Se podía ver la rabia bailando en aquellos ojos brillantes e inteligentes.

—Me incumbe cuando entras a mi cocina.

—He vivido cosas peores —dijo ella.

Luca intervino:

—¿A qué te refieres?

Miró sus manos maltratadas, su ojo morado y el anillo de cicatrices alrededor del cuello, cortesía de Baba Piernas Amarillas. Entonces lo invitó en silencio a que hiciera el cálculo: una vida en Adarlan con sangre de hada, una vida en Adarlan como mujer… El rostro de Luca palideció.

Después de un rato, Emrys dijo:

—Ya déjalo, Luca —y se agachó para recoger los fragmentos del tazón.

Celaena regresó al ajo y Luca se quedó notoriamente más silencioso mientras trabajaba. Prepararon el desayuno y lo enviaron al piso de arriba con las mismas prisas caóticas que el día anterior, pero algunas otras hadas mestizas se percataron de su presencia ese día. Ella no les hizo caso o se les quedaba viendo hasta que se iban, pero no sin antes conservar un registro de sus rostros. Muchos tenían orejas puntiagudas, pero casi todos parecían humanos. Algunos usaban ropa de civiles —túnicas y vestidos sencillos—,

mientras que los guardias portaban una armadura de cuero ligera y capas grises pesadas con diversas armas (muchas, bastante maltratadas). Los guerreros fueron los que más se fijaron en ella, tanto hombres como mujeres, con una mezcla de cautela y curiosidad.

Estaba ocupada limpiando una olla de cobre cuando alguien dejó escapar un silbido suave y lleno de asombro.

—Vaya, ese es uno de los ojos morados más gloriosos que haya visto.

Un hombre alto —apuesto a pesar de tener más o menos la edad de Emrys— entró a la cocina con un platón vacío entre las manos.

—Déjala en paz tú también, Malakai

—dijo Emrys desde la chimenea. Era su esposo-pareja. El viejo le sonrió encantadoramente y colocó el platón en la mesa cerca de Celaena.

—Rowan no se anda por las ramas, ¿verdad? —Su cabello gris era corto y dejaba ver sus orejas puntiagudas, pero su rostro era toscamente humano—. Y parece que tú no te molestaste en usar un ungüento curativo —ella le sostuvo la mirada pero no contestó. La sonrisa de Malakai desapareció—. Mi pareja ya trabaja demasiado de por sí. No le agregues más a su carga, ¿entiendes?

Emrys gruñó su nombre, pero Celaena se encogió de hombros.

—No me interesa molestarme con

ninguno de ustedes.

Malakai comprendió la amenaza no verbal de sus palabras: «Así que no intenten molestarse conmigo», y asintió secamente. Sin alcanzar a ver, Celaena oyó que se acercaba a Emrys para darle un beso, luego el murmullo de algunas palabras serias y luego sus pasos firmes que se alejaban al salir del lugar.

—Incluso los guerreros que son hadas mestizas se exceden con la sobreprotección y la llevan al siguiente nivel —dijo Emrys y sus palabras tenían un tono de ligereza forzada.

—Está en nuestra sangre —dijo Luca con la barbilla en alto—. Es nuestro deber, honor y misión de vida

asegurarnos de que nuestras familias estén protegidas. En especial nuestras parejas.

—Y eso los convierte en una piedra en el zapato —dijo Emrys—. Bestias posesivas y territoriales —el viejo se movió hacia el fregadero y dejó ahí una tetera fría para que Celaena la lavara—. Mi pareja tiene buenas intenciones, muchacha. Pero tú eres una extraña, y de Adarlan. Y están entrenándote con… alguien a quien ninguno de nosotros entiende bien.

Celaena dejó caer la tetera en el fregadero.

—No me importa —dijo. Y era cierto.

El entrenamiento ese día fue horrible. No solo porque Rowan le preguntó si iba a vomitar o a orinarse otra vez, sino también por las horas —¡horas!— que la tuvo sentada entre las ruinas del templo en la montaña, bajo el azote del viento húmedo. Quería que se transformara; esa era su única orden.

Ella exigió saber por qué no le podía enseñar la magia sin tener que transformarse, y él le daba la misma respuesta una y otra vez: si no se transformaba, no habría lecciones de magia. Pero después del día anterior, no

había nada que él pudiera hacer, fuera de sacar su daga y cortarle las orejas para que estuvieran puntiagudas, para convencerla de transformarse. Lo intentó una vez, cuando él se metió al bosque en busca de un poco de privacidad. Tiró y jaló de lo que fuera que hubiese dentro de ella, pero no logró nada. Ningún destello de luz ni dolor cegador.

Así que se quedaron sentados en la montaña, Celaena congelada hasta los huesos. Al menos no perdió el control otra vez, sin importar los insultos que él le lanzaba, en voz alta o a través de una de sus conversaciones feroces y silenciosas. Le preguntó por qué no buscaba a la criatura que había estado

en el campo de los túmulos, y él se limitó a responder que estaba investigando y que lo demás no le incumbía.

Se acumularon nubes de tormenta cuando terminaba la tarde. Rowan la obligó a permanecer sentada durante la tempestad hasta que los dientes le castañetearon en el cráneo y su sangre se espesó por el hielo, y entonces, finalmente hicieron el recorrido de regreso a la fortaleza. La volvió a dejar junto a los baños y en sus ojos alcanzó a distinguir el brillo que le prometía sin palabras que el día siguiente sería peor.

Cuando salió por fin, había ropa seca en su habitación, doblada y

colocada con tal cuidado que empezaba a preguntarse si no tendría un sirviente invisible que la seguía a todas partes. No había manera de que un inmortal como Rowan se tomara esa molestia con un humano.

Dudó si quedarse en su habitación el resto de la noche, en especial al notar que la lluvia azotaba su ventana y los rayos iluminaban los árboles a la distancia. Pero el estómago le rugía. Nuevamente se sentía mareada y sabía que había estado comiendo como idiota. Con su ojo morado, lo mejor que podía hacer era comer, incluso si eso implicaba ir a las cocinas.

Esperó hasta que pensó que todos se

habían ido al piso superior. Si siempre había comida de sobra después del desayuno, tenía que haber después de la cena. Dioses, estaba cansada hasta la médula. Y adolorida, peor que esa mañana.

Escuchó voces mucho antes de entrar a la cocina y casi se dio la media vuelta, pero nadie le había hablado en el desayuno salvo Malakai, así que seguramente todos la ignorarían otra vez.

Había calculado que habría varias personas en la cocina, pero de todas maneras le sorprendió ver tanta gente. Habían llevado sillas y cojines frente a la chimenea, donde estaban sentados

Emrys y Malakai, conversando con los ahí reunidos. Había comida en todas las superficies, como si hubieran cenado ahí. Se mantuvo entre las sombras en la parte superior de las escaleras y los observó. El comedor era espacioso, aunque tal vez un poco frío, ¿por qué reunirse alrededor de la chimenea de la cocina?

No le importó gran cosa, no cuando vio la comida. Se metió entre la multitud reunida, con sigilo y facilidad bien practicados, y llenó un plato con pollo rostizado, papas (dioses, ya estaba cansada de las papas) y pan caliente. Todos seguían platicando, quienes no tenían sillas estaban recargados contra

las mesas o paredes, riendo y bebiendo de sus tarros de cerveza.

La mitad superior de la puerta de la cocina estaba abierta para dejar que escapara el calor de todos los cuerpos, y el sonido de la lluvia llenaba la habitación como un tambor. Alcanzó a ver un destello de movimiento en el exterior, pero cuando miró con cuidado, no distinguió nada.

Celaena estaba a punto de regresar por las escaleras sin que lo notaran cuando Malakai aplaudió y todos dejaron de hablar. Celaena se detuvo nuevamente entre las sombras de la escalera. Todos empezaron a sonreír y la gente se acomodó. Sentado en el piso

frente a la silla de Emrys estaba Luca, con una joven hermosa a su lado. Él la tenía abrazada despreocupadamente, como sin querer, pero con suficiente fuerza para indicarles a todos los demás hombres de la habitación que era de él. Celaena puso los ojos en blanco. No le sorprendía para nada.

De cualquier forma, alcanzó a ver la mirada que Luca le dirigió a la chica, lo travieso de sus ojos le hizo sentir una punzada de celos. Ella había mirado a Chaol con la misma expresión. Pero su relación nunca había sido así de despreocupada, e incluso si ella no hubiera terminado las cosas, nunca habría sido así. El anillo que traía en el

dedo le empezó a pesar.

Se vio el destello de un relámpago que alumbró el césped y el bosque más allá. Unos segundos después, el trueno sacudió las rocas y provocó algunos gritos y risas.

Emrys se aclaró la garganta y todos los ojos se fijaron en su rostro arrugado. La chimenea antigua iluminaba su cabello plateado y provocaba sombras por toda la habitación.

—Hace mucho tiempo —empezó a decir Emrys y su voz danzaba entre el tamborileo de la lluvia, el rugido del trueno y el fuego encendido—, cuando no había un rey mortal en el trono de Wendlyn, las hadas todavía caminaban

entre nosotros. Algunas eran buenas y justas, otras eran propensas a hacer travesuras, y algunas eran más malignas y oscuras que la noche más negra.

Celaena tragó saliva. Estas eran palabras que se habían pronunciado frente a las chimeneas por miles de años, se pronunciaban en cocinas como esta. Era la tradición.

—De esas hadas malvadas —continuó Emrys y las palabras resonaron en cada ranura y cuarteadura de las rocas— había que cuidarse en los caminos antiguos, o en los bosques, o en noches como esta, cuando se les puede escuchar gimiendo tu nombre.

—Ay, ese no —gimió Luca, pero era

broma. Algunos rieron un poco, incluso algo nerviosos. Alguien más protestó:

—No podré dormir por una semana.

Celaena se recargó contra la pared de piedra y se empezó a comer su comida mientras el viejo tejía su historia. El cabello de su cuello permaneció erizado durante todo el relato, y podía ver cada uno de los momentos horribles de la historia tan claramente como si los hubiera vivido.

Cuando Emrys terminó su cuento, se escuchó un trueno muy fuerte e incluso Celaena se sobresaltó y casi dejó caer su plato vacío. Se escucharon algunas risas cautelosas, algunos retos y empujones suaves. Celaena frunció el

ceño. Si hubiera escuchado esta historia con criaturas malvadas que se divertían cosiendo piel y aplastando huesos y tostando con rayos antes de viajar a este sitio con Rowan, nunca lo habría seguido. No en un millón de años.

Rowan no había encendido ninguna fogata en el viaje, no había querido llamar la atención. ¿De esas criaturas? Él no sabía qué había sido esa cosa del día anterior en los túmulos. Y si un inmortal no lo sabía… Usó sus ejercicios de respiración para tranquilizar su corazón desbocado. De todas maneras, tendría suerte si esa noche lograba conciliar el sueño.

Aunque todos los demás parecían

estar esperando la siguiente historia, Celaena se puso de pie. Cuando se dio la vuelta para alejarse, volvió a mirar hacia aquella puerta semiabierta de la cocina, solo para asegurarse de que no hubiera nada escondido afuera. Pero no vio a ninguna criatura letal esperando en la lluvia. Vio un gran halcón de cola blanca parado entre las sombras.

Estaba absolutamente quieto. Pero los ojos del halcón tenían algo extraño… Había visto ese halcón antes. La había observado durante días mientras estaba tirada en esa azotea en Varese, la había observado beber y robar y dormir y pelear.

Al menos ahora sabía cuál era la

forma animal de Rowan. Lo que no sabía era por qué se molestaba en escuchar esas historias.

—Elentiya —dijo Emrys extendiendo una mano desde donde estaba sentado frente a la chimenea—, ¿querrías compartirnos una historia de tus tierras? Nos encantaría escucharla, si nos hicieras el honor.

Celaena mantuvo la mirada en el viejo cuando todos giraron hacia donde ella estaba, parada entre las sombras. Ninguno de los presentes le ofreció una palabra de aliento, salvo Luca, quien dijo:

—¡Cuéntanos!

Pero ella no tenía ningún derecho a

contar esas historias como si fueran propias. Y no podía recordarlas correctamente, no como se las habían contado de niña, cuando estaba acurrucada en su cama.

Contuvo estos pensamientos con toda la fuerza que pudo y luego los trató de reprimir lo suficiente para poder decir con calma:

—No, gracias.

Después se alejó caminando. Nadie fue tras ella. No le importaba un carajo lo que Rowan interpretara de la situación.

Los susurros se fueron desvaneciendo con cada paso que daba pero hasta que cerró la puerta de su

habitación gélida y se metió en la cama pudo exhalar un suspiro. La lluvia cesó, las nubes se dispersaron con el viento intenso y a través de su ventana pudo ver las estrellas titilar sobre la línea de los árboles.

No tenía ninguna historia que contar. Todas las leyendas de Terrasen se habían perdido para ella, y solo conservaba algunos fragmentos dispersos en sus recuerdos, como escombros.

Tiró de su trozo de manta y se pasó el brazo sobre los ojos, cerrando así la puerta a las estrellas que siempre observaban.

Capítulo 18

Por fortuna, no obligaron a Dorian a entretener nuevamente a Aedion, y lo vio poco fuera de las cenas de estado y las juntas, en las cuales el general fingía que él no existía. Vio poco a Chaol, también,

lo cual fue un alivio dado lo incómodas que se habían vuelto sus conversaciones últimamente. Pero había empezado a entrenar con los guardias en las mañanas. Era casi tan divertido como recostarse en una cama de clavos al rojo vivo, pero al menos le daba algo que hacer con la energía inquieta y ansiosa que lo perseguía día y noche.

Eso sin mencionar todas las cortadas, raspones y torceduras que le daban una excusa para ir a las catacumbas de los sanadores. Sorscha, al parecer, se había percatado de su horario de entrenamiento y su puerta siempre estaba abierta cuando él llegaba.

No había podido dejar de pensar en lo que le había dicho cuando estaban en su habitación, ni de preguntarse por qué alguien que había perdido todo querría dedicar su vida a ayudar a la familia del hombre responsable. Y cuando dijo que *no tenía ningún otro lugar a dónde ir*…, por un segundo no había sido Sorscha sino Celaena, destrozada por el dolor y la pérdida y la rabia, quien llegaba a su habitación porque no había ninguna otra persona a quién recurrir. Nunca había conocido eso, ese tipo de pérdida, pero la amabilidad de Sorscha con él, que le había pagado tan mal hasta hacía poco, lo golpeó como una pedrada en la cabeza.

Dorian entró al taller y Sorscha levantó la vista de la mesa y sonrió, amplia y hermosamente, y…, bueno, esa era justo la razón por la cual encontraba excusas para venir a este sitio todos los días.

Le mostró su muñeca, que ya sentía rígida y adolorida.

—Aterricé sobre ella y me lastimé —dijo a modo de saludo. Ella caminó alrededor de la mesa y le dio suficiente tiempo para que admirara las líneas estilizadas de su figura en su vestido sencillo. *Se mueve como el agua*, pensó, y con frecuencia se descubría maravillado de la forma en que usaba sus manos.

—No puedo hacer mucho en este caso —le dijo tras examinarle la muñeca—. Pero tengo un tónico para el dolor, para atenuarlo un poco, y le puedo poner el brazo en un cabestrillo si…

—Dioses, no. Nada de cabestrillo. Nunca me volverían a respetar los guardias.

Los ojos de Sorscha brillaron, apenas un poco, así como lo hacían cuando algo le parecía divertido, pero estaba intentando hacer un esfuerzo para no mostrarlo.

Pero si no había cabestrillo, entonces no tenía excusa para estar en ese lugar, y a pesar de la insulsa reunión

de consejo que tenía en una hora y a pesar de que todavía debía bañarse… se puso de pie.

—¿En qué estás trabajando?

Dio un paso cuidadoso para separarse de él. Siempre hacía eso, para mantener la distancia.

—Bueno, tengo que preparar unos cuantos tónicos y ungüentos para los sirvientes y guardias, para reabastecerlos hoy.

Sabía que no debía hacerlo, pero se acercó para asomarse sobre su hombro delgado hacia la mesa de trabajo, para ver todos los recipientes y viales y jarras. Ella emitió un pequeño sonido desde su garganta y él disimuló su

sonrisa mientras se acercaba un poco más.

—Esto por lo general es una tarea que les corresponde a los aprendices, pero están tan ocupados hoy que ofrecí ayudarlos con un poco de su trabajo.

Solía hablar así cuando estaba nerviosa. Dorian había notado, con algo de satisfacción, que esto sucedía cuando él se acercaba. Y no de una mala manera. Si hubiera notado que la incomodaba verdaderamente, se habría mantenido alejado. Esto era más como… nervios. Le gustaba nerviosa.

—Pero —continuó ella, intentando dar un paso al lado— le prepararé su tónico en este momento, Su Alteza.

Dorian le dio el espacio que necesitaba mientras ella se apresuraba alrededor de la mesa con eficiencia graciosa, midiendo polvos y aplastando hojas secas, tan segura y diligente… Se dio cuenta de que la estaba viendo fijamente cuando ella volvió a hablar.

—Su… amiga, la campeona del rey, ¿está bien?

Su misión en Wendlyn era relativamente secreta, pero podía decirle algo.

—Salió a hacer un trabajo para mi padre durante los siguientes meses. Ciertamente espero que esté bien, aunque no tengo ninguna duda de que sabe cuidarse a sí misma.

—¿Y su perrita está bien?

—¿Ligera? Oh, sí, está bien. Su pata se curó muy bien —la perra dormía ahora en su cama, por supuesto, y peleaba con él para que le diera de su comida y golosinas sin parar, pero… era bueno tener una parte de su amiga mientras ella no estaba—. Gracias a ti.

Sorscha asintió y se quedó en silencio mientras medía y luego vertía un poco de líquido verde. Él esperó sinceramente no tener que beber eso.

—Decían… —Sorscha mantuvo sus ojos espectaculares mirando hacia abajo —. Decían que había una especie de animal salvaje que recorría los pasillos hace unos meses, que eso fue lo que

mató a todas esas personas antes de Yulemas. Nunca supe si lo atraparon, pero luego… la perra de su amiga parecía como si la hubieran atacado.

Dorian se obligó a mantenerse quieto. Ella realmente había logrado deducir algunas cosas, por lo visto. Y no le había dicho a nadie.

—Pregúntame, Sorscha.

Su garganta se movía inquieta arriba y abajo, y las manos le temblaban un poco, suficiente para hacerlo desear tomarlas entre las suyas. Pero no se podía mover, no hasta que ella hablara.

—¿Qué era? —preguntó con una exhalación.

—¿Quieres la respuesta que te

permitirá seguir durmiendo en las noches o la que podría garantizar que nunca más vuelvas a cerrar los ojos? —preguntó. Ella levantó la mirada y encontró la suya, y con eso él supo que quería la verdad. Así que dejó salir un poco de aire y dijo—: Eran dos… criaturas diferentes. La campeona de mi padre terminó con la primera. Ni siquiera nos lo dijo al capitán y a mí hasta que enfrentamos a la segunda —aún podía escuchar el rugido de la criatura en el túnel, todavía podía verla plantándose frente a Chaol. Todavía tenía pesadillas sobre eso—. El resto es un poco misterioso —eso no era una mentira. Todavía había muchas cosas

que no sabía. Y que no quería saber.

—¿Su Majestad lo castigaría por ello? —preguntó en voz baja. Era una pregunta peligrosa.

—Sí.

La sangre se le heló ante este pensamiento. Porque si sabía, si su padre averiguaba que Celaena de cierta forma había abierto un portal… Dorian no podía detener el hielo que sentía esparcirse dentro de él.

Sorscha se frotó los brazos y miró al fuego. Seguía ardiendo pero… Mierda. Tenía que irse. Ahora. Sorscha dijo:

—La mataría, ¿verdad? Por eso usted no dijo nada.

Dorian empezó a salir caminando

hacia atrás, luchando contra esa cosa salvaje y aterrada que estaba dentro de él. No podía detener el hielo que ascendía, ni siquiera sabía de dónde venía, pero no dejaba de ver a aquella criatura en los túneles, de escuchar el ladrido lastimero de Ligera, de ver a Chaol elegir sacrificarse para que pudieran huir.

Sorscha se acarició la larga trenza oscura.

—Y… y probablemente también mataría al capitán.

Su magia hizo erupción.

Después de que Sorscha se vio obligada a esperar en la oficina abarrotada durante veinte minutos, Amithy finalmente apareció. Traía el cabello anudado en un moño apretado que hacía que sus facciones se vieran aun más severas.

—Sorscha —dijo sentándose frente a su escritorio y frunciendo el ceño—. ¿Qué voy a hacer contigo? ¿Qué ejemplo estás poniendo a los aprendices?

Sorscha mantuvo la cabeza agachada. Sabía que la habían hecho esperar para que se preocupara por lo que acababa de hacer: volcar accidentalmente su mesa de trabajo y destruir no solo incontables horas y días

de trabajo, sino también una buena cantidad de herramientas y contenedores costosos.

—Me resbalé… Se me cayó un poco de aceite y olvidé limpiarlo.

Amithy chasqueó la lengua.

—La limpieza, Sorscha, es una de nuestras mayores cualidades. Si no puedes mantener tu área de trabajo limpia, ¿cómo se te puede confiar que trates a nuestros pacientes? ¿Cómo se te puede confiar que cuides a Su Majestad, quien estuvo ahí como testigo de tu más reciente episodio de falta de profesionalismo? Me tomé la libertad de disculparme personalmente y me ofrecí para encargarme de sus cuidados en el

futuro, pero… —los ojos de Amithy se entrecerraron—. Dijo que él pagaría todos los costos de la reparación y que le gustaría que tú siguieras atendiéndolo.

La cara de Sorscha enrojeció. Todo había sucedido muy deprisa.

Cuando el golpe de hielo y viento y algo *más* se abalanzó hacia ella, su grito se cortó por el golpe de la puerta que se cerró. Eso probablemente les salvó la vida, pero lo único que pudo pensar fue quitarse del camino. Así que se agachó bajo la mesa, con las manos sobre la cabeza, y se puso a rezar.

Podría haberlo considerado una ráfaga de viento, tal vez se habría sentido un poco ridícula si los ojos del

príncipe no hubieran parecido *brillar* en ese momento, justo antes del viento y el frío, si no fuera porque los vidrios de la mesa se habían roto, si no fuera porque el hielo había cubierto el piso, si él no hubiera permanecido en su lugar, sin hacerse ningún daño.

No era posible. El príncipe… Se escuchó un horrible sonido de alguien que se ahogaba y luego Dorian estaba de rodillas, mirando bajo la mesa de trabajo.

—Sorscha. *Sorscha*.

Ella se quedó mirándolo con la boca abierta, incapaz de encontrar palabras.

Amithy tamborileó con sus dedos largos y huesudos sobre el escritorio de

madera.

—Perdóname por ser directa —dijo, pero Sorscha sabía que a la mujer no le importaban nada los modales—. Pero también debo recordarte que está prohibido interactuar con nuestros pacientes salvo cuando los estamos tratando.

No podía haber otra razón por la cual el príncipe Dorian prefiriera los servicios de Sorscha sobre los de Amithy, por supuesto. Sorscha mantuvo la mirada en sus manos entrelazadas sobre su regazo; aún estaban llenas de pequeñas cortadas por las astillas de vidrio.

—No tienes que preocuparte por

eso, Amithy.

—Bien. Detestaría ver comprometida tu posición. Su Alteza tiene cierta reputación con las mujeres —una sonrisita pagada de sí misma—. Hay muchas damas hermosas en esta corte. Y tú no eres una de ellas.

Sorscha asintió y aceptó el insulto, como siempre lo había hecho. Así era como sobrevivía, como había permanecido invisible todos estos años.

Era lo que le había prometido al príncipe en los minutos que siguieron a su explosión, cuando ella dejó de temblar y lo había *visto*. No la magia sino el pánico en sus ojos, el miedo y el dolor. No era un enemigo que usaba

poderes prohibidos, sino un joven que necesitaba ayuda. Su ayuda.

No podía hacerse a un lado, alejarse de él, no podía decirle a nadie lo que había visto. Era lo que hubiera hecho por cualquier otra persona.

Con la voz inexpresiva y calmada que reservaba para los pacientes con las lesiones más graves, le había dicho al príncipe:

—No le voy a decir a nadie. Pero en este momento me va a ayudar a tirar la mesa y luego me va a ayudar a limpiar todo esto.

El príncipe solamente se le había quedado viendo. Ella se puso de pie y notó las cortadas delgadas como

cabellos que tenía en las manos y que ya empezaban a arderle.

—No voy a decirle a nadie —repitió y tomó una de las esquinas de la mesa. Sin decir palabra, él fue al otro extremo y la ayudó a poner la mesa de lado. El resto de los frascos y recipientes de cerámica cayó al suelo. Para el mundo, parecería un accidente, y Sorscha fue a un rincón para tomar la escoba.

—Cuando abra esta puerta —le dijo al príncipe, todavía en voz baja y tranquila y sin haber vuelto a ser ella misma del todo—, fingiremos. Pero después de hoy, después de esto… — Dorian se puso rígido, como si estuviera esperando que cayera el golpe—.

Después de esto —continuó—, si no tiene objeción, intentaremos encontrar una manera de evitar que esto vuelva a suceder. Tal vez exista un tónico para suprimirlo.

El rostro del príncipe seguía pálido.

—Lo lamento —exhaló, y ella supo que era en serio. Se acercó a la puerta y le sonrió, aunque un tanto serio.

—Empezaré a investigar esta noche. Si encuentro algo, le diré. Y tal vez, no ahora sino después… si Su Alteza así lo desea, me podría contar un poco sobre cómo es esto posible. Me ayudaría —no le permitió contestar que sí y abrió la puerta, regresó al desastre y dijo, un poco más fuerte de lo normal—: Lo

siento mucho, Su Majestad… Había algo en el piso y me resbalé y…

A partir de ese momento, había sido sencillo. Los sanadores curiosos se habían acercado a ver qué había sido ese escándalo y uno de ellos se había ido a buscar a Amithy. El príncipe se fue y a Sorscha le pidieron que esperara ahí.

Amithy recargó los antebrazos en el escritorio.

—Su Alteza fue extraordinariamente generoso, Sorscha. Que sea una lección para ti. Tienes suerte de no haberte lastimado más.

—Le iré a hacer una ofrenda a Silba hoy —mintió Sorscha, silenciosa y pequeña, y se marchó.

Chaol se arrinconó dentro del nicho oscuro del edificio y contuvo la respiración cuando vio que Aedion se acercaba a la figura encapuchada en el callejón. Se le habían ocurrido muchos lugares donde podría ir Aedion tras escaparse de su fiesta en la taberna, pero nunca pensó que se dirigiera a los barrios bajos.

Aedion había hecho un gran espectáculo en su rol del anfitrión generoso y alocado: compró bebidas, saludó a sus invitados, se aseguró de que todos lo vieran haciendo algo. Y

justo cuando nadie le estaba prestando atención, salió por la puerta principal, como si le diera demasiada pereza ir al baño de la parte de atrás. Un borracho tambaleante, arrogante, descuidado y engreído.

Chaol casi se la había creído. Casi. Entonces Aedion se alejó una cuadra, se puso la capucha sobre la cabeza y avanzó hacia la noche, completamente sobrio.

Lo siguió desde las sombras y vio cómo Aedion salió del distrito de la gente rica y se adentró a la zona pobre de la ciudad por callejuelas y pasajes sinuosos. Podría haber pasado por un hombre de clase alta en busca de otro

tipo de mujer. Hasta que se detuvo afuera de un edificio y la figura encapuchada con cuchillas gemelas se le acercó.

Chaol no alcanzaba a escuchar las palabras que intercambiaban Aedion y el desconocido, pero alcanzaba a leer bien la tensión entre sus cuerpos. Después de un momento, Aedion siguió al recién llegado, pero no sin antes inspeccionar con cuidado el callejón, las azoteas y las sombras.

Chaol mantuvo su distancia. Si descubría a Aedion comprando sustancias ilícitas, eso podría ser suficiente para lograr que se calmara, para mantener sus festejos al mínimo y

controlar al Flagelo cuando llegara.

Chaol los siguió; puso mucha atención a las miradas que cruzó con cada borracho, huérfano y mendigo. En una calle olvidada de los muelles del Avery, Aedion y la figura encapuchada se metieron a un edificio en ruinas. No era cualquier edificio ya que había vigilantes en la esquina, junto a la puerta, en la azotea, incluso caminando por las calles e intentando pasar desapercibidos. No eran guardias reales, ni soldados.

No era un sitio para comprar opiáceos, tampoco los servicios de mujeres. Había memorizado la información que Celaena reunió sobre

los rebeldes y los seguía con la misma frecuencia que seguía a Aedion, casi siempre sin llegar a nada. Celaena había dicho que estaban buscando una manera de derrotar el poder del rey. Haciendo a un lado las implicaciones mayores, si lograba averiguar cómo se las había ingeniado el rey para desactivar la magia y además cómo liberarla antes de que lo llevaran a rastras de vuelta a Anielle, entonces el secreto de Dorian podría volverse menos explosivo. De cierta manera, podría ayudarlo. Y Chaol siempre ayudaría a su amigo, a su príncipe.

No pudo reprimir un escalofrío en la espalda cuando tocó el Ojo de Elena y

se dio cuenta de que el edificio derruido, con su patrón de vigilantes, lucía muy probablemente como un sitio de reunión de los rebeldes. Tal vez no había sido simple coincidencia que lo hubiera llevado ahí.

Chaol estaba tan concentrado en su corazón desbocado que no tuvo tiempo de voltear cuando sintió que una daga le presionaba el costado.

Capítulo 19

Chaol no se resistió, a pesar de que sabía que era igual de probable que lo mataran o que le dieran alguna respuesta. Reconoció a los guardias por sus armas desgastadas y sus

movimientos fluidos y precisos. Nunca olvidaría esos detalles, no después de haber pasado un día como prisionero en una bodega con ellos, y después de haber visto a Celaena cortar sus filas como si fueran espigas de trigo. No supieron nunca que quien había llegado a masacrarlos era su reina perdida.

Los guardias lo obligaron a arrodillarse en una habitación vacía que olía a paja vieja. Chaol miró hacia arriba y vio a Aedion y a un viejo de aspecto familiar que lo estudiaban. Era el que le había rogado a Celaena que se detuviera esa noche en la bodega. El viejo no tenía nada notable; sus ropas estaban desgastadas y eran ordinarias,

era delgado pero todavía no se veía marchito. Junto a él estaba un joven que Chaol reconoció por su risa queda y feroz: el guardia que lo había desafiado cuando fue su prisionero. Tenía cabello oscuro que le llegaba al hombro y le colgaba alrededor del rostro. Su aspecto era más cruel que apuesto, en especial por la horrenda cicatriz que dividía su ceja y corría hacia abajo de su mejilla. Con un movimiento de la barbilla indicó a los guardias que se retiraran.

—Vaya, vaya —dijo Aedion mientras le daba la vuelta a Chaol. Su espada desenvainada brillaba en la luz tenue—. ¿Capitán de la Guardia, heredero de Anielle y espía? ¿O acaso

tu amante te ha estado enseñando algunos trucos del oficio?

—Cuando organizas fiestas y convences a mis hombres de que dejen sus puestos, cuando no estás en esas fiestas porque estás escabulléndote por las calles, es mi deber saber por qué, Aedion.

El joven de la cicatriz y las espadas gemelas dio un paso hacia delante y empezó a dar vueltas con Aedion. Dos depredadores que evalúan a su presa. Probablemente pelearían sobre su cadáver.

—Qué mal que tu campeona no esté aquí para salvarte en esta ocasión —dijo el de la cicatriz en voz baja.

—Qué mal que tú no estabas ahí para salvar a Archer Finn —respondió Chaol.

Se vio cómo se abrieron las fosas nasales del joven y la furia destelló en sus astutos ojos color marrón, pero permaneció en silencio y el viejo levantó la mano.

—¿Te mandó el rey?

—Vine por él —Chaol movió la barbilla en dirección a Aedion—. Pero he estado buscándolos a ustedes dos, y a su grupito también. Ambos están en peligro. Desconozco qué quiera Aedion, pero no importa qué les ofrezca, sepan que el rey lo tiene muy controlado.

Tal vez esa muestra de honestidad le

compraría lo que necesitaba: confianza e información.

Pero Aedion ladró de risa.

—¿Qué?

Sus compañeros voltearon hacia él con las cejas arqueadas. Chaol miró el anillo en el dedo del general. No estaba equivocado. Era idéntico a los que tenían el rey, Perrington y algunos más.

Aedion detectó la mirada de Chaol y dejó de circular.

Por un momento, el general se le quedó viendo con un veloz destello de sorpresa y diversión en su rostro. Entonces, Aedion ronroneó:

—Has resultado ser un hombre mucho más interesante de lo que

pensaba, capitán.

—Explícate, Aedion —dijo el viejo suavemente pero no con debilidad.

Aedion sonrió ampliamente y se quitó el anillo negro del dedo.

—El día que el rey me dio la Espada de Orynth también me ofreció un anillo. Gracias a mi ascendencia, mis sentidos son… más agudos. Pensé que el anillo tenía un olor extraño y sabía que solo un tonto aceptaría ese tipo de regalo de su parte. Así que hice una réplica. El auténtico lo lancé al mar. Pero siempre me había preguntado qué hacía —dijo pensativo mientras lanzaba el anillo con una mano y lo atrapaba—. Parece ser que el capitán lo sabe, y que no está de

acuerdo.

El hombre con las espadas gemelas dejó de circular y la sonrisa que le mostró a Chaol era poco menos que feroz.

—Tienes razón, Aedion —dijo sin quitarle los ojos de encima a Chaol—. Es más interesante de lo que parece.

Aedion se guardó el anillo como si fuera… como si en realidad fuera falso. Y Chaol se dio cuenta de que había revelado mucho más de lo que tenía intención de hacer.

Aedion empezó a dar vueltas otra vez; el hombre de la cicatriz hacía eco a sus movimientos ágiles.

—Una correa mágica, aunque ya no

queda magia —dijo el general—. Y sin embargo, de todas formas me seguiste, creyendo que estaba bajo el hechizo del rey. ¿Pensabas que podrías usarme para ganarte a los rebeldes? Fascinante.

Chaol mantuvo la boca cerrada. Ya había dicho suficiente para condenarse.

—Estos dos —continuó Aedion— dicen que tu amiga asesina era simpatizante de los rebeldes, que entregó información a Archer Finn sin pensarlo dos veces, que le permitió a los rebeldes salir de la ciudad cuando tenía la misión de matarlos. ¿Ella te dijo sobre los anillos del rey o tú descubriste ese trocito de información por tu cuenta? ¿Exactamente qué es lo que sucede en

ese palacio de cristal cuando el rey no está prestando atención?

Chaol se tragó su respuesta. Cuando quedó claro que no iba a hablar, Aedion sacudió la cabeza.

—Ya sabes cómo tiene que terminar esto —dijo Aedion, y su voz ya no tenía ni un rastro de burla. Solo había una frialdad calculadora. El verdadero rostro del Lobo del Norte—. Yo lo veo de la siguiente manera: tú firmaste tu propia sentencia de muerte cuando decidiste seguirme, y ahora que sabes eso… Tienes dos opciones, capitán: podemos torturarte hasta que nos lo digas y luego te mataremos, o nos puedes decir lo que sabes y lo haremos

rápidamente. De la manera menos dolorosa posible, por mi honor.

Dejaron de dar vueltas.

Chaol ya se había enfrentado a la muerte varias veces en los últimos meses. Se había enfrentado a ella y había lidiado con ella. Pero esta muerte, donde Celaena y Dorian y su madre nunca sabrían lo que había sido de él…, le repugnaba de cierta forma. Lo encolerizaba.

Aedion dio un paso hacia el lugar donde Chaol estaba hincado.

Podía eliminar al de la cicatriz y luego esperar que pudiera enfrentar a Aedion, o al menos escapar. Pelearía, porque esa era la única manera en que

podía aceptar este tipo de muerte.

La espada de Aedion estaba lista, la espada que le pertenecía a Celaena por sangre y por derecho. Chaol había asumido que era un carnicero de doble cara. Aedion era un traidor. Pero no de Terrasen. Aedion había estado jugando un juego muy peligroso desde su llegada aquí, desde que su reino cayera diez años atrás. Y engañar al rey para que creyera que había estado utilizando su anillo todo este tiempo… Por evitar que se divulgara esa información, Aedion sí estaba dispuesto a matar. Sin embargo, había otra información que Chaol podía usar, tal vez, para salir vivo de esto.

Independientemente de lo destrozada

que estaba al irse, Celaena ahora estaba segura. Estaba lejos de Adarlan. Pero Dorian, con su magia, con la amenaza que representaba en secreto, no lo estaba. Aedion respiró, preparándose para matarlo. Mantener protegido a Dorian era lo único que le quedaba, lo único que en realidad había importado siempre. Si estos rebeldes sabían algo, cualquier cosa sobre la magia que pudiera ayudar a liberarla, si pudiera usar a Aedion para conseguir esa información…

Era un riesgo, el mayor riesgo que había tomado. Aedion levantó su espada.

Con una oración silenciosa para

pedir perdón, Chaol miró directamente a Aedion.

—Aelin está viva.

Aedion Ashryver había sido llamado Lobo, general, príncipe, traidor y asesino. Y era todo eso y más. Mentiroso, embustero y estafador eran sus calificativos favoritos, los títulos que solo conocían los más cercanos a él.

La Puta de Adarlan, así es como lo llamaban quienes no lo conocían. Era verdad, de muchas maneras era verdad y a él nunca le había importado, no en

realidad. Le había permitido mantener el control en el norte, mantener el derramamiento de sangre al mínimo y mantener una mentira. La mitad del Flagelo eran rebeldes y la otra mitad eran simpatizantes. Muchas de sus «batallas» en el norte habían sido fingidas; el número de muertos era un engaño y una exageración, al menos cuando los cuerpos se levantaban del campo de batalla en la oscuridad y se iban a casa con sus familias. La Puta de Adarlan. No le había importado. Hasta ahora.

Primo: ese era su título más querido. Primo, pariente, protector. Esos eran los nombres secretos que guardaba muy

dentro de sí, los nombres que se susurraba a sí mismo cuando el viento del norte aullaba a través de las Staghorns. A veces ese viento sonaba como los gritos de su gente cuando la llevaban al matadero. Y a veces sonaba como Aelin: Aelin, a quien él amaba, quien debería haber sido su reina, y a quien él algún día le había hecho el juramento de sangre.

Sobre los tablones de madera podrida de un muelle vacío en los barrios bajos, Aedion permanecía de pie y miraba hacia el Avery. El capitán estaba a su lado y escupía sangre al agua tras la golpiza que le había dado Ren Allsbrook, el conspirador más reciente

de Aedion, y otro más que se levantaba de la tumba.

Ren, heredero y Señor de Allsbrook, había entrenado con Aedion cuando era niño, y en algún momento había sido su rival. Diez años atrás, Ren y su abuelo, Murtaugh, habían escapado de la matanza gracias a una distracción que iniciaron los padres de Ren, que les costó la vida y le provocó a Ren la horrible cicatriz que le atravesaba la cara. Pero Aedion no lo sabía; pensaba que todos habían muerto, y se sorprendió al saber que ellos eran el grupo rebelde secreto que buscó a su llegada a Rifthold. Había escuchado los rumores que decían que Aelin estaba

viva y que estaba reuniendo un ejército y se había arrastrado desde el norte para llegar al fondo de esto y destruir a los mentirosos, preferiblemente cortándolos en pedacitos.

El llamado del rey había sido una excusa conveniente. Ren y Murtaugh admitieron al instante que los rumores los había esparcido un exmiembro del grupo rebelde. Nunca habían tenido ningún contacto con su reina muerta ni habían escuchado de nadie que la hubiera visto. Pero al ver a Ren y Murtaugh había empezado a preguntarse quién más podría haber sobrevivido. Nunca se permitió tener la esperanza de que Aelin…

Aedion colocó su espada contra el barandal de madera y pasó sus dedos llenos de cicatrices por las muescas y los cortes del metal, cada marca era una historia de batallas legendarias peleadas, de reyes muertos hacía mucho tiempo. La espada era el último resto de evidencia de que un reino poderoso había existido alguna vez en el norte.

No era su espada, no en realidad. En aquellos días iniciales de sangre y conquista, el rey de Adarlan le había quitado el arma al cuerpo aún cálido de Rhoe Galathynius y la había traído a Rifthold. Y ahí se había quedado, la espada que debería haber pertenecido a Aelin.

Así que Aedion peleó por varios años en esos campos de muerte y batalla, peleó para demostrar el valor inmenso que representaba para el rey, y aceptó todo lo que le hacían, una y otra vez. Cuando él y el Flagelo ganaron la primera batalla, el rey lo proclamó el Lobo del Norte y le ofreció una recompensa. Aedion pidió la espada.

El rey le atribuyó la solicitud al romanticismo de un joven de dieciocho años, y Aedion había estado presumiendo sobre su propia gloria hasta que todos le creyeron que era un maldito traidor y carnicero que se burlaba de la espada con solo tocarla. Pero ganar la espada de vuelta no borró

su fracaso.

A pesar de que tenía trece años, y a pesar de que estaba a sesenta y cinco kilómetros de distancia en Orynth cuando asesinaron a Aelin en la casa de campo, él debería haberlo evitado. Lo habían enviado a las tierras de ella después de la muerte de su madre para convertirse en la espada y el escudo de Aelin, para servir en la corte que se suponía que ella gobernaría, esa niña de reyes. Así que él debería haberse ido cabalgando cuando el castillo explotó con la noticia de que habían asesinado a Orlon Galathynius. Para cuando salieron, Rhoe, Evalin y Aelin ya habían muerto.

Ese recuerdo era lo que traía a cuestas, el recuerdo de a quién pertenecía la espada y a quién, cuando diera su último respiro y se fuera al más allá, finalmente se la entregaría.

Pero ahora la espada, el peso que había soportado por años, se sentía… más ligera y más definida, mucho más frágil. Infinitamente preciosa. El mundo se le había escapado debajo de los pies.

Nadie había hablado por un momento después de que el capitán de la Guardia hiciera su declaración. «Aelin está viva». Entonces el capitán había dicho que solo hablaría con Aedion al respecto.

Solo para demostrar que no habían

estado fingiendo cuando hablaron de torturarlo, Ren lo golpeó con una precisión fría que Aedion admiró a regañadientes, pero el capitán aceptó los golpes. Y cada vez que Ren hacía una pausa, Murtaugh lo miraba con desaprobación y el capitán repetía lo mismo. Cuando quedó claro que el capitán solo se lo diría a Aedion o moriría, el general le ordenó a Ren que se detuviera. El heredero de Allsbrook se crispó, pero Aedion ya había lidiado con muchos jóvenes como él en los campos de batalla. Nunca hacía falta mucho para que obedecieran. Aedion lo miró con severidad durante una pausa larga y Ren se detuvo.

Y así fue como terminaron ahí. Chaol se limpiaba la cara con una esquina de su camisa. Durante los últimos minutos, Aedion había estado escuchando la historia más improbable que había escuchado jamás. La historia de Celaena Sardothien, la asesina famosa que entrenó con Arobynn Hamel, la historia de su captura y el año en Endovier, y cómo terminó en la ridícula competencia para convertirse en la campeona del rey. La historia de Aelin, su reina, en un campo mortal de labores forzadas, y luego su servicio en la casa de su enemigo.

Aedion recargó las manos en el barandal. No podía ser cierto. No

después de diez años. Diez años sin esperanza, sin pruebas.

—Tiene tus ojos —dijo Chaol mientras se acomodaba la mandíbula. Si esta asesina, una asesina, por el amor de los dioses, realmente era Aelin, entonces era la campeona del rey. Entonces del capitán era la…

—La enviaste a Wendlyn —dijo Aedion con la voz quebrada. Las lágrimas vendrían después. En este momento, estaba vacío. Eviscerado. Cada mentira, cada rumor y acción y fiesta que había organizado, cada batalla, real o falsa, cada vida que había tomado para que otros pudieran vivir… ¿Cómo se lo podría explicar a ella? La

Puta de Adarlan.

—Yo no sabía quién era. Solo pensé que estaría más segura allá por lo que es.

—Espero que estés consciente de que solo me has dado una mayor razón para matarte —dijo Aedion con la mandíbula apretada—. ¿Tienes idea del riesgo que asumiste al contármelo? Yo podría estar trabajando para el rey, tú pensabas que yo estaba bajo su poder, y la única prueba que tenías en contra de eso fue una historia que te conté rápidamente. Es casi como si la hubieras matado tú mismo.

Idiota, idiota, estúpido y descuidado, pensó Aedion. Pero el

capitán aún tenía cierta ventaja en esta situación: el capitán noble del rey, que ahora estaba caminando hacia la traición. Se había preguntado sobre las lealtades del capitán cuando Ren le contó sobre el involucramiento de la campeona del rey con los rebeldes pero… maldición. Aelin. Aelin era la campeona del rey, Aelin había ayudado a los rebeldes y luego había destripado a Archer Finn. Se le empezaron a doblar las rodillas pero se tragó el asombro, la sorpresa, el terror y un destello de deleite.

—Sé que fue un riesgo —dijo el capitán—. Pero los hombres que tienen esos anillos… Algo les cambia en la

mirada, una especie de oscuridad que a veces se manifiesta físicamente. No he visto esa oscuridad en ti desde que llegaste. Y nunca he visto a nadie que organice tantas fiestas pero solo asista unos minutos. No te hubieras molestado tanto en ocultar tus reuniones con los rebeldes si estuvieras esclavizado por el rey, en especial porque durante todo este tiempo tu Flagelo todavía no ha llegado, a pesar de tus afirmaciones de que estará aquí pronto. No tiene sentido —el capitán le sostuvo la mirada a Aedion. Tal vez no tan idiota entonces—. Creo que ella querría que tú supieras.

El capitán miró al río y hacia el mar. Este lugar apestaba. Aedion había olido

y visto cosas mucho peores en los campamentos de guerra, pero los barrios bajos de Renaril ciertamente se les acercaban. Y la capital de Terrasen, Orynth, con su torre alguna vez brillante y que ahora era solamente un trozo de roca blanca lleno de suciedad, estaba ya en camino a caer en este nivel de pobreza y desesperanza. Pero tal vez, un día, pronto…

Aelin estaba *viva*. Viva y tan asesina como él, y trabajando para el mismo hombre.

—¿El príncipe lo sabe? —preguntó Aedion.

Nunca había podido hablar con el príncipe sin recordar los días anteriores

a la caída de Terrasen; nunca había podido ocultar ese odio.

—No. Ni siquiera sabe por qué la mandé a Wendlyn. O que ella es… que ustedes dos son… hadas.

Aedion nunca había poseído ni una fracción del poder que ardía dentro de las venas de ella, que había quemado bibliotecas y causado tanta preocupación general que se había hablado en aquellos meses antes de que el mundo se fuera al infierno, de enviarla a alguna parte donde pudiera aprender a controlarlo. Había escuchado un debate sobre si se le enviaría a varias academias o con tutores en tierras lejanas, pero nunca con la tía Maeve,

que esperaba como araña en su telaraña para ver qué era lo que había sido de su sobrina. Y sin embargo, había terminado en Wendlyn, en el umbral de la puerta de su tía.

Maeve quizá nunca había sabido o nunca le habían importado los dones que él había heredado. No, lo único que él tenía eran algunos de los rasgos físicos de sus parientes inmortales: fortaleza, rapidez, oído agudo, buen olfato. Eso lo convertía en un adversario formidable en el campo de batalla y le había salvado la vida más de una vez. Le había salvado el alma, si el capitán tenía razón sobre esos anillos.

—¿Va a regresar? —preguntó

Aedion en voz baja. La primera de una infinidad de preguntas que tenía para el capitán ahora que había demostrado ser más que un sirviente inútil del rey.

Había suficiente agonía en la mirada del capitán como para indicarle a Aedion que la amaba. Lo supo, y sintió un tirón de celos, aunque fuese tan solo porque el capitán sí la conocía bien.

—No lo sé —admitió Chaol. Si no hubiera sido su enemigo, Aedion habría respetado al hombre por el sacrificio que implicaba. Pero Aelin tenía que regresar. Regresaría. A menos que ese regreso solo le ganara una caminata hacia el matadero.

Ya se encargaría de ir poniendo en

orden cada una de sus ideas descabelladas cuando estuviera a solas. Se sostuvo del barandal húmedo con más fuerza, resistiéndose a su necesidad de hacer más preguntas.

Pero entonces el capitán lo miró profundamente, como si pudiera ver a través de todas las máscaras que Aedion hubiera usado en la vida. Por un instante, Aedion consideró atravesar al capitán con su espada y tirar el cuerpo al Avery, a pesar de la información que poseía. El capitán también miró la espada y Aedion se preguntó si estaría pensando lo mismo, arrepintiéndose de su decisión de confiar en él. El capitán debería arrepentirse, debería maldecirse

por ser un idiota.

Aedion dijo:

—¿Por qué estabas siguiendo a los rebeldes?

—Porque pensé que podrían tener información valiosa.

Tendría que ser verdaderamente valiosa, entonces, si se arriesgó a revelarse como un traidor para obtenerla.

Aedion había estado dispuesto a torturar al capitán, a matarlo incluso. Había hecho cosas peores antes. Pero torturar y matar al amante de su reina no sería muy bueno si es que… cuando regresara. Y el capitán ahora era su mayor fuente de información. Quería

saber más sobre Aelin, sobre sus planes, sobre cómo era y cómo podría encontrarla. Quería saberlo todo. Cualquier cosa. En especial dónde estaba ahora el capitán en el tablero de juego y lo que el capitán sabía sobre el rey. Así que Aedion dijo:

—Cuéntame más sobre esos anillos.

Pero el capitán sacudió la cabeza y respondió:

—Quiero hacer un trato contigo.

Capítulo 20

El ojo morado se seguía viendo grotesco, pero mejoró en el transcurso de la siguiente semana mientras Celaena trabajaba en las cocinas, fracasando en sus intentos por transformarse ante

Rowan, y en general evadía a todos. Las lluvias primaverales habían llegado para quedarse y la cocina estaba llena todas las noches, así que Celaena empezó a comer a la sombra de los escalones y llegaba justo antes de que el Guardián de las Historias empezara a hablar.

Guardián de las Historias, eso era Emrys, un título de honor entre hadas y humanos en Wendlyn. Significaba que cuando él empezaba a contar una historia, uno debía callarse y sentarse. También significaba que era una biblioteca ambulante de las leyendas y mitos del reino.

Para entonces, Celaena ya conocía a

la mayoría de los residentes de la fortaleza, aunque fuera solo en el sentido de que sabía qué rostro correspondía a qué nombre. Los había observado por instinto, para aprender sobre sus alrededores, sus enemigos y amenazas potenciales. Sabía que ellos también la observaban cuando pensaban que no estaba prestando atención. Todo rastro del arrepentimiento que pudo llegar a sentir por no acercarse a ellos acabó desapareciendo porque nadie se tomó tampoco la molestia de acercársele.

La única persona que hizo el intento fue Luca, quien seguía empeñado en hacerle preguntas a Celaena mientras trabajaban, y hablaba sin parar sobre su

entrenamiento, sobre chismes de la fortaleza, sobre el clima. Solo en una ocasión le habló sobre algo distinto, una mañana en que le había costado un esfuerzo descomunal separarse de su cama y solo la cicatriz de la palma de su mano la convenció de plantar los pies en el piso helado. Había estado lavando los platos del desayuno mientras miraba por la ventana sin decir una palabra, con los huesos demasiado pesados, cuando Luca metió una olla al fregadero y dijo en voz baja:

—Durante mucho tiempo, no pude hablar sobre lo que me pasó antes de llegar aquí. Hubo algunos días que no pude hablar para nada. Tampoco podía

levantarme de la cama. Pero si alguna vez necesitas hablar, o si necesitas…

Ella lo silenció con una mirada larga. Y él no había vuelto a decir nada parecido a eso desde entonces.

Afortunadamente, Emrys le dio su espacio. Mucho espacio, en especial cuando Malakai llegó durante el desayuno para asegurarse de que Celaena no hubiera causado ningún problema. Por lo general evitaba prestar atención a otras parejas de la fortaleza, pero aquí, donde no podía irse… odiaba su cercanía, la manera en que le brillaban los ojos a Malakai cada vez que lo veía. Lo odiaba tanto que casi se ahogaba.

Nunca le preguntó a Rowan por qué él también venía a escuchar las historias de Emrys. En lo que concernía a ellos dos, el otro no existía aparte del tiempo del entrenamiento.

Entrenamiento era una palabra generosa para describir lo que estaban haciendo, ya que ella no había logrado nada. No se había transformado ni una sola vez. Él gruñía y se burlaba y resoplaba, pero Celaena no lograba hacerlo. Todos los días, siempre después de que Rowan desaparecía por unos momentos, lo intentaba, pero… nada. Rowan amenazaba con arrastrarla nuevamente a los túmulos, ya que eso parecía ser lo único que desencadenaba

algún tipo de respuesta, pero había dejado de hacerlo, para su sorpresa, cuando ella le dijo que se cortaría su propio cuello antes de volver a entrar a ese lugar. Así que se insultaban, se quedaban sentados en un silencio taciturno en las ruinas del templo y ocasionalmente tenían un encuentro de esos gritos silenciosos. Si ella estaba de un humor particularmente desagradable, él la ponía a cortar madera, tronco tras tronco, hasta que casi ya no podía levantar el hacha y tenía las manos llenas de ampollas. Si iba a estar enojada con todo el maldito mundo, dijo, si iba a hacerlo perder su tiempo sin transformarse, al menos podría ser

útil de alguna manera.

Todo este tiempo de espera, por ella. Por la transformación que la hacía temblar tan solo de pensarla.

Al octavo día después de su llegada, después de tallar las ollas y sartenes hasta que le dolía la espalda, Celaena se detuvo a la mitad de su caminata por la cresta rocosa que ya conocía bien.

—Tengo una petición —dijo. Nunca le hablaba a menos que fuera necesario y solo para insultarlo. Ahora agregó—: Quiero verte a ti transformarte.

Los ojos verdes apagados parpadearon.

—No tienes el privilegio de darme órdenes.

—Muéstrame cómo lo haces.

Sus recuerdos sobre las hadas en Terrasen eran difusos, como si alguien les hubiera untado aceite encima. No podía recordar ver a alguno transformándose, qué sucedía con su ropa, qué tan rápido era… Él se quedó mirándola como diciendo «Solo por una vez» y entonces…

Una especie de destello de luz, una onda de color… y un halcón apareció aleteando en el aire, dirigiéndose hacia la rama más cercana. Se acomodó ahí haciendo ruidos con el pico. Ella miró la tierra con musgo. No había rastro de su ropa, de sus armas. Le había tomado apenas poco más que unos latidos del

corazón.

Él lanzó un grito de batalla y se le abalanzó con las garras dirigidas a sus ojos. Celaena alcanzó a protegerse detrás del árbol justo cuando hubo otro destello y un temblor de color, y luego ya estaba vestido y armado y gruñendo en su cara.

—Tu turno.

No le daría la satisfacción de verla temblar. Era… increíble. Era increíble ver la transformación.

—¿Qué pasa con tu ropa?

—Se queda en medio, en alguna parte. No me importa mucho.

Esos ojos muertos y sin alegría. Sentía que ella probablemente así se

había visto estos días. Sabía que así se había visto la noche que Chaol la había descubierto destripando a Archer en el túnel. ¿Qué había dejado a Rowan tan vacío de alma?

Él le mostró los dientes pero ella no se sometió. Había estado observando a los guerreros mestizos en la fortaleza y se gruñían y se mostraban los dientes por todo. No eran los seres etéreos y amables de aquella leyenda que recordaba vagamente de Terrasen. No estaban tomados de la mano y bailando alrededor de un poste con flores en el cabello. Eran depredadores, todos ellos. Algunas de las mujeres dominantes eran igual de agresivas, propensas a gruñir

cuando se sentían desafiadas o molestas o incluso hambrientas. Supuso que podría formar parte de esta gente si se molestara en intentarlo.

Sin soltarle la mirada a Rowan, Celaena apaciguó su respiración. Se imaginó que había unos dedos fantasmas que buscaban en su interior y sacaban su forma de hada. Se imaginó un halo de color y luz. Se empujó a sí misma contra su carne mortal. Pero… nada.

—A veces me pregunto si esto es un castigo para ti —dijo entre dientes—. ¿Pero qué podrías haber hecho para encabronar a su Inmortal Majestad?

—No uses ese tono cuando hables de ella.

—Oh, puedo usar el tono que me dé la gana. Y tú puedes retarme y gruñirme y hacerme cortar leña todo el día, pero a menos que me arranques la lengua, no puedes…

Más rápido que un rayo, su mano salió disparada y ella sintió cómo se ahogaba, tirando de él, que ya tenía su lengua entre los dedos. Mordió con fuerza, pero no la soltó.

—Repite eso —ronroneó.

Y aunque empezó a ahogarse, Rowan continuó pellizcándole la lengua. Ella intentó alcanzar sus dagas mientras le daba un rodillazo entre las piernas, pero él empujó su cuerpo contra el suyo, una pared de músculos endurecidos y varios

cientos de años de entrenamiento letal, y la atrapó contra un árbol. Celaena era un chiste en comparación, un chiste, y su lengua…

Le soltó la lengua y ella jadeó para recuperar el aliento. Lo maldijo, lo llamó con nombres sucios y ofensivos y le escupió a los pies. Y entonces él la mordió.

La joven soltó un alarido cuando esos caninos le perforaron el punto entre el cuello y el hombro, un acto absoluto de agresión, una mordida tan fuerte y dominante que estaba demasiado sorprendida para moverse. La tenía atrapada contra el árbol y la mordió con más fuerza, le clavo más los colmillos y

la sangre empezó a correrle por la camisa. Atrapada, como una debilucha. Pero eso era en lo que se había convertido, ¿no? Inútil, patética.

Gruñó, un sonido más animal que de un ser consciente. Y lo empujó.

Rowan dio un paso hacia atrás y sus dientes le rasgaron la piel cuando ella le golpeó el pecho. No sintió el dolor, no le importó la sangre o el estallido de luz.

No, lo que quería era arrancarle la garganta, arrancársela con los caninos alargados que le mostró después de terminar de transformarse, y le rugió.

Capítulo 21

Rowan sonrió.

—Ahí lo tienes.

Tenía sangre, su sangre, en los dientes, en la boca y en la barbilla. Y esos ojos muertos brillaron cuando

escupió su sangre a la tierra. Probablemente le sabía a drenaje a alguien como él.

Escuchó unos gritos en sus oídos y Celaena se lanzó hacia él. Se lanzó y luego se detuvo y apreció el mundo con una claridad sorprendente, lo olió y lo saboreó y lo respiró como el vino más fino. Dioses, este lugar, este reino olía *divino*, olía como…

Se había transformado.

Jadeó, a pesar de que sus pulmones le indicaban que ya no estaba sin aliento y que no necesitaba tantas respiraciones en este cuerpo. Sintió un cosquilleo en el cuello: era su piel que empezaba a unirse nuevamente. Sanaba mucho más

rápido cuando tenía esta forma. Debido a la magia…

Respira. Respira.

Pero ahí estaba, subiendo, el fuego que chisporroteaba en sus venas, en las puntas de sus dedos, el bosque a su alrededor con mucha leña para quemar y luego…

Lo volvió a empujar. Se valió del miedo y lo usó como un ariete interior contra el poder, empujándolo más y más abajo.

Rowan se acercó cautelosamente.

—Déjalo salir. No te resistas.

Una pulsación empezó a golpetear contra ella, mordiendo, oliendo a nieve y pino. El poder de Rowan la desafiaba.

No como su fuego, sino un don de hielo y viento. Una corriente helada en su codo la hizo caer contra el árbol. La magia ahora le mordió la mejilla. La magia… la estaba atacando.

El fuego explotó en un muro de flamas azules, acelerando hacia Rowan, tragándose los árboles, el mundo, a ella misma, hasta que…

Desapareció, la nada se lo tragó junto con el aire que estaba respirando.

Celaena se dejó caer de rodillas. Cuando se tocó el cuello como si intentara abrir un agujero para que entrara el aire, las botas de Rowan aparecieron dentro de su campo de visión. Él había sacado el aire, había

sofocado su incendio. Tanto poder, tanto control. Maeve no le había dado un instructor con habilidades similares, en vez de eso le había enviado a alguien con un poder capaz de apagar su fuego, a quien no le importaría hacerlo si ella se convertía en una amenaza.

El aire reingresó a su garganta con un sonido fuerte. Ella lo aceptó con tragos ansiosos y casi no registró la agonía de regresar a su forma mortal. El mundo se volvió silencioso y apagado nuevamente.

—¿Tu amante sabe lo que eres?

Era una pregunta fría.

Ella levantó la cabeza, ya no le importaba saber cómo lo había

averiguado.

—Sabe todo.

Eso no era totalmente cierto.

Los ojos de Rowan centellearon aunque Celaena no logró discernir con qué emoción.

—No te volveré a morder —dijo, y ella se preguntó exactamente qué habría probado en su sangre.

Gruñó, pero el sonido estaba apagado. Sin colmillos.

—¿Aunque sea la única forma de hacerme transformar?

Él caminó colina arriba, hacia la cresta de la montaña.

—No se muerde a las mujeres de otros hombres.

Más que sentirlo, escuchó, que algo moría en su voz cuando le reveló:

—No estamos… juntos. Ya no. Lo dejé antes de venir.

La miró por encima del hombro.

—¿Por qué?

Fue una pregunta sin emoción y aburrida. Pero, dentro de todo, ligeramente curiosa.

¿Qué le importaba si él lo sabía? Apretó la mano para formar un puño en su regazo y sus nudillos se vieron completamente blancos. Cada vez que miraba el anillo, lo frotaba, lo veía brillar, un nuevo agujero la atravesaba.

Debería quitarse esa maldita cosa. Pero sabía que no lo haría, aunque fuera

solo por la casi constante agonía que sentía merecer.

—Porque está más seguro si siente repulsión por mí igual que tú.

—Al menos ya aprendiste una lección —le respondió. Al ver que inclinaba la cabeza, agregó—: La gente que amas solo es un arma que se puede usar en tu contra.

No quería recordar ahora cómo habían usado a Nehemia, cómo ella se había usado a sí misma, contra ella, para forzarla a actuar. Quería fingir que no estaba empezando a olvidar cómo se veía Nehemia.

—Vuelve a transformarte —le ordenó Rowan con un movimiento de la

barbilla en su dirección—. Esta vez intenta…

Estaba olvidándose de cómo era Nehemia. El tono de sus ojos, la curva de sus labios, su olor. Su risa. El rugido dentro de la cabeza de Celaena se acalló, silenciado con la nada tan familiar.

No dejes que se extinga esa luz.

Pero Celaena no sabía cómo impedirlo. La persona a quien se lo podría haber dicho, quien podría haber comprendido… estaba enterrada en una tumba sin adornos, muy lejos de las tierras soleadas que había amado.

Rowan la tomó por los hombros.

—¿Estás escuchando?

Lo miró aburrida a pesar de que los dedos de él empezaban a clavarse en su piel.

—¿Por qué no me vuelves a morder?

—¿Por qué no te doy los latigazos que te mereces?

Se veía tan decidido a hacerlo que ella parpadeó.

—Si alguna vez vuelves a usar el látigo contra mí, te despellejaré vivo.

Entonces la soltó y se alejó caminando por el claro, como un depredador que está midiendo a su presa.

—Si no te vuelves a transformar, tendrás que hacer doble turno en las cocinas toda la semana siguiente.

—Muy bien.

Al menos trabajar en las cocinas tenía algún resultado cuantificable. Al menos en las cocinas podía distinguir entre arriba y abajo, y sabía lo que estaba haciendo. Pero esto, esta promesa que había hecho, el trato que había hecho con Maeve… Había sido una tonta.

Rowan dejó de caminar.

—Eres una inútil.

—Dime algo que no sepa.

—Probablemente —continuó él— habrías sido más útil para el mundo si de verdad te hubieras muerto hace diez años.

Se limitó a mirarlo a los ojos y le

dijo:

—Me marcho.

Rowan no la detuvo cuando regresó a la fortaleza y empezó a empacar sus cosas. Le tomó un minuto, ya que no había sacado lo que traía en su morral y ya no tenía armas. Supuso que podría haber destrozado la fortaleza para encontrar dónde las había ocultado Rowan, o robárselas a las hadas mestizas, pero ambas cosas requerirían tiempo y llamarían más la atención de lo que ella deseaba. No quería hablar con nadie al salir.

Encontraría otra manera de averiguar sobre las llaves del Wyrd y cómo destruir al rey de Adarlan y

liberar Eyllwe. Si continuaba como estaba hasta el momento, no tendría nada más dentro para pelear.

Había marcado los caminos que tomó al entrar, pero cuando llegó a las colinas cubiertas de árboles, se basó principalmente en la posición del sol cubierto de nubes para navegar. Haría el viaje de regreso, encontraría comida en el camino y se las ingeniaría para resolver lo demás. Esto había sido una misión tonta desde el principio. Al menos no la había retrasado demasiado, aunque tal vez ahora tuviera que actuar más rápido para encontrar las respuestas que necesitaba y…

—¿Eso es lo que haces? ¿Huir

cuando las cosas se ponen difíciles? — Rowan estaba parado entre dos árboles directamente en su camino, donde sin duda había llegado volando.

Ella pasó a su lado con las piernas quemándole por la caminata colina abajo.

—Te libero de tu obligación de entrenarme, así que no tengo nada más que decirte y tú no tienes nada más que decirme a mí. Haznos un favor a los dos y vete al infierno.

Un gruñido.

—¿Has tenido que luchar por algo en tu vida?

Dejó escapar una risa baja y amarga y empezó a caminar más rápido, girando

hacia el oeste sin importarle la dirección, sino intentando solo alejarse de él. Pero él se mantuvo a su lado sin dificultad. Sus largas piernas musculosas devoraban el terreno musgoso.

—Me estás demostrando que tengo razón con cada paso que das.

—No me importa.

—No sé qué es lo que quieres de Maeve, qué respuestas estás buscando, pero tú…

—¿No sabes qué quiero de ella? —dijo más como grito que como pregunta —. ¿Qué tal salvar al mundo del rey de Adarlan?

—¿Para qué molestarte? Tal vez no

valga la pena salvarlo.

Sabía que lo decía sinceramente. Esos ojos sin vida hablaban mucho.

—Para cumplir una promesa. Una promesa a mi amiga de que vería liberado su reino —le acercó la palma de la mano con la cicatriz a la cara—. Hice un juramento inquebrantable. Y tú y Maeve, todos ustedes, malditos infelices, están interfiriendo.

Continuó avanzando colina abajo. Él la siguió.

—¿Y qué hay de tu propia gente? ¿Qué hay de tu propio reino?

—Están mejor sin mí, tal como tú dijiste.

El tatuaje de Rowan se encogió

cuando gruñó:

—Así que salvarías otras tierras pero no la tuya. ¿Por qué no puede tu amiga salvar su propio reino?

—¡Porque está muerta! —gritó la última palabra con tanta fuerza que le quemó la garganta—. ¡Porque está muerta y yo me quedé con mi vida inútil!

Se quedó mirándola con esa quietud animal. Cuando ella empezó a alejarse, no la siguió.

Perdió la noción de qué tan lejos había caminado y en qué dirección. No le importaba en realidad. No había dicho las palabras «está muerta» desde el día en que le habían quitado a Nehemia. Pero estaba muerta. Y Celaena

la extrañaba.

La noche llegó antes de lo esperado debido a la nubosidad, y la temperatura bajó repentinamente cuando empezaron a escucharse los truenos en la distancia. Ella empezó a confeccionar armas mientras avanzaba. Encontró una roca afilada para tallar ramas y hacer lanzas rudimentarias. Usó la larga como bastón para caminar y aunque eran poco más que estacas, se convenció a sí misma de que las chicas eran dagas. Era mejor que nada.

Cada paso era más pesado que el anterior y tenía suficiente sentido de la autopreservación para empezar a buscar un lugar donde pasar la noche. Casi

había oscurecido cuando encontró un lugar decente: una cueva de poca profundidad en el costado de un risco de granito.

Rápidamente buscó leña para hacer una fogata. La ironía no le pasó por alto. Si tuviera algún control sobre su magia… pero alejó ese pensamiento antes de terminarlo. No había hecho una fogata en años, así que le tomó unos cuantos intentos, pero funcionó. Justo en ese momento los truenos se escucharon sobre su pequeña cueva y los cielos se desplomaron.

Tenía hambre y afortunadamente encontró unas cuantas manzanas en el fondo de su morral, junto con algo de

teggya viejo de Varese que todavía era comestible aunque difícil de masticar. Después de comer todo lo que soportó, se abrigó con su capa y se acurrucó contra la pared de la cueva.

Se dio cuenta de que se habían reunido algunos ojos pequeños y brillantes a su alrededor y que la miraban desde los arbustos o sobre las rocas o por detrás de los árboles. Ninguno de ellos la había molestado desde aquella primera noche, y no se acercaron más. Su instinto, aunque no lo sentía muy atinado estas últimas semanas, no le indicaba que hubiera motivo de alarma. Así que no les dijo que se fueran y en realidad no le

importaron.

Con la fogata y la lluvia fuerte, el lugar era casi acogedor, no como su habitación congelada. Aunque estaba agotada, sintió la mente un poco más despejada. Casi como si volviera a ser ella misma con sus armas hechizas. Había sido una buena decisión marcharse. «Haz lo que tengas que hacer», le había dicho Elena. Bueno, necesitaba irse antes de que Rowan la destrozara en tantos pedazos que nunca fuera capaz de volverse a componer.

Mañana empezaría de nuevo. Alcanzó a ver lo que parecía un viejo camino en ruinas que podía seguir para bajar de la colina. Mientras siguiera

avanzando hacia las planicies, llegaría a la costa. E idearía un plan mientras avanzaba.

Qué bueno que se había marchado.

El agotamiento la derribó con tal fuerza que se quedó dormida unos cuantos momentos después, extendida junto al fuego, con una mano sosteniendo su lanza. Probablemente se hubiera quedado así hasta el amanecer de no ser por un silencio repentino que la despertó de golpe.

Capítulo 22

La fogata de Celaena seguía encendida, la lluvia seguía golpeando frente a la entrada de la cueva. Pero el bosque se había quedado callado. Esos pequeños ojos que la observaban se habían ido.

Se puso de pie, con la lanza en la mano y una estaca en la otra y se arrastró hacia la entrada angosta de la cueva. Con la lluvia y la fogata no alcanzaba a ver nada. Pero todo el pelo de su cuerpo estaba erizado y un hedor creciente iba avanzando hacia ella desde el bosque. Como un olor a cuero y carroña. Diferente a lo que había olido en los túmulos. Más antiguo y más terreno y más… hambriento.

De pronto, la fogata le pareció la cosa más estúpida que jamás había hecho.

Nada de fogatas. Esa había sido la única regla de Rowan mientras avanzaban hacia la fortaleza. Y se

habían mantenido alejados de los caminos, a mucha distancia de los olvidados y llenos de vegetación. Los que se parecían al que había visto cerca.

El silencio se hizo más profundo.

Se deslizó dentro del bosque anegado y avanzó dándose golpes en las rocas y raíces en lo que sus ojos se ajustaban a la oscuridad. Pero continuó moviéndose hacia delante, haciendo una curva hacia abajo alejándose del camino antiguo.

Había avanzado lo suficiente para que su cueva pareciera apenas un brillo tenue en la colina, una chispa de luz que iluminaba los árboles. Un maldito faro, por los dioses. Inclinó su lanza y su

estaca para colocarlas en una mejor posición y se preparó para continuar cuando un rayo iluminó la zona.

Tres siluetas largas y delgadas estaban paradas afuera de su cueva.

Aunque estaban paradas como humanos, sabía, en los huesos y debido a alguna memoria mortal colectiva, que no lo eran. No eran hadas, tampoco.

Con silencio experto, dio otro paso, y luego otro. Seguían asomándose a la entrada de la cueva, más altos que los humanos, ni machos ni hembras.

«Los trotapieles andan acechando», le había advertido Rowan ese primer día que entrenaron, «en busca de pieles humanas para regresar con ellas a sus

cuevas». Había estado demasiado aturdida para preguntar o para que le importara. Pero ahora… ahora ese descuido, ese abandono, iba a hacer que la mataran. Desollada.

Wendlyn, la tierra de las pesadillas encarnadas, donde las leyendas viajaban por la tierra. A pesar de los años de entrenamiento para el sigilo, cada paso que daba se sentía como un tronido, su respiración era demasiado fuerte.

Se escuchó el trueno retumbar y aprovechó esta cubierta de sonido para dar unos cuantos pasos rápidos. Se detuvo detrás de otro árbol, respirando lo más silenciosamente posible, y se asomó desde ahí para mirar el lado de la

colina detrás de ella. Volvió a caer un rayo.

Las tres figuras ya no estaban. Pero el olor a cuero rancio la inundaba ahora. Pieles humanas.

Miró el árbol tras el cual se había escondido. El tronco estaba demasiado resbaloso con musgo y lluvia como para treparlo, las ramas demasiado altas. Los otros árboles estaban igual. Además, ¿de qué servía estar atrapado en lo alto de un árbol durante una tormenta eléctrica?

Se apresuró a llegar al siguiente árbol con cuidado de no pisar ramitas ni hojas, maldiciendo en silencio la lentitud de su paso… y al diablo con todo. Se echó a correr en el terreno

traicionero lleno de musgo. Podía distinguir los árboles, algunas de las rocas más grandes, pero la pendiente era pronunciada. Mantuvo sus pies en movimiento a pesar de que la maleza iba crujiendo a su paso, más y más rápido.

No se atrevió a apartar la mirada de los árboles y rocas al avanzar a toda velocidad por la pendiente, desesperada por alcanzar terreno plano. Tal vez su territorio de cacería terminaba en alguna parte, tal vez podría correr más rápido que ellos hasta el amanecer. Giró hacia el este, todavía corriendo colina abajo y utilizó un árbol para darse la vuelta y casi perdió el equilibrio al chocar contra algo duro y que no se movía.

Lo atacó con la estaca pero dos manos enormes la detuvieron.

Sintió la agonía en sus muñecas cuando esos dedos la apretaron con tal fuerza que no pudo encajar ninguna de sus dos armas en su captor. Se retorció, levantando un pie para golpear a su atacante y alcanzó a ver un destello de colmillos antes que… No colmillos. Dientes.

Y no se veía el brillo de las pieles de humano. Solo cabello plateado que brillaba bajo la lluvia.

Rowan la atrajo hacia él y se metieron en lo que parecía ser un árbol hueco.

Mantuvo su jadeo lo más silencioso

posible pero respirar no se hizo más fácil cuando Rowan la tomó de los hombros y le puso la boca muy cerca de la oreja. Los pasos ruidosos se habían detenido.

—Vas a escuchar cada una de las palabras que te diga —la voz de Rowan era más suave que la lluvia en el exterior—. Si no lo haces, vas a morir esta noche. ¿Comprendes? —ella asintió. Rowan la soltó y sacó su espada y un hacha pequeña pero de aspecto letal —. Tu supervivencia depende totalmente de ti —el olor empezó a aumentar nuevamente—. Necesitas transformarte ahora, o tu lentitud de mortal te matará.

Se puso rígida pero buscó en su

interior, intentando alcanzar algún hilo de poder. No encontró nada. Tenía que haber un detonador, un sitio dentro de sí desde donde lo pudiera convocar… Se escuchó un sonido lento y agudo de piedra sobre metal a través de la lluvia. Luego otro. Y otro. Estaban afilando sus cuchillas.

—Tu magia… —le sugirió a Rowan.

—No respiran, así que no puedo bloquearles las vías respiratorias. El hielo los haría más lentos pero no los detendría. Mi viento ya está alejando nuestro olor de ellos, pero no lo hará por mucho tiempo. *Transfórmate*, Aelin.

Aelin. Esto no era una prueba, no era un truco elaborado. Los trotapieles no

necesitaban aire.

El tatuaje de Rowan brilló cuando un relámpago iluminó su pequeño escondite.

—Vamos a tener que salir corriendo en un momento. La forma que adoptes cuando salgamos decidirá nuestro destino. Así que respira y transfórmate.

Aunque todos sus instintos se resistían a esto, cerró los ojos. Respiró una vez. Luego otra. Sus pulmones se abrieron, llenos de un aire fresco y tranquilizante y se preguntó si Rowan estaría ayudando con eso también.

Le estaba ayudando. Y estaba dispuesto a tener un fin horrible para mantenerla viva. No la había dejado

sola. No había estado sola.

Se escuchó una maldición disimulada y Rowan azotó su cuerpo contra el de ella, como si pudiera escudarla de alguna manera. No, no escudarla. Cubrirla, el destello de luz.

Apenas registró el dolor, aunque fuera solamente porque en el momento en que sus sentidos de hada empezaron a funcionar, tuvo que colocarse una mano contra la boca para evitar vomitar. Oh, dioses, el olor putrefacto que tenían, peor que cualquier cadáver con el que hubiera tenido que lidiar antes.

Con sus orejas delicadamente puntiagudas, ahora los podía escuchar, cada paso que daban mientras los tres

iban avanzando sistemáticamente colina abajo. Hablaban en voces bajas y extrañas, al mismo tiempo masculinas y femeninas, pero todas voraces.

—Ahora hay dos —siseó uno de ellos. Celaena no quiso pensar qué poder utilizaba para hablar si no tenía vías respiratorias—. Un hada macho llegó con la mujer. Yo lo quiero: huele a viento de tormenta y a acero —Celaena sintió una arcada cuando el olor penetró por su garganta—. Nos podemos llevar a la hembra de regreso, ya está muy cerca el amanecer. Luego podremos tomarnos nuestro tiempo para despellejarla.

Rowan se separó de ella y dijo

silenciosamente, sin necesidad de acercarse para que lo pudiera escuchar, mientras estudiaba el bosque que tenían delante:

—Hay un río rápido que corre a medio kilómetro al este, en la base de un risco grande —no la miró cuando le dio dos dagas largas, y ella no le agradeció al tirar silenciosamente sus armas hechizas y tomar las empuñaduras de marfil—. Cuando diga que corras, corre como el demonio. Pisa donde yo pise y no voltees por ningún motivo. Si nos separamos, corre en línea recta, escucharás el río —orden tras orden, un comandante en el campo de batalla. Sólido y mortal. Se asomó desde el

árbol. El olor ya era abrumador y les llegaba desde todas partes—. Si te capturan, no los podrás matar, no con un arma mortal. Tu mejor opción es pelear hasta que puedas liberarte y luego correr. ¿Entendiste?

Volvió a asentir. De nuevo le costaba trabajo respirar y la lluvia ahora era torrencial.

—Cuando yo diga —dijo Rowan oliendo y escuchando cosas que ella no percibía a pesar de tener los sentidos aguzados—. Espera… —Celaena se puso en cuclillas cuando Rowan hizo lo mismo.

—Salgan, salgan —dijo uno de ellos, tan cerca que podría estar dentro

del árbol también. Se escuchó un crujido repentino en los arbustos al oeste, casi como si dos personas estuvieran corriendo. De manera instantánea, el olor de los trotapieles disminuyó cuando salieron corriendo tras las ramas y hojas crujientes que el viento de Rowan voló en dirección opuesta a ellos.

—Ahora —siseó Rowan y salió disparado del árbol.

Celaena corrió, o lo intentó. Incluso con su visión aumentada, la maleza y las piedras y los árboles resultaban un estorbo. Rowan corrió hacia el sonido cada vez mayor del río, crecido por las lluvias primaverales, a un paso más lento de lo que ella anticipaba, pero

estaba avanzando más lentamente por ella. Porque este cuerpo de hada era distinto y no se estaba ajustando bien y…

Se resbaló pero una mano la sostuvo del codo y la mantuvo de pie.

—Más rápido —fue lo único que dijo y en cuanto ella recuperó el equilibrio, salió corriendo otra vez, disparado entre los árboles como gato montés.

En cuestión de un minuto la fuerza de ese hedor ya estaba nuevamente pisándole los talones y los sonidos de la maleza destrozada se iban cerrando sobre ellos. Pero no apartaría su vista de Rowan, y de la claridad que

alcanzaba a ver adelante, el fin de la línea de árboles. No faltaba mucho tiempo antes de que pudieran saltar y…

Un cuarto trotapieles salió de donde había estado aguardando de alguna manera sin que lo detectaran entre los arbustos. Se lanzó hacia Rowan con un estallido de miembros largos forrados de piel llena de incontables cicatrices. No, no eran cicatrices, eran *puntadas*. Las puntadas que sostenían sus diversas pieles juntas.

Gritó cuando el trotapieles saltó, pero Rowan no titubeó ni un paso, se agachó y giró con rapidez sobrehumana, cortando con su espada y atacando sin piedad con el hacha.

El brazo del trotapieles se separó en el mismo momento que se le desprendió la cabeza del cuello.

Celaena podría haber admirado la manera en que él se movía, cómo mataba, pero Rowan no había dejado de correr, así que corrió detrás de él, mirando una sola vez hacia el cuerpo que el guerrero hada había dejado hecho pedazos.

Había trozos de piel entre las hojas mojadas, como ropa tirada. Pero seguían moviéndose y crujiendo, como si estuvieran esperando que alguien llegara y los volviera a coser.

Corrió más rápido tras Rowan, que seguía avanzando por delante.

Los trotapieles iban acortando la distancia desde atrás y gritaban con furia. Luego se quedaron en silencio hasta que…

—¿Creen que el río los pueda salvar? —jadeó uno de ellos y dejó escapar una risa que se rasgaba contra sus huesos—. ¿Creen que si nos mojamos perderemos nuestra forma? He usado las pieles de los peces cuando han escaseado los mortales, mujer.

Celaena entonces tuvo una visión del caos que aguardaba en el río, un giro, casi se ahogaba y había algo que la jalaba hacia abajo, abajo, abajo hasta el fondo quieto.

—Rowan —jadeó, pero él ya estaba

lejos, su cuerpo enorme avanzaba directamente a la orilla del risco de un gran salto.

No había manera de detener la persecución detrás de ella. Los trotapieles iban a saltar con ellos. Y no habría nada que pudieran hacer para matarlos, ninguna arma mortal que pudieran usar.

Se abrió un pozo dentro de ella, vasto e implacable y horrible. Rowan había dicho que ningún arma mortal los podría matar. ¿Pero qué tal las inmortales?

Celaena salió de la línea de árboles y corrió hacia la orilla que salía un poco de la montaña, granito desnudo debajo

de sus pies, y lanzó su fuerza a sus piernas, sus pulmones, sus brazos y saltó.

Mientras caía, se dio la vuelta para mirar hacia la roca, para mirarlos a ellos. No eran más de tres cuerpos delgados que saltaban hacia la noche lluviosa, gritando con un placer primitivo, triunfante y anticipado.

—¡Transfórmate! —Fue la única advertencia que le dio a Rowan. El destello de luz le indicó que había obedecido.

Entonces ella arrancó todo el contenido de ese pozo dentro de sí, lo arrancó con ambas manos y toda la rabia íntegra que tenía en su corazón sin

esperanzas.

Mientras iba cayendo, con el cabello golpeándole la cara, Celaena lanzó las manos hacia los trotapieles.

—Sorpresa —siseó. El mundo hizo erupción con llamaradas color azul.

Celaena estaba temblando en la orilla del río, de frío y de agotamiento y de terror. Terror de los trotapieles y terror de lo que había hecho.

La ropa de Rowan estaba seca debido a que se había transformado y estaba a unos cuantos centímetros de

distancia monitoreando los riscos ardientes que habían quedado río arriba. Había incinerado a los trotapieles. Ni siquiera tuvieron tiempo de gritar.

Se quedó agachada sobre sus rodillas abrazándose a sí misma. El bosque estaba ardiendo a ambos lados del río, un radio que no tenía valor para medir. Era su arma, su poder. Un arma distinta de las cuchillas o flechas en las manos. Una maldición.

Le tomó varios intentos, pero al final habló:

—¿Lo puedes apagar?

—Tú podrías si lo intentaras —dijo Rowan. Al ver que Celaena no respondía, agregó—: Ya casi termino.

En un momento las flamas más cercanas al risco se apagaron. ¿Cuánto tiempo llevaba trabajando para sofocarlas?

—No necesitamos que tus fogatas atraigan otra cosa —añadió.

Podría haberse tomado la molestia de responder a su indirecta, pero estaba demasiado cansada y tenía demasiado frío. La lluvia llenaba el mundo y, por un momento, reinó el silencio.

—¿Por qué es tan vital mi transformación? —preguntó al final.

—Porque te aterra —dijo él—. Dominarla es el primer paso para aprender a controlar tu poder. Sin ese control, con un estallido como ese,

fácilmente te podrías haber consumido.

—¿A qué te refieres?

Otra mirada tormentosa.

—Cuando accedes a tu poder, ¿cómo se siente?

Lo consideró.

—Como un pozo —dijo—. La magia se siente como un pozo.

—¿Has sentido el fondo?

—¿Tiene fondo? —Rezó porque lo tuviera.

—Toda la magia tiene un fondo, un punto de quiebre. Para los que tienen dones más débiles, se agota rápidamente y se puede rellenar con facilidad. Pueden tener acceso a casi todo su poder de una sola vez. Pero para

quienes tienen dones más fuertes, puede tomarles horas llegar al fondo, para llamar a sus poderes con su fuerza máxima.

—¿Cuánto tiempo te tardas tú?

—Un día entero —ella se sobresaltó —. Antes de la contienda, nos tomamos el tiempo, de manera que cuando entremos al campo de batalla estemos en nuestro punto más fuerte. Puedes hacer otras cosas al mismo tiempo, pero cierta parte de ti está ahí abajo, jalando más y más, hasta que llegas al fondo.

—Y cuando lo sacas todo, ¿solamente se libera en una ola gigante?

—Si así lo deseo. Lo puedo dejar salir en pequeñas ráfagas y puedo

tardarme un rato si lo hago así. Pero puede ser difícil controlarse. La gente a veces no puede distinguir a los amigos de los enemigos cuando está usando toda esa magia.

Cuando había usado su poder del otro lado del portal meses antes, había sentido esa falta de control, había sabido que tenía tantas probabilidades de lastimar a Chaol como de lastimar al demonio que estaba enfrentando.

—¿Cuánto tiempo tardas en recuperarte?

—Días. Una semana, dependiendo de cómo haya usado el poder y de si usé hasta la última gota. Algunos cometen el error de tratar de usar más antes de estar

listos, o de guardarlo demasiado tiempo y entonces o consumen sus mentes o se consumen del todo. Tu temblor no solo se debe al río, ¿sabes? Es la manera que tiene tu cuerpo de decirte que no vuelvas a hacer esto.

—¿Porque el hierro de nuestra sangre está luchando en contra de la magia?

—Así es como nuestros enemigos a veces intentan luchar contra nosotros si no tienen magia: con hierro en todas partes —ella probablemente arqueó las cejas, porque entonces él agregó—: En una ocasión me capturaron. Mientras estaba en campaña en el este, en un reino que ya no existe. Me tenían

encadenado de pies a cabeza con hierro para que no sacara todo el aire de sus pulmones.

Ella silbó quedo.

—¿Te torturaron?

—Dos semanas en sus mesas antes de que mis hombres me rescataran —se desabrochó su brazal y levantó su manga derecha para mostrarle una cicatriz gruesa y terrible que se curvaba alrededor de su antebrazo y codo—. Me abrieron poco a poco, luego tomaron los huesos de aquí y…

—Puedo ver perfectamente bien lo que sucedió, y sé exactamente cómo se hace —dijo y sintió cómo se le tensaba el estómago. No por la herida sino

por… Sam. Sam había estado atado a una mesa, uno de los asesinos más sádicos que jamás había conocido lo abrió y lo rompió.

—¿Fue a ti —dijo Rowan en voz baja pero no con amabilidad— o a alguien más?

—Era demasiado tarde. No sobrevivió —los volvió a cubrir el silencio y ella se maldijo por haber sido una tonta y contarle. Pero luego añadió con voz ronca—: Gracias por salvarme.

Él se encogió levemente de hombros, en un movimiento apenas perceptible, como si su gratitud fuera más difícil de soportar que su odio o su renuencia.

—Me ata un juramento de sangre inquebrantable a mi reina, así que no tenía alternativa salvo asegurarme de que no murieras —dijo. Celaena nuevamente sintió algo de esa pesadez en las venas—. Pero —continuó él— no hubiera dejado a nadie a su suerte en manos de los trotapieles.

—Hubiera sido bueno tener una advertencia.

—Te dije que andaban sueltos, hace tiempo. Pero aunque te hubiera advertido hoy, no me habrías escuchado.

Eso era verdad. Ella volvió a temblar, esta vez con tanta violencia que su cuerpo volvió a transformarse, un destello de luz y dolor. Si pensaba que

tenía frío en su cuerpo de hada, no era nada comparado con el frío de volver a ser humana.

—¿Cuál fue el detonador para que te transformaras hace rato? —preguntó, como si este momento fuera un descanso del mundo real, donde la tormenta helada y el río crecido podían ocultar sus palabras de los dioses. Ella se frotó los brazos, desesperada por conseguir algo de calor.

—No fue nada —el silencio de Rowan exigía un intercambio de información por información: un trueque justo. Ella suspiró—. Digamos que fue miedo y necesidad y un instinto de supervivencia impresionante y arraigado

muy profundamente.

—No perdiste el control de inmediato después de transformarte. Cuando al fin usaste tu magia, no se quemó tu ropa ni tu cabello. Y las dagas no se derritieron.

Como si acabara de recordar que todavía las tenía encima, se las quitó.

Tenía razón. La magia no la había abarcado en el momento que se transformó, e incluso en la explosión que había brotado en todas direcciones, había tenido suficiente control para autopreservarse. No tenía un solo cabello quemado.

—¿Por qué fue distinto esta vez? —La presionó.

—Porque no quería que murieras para salvarme —admitió.

—¿Te hubieras transformado para salvarte a ti misma?

—Tu opinión sobre mí es bastante similar a la que tengo yo, así que ya sabes la respuesta.

Él permaneció en silencio suficiente tiempo para que Celaena se preguntara si estaba reconstruyendo los diferentes fragmentos que conocía de ella.

—No te irás —dijo Rowan al fin tras cruzarse de brazos—. No te liberaré de la jornada doble en las cocinas, pero no te irás.

—¿Por qué?

Se desabrochó la capa.

—Porque yo lo digo, por eso.

Y ella podría haberle dicho que era la peor de las malditas razones que había escuchado jamás, por todos los dioses, y que él era un asno arrogante, si no fuera porque le lanzó la capa, seca y cálida. Luego también le dejó caer la chaqueta en el regazo.

Cuando se dio la vuelta para regresar a la fortaleza, ella lo siguió.

Capítulo 23

Esa semana las cosas no cambiaron demasiado para Manon y las Picos Negros. Seguían volando diariamente para aprender a dominar a los guivernos y continuaban evitando una guerra

abierta en el comedor dos veces al día. La heredera de las Piernas Amarillas intentaba sacar de quicio a Manon siempre que veía una oportunidad, pero Manon le hacía el mismo caso que le haría a un mosquito revoloteando alrededor de su cabeza.

Todo eso cambió el día de la selección, cuando las herederas y sus aquelarres eligieron sus monturas.

Con tres aquelarres y tres matronas, había un total de cuarenta y dos brujas amontonadas alrededor de la arena de entrenamiento en el Colmillo del Norte. Los cuidadores se preparaban apresuradamente en la parte inferior de la plataforma de observación. Iban a

sacar a los guivernos uno por uno y pensaban usar a las bestias de carnada para mostrar sus cualidades. Al igual que las otras brujas, Manon había estado entrando a las jaulas todos los días. Todavía quería a Titus.

«Quería» era una palabra mortal. Titus era suyo. Y si debía hacerlo, eviscerаría a cualquier bruja que la desafiara. Se había afilado las uñas esa mañana anticipando esto. Todas las Trece lo habían hecho.

Sin embargo, las peticiones se arreglarían de manera civilizada. Las tres matronas dejarían a la suerte la decisión si más de una quería la misma montura. En opinión de Titus, Manon

sabía con precisión quiénes lo iban a querer: Iskra y Petrah, las herederas Piernas Amarillas y Sangre Azul. Las había visto a ambas observarlo con ojos hambrientos. Si Manon hubiera decidido, habría peleado por él en el cuadrilátero de entrenamiento. Incluso se lo había sugerido a su abuela, pero le respondió que no hacía falta pelear entre ellas más de lo necesario. Lo dejarían a la suerte.

Eso no le gustó a Manon, quien estaba parada en la parte abierta de la plataforma al lado de Asterin. Su nerviosismo se acrecentó cuando se levantó la pesada reja en la parte trasera de la arena. La bestia de carnada ya

estaba atada a la pared manchada de sangre. Era un guiverno maltrecho y lleno de cicatrices, de la mitad del tamaño de los machos y con las alas apretadas al cuerpo. Desde la plataforma, podía ver que le habían serruchado las espinas venenosas de la cola para evitar que se defendiera contra las monturas invaluables.

La bestia de carnada bajó la cabeza cuando se abrió la reja con un crujido y salió el primer guiverno encadenado fuertemente y guiado por un grupo de hombres muy pálidos. Corrieron de regreso en cuando la bestia entró, esquivando la cola letal, y la reja se cerró tras ellos.

Manon exhaló. No era Titus sino uno de los machos medianos.

Tres centinelas dieron un paso al frente para pedirlo, pero la matrona Sangre Azul, Cresseida, levantó la mano.

—Primero veámoslo en acción.

Uno de los hombres silbó con fuerza. El guiverno se dirigió a la bestia de carnada.

Dientes y escamas y garras, tan rápidas y feroces, que incluso Manon contuvo el aliento. La bestia de carnada, encadenada, no tenía una oportunidad y en un segundo el guiverno ya la había atrapado y tenía sus mandíbulas enormes alrededor de su cuello. Al darle la

orden, un silbido, el guiverno se lo rompería.

Pero el hombre emitió un silbido más grave y el macho retrocedió. Otro silbido y se sentó en las patas traseras. Dos centinelas más avanzaron. Cinco lo querían. Cresseida le presentó un puñado de ramitas a las interesadas.

El guiverno le tocó a la centinela Sangre Azul, quien le sonrió a las otras y luego a su guiverno mientras lo llevaban de vuelta al túnel. La bestia de carnada, sangrando de un costado, se levantó hacia las sombras junto a la pared en espera del siguiente ataque.

Uno tras otro, los guivernos fueron saliendo y atacaban con fuerza veloz y

despiadada. Y uno por uno las centinelas los fueron pidiendo. Pero Titus no, aún no. Manon sentía que las matronas estaban alargando esto como una especie de prueba, para ver qué tan bien podían controlarse las herederas mientras esperaban las mejores monturas, para ver quién podía resistir más tiempo. Manon mantenía un ojo en las bestias y otro en las otras herederas, que a su vez la observaban con cada guiverno que salía.

Sin embargo, la primera hembra enorme que salió la pidió Petrah, la heredera Sangre Azul. La hembra era casi del tamaño de Titus y terminó arrancándole un pedazo al costado de la

bestia de carnada antes de que los entrenadores pudieran detenerla. Salvaje, impredecible, letal. Magnífica.

Nadie desafió a la heredera Sangre Azul. La madre de Petrah solamente asintió, como si hubieran sabido desde antes qué montura quería.

Asterin tomó sigilosamente el guiverno más feroz que salió, una hembra con mirada astuta. Su prima siempre había sido la mejor para las exploraciones y después de consultarlo con Manon y otras centinelas en una larga plática que se extendió hasta altas horas de la noche, se decidió que Asterin seguiría en ese rol en las nuevas tareas de las Trece.

Así que cuando presentaron a la hembra color azul pálido, Asterin la pidió. En su mirada se veía tal brutalidad contra quien se interpusiera en su camino que sus ojos casi brillaban. Nadie se atrevió a desafiarla.

Manon estaba observando la entrada del túnel cuando pudo oler el aroma de mirra y romero de la heredera Sangre Azul a su lado. Asterin gruñó suavemente como advertencia.

—¿Estás esperando a Titus, verdad? —murmuró Petrah con la mirada fija también en el túnel.

—¿Y qué si sí? —preguntó Manon.

—Prefiero que lo tengas tú y no Iskra.

El rostro sereno de la bruja no delataba ninguna información.

—Yo también —dijo Manon. No estaba segura de qué significaría esta conversación, pero seguramente algo quería decir.

Resultó claro que para las demás también significó algo verlas hablando en voz baja. En especial para Iskra, quien avanzó hacia el otro lado de Manon.

—¿Ya están tramando algo?

La heredera Sangre Azul levantó la barbilla.

—Creo que Titus sería una buena montura para Manon.

Se había trazado un límite, pensó

Manon. ¿Qué le habría dicho la matrona Sangre Azul a Petrah sobre ella? ¿Qué estarían tramando?

La boca de Iskra se torció en una sonrisa a medias.

—Ya veremos qué tiene que decir la madre de Tres Caras.

Manon podría haber respondido algo, pero entonces salió Titus.

Al igual que todas las veces anteriores, dejó escapar una bocanada de aire al contemplar su tamaño y ferocidad. Los hombres apenas habían logrado salir corriendo por la reja cuando Titus ya se había dado la vuelta intentando morderlos. Solo habían tenido unas cuantas salidas exitosas con

él, le contaron. Pero con la jinete correcta, se podría domar por completo.

Titus no esperó el silbato antes de lanzarse sobre la bestia de carnada y la golpeó con la cola de espinas. La bestia encadenada esquivó el golpe con una velocidad asombrosa, como si hubiera presentido el ataque del macho, y la cola de Titus se quedó enterrada en la roca.

Empezaron a llover escombros sobre la carnada y, al encogerse hacia atrás, Titus volvió a atacar. Y otra vez.

Encadenada a la pared, la bestia de carnada no podía hacer nada. El hombre silbó, pero Titus no se detuvo. Se movía con una gracia fluida de salvajismo indomable.

La bestia de carnada aulló y Manon podría haber jurado que la heredera Sangre Azul se sobresaltó. Nunca había escuchado un grito de dolor de ningún guiverno, pero cuando Titus se sentó en las patas traseras, pudo ver dónde había asestado el golpe: justo arriba de la herida previa en el costado de la bestia.

Como si Titus supiera dónde golpear para provocar la mayor agonía. Sabía que eran inteligentes, pero ¿qué tan inteligentes? El hombre volvió a silbar y se escuchó el sonido de un látigo. Titus continuó dando pasos frente a la bestia de carnada, contemplando cómo iba a golpear. No por estrategia. No, quería saborearlo. Quería provocar.

Un escalofrío de deleite recorrió la columna vertebral de Manon. Montar una bestia como Titus, desgarrar a sus enemigos con él…

—Si tienes tantas ganas de tenerlo —susurró Iskra y Manon se percató de que seguía a su lado, solo a un paso de distancia—, ¿por qué no vas por él?

Y antes de que Manon pudiera moverse, antes de que cualquiera pudiera, porque todas estaban ensimismadas con la bestia gloriosa, unas garras de hierro la empujaron por la espalda.

El grito de Asterin hizo eco en la caverna, pero Manon estaba cayendo, cayendo los doce metros directo hacia la

arena de roca. Giró en el aire y chocó con una pequeña saliente de la pared. Detuvo un poco su caída y le salvó la vida, pero siguió cayendo hasta que…

Chocó con el piso y se dobló el tobillo. Se escucharon gritos desde la parte superior, pero Manon no levantó la vista. Si lo hubiera hecho, habría visto a Asterin que tacleaba a Iskra con garras y dientes fuera. Podría haber visto que su abuela daba la orden de que nadie se lanzara a la arena.

Pero Manon no las estaba viendo.

Titus volteó a verla.

El guiverno estaba entre ella y la reja, donde los hombres corrían de un lado a otro, como si estuvieran

intentando decidir si debían arriesgarse a salvarla o esperar a que se convirtiera en carroña.

La cola de Titus se movía de un lado a otro y sus ojos oscuros no se movían de Manon. Ella sacó a HiendeViento. Era una daga en comparación con la masa del animal. Tenía que llegar a esa reja.

Se quedó mirándolo fijamente. Titus se apoyó en las patas traseras, listo para atacar. También sabía dónde estaba la reja y lo que significaba para ella. Su presa.

No su jinete ni su dueña, sino su presa.

Las brujas ya estaban en silencio.

Los hombres en la reja y las plataformas superiores estaban en silencio.

Manon rotó su espada. Titus atacó.

Entonces tuvo que rodar para esquivar su boca y se puso de pie en un segundo, corriendo desesperadamente hacia la reja. Le dolía el tobillo e iba cojeando, tragándose su grito de dolor. Titus se dio la vuelta, rápido como un arroyo primaveral bajando por la montaña, y mientras ella iba corriendo a la reja, atacó con su cola.

Manon supo cómo girar para evadir las púas venenosas, pero el extremo superior de la cola la golpeó en el costado y salió volando. HiendeViento se le zafó de la mano. Cayó en la tierra

cerca de la pared del lado opuesto y se deslizó raspándose la cara contra las rocas. Las costillas le aullaban de dolor cuando se apresuró para adoptar una posición sentada y midió la distancia entre ella y la espada y Titus.

Pero Titus estaba dudando y sus ojos se movieron hacia un punto detrás de ella, arriba de ella, hacia…

Que la oscuridad la acogiera. Se había olvidado de la bestia de carnada: la criatura encadenada detrás de ella, tan cerca que alcanzaba a oler la carroña en su aliento. La mirada de Titus era una orden a la bestia para que retrocediera. Para que lo dejara comerse a Manon.

Manon se atrevió a mirar por encima

de su hombro, hacia la espada en las sombras, tan cercana a la cadena que anclaba a la bestia de carnada. Podría haberse arriesgado si la bestia no estuviera ahí, si no estuviera mirándola directamente, mirándola como si fuera…

No su presa.

Titus gruñó una advertencia territorial a la bestia de carnada nuevamente, tan fuerte que Manon la pudo sentir en todos sus huesos. En vez de eso, la bestia de carnada, a pesar de su tamaño pequeño, la estaba mirando con algo similar a la rabia y la determinación. Emoción, podría haberlo llamado. Hambre, pero no de ella.

No, cuando la bestia levantó su

mirada negra hacia Titus con un gruñido grave, ella se dio cuenta. No era un sonido de sumisión, definitivamente. Era una amenaza, una promesa. La bestia de carnada quería que le dieran oportunidad de atacar a Titus.

Aliados. Aunque fuera solo en este momento.

Nuevamente, Manon sintió las mareas que subían y bajaban en el mundo, esa corriente invisible que algunos llamaban destino y que otros llamaban el telar de la diosa de las Tres Caras. Titus rugió su última advertencia.

Manon se retorció para ponerse de pie y corrió.

Cada paso que daba hacía que viera

estrellas, y el suelo tembló mientras Titus corría detrás de ella, dispuesto a pasar a través de la bestia de carnada para matarla si era necesario.

Manon tomó su espada y se dio la vuelta para golpear la cadena gruesa y oxidada con toda la fuerza que le quedaba.

HiendeViento, llamaban a su espada. Ahora la llamarían HiendeHierro. La cadena se rompió cuando Titus saltaba hacia ella.

Titus no lo vio venir y se pudo ver algo similar al asombro en sus ojos cuando la bestia de carnada lo tiró y rodaron.

Titus era del doble de tamaño y

estaba ileso, y Manon no se quedó para ver el resultado antes de salir corriendo hacia el túnel, donde los hombres estaban levantando desesperadamente la reja.

Pero entonces se escuchó un bum y un murmullo de sorpresa y Manon se atrevió a echar un vistazo a tiempo para ver que los guivernos se separaban y la bestia de carnada atacaba nuevamente.

El golpe de esa cola llena de cicatrices e inútil era tan fuerte que la cabeza de Titus chocó contra la tierra.

Cuando Titus se puso de pie, la bestia de carnada hizo una finta con la cola y le dio un zarpazo con las garras afiladas que hizo rugir de dolor a Titus.

Manon se congeló, apenas a unos cinco metros de la reja.

Los guivernos empezaron a moverse en círculos uno frente al otro, con las alas raspando el suelo. Parecía una broma. Y, sin embargo, la bestia de carnada no se daba por vencida, a pesar de cojear, a pesar de las cicatrices y la sangre.

Titus se lanzó a la garganta sin un gruñido de advertencia.

La cola de la bestia de carnada hizo contacto con la cabeza de Titus. Titus retrocedió pero luego se lanzó al ataque con mandíbula y cola en movimiento. Cuando esas púas entraran a la carne de la bestia de carnada, sería su fin. La

bestia esquivó la cola dándole un golpe con la suya, pero no pudo escapar de la mandíbula, que la tomó del cuello.

El fin. Debería ser el fin.

La bestia de carnada se azotaba pero no lograba liberarse. Manon sabía que debía correr. Las otras gritaban. Había nacido sin clemencia ni piedad ni amabilidad. No le importaba cuál vivía o moría, siempre y cuando ella lograra escapar. Pero esa corriente seguía fluyendo, fluyendo hacia la pelea y no apartándose de ella. Y ella tenía una deuda de vida con esa bestia de carnada.

Así que Manon hizo lo más imprudente que había hecho en toda su larga y malvada vida.

Corrió hacia Titus y dejó caer a HiendeViento en su cola. Cortó a través de la carne y el hueso y Titus rugió y soltó a su presa. El muñón de su cola se movió hacia ella y Manon recibió el golpe en el estómago. Perdió todo el aire antes de siquiera chocar contra el suelo. Cuando se levantó vio el ataque final que terminó todo.

El bramido de dolor había dejado expuesta la garganta de Titus y lo dejó vulnerable a la bestia de carnada que saltó y cerró su mandíbula alrededor del cuello poderoso.

Titus luchó una última vez, en un último intento por liberarse. La bestia lo sostuvo con firmeza, como si hubiera

estado esperando durante semanas o meses o años. Mordió con fuerza y torció la cabeza y le arrancó la garganta a Titus.

Se hizo el silencio. Como si el mundo mismo se hubiera detenido cuando el cuerpo de Titus chocó contra el piso y su sangre negra se derramó por todas partes.

Manon se quedó absolutamente inmóvil. Lentamente, la bestia de carnada levantó la cabeza del cadáver, con sangre de Titus derramándose por sus fauces. Sus miradas se cruzaron.

La gente le gritaba que corriera y la reja se abrió, pero Manon miró esos ojos negros, uno de ellos muy lastimado

pero intacto. Él dio un paso y luego otro hacia ella.

Manon no se movió. Era imposible. Imposible. Titus era del doble de su tamaño, del doble de altura y tenía años de entrenamiento.

La bestia de carnada lo había derrotado, no porque fuera más grande o más fuerte, sino porque lo deseaba más. Titus había sido un bruto y un asesino, sin embargo, este guiverno frente a ella… era un *guerrero*.

Los hombres entraron corriendo con lanzas y espadas y látigos y la bestia gruñó.

Manon levantó una mano. Y nuevamente, el mundo se detuvo.

Manon, con la mirada aún sobre la bestia, dijo:

—Es mío.

El animal le había salvado la vida. No por coincidencia sino por elección. Él había sentido también la corriente que fluía entre ambos.

—¿Qué? —ladró su abuela desde arriba.

Manon caminó hacia el guiverno y se detuvo cuando la distancia entre ellos era solo de metro y medio.

—Es mío —repitió Manon y memorizó las cicatrices, el cojeo, la vida que ardía en esa mirada.

La bruja y el guiverno se quedaron mirándose una a otro por un instante que

duró una eternidad.

—Eres mío —le dijo Manon.

El guiverno parpadeó, con la sangre de Titus todavía goteando de sus dientes cuarteados y rotos, y Manon tuvo la sensación de que él había llegado a la misma decisión. Tal vez lo había sabido mucho antes de esta noche y su pelea con Titus no se debía tanto a la supervivencia, sino a un reto para pedirla a ella.

Como su jinete. Como su dueña. Como suya.

Manon llamó a su guiverno Abraxos, en honor a la antigua serpiente que sostenía el mundo entre sus anillos ante el mandato de la diosa de las Tres Caras. Y eso fue lo único agradable que sucedió aquella noche.

Cuando regresó con las demás después de que se llevaran a Abraxos para limpiarlo y curarlo, y luego de que treinta hombres arrastraran el cadáver de Titus hacia afuera, Manon se había quedado mirando a todas y cada una de las brujas que se atrevieron a verla a los ojos.

Asterin estaba sosteniendo a la heredera de las Piernas Amarillas frente a las matronas. Manon miró a Iskra un

largo rato antes de decir simplemente:

—Parece que perdí el equilibrio.

A Iskra le salió vapor de las orejas, pero Manon se encogió de hombros y se limpió la tierra y la sangre del rostro antes de cojear de regreso a la Omega. No le daría a Iskra el gusto de decir que casi la había matado. Y Manon no estaba en condiciones de arreglar esto con una pelea en forma.

Ya fuera por la agresión o por la torpeza, Asterin recibió un castigo esa noche de parte de mamá Picos Negros por haber dejado que la heredera cayera a la arena. Manon había solicitado ser quien le diera los latigazos, pero su abuela no le hizo caso. En vez de esto,

le pidió a la heredera de las Piernas Amarillas que lo hiciera. Como la falla de Asterin había ocurrido a plena vista de las otras matronas y sus herederas, así también sería su castigo.

En el comedor, Manon observó cada latigazo brutal, los diez lanzados con toda la fuerza, ya que Iskra tenía morada la mandíbula gracias a Asterin.

Y había que reconocer que Asterin no gritó. Ni una sola vez. Manon necesitó hacer acopio de todo su autocontrol para no arrancarle el látigo de las manos a Iskra y estrangularla con él.

Entonces vino la conversación con su abuela. No fue tanto una conversación

como una bofetada en la cara y luego un castigo verbal que, al día siguiente, seguía resonando en los oídos de Manon.

Había humillado a su abuela y a todas las demás Picos Negros de la historia al elegir ese «trozo debilucho de carne» independientemente de su victoria. Había sido un accidente que matara a Titus, se quejó su abuela. Abraxos era la más pequeña de todas las monturas y, además de eso, por su tamaño, nunca había volado un día de su vida. Nunca lo habían dejado salir de las jaulas.

Ni siquiera sabían si podía volar después de que le dieran tantos golpes a

sus alas, y los hombres que lo manejaban opinaban que si Abraxos intentaba volar en el Paso, chocaría junto con Manon en el fondo del Abismo. Decían que no había otros guivernos que aceptaran su dominio, no como líder de flota. Manon había arruinado todos los planes de su abuela.

Todos estos hechos se los gritó una y otra vez. Sabía que incluso si quisiera cambiar de monturas, su abuela la obligaría a conservar a Abraxos, solo para humillarla cuando fracasara. Aunque muriera en el intento.

Sin embargo, su abuela no había estado en la arena. Tampoco había visto los ojos de Abraxos ni distinguió el

corazón de guerrero que latía en su interior. No había notado que luchó con más astucia y ferocidad que cualquier otro. Así que Manon se mantuvo firme y recibió la bofetada en la cara, y el sermón, y luego la segunda bofetada que le dejó punzando la mejilla.

Le seguía doliendo la cara cuando llegó a la jaula donde ahora vivía Abraxos. Estaba hecho bola en la pared más alejada, silencioso y quieto, mientras muchas de las otras criaturas estaban caminando en círculos o gritando o gruñendo.

Su acompañante, el supervisor, se asomó por entre los barrotes. Asterin se quedó observando desde las sombras.

Después de los latigazos del día anterior, su segunda no pensaba perderla de vista un instante.

Manon no se había disculpado por los latigazos. Las reglas eran las reglas y su prima había fallado. Asterin se merecía esos azotes igual que Manon se merecía su mejilla morada.

—¿Por qué está acurrucado así? —le preguntó al hombre.

—Yo creo que es porque nunca había tenido una jaula para él solo. No así de grande, al menos.

Manon estudió la cueva cerrada.

—¿Dónde lo tenían antes?

El hombre señaló el piso.

—Con los otros que eran carnada en

el chiquero. Es el más viejo de las carnadas, ¿sabe? Sobrevivió a la arena y los chiqueros. Pero eso no significa que sea el adecuado para usted.

—Si quisiera su opinión sobre qué tan adecuado es, se la hubiera preguntado —respondió Manon con la mirada todavía sobre Abraxos cuando se aproximaba a los barrotes—. ¿En cuánto tiempo podrá volar?

El hombre se frotó la cabeza.

—Podrían ser días, o semanas, o meses. Podría no lograrlo nunca.

—Empezaremos a entrenar con nuestras monturas esta tarde.

—No se podrá —dijo el hombre y Manon arqueó las cejas—. Este

guiverno necesita entrenarse solo primero. Conseguiré a nuestros mejores entrenadores y usted puede usar otro mientras tanto para…

—En primer lugar, humano —lo interrumpió Manon—, no me dé órdenes —sus dientes de hierro bajaron a su posición y él se sobresaltó—. En segundo, no entrenaré con otro guiverno. Entrenaré con este.

El hombre se puso tan pálido como la muerte y respondió:

—Todas las monturas de sus centinelas lo atacarán. Y el primer vuelo lo asustará tanto que luchará por regresar. Así que a menos que quiera que sus guerreras y sus monturas se

despedacen entre sí, le sugiero que entrene sola —dijo temblando y agregó —, milady.

El guiverno los estaba observando. Esperando.

—¿Nos pueden entender?

—No. Entienden algunas órdenes habladas y silbidos, pero no más que un perro.

Manon no creyó eso ni por un momento. No era que le estuviera mintiendo. Simplemente no sabía. O tal vez Abraxos era distinto.

Usaría todos los momentos posibles hasta que llegaran las competencias para entrenarlo. Cuando ella y las Trece se coronaran como campeonas, haría que

todas y cada una de las brujas que dudaron de ella, incluida su abuela, se maldijeran por tontas. Porque ella era Manon Picos Negros, y nunca fallaba en nada. Y no habría nada mejor que ver a Abraxos arrancarle la cabeza a Iskra en el campo de batalla.

Capítulo 24

Para Chaol fue de lo más sencillo mentirles a sus hombres sobre los golpes y las cortadas en el rostro cuando regresó al castillo: se debían a un incidente desafortunado con un vago

borracho en Rifthold. Soportar las mentiras y las lesiones era preferible a convertirse en carroña. El trato de Chaol con Aedion y los rebeldes era simple: información a cambio de información.

Les prometió más información sobre su reina, así como sobre los anillos negros del rey a cambio de lo que supieran respecto al poder del rey. Eso lo había mantenido vivo esa noche y todas las noches posteriores, cuando anticipaba que iban a cambiar de parecer. Pero nunca fueron por él. Y esa noche Chaol y Aedion esperaron hasta bien pasadas las doce antes de meterse en las antiguas habitaciones de Celaena.

Era la primera vez que se atrevía a

regresar a la tumba desde esa noche con Celaena y Dorian, y la aldaba de bronce en forma de cráneo, Mort, no se movió ni habló para nada. A pesar de que Chaol traía el Ojo de Elena al cuello, la aldaba permaneció congelada. Tal vez Mort solo le respondía a quienes tenían la sangre de Brannon Galathynius en sus venas.

Así que él y Aedion buscaron por toda la tumba, los pasillos polvosos, en cada uno de los rincones del lugar espías o maneras de que los descubrieran. Cuando al fin quedaron satisfechos de que nadie más podría escucharlos, Aedion dijo:

—Dime qué es lo que estoy

haciendo aquí abajo, capitán.

El general no había mostrado sorpresa ni asombro mientras Chaol lo llevaba hacia el lugar de descanso de Elena y Gavin, aunque sus ojos sí se abrieron un poco al ver a Damaris. Pero si Aedion sabía o no lo que era, no lo dijo. A pesar de toda su bravuconería y arrogancia, Chaol tenía la sensación de que el hombre tenía muchos, muchos secretos, y era muy bueno para ocultarlos.

Era el otro motivo por el cual le había ofrecido un trato a Aedion y sus compañeros: si se descubrían los dones del príncipe, Dorian necesitaría un sitio dónde esconderse y alguien que lo

llevara hasta un lugar seguro si Chaol estaba incapacitado. Chaol preguntó:

—¿Están preparados para compartir la información que tengan recabada de sus aliados?

Aedion le sonrió con pereza:

—Siempre y cuando tú compartas la tuya.

Chaol le rezó a cualquier dios que estuviera dispuesto a escucharlo no haberse equivocado cuando sacó el Ojo de Elena de su túnica.

—Tu Reina me dio este collar cuando se fue a Wendlyn. Le perteneció a su antepasada, quien la llamó aquí para entregárselo —los ojos de Aedion se entrecerraron y miró el amuleto y la

roca azul que resplandecía bajo la luz de la luna—. Lo que estoy a punto de decirte —dijo Chaol— lo cambia todo.

Dorian se quedó parado en las sombras de la escalera, escuchando. Escuchando y sin querer realmente aceptar que Chaol estaba en la tumba con Aedion Ashryver.

Esa había sido la primera sorpresa. Durante una semana había estado metiéndose a este sitio en busca de respuestas tras su explosión con Sorscha. En especial ahora que había mentido descaradamente y había

arriesgado todo para guardar su secreto y para ayudarle a encontrar la manera de controlarlo.

Esta noche le horrorizó encontrar la puerta secreta ligeramente abierta. No debería haber entrado, pero lo hizo de todas maneras e inventó una lista de mentiras que debería decir de encontrarse con algún rostro poco amistoso en este sitio. Luego se había acercado lo suficiente para escuchar dos voces masculinas y casi huye… Casi, hasta que se dio cuenta de quiénes estaban hablando.

Era imposible, porque se odiaban mutuamente. Sin embargo, ahí estaban, en la tumba de Elena. Aliados. Era

suficiente, demasiado. Pero luego lo escuchó, escuchó lo que Chaol le dijo al general, en voz tan baja que apenas era audible.

—Tu Reina me dio este collar cuando se fue a Wendlyn.

Era un error. Tenía que ser un error, porque… Sintió una constricción en el pecho, se hacía demasiado pequeño.

«Siempre serás mi enemigo». Eso es lo que Celaena le había gritado a Chaol la noche que murió Nehemia. Y lo dijo, dijo que había perdido gente diez años atrás, pero…

Pero.

Dorian no pudo moverse cuando Chaol se lanzó a contar otra historia,

otra verdad. Sobre el padre de Dorian. Sobre el poder que manejaba el rey. Celaena lo había descubierto. Celaena estaba intentando encontrar una manera de destruirlo.

Su padre había hecho esa cosa con la que habían luchado en las catacumbas de la biblioteca: esa cosa monstruosa que había parecido humana. Llaves del Wyrd. Puertas del Wyrd. Piedra del Wyrd.

También le habían mentido a él. Habían decidido que no se podía confiar en él. Celaena y Chaol habían decidido en su contra. Chaol sabía quién y qué era realmente Celaena.

Y por eso la había enviado a

Wendlyn; era el motivo por el cual la había sacado del castillo. Dorian seguía congelado en las escaleras cuando Aedion salió de la tumba, con la espada desenvainada y con aspecto de estar listo para atacar al enemigo que había detectado.

Cuando lo vio, Aedion maldijo, en voz baja y feroz, y sus ojos resplandecieron bajo el brillo de su antorcha.

Los ojos de Celaena. Ojos de Aelin Ashryver —Ashryver— Galathynius.

Aedion era su primo. Y le seguía siendo fiel, mintiendo descaradamente, a través de cada acción, sobre dónde estaba su alianza.

Chaol se apresuró a entrar al pasillo, con una mano levantada a modo de súplica:

—Dorian.

Por un instante, solo pudo mirar a su amigo fijamente. Luego logró decir:

—¿Por qué?

Chaol exhaló.

—Porque mientras menos gente lo sepa, será más seguro, para ella, para todos. Para ti. Tienen información que podría servirte.

—¿Pensabas que iría corriendo con mi padre? —Sus palabras eran apenas poco más que un susurro estrangulado mientras la temperatura descendía bruscamente.

Chaol dio un paso hacia delante y se colocó entre Aedion y Dorian, con las palmas expuestas. Conciliador.

—No puedo aventurarme a adivinar, a tener esperanzas. Ni siquiera contigo.

—¿Cuánto tiempo? —dijo Dorian. El hielo cubría sus dientes y su lengua.

—Me contó sobre tu padre antes de irse. Yo averigüé lo demás poco después.

—Y estás trabajando con él ahora.

El aliento del capitán se condensaba frente a él.

—Si podemos encontrar una manera de liberar la magia, podría salvarte. Ellos piensan que tal vez tengan las respuestas sobre lo sucedido y cómo

revertirlo. Pero si descubren a Aedion y sus aliados, si atrapan a Celaena…, morirán. Tu padre los matará a todos, empezando por ella. Y en este momento, Dorian, los necesitamos.

Dorian miró a Aedion.

—¿Vas a matar a mi padre?

—¿No se merece morir? —Fue la respuesta del general.

Dorian pudo ver que el capitán hacía una mueca, no por las palabras del general, sino por el frío.

—¿Le contaste… sobre mí? —logró decir Dorian.

—No —respondió Aedion en lugar de Chaol—. Aunque si no aprendes a controlarte, pronto no habrá un alma en

el reino que no sepa que tienes magia —dijo Aedion antes de posar sus distintivos ojos en el capitán—. Así que ese es el motivo por el cual estás tan desesperado por intercambiar secretos: querías la información para beneficiarlo a él.

Chaol asintió. Aedion sonrió burlonamente a Dorian y la escalera se cubrió de hielo.

—¿Tu magia entonces se manifiesta como hielo y nieve, principito? —preguntó el general.

—Acércate y descúbrelo —respondió Dorian con una sonrisa tenue. Tal vez podría lanzar a Aedion al otro lado del pasillo, tal como había hecho

con aquella criatura.

—Puedes confiar en Aedion, Dorian —dijo Chaol.

—Es un perfecto dos caras. No le creo ni por un instante que no nos vendería si eso significara que progresaría en su propia causa.

—No lo hará —dijo Chaol bruscamente e interrumpió la respuesta de Aedion.

Los labios de Chaol se veían azules por el frío.

Dorian sabía que lo estaba lastimando, lo sabía pero no le importaba demasiado.

—¿Porque quieres ser el rey de Aedion algún día?

El color desapareció de la cara de Chaol, por el frío o por el miedo, y Aedion emitió una carcajada corta.

—Mi reina morirá sin heredero antes que casarse con un hombre de Adarlan.

Chaol intentó ocultar una punzada de dolor, pero Dorian conocía bien a su amigo como para no detectarla. Por un segundo se preguntó qué pensaría Celaena sobre lo que afirmó Aedion. Celaena, quien había mentido, Celaena, quien era Aelin, quien él había conocido diez años atrás, con quien había jugado en su hermoso castillo. Y aquel día en Endovier, ese primer día, había sentido como si hubiera algo familiar en ella…

¡Oh, dioses!

Celaena era Aelin Galathynius. Había bailado con ella, la había besado, había dormido a su lado, su mortal enemiga. «Regresaré por ti», le había dicho en su último día en el lugar. Incluso entonces, él sabía que había algo detrás de eso. Regresaría, pero tal vez no como Celaena. ¿Sería para ayudarlo o para matarlo? Aelin Galathynius sabía sobre su magia y quería destruir a su padre, a su reino. Todo lo que había dicho o hecho… Alguna vez pensó que había sido un pasatiempo para ganárselo como su campeona, ¿pero qué tal si había sido porque ella era la heredera de Terrasen? ¿Por eso era amiga de

Nehemia? Qué tal si, después de un año en Endovier…

Aelin Galathynius había pasado un año en ese campo de trabajos forzados. Una reina de su continente había sido esclava y tendría las cicatrices que lo demostraban para siempre. Tal vez eso le daba derecho —y a Aedion, e incluso a Chaol que la amaba— de conspirar para engañar y traicionar a su padre.

—Dorian, por favor —dijo Chaol—. Estoy haciendo esto por ti, lo juro.

—No me importa —dijo Dorian y los miró severamente mientras se alejaba—. Me llevaré sus secretos a la tumba pero no quiero ser parte de ellos.

Arrancó su magia fría del aire y la

envió a su interior, envolviéndola alrededor de su corazón.

Aedion tomó la salida subterránea secreta del castillo. Le dijo a Chaol que era para evitar cualquier sospecha, para perder a cualquier otra persona que los pudiera estar siguiendo mientras regresaban a sus habitaciones. Una mirada del capitán le indicó que sabía precisamente hacia dónde se dirigía Aedion.

Aedion consideró lo que el capitán le había dicho, y aunque cualquier otro

hombre estaría horrorizado, aunque Aedion debería estar horrorizado… no le sorprendía. Sospechaba que el rey estaba manejando alguna forma de poder letal desde el momento en que le dio ese anillo muchos años atrás, y parecía ser algo que se ajustaba con la información que sus espías habían estado acumulando desde hacía mucho tiempo.

La matrona de las Piernas Amarillas había estado aquí por alguna razón. Aedion estaba dispuesto a apostar una buena cantidad de dinero a que cualesquiera que fueran las monstruosidades o armas que estaba creando el rey, las verían pronto, tal vez en esta ocasión acompañadas de las

brujas. Los hombres no construían más ejércitos ni fraguaban más armas si no tenían planes para usarlas. Y ciertamente no estaban repartiendo piezas de joyería que controlan la mente a menos que quisieran el dominio absoluto. Pero enfrentaría lo que viniera de la misma manera que había enfrentado todos los demás retos en su vida: con precisión, implacable, y con eficiencia letal.

Vio a las dos figuras esperando en las sombras de un edificio en ruinas en los muelles, la niebla del Avery los hacía apenas unas briznas de oscuridad.

—¿Y bien? —exigió saber Ren en cuanto Aedion se recargó contra la pared húmeda de ladrillos. Tenía

desenvainadas sus espadas gemelas. Era buen acero de Adarlan, con marcas y rasguños suficientes para mostrar que se habían usado, y bien aceitadas para demostrar que Ren sabía cómo cuidarlas. Parecían ser lo único que le importaba a Ren: su cabello estaba descuidado y se notaba que sus ropas habían visto mejores días.

—Ya te dije: podemos confiar en el capitán —dijo Aedion y miró después a Murtaugh—. Hola, viejo.

No podía ver el rostro de Murtaugh debajo de las sombras de su capucha, pero su voz fue demasiado suave cuando respondió:

—Espero que la información valga

los riesgos que estás corriendo.

Aedion gruñó. No les diría la verdad sobre Aelin, no hasta que estuviera de regreso a su lado y se la pudiera decir ella misma.

Ren se acercó un paso. Se movía con la seguridad de alguien que está acostumbrado a luchar. Y a ganar. De todas maneras, Aedion medía al menos ocho centímetros más y tenía unos diez kilos más de músculo en su cuerpo. Si Ren atacara, se encontraría a sí mismo en el suelo en un segundo.

—No sé a qué estás jugando, Aedion —dijo Ren—, pero si no nos dices dónde está, ¿cómo podemos confiar en ti? ¿Y cómo lo sabe el capitán? ¿El rey

la tiene?

—No —respondió Aedion. No era una mentira, pero lo parecía. Siendo Celaena, le había vendido el alma al rey —. Yo lo veo de la siguiente manera, Ren: tú y tu abuelo tienen poco que ofrecerme, o a Aelin. No tienes una banda de guerreros, no tienes tierras y el capitán me ha contado todo sobre tu afiliación con ese trozo de mierda conocido como Archer Finn. ¿Necesito recordarte que lo que le sucedió a Nehemia Ytger fue bajo tu vigilancia? Así que no te voy a decir; recibirás la información según yo considere necesario.

Ren respingó. Murtaugh colocó un

brazo entre los hombres.

—Será mejor que no sepamos, por si acaso.

Ren no cedía y la sangre de Aedion empezó a bombear ante el desafío.

—¿Qué le vamos a decir a la corte, entonces? —exigió saber Ren—. ¿Que no es una impostora como nos hicieron creer, sino que en realidad está viva pero que no nos dirás dónde está?

—Sí —dijo Aedion exhalando y se preguntó qué tanto podría golpear a Ren sin lastimar a Murtaugh en el proceso—. Eso es exactamente lo que les dirás. Si es que puedes localizar a la corte.

Silencio. Murtaugh dijo:

—Sabemos que Ravi y Sol siguen

vivos y que están en Suria.

Aedion conocía la historia. El negocio comercial de sus familias había sido demasiado importante como para que el rey justificara ejecutar a sus padres. Así que su padre había elegido la ejecución y su madre se había quedado para mantener a Suria funcionando como el puerto comercial vital que era. Los dos chicos de Suria debían tener veinte y veintidós años ya, y tras la muerte de su madre, Sol se había convertido en el Señor de Suria. En los años que llevaba al mando del Flagelo, Aedion nunca había pisado la ciudad costera. No quería saber si lo condenaría. La Puta de Adarlan.

—¿Pelearán —preguntó Aedion— o decidirán que les gusta demasiado su oro?

Murtaugh suspiró.

—He escuchado que Ravi es el más rebelde, tal vez sea a quien debamos convencer.

—No quiero a nadie a quien debamos convencer para que se nos una —dijo Aedion.

—Querrás gente que no le tema a Aelin, ni a ti —le contestó Murtaugh, molesto—. Querrás gente sensata que no dude de hacer las preguntas difíciles. La lealtad se gana, no se otorga.

—Ella no tiene que hacer ni una maldita cosa para ganarse nuestra

lealtad.

Murtaugh sacudió la cabeza y el cuello de su capucha se meció.

—Para algunos de nosotros será así. Pero es posible que otros no se convenzan tan fácilmente. Tiene que explicarnos diez años y un reino en ruinas.

—Era una niña.

—Ahora es una mujer, y lo ha sido por algunos años. Tal vez ofrezca alguna explicación. Pero hasta entonces, Aedion, debes entender que habrá quienes no compartan tu fervor. Y otros necesitarán de bastante labor de convencimiento sobre ti también, sobre dónde están tus verdaderas lealtades y

cómo las has demostrado a lo largo de los años.

Sintió ganas de embutirle los dientes a Murtaugh por la garganta, porque además tenía la razón.

—¿Quién más del círculo interno de Orlon sigue vivo?

Murtaugh nombró a cuatro. Ren agregó rápidamente:

—Escuchamos que llevan años ocultos, siempre en movimiento, como nosotros. Tal vez no sean fáciles de localizar.

Cuatro. Aedion sintió que se le hacía un hueco en el estómago.

—¿Eso es todo?

Había estado en Terrasen pero nunca

había hecho cuentas, nunca había querido enterarse de quién había sobrevivido al derramamiento de sangre y la matanza, o quién había sacrificado todo para lograr que un niño, un amigo o un familiar escapara. Por supuesto que lo había sabido, muy en el fondo, pero siempre había conservado un poco de esperanzas ingenuas de que la mayoría seguían vivos, seguían esperando regresar.

—Lo siento, Aedion —dijo Murtaugh con suavidad—. Algunos señores menores se escaparon e incluso se las ingeniaron para conservar sus tierras y mantenerlas prósperas —Aedion conocía y odiaba a la mayoría

de estos hombres, cerdos egoístas. Murtaugh continuó—: Vernon Lochan sobrevivió, pero solo porque ya era un títere del rey, y tras la ejecución de Cal, Vernon tomó el cargo de su hermano como Señor de Perranth. Ya sabes lo que fue de lady Marion. Pero nunca supimos qué fue de Elide.

Elide, la hija y heredera de lord Cal y lady Marion, casi un año menor que Aelin. Si viviera, tendría al menos diecisiete años ahora.

—Muchos niños desaparecieron las primeras semanas —terminó de decir Murtaugh. Aedion no quería pensar en esas tumbas demasiado pequeñas.

Tuvo que apartar la vista por un

momento e incluso Ren se mantuvo en silencio. Al final, Aedion dijo:

—Envíen a alguien a sondear a Ravi y a Sol, pero esperen con los demás. No hagan caso a los señores menores por el momento. Demos pasos pequeños.

Para su sorpresa, Ren acepto:

—De acuerdo.

Por un instante, sus miradas se cruzaron y entendió que Ren sentía lo que él también sentía con frecuencia, lo que él trataba de mantener enterrado. Habían sobrevivido cuando muchos otros no. Y nadie más podía entender lo que era soportarlo, a menos que hubiera perdido tanto como ellos.

Ren había escapado a costa de las

vidas de sus padres, y había perdido su hogar, su título, sus amigos y su reino. Se había ocultado y había entrenado y nunca perdió de vista cuál era su causa.

Ahora no eran amigos; nunca lo habían sido. Al padre de Ren no le había agradado mucho que fuera Aedion, y no Ren, quien saliera favorecido para hacer el juramento de sangre a Aelin. El juramento de sumisión pura, el juramento que hubiera sellado a Aedion como su protector vitalicio, la persona en la que podía tener una confianza absoluta. Todo lo que poseía, todo lo que era, debería pertenecerle a ella.

Sin embargo, la recompensa ahora no era solamente un juramento de

sangre, sino un reino, una posibilidad de venganza y de reconstruir su mundo. Aedion empezó a alejarse pero volvió a mirar a sus espaldas. Solo había dos figuras encapuchadas, una jorobada, la otra alta y armada. El primer asomo de la corte de Aelin. La corte que él reuniría para que ella lograra destrozar las cadenas de Adarlan. Podía seguir jugando este juego, un rato más.

—Cuando regrese —dijo Aedion en voz baja—, lo que le hará al rey de Adarlan logrará que la matanza de hace diez años parezca algo misericordioso.

Y en su corazón, Aedion esperaba haber hablado con la verdad.

Capítulo 25

Pasó una semana sin mayores intentos por desollar viva a Celaena, así que a pesar de que no logró progresar en absoluto con Rowan, consideró que eso había sido un éxito. Rowan cumplió su

palabra y la hizo cubrir dos turnos en las cocinas, lo cual tuvo una única ventaja: que estaba tan agotada cuando caía en la cama que no recordaba soñar. Otro beneficio, supuso, era que mientras estaba lavando los platos de la noche, podía escuchar las historias de Emrys, que Luca le rogaba todas las noches que le contara, lloviera o no.

A pesar de lo que había sucedido con los trotapieles, Celaena no se encontraba más cerca de dominar su transformación. Aunque Rowan le había ofrecido su capa aquella noche junto al río, a la mañana siguiente regresaron a su desagrado vitriólico de costumbre. Odio sonaba demasiado fuerte, ya que

no podía odiar del todo a alguien que le había salvado la vida, pero desagrado quedaba bastante bien. No le importaba en particular de qué lado de la línea entre odio y desagrado caía Rowan. Pero ciertamente le faltaba muchísimo tiempo para ganarse su aprobación y entrar a Doranelle.

Todos los días la llevaba a las ruinas del templo, suficientemente lejos para que, si lograba transformarse y perdía el control de su magia en el proceso, no incendiara a nadie. Todo, absolutamente todo, dependía de esa orden: transfórmate. Pero el recuerdo de cómo se había sentido la magia cuando salía quemándola, cuando amenazaba

con tragársela a ella y a todo el mundo, la atormentaba, despierta y dormida. Era casi tan malo como estar sentada indefinidamente.

Ahora, después de dos miserables horas de intentarlo, gimió y se puso de pie, caminando entre las ruinas. El día estaba inusualmente soleado y hacía que las rocas pálidas parecieran brillar. De hecho, podría haber jurado que las oraciones que los adoradores desaparecidos murmuraron hacía muchos años todavía resonaban. Su magia había estado chisporroteando extrañamente como respuesta: algo extraño al encontrarse en su forma humana, en la cual normalmente eso

estaba firmemente controlado.

Mientras estudiaba las ruinas, apoyó las manos en la cadera: cualquier cosa para evitar arrancarse el cabello.

—A todo esto, ¿qué era este sitio? —preguntó. Solo quedaban unas cuantas losas de roca rota que mostraban dónde había estado el templo. Unas rocas oblongas, columnas, estaban tiradas por ahí como si una mano violenta las hubiera tirado, y había varias piedras agrupadas que indicaban lo que en algún momento había sido un camino.

Rowan la seguía de cerca, una nube de tormenta que se cernía a su alrededor mientras examinaba un grupo de rocas blancas.

—El templo de la diosa del Sol.

Mala, la Señora de la Luz, el Aprendizaje y el Fuego.

—¿Me estás trayendo aquí porque crees que me podría ayudar a dominar mis poderes, mi transformación?

Rowan asintió levemente. Ella colocó una mano en una de las rocas enormes. Si tuviera la disposición de admitirlo, casi podía percibir los ecos del poder que había habitado aquí hacía mucho tiempo, un calor delicioso que iba besándola por el cuello, por su columna, como si un trozo de esa diosa aún estuviera acurrucado en la esquina. Explicaba por qué ese día, bajo el sol, el templo se sentía distinto. Por qué su

magia estaba exaltada. Mala, la diosa del Sol y la Portadora de la Luz, era hermana y rival eterna de Deanna, la Guardiana de la Luna.

—Mab quedó inmortalizada como diosa gracias a Maeve —musitó Celaena mientras recorría el bloque rugoso con la mano—. Pero eso fue hace más de quinientos años. Mala tenía una hermana en la Luna mucho antes de que Mab ocupara su lugar.

—Deanna era el nombre de la hermana original. Pero ustedes los humanos le dieron algunos de los rasgos de Mab. La cacería, los perros.

—Tal vez Deanna y Mala no siempre fueron rivales.

—¿A qué te refieres?

Se encogió de hombros y siguió recorriendo la roca con las manos, sintiendo, respirando, oliendo.

—¿Conociste a Mab?

Rowan permaneció un largo rato en silencio, contemplando qué tan útil era decírselo, sin duda.

—No —respondió al fin—. Soy viejo pero no tanto.

Bien, si no quería darle una cifra exacta…

—¿Te sientes viejo?

Él miró hacia la distancia.

—Todavía se me considera joven para los estándares de los de mi especie.

Eso no era una respuesta.

—Alguna vez dijiste que habías hecho campaña en un reino que ya no existe. Has ido a la guerra varias veces, parece, y has visto el mundo. Eso dejaría una marca. Te haría envejecer en el interior.

—¿Tú te sientes vieja? —preguntó con una mirada penetrante. Una niña, la había llamado.

Para Rowan era una niña. Incluso cuando fuera una anciana, si vivía tanto tiempo, seguiría siendo una niña en comparación con la vida de él. Su misión dependía de que él lograra que esto cambiara, pero de todas maneras dijo:

—Últimamente me alegra mucho ser mortal y solo tener que soportar esta vida una vez. Estos días no te envidio para nada.

—¿Y antes?

Fue su turno de mirar al horizonte.

—Antes deseaba tener una oportunidad de verlo todo y odiaba saber que nunca podría.

Podía sentir que él estaba formulando una pregunta, pero empezó a moverse nuevamente, a examinar las rocas. Cuando le quitó el polvo a un bloque, emergió la imagen de un ciervo con una estrella brillante entre las astas, muy parecido al de Terrasen. Había escuchado a Emrys contar la historia de

los ciervos del sol, que tenían una flama inmortal en su enorme cornamenta y que una vez habían sido robados de un templo en estas tierras…

—¿Aquí fue donde estaban los ciervos, antes de que este sitio fuera destrozado?

—No lo sé. Este templo no fue destrozado. Lo abandonaron cuando las hadas se mudaron a Doranelle y luego se fue destruyendo por el tiempo y el clima.

—Las historias de Emrys cuentan que fue destrozado, no abandonado.

—Nuevamente, ¿a qué quieres llegar?

Pero ella no lo sabía, todavía no, así que solo sacudió la cabeza y dijo:

—Los miembros del pueblo de las hadas en mi continente, en Terrasen… no eran como tú. Al menos no los recuerdo así. No había muchos, pero… —tragó saliva—. El rey de Adarlan los cazó y los mató, con gran facilidad. Sin embargo, cuando te veo, no puedo entender cómo lo logró.

Incluso con las Llaves del Wyrd, las hadas habrían sido más fuertes, más rápidas. Deberían haber sobrevivido más, incluso si algunos se hubieran quedado atrapados en sus formas animales cuando la magia desapareció.

Lo miró por encima del hombro con una mano aún apoyada en el grabado cálido. Un músculo de la mandíbula de

Rowan se movió ligeramente antes de que respondiera:

—Nunca he estado en tu continente, pero he escuchado que las hadas de allá eran más amables, menos agresivas y poco entrenadas en el combate, y que dependían mucho de la magia. Cuando la magia desapareció de sus tierras, muchas de ellas tal vez no supieron qué hacer contra los soldados entrenados.

—Y, sin embargo, Maeve no envió ayuda.

—Las hadas de tu continente cortaron lazos con Maeve hace mucho tiempo —volvió a hacer una pausa—. Pero había algunos en Doranelle que argumentaron a favor de la ayuda. Mi

reina terminó ofreciendo santuario a los que pudieran llegar aquí.

No quería saber más, no quería saber cuántos habían llegado ni si él había sido uno de los que habían insistido en salvar a sus hermanos occidentales. Así que se alejó del grabado del ciervo mítico, instantáneamente frío cuando cortó el contacto con el calor delicioso que vivía dentro de la roca. Parte de ella podría haber jurado que ese poder antiguo y extraño se sentía triste de verla alejarse.

Al día siguiente, Celaena terminó su turno del desayuno en las cocinas más adolorida y más agotada que de costumbre, ya que Luca no había estado

para ayudar, lo cual significó que había pasado la mañana picando, lavando y luego subiendo la comida corriendo al piso de arriba.

Celaena pasó junto a un guardia que había ubicado como amigo de Luca y un oyente frecuente de las historias de Emrys, un guardia joven, de músculos magros y sin una evidencia de orejas o gracia de las hadas. Bas, el líder de los exploradores de la fortaleza. Luca hablaba incansablemente de él. Celaena le sonrió levemente y asintió. Bas parpadeó unas veces, le sonrió cautelosamente y continuó avanzando, quizá hacia su turno de vigilancia en el muro. Ella frunció el ceño. Había

saludado civilizadamente a varios de ellos ya pero… Seguía pensando en esta reacción cuando llegó a su habitación y se puso la chaqueta.

—Es tarde —dijo Rowan desde la puerta.

—Había más platos esta mañana —dijo ella y empezó a rehacerse la trenza mientras volteaba hacia donde estaba él en el marco de la puerta—. ¿Puedo anticipar hacer algo útil contigo hoy o serán más horas de estar sentados gruñendo y mirándonos con furia? ¿O tan solo terminaré cortando leña durante horas y horas?

Él simplemente avanzó hacia el pasillo y ella lo siguió, todavía

trenzándose el cabello. Pasaron junto a otros dos guardias. Esta vez los miró a ambos a los ojos y sonrió con su saludo. Nuevamente ese parpadeo y una mirada compartida entre los dos, y luego una sonrisa de regreso. ¿Realmente se había convertido en alguien tan desagradable que una simple sonrisa los sorprendía? Dioses, ¿cuándo había sonreído la última vez, a cualquier, a cualquier cosa?

Estaban ya bastante alejados de la fortaleza, dirigiéndose hacia el sur y subiendo hacia las montañas cuando Rowan dijo:

—Todos han estado manteniendo su distancia por el olor que emites.

—¿Perdón?

No quería saber cómo le había leído el pensamiento.

Rowan continuó caminando entre los árboles, sin siquiera perder el aliento, y le dijo:

—Aquí hay más hombres que mujeres y están bastante aislados del mundo. ¿No te has preguntado por qué no se te han acercado?

—¿Se han mantenido alejados porque… apesto? —preguntó. No pensaba que algo así le importara tanto como para avergonzarse, pero tenía la cara ardiendo.

—Tu olor dice que no quieres que se te acerquen. Los hombres lo perciben

más que las mujeres y se han estado manteniendo alejados. No quieren que les arranques la cara con las uñas.

Se le había olvidado que las hadas obedecían a sus instintos primigenios, con sus olores y sus apareamientos y su naturaleza territorial. Era un contraste tan extraño comparado con el mundo civilizado tras el muro de las montañas.

—Bien —terminó diciendo ella, aunque la idea de que sus emociones fueran tan fácilmente identificables era inquietante. Hacía que mentir y fingir casi carecieran de valor—. No me interesan los hombres…, los machos.

El tatuaje de Rowan se veía muy vívido bajo la luz de sol fragmentada

que entraba por las copas de los árboles. Se quedó mirando el anillo de Celaena fijamente.

—¿Qué sucede si te conviertes en reina? ¿Te rehusarás a hacer una posible alianza a través del matrimonio?

Ella sintió como si una mano invisible le envolviera la garganta. No se había permitido considerar esa posibilidad, porque el peso de una corona y un trono eran suficiente para hacerla sentir como si estuviera en un ataúd. Pensar en casarse así, en tener el cuerpo de alguien sobre el de ella, alguien que no fuera Chaol… Apartó la idea de su mente.

Rowan estaba intentando alterarla,

como siempre. Y ella todavía no tenía ningún plan de tomar el trono de su tío. Su único plan era hacer lo que le había prometido a Nehemia.

—Buen intento —dijo.

Los colmillos de Rowan brillaron con su sonrisa burlona.

—Estás aprendiendo.

—Yo también te altero de vez en cuando, ¿sabes?

Él la miró como diciendo «Yo te permito que me alteres, por si no te habías dado cuenta. No soy un tonto mortal».

Quería preguntarle por qué, pero ser cordial con él, con cualquiera, ya era bastante extraño.

—¿Dónde diablos vamos hoy? Nunca nos dirigimos al oeste.

La sonrisa desapareció.

—Quieres hacer algo útil. Aquí está tu oportunidad.

Con Celaena en su forma humana, las campanas de un poblado cercano estaban anunciando las tres de la tarde para cuando llegaron al bosque de pinos.

No quería preguntar qué era lo que estaban haciendo ahí. Le diría si quisiera. Empezaron a avanzar más

lentamente y Rowan iba buscando marcas en los árboles y en las piedras. Celaena iba en silencio detrás de él, sedienta y hambrienta y un poco mareada.

El terreno había cambiado: había hojas de pino que iban crujiendo bajo sus botas y lo que se escuchaba en el aire no eran ya aves cantoras sino gaviotas. El mar debía estar cerca. Celaena gimió cuando una brisa fresca le besó el rostro sudoroso, con aroma a sal y pescado y roca caliente bajo el sol. No percibió el hedor, ni el silencio, hasta que Rowan hizo un alto junto a un arroyo.

El suelo estaba todo levantado del

otro lado del arroyo, la maleza destrozada y aplastada. Pero la atención de Rowan estaba en el río en sí, en lo que había quedado atrapado entre las rocas.

Celaena maldijo. Un cuerpo. Una mujer, por la forma de lo que quedaba de ella, y…

Un cascarón.

Como si le hubieran extraído la vida, la sustancia. No tenía heridas, no tenía laceraciones o señales de daño, salvo por un hilo de sangre seca que le salía de la nariz y de las orejas. Su piel no tenía color, estaba marchita y seca, su rostro ahuecado aún contraído con la expresión de horror, y tristeza. Y el olor,

no solo era el cuerpo putrefacto, sino alrededor… el olor…

—¿Qué hizo esto? —preguntó, estudiando el bosque destrozado más allá del arroyo. Rowan se arrodilló para examinar los restos.

—¿Por qué no la tiraron al mar? Dejarla junto al arroyo me parece idiota. Además también dejaron huellas, a menos que esas sean de quienes la encontraron.

—Malakai me dio el reporte esta mañana, y él y sus hombres están entrenados para no dejar huellas. Pero este olor… Debo admitir que es distinto —Rowan se metió al agua. Ella quería decirle que se detuviera, pero él seguía

estudiando los restos desde arriba, luego desde abajo, dando vueltas. Sus ojos destellaron cuando sus miradas se cruzaron. Estaba furioso—. Así que dime, asesina, querías ser útil.

Se irritó por el tono pero… había una mujer tirada ahí, rota como una muñeca.

Celaena no quería oler nada en particular en los restos, pero se acercó a oler. Y deseó no haberlo hecho. Era un olor que había olido ya dos veces, una vez en esa habitación sangrienta hace una década y luego recientemente…

—Me dijiste que no sabías qué era esa cosa en los túmulos —logró decir. La boca de la mujer estaba abierta en un

grito, sus dientes color café y rotos debajo de la sangre seca de su nariz. Celaena se tocó su propia nariz e hizo una mueca de dolor—. Creo que esto es lo que hace.

Rowan recargó las manos en sus caderas y volvió a oler, dándose vuelta en el arroyo. Miró a Celaena de arriba abajo y luego el cuerpo.

—Saliste de esa oscuridad y te veías como si alguien te hubiera succionado la vida. Tu piel estaba un tono más pálido, no tenías pecas.

—Me obligó a pasar por… recuerdos. Los peores —el rostro horrorizado y triste de la mujer miraba boquiabierto hacia las copas de los

árboles—. ¿Has escuchado de alguna criatura que se pueda alimentar de esas cosas? Por lo que alcancé a ver, vi a un hombre, un hombre hermoso, pálido, de cabello oscuro, con ojos completamente negros. No era humano. Digo, parecía humano, pero sus ojos no eran humanos para nada.

Sus padres habían sido asesinados. Había visto las heridas. Pero el olor en su habitación había sido tan similar… Sacudió la cabeza como para aclarar sus ideas, para deshacerse del sentimiento tétrico que iba recorriendo su columna vertebral.

—Ni siquiera mi reina conoce a todas las criaturas terribles que recorren

estas tierras. Si los trotapieles están aventurándose a bajar de las montañas, quizá otras cosas también.

—La gente del pueblo tal vez sepa algo. Tal vez incluso lo hayan visto o hayan escuchado rumores.

Rowan parecía estar pensando lo mismo, porque sacudió la cabeza con desagrado y, para su sorpresa, con dolor.

—No tenemos tiempo; desperdiciamos toda la luz del día porque viajaste en tu forma humana —además, tampoco habían traído provisiones para pasar la noche—. Tenemos una hora antes de que debamos regresar. Hay que aprovecharla.

El sendero no llevaba a ninguna parte. Los condujo hasta el risco frente al mar pero sin acceso a la franja angosta de playa debajo; tampoco había ni una señal de alguien que viviera en los alrededores. Rowan se quedó parado en la orilla del risco, mirando hacia el mar de jade con los brazos cruzados.

—No tiene sentido —dijo, más para sí mismo que para ella—. Es el cuarto cuerpo que encontramos en las últimas semanas y ninguno de ellos ha sido reportado como perdido —se sentó en el piso arenoso y trazó una línea burda en la tierra con el dedo tatuado para representar la forma de la costa de

Wendlyn—. Los encontraron aquí —trazó pequeños puntos que no parecían tener ningún patrón salvo porque estaban cerca del agua—. Nosotros estamos aquí —dijo e hizo otro punto. Luego se hizo hacia atrás y se quedó en cuclillas mientras Celaena miraba el mapa improvisado—. Y, sin embargo, tú y yo encontramos al ser escondido entre las criaturas de los túmulos acá —añadió. Trazó una X donde suponía que estaban los túmulos, tierra adentro—. No he visto ninguna otra señal de que haya permanecido cerca de los túmulos, y las otras criaturas que habitan ahí ya regresaron a sus hábitos normales.

—¿Los otros cuerpos estaban en las

mismas condiciones?

—Todos estaban drenados como este, con expresiones de terror en el rostro, sin una marca de heridas aparte de la sangre seca en la nariz y las orejas.

Por la manera en que palideció su piel bronceada debajo del tatuaje, por la manera en que rechinaba los dientes, supo que le afectaba a su orgullo inmortal no saber qué era esa cosa.

—¿Todos terminaron tirados en el bosque, no en el mar? —Rowan asintió —. Pero todos cerca del agua —volvió a asentir—. Si fuera un asesino talentoso y consciente, ocultaría mejor los cuerpos. O, repito, usaría el mar — Celaena miró hacia el agua que

resplandecía cegadora ahora que el sol iniciaba su descenso vespertino—. O tal vez no le importe. Tal vez quiera que sepamos lo que está haciendo. Hubo… Hubo momentos en los cuales yo dejé cuerpos para que los encontraran ciertas personas, o para enviar algún tipo de mensaje —Tumba había sido el último de ellos—. ¿Qué tienen en común las víctimas?

—No lo sé —admitió Rowan—. No sabemos siquiera los nombres ni de dónde provienen —se levantó y se sacudió las manos—. Necesitamos regresar a la fortaleza.

Lo tomó por el codo.

—Espera, ¿ya viste todo lo que

necesitabas del cuerpo?

Él asintió lentamente. Bien. Ella también, y además ya había tenido suficiente del olor. Lo memorizó y registró todo lo que pudo.

—Entonces tenemos que enterrarla.

—El suelo es demasiado duro aquí.

Ella se adentró entre los árboles y lo dejó atrás.

—Entonces lo haremos a la vieja usanza —dijo.

Que los dioses la maldijeran si dejaba el cuerpo de esa mujer a descomponerse en un arroyo, que la maldijeran si la dejaba ahí por toda la eternidad, mojada y fría.

Celaena jaló el cuerpo demasiado

ligero para sacarlo del río y lo colocó sobre las agujas secas de pino. Rowan no dijo nada mientras ella reunía leña y ramas, y luego se arrodilló, intentando no mirar la piel marchita ni la expresión de horror latente.

Tampoco se burló de ella por las veces que tuvo que intentar encender el fuego a mano, ni hizo comentarios sarcásticos cuando las agujas del pino finalmente empezaron a tronar y a echar humo, incienso antiguo para una pira rudimentaria. En vez de eso, cuando ella se alejó de las flamas ascendentes, lo sintió acercarse por detrás, sintió la seguridad y su lado salvaje arropándola como un cuerpo fantasma. Una brisa

cálida lamió su cabello, su rostro. Aire para ayudar al fuego; viento que ayudó a consumir el cadáver.

El odio que sintió no tenía nada que ver con su juramento, ni con Nehemia. Celaena buscó en ese pozo inmortal dentro de ella, solo por una vez, para ver si podía sacar el detonador que la hacía transformarse, para poder ayudar a su fuego pequeño para que ardiera más homogéneamente, con más orgullo.

Sin embargo, Celaena permaneció seca y vacía, abandonada en su cuerpo mortal.

Pero Rowan siguió sin decir nada al respecto, y su viento alimentó las flamas lo suficiente para que el cuerpo se

consumiera rápidamente, mucho más rápido que en una pira funeraria mortal. Miraron en silencio, hasta que no quedó nada salvo cenizas, hasta que incluso esas volaron hacia el cielo, sobre los árboles y hacia el mar abierto.

Capítulo 26

Chaol no había visto al general ni escuchado nada de él desde aquella noche en la tumba. Tampoco de Dorian. Según sus hombres, el príncipe estaba pasando el tiempo en las catacumbas de

los sanadores, conquistando a una de las jóvenes que estaba ahí. Él se odiaba a sí mismo, pero de cierta forma sintió alivio al escucharlo; al menos Dorian estaba hablando con alguien.

El distanciamiento con Dorian valía la pena. Seguiría valiendo la pena por Dorian, incluso si su amigo nunca lo perdonaba; la seguiría valiendo por Celaena, incluso si ella nunca regresaba y a pesar de que él deseara que siguiera siendo Celaena y no Aelin…

Pasó una semana antes de que tuviera oportunidad de volver a reunirse con Aedion para obtener la información que no había recibido por la interrupción de Dorian. Si Dorian los

había descubierto tan fácilmente, entonces la tumba no era el mejor lugar para reunirse. Había un sitio, sin embargo, donde se podían reunir con riesgo mínimo. Celaena se lo había dejado en su testamento junto con la dirección.

El departamento secreto arriba del almacén estaba intacto, aunque alguien se había tomado el tiempo de proteger el mobiliario ornamentado. Retirar las sábanas una por una fue como ir descubriendo un poco más de quién había sido Celaena antes de Endovier, prueba de que sus gustos costosos estaban profundamente arraigados. Ella le contó una vez que había comprado

este lugar para tener un sitio que pudiera considerar propio, un lugar fuera de la fortaleza de los asesinos donde la habían criado. Había invertido prácticamente cada centavo que tenía, pero fue necesario, le contó, por el atisbo de libertad que le concedía. Podría haber dejado las sábanas en su sitio, probablemente debería haberlo hecho, pero… sintió curiosidad.

El departamento consistía de dos recámaras con sus propios baños, una cocina, y una gran habitación donde un sofá con enormes cojines se extendía frente a una chimenea de mármol labrado, acentuado con dos sillones individuales de terciopelo. La otra mitad

de la habitación la ocupaba una mesa de comedor de roble para ocho personas que seguía puesta: platos de porcelana con plata y unos cubiertos ya manchados por el paso del tiempo. Era la única evidencia de que este departamento había permanecido intacto desde que alguien, probablemente Arobynn Hamel, había ordenado que lo sellaran.

Arobynn Hamel, el Rey de los Asesinos. Chaol apretó los dientes mientras terminaba de guardar la última sábana blanca en el armario del pasillo. Había estado pensando mucho sobre el viejo maestro de Celaena en los últimos días. Arobynn era suficientemente inteligente como para comprender las

cosas cuando encontró a una huérfana encallada justo después de que la princesa de Terrasen había desaparecido y su cuerpo se había perdido en el río Florine prácticamente congelado.

Si Arobynn lo sabía, y le había hecho esas cosas… Pudo ver en su mente la cicatriz en la muñeca de Celaena. La había hecho romperse su propia mano. Debería haber incontables brutalidades más que Celaena nunca le contó. Y la peor de ellas, la absolutamente peor…

Nunca le había preguntado a Celaena por qué, cuando la nombraron campeona, su primera prioridad no había sido buscar a su maestro y

cortarlo en pedazos por lo que le había hecho a su amante, Sam Cortland. Arobynn había ordenado que torturaran y mataran a Sam y luego diseñó la trampa para que Celaena cayera y se la llevaran a Endovier. Arobynn seguramente pensaba que podría sacarla algún día si había dejado este departamento intacto. Probablemente pensaba dejarla pudrirse en Endovier hasta que él decidiera liberarla y entonces ella regresaría arrastrándose con él, su leal sierva para toda la eternidad.

Era su derecho, se dijo Chaol a sí mismo. Era el derecho de Celaena decidir cuándo y cómo matar a Arobynn.

También era derecho de Aedion. Incluso los dos señores de Terrasen tenían más derecho sobre la cabeza de Arobynn que él. Pero si Chaol lo encontraba en algún momento, no estaba seguro de poder contenerse.

La escalera desvencijada que estaba frente a la puerta principal rechinó y Chaol desenvainó la espada en un instante. Luego se escuchó un silbido grave de dos notas y se relajó un poco antes de silbar de vuelta. Mantuvo la espada en alto hasta que Aedion entró por la puerta, con la espada fuera también.

—Me preguntaba si estarías aquí a solas o con un grupo de hombres

esperando entre las sombras —dijo Aedion como saludo, envainando su espada.

Chaol lo miró con enojo.

—Igualmente.

Aedion entró al departamento y la ferocidad de su rostro pasó por expresiones de precaución a sorpresa y luego a tristeza. Y Chaol se dio cuenta de que este departamento era la primera vez que Aedion veía un fragmento de su prima perdida. Estas eran sus cosas. Ella había seleccionado todo, desde las figurillas sobre la chimenea y las servilletas verdes hasta la vieja mesa de granja en la cocina, marcada y con cicatrices de lo que probablemente

fueran cientos de cuchillos.

Aedion hizo una pausa en el centro de la habitación, observando todo con cuidado. Tal vez para comprobar si en verdad había alguna fuerza oculta agazapada en alguna parte, pero… Chaol murmuró algo sobre tener que usar el cuarto de baño y le dio a Aedion la privacidad que necesitaba.

Este era su departamento. Independientemente de si aceptaba u odiaba su pasado, ella había decorado la mesa del comedor con los colores

reales de Terrasen: verde y plata. La mesa y la figurilla de un ciervo sobre la chimenea eran los únicos vestigios de evidencia de que podría recordar. De que podría importarle.

Todo lo demás era cómodo, de buen gusto, como si el departamento tuviera la finalidad de ser un lugar para descansar y para pasar noches junto a la chimenea. Y había tantos libros: en las repisas, en las mesas junto al sillón, amontonados junto a la silla grande al lado de la ventana de piso a techo que abarcaba toda la longitud de la habitación.

Lista. Educada. Culta. Si los objetos eran un indicador. Poseía cosas de

varios reinos, como si hubiera traído algo de todos los lugares que había visitado. La habitación era un mapa de sus aventuras, un mapa de una persona totalmente distinta. Aelin había vivido. Había vivido y había visto y hecho cosas.

La cocina era pequeña pero acogedora y… Dioses. Tenía una caja enfriadora. El capitán había mencionado que era famosa como asesina, pero no le había mencionado que era rica. Todo ese dinero de sangre, todas esas cosas eran simplemente una prueba de lo que había perdido. Lo que él no había podido proteger.

Se había convertido en una asesina.

Y muy buena si este departamento era un indicador de su éxito. Su recámara era aún más ostentosa. Tenía una cama de cuatro postes enorme con un colchón que parecía una nube y un baño con mosaicos de mármol adjunto que tenía su propio sistema de plomería.

Bueno, su armario no había cambiado. A su prima siempre le había gustado la ropa hermosa. Aedion sacó una túnica de color azul profundo, con bordados dorados alrededor de las solapas y botones que brillaban bajo la luz de los candelabros. Esta era la ropa para el cuerpo de una mujer. Y el olor que aún permanecía en todo el departamento le pertenecía a una mujer,

tan similar a lo que él recordaba de su niñez, pero envuelto en misterio y sonrisas secretas. Era imposible que sus sentidos de hada no lo notaran, no reaccionaran.

Aedion se recargó contra la pared del vestidor, mirando los vestidos y la joyería que ahora estaba cubierta de polvo. No se permitió preocuparse por lo que le habían hecho en el pasado, por la gente que había arruinado, las batallas de las cuales había salido cubierto de sangre y restos de vísceras que no eran de él. En lo que a él se refería, había perdido todo el día que Aelin había muerto. Se merecía el castigo por las dimensiones de su fracaso. Pero Aelin…

Aedion se pasó las manos por el cabello antes de salir a la habitación principal. Aelin regresaría de Wendlyn, independientemente de lo que el capitán creyera. Aelin regresaría, y cuando lo hiciera… Con cada respiración, Aedion sentía ese aroma residual que se apretaba con más fuerza alrededor de su corazón y su alma. Cuando regresara, no iba a dejarla ir de nuevo.

Aedion se sumió en una de las sillas frente al fuego mientras Chaol decía:

—Bueno, creo que ya esperé

suficiente tiempo para escuchar lo que me tienes que decir sobre la magia. Y espero que valga la pena.

—Independientemente de lo que sepa, la magia no debería ser tu plan principal de defensa, ni de acción.

—Vi a tu reina partir la tierra en dos con su poder —dijo Chaol—. Dime que eso no cambiaría el rumbo de una batalla, dime que no necesitarías eso y a otros como ella.

—Ella no estará en ningún lugar cercano a un campo de batalla —le gruñó Aedion con suavidad.

Chaol dudaba mucho que eso fuera verdad, pero deseaba que lo fuera. Aedion probablemente tendría que atar a

Celaena a su trono solo para mantenerla lejos de la pelea al frente de las filas, junto a su gente.

—Solo dime.

Aedion suspiró y miró hacia la chimenea, como si estuviera contemplando un horizonte lejano.

—Las quemas y las ejecuciones ya habían empezado para cuando desapareció la magia, así que el día que sucedió, pensé que era solo que las aves estaban huyendo de los soldados, o que estaban buscando carroña. Estaba encerrado por órdenes del rey en una de las habitaciones de la torre. La mayoría de los días no me atrevía a mirar por la ventana porque no quería ver qué era lo

que estaba sucediendo abajo en la ciudad, pero había tanto ruido de los pájaros ese día, que miré. Y… —Aedion sacudió la cabeza— algo los había enviado a todos volando en una dirección y luego en otra. Y luego empezaron los gritos. Escuché que algunas personas murieron en ese instante, como si les hubieran cortado una arteria.

Aedion extendió un mapa sobre la mesa de centro que los separaba y puso uno de sus dedos llenos de callos en Orynth.

—Hubo dos oleadas de pájaros. La primera fue del norte al noroeste —trazó una línea poco clara—. Desde la torre,

yo alcanzaba a ver lo suficiente como para saber que la mayoría provenía del sur; la mayor parte de las aves cerca de nosotros no se desplazaba tanto. Pero entonces la segunda oleada los empujó a todos hacia el norte y el este, como si algo desde el centro de la Tierra los hubiera lanzado en esa dirección.

Chaol apuntó hacia Perranth, la segunda ciudad más grande de Terrasen.

—¿Desde aquí? —preguntó Chaol.

—Más al sur —Aedion le quitó la mano a Chaol de un manotazo—. Endovier, o más abajo.

—No es posible que vieras a esa distancia.

—No, pero los señores guerreros de

mi corte me obligaron a memorizar las aves de Oakwald y sus cantos para la caza y para la pelea. Y estas aves que volaban hacia nosotros solo se encontraban en tu país. Las estaba contando para distraerme cuando… —otra pausa, como si Aedion no hubiera querido decir eso—. No recuerdo haber escuchado de ningún pájaro de los tres reinos del sur.

Chaol trazó una línea burda que empezaba en Rifthold y salía hacia las montañas, hacia el Abismo Ferian.

—Como algo lanzado en esta dirección —intervino Chaol.

—La magia desapareció hasta después de la segunda ola —dijo

Aedion con una ceja arqueada—. ¿Tú no recuerdas ese día?

—Yo estaba aquí; si alguien sintió dolor, lo ocultaron. La magia ha sido ilegal en Adarlan por décadas. ¿Así que a dónde nos llevas con todo esto Aedion?

—Bien, Murtaugh y Ren tuvieron experiencias similares.

Entonces, el general se lanzó a contar otra historia: al igual que Aedion, Ren y Murtaugh habían experimentado un movimiento frenético de los animales locales y luego olas gemelas de algo el día que desapareció la magia. Pero ellos habían estado en la parte sur de su continente, ya que acababan de llegar a

la Bahía de la Calavera.

Hasta hace seis meses, cuando llegaron a la ciudad por las mentiras que contó Archer Finn sobre la reemergencia de Aelin, empezaron a considerar la magia, a contemplar formas de quebrantar el poder del rey por su reina. Después de comparar notas con otros rebeldes de Rifthold, se dieron cuenta de que había otros que habían vivido fenómenos similares. Querían un recuento completo y encontraron a un comerciante de la Península Desierta que estuvo dispuesto a hablar, un hombre de Xandria que fue sorprendentemente honesto, a pesar de su negocio como vendedor de productos

de contrabando.

Yo robé una yegua Asterion al señor de Xandria.

Por supuesto, Celaena había estado en la Península Desierta. Y se había metido en problemas. A pesar del dolor en su corazón, Chaol sonrió ante el recuerdo mientras Aedion hablaba acerca del informe de Murtaugh sobre el recuento del comerciante.

No había habido dos olas cuando la magia desapareció en el desierto, sino tres.

La primera bajó del norte. El comerciante había estado con el señor de Xandria en su fortaleza muy por arriba de la ciudad y había notado un

temblor ligero que hizo bailar la arena roja. El segundo provino del suroeste, avanzando hacia ellos rápidamente como una tormenta de arena. El pulso final provino de la misma fuente tierra adentro, recordaba Aedion. Segundos después, la magia se había perdido y la gente estaba gritando en las calles, y el señor de Xandria dio la orden, una semana después, de matar a todos los usuarios conocidos o registrados de magia en su ciudad. Entonces los gritos empezaron a ser distintos.

Aedion le sonrió con astucia al terminar:

—Pero Murtaugh averiguo más. Nos reuniremos en tres días. Él te puede

contar sus teorías ese día.

Chaol se levantó de la silla.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que sabes, lo que me has estado presumiendo estas últimas semanas?

—Tú todavía tienes más que contarme, así que ¿por qué habría yo de decirte todo?

—Te di la información vital y que cambiará el mundo —dijo Chaol entre dientes—. Tú solo me contaste cuentos.

Los ojos de Aedion adquirieron un brillo letal.

—Querrás escuchar lo que Ren y Murtaugh tienen que decir.

Chaol no se sentía con ánimos de esperar tanto para escucharlo, pero tenía

dos almuerzos de estado y una cena formal antes de esa fecha y se esperaba que asistiera a todas. Y debía presentarle al rey sus planes de defensa para todos los eventos también.

Después de un momento, Aedion dijo:

—¿Cómo puedes soportar trabajar para él? ¿Cómo finges que no sabes lo que el desgraciado está haciendo, lo que le hace a la gente inocente, a la mujer que dices que amas?

—Estoy haciendo lo que tengo que hacer.

Chaol no consideraba que Aedion entendiera de todas maneras.

—Dime por qué el capitán de la

Guardia, un señor de Adarlan, está ayudando a su enemigo. Esa es toda la información que quiero de ti hoy.

Chaol quería decir que, dado lo mucho que ya le había contado, no tenía que ofrecerle ni una maldita cosa más. En vez de eso, dijo:

—Crecí escuchando que estábamos trayendo la paz y la civilización al continente. Lo que he visto recientemente me ha hecho darme cuenta de que gran parte de eso es mentira.

—De todas maneras sabías sobre los campos de trabajos forzados, sobre las masacres.

—Es fácil que te mientan cuando no conoces a ninguna de esas personas de

verdad —pero Celaena con sus cicatrices, y Nehemia con su gente destazada…—. Es fácil vivir cuando tu rey te dice que toda la gente de Endovier merece estar ahí porque son criminales o rebeldes que intentaron asesinar a familias inocentes de Adarlan.

—¿Y cuántos de tus compatriotas se levantarían contra tu rey si ellos, también, supieran la verdad? ¿Si se pusieran a pensar que los esclavizados y asesinados fueran su familia, su poblado? ¿Cuántos de ellos se levantarían si supieran qué poder posee su príncipe, si su príncipe se levantara para pelear con nosotros?

Chaol no lo sabía, y no estaba

seguro de querer saberlo. Y respecto a Dorian… no le podía pedir eso a su amigo. No podía esperarlo. Su meta era mantener a Dorian a salvo. Aunque eso le costara su amistad, no quería que Dorian se involucrara. Jamás.

La semana había sido aterradora y maravillosa para Dorian.

Aterradora porque dos personas más se enteraron de su secreto y porque caminaba sobre una línea muy delgada en lo referente a controlar su magia, que parecía más volátil con cada día que

pasaba.

Maravillosa porque todas las tardes visitaba el taller olvidado que Sorscha había descubierto en uno de los niveles inferiores de las catacumbas donde nadie los podía descubrir. Ella llevaba libros de sabrán los dioses dónde, hierbas y plantas y sales y polvos, y todos los días investigaban y entrenaban y pensaban.

No existían muchos libros sobre cómo mitigar un poder como el suyo, muchos habían sido quemados, le dijo ella. Pero ella veía la magia como una enfermedad: si podía encontrar los canales adecuados y bloquearlos, la podía contener. Y si no, decía siempre,

podían recurrir a drogarlo, apenas lo suficiente para nivelar sus estados de ánimo. No le gustaba la idea de hacerlo, ni tampoco a él, aunque era un alivio saber que existía la alternativa.

Lo más que podían estar juntos era una hora al día. Y durante esa hora, independientemente de las leyes que estuvieran violando, Dorian se sentía nuevamente como él mismo. No algo retorcido y azorado y que caminaba a ciegas, sino aterrizado. Tranquilo. No importaba lo que le dijera a Sorscha, ella nunca lo juzgaba ni lo traicionaba. Chaol había sido esa persona en algún momento. Sin embargo, ahora que estaba involucrada la magia, todavía podía ver

el miedo y una pizca de repulsión en los ojos de Chaol.

—¿Sabías —le preguntó Sorscha desde el otro lado de la mesa de trabajo — que antes de que desapareciera la magia habían encontrado maneras especiales de someter a los prisioneros con dones?

Dorian levantó la vista de su libro, un tomo inútil sobre remedios de jardín. Antes de que la magia desapareciera… debido a su padre y sus llaves del Wyrd. Se le revolvió el estómago.

—¿Porque usarían su magia para escaparse de la prisión?

Sorscha volvió a estudiar el libro.

—Por eso muchas de las antiguas

prisiones usaban hierro sólido, porque es inmune a la magia.

—Lo sé —respondió él y ella arqueó una ceja. Lentamente estaba empezando a revivir a su alrededor, aunque él también había aprendido a leer mejor sus expresiones sutiles—. Cuando mi poder apareció por primera vez, intenté usarlo en una puerta de hierro y… las cosas no salieron bien.

—Mmm —Sorscha se mordió el labio. Era un gran distractor, sorprendentemente—. Pero hay hierro en tu sangre, ¿cómo funciona eso?

—Creo que fue la manera en la cual los dioses evitaban que nos volviéramos demasiado poderosos: si mantenemos el

contacto con la magia, si está fluyendo por demasiado tiempo en nosotros, nos desmayamos. O algo peor.

—Me pregunto qué sucedería si aumentáramos el hierro de tu dieta, tal vez si agregáramos una buena cantidad de melaza a tu comida. Se la damos a los pacientes anémicos, pero si te diéramos una dosis altamente concentrada… Sabría horrible, y podría ser peligroso, pero…

—Pero tal vez si está en mi cuerpo, entonces cuando la magia surja… —hizo una mueca de dolor. Podría resistirse al recordar la agonía cuando había intentado sellar aquella puerta de hierro, pero… no podía decirle que no a ella—.

¿Tienes aquí? ¿Algo para agregarle a una bebida?

No tenía pero consiguió una poca. Y en cuestión de un cuarto de hora, Dorian le rezó a Silba y se la tomó, un poco asqueado por la dulzura obscena. Nada.

Los ojos de Sorscha pasaron de los de él al reloj de bolsillo que tenía en la mano. Contando. Esperando a ver si se presentaba una reacción adversa. Pasó un minuto. Y después diez. Dorian debía irse pronto, y ella también, pero después de un rato, Sorscha dijo en voz baja:

—Inténtalo. Intenta llamar a tu magia. El hierro ya debe estar en tu sangre —él cerró los ojos y ella agregó —: Tu magia reacciona cuando estás

alterado, enojado o asustado o triste. Piensa en algo que te haga sentir así.

Sorscha estaba arriesgando su posición, su vida, todo por esto. Por él, el hijo del hombre que había ordenado a su ejército que destrozara su poblado y que luego mató a su familia junto con todos los demás inmigrantes no deseados que estaban en Rifthold. Él no se la merecía.

Inhaló. Exhaló. Ella tampoco se merecía el mundo de problemas que él le estaba trayendo, o que le continuaría trayendo a su puerta cada vez que viniera. Sabía cuando le gustaba a una mujer, y había reconocido desde el primer momento que la vio que ella lo

encontraba atractivo. Había esperado que esa opinión no hubiera cambiado para peor, pero ahora… *Piensa en lo que te altera*.

Todo lo alteraba. Lo alteraba que ella estuviera arriesgando su vida, que él no tuviera elección salvo ponerla en peligro. Incluso si daba ese paso final hacia ella, incluso si la llevaba a su cama como tantas ganas tenía de hacer, seguía siendo… el príncipe heredero. «Siempre serás mi enemigo», había dicho Celaena alguna vez.

No había manera de escapar a su corona. O a su padre, quien decapitaría a Sorscha, la quemaría y esparciría sus cenizas al viento si averiguara que ella

lo había ayudado. Su padre, ese a quien sus amigos estaban trabajando para destruir en este momento. Le habían mentido y no lo habían incluido por ese motivo. Porque era un peligro para ellos, para Sorscha, y…

Un dolor desgarrador surgió de su corazón y subió por su garganta. Sintió cómo se ahogaba. Ya venía otra oleada y una brisa fresca intentó besarle el rostro pero desapareció como niebla bajo el sol mientras el dolor temblaba por todo su cuerpo. Se inclinó al frente, apretando los ojos mientras la agonía y la náusea volvían a apoderarse de él otra vez. Y otra vez.

Pero luego se hizo el silencio.

Dorian abrió los ojos para encontrar a Sorscha, la inteligente, estable y maravillosa Sorscha parada ahí, mordiéndose el labio. Dio un paso hacia él, no para alejarse, por una vez.

—Te…

Dorian se puso de pie tan rápido que la silla se quedó meciéndose y tomó el rostro de Sorscha entre sus manos un instante después.

—Sí —exhaló y la besó. Fue rápido, pero el rostro de ella se enrojeció y sus ojos se abrieron como platos cuando él retrocedió. Los ojos de él también estaban muy abiertos, por los dioses, y seguía acariciando la mejilla suave de la sanadora con su pulgar. Seguía

considerando si lo volvería intentar, porque eso no había sido ni remotamente suficiente.

Pero ella se alejó para regresar a su trabajo. Como si… como si no hubiera sido nada, aparte de algo vergonzoso.

—¿Mañana? —murmuró. No lo volteó a ver.

Él apenas pudo pronunciar las palabras para decirle que sí y salió dando traspiés. Ella se veía tan sorprendida, y si no se iba, probablemente la intentaría besar de nuevo.

Pero tal vez ella no quería que la besaran.

Capítulo 27

Sobre la plataforma de observación en uno de los costados de la Omega, Manon vio al primer aquelarre de Piernas Amarillas del día intentar franquear el Paso. La caída seguida por el cambio

violento de dirección hacia arriba era sorprendente, aunque fueran las jinetes Piernas Amarillas las que fueran montando el viento.

Iskra iba en posición de líder por la cara plana del Colmillo del Norte. Su macho, una bestia enorme llamada Fendir, era una fuerza de la naturaleza. Aunque era más pequeño que Titus, era el doble de feroz.

—Son tal para cual —dijo Asterin al lado de Manon. Las Trece estaban en el cuarto de entrenamiento, enseñando a otros aquelarres sobre el combate mano a mano. Faline y Fallon, las gemelas demonio de ojos verdes, sin duda estaban disfrutando de torturar a las

centinelas más jóvenes. Cuando hacían ese tipo de cosas era cuando estaban más radiantes.

Iskra y Fendir pasaron por arriba del pico más alto del Colmillo del Norte y desaparecieron en las nubes, y las otras doce jinetes iban detrás en formación cerrada. El viento frío azotaba la cara de Manon, llamándola. Ella iba en camino a las cavernas para ver a Abraxos, pero antes le interesaba monitorear cómo franqueaban el Paso las Piernas Amarillas. Tan solo para asegurarse de que realmente se hubieran ido por tres horas.

Miró hacia el puente que cruzaba el espacio hacia el Colmillo y sus fauces

gigantes. Desde ahí se escuchaba el eco de gritos y rugidos que reverberaban por todas las montañas.

—Quiero que mantengas a las Trece ocupadas el resto del día —dijo Manon a su segunda.

Asterin era la única de las Trece que tenía cierto derecho de cuestionarla pero, incluso así, solo lo podía hacer en circunstancias muy limitadas.

—¿Vas a entrenar con él? —Manon asintió—. Tu abuela me dijo que me sacaría las tripas si permitía que desaparecieras de mi vista otra vez.

Con el cabello dorado retorciéndose a su alrededor por el viento, el rostro de Asterin, con todo y su nariz ahora

torcida, se mostraba precavido.

—Tendrás que decidir —dijo Manon sin molestarse en mostrar sus dientes de hierro— si eres su espía o mi segunda.

No percibió ni un dejo de dolor o miedo o traición. Asterin solo entrecerró un poco los ojos.

—Te sirvo a ti.

—Ella es tu matrona.

—Te sirvo a ti.

Por un instante, Manon se preguntó cuándo se había ganado ese tipo de lealtad. No eran amigas, al menos no de la manera en que los humanos parecían ser amigos. Todas las Picos Negros ya le debían lealtad y obediencia como su heredera. Pero esto…

Manon nunca daba explicaciones, no justificaba sus planes, ni sus intenciones, a nadie salvo a su abuela. Pero le dijo a su segunda:

—De todas maneras seré la líder de la Flota.

Asterin sonrió, sus dientes de hierro brillaron como azogue bajo la luz del sol de la mañana.

—Lo sabemos.

Manon levantó la barbilla.

—Quiero que las Trece también entrenen caídas durante sus prácticas de lucha mano a mano. Y cuando puedas dominar a tu guiverno sola, quiero que vueles cuando las Piernas Amarillas estén volando. Quiero saber dónde van,

cómo vuelan y qué hacen.

Asterin asintió.

—Ya tengo a las sombras vigilando a las Piernas Amarillas en los pasillos —dijo, y se pudo ver un destello de rabia y sed de sangre en esos ojos negros jaspeados con dorado. Cuando Manon arqueó una ceja, Asterin agregó —: ¿No pensabas que iba a olvidar lo que hizo Iskra tan fácilmente, o sí?

Manon todavía podía sentir los dedos de punta de hierro que presionaban su espalda y la empujaban hacia la arena. Tenía el tobillo adolorido y tieso por la caída y las costillas todavía amoratadas por la golpiza que le había dado Titus con la

cola.

—Mantenlas bajo control. A menos que quieras esa nariz rota de nuevo.

Asterin sonrió.

—No nos moveremos sin órdenes tuyas, señora.

Manon no quería al supervisor en la jaula. Ni a los tres manejadores que portaban lanzas y látigos. No quería a ninguno de ellos por tres motivos.

El primero era que quería estar a solas con Abraxos, que estaba agachado contra la pared trasera, esperando y

observando.

La segunda era su olor humano; la calidez atrayente de la sangre que pulsaba en sus cuellos la distraía. El hedor de su miedo la distraía. Dudó por un minuto entero si valdría la pena abrir a uno solo para ver qué harían los demás. Ya habían empezado a desaparecer hombres en el Colmillo: hombres que se rumoraba habían cruzado el puente a la Omega y nunca regresaron. Manon todavía no mataba a ninguno, pero cada minuto que pasaba a solas con ellos se sentía tentada a jugar.

Y la tercera razón por la cual le molestaba su presencia era que Abraxos los detestaba, con sus látigos y lanzas y

cadenas y su presencia corpulenta. El guiverno no se movería de su lugar junto a la pared sin importar cuánto lo azotaran con los látigos. Odiaba los látigos, no solo les temía, sino que los odiaba. Tan solo el sonido lo hacía sobresaltarse y enseñar los dientes.

Llevaban diez minutos en la jaula, intentando acercarse lo suficiente para encadenarlo y ponerle la silla de montar. Si no sucedía pronto, tendría que regresar a la Omega antes de que las Piernas Amarillas volvieran.

—Nunca ha aceptado una silla —le dijo el supervisor—. Probablemente no lo haga.

Ella escuchó las palabras que el

hombre no dijo: «No voy a arriesgar a mis hombres para que se la pongan. Solo se está portando orgullosa. Elija otra montura, como una buena chica».

Manon le enseñó los dientes de hierro al supervisor, con su labio superior levantado justo lo necesario para advertirle. Él dio un paso atrás, con el látigo caído. La cola mutilada de Abraxos se movió por el suelo y sus ojos nunca se separaron de los tres hombres que estaban intentando someterlo a la fuerza.

Uno de ellos tronó su látigo tan cerca de Abraxos que el guiverno saltó hacia atrás. Otro lo hizo sonar cerca de su cola, dos veces. Luego Abraxos

atacó, tanto con el cuello como con la cola. Los tres manejadores salieron corriendo y apenas lograron escapar de sus dientes que se cerraban. Suficiente.

—Tus hombres tienen corazones de cobardes —dijo ella y le lanzó una mirada fulminante al supervisor mientras avanzaba por el suelo de tierra.

El supervisor intentó detenerla, pero ella le dio un zarpazo con sus dedos de punta de hierro y le hizo un corte en la mano. Él maldijo, pero Manon continuó caminando, lamiéndose la sangre de las uñas. Casi la escupió.

Repugnante. La sangre sabía a podrido, como si se hubiera coagulado o podrido dentro de un cadáver durante

días. Miró la sangre que tenía en el resto de su mano. Era demasiado oscura para ser sangre humana. Si algunas brujas ya habían matado a estos hombres, ¿por qué nadie les había informado sobre esto? Se tragó sus preguntas. Lo pensaría en otro momento. Tal vez arrastraría al supervisor a una esquina olvidada y lo abriría para ver qué era lo que se estaba pudriendo en su interior.

Pero en ese momento… Los hombres se habían quedado en silencio. Cada paso la acercaba más a Abraxos. Habían marcado una línea en la tierra en el límite de las cadenas de seguridad. Manon dio tres pasos después de la línea, uno por cada rostro de la diosa:

doncella, madre, arpía.

Abraxos se agachó y los músculos poderosos de su cuerpo se tensaron, listos para saltar.

—Sabes quién soy —dijo Manon mirando a esos ojos negros infinitos, sin ceder una pulgada al miedo o a la duda —. Yo soy Manon Picos Negros, heredera del clan Picos Negros, y tú eres mío. ¿Entiendes?

Uno de los hombres resopló y Manon podría haberse dado la vuelta para arrancarle la lengua en ese instante, pero Abraxos… Abraxos bajó la cabeza ligeramente. Como si entendiera.

—Tú eres Abraxos —le dijo Manon, con un escalofrío que le descendía por

el cuello—. Te di ese nombre porque es la gran bestia, la serpiente que envolvió al mundo en sus anillos y quien lo devorará al final, cuando la diosa de las Tres Caras se lo ordene. Tú eres Abraxos —repitió—, y eres mío.

Un parpadeo, luego otro. Abraxos dio un paso hacia ella. Se escuchó el crujido del cuero cuando alguien apretó el puño alrededor de un látigo enrollado. Pero Manon no se movió y levantó una mano hacia su guiverno.

—Abraxos.

La gran cabeza se acercó a ella; esos ojos como dos pozas de noche líquida se encontraron con los suyos. Su mano seguía extendida, con las puntas de

hierro y manchada de sangre. Él presionó su hocico contra la palma de su mano y resopló.

Su piel gris estaba cálida y era asombrosamente suave, gruesa pero flexible, como cuero desgastado. De cerca, la variación de los colores era sorprendente, no solo era gris, sino verde oscuro, marrón, negro. Estaba marcada en todas partes por cicatrices gruesas, tantas que podrían ser las franjas de un gato salvaje. Los dientes de Abraxos, amarillos y rotos, brillaron bajo la luz de las antorchas. Le faltaban algunos, pero los que le quedaban eran tan largos como un dedo y del doble de gruesos. Su aliento caliente apestaba,

por su dieta o por sus dientes podridos.

Cada una de las cicatrices, los dientes astillados y las garras rotas, la cola mutilada… No eran las marcas de una víctima. Oh, no. Eran los trofeos de un superviviente. Abraxos era un guerrero que tenía todo en su contra y había sobrevivido. Había aprendido. Había triunfado.

Manon no se molestó en ver a los hombres que estaban detrás de ella cuando dijo:

—Fuera —se quedó mirando los ojos oscuros—. Dejen la silla y váyanse. Si vuelven a meter un látigo a esta jaula yo misma lo usaré en ustedes.

—Pero…

—Ahora.

Murmurando y chasqueando la lengua, los manejadores salieron y cerraron la reja. Cuando se quedaron a solas, Manon acarició el hocico enorme.

De alguna manera, a pesar de cómo el rey había criado a estas bestias, Abraxos había nacido distinto. Más pequeño pero más inteligente. O tal vez los otros no tenían la necesidad de pensar. Cuidados y entrenados, hacían lo que se les decía. Pero Abraxos había aprendido a sobrevivir y tal vez eso le había abierto la mente. Podía entender sus palabras, sus expresiones.

Y si podía comprender esas cosas… posiblemente le podría enseñar a las

otras monturas de las Trece. Era una ventaja pequeña, pero les podría ayudar para que se convirtiera en la líder de la Flota, y hacerlas invencibles contra los enemigos del rey.

—Voy a ponerte esta silla —dijo, aún sosteniéndole el hocico. Él se movió, pero Manon lo sostuvo con fuerza, obligándolo a mirarla—. ¿Quieres salir de este sitio de mierda? Entonces me dejarás ponerte la silla y ajustarla. Y cuando terminemos me vas a dejar ver tu cola. Esos humanos bastardos te cortaron las espinas, así que te construiré unas. De hierro. Como las mías —dijo, y le mostró sus uñas de hierro—. Y colmillos también —agregó

mostrándole sus dientes—. Te va a doler, y vas a querer matar a los hombres que te los pongan, pero los vas a dejar que lo hagan porque si no, entonces te quedarás a pudrirte aquí el resto de tu vida. ¿Entendiste?

Dio un resoplido largo y caliente de aire en sus manos.

—Cuando terminemos todo eso —dijo sonriendo ligeramente a su guiverno—, tú y yo vamos a aprender a volar. Y luego teñiremos de rojo todo este reino.

Abraxos hizo todo lo que ella le pidió,

aunque le gruñó a los manejadores que lo inspeccionaban, lo picaban y le hacían pruebas, y casi le arrancó el brazo de una mordida al médico que tuvo que sacarle los dientes podridos para ponerle los colmillos de hierro. Tomó cinco días hacerlo todo.

Casi derrumbó una pared cuando le soldaron las púas de hierro a la cola, pero Manon se quedó con él todo el tiempo, hablándole de cómo había sido volar con las Trece en sus escobas de palo fierro y cazar a las brujas Crochan. Le contó historias para distraerlo y al mismo tiempo para recordarle a los hombres que si cometían un error, si lo lastimaban, su venganza sería un

proceso largo y sangriento. Ninguno de ellos cometió un error.

Durante los cinco días que estuvieron trabajando en el guiverno, se perdió de las lecciones de vuelo con las Trece. Y con cada día que pasaba, la ventana para hacer que Abraxos volara se hacía más y más pequeña.

Manon estaba con Asterin y Sorrel en el salón de entrenamiento, viendo la parte final de la sesión de lucha del día. Sorrel había estado trabajando con el aquelarre más joven de Picos Negros, todas de menos de setenta años y poco experimentadas.

—¿Qué tan mal están? —preguntó Manon cruzándose de brazos.

Sorrel, pequeña y de cabello oscuro, se cruzó también de brazos.

—No tan mal como temíamos. Pero todavía están resolviendo el asunto de la dinámica de su aquelarre y su líder es… —Sorrel frunció el ceño hacia una bruja de aspecto pequeño que acababa de ser lanzada al suelo por una inferior—. Sugeriría que dejemos que su aquelarre decida qué hacer con ella o que elijamos una nueva líder. Un aquelarre débil en la formación y podríamos perder las competencias.

La líder del aquelarre estaba jadeando en el suelo de roca y le goteaba sangre azul de la nariz. Manon apretó los dientes.

—Dale dos días, veamos si logra organizarse —no hacía falta que se corriera la voz sobre aquelarres inestables—. Pero pídele a Vesta que la saque esta noche —agregó Manon, mirando a la belleza pelirroja que llevaba a otro aquelarre a la práctica de arco—. A donde sea que haya estado yendo para atormentar a los hombres en el Colmillo del Norte.

Sorrel elevó sus gruesas cejas con inocencia y Manon puso los ojos en blanco.

—Eres peor para mentir que Vesta. ¿Crees que no he notado a esos hombres que le sonríen a todas horas del día? ¿O las marcas de mordidas que tienen? Solo

mantén la cifra de víctimas mortales a un mínimo. Tenemos suficiente de qué preocuparnos tal como están las cosas, no necesitamos un amotinamiento de los mortales.

Asterin resopló, pero cuando Manon la vio de lado, la bruja mantuvo la mirada al frente, el rostro demasiado inocente. Por supuesto, si Vesta se había estado acostando y había sangrado a los hombres, entonces Asterin había estado ahí con ella. Ninguna de las dos había informado nada sobre el sabor extraño de los hombres.

—Como tú dispongas, señora —dijo Sorrel, con un dejo de color en sus mejillas bronceadas. Si Manon era el

hielo y Asterin era el fuego, entonces Sorrel era la roca. Su abuela le había dicho alguna vez que nombrara a Sorrel como su segunda, ya que el hielo y la roca a veces eran muy afines. Pero sin la flama de Asterin, sin la capacidad de su segunda para encolerizar a alguien o para arrancarle la garganta a quien desafiara el dominio de Manon, ella no podría haber sido la líder de las Trece con tanto éxito. Sorrel conservaba los pies en la tierra lo suficiente para mantenerlas centradas a las dos. Era la tercera perfecta.

—Las únicas que se están divirtiendo ahora —dijo Asterin— son las gemelas demonio de ojos verdes.

De hecho, Faline y Fallon, con su cabello del color de la medianoche, estaban sonriendo con alegría maniática mientras dirigían a los tres aquelarres en sus ejercicios de lanzamiento de cuchillos y estaban usando a sus inferiores como blancos de práctica. Manon simplemente sacudió la cabeza. Lo que fuera que funcionara, lo que fuera que le sacudiera el polvo a esas guerreras Picos Negros.

—¿Y mis sombras? —le preguntó Manon a Asterin—. ¿Cómo van?

Edda y Briar, dos primas que eran tan cercanas como hermanas, se habían entrenado desde la infancia para ocultarse en cualquier resquicio de

oscuridad y escuchar, y no estaban a la vista en este salón. Tal como Manon había ordenado.

—Te tendrán un informe listo esta noche —dijo Asterin. Las sombras eran primas lejanas de Manon y tenían el mismo cabello del color de la luna. O lo tenían, antes de haber descubierto hacía ochenta años que el cabello plateado era casi como un faro y entonces se lo tiñeron de negro. Rara vez hablaban, nunca reían y a veces incluso la misma Asterin no podía detectarlas hasta que las tenía en la garganta. Era su única fuente de diversión: sorprender a las personas, aunque nunca se habían atrevido a hacérselo a Manon. No era de

sorprender que hubieran pedido dos guivernos color ónix.

Manon miró a su segunda y a su tercera:

—Quiero que las dos estén en mi habitación cuando me entreguen el informe.

—Le pediré a Lin y a Vesta que vigilen —dijo Asterin. Eran las guardias de repuesto de Manon, Vesta por sus sonrisas que desarmaban y Lin porque si alguien la llamaba por su nombre completo, Linnea, el nombre que le había dado su madre de corazón blando antes de que la abuela de Lin le arrancara el corazón, entonces esa persona, lo menos que podía esperar era

perder unos dientes. O lo peor, perder toda la cara.

Manon estaba a punto de alejarse cuando descubrió a su segunda y su tercera observándola. Sabía cuál era la pregunta que no se atrevían a hacer y dijo:

—Estaré volando con Abraxos en una semana, y luego volaremos todas como una.

Era mentira, pero le creyeron de todas maneras.

Capítulo 28

Pasaron los días y no todos fueron horribles. De la nada, Rowan decidió llevar a Celaena a la comuna de sanadores a veinticinco kilómetros de distancia, donde habían aprendido,

enseñado y trabajado los mejores sanadores del mundo. Estaba situada en la frontera entre el mundo de las hadas y el mortal, y le permitían el acceso a cualquiera que lograra llegar. Era una de las pocas cosas buenas que Maeve había hecho.

De niña, Celaena le había rogado a su madre que la trajera a este sitio. Pero su respuesta siempre había sido no, acompañada por una promesa vaga de que algún día harían un viaje a la Torre Cesme en el continente del sur, donde muchas de las maestras habían recibido su educación de las hadas. Su madre había hecho todo lo posible para mantenerla alejada de las garras de

Maeve. Desde luego, Celaena no pasaba por alto semejante ironía.

Así que Rowan la llevó. Podría haber pasado todo el día, todo el mes, caminando por la zona bajo la mirada inteligente y amable de la sanadora en jefe. Pero su tiempo en este sitio estaba dividido a la mitad a causa de la distancia y su incapacidad para transformarse, y Rowan quería estar de regreso en casa antes de que cayera la noche. Honestamente, a pesar de que se divirtió en este pacífico recinto a las orillas del río, se preguntó si Rowan la habría traído solo para hacerla sentir mal por la vida en la que había caído. Eso la hizo permanecer en silencio

durante la larga caminata de regreso.

Y él no le permitió descansar ni un solo momento. Planeaba volver a viajar al día siguiente al amanecer. Irían a un sitio donde pasarían la noche, pero no le diría dónde. Fantástico.

Emrys ya estaba preparando el pan de ese día y apenas le llamó un poco la atención cuando Celaena entró rápidamente, se embutió algo de comida a toda prisa, tomó un té y salió corriendo nuevamente.

Rowan la estaba esperando junto a su habitación con un pequeño paquete colgando de sus manos. Lo abrió frente a ella.

—Ropa —dijo, y ella metió a la

bolsa la camisa adicional y la ropa interior que ya tenía preparadas. Él se la echó al hombro, lo cual le hizo suponer que estaba de buen humor, ya que estaba segura de que ella sería la bestia de carga en su recorrido a donde fuera que se dirigieran. Él no le dijo nada hasta que iban entre los árboles cubiertos de niebla, nuevamente en dirección al oeste. Cuando los muros de la fortaleza desaparecieron tras ellos, la magia de los vigías de roca zumbó contra su piel cuando pasaron y él se detuvo, al fin, para quitarse la capucha pesada de su chamarra. Ella hizo lo mismo y el aire fresco le tocó las mejillas cálidas.

—Transfórmate y vámonos —dijo

él. Era la segunda vez que lo escuchaba decir algo esa mañana.

—Y yo que ya me había hecho ilusiones de que nos haríamos amigos.

Él arqueó las cejas e hizo un gesto con la mano para indicarle que se transformara.

—Está a treinta kilómetros —dijo para animarla y le sonrió con malicia—. Iremos corriendo, de ida y de regreso.

Las rodillas le temblaban al pensarlo. Por supuesto que convertiría esto en una especie de sesión de tortura. Por supuesto.

—¿Y adónde vamos?

Rowan apretó la mandíbula y su tatuaje se estiró.

—Hay otro cuerpo, un hada mestiza de una fortaleza vecina. Lo dejaron en la misma área, con los mismos patrones. Quiero ir al pueblo vecino para hacerles preguntas a los ciudadanos, pero… —su boca se torció hacia un lado y luego sacudió la cabeza un poco más por la conversación silenciosa que estaba teniendo consigo mismo—. Pero necesito tu ayuda. Será más sencillo para los mortales hablar contigo.

—¿Eso es un cumplido?

Él puso los ojos en blanco.

Tal vez la salida del día anterior al recinto de los sanadores no había sido por venganza. Tal vez él… había intentado hacer algo amable por ella.

—Transfórmate o nos tomará el doble de tiempo.

—No puedo. Sabes que no funciona así para mí.

—¿No quieres saber qué tan rápido puedes correr?

—No puedo usar mi otra forma en Adarlan de todas maneras, así que ¿qué caso tiene?

Eso sería el inicio de un asunto de enorme importancia que aún no se había permitido considerar.

—El punto es que estás aquí ahora, y que no has probado tus límites adecuadamente —eso era cierto. No había visto en realidad lo que era capaz de hacer—. El punto es que apareció

otro cascarón de cuerpo y eso me parece inaceptable.

Otro cuerpo, víctima de aquella criatura. Una muerte horrible y espantosa. Era inaceptable.

Le dio un tirón fuerte y doloroso a la trenza de Celaena.

—A menos que tengas miedo todavía.

A ella se le abrieron las fosas nasales.

—Lo único que me da miedo es cuántas ganas tengo de ahorcarte.

Más que eso, quería encontrar a la criatura y destruirla, por las personas que había asesinado y por lo que la había obligado a recorrer. La mataría

lentamente. Una especie de presión horrible y de calor empezó a acumularse bajo su piel.

Rowan murmuró:

—Concéntrala… la rabia.

¿Qué era lo que le había dicho sobre el cuerpo? Infeliz, infeliz desgraciado por manipularla, por obligarla a cumplir con los turnos dobles en la cocina. Pero su rostro era indescifrable cuando dijo:

—Permite que sea una cuchilla, Aelin. Si no puedes encontrar paz, entonces al menos concentra el enojo que te lleva a transformarte. Acéptalo y contrólalo, no es tu enemigo.

Arobynn había hecho todo lo que pudo para hacerla odiar su herencia,

temerla. Lo que le había hecho, en lo que ella misma se había permitido convertirse…

—Esto no terminará bien —exhaló.

Sin embargo, no cedió.

—Mira lo que quieres, Aelin, y tómalo. No lo pidas, no lo desees. Tómalo.

—Estoy segura de que el instructor mágico promedio no le recomendaría esto a la mayoría de la gente.

—Tú no eres la mayoría de la gente y creo que te gusta que así sea. Si un conjunto de emociones más oscuras te ayudará a transformarte a voluntad, entonces eso será lo que usaremos. Tal vez llegue un día en el cual te des cuenta

de que el enojo no funciona, o que ya se ha convertido en un apoyo innecesario, pero por el momento… —le dirigió una mirada contemplativa—. El enojo, de varios tipos, ha sido el común denominador en todas las ocasiones que te has transformado. Así que asúmelo.

Tenía razón, y ella no quería pensar en eso más a fondo, ni terminar muy enojada, no ahora que no se había enojado así por tanto tiempo. Por lo pronto…

Celaena respiró profundamente. Luego lo hizo otra vez. Dejó que el enojo la anclara, un cuchillo que cortaba más allá de las vacilaciones normales, de las dudas y del vacío.

Se acercó a esa pared interior que ya le resultaba familiar. No… era más bien un velo que brillaba con luz suave. Todo este tiempo había estado buscando el poder hacia abajo, pero esto era más hacia el interior. No era un deseo sino una orden. Se transformaría, porque había una criatura recorriendo estas tierras y merecía pagar por lo que hacía. Con un gruñido silencioso, logró pasar por el velo y sintió el dolor que recorría cada centímetro y cada poro de su cuerpo al transformarse.

Con una sonrisa feroz y desafiante, Rowan se movió, tan rápido que apenas pudo seguirlo cuando apareció del otro lado y le volvió a jalar la trenza.

Cuando se dio la vuelta, él ya se había ido y ella gritó cuando él le pellizcó el costado…

—Déjame…

El maestro estaba parado frente a su pupila ahora, con una invitación salvaje en la mirada. Ella había estado estudiando la manera en que se movía, sus trucos y lo que lo delataba, la manera en que suponía que ella iba a reaccionar. Así que cuando se cruzó de brazos, fingiendo el berrinche que él anticipaba, ella esperó. Esperó y luego…

Él se dirigió a la izquierda para pellizcarla o picarla o pegarle y ella se dio la vuelta rápidamente y le golpeó el

brazo con el codo y le dio un golpe en la cabeza con la otra mano. Rowan se quedó inmóvil y parpadeó un par de veces. Ella le sonrió burlona.

Él le mostró los dientes con una sonrisa salvaje y paralizante.

—Oh, más te vale que corras ahora.

Cuando él se lanzó, ella salió disparada entre los árboles.

Tenía la sospecha de que Rowan la estaba dejando adelantarse durante los primeros minutos porque, aunque se movía más rápidamente, apenas lograba

ajustar lo suficiente su cuerpo alterado para saltar sobre las rocas y los árboles caídos. Él le había dicho que irían al suroeste y Celaena se dirigió hacia allá. Iba esquivando los árboles y dejó que la rabia se fuera consumiendo y se fuera transformando en otra cosa por completo.

Rowan era una línea de plata y blanco a su lado y detrás de ella. Cada vez que se acercaba demasiado, ella giraba hacia otra parte, poniendo sus sentidos a prueba cuando le anunciaban la presencia de un árbol que no había visto, el olor del roble y el musgo y las cosas vivientes, la frescura abierta de la niebla que pasaba entre ellos como un

camino a seguir.

Llegaron a una planicie y el suelo se volvió fácil bajo sus botas. Más rápido, quería ver si podía ir más rápido, si podía ser más rápida que el mismo viento.

Rowan apareció a su izquierda y ella movía sus brazos y sus piernas, saboreando el aire en sus pulmones, suave y tranquilo, listo para ver qué haría a continuación. Más, este cuerpo quería más.

Ella quería más.

Y entonces estaba avanzando más rápido que en toda su vida. Los árboles se convirtieron en un borrón y su cuerpo inmortal iba cantando mientras dejaba

que sus ritmos se fueran acomodando. Sus pulmones poderosos iban comiéndose el aire neblinoso a grandes tragos y se llenaban con el olor y el gusto del mundo; iba guiada solamente por el instinto y sus reflejos, que le decían que podía ir todavía más rápido, sus pies se iban comiendo la tierra margosa paso tras paso tras paso.

Dioses. Oh, dioses.

Podría haber volado, podría haberse elevado con la explosión repentina de éxtasis en su sangre, la libertad pura que sintió por la maravilla de la creación que era su cuerpo.

Rowan llegó a su lado por la derecha, y ella esquivó un árbol con tal

facilidad que dejó salir un grito y luego se lanzó entre dos ramas bajas que apenas fueron obstáculos a superar con sus habilidades felinas.

Rowan venía de nuevo a su lado, intentando alcanzarla con una mordida, pero ella se dio la vuelta y saltó sobre una roca y dejó que los movimientos que había aprendido como asesina se fundieran con los instintos de su cuerpo de hada.

Podría haber muerto de amor por esta velocidad, por la seguridad de sus huesos. ¿Cómo había sentido temor de este cuerpo durante tanto tiempo? Incluso su alma se sentía más libre. Como si hubiera estado encerrada y

enterrada y apenas ahora hubiera empezado a soltarse. No era dicha, tal vez nunca lo sería, pero era un destello de lo que había sido antes de que el dolor la hubiera diezmado de manera tan absoluta.

Rowan corrió a su lado pero no hizo ningún ademán de agarrarla. No, Rowan estaba… jugando.

Le lanzó una mirada, respirando con fuerza pero regularmente. Y quizá fue el sol que brillaba entre las hojas de los árboles, pero podría jurar que le había visto la mirada brillando con un destello de esa misma satisfacción animal. Podría haber jurado que estaba sonriendo.

Fueron los treinta kilómetros más rápidos de su vida. Ciertamente los últimos cinco fueron más lentos, y para cuando Rowan hizo que se detuvieran, ambos estaban dando bocanadas de aire. Hasta ese momento, cuando se miraron uno al otro entre los árboles, Celaena se dio cuenta de que la magia nunca se había encendido, nunca había intentado dominarla o hacer erupción. La podía sentir esperando en su estómago, cálida pero tranquila. Durmiendo.

Se limpió el sudor de la frente, el cuello, la cara. Aunque estaba jadeando,

todavía podría haber corrido varios kilómetros más. Dioses, si hubiera sido así de rápida la noche que Nehemia…

No hubiera habido ninguna diferencia. Nehemia había organizado cada uno de los pasos de su propia destrucción y habría encontrado alguna otra manera. Y solo lo había hecho porque Celaena se había negado a ayudar, se había negado a actuar. Tener este glorioso cuerpo de hada no cambiaba nada.

Parpadeó y se dio cuenta de que había estado mirando a Rowan, y que la satisfacción que había visto en su rostro nuevamente se había convertido en hielo. Le lanzó algo a ella, la camisa que

traía cargando.

—Cámbiate.

Él se dio la vuelta y se quitó la camisa. Su espalda estaba tan bronceada y llena de cicatrices como el resto de su cuerpo. Pero ver esas marcas no la hacía querer que él viera lo maltratada que estaba la suya, así que se metió entre los árboles hasta que estuvo segura de que él no podía verla y se cambió de camisa. Cuando regresó al lugar donde estaba el paquete, él le lanzó una cantimplora con agua y ella bebió. Sabía… Podía saborear cada capa de minerales en el agua y el olor mismo de la cantimplora.

Para cuando llegaron al poblado de techos rojos, Celaena ya podía respirar

de nuevo.

Rápidamente averiguaron que era casi imposible que alguien hablara, en especial a dos visitantes del pueblo de las hadas. Celaena se debatió entre regresar a su forma humana o no, pero con su acento y su humor cada vez peor, estaba bastante segura de que una mujer de Adarlan no sería mucho mejor recibida que un hada. Las ventanas se iban cerrando cuando ellos pasaban, probablemente por Rowan, quien parecía, ni más ni menos, la encarnación de la muerte. Pero él estaba sorprendentemente tranquilo con los pobladores que abordaron. No levantó la voz, no gruñó, no amenazó. Tampoco

sonrió, pero para los estándares de Rowan, estaba francamente alegre.

De cualquier manera, no lograron nada. No, no habían escuchado sobre un hada mestiza perdida ni sobre otros cuerpos. No, no habían visto gente extraña en los alrededores. No, el ganado no había desaparecido, aunque sí había un ladrón de pollos en un pueblo más adelante. No, estaban perfectamente seguros y protegidos en Wendlyn y no les gustaba que las hadas y hadas mestizas vinieran a meterse en sus asuntos.

Celaena ya se había dado por vencida intentando coquetear en la posada con un mozo de cuadra con la

cara llena de cicatrices, quien se había quedado boquiabierto con sus orejas y colmillos como si estuviera a un instante de comérselo vivo.

Caminó por la calle principal, que era bastante agradable. Tenía hambre y estaba cansada y molesta de que iban a tener que dormir en sus colchonetas al aire libre porque el posadero dijo que no había habitaciones. Rowan empezó a caminar a su lado y por las nubes de su mirada supo cómo le había ido en su conversación con la doncella de la taberna.

—Podría creer que es una criatura semisalvaje si al menos uno de ellos conociera a la gente que desapareció —

pensó Celaena en voz alta—. ¿Pero elegir sistemáticamente a personas que nadie extrañará ni notará que no están? Eso indica que la criatura es lo suficientemente consciente como para saber a quién atacar. El atacar a hadas mestizas tuvo que ser un mensaje, ¿pero cuál? ¿Que nos mantengamos alejados? ¿Entonces por qué dejar los cuerpos, para empezar?

Se agarró la punta de la trenza y se detuvo frente a la ventana de un sastre. Había vestidos sencillos pero de buen corte en exhibición, aunque nada como las modas elegantes e intrincadas de Rifthold.

Alcanzó a ver al tendero pálido y

con los ojos muy abiertos y, un instante después, la mujer cerró las cortinas bruscamente. Muy bien, pues.

Rowan resopló y Celaena volteó a verlo.

—Tú estás acostumbrado a esto, supongo…

—Muchas de las hadas que se aventuran a las tierras mortales se han ganado una reputación por… por tomar lo que quieren. Durante muchos años lo siguieron haciendo sin control. Nuestras leyes son mucho más estrictas ahora, pero a pesar de eso el miedo permanece.

¿Eso sería una crítica a Maeve?

—¿Quién se encarga de que se acaten estas leyes?

Una sonrisa oscura.

—Yo. Cuando no estoy en campañas, mi tía me ha puesto a cazar a los delincuentes.

—¿Y a matarlos?

La sonrisa permaneció.

—Si la situación lo amerita. O solo llevarlos de vuelta a Doranelle para que Maeve decida qué hacer con ellos.

—Creo que yo preferiría la muerte a manos tuyas que a manos de Maeve.

—Tal vez esa sea la primera cosa sensata que me has dicho.

—Las hadas mestizas me contaron que tienes otros cinco amigos guerreros. ¿Cazan contigo? ¿Qué tan frecuentemente los ves?

—Los veo cuando la situación lo amerita. Maeve los pone a servir como ella considera adecuado, así como hace conmigo —dijo con tono cortante—. Es un honor ser un guerrero al servicio de su círculo interno.

Celaena no había sugerido lo contrario, pero se preguntó por qué había sentido la necesidad de mencionarlo.

La calle a su alrededor estaba vacía; incluso las carretas de alimentos estaban abandonadas. Respiró profundamente, olfateando, y… ¿eso era chocolate?

—¿Trajiste dinero?

Rowan arqueó una ceja con reserva.

—Sí. Pero no aceptarán tus

sobornos.

—Bien, más para mí entonces —señaló el letrero que se mecía con la brisa del mar: «Dulcería»—. Si no podemos ganárnoslos con nuestros encantos, tal vez podamos lograrlo haciendo negocios con ellos.

—¿Acaso no escuchaste lo que acabo…? —pero ella ya había llegado a la tienda, que olía divino y estaba llena de chocolates y dulces y, ¡oh, dioses!, trufas de avellana. A pesar de que la dulcera palideció al verlos entrar y ocupar todo el espacio de su tienda, Celaena le sonrió amablemente a la mujer.

Primero muerta que dejar que estas

personas continuaran cerrándole las cortinas en la cara o creyendo que había llegado ahí para saquear. Nehemia nunca permitió que los idiotas engreídos y prejuiciosos de Rifthold la dejaran afuera de ninguna tienda, restaurante o casa.

Y Celaena sentía que su amiga podría haberse sentido orgullosa de la manera en la que recorrió tienda tras tienda esa tarde, con la cabeza en alto y conquistando a todos y cada uno de los pobladores.

Cuando se corrió la voz de que había dos hadas extranjeras que estaban gastando plata en chocolates, luego en algunos libros, luego en pan fresco y carne, las calles volvieron a llenarse. Los vendedores que llevaban de todo, desde manzanas y especias hasta relojes de bolsillo, de pronto estaban ansiosos por charlar, siempre y cuando vendieran algo.

Cuando Celaena entró al gremio de los mensajeros para enviar una carta, les preguntó a algunos de los novicios si habían contratado a alguien de interés. Le respondieron que no, pero de todas maneras les dio una buena propina.

Rowan iba cargando amablemente

cada una de las bolsas y cajas que Celaena compró, salvo los chocolates, que ella se iba comiendo mientras caminaban, uno tras otro tras otro. Cuando le ofreció uno, respondió que no comía dulces. Nunca. No era de sorprenderse.

Al final, los pobladores no supieron nada, lo cual era bueno de cierta forma porque eso quería decir que no habían mentido, pero el vendedor de cangrejos sí dijo que había encontrado algunos cuchillos tirados, cuchillos pequeños y afilados como la muerte, recientemente en sus redes. Los lanzó todos de vuelta al agua como regalos para el dios del mar. La criatura había succionado a

estas personas, no las había cortado. Así que era probable que los soldados de Wendlyn hubieran perdido un contenedor con sus cuchillos en alguna tormenta.

Al anochecer, el posadero incluso se acercó a ellos para comentarles que una habitación se había desocupado repentinamente. La mejor habitación del pueblo, dijo, pero Celaena empezó a preguntarse si estarían llamando la atención de algunos individuos indeseables y no estaba de humor para ver a Rowan destripar a un ladrón. Así que rechazó la oferta amablemente y siguieron caminando por la calle mientras la luz se hacía más densa y dorada, y regresaron al bosque de

nuevo.

No había sido un mal día, pensó mientras empezaba a quedarse dormida bajo las copas de los árboles. Nada malo.

Su madre la había llamado «Corazón de Fuego».

Pero para su corte, para su gente, ella sería algún día la reina. Para ellos, ella era la heredera de dos líneas de sangre muy fuertes, y de un poder tremendo que los mantendría a salvo y elevaría su reino a alturas todavía

mayores. Un poder que era un don, o un arma.

Ese había sido el debate casi constante durante los primeros ocho años de su vida. Conforme fue creciendo empezó a ser obvio que, aunque había heredado los rasgos de su madre, también había recibido el temperamento volátil y lo salvaje de su padre, y las preguntas cautelosas se fueron haciendo más frecuentes y se formulaban de parte de gobernantes en reinos lejanos al de ellos.

Y en días como este, sabía que todos escucharían sobre el evento, para bien o para mal.

Se suponía que debía estar dormida,

tenía puesto su camisón favorito de seda, y sus padres la habían llevado a acostarse unos minutos antes. Aunque le habían dicho que no, ella sabía que estaban exhaustos y frustrados. Había visto la manera en que estaba actuando la corte y cómo su tío le puso una mano amablemente a su papá en el hombro y le dijo que la subiera a la cama.

Pero ella no podía dormir, no si su puerta estaba abierta y podía escuchar a sus padres desde la recámara en la suite que compartían en los niveles superiores del castillo blanco. Ellos pensaban que estaban hablando en voz baja, pero la niña los escuchaba con sus orejas de inmortal en la oscuridad.

—No sé qué es lo que esperas que haga, Evalin —dijo su padre. Casi podría escucharlo caminar alrededor de la cama gigantesca donde ella había nacido—. Lo hecho, hecho está.

—Diles que fue una exageración, diles que los bibliotecarios hicieron un escándalo por nada —dijo su madre con voz sibilante—. Haz correr el rumor de que lo hizo alguien más y que intentó culparla a ella…

—¿Todo esto es por Maeve?

—Todo esto es porque la van a cazar, Rhoe. Durante toda su vida. Maeve y los otros la cazarán por este poder…

—¿Y tú crees que al estar de

acuerdo en permitir que esos bastardos le prohíban la entrada a la biblioteca eso evitará que lo hagan? Dime, ¿por qué ama tanto la lectura nuestra hija?

—Eso no tiene nada que ver.

—Dime —como su madre no respondió, su padre gruñó—. Tiene ocho años, y me dijo que sus mejores amigos son los personajes de los libros.

—Tiene a Aedion.

—Tiene a Aedion porque él es el único niño de este castillo que no está aterrado con ella, el único a quien no mantienen alejado porque hemos sido laxos con el entrenamiento de nuestra hija. Necesita entrenamiento, Ev, entrenamiento y amigos. Si no tiene

ninguna de esas dos cosas entonces sí se convertirá en lo que temen.

Silencio y, luego, un sonido junto a su cama.

—No soy un niño —dijo Aedion desde la silla donde estaba sentado con los brazos cruzados. Se había metido aquí después de que los padres de la pequeña salieron, para hablar con ella en voz baja, como hacían con frecuencia cuando estaba molesta—. Y no sé por qué es malo que yo sea tu único amigo.

—Silencio —le dijo.

Aunque Aedion no podía transformarse, su sangre mixta le permitía escuchar con un alcance y exactitud superiores, incluso mejor que

ella. Y aunque era cinco años mayor, él era su único amigo. Ella amaba su corte, sí, amaba a los adultos que la consentían y la dejaban hacer lo que quería. Pero los pocos niños que vivían en el castillo se mantenían alejados, a pesar de lo que les pidieran sus papás. *Como perros* —pensaba a veces—. *Los demás podían oler sus diferencias*.

—Necesita amigos de su edad —continuó su padre—. Tal vez deberíamos mandarla a la escuela. Cal y Marion han estado hablando sobre enviar a Elide el año entrante…

—Nada de escuelas. Y ciertamente no a esa dizque escuela de magia que está tan cerca de la frontera, y menos

ahora que no sabemos lo que está planeando Adarlan.

Aedion dejó salir una exhalación y puso las piernas sobre el colchón. Su rostro bronceado estaba inclinado hacia la puerta entreabierta. Su cabello dorado brillaba levemente pero tenía el ceño fruncido. Ninguno de los dos se sintió contento cuando los separaron y la última vez que uno de los niños del castillo lo había molestado por eso, Aedion tuvo que pasar un mes paleando estiércol de caballo por haberle dado una paliza.

Su padre suspiró:

—Ev, no te quiero hacer enojar, pero no nos estás facilitando esto. Ni a

nosotros ni a ella.

Su madre se mantuvo en silencio y ella escuchó un movimiento de telas y un murmullo de «Lo sé, lo sé» antes de que sus padres empezaran a hablar en voz demasiado baja incluso para sus oídos de hada.

Aedion volvió a gruñir, sus ojos, que eran iguales a los de ella, brillaron en la oscuridad.

—No sé por qué tanto escándalo. ¿Qué importa si quemaste algunos libros? Esos bibliotecarios se lo merecían. Cuando seamos mayores, tal vez quememos la biblioteca entera.

Sabía que él hablaba en serio. Quemaría la biblioteca, la ciudad o el

mundo entero hasta que solo quedaran cenizas si ella se lo pedía. Era su vínculo, marcado por la sangre y el olor y por alguna otra cosa que ella no lograba definir. Un vínculo tan fuerte como el que la ataba a sus padres. Más fuerte en cierta forma.

No le respondió, no porque no tuviera una respuesta, sino porque la puerta rechinó, y antes de que Aedion pudiera esconderse, su habitación estaba inundada de la luz del pasillo.

Su madre estaba cruzada de brazos. Su padre, sin embargo, con su cabello castaño iluminado por la luz de afuera y el rostro entre las sombras, se rio un poco.

—Típico —dijo y dio un paso al lado para que Aedion pudiera irse—. ¿No tienes que levantarte en la madrugada para entrenar con Quinn? Llegaste cinco minutos tarde esta mañana. Dos días seguidos te harán ganar una semana de trabajo en los establos. De nuevo.

En un abrir y cerrar de ojos, Aedion se puso de pie y salió. A solas con sus padres, ella deseó poder fingir que dormía, pero dijo:

—No quiero ir a la escuela.

Su padre caminó hasta su cama, era el guerrero que Aedion aspiraba a ser. Ella había escuchado que la gente lo llamaba «el príncipe guerrero» y decían

que algún día sería un rey poderoso. A veces pensaba que su padre no tenía ningún interés en ser rey, en especial en los días que la llevaba a los Staghorns y la dejaba vagar por Oakwald en busca del Señor del Bosque. Nunca lo vio más contento que en esos momentos, y siempre se veía algo triste al regresar a Orynth.

—No vas a ir a la escuela —le dijo mirando por arriba del hombro a su madre, que seguía en la puerta y tenía el rostro todavía entre las sombras—. ¿Pero entiendes por qué los bibliotecarios actuaron como lo hicieron hoy?

Por supuesto que entendía. Se sentía

muy mal por haber quemado los libros. Había sido un accidente y sabía que su padre le creía. Ella asintió y dijo:

—Perdón.

—No tienes nada de qué pedir perdón —le dijo su padre con un gruñido en la voz.

—Me gustaría ser como los demás —dijo ella.

Su madre permaneció en silencio, inmóvil, pero su padre la tomó de la mano.

—Lo sé, cariño. Pero aunque no tuvieras un don, de todas maneras serías nuestra hija, seguirías siendo una Galathynius y su reina algún día.

—No quiero ser reina.

Su padre suspiró. Esta era una conversación que ya habían tenido. Le acarició el cabello.

—Lo sé —dijo nuevamente—. Ahora duerme y hablaremos de esto en la mañana.

Ya no lo hablarían. Ella sabía que no, porque sabía que no había manera de escapar a su destino, aunque a veces rogaba a los dioses que se pudiera. Se acostó de todas maneras, y lo dejó que le besara la cabeza y le murmurara buenas noches.

Su madre siguió sin decir nada, pero cuando su padre salió de la habitación, Evalin se quedó mirándola largo rato. Cuando empezaba a quedarse dormida,

su madre se fue, y cuando volteó podría haber jurado que había lágrimas brillando en su rostro pálido.

Celaena se despertó bruscamente, apenas capaz de moverse, de pensar. Seguramente el olor, ese olor maldito, ¡por los dioses!, del cuerpo del día anterior, le había provocado ese sueño. Era una agonía ver los rostros de sus padres, ver a Aedion. Parpadeó, concentrándose en su respiración, hasta que ya no estaba en esa recámara hermosa como un alhajero, hasta que el

olor a pino y a nieve del viento del norte había desaparecido y podía ver la niebla de la mañana enredándose entre las copas de los árboles sobre ella. El musgo frío y húmedo mojaba su ropa; la sal del mar próximo flotaba espesa en el aire. Levantó la mano para examinar la larga cicatriz que tenía tallada en la palma.

—¿Quieres desayunar? —le preguntó Rowan desde donde estaba agachado frente a unos troncos sin encender. Era la primera vez que lo veía hacer una fogata. Ella asintió y luego se frotó los ojos con la parte inferior de las manos—. Entonces enciende la fogata —le ordenó.

—No puedes decirlo en serio.

Ni siquiera se dignó a responder. Gimiendo, ella se dio la vuelta en su colchoneta hasta que quedó sentada con las piernas cruzadas de frente a los troncos. Estiró una mano hacia la madera.

—Señalar es una mala costumbre. Tu mente puede dirigir las flamas perfectamente bien.

—Tal vez prefiera el dramatismo.

Él la miró de una manera que ella interpretó como «Enciende la fogata. Ahora».

Se volvió a frotar los ojos y se concentró en los leños.

—Con cuidado —dijo Rowan y ella

se preguntó si lo que había escuchado en su voz era aprobación cuando la leña empezó a humear—. Un cuchillo, recuerda. Tú tienes el control.

Un cuchillo que estaba cortando un trozo pequeño de magia. Podía dominar esto. Encender una fogata.

Dioses, se sentía tan pesada nuevamente. Ese sueño estúpido, o recuerdo, o lo que hubiera sido. Ese día sería complicado.

Se abrió un pozo en su interior y la magia salió rompiendo las paredes antes de que ella pudiera gritar una advertencia.

Incineró toda el área alrededor.

Cuando el humo y las flamas

desaparecieron gracias al viento de Rowan, él simplemente suspiró.

—Al menos no entraste en pánico y regresaste a tu forma humana.

Celaena supuso que eso había sido un cumplido. Había sentido la magia como una liberación, un golpe que había podido dar. La presión bajo su piel había disminuido.

Así que Celaena simplemente asintió. Pero transformarse sería, al parecer, el menor de sus problemas.

Capítulo 29

Solo había sido un beso, se dijo Sorscha a sí misma todos los días subsiguientes. Un beso rápido y sin aliento que había puesto a girar todo el mundo. El hierro en la melaza había funcionado, aunque el

sabor le molestaba tanto a Dorian que habían tenido que empezar a modificar la dosis y a encontrar formas de disimularla. Si lo descubrían ingiriendo polvos a todas horas del día, eso podría llevar a que le hicieran preguntas.

Así que lo convirtió en un tónico anticonceptivo que debía tomar a diario. Porque nadie se sorprendería de eso para nada, no con su reputación. Sorscha seguía afirmándose que el beso no había significado nada más que un «gracias» de camino a la puerta de la habitación de Dorian en la torre con su dosis diaria en la mano.

Tocó y el príncipe le pidió que entrara. La perrita de la asesina estaba

echada en la cama y el príncipe estaba recostado en un sillón desgastado. Se enderezó y le sonrió de esa manera tan suya.

—Creo que encontré una mejor combinación: la menta tal vez sepa mejor que la salvia —dijo ella con un vaso de líquido rojizo. Él se le acercó pero había algo en su manera de caminar, una especie de acecho, que la hizo enderezarse. En especial cuando dejó su vaso en una mesa y se quedó mirándola larga y profundamente—. ¿Qué? —dijo ella exhalando y dio un paso hacia atrás.

El príncipe tomó la mano, no con tanta fuerza como para lastimarla pero sí

la suficiente para evitar que retrocediera.

—Entiendes los riesgos y de todas maneras me estás ayudando —le dijo—. ¿Por qué?

—Es lo correcto.

—Las leyes de mi padre dicen lo contrario.

Ella se ruborizó.

—No sé qué quieres que te diga.

Sus manos se sentían frescas cuando le acarició las mejillas y sus callos la rasparon suavemente.

—Solo quiero agradecerte —murmuró acercándose—. Por atenderme y no huir.

—Yo… —se sentía como si se

estuviera quemando desde el interior e intentó zafarse con fuerza para que él la dejara ir. Amithy tenía razón, aunque fuera desagradable. Había muchas mujeres hermosas aquí y cualquier cosa más allá del coqueteo terminaría mal. Él era el príncipe heredero y ella no era nadie. Hizo un ademán hacia el cáliz—. Si no es mucha molestia, Su Majestad —le dijo y él alzó los hombros al escucharla llamarlo por su título—, por favor, avíseme cómo funciona este.

No se atrevió a decirle «con su permiso» ni «adiós» ni nada que la mantuviera un instante más en esa habitación. Y él no intentó detenerla cuando ella salió y cerró la puerta.

Sorscha se recargó contra la pared de roca en el vestíbulo angosto con una mano sobre su corazón desbocado. Era lo más inteligente, era lo correcto. Había sobrevivido todo este tiempo, y solo sobreviviría el camino que quedaba por delante si continuaba pasando desapercibida, confiable, callada.

Pero no quería pasar inadvertida para él, no para siempre.

Él la hacía querer reír y cantar y sacudir el mundo solo con su voz.

La puerta se abrió de par en par y lo vio en el umbral, solemne y precavido.

Tal vez podría no haber futuro, no haber esperanza de nada más, pero solo de verlo parado ahí, en ese momento,

sentía ganas de ser egoísta y estúpida y descuidada.

Todo podría irse al infierno mañana, pero tenía que saber lo que era, solo por un momento, pertenecer a alguien, ser deseada y adorada.

Él no se movió, no hizo nada salvo quedarse mirando, viéndola exactamente como ella lo veía a él, y ella lo tomó de las solapas de su túnica, acercó su rostro al de ella y lo besó con ferocidad.

Chaol casi había perdido la capacidad de concentrarse durante los días

anteriores debido a esa junta que estaba a punto de tener. Ren y Murtaugh se habían tardado más de lo que él anticipaba para estar listos y reunirse con él: su primer encuentro desde aquella noche en los barrios bajos. Chaol tenía que esperar a su siguiente noche libre, Aedion tenía que encontrar un sitio seguro y luego tenían que coordinar con los dos señores de Terrasen. Él y el general salieron del castillo por separado, y Chaol se odió cuando les mintió a sus hombres sobre a dónde iba, odió que le dijeran que se divirtiera, odió que confiaran en él, el hombre que iría a reunirse con sus enemigos mortales.

Chaol apartó esos pensamientos de su mente mientras se aproximaba al callejón oscuro a unas cuadras de la casa de huéspedes en ruinas donde se reunirían. Bajo su capa de capucha grande iba armado más que de costumbre. Cada respiración se sentía demasiado superficial. Un silbido de dos notas se escuchó al fondo del callejón y él lo repitió. Aedion avanzó entre la neblina que emanaba del Avery y serpenteaba cerca del piso. Tenía el rostro oculto en el cuello de su propia capa.

No traía la Espada de Orynth. En su lugar, portaba un surtido de cuchillos y dagas de pelea pegadas al cuerpo: era

un hombre capaz de entrar caminando al mismo infierno y salir sonriendo.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Chaol suavemente. Los barrios bajos estaban muy silenciosos esa noche, demasiado silenciosos para su gusto. Vestido como venía, pocos se atreverían a acercarse, pero la caminata por las calles retorcidas y oscuras había sido horrenda. Tanta pobreza y desesperanza y desesperación hacían que la gente se volviera peligrosa, que estuviera dispuesta a arriesgar cualquier cosa para arrancarle otro día a la vida.

Aedion se apoyó contra la pared de ladrillos derruida a sus espaldas.

—No te alteres. Llegarán pronto.

—Esperé suficiente para que me dieran esta información.

—¿Cuál es la prisa? —dijo Aedion con pereza mientras miraba por el callejón.

—Me iré de Rifthold en unas semanas para regresar a Anielle.

Aedion no lo miró directamente pero él podía sentir cómo el general se le quedaba viendo desde debajo de su capucha oscura.

—Pues no lo hagas… Diles que estás ocupado.

—Hice una promesa —le reveló Chaol—. Ya tuve que negociar para que me dieran más tiempo, pero quiero hacer… algo por el príncipe antes de

irme.

El general volteó entonces a verlo.

—Escuché que estabas distanciado de tu padre. ¿Por qué el cambio repentino?

Hubiera sido más fácil mentir, pero Chaol fue sincero:

—Mi padre es un hombre poderoso, tiene de su lado a muchos miembros influyentes de la corte y es parte del consejo del rey.

Aedion rio en voz baja.

—He chocado con él más de una vez en los consejos de guerra.

A Chaol, le hubiera encantado ver eso, pero no sonrió cuando le dijo a Aedion:

—Fue la única manera en que logré que la enviaran a Wendlyn.

Rápidamente explicó el trato que había hecho, y cuando terminó, Aedion exhaló largamente.

—Maldición —exclamó el general y sacudió la cabeza—. No pensé que ese tipo de honor siguiera existiendo en Adarlan.

Supuso que eso era un cumplido, y uno grande viniendo de Aedion.

—¿Y qué hay de tu padre? —preguntó Chaol aunque fuera solo para desviar la conversación del agujero que sentía en el pecho—. Sé que tu madre era pariente de… de ella, pero ¿qué hay de la línea de tu padre?

—Mi madre nunca admitió quién era mi padre, ni siquiera cuando estaba en su lecho de muerte —dijo Aedion sin emoción—. No sé si fue por vergüenza o porque no podía siquiera recordarlo, o para protegerme de alguna manera. Cuando me trajeron aquí, en realidad no me importaba. Pero prefiero no tener padre que tener al tuyo.

Chaol rio y podría haber hecho más preguntas de no ser porque se escuchó un tronar de botas sobre roca del otro lado del callejón, seguido de una respiración rasposa.

En un abrir y cerrar de ojos, Aedion ya tenía dos dagas de pelea en las palmas de las manos. Chaol desenfundó

su propia espada —una que había sacado de las barracas, insulsa y sin ninguna cualidad especial— cuando un hombre apareció ante ellos caminando con dificultad.

Tenía el brazo apretado contra la cintura y con el otro se sostenía de la pared de ladrillo de un edificio abandonado. Aedion instantáneamente ya estaba de nuevo en movimiento y metía los cuchillos en sus fundas otra vez. Hizo falta que Chaol lo escuchara decir «¿Ren?» para que también se apresurara hacia el joven.

Bajo la luz de la luna, la sangre de la túnica de Ren brillaba y formaba una mancha profunda.

—¿Dónde está Murtaugh? —exigió saber Aedion y pasó un brazo bajo los hombros de Ren.

—A salvo —jadeó Ren con el rostro pálido como la muerte. Chaol miró hacia ambos extremos del callejón—. Nos… siguieron. Intentamos perderlos —aunque no se alcanzaba a ver el gesto de dolor de Ren, Chaol lo pudo escuchar —. Me acorralaron.

—¿Cuántos? —preguntó Aedion suavemente, pero Chaol casi podía sentir la violencia que hervía dentro del general.

—Ocho —dijo Ren y resopló del dolor—. Maté a dos y luego me escapé. Me están siguiendo.

Entonces quedaban seis. Si no estaban heridos, era probable que no estuvieran lejos. Chaol examinó las rocas del empedrado detrás de Ren. La herida de su abdomen no podía ser demasiado profunda si había logrado evitar que el flujo de sangre dejara un rastro. Pero de todas maneras debía de ser un dolor agonizante, una posible herida fatal si había perforado el sitio equivocado.

Aedion se puso rígido. Había escuchado algo que Chaol no podía escuchar. En silencio, con cuidado, pasó al desfallecido Ren a los brazos de Chaol.

—Hay tres barriles a diez pasos de

distancia —dijo el general con calma letal mientras miraba la entrada al callejón—. Escóndanse detrás de ellos y mantengan la boca cerrada.

Eso era todo lo que Chaol necesitaba escuchar para llevarse cargado a Ren hasta los barriles. Cuando lo dejó en el suelo, Ren intentó ocultar un gemido de dolor y se mantuvo quieto. Había una grieta pequeña entre los dos barriles desde donde Chaol alcanzaba a ver el callejón y a los seis hombres que entraron en él caminando casi hombro con hombro. No podía distinguir mucho más que túnicas oscuras y capas.

Los hombres hicieron una pausa

cuando vieron a Aedion parado frente a ellos, aún con su capucha. El general sacó sus cuchillos de pelea y ronroneó:

—Ninguno de ustedes va a salir vivo de este callejón.

Así fue.

Chaol se maravilló ante la habilidad de Aedion: la velocidad y la agilidad y la completa confianza hacían que presenciar esto fuera como ver un baile brutal y sin misericordia.

Todo terminó poco después de haber empezado. Los seis atacantes parecían

sentirse cómodos con sus armas, pero contra un hombre con sangre de hada en las venas eran inútiles.

No cabía duda de por qué Aedion había ascendido a un rango tan alto y tan rápido. Nunca había visto a un hombre luchar así. Solo… solo Celaena se le había acercado. No podía decidir quién de ellos dos ganaría si alguna vez pelearan uno contra el otro, pero juntos… El corazón de Chaol se enfrió ante aquella noción. Seis hombres muertos en cuestión de minutos. Seis.

Aedion no estaba sonriendo cuando regresó con Chaol y dejó caer un trozo de tela en el piso frente a ellos. Incluso Ren, que jadeaba entre los dientes

apretados, miró.

Era material negro y pesado, y bordado con hilo oscuro, casi invisible salvo por el brillo de la luz de la luna, y tenía un guiverno. Era el sello real.

—No conozco a estos hombres —afirmó Chaol más para sí mismo que para proclamar su inocencia—. Nunca he visto este uniforme.

—Por lo que dicen —opinó Aedion aún con la rabia apenas contenida en la voz mientras movía la cabeza hacia los sonidos que Chaol no podía escuchar con sus orejas humanas—, hay más alrededor y están buscando en los barrios bajos, puerta por puerta, a Ren. Necesitamos ocultarnos.

Ren estaba lo suficientemente consciente todavía como para decirles:

—Yo sé dónde.

Capítulo 30

Chaol contuvo el aliento a lo largo de toda la caminata. Entre él y Aedion sostenían a Ren, que iba semiconsciente, y avanzaban como tres borrachos en busca de una noche de aventuras en los

barrios bajos. Las calles todavía estaban llenas a pesar de la hora y una de las mujeres que pasaron se agachó y tomó la túnica de Aedion y empezó a soltar una retahíla de palabras seductoras. Pero el general la apartó con una mano amable y dijo:

—Yo no pago por lo que puedo conseguir gratis.

De cierta forma, eso se sintió como una mentira, ya que Chaol no había visto o escuchado que Aedion compartiera la cama de nadie en todas estas semanas. Pero tal vez saber que Aelin estaba viva cambiaba sus prioridades.

Llegaron al salón de opio que Ren había mencionado en los momentos que

recuperaba la conciencia justo cuando los gritos de soldados que entraban a posadas, casas de huéspedes y tabernas se empezaban a escuchar por la calle. Chaol no quería esperar a ver quiénes eran y pasó por la puerta de madera tallada. El hedor de los cuerpos sin lavar, el desperdicio y el humo dulce se cuajaban en las fosas nasales de Chaol. Incluso Aedion tosió y miró a Ren, que casi era un peso muerto en sus brazos: una mirada de desaprobación.

Pero la madame de edad avanzada se dirigió rápidamente a ellos para saludarlos, con su túnica larga y su bata que fluían con algún viento fantasma, y los condujo por un pasillo de paredes

cubiertas de madera con pasos suaves sobre las alfombras coloridas pero desgastadas. Empezó a mencionar los precios de los especiales de esa noche, pero una mirada a sus ojos verdes y astutos le indicó a Chaol que conocía a Ren, era una mujer que probablemente se había construido su propio imperio aquí en Rifthold.

Los llevó a una alcoba separada por un velo y llena de cojines de seda desgastada que olían a humo dulce y a sudor y después de que le arqueó las cejas a Chaol, recibió de él tres piezas de oro. Ren gimió desde donde estaba tumbado en los cojines entre Aedion y Chaol, pero antes de que Chaol pudiera

decir una palabra, la madame regresó con un bulto en los brazos.

—Están en la casa de junto —afirmó con un acento hermoso y extraño—. Dense prisa.

Había traído una túnica. Aedion se apresuró a desvestir a Ren, cuyo rostro estaba pálido como la muerte y tenía sangre en los labios. El general maldijo cuando vio la herida, un tajo en la parte inferior del abdomen.

—Un poco más profunda y tendría los intestinos colgando —dijo Aedion. Tomó una tira de la tela limpia de la madama y la envolvió alrededor del abdomen musculoso del joven. Ren tenía muchas cicatrices por todas partes.

Probablemente, si sobrevivía, esta no sería la peor de todas.

La madama se hincó frente a Chaol y abrió la caja que tenía en sus manos. Había tres pipas ahora en la mesa baja que tenían frente a ellos.

—Necesitan fingir su parte —dijo en voz baja y miró por encima de su hombro hacia el velo negro, sin duda calculando cuánto tiempo les quedaba.

Chaol ni siquiera intentó objetar cuando ella le puso rubor para enrojecer la piel alrededor de sus ojos, le colocó un poco de pasta y polvo a su rostro para que estuviera más pálido, le abrió unos cuantos botones a su túnica y le despeinó el cabello.

—Recuéstese hacia atrás, flojo y laxo, y mantenga la pipa en la mano. Fume si necesita relajarse un poco —fue todo lo que le dijo antes de irse con Aedion, quien ya había terminado de meter a Ren en su ropa limpia. En cuestión de momentos, los tres estaban reclinados en los cojines apestosos y la madama se había alejado rápidamente con la túnica ensangrentada de Ren.

La respiración de Ren era laboriosa e irregular, y Chaol luchó contra el temblor de sus propias manos cuando la puerta del lugar se abrió de un golpe. Los pies suaves de la madama se apresuraron a dar la bienvenida a estos hombres. Aunque Chaol hizo un esfuerzo

por escuchar, Aedion parecía alcanzar a oír sin ningún problema.

—¿Cinco de ustedes, entonces? —preguntó alegremente la madama lo suficientemente fuerte para que la escucharan.

—Estamos buscando a un fugitivo —le gruñó un hombre en respuesta—. Apártese del camino.

—Sin duda querrán descansar, tenemos habitaciones privadas para los grupos y todos ustedes son hombres muy grandes —cada una de sus palabras era un ronroneo, un banquete sensual—. Hay un costo adicional por introducir espadas y dagas. Es un riesgo, ¿saben?, cuando la droga se apodera de uno…

—Mujer, es suficiente —le ladró el hombre. Se escuchó que la tela se rasgaba cuando inspeccionaban cada alcoba. El corazón de Chaol estaba desbocado pero mantuvo su cuerpo relajado a pesar de que sentía mucha ansiedad por sostener su espada.

—Entonces los dejaré para que realicen su trabajo —dijo ella con coqueta timidez.

Ren estaba tan azorado que realmente podría estar completamente drogado. Chaol solo esperaba que su propia actuación fuera convincente cuando la cortina se abrió.

—¿Ya llegó el vino? —dijo Aedion arrastrando las palabras y entrecerrando

los ojos a los hombres, su rostro pálido y sus labios con una sonrisa floja. Estaba casi irreconocible—. Llevamos esperando veinte minutos, ¿sabe?

Chaol sonrió adormilado a los seis hombres que se asomaron a la habitación. Todos usaban esos uniformes oscuros, todos le eran desconocidos. ¿Quiénes demonios eran? ¿Por qué buscaban a Ren?

—Vino —gritó Aedion, en su papel del hijo mimado de un comerciante, tal vez—. Ahora.

Los hombres solamente los maldijeron y continuaron. Cinco minutos después, ya se habían ido.

El salón debía ser un punto de reunión, porque Murtaugh se reunió con ellos ahí una hora más tarde. La madama los había llevado a su oficina privada y se habían visto obligados a sostener a Ren contra el sillón desgastado mientras ella, con habilidad sorprendente, desinfectaba, cosía y vendaba su herida horrible. «Sobreviviría —les dijo—, pero la pérdida de sangre y la herida lo mantendrían incapacitado durante un tiempo». Murtaugh caminó por la oficina todo el tiempo hasta que Ren cayó en un sueño profundo, gracias a un tónico que

la mujer lo obligó a beber.

Chaol y Aedion se sentaron frente a la mesa pequeña sepultada entre cajas y cajas de opio que estaban apiladas contra las paredes. No querían saber lo que tenía el tónico que Ren había ingerido.

Aedion estaba viendo la puerta cerrada con la cabeza inclinada como si estuviera escuchando los sonidos del salón, cuando le dijo a Murtaugh:

—¿Por qué los estaban siguiendo y quiénes eran esos hombres?

El viejo siguió caminando.

—No lo sé. Pero sabían dónde estaríamos Ren y yo. Ren tiene una red de informantes por toda la ciudad.

Cualquiera de ellos nos podría haber traicionado.

La atención de Aedion permaneció en la puerta y tenía una mano en sus cuchillos.

—Tenían uniformes con el sello real, pero ni siquiera el capitán los reconoció. Necesitas mantenerte poco visible durante un tiempo.

El silencio de Murtaugh era demasiado pesado. Chaol preguntó en voz baja:

—¿A dónde lo llevamos cuando se pueda mover?

Murtaugh dejó de caminar y su mirada estaba llena de dolor.

—No hay dónde. No tenemos hogar.

Aedion lo miró con intensidad.

—¿Dónde demonios se han estado quedando todo este tiempo?

—Por aquí y por allá, nos quedamos en edificios abandonados. Cuando podemos trabajar, nos quedamos en casas de huéspedes, pero estos días…

Chaol comprendió que no tenían acceso a los cofres de Allsbrook, no si habían estado ocultos durante tantos años. Pero vivir en la calle…

El rostro de Aedion era una máscara de desinterés.

—Y no tienen ningún lugar en Rifthold lo suficientemente seguro para hospedarlo hasta que se cure —dijo, pero no a manera de pregunta, aunque

Murtaugh asintió de todas maneras. Aedion examinó a Ren, que estaba recostado en el sofá oscuro frente a la pared del fondo. Su garganta se movió una vez pero luego dijo:

—Cuéntale al capitán tu teoría sobre la magia.

En las largas horas que pasaron mientras Ren recuperaba suficiente fuerza para que lo pudieran mover, Murtaugh les explicó todo lo que sabía. Toda la historia, durante la cual el viejo apenas susurraba en ocasiones, sobre los

horrores de los que habían escapado y de dónde había salido cada una de las cicatrices de Ren. Finalmente, Chaol entendió por qué el joven había estado tan renuente a hablar. Mantener sus secretos era lo que los había conservado con vida hasta ahora.

En resumen, Murtaugh y Ren habían averiguado que las diversas oleadas del día en que la magia desapareció formaban un triángulo a lo largo del continente. La primera línea fue desde Rifthold hasta los Yermos Helados. La segunda fue de los Yermos Helados hasta el borde de la Península Desierta. La Tercera fue desde ahí hasta Rifthold. Un hechizo, pensaban, era lo que había

causado esto.

Aedion sacó un mapa y, parado frente a él, trazó las líneas una y otra vez con un dedo, como si estuviera decidiendo una estrategia de batalla.

—Un hechizo que salió de puntos específicos, como un faro.

Chaol golpeó los nudillos en la mesa.

—¿Existe una manera de deshacerlo?

Murtaugh suspiró.

—Nuestro trabajo se interrumpió tras el problema con Archer, y nuestras fuentes desaparecieron de la ciudad, ya que temían por sus vidas. Pero tiene que haber alguna manera.

—¿Dónde empezamos a buscar? —preguntó Aedion—. Es muy improbable que el rey haya dejado pistas por ahí.

Murtaugh asintió y luego añadió:

—Necesitamos testigos oculares que confirmen lo que sospechamos, pero los lugares donde pensamos que se originó el hechizo están ocupados por las fuerzas del rey. Hemos estado esperando para conseguir una manera de entrar.

Aedion le sonrió con pereza:

—Con razón no dejabas de decirle a Ren que fuera amable conmigo.

Como si respondiera, Ren gimió, luchando por recuperar la conciencia. ¿El joven señor se había sentido seguro o en paz en algún momento de los

últimos diez años? Eso explicaría ese enojo, ese enojo imprudente que recorría todos los corazones jóvenes y destrozados de Terrasen, incluido el de Celaena.

Chaol dijo:

—Hay un departamento escondido en una bodega en los barrios bajos. Es seguro y tiene todas las comodidades que necesitan. Son bienvenidos a quedarse ahí todo el tiempo que necesiten.

Sintió que Aedion lo estaba mirando detenidamente. Pero Murtaugh frunció el ceño.

—A pesar de la generosidad, no puedo aceptar la oferta de quedarme en

tu casa.

—No es mi casa —dijo Chaol—. Y créeme, a la dueña no le importará en lo más mínimo.

Capítulo 31

—Come —dijo Manon sosteniendo una pierna cruda de cordero frente a Abraxos. El día era brillante pero el viento que bajaba de los picos nevados de los Colmillos todavía tenía una

gelidez brutal. Habían estado saliendo de la montaña por periodos muy cortos para que estirara las patas, usando la puerta trasera que daba a un camino angosto hacia las montañas. Lo había guiado con una cadena gigante, como si pudiera hacer algo en caso de que decidiera despegar, por una pendiente pronunciada y luego a una pradera en una planicie.

—Come —repitió ella sacudiendo la carne congelada frente a Abraxos, que ahora estaba echado sobre su panza en la pradera y olía los primeros pastos y flores que se asomaban por el hielo que se derretía—. Es tu recompensa —dijo entre dientes—. Te lo ganaste.

Abraxos olió el puñado de flores moradas y luego la miró a ella. «Nada de carne», parecía decirle.

—Te hará bien —insistió ella, y él volvió a oler las violetas o lo que fueran las flores. Si una planta no era buena para envenenar o para sanar, o para mantenerla viva si se estaba muriendo de hambre, nunca se molestaba en aprender su nombre, en especial si se trataba de flores silvestres.

Lanzó la pierna justo frente a su enorme hocico y metió las manos en los dobleces de su capa roja. Cuando él la olisqueó, sus nuevos dientes de hierro brillaron bajo la luz radiante. Luego estiró un ala enorme con su punta de

garra y…

Empujó la carne a un lado.

Manon se frotó los ojos.

—¿No está muy fresca?

Él avanzó para oler unas flores blancas y amarillas.

Una pesadilla. Esto era una pesadilla.

—No pueden gustarte en realidad las flores.

Nuevamente esos ojos oscuros la miraron. Parpadeó una vez. «Por supuesto que sí», parecía decir.

Ella extendió sus brazos.

—Antes de ayer, nunca habías olido una flor. ¿Qué tiene de malo la carne ahora?

Necesitaba comer toneladas y toneladas de carne para adquirir los músculos que le hacían falta.

Cuando ese gusano insufrible e inútil regresó a oler las flores con bastante delicadeza, ella caminó hacia la pierna de cordero y la tomó.

—Si tú no te la vas a comer —le gruñó, levantándola con ambas manos hacia su boca y bajando sus dientes de hierro—, entonces yo lo haré.

Abraxos la miró con esos ojos oscuros desconcertados cuando ella mordió la carne helada y cruda. Y la escupió por todas partes.

—En el nombre de la sombra oscura de la madre…

Volvió a oler la carne. No estaba podrida, pero al igual que los hombres de aquí, sabía mal. Criaban a los corderos en el interior de la montaña, así que tal vez era algo en el agua. Tan pronto regresaran, le daría la orden a las Trece de que no tocaran a los hombres, no hasta que supiera qué demonios estaba haciendo que supieran y olieran así.

Pero de todas maneras, Abraxos tenía que comer, porque tenía que estar fuerte, para que ella pudiera ser Líder de Flota, para que pudiera ver la mirada en el rostro de Iskra cuando la destrozara en las competencias. Y si esta era la única manera de hacer que el

gusano comiera…

—Bien —dijo y lanzó la carne lejos —. ¿Quieres carne fresca? —Buscó en las montañas que ascendían a su alrededor mirando las rocas grises—. Entonces tendremos que ir de cacería.

—Hueles a mierda y a sangre —dijo su abuela sin darse la vuelta desde su escritorio, y Manon no se inmutó ante el insulto. Estaba cubierta de ambas, de hecho.

Era gracias a Abraxos, ese gusano amante de las flores, quien acababa de

verla mientras escalaba uno de los riscos cercanos para bajarle una cabra montesa que no dejaba de balar. «Bajarle» sería una palabra más elegante para describir lo que había sucedido en realidad: casi murió congelada mientras esperaba que pasaran unas cabras por el ascenso peligroso; luego, cuando al fin emboscó una, no solo se revolcó en su estiércol mientras luchaban, sino que el animal también le depositó una dosis fresca encima, justo antes de salir dando tumbos de sus brazos para romperse el cráneo en las rocas de abajo.

La cabra casi la arrastró al caer pero Manon logró sostenerse de una raíz

muerta. Cuando regresó con la cabra muerta entre los brazos y la sangre congelada en la capa y la túnica, Abraxos seguía sobre su estómago, olisqueando las flores silvestres.

El guiverno devoró la cabra de dos mordiscos y luego regresó a disfrutar de las flores. Al menos había comido. Regresar con él al Colmillo del Norte, sin embargo, fue otro reto. No la lastimó, no huyó, pero tiró de las cadenas, sacudiendo la cabeza una y otra vez cuando se acercaron a la puerta trasera de la caverna, donde los sonidos de los guivernos y de los hombres ya se alcanzaban a escuchar. Pero entró, aunque les lanzó mordiscos y les gruñó a

los hombres que salieron para recibirlo. Por algún motivo, ella no podía dejar de pensar en su renuencia, la manera en que la había visto con una súplica silenciosa. No lo compadecía, porque no sentía compasión de nada, pero no podía dejar de pensar en eso.

—Me mandaste llamar —dijo Manon con la cabeza en alto—. No quería tenerte esperando.

—Me estás haciendo esperar, Manon —la bruja volteó con los ojos llenos de muerte y promesas de dolor infinito—. Han pasado ya semanas y tú todavía no has salido a volar con tus Trece. Las Piernas Amarillas han estado volando como un equipo por tres días. Tres días,

Manon. Y tú estás de condescendiente con tu bestia.

Manon no mostró ni una sombra de sentimientos. Disculparse sería peor, al igual que darle alguna excusa.

—Dame tus órdenes y las obedeceré.

—Quiero que mañana en la noche estés en los aires. No te molestes en regresar si no lo haces.

—Te odio —jadeó Manon a través de los dientes de hierro mientras ella y Abraxos terminaban su ascenso agotador

hasta la cima de la montaña. Les había tomado medio día llegar ahí, y si eso no funcionaba, le llevaría hasta la noche regresar a la Omega. Para empacar sus cosas.

Abraxos estaba acurrucado como gato en la franja angosta de roca plana en la parte superior de la montaña.

—Gusano voluntarioso y perezoso —le dijo Manon. Él ni siquiera parpadeó.

El supervisor le había dicho que tomara el lado oriental mientras la ayudaba a ensillar y a salir desde la puerta trasera del Colmillo del Norte antes del amanecer. Usaban este pico para entrenar a los guivernos jóvenes y a

los que no tenían muchas ganas de volar. El lado oriente, observó Manon al asomarse por el borde que acababa de subir, tenía una caída de seis metros seguida de una pendiente suave. Abraxos podría correr para tomar vuelo al llegar a la orilla, luego tratar de planear y, si se caía… Bueno, solo serían seis metros y luego la roca suave para deslizarse por un rato. Había pocas probabilidades de muerte.

No, la muerte estaba del lado occidental. Frunció el ceño a Abraxos, que estaba lamiéndose sus nuevas garras de hierro, y luego cruzó la planicie y, a pesar de no querer, se encogió al sentir el viento helado que ascendía.

Al oeste había una caída infinita por la nada que terminaba al chocar con las rocas de picos despiadados al fondo. Sería necesario todo un equipo de hombres para desprender sus restos de ahí. Intentarían por el lado este.

Se revisó la trenza apretada y cerró su párpado transparente.

—Vámonos.

Abraxos levantó la cabeza enorme como para decir «Pero acabamos de llegar».

Ella señaló el borde oriental.

—A volar. Ahora.

El guiverno resopló y le dio la espalda. La silla de cuero brilló bajo el sol.

—¡Ah, no! —le gritó avanzando para verlo a la cara. Le señaló el borde nuevamente—. Vamos a volar, maldito cobarde.

El animal hundió la cabeza en su panza y se envolvió con la cola. Estaba fingiendo que no la escuchaba.

Ella sabía que le podría costar la vida, pero lo tomó de las fosas nasales, con fuerza suficiente para que el animal abriera los ojos de inmediato.

—Tus alas funcionan. Los humanos dicen que así es. Así que puedes volar, y vas a volar porque yo lo digo. Te he estado trayendo rebaños de cabras de montaña, pedazo de bestia inútil, y si me humillas, usaré tu piel para hacerme un

abrigo nuevo —agitó su capa roja desgarrada y manchada—. Mira, está arruinada debido a tus cabras.

Él empezó a alejar la cabeza y ella lo soltó, porque si no lo hacía saldría volando por los aires. El animal bajó la cabeza de nuevo y cerró los ojos.

Esto era alguna especie de castigo. Por qué, no lo sabía. Tal vez por su propia estupidez al elegir una bestia de carnada como montura.

Se reprochó a sí misma y observó la silla en la espalda de la bestia. Aunque tomara vuelo, no lograría llegar de un salto. Pero necesitaba subirse a esa silla para poder volar, o de lo contrario… O de lo contrario su abuela separaría a las

Trece.

Abraxos continuó descansando bajo el sol, vanidoso e indulgente como un gato.

—Vaya corazón de guerrero.

Miró el borde al oriente, la silla y las riendas que colgaban. Él se había agitado y sacudido la primera vez que le metieron la brida en la boca, pero ya se había acostumbrado, al menos lo suficiente para que ese día solo intentara arrancarle la cabeza a un manejador.

El sol todavía estaba ascendiendo pero pronto empezaría a bajar y entonces ella estaría completa y absolutamente arruinada. Por supuesto que no.

—Te lo mereces —fue lo único que le dijo como advertencia antes de tomar vuelo corriendo y saltar. Aterrizó en la pata trasera del guiverno y luego corrió tan rápido que el animal apenas tuvo tiempo de levantar la cabeza para cuando ella ya había recorrido su espalda llena de escamas y se había montado en la silla.

El animal se enderezó de golpe, tieso como tabla mientas ella metía sus pies enfundados en botas en los estribos y tomaba las riendas.

—Vamos a volar… ahora —dijo y le clavó los talones en los costados.

Tal vez las espuelas le dolieron o lo sorprendieron, porque Abraxos se

levantó en dos patas: se levantó y rugió. Lo jaló de las riendas lo más fuerte que pudo.

—¡Suficiente! —ladró ella y tiró de las riendas con un brazo para guiarlo por el borde al este—. Suficiente, Abraxos.

Él seguía sacudiéndose y ella apretó los muslos lo más fuerte que pudo para permanecer en la silla, inclinándose en dirección de cada movimiento. Al no lograr sacarla de la silla, levantó las alas, como si pensara tirarla.

—No te atrevas —le gruñó, pero él seguía retorciéndose y bramando.

—¡Alto!

El cerebro le rebotaba dentro del

cráneo y los dientes le chocaban con tanta fuerza que tuvo que guardar sus colmillos para que no le perforaran la piel.

Pero Abraxos seguía levantándose en dos patas y sacudiéndose, salvaje y frenético. Y avanzaba, pero no hacia el borde del este, sino que se alejaba hacia el borde del oeste.

—Abraxos, alto —iba a caerse de ese lado, y entonces quedarían aplastados en las rocas.

El animal estaba tan lleno de pánico, tan furioso, que la voz de Manon no era más que una hoja que crujía en el viento. La caída del oeste aparecía abajo, unas veces a la derecha y otras a la izquierda.

La imagen del borde del precipicio surgía debajo de las alas de cuero moteado cuando el guiverno las abría, las cerraba y tiraba mordidas. Bajo las garras enormes de Abraxos, las rocas rechinaban y se desmoronaban conforme se acercaba a la orilla.

—Abraxos…

Pero entonces su pata izquierda se deslizó del risco y el mundo de Manon se inclinó hacia abajo, abajo, abajo, y Abraxos perdió el equilibrio y cayeron por los aires.

Capítulo 32

Manon no tuvo tiempo de contemplar su muerte inminente.

Estaba demasiado ocupada sosteniéndose de la silla mientras el mundo daba vueltas y giraba, el viento

aullaba, o tal vez era Abraxos, mientras caían por el despeñadero.

Manon tenía los músculos engarrotados y temblorosos, pero mantuvo los brazos enlazados en las correas, lo único que la alejaba de la muerte, a pesar de que se acercaba a toda velocidad con cada rotación del cuerpo golpeado de Abraxos.

Los árboles de abajo empezaron a tomar forma, al igual que las rocas con picos talladas por el viento que había entre ellos. Más y más rápido, la pared del risco ya era solamente un borrón gris y blanco.

Tal vez el cuerpo de la bestia recibiría todo el impacto y ella podría

salir caminando.

Tal vez todas esas rocas los atravesarían a ambos.

Tal vez se daría la vuelta y ella sería la primera en aterrizar contra las rocas.

Manon tenía la esperanza de que todo sucediera tan rápido que no lograra percatarse de cómo estaba muriendo, de qué parte se le había roto primero. Seguían avanzando a toda velocidad hacia abajo. Vio un pequeño riachuelo que corría por entre los picos de roca.

El viento los golpeó desde abajo, una corriente que enderezó a Abraxos, pero seguían rotando y cayendo.

—¡Abre las alas! —le gritó para que la alcanzara a escuchar a pesar del

sonido del viento, a pesar del retumbar de su corazón desbocado. Las alas seguían cerradas.

—Abre las alas y sube —vociferó cuando aparecieron los rápidos del arroyo, justo cuando ella comprendió que no quería recibir ese abrazo inminente de la oscuridad pero que no podía hacer nada para detener este aplastamiento, este destino de…

Ya podía ver las piñas de los árboles.

—¡Ábrelas! —aulló, un último grito de guerra contra la oscuridad.

Un grito de guerra que fue respondido con un alarido penetrante cuando Abraxos abrió sus alas, atrapó la

corriente ascendente y salieron volando alejándose del suelo.

El estómago de Manon pasó de su garganta hasta su trasero, pero iban subiendo, y él iba batiendo las alas. Cada movimiento provocaba el sonido más hermoso que jamás había escuchado en su larga y miserable vida.

Él batió las alas y siguió subiendo con las piernas metidas bajo su cuerpo. Manon se agachó en la silla, sosteniéndose de su cuero cálido, mientras él ascendía por la cara de la montaña vecina. Los picos nevados surgieron para saludarlos como manos levantadas, pero él siguió avanzando, batiendo las alas con fuerza. Manon se

levantaba y caía al ritmo de sus movimientos y contuvo la respiración hasta que superaron el pico más alto cubierto de nieve. Abraxos, por alegría, o rabia, o solo porque sí, tomó un puñado de nieve y hielo con las garras y lo dejó caer hacia atrás, donde el sol iluminaba el agua congelada como si fuera un rastro de estrellas.

Cuando salieron a cielo abierto, el brillo del sol era cegador y no había nada a su alrededor salvo nubes tan grandes como las montañas de abajo, castillos y templos de blanco y púrpura y azul.

Y el grito que Abraxos emitió cuando entraron a las nubes, cuando se

niveló y lo capturó una corriente veloz como un rayo que creaba un camino a través de las nubes…

Manon no había entendido lo que significaba para él haber pasado toda su vida bajo tierra, encadenado, golpeado y mutilado… hasta ese momento. Hasta que escuchó ese sonido de dicha pura y sin limitaciones.

Hasta que ella lo repitió, con la cabeza inclinada hacia atrás, hacia las nubes que los rodeaban.

Navegaron sobre un mar de nubes y Abraxos metió las garras en ellas antes de inclinarse para ascender por una columna que el viento talló en la nube. Más y más alto, hasta que llegaron a su

cúspide y luego abrió las alas en ese cielo helado y diluido, deteniendo el mundo por completo durante un instante.

Y Manon, ya que nadie la estaba viendo, porque no le importaba, extendió los brazos también y disfrutó de la caída libre, con el viento ahora como una canción en sus oídos, en su corazón marchito.

Los cielos grises apenas se estaban llenando de luz cuando el sol salió detrás del horizonte a sus espaldas. Cubierta por su capa roja, Manon estaba

sentada sobre Abraxos, con su visión un poco borrosa por el párpado interno que ya había cerrado. Sin embargo, miró a sus Trece, cada una en su guiverno, en la boca del pasaje del cañón.

Se habían reunido en dos filas de seis. Asterin y su montura color azul pálido directamente detrás de Manon y a la cabeza de la primera fila. Sorrel estaba al centro de la segunda. Todas estaban despiertas y alertas, y un poco confundidas. Las alas dañadas de Abraxos no estaban listas todavía para lograr superar el Paso angosto, así que se reunieron en la puerta trasera, desde donde llevaron a sus guivernos caminando tres kilómetros hasta el

pasaje del cañón. Caminaron como una unidad formal, según su rango y en silencio.

La boca del cañón era suficientemente amplia para que Abraxos saltara planeando con facilidad. Los despegues eran problemáticos debido al músculo destrozado y los puntos débiles de sus alas: áreas donde había recibido demasiados azotes y que quizá nunca recuperarían su fuerza completa.

Pero ella no le explicó eso a sus Trece, porque no era de su incumbencia y no les afectaba.

—Cada mañana, desde hoy hasta las competencias —dijo Manon mirando

hacia el laberinto de barrancos y arcos que formaban el cañón tallado por el viento—, nos reuniremos aquí para entrenar hasta la hora del desayuno. Luego tendremos nuestro entrenamiento de las tardes con los demás aquelarres. No le digan a nadie.

Solo tendría que irse temprano para poder hacer que Abraxos estuviera en el aire mientras las otras franqueaban el Paso.

—Quiero que estemos encerradas. No me importa lo que digan los hombres sobre mantener nuestras monturas separadas. Dejen que los guivernos decidan su dominio, déjenlos que tengan desacuerdos, pero van a volar, unidos

como una armadura. No habrá espacios ni lugar para actitudes difíciles o tonterías territoriales. Volaremos en este cañón juntas o no volaremos.

Miró a cada una de las brujas y sus monturas a los ojos. Abraxos, para su sorpresa, hizo lo mismo. Lo que le faltaba de tamaño lo compensaba con voluntad, velocidad y destreza. Presentía las corrientes incluso antes que Manon.

—Cuando terminemos, si sobrevivimos, nos reuniremos del otro lado y lo haremos de nuevo. Hasta que salga perfecto. Sus bestias aprenderán a confiar unas en las otras y a seguir órdenes —el viento le besó las mejillas

—. No se queden atrás —dijo, y Abraxos se lanzó al cañón.

Capítulo 33

En la semana posterior, no aparecieron más cuerpos y ciertamente no hubo señales de la criatura que había drenado a esas personas, aunque Celaena con frecuencia se descubría pensando en los

detalles cuando Rowan la obligaba a encender vela tras vela en las ruinas del templo de la diosa del sol. Ahora que podía transformarse a voluntad, esta era su nueva tarea: encender una vela sin destruir todo lo que estaba a la vista. Fallaba todas y cada una de las veces, se quemaba la capa, resquebrajaba las ruinas, incineraba árboles cuando su magia salía de ella sin control. Pero Rowan tenía una fuente inagotable de velas, así que pasó días mirándolas hasta hacer bizcos. Podía sudar por horas y concentrarse en enfocar su enojo y todas esas tonterías, pero no podía producir ni siquiera una brizna de humo. Lo único que salía de ahí era un apetito

interminable: Celaena comía lo que fuera y cuando fuera, a causa de que su magia consumía mucha de su energía.

La lluvia regresó y con ella la multitud para escuchar las historias de Emrys. Celaena siempre escuchaba, mientras lavaba los platos de la noche, las historias de guerreras y animales encantados y hechiceras sagaces, todas las leyendas de Wendlyn. Rowan seguía apareciendo en su forma de halcón, y había algunas noches en las cuales ella incluso se sentaba junto a la puerta trasera y Rowan se acercaba también un poco más.

Celaena estaba parada frente al fregadero, con la espalda adolorida y

con un hambre feroz tallando la última de las ollas de cobre mientras Emrys terminaba de narrar la historia sobre un lobo astuto y un pájaro de fuego mágico. Hizo una pausa y luego llegó la petición usual de que contara más de las viejas historias. Celaena no hizo caso a las cabezas que voltearon en su dirección cuando preguntó desde el fregadero:

—¿Conoces alguna historia sobre la reina Maeve?

Ni un sonido. Silencio. Los ojos de Emrys se abrieron mucho antes de que sonriera débilmente para responder:

—Muchas. ¿Cuál te gustaría escuchar?

—La más antigua que te sepas.

Todas.

Si iba a enfrentar a su tía nuevamente, tal vez debería empezar a aprender tanto como pudiera. Emrys tal vez conociera historias que todavía no llegaban a las costas de sus propias tierras. Si las historias sobre los trotapieles habían sido ciertas, si los ciervos inmortales eran reales… tal vez podría extraer algo vital de estos cuentos.

Los asistentes intercambiaron algunas miradas nerviosas, pero al fin Emrys dijo:

—Entonces empezaré por el principio.

Celaena asintió y se fue a sentar en

su silla de siempre, recargada contra la puerta trasera cerca del halcón de mirada inteligente. Rowan hizo sonar su pico, pero ella no se atrevió a voltear a mirarlo. En vez de eso, empezó a comerse una hogaza completa de pan.

—Hace mucho tiempo, cuando no había un rey mortal en el trono de Wendlyn, las hadas todavía caminaban entre nosotros. Algunas eran buenas y justas, otras eran propensas a hacer travesuras, y algunas eran más malignas y oscuras que la noche más negra. Pero todas eran gobernadas por Maeve y sus dos hermanas, a quienes llamaban Mora y Mab. Mora era inteligente y tenía la forma de un gran halcón —esa era la

línea de sangre poderosa de Rowan—. Mab era hermosa y adoptaba la forma de un cisne. Y la oscura Maeve, cuyo salvajismo no se podía contener en una sola forma.

Emrys recitó la historia, gran parte de la cual Celaena ya conocía: Mora y Mab se habían enamorado de hombres humanos y renunciaron a su inmortalidad. Algunos decían que Maeve las había forzado a ceder su don de la vida eterna como castigo. Otros decían que lo habían hecho voluntariamente, aunque fuera solo por escapar de su hermana.

Y cuando Celaena preguntó si Maeve había tenido pareja, la habitación

guardó un silencio sepulcral de nuevo. Emrys le dijo que no, pero que había estado cerca de hacerlo muy al principio de los tiempos. Se rumoraba que un guerrero le había robado el corazón con su mente astuta y su alma pura. Pero el guerrero había muerto en una antigua guerra y perdió el anillo que quería darle; desde entonces, Maeve había amado a los guerreros por encima de todos los demás. Ellos la amaban por ese motivo, la hicieron una reina poderosa a quien nadie se atrevía a desafiar. Celaena esperaba que Rowan esponjara sus plumas al escuchar esto, pero él permaneció quieto y silencioso en su percha.

Emrys contó historias sobre la reina hada hasta bien avanzada la noche. Esbozó el retrato de una gobernante despiadada e inteligente que podría conquistar el mundo si así lo deseaba, pero que en vez de eso se mantenía en su reino boscoso de Doranelle, donde estableció su ciudad de roca en el corazón de un valle fluvial enorme.

Celaena prestó atención a todos los detalles y los memorizó, intentando no pensar en el príncipe que estaba posado en una rama a unos cuantos centímetros sobre ella y que había hecho voluntariamente un juramento de sangre a ese monstruo inmortal que habitaba más allá de las montañas. Estaba a punto

de solicitar otra historia cuando detectó movimiento en los árboles.

Casi se ahogó con el trozo de pay de zarzamora que estaba devorando cuando vio al enorme gato montés que salió trotando del bosque, corrió por los pastos anegados por la lluvia y se dirigió directamente a la puerta. La lluvia había oscurecido la piel dorada del felino y sus ojos brillaban con la luz de las antorchas. ¿Los guardias no lo habían visto? Malakai estaba escuchando a su pareja, absorto. Celaena abrió la boca para gritar una advertencia pero se detuvo.

Los guardias vieron todo. Y no estaban disparando. Porque no era un

gato montés, sino…

Con un destello que podría haber sido un relámpago distante, el gato montés se convirtió en un hombre alto y de hombros anchos que caminaba hacia la puerta abierta. Rowan levantó el vuelo, luego se transformó y aterrizó suavemente a medio paso avanzando hacia la lluvia.

Los dos hombres chocaron sus antebrazos y se dieron un par de palmadas en la espalda: un saludo rápido y eficiente. Con la lluvia y la narración de Emrys era difícil escuchar y ella silenciosamente maldijo sus orejas mortales mientras intentaba oír qué decían.

—Llevo seis semanas buscándote —dijo el desconocido de cabello dorado con la voz aguda pero hueca. No era urgente, pero sonaba cansada y frustrada —. Vaughan mencionó que estabas en la frontera oriental, pero según Lorcan estabas en la costa, inspeccionando la flota. Luego los gemelos me contaron que la reina había venido hasta acá contigo y que regresó sola, así que algo me dijo que buscara aquí…

Siguió hablando sin mucho control, lo cual contrastaba con sus músculos duros y las armas que estaban atadas a su cuerpo. Era un guerrero como Rowan, aunque su rostro sorprendentemente hermoso no tenía la severidad que tenía

el del príncipe.

Rowan le puso una mano sobre el hombro.

—Escuché lo que sucedió, Gavriel.

¿Sería uno de los amigos misteriosos de Rowan? Deseó que Emrys estuviera libre para identificarlo. Rowan le había dicho muy poco sobre sus cinco compañeros, pero quedaba claro que Rowan y Gavriel eran más que conocidos. A veces olvidaba que Rowan tenía una vida más allá de esta fortaleza. No le había molestado antes, y no sabía muy bien por qué lo recordaba ahora; de pronto le cayó como un peso muerto en el estómago, o por qué de pronto le importaba que Rowan al menos

reconociera que ella estaba ahí. Que ella existía.

Gavriel se talló la cara y su espalda musculosa se expandió cuando respiró.

—Ya sé que probablemente no vas a querer…

—Solo dime qué quieres y se hará.

Gavriel pareció desinflarse un poco, y Rowan lo condujo hacia otra puerta. Ambos se movían con una gracia poderosa que no era de este mundo, como si la lluvia misma se abriera para dejarlos pasar. Rowan ni siquiera volteó a verla antes de desaparecer.

Rowan no regresó en toda la noche y fue la curiosidad, no la amabilidad, lo que la hizo darse cuenta de que su amigo probablemente no habría cenado. Al menos, nadie había sacado nada de la cocina y Rowan no había pedido comida. Así que, ¿por qué no subirle una bandeja con guisado y pan?

Balanceando la bandeja pesada en su cadera, tocó a la puerta. El murmullo del interior se silenció y por un segundo tuvo el pensamiento avergonzado de que el hombre podría estar ahí por alguna razón mucho más íntima. Entonces alguien gritó:

—¿Qué?

Y ella abrió la puerta completamente

para poder ver al interior.

—Pensé que podrían querer un poco de guisado y…

Bueno, el desconocido sí estaba medio desnudo. Y estaba recostado de espaldas sobre la mesa de trabajo de Rowan. Pero Rowan estaba vestido y sentado frente a él. Se veía muy enojado. Sí, sin duda se había metido en algo privado.

Le tomó un momento darse cuenta de las agujas planas, el pequeño recipiente con forma de caldero lleno de pigmento oscuro, el trapo empapado de sangre y tinta, y los trazos de un tatuaje que subía del pectoral izquierdo del desconocido y bajaba por sus costillas y a la derecha

hacia su cadera.

—Vete —dijo Rowan sin expresión bajando la aguja. Gavriel levantó la cabeza y la luz de las velas hizo brillar sus ojos color miel que estaban vidriosos por el dolor, y no necesariamente un dolor debido a las marcas que le estaban grabando sobre el corazón y las costillas. Palabras en la lengua antigua, igual que la de Rowan. Ya había tantas, casi todas ya viejas e interrumpidas por varias cicatrices.

—¿Quieres el guisado? —preguntó sin apartar la vista del tatuaje, la sangre, el recipiente de hierro con la tinta, la manera en que Rowan parecía dominar el uso de las herramientas que tenía en

las manos igual que hacía con las armas. ¿Él se habría hecho su propio tatuaje?

—Déjalo —dijo Rowan y ella supo, simplemente supo, que le arrancaría la cabeza de un mordisco más tarde. Controló su expresión para que luciera neutral, dejó la bandeja sobre la cama y caminó de regreso a la puerta.

—Perdón por interrumpir.

Sin importar para qué eran los tatuajes, como sea que se conocieran, ella no tenía derecho a estar ahí. El dolor de los ojos del desconocido le dijo lo necesario. Lo había visto en su propio reflejo suficientes veces. La atención de Gavriel iba de ella a Rowan, y sus fosas nasales se abrieron,

la estaba oliendo.

Definitivamente era el momento de alejarse.

—Perdón —volvió a decir y cerró la puerta tras de sí.

Dio dos pasos por el pasillo antes de tener que detenerse y recargarse contra la pared de piedra frotándose la cara. Estúpida. Estúpida por siquiera importarle qué era lo que hacía fuera del entrenamiento, por pensar que él podría considerar compartir información personal con ella, incluso si era solo que se iba a ir a su cuarto temprano. Le dolía, sin embargo, más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Estaba a punto de arrastrarse de

regreso a su habitación cuando la puerta al fondo del pasillo se abrió de golpe y Rowan salió furioso, casi irradiando ira. Pero la sola vista de lo lívido que venía la hizo montarse nuevamente en su posición inconsciente y estúpida: mantener el enojo era más sencillo que aceptar la oscuridad silenciosa que quería jalarla hacia abajo, abajo, abajo. Antes de que él pudiera empezar a gritar, ella preguntó:

—¿Lo haces por dinero?

Un destello de dientes.

—Número uno, no es de tu incumbencia. Y dos, nunca me rebajaría a tanto.

La mirada que le lanzó le dijo a

Celaena exactamente lo que él pensaba sobre su profesión.

—¿Sabes?, sería mejor si simplemente me abofetearas.

—¿En vez de qué?

—En vez de recordarme una y otra maldita vez lo inútil y horrible y cobarde que soy. Créeme, puedo hacer el trabajo bastante bien por mi cuenta. Así que simplemente pégame, porque ya estoy muy cansada de estar intercambiando insultos. ¿Y sabes qué? Ni siquiera te molestaste en decirme que no estarías disponible. Si hubieras dicho algo, no habría venido. Lamento haberlo hecho. Pero simplemente me dejaste abajo.

Al decir estas últimas palabras empezó a sentir un pánico agudo y rápido que la invadía, un dolor que hacía que se le cerrara la garganta.

—Me dejaste —repitió. Tal vez era solamente por el terror ciego que sentía ante el abismo que se abría a su alrededor, pero siguió hablando en voz baja—. No tengo a nadie ya. A nadie.

No se había dado cuenta de cuánto significaba para ella, cuánto necesitaba que eso no fuera verdad, hasta ahora.

Las facciones de Rowan permanecieron impasibles, e incluso se empezaron a ver furiosas, cuando dijo:

—No hay nada que yo te pueda dar. Nada que yo te quiera dar. No te debo

ninguna explicación por lo que haga fuera del entrenamiento. No me importa lo que te haya pasado o lo que quieras hacer con tu vida. Mientras más pronto puedas terminar de quejarte y de regodearte en tu autocompasión, más pronto podré deshacerme de ti. No eres nada para mí y no me importa.

Ella escuchó un leve zumbido en sus oídos, que se convirtió en un rugido. Y debajo de eso, una ola repentina de adormecimiento, una ya conocida falta de vista, sonido o sensación. No sabía cómo es que había sucedido, porque ella había estado tan decidida a odiarlo, pero… hubiera sido agradable, supuso. Hubiera sido agradable tener a una

persona que supiera la verdad absoluta sobre ella y que no la odiara por ello.

Hubiera sido muy, muy agradable.

Salió de ahí sin decir otra palabra. Con cada paso que daba de regreso a su habitación, esa luz centelleante chisporroteaba.

Y se apagó.

Capítulo 34

Celaena no recordaba haberse acurrucado en la cama con las botas aún puestas. No recordó sus sueños ni sintió dolores por hambre o sed cuando despertó, y apenas podía responderle a

la gente mientras avanzaba hacia la cocina para ayudar con el desayuno. Todo pasaba rápidamente como un remolino de colores apagados y susurros de sonidos. Pero ella estaba quieta, como un trozo de roca en un arroyo.

Pasó el desayuno y cuando terminó, en el silencio de la cocina, los sonidos empezaron a definirse como voces. Un murmullo, Malakai. Una risa, Emrys.

—Mira —dijo Emrys y se acercó a Celaena, de pie frente al fregadero, desde donde seguía viendo el campo—. Mira lo que Malakai me compró.

Ella alcanzó a ver un destello de la empuñadura dorada antes de entender que Emrys estaba sosteniendo un

cuchillo nuevo. Era un chiste. Los dioses tenían que estarle haciendo una broma. O sería que en realidad, la odiaban.

La empuñadura estaba grabada con flores de loto y tenía unas ondas de lapislázuli en la parte inferior simulando las olas de un río. Emrys estaba sonriendo con los ojos resplandecientes. Pero ese cuchillo, el oro pulido y brillante…

—Se lo compré a un comerciante del continente sur —dijo Malakai desde la mesa. El tono satisfecho de su voz fue suficiente para decirle que se sentía muy orgulloso—. Vino desde Eyllwe.

El entumecimiento se rompió.

Se rompió con un tronido tan

violento que le sorprendió no haberlo escuchado.

Y se convirtió en un grito, agudo y cortante, fuerte como una tetera, fuerte como el viento de tormenta, fuerte como el sonido que había emitido la doncella la mañana que entró a la recámara de los padres de Celaena y vio a la niña recostada entre sus cadáveres.

Fue tan fuerte que apenas se escuchó a ella misma decir:

—No me importa —no alcanzaba a escuchar nada con ese grito silencioso, así que levantó su propia voz, respirando con rapidez, demasiada—. No. Me. Importa —repitió.

Silencio. Luego Luca dijo cauteloso

desde el otro lado de la habitación:

—Elentiya, no seas grosera.

Elentiya. Elentiya. *Espíritu que no se puede romper*.

Mentiras, mentiras, mentiras. Nehemia había mentido sobre todo. Sobre su estúpido nombre, sobre sus planes, sobre todas las malditas cosas. Y ahora se había ido. Lo único que le quedaba de ella a Celaena eran los recordatorios como este: armas similares a las que la princesa había portado con tanto orgullo. Nehemia se había ido y ella no tenía nada más.

Temblaba con tanta fuerza que pensó que su cuerpo se iba a desbaratar en pedazos. Se dio la vuelta.

—No me importan ustedes —le espetó a Emrys, a Malakai y a Luca—. No me importa su cuchillo. No me importan sus historias o su pequeño reino —miró fijamente a Emrys. Luca y Malakai cruzaron la habitación en un instante y se pararon frente al viejo mostrando los dientes. Perfecto. Debían sentirse amenazados—. Así que déjenme en paz. Quédense con sus malditas vidas y déjenme en paz.

Ya estaba gritando, pero no podía dejar de escuchar ese alarido, no podía concentrar su rabia en nada, no podía distinguir arriba de abajo, solo sabía que Nehemia había mentido sobre todo y que su amiga alguna vez le había jurado

no hacerlo, había hecho un juramento y lo había quebrantado, al igual que le había roto el corazón a Celaena el día que se dejó morir.

Entonces vio las lágrimas en los ojos de Emrys. Tristeza o compasión o ira, no le importaba. Luca y Malakai seguían frente a él, gruñendo suavemente. Una familia, eran una familia y se mantenían unidos. La destrozarían si lastimaba a uno de ellos.

Celaena rio con una risa carente de alegría mientras observaba a los tres. Emrys abrió la boca para decir algo que probablemente pensó que le ayudaría. Pero Celaena emitió otra risa muerta y cruzó la puerta.

Después de toda una noche de tatuar los nombres de los caídos en la carne de Gavriel y de escuchar al guerrero hablar sobre los hombres que había perdido, Rowan se despidió y se dirigió a la cocina. La encontró vacía salvo por el viejo, quien estaba sentado frente a la mesa vacía, con las manos envueltas alrededor de una taza. Emrys levantó la vista, con la mirada brillante y… dolida.

La chica no estaba por ninguna parte y, por un instante, tuvo la esperanza de que se hubiera ido de nuevo, aunque fuera solo para no tener que enfrentar lo

que había dicho el día anterior. La puerta al exterior estaba abierta, como si alguien la hubiera dejado así al salir con violencia. Probablemente ella había salido por ahí.

Rowan dio un paso hacia la puerta y saludó asintiendo, pero el viejo lo miró de arriba abajo y dijo en voz baja:

—¿Qué le haces?

—¿Qué?

Sin levantar la voz, Emrys dijo:

—A esa chica. ¿Qué le estás haciendo que la hace venir aquí con ese vacío en los ojos?

—Eso no te incumbe.

Emrys apretó los labios.

—¿Qué ves en ella cuando la miras,

príncipe?

No sabía. Estos días ya no sabía nada.

—Eso tampoco te incumbe.

Emrys se pasó una mano por su rostro desgastado por el tiempo.

—Veo cómo se ha ido perdiendo poco a poco, porque la empujas hacia abajo siendo que ella necesita con desesperación de alguien que la ayude a levantarse.

—No sé por qué eso sería de alguna utilidad para…

—¿Sabías que Evalin Ashryver era mi amiga? Pasó casi un año trabajando en esta cocina, viviendo con nosotros, luchando por convencer a tu reina de

que las hadas mestizas tengan un sitio en su reino. Peleó por nuestros derechos hasta el día en que se fue de este reino, y los muchos años que le siguieron, hasta que la asesinaron esos monstruos del otro lado del mar. Así que supe… supe quién era su hija en el instante en que la trajiste a esta cocina. Todos los que estuvimos aquí hace veinticinco años la reconocimos por lo que es…

Rowan no se sentía sorprendido con frecuencia pero… Se le quedó mirando fijamente al viejo.

—No tiene esperanzas, príncipe. No le quedan esperanzas en el corazón. Ayúdala. Si no lo haces por ella, al menos hazlo por lo que representa, lo

que podría ofrecernos a todos, incluido tú.

—¿Y qué es eso? —se atrevió a preguntar Rowan.

Emrys lo miró sin dudar y susurró:

—Un mundo mejor.

Celaena caminó y caminó, hasta que se encontró a sí misma junto a la orilla del lago rodeado de árboles, que brillaba cegadoramente bajo el sol del mediodía. Consideró que era tan buen sitio como cualquier otro y se dejó caer en las orillas musgosas, envolviéndose

fuertemente con los brazos y recargándose sobre sus rodillas.

No se podía hacer nada para arreglarla. Y ella estaba… estaba…

Un sonido como un lloriqueo brotó de sus labios, que temblaban con tal intensidad que tuvo que apretar la boca para mantener el sonido en el interior.

Pero el sonido estaba en su garganta y sus pulmones y su boca, y cuando respiró, se le escapó. Mientras sonaba, todo salió de golpe al mundo, hasta que el cuerpo le dolía por semejante fuerza.

Vagamente sintió que la luz cambiaba en el lago. Vagamente percibió el viento que suspiraba, cálido al rozar sus mejillas húmedas. Y

escuchó, tan suavemente como si lo hubiera soñado, la voz de una mujer que murmuraba «¿Por qué lloras, Corazón de Fuego?».

Habían pasado diez años, diez largos años desde que había escuchado la voz de su madre. Pero la escuchó otra vez entonces por encima de la fuerza de su llanto, tan clara como si se hubiera arrodillado a su lado. «Corazón de Fuego, ¿por qué lloras?».

—Porque estoy perdida —susurró hacia la tierra—. Y no sé cuál es el camino.

Era lo que nunca le había podido decir a Nehemia, que por diez años se había sentido insegura sobre cómo

encontrar el camino a casa, porque no quedaba ninguna casa.

Un viento de tormenta y hielo tronó contra su piel antes de que se percatara de que Rowan estaba sentado a su lado, con las piernas estiradas, las palmas de las manos apoyadas detrás de él en el musgo. Levantó la cabeza pero no se molestó en limpiarse la cara mientras veía hacia el otro lado del lago brillante.

—¿Quieres hablar? —le preguntó.

—No —repuso Celaena. Tragó saliva unas cuantas veces, sacó un pañuelo de su bolsillo y se sonó la nariz sintiendo cómo se le aclaraba la mente con cada respiración.

Se quedaron sentados en silencio, sin emitir ningún sonido salvo el silencioso lengüeteo del lago en las orillas musgosas y el viento en las hojas. Entonces…

—Bien, porque ya nos vamos.

Bastardo. Le dijo eso y luego preguntó:

—¿Adónde vamos?

Él sonrió con cierta seriedad.

—Creo que ya empecé a entenderte, Aelin Galathynius.

—Pero por todos los infiernos —jadeó

Celaena mirando la entrada de la cueva que descansaba en la base de la montaña rocosa—, ¿qué estamos haciendo aquí?

Había sido una caminata de ocho kilómetros. Colina arriba. Con el estómago prácticamente vacío.

Los árboles chocaban contra las piedras grises y fluían despacio por la pendiente para luego desvanecerse en la roca cubierta de liquen que finalmente se convertía en el pico nevado que marcaba la frontera entre Wendlyn y Doranelle del otro lado. Por algún motivo, este gigante corpulento hacía que se le erizara el pelo de la nuca. Y no tenía nada que ver con el viento congelado.

Rowan se acercó a las fauces de la cueva con su capa color gris claro revoloteando en el viento detrás de él.

—Apresúrate.

Celaena se envolvió más en su propia capa y lo siguió. Esto era una mala señal. Una señal horrible, de hecho, porque lo que sea que hubiera en esa cueva…

Entró a la oscuridad, tras los pasos de Rowan y guiada por la luz de su cabello mientras sus ojos se ajustaban. El suelo era rocoso con piedras pequeñas y suaves, y estaba lleno de armas oxidadas, armadura y… ropa. No había esqueletos. Dioses, hacía tanto frío que podía ver su aliento, podía

ver…

—Dime que estoy alucinando.

Rowan se había detenido en la orilla de un lago congelado enorme que se extendía hacia la oscuridad. Sentado en una manta en el centro, con las cadenas de sus muñecas ancladas bajo el hielo, estaba Luca.

Las cadenas de Luca sonaron cuando levantó una mano para saludarla.

—Pensé que nunca llegarías. Me estoy congelando —gritó, y volvió a meter las manos bajo sus brazos. El sonido hizo un eco por toda la cámara.

La cobertura gruesa de hielo que cubría el lago era tan transparente que podía ver el agua debajo: rocas pálidas

en el fondo, lo que parecía ser raíces viejas de árboles muertos hace mucho tiempo, y ni una señal de vida. Por aquí y por allá se veía una espada o daga que se asomaba entre las rocas.

—¿Qué es este sitio?

—Ve por él —fue la respuesta de Rowan.

—¿Estás loco?

La sonrisa de Rowan sugirió que sí, de hecho, estaba chiflado. Ella puso un pie en el hielo pero él le bloqueó el camino con un brazo musculoso.

—En tu otra forma.

La cabeza de Luca estaba inclinada, como si estuviera intentando escuchar.

—Él no sabe lo que soy —murmuró

ella.

—Has estado viviendo en una fortaleza de hadas mestizas, ¿sabes? No le importará.

Sin embargo, esa era la menor de sus preocupaciones.

—¿Cómo te atreves a meterlo en esto?

—Tú lo metiste cuando lo insultaste, y también a Emrys. Lo menos que puedes hacer es ir por él.

Sopló hacia el lago y el hielo se derritió en la orilla y luego volvió a endurecerse. Dioses. Había congelado todo el maldito lago. ¿Era tan poderoso?

—¡Espero que hayas traído algo de comer! —dijo Luca—. Me muero de

hambre. Apresúrate, Elentiya. Rowan dijo que tenías que hacer esto como parte de tu entrenamiento y… —continuó parloteando sin parar.

—Que me maldigan todos los dioses, ¿cuál es el objetivo de esto? ¿Solamente castigarme por actuar como una idiota?

—Puedes controlar tu poder en la forma humana, mantenerlo latente. Pero en el momento en que te transformas, cuando te sientes agitada o enojada o asustada, en el momento en el que recuerdas cuánto te asusta tu poder, tu magia surge para protegerte. No entiende que tú eres la fuente de esos sentimientos y no una amenaza externa.

Cuando sí hay una amenaza externa, cuando olvidas tener miedo a tu poder el suficiente tiempo, entonces tienes control. O algo de control —señaló nuevamente a la capa de hielo entre ella y Luca—. Así que libéralo.

Si perdía el control, si el fuego se salía de ella…, bueno, pues el fuego y el hielo ciertamente iban bien juntos, ¿no?

—¿Qué le sucede a Luca si fracaso?

—Estará muy frío y muy mojado. Y posiblemente muera.

Por la sonrisa de su rostro, Celaena supo que era lo bastante sádico para permitir que el chico se hundiera con ella.

—¿Las cadenas eran realmente

necesarias? Se irá directo al fondo.

Empezó a sentir un pánico estúpido y escandaloso que le llenaba las venas.

Cuando tendió la mano para que le diera la llave que abría las cadenas de Luca, Rowan sacudió la cabeza.

—El control es tu llave. Y la concentración. Cruza el lago y luego averigua cómo puedes liberarlo sin que ambos se ahoguen.

—¡No me des una lección como si fueras alguna especie de maestro de tonterías místicas! Esto es la cosa más estúpida que he tenido que…

—Apúrate —dijo Rowan con una sonrisa malévola y el hielo empezó a crujir. Como si se estuviera derritiendo.

Aunque una pequeña voz en su cabeza le indicaba que no permitiría que el chico se ahogara, no podía confiar en él, no después de la noche anterior.

Dio un paso más hacia el hielo.

—¡Eres un desgraciado!

Cuando Luca estuviera en casa a salvo, encontraría la manera de hacerle la vida imposible a Rowan. Golpeó su velo interior y apenas registró el dolor cuando sus facciones cambiaron.

—¡Quería verte en tu forma de hada! —dijo Luca—. Todos estábamos apostando sobre cuándo… —y siguió y siguió.

Ella le frunció el ceño a Rowan. El tatuaje se veía aun más detallado ahora

que lo veía con sus ojos de hada.

—Me reconforta saber que a la gente como tú le espera un lugar especial en el infierno.

—Como si no supiera eso ya.

Celaena le hizo un gesto particularmente vulgar y pisó el hielo.

Con cada paso cuidadoso, eran pequeños pasos al principio, podía ver el fondo del lago que se iba haciendo más profundo y desaparecía en la oscuridad, tragándose todas las armas perdidas. Luca al fin se había callado.

Cuando pasó más allá del borde visible de la plataforma rocosa y quedó flotando sobre la profundidad oscura, se le fue el aliento un instante. Se resbaló y

el hielo crujió.

Crujió y luego se resquebrajó y empezó a formarse una fina telaraña bajo su pie. Ella se congeló y se quedó con la boca abierta como tonta mientras las cuarteaduras se hacían más y más anchas y luego… continuó avanzando. Escuchó otro crujido bajo sus botas. ¿Se movió el hielo?

—Ya basta —le siseó a Rowan, sin atreverse a mirar atrás.

Su magia de pronto se despertó y ella se quedó quieta como cadáver. No.

Pero ahí estaba, llenando los espacios de su interior.

El hielo emitió un gemido profundo que solo podía significar que algo frío y

húmedo estaba acercándose a ella muy pronto y dio otro paso, aunque fuera solamente porque el camino de regreso parecía estar a punto de romperse. Estaba sudando ahora: la magia, el fuego, la estaban calentando desde el interior.

—¿Elentiya? —preguntó Luca, y ella le tendió la mano, un gesto silencioso para callarle esa boca estúpida mientras ella cerraba los ojos y respiraba imaginándose el aire frío a su alrededor y llenando sus pulmones, congelando el pozo del poder. Magia…, era magia. En Adarlan, sin duda esto era una trampa mortal.

Apretó los puños. Aquí no era una

trampa mortal. En este lugar podía tenerla, podía usar la forma que quisiera.

El hielo dejó de crujir pero se veía opaco y empezó a hacerse más delgado a su alrededor. Ella empezó a resbalarse e intentó mantenerse tan equilibrada y fluida como pudo. Se puso a tararear una melodía, un fragmento de una sinfonía que solía tranquilizarla. Dejó que el ritmo la sosegara, que le quitara un poco de intensidad a su pánico.

La magia se redujo a brasas, pulsando con cada respiración. «Estoy a salvo —le dijo—. Relativamente a salvo». Si Rowan tenía razón, y era solo una reacción para protegerla de algún

enemigo…

El fuego era la razón por la cual le habían prohibido la entrada a la Biblioteca de Orynth cuando tenía ocho años, después de que incineró accidentalmente todo el librero de manuscritos antiguos cuando se irritó con el maestro académico que le estaba hablando sobre el decoro. Fue un alivio hermoso y horrible despertar un día pocos meses después de eso y saber que la magia había desaparecido. Que podía sostener un libro, sostener lo que más amaba, y no preocuparse por que fuera a convertirse en cenizas si se sentía molesta o cansada o emocionada.

Celaena Sardothien, la Celaena

gloriosamente mortal, nunca tuvo que preocuparse por quemar a un compañero de juego por accidente, o por tener una pesadilla que podría incendiar su recámara, ni por quemar todo Orynth y dejarlo en ruinas. Celaena había sido todo lo que Aelin no. Ella había aceptado esa vida, a pesar de que los logros de Celaena eran la muerte y la tortura y el dolor.

—¿Elentiya?

Había estado mirando el hielo fijamente. Su magia volvió a lanzar unas chispas.

Quemar una ciudad completa. Ese era el miedo que escuchó decir al emisario de Melisande cuando hablaba

con sus padres y su tío. A ella le dijeron que había venido a hablar sobre una alianza, pero después comprendió que en realidad había ido para reunir algo de información sobre ella. Melisande tenía una reina joven en el trono y ella quería determinar qué amenaza podría representar la heredera de Terras en algún día. Quería saber si Aelin Galathynius se convertiría en un arma de guerra a quien podría tener que enfrentarse.

El hielo se nubló y un crujido reventó en el aire. La magia estaba pulsando para salir de ella, abriendo y cerrando sus fauces con cada respiración.

—Tú tienes el control ahora —dijo Rowan desde la orilla—. Tú eres su ama.

Ya estaba a medio camino. Dio un paso más hacia Luca y el hielo tronó una vez más. Sus cadenas empezaron a moverse: ¿impaciencia o miedo?

Nunca había tenido el control. Incluso como Celaena, el control había sido una ilusión. Otros maestros eran los que llevaban las riendas.

—Tú eres la dueña de tu propio destino —dijo Rowan con tono suave desde la orilla, como si supiera precisamente lo que estaba pasando por su cabeza.

Ella tarareó un poco más y permitió

que la música avanzara por su memoria. Y de cierto modo… de cierto modo la flama se acalló. Celaena dio un paso al frente, luego otro. El poder que ardía en sus venas nunca desaparecería; era más probable que lastimara a alguien si no lo dominaba.

Frunció el ceño y miró a Rowan por encima del hombro. Estaba caminando por la orilla, examinando algunas de las armas hundidas. Había un destello triunfal en sus ojos normalmente huecos, pero se dio la vuelta y se acercó a una pequeña grieta en la pared, para buscar algo en el interior. Continuó avanzando y el abismo de agua siguió haciéndose más profundo. Había dominado su

cuerpo mortal como asesina. Dominar su poder inmortal era tan solo una misión más.

Los ojos de Luca se abrieron mucho cuando llegó al fin a una distancia donde lo podía tocar.

—No tienes nada que ocultar, ¿sabes? De todas maneras, sabíamos que te podías transformar —dijo—. Y si te hace sentir mejor, la forma animal de Sten es un cerdo. No se transforma porque le da vergüenza.

Ella hubiera reído, incluso sintió cómo se tensaba su interior para emitir el sonido que llevaba ahí enterrado meses, pero entonces recordó las cadenas alrededor de sus muñecas. La

magia se había acallado, pero ahora ¿las debía derretir, o derretir el hielo en el que estaban ancladas y que arrastrara las cadenas de regreso? Si intentaba derretir el hielo, fácilmente podría enviarlos a ambos al fondo de ese lago antiguo. Y si intentaba con las cadenas… Bueno, podría perder el control y enviarlos a ambos al fondo, pero también podía quemarlo a él. Como mínimo, le quedarían marcas donde estaban los grilletes. O, en el peor de los casos, podría derretirle los huesos. Mejor arriesgarse a derretir el hielo.

—Eh —dijo Luca—. Voy a perdonarte todas las cosas horribles que dijiste antes si podemos ir a comer algo

ya. Huele muy mal aquí dentro.

Los sentidos de Luca seguramente eran más poderosos que los de ella, la cueva apenas olía un poco a óxido, moho y cosas podridas.

—Estate quieto y deja de hablar —dijo, con más brusquedad de lo que hubiera querido. Pero él se calló cuando ella llegó al lugar donde Rowan había congelado las cadenas. Con todo el cuidado que pudo, se arrodilló e intentó distribuir su peso de manera uniforme.

Una de las palmas de sus manos se deslizó por el hielo y observó por dónde pasaba la cadena hasta el tramo que colgaba meciéndose en el agua debajo.

Meciéndose… Debía de haber una

corriente, lo cual significaba que Rowan debía de estar sellando el hielo constantemente… El frío le mordió la palma y ella vio a Luca sobre la manta de piel antes de devolver su atención al ancla. Si el hielo se rompía, tendría que sostenerlo. Rowan estaba más que loco.

Respiró profundamente varias veces y dejó que la magia se calmara, se enfriara y chisporroteara. Luego, con la mano presionada contra el hielo, usó la punta de un dedo en su interior para acercarse a su poder y sacó un hilo diminuto y ardiente. Fluyó por su brazo, se envolvió alrededor de su muñeca y luego se quedó en la palma de su mano, calentando su piel, el hielo… brillando

de color rojo intenso. Luca gritó cuando el hielo se fracturó alrededor de ellos.

—Control —ladró Rowan desde la orilla y sacó una espada abandonada de la grieta de la pared, donde estaba oculta, y su empuñadura dorada brilló. Celaena intentó controlar la magia con tanta fuerza que se sofocó. Se había derretido un agujero pequeño donde había estado su palma, pero no había atravesado todo. No era suficientemente grande para liberar la cadena.

Podía hacer esto. Podía dominarse otra vez. El pozo en su interior se llenó y ella lo empujó de regreso, haciendo que solo ese hilo lograra liberarse y entrara al hielo, metiéndose como un

gusano, comiéndose el frío… Se escuchó el sonido del metal, luego un silbido y luego…

—¡Oh, gracias a los dioses! —gimió Luca y tiró de la cadena para sacarla del agujero.

Ella enroscó el hilo de poder en su interior, lo devolvió al pozo y de pronto sintió frío.

—Por favor, dime que trajeron comida —dijo Luca otra vez.

—¿Por eso viniste? ¿Rowan te prometió comida?

—Soy un chico en crecimiento —protestó Luca e hizo un gesto de dolor cuando miró a Rowan—. Y además no se le dice que no a él.

No, de hecho, nadie le decía que no a él y probablemente por eso Rowan pensó que era aceptable un plan como este. Celaena suspiró por la nariz y miró el agujero pequeño que había hecho. Era una hazaña, un milagro. Cuando estaba a punto de ponerse de pie y ayudar a Luca a avanzar de regreso a la orilla, miró el hielo nuevamente. No, no el hielo, sino el agua debajo.

Ahí había un gran ojo rojo que la estaba mirando directamente a ella.

Capítulo 35

Las siguientes cuatro palabras que salieron de la boca de Celaena fueron tan vulgares que Luca casi se atraganta. Pero Celaena no se movió cuando vio una línea enorme, serrada y blanca que

brillaba inquietantemente lejos de ese ojo rojo.

—Sal del hielo ahora —le dijo a Luca con una exhalación.

Porque esa línea blanca serrada, eso eran dientes. Dientes enormes, capaces de arrancar un brazo de una mordida. Y estaban subiendo de las profundidades hacia el agujero que ella había hecho. Por eso no había esqueletos, sino solo armas que no les sirvieron de nada a los tontos que habían entrado a la cueva.

—Dioses sagrados —dijo Luca mirando detrás de ella—. ¿Qué es eso?

—Cállate y vete —le respondió Celaena. En la orilla, los ojos de Rowan estaban abiertos como platos y su rostro,

tenso debajo del tatuaje. No se había percatado de que este lago no estaba vacío.

—Ahora, Luca —gruñó Rowan con la espada desenvainada; en la otra mano sostenía el arma que había tomado de la cueva y que aún estaba en su funda.

Iba nadando hacia ellos, con lentitud. Curioso. Conforme se acercaba, Celaena pudo distinguir un cuerpo serpenteante tan pálido como las rocas en el fondo del lago. Nunca había visto algo tan enorme, tan antiguo y… y… lo único que la separaba de eso era una delgada capa de hielo.

Cuando Luca empezó a temblar y su piel bronceada se puso pálida, Celaena

se paró velozmente e hizo crujir el hielo.

—No mires abajo —le dijo tomándolo del codo. Se había formado una capa de hielo más grueso bajo sus pies y estaba expandiéndose, formando un camino hacia la orilla—. Corre —le indicó al chico y le dio un leve empujón. Rápidamente, él empezó a deslizarse resbalándose. Ella le permitió adelantarse un poco para conseguir algo de tiempo y poder protegerle las espaldas. Entonces volvió a mirar hacia abajo.

Ahogó un grito cuando vio la cabeza escamosa y enorme que la miraba desde abajo. No era un dragón ni un guiverno, no era serpiente ni pez, sino algo

intermedio. Le faltaba un ojo y tenía cicatrices alrededor de la cuenca vacía. ¿Qué demonios le había hecho eso? ¿Había algo peor nadando debajo en el centro de esa montaña? Por supuesto… por supuesto que la dejarían sin armas en el centro de un lago lleno de ellas.

—Más rápido —ladró Rowan. Luca ya estaba a la mitad del camino hacia la orilla.

Celaena empezó a avanzar con el mismo paso de resbalones de Luca y no confiaba en poder mantenerse en pie si corría. Justo cuando dio su tercer paso, un destello de color blanco hueso emergió de las profundidades, retorciéndose como un áspid a punto de

atacar.

La cola larga se azotó contra el hielo y el mundo rebotó.

El golpe provocó que el hielo se levantara y eso la lanzó volando e hizo que se le doblaran las piernas para luego caer sobre las manos y las rodillas. Celaena controló la magia que emergió para protegerla, quemar y destruir. Se puso de pie y giró hacia un lado cuando la cabeza escamosa y con cuernos se dirigió a toda velocidad hacia el hielo cerca de sus pies.

La superficie se movió. Más lejos, pero acercándose, el hielo estaba rompiéndose. Como si Rowan estuviera invirtiendo toda su concentración ahora

en mantener un puente delgado de hielo entre ella y la orilla.

—Un arma —jadeó Celaena, intentando no apartar su atención de la criatura.

—Apúrate —ladró Rowan y Celaena levantó la vista lo suficiente para ver que le deslizaba la espada que había encontrado por el hielo impulsándola con un viento fuerte para acercársela. Luca dejó la manta, corriendo y resbalándose, y Celaena tomó la espada y lo siguió. Tenía un rubí del tamaño de un huevo de gallina en la empuñadura dorada y a pesar de la edad de la funda, la espada brilló cuando la sacó, como si la acabaran de pulir. Algo

salió de la funda y cayó en el hielo, un anillo también dorado. Ella lo tomó, se lo metió al bolsillo y corrió más rápido cuando…

El hielo volvió a levantarse y el sonido de esa cola poderosa fue tan horrible como la superficie que se cimbraba debajo de ella. Celaena se mantuvo sobre los pies esta vez y se quedó en cuclillas para tomar la espada, maravillada en parte por su peso equilibrado y su belleza, pero Luca, que iba resbalándose, cayó. Ella lo alcanzó en unos instantes y lo levantó de la parte de atrás de la túnica, sosteniéndolo con fuerza cuando el hielo se levantó una y otra y otra vez.

Llegaron a la zona menos profunda y casi gimió de alivio al ver la plataforma de roca pálida bajo sus pies. El hielo detrás de ellos explotó y los bañó una lluvia helada y luego…

Ella no se detuvo cuando las fosas nasales exhalaron. No dejó de jalar a Luca hacia Rowan. Tenía la frente brillante de sudor y veía las garras enormes que iban raspando el hielo formando cuatro surcos profundos.

Jaló al chico los últimos diez metros, luego cinco, luego ya estaban en la orilla y avanzaban hacia Rowan, quien dejó escapar una exhalación temblorosa. Celaena giró a tiempo para ver algo como salido de una pesadilla

que estaba tratando de subirse al hielo: su único ojo rojo, enloquecido por el hambre; sus grandes dientes, una promesa de muerte brutal y fría. Cuando dejó de sonar el suspiro de Rowan, el hielo se fundió y la criatura se fue al fondo.

De nuevo en tierra firme, repentinamente conscientes de que el hielo también había sido una barrera, Celaena tomó a Luca, quien parecía a punto de vomitar, y corrieron para salir de la cueva. No había nada que impidiera que la criatura saliera del agua, y ante ella, la espada era tan útil como un mísero palillo. Quién sabe qué tan rápido se pudiera mover en tierra.

Luca iba recitando un flujo constante de oraciones a varios dioses cuando Celaena lo jaló por el camino rocoso hacia el sol encendido de la tarde, casi a ciegas, tropezándose hasta que llegaron al bosque sombreado, esquivando los árboles gracias a la suerte y corriendo más y más rápido colina abajo, y entonces…

Un rugido sacudió las rocas e hizo que las aves escaparan por los aires y que se estremecieran las hojas. Pero era un rugido de rabia y hambre, no de triunfo. Como si la criatura hubiera llegado a la orilla de la cueva y, tras milenios en las aguas oscuras, no pudiera soportar la luz del sol. No

quería ni imaginar, mientras seguían corriendo alejándose del eco del rugido, lo que podría haber sucedido si esto hubiera pasado de noche. Lo que aún podría suceder en la noche.

Después de un tiempo, sintió a Rowan tras ellos. Sin embargo, solo le importaba el joven de quien era responsable, que fue jadeando y maldiciendo todo el camino de vuelta a la fortaleza.

Cuando alcanzaron a ver Mistward, le dijo a Luca una sola cosa antes de

mandarlo solo: que mantuviera la boca cerrada sobre lo que había sucedido en la cueva. En el instante que los sonidos del joven avanzando por la maleza se dejaron de oír, se dio la vuelta.

Rowan estaba ahí parado, jadeando también, con la espada ya enfundada. Ella enterró su nueva espada en la tierra y el rubí de la empuñadura brilló bajo la luz del sol.

—Te mataré —le gruñó. Y se lanzó contra él.

Incluso en su forma de hada, él era más rápido y más fuerte que ella y la evadió sin mucho esfuerzo. Chocar de cara contra el árbol era mejor que chocar contra las paredes de roca de la

fortaleza, aunque no por mucho. Sintió el dolor en los dientes, pero se dio la vuelta y volvió a atacar a Rowan, que ahora estaba muy cerca mostrando los dientes. No la pudo esquivar cuando lo tomó por la parte delantera de la chaqueta y le dio un golpe.

Oh, pegarle en la cara se había sentido bien, a pesar de que se le abrieron los nudillos y le punzaban.

Él gruñó y la lanzó al suelo. Se le salió el aire del pecho y la sangre que le brotaba de la nariz empezó a caerle hacia la garganta. Antes de que pudiera sentarse sobre ella, Celaena le puso las piernas alrededor y empujó con toda su fuerza inmortal. Y de pronto, lo tenía

sujeto contra el suelo. Sus ojos abiertos como platos expresaban algo que solo podía ser rabia y sorpresa.

Le volvió a pegar y sus nudillos protestaron en agonía.

—Si una sola vez vuelves a involucrar a alguien más en esto… —jadeó y lo golpeó en el tatuaje, en el maldito tatuaje—. Si alguna vez vuelves a poner en peligro a quien sea como lo hiciste hoy… —la sangre de su nariz le salpicaba el rostro y se mezclaba, observó con satisfacción, con la sangre de los golpes que ella le había dado—. Te mataré —otro golpe, de revés, y se le ocurrió vagamente que él ya no estaba resistiéndose y que estaba aceptando lo

que ella le hacía—. Te arrancaré la maldita garganta —le gruñó y le enseñó los colmillos—. ¿Entiendes?

Él giró la cabeza de lado para escupir sangre.

Ella sentía que la sangre se le agolpaba de manera tan salvaje que perdió el poco control que tenía. Hizo presión para contenerse pero la distracción le costó. Rowan se movió y entonces ella ya estaba debajo de él nuevamente. Le había herido la cara, pero no pareció importarle cuando gruñó:

—Yo haré lo que me dé la gana.

—¡Mantendrás a otras personas fuera de esto! —gritó ella, tan fuerte que

hasta las aves dejaron de hacer ruido. Se agitó contra él y lo tomó de las muñecas —. ¡Nadie más!

—Dime por qué, Aelin.

Ese nombre maldito por los dioses… Le encajó las uñas en las muñecas.

—¡Porque estoy harta! —Estaba dando bocanadas de aire y con cada respiración temblaba al darse cuenta de que se estaba liberando algo que había mantenido bajo control desde la muerte de Nehemia—. Le dije que no la ayudaría, así que ella organizó su propia muerte. Porque ella pensó… —rio, un sonido horrible y salvaje— pensó que su muerte me pondría en acción. Pensó

que de alguna manera yo podía hacer más que ella, que ella valía más muerta. Y mintió… sobre todas las cosas. Me mintió porque yo era una cobarde, y la odio por eso. La odio por haberme abandonado.

Rowan seguía sosteniéndola y su sangre caliente le caía en la cara.

Lo había dicho. Dijo las palabras que había estado intentando sofocar durante semanas y semanas. La ira empezó a salir de ella como una ola que se aleja de la costa, y le soltó las muñecas a Rowan.

—Por favor —jadeó sin importarle que estaba rogando—, por favor, no involucres a nadie más en esto. Haré lo

que me pidas. Pero ese es mi límite. Cualquier cosa menos eso.

Sus ojos estaban velados cuando al fin le soltó los brazos. Ella miró hacia las copas de los árboles. No lloraría frente a él, no otra vez.

Él se levantó y el espacio entre ambos ahora era algo tangible.

—¿Cómo murió?

Ella dejó que la humedad que tenía en la espalda empezara a penetrar y que le enfriara los huesos.

—Manipuló a un conocido mutuo para que pensara que tenía que matarla para poder seguir avanzando en sus propósitos. Él contrató a un asesino, se aseguró de que yo no estuviera, e hizo

que la mataran.

Oh, Nehemia. Lo había hecho todo por una esperanza ingenua, sin darse cuenta de que era un desperdicio. Podría haberse aliado con el impecable Galan Ashryver y habría salvado el mundo, podría haber encontrado a un heredero verdaderamente útil para el trono.

—¿Qué le pasó a los dos hombres?

Fue una pregunta fría.

—Al asesino lo cacé y luego dejé sus restos en un callejón. Y al hombre que lo contrató… —sintió la sangre en sus manos, en su ropa, en su cabello, la mirada horrorizada de Chaol—, le arranqué las vísceras y tiré su cuerpo al drenaje.

Eran dos de las peores cosas que había hecho, por puro odio y venganza y rabia. Anticipaba un sermón. Pero Rowan se limitó a decir:

—Bien.

Se sintió tan sorprendida que lo miró y vio lo que había hecho. No lo que le había hecho en el rostro ya amoratado y sangrante, ni a su chaqueta rasgada o a la camisa enlodada. Sino lo que le había hecho en el lugar donde había sostenido sus antebrazos: tenía la ropa quemada y la piel debajo estaba cubierta de ampollas enrojecidas.

Marcas de sus manos. Había quemado el tatuaje de su brazo izquierdo. Se puso de pie en un instante

y se preguntó si debería estar de rodillas suplicándole que la perdonara.

Seguramente le dolía muchísimo. Sin embargo, lo había aceptado, la golpiza, la quemadura, mientras ella le espetaba esas palabras que le habían nublado los sentidos durante tantas semanas ya.

—Lo… lo lamento —empezó a decir pero él levantó una mano.

—No te disculpes —dijo— por defender a la gente que te importa.

Ella supuso que eso era lo más cercano a una disculpa que jamás lograría obtener de él. Solo asintió y él aceptó eso como suficiente respuesta.

—Me quedaré con la espada —dijo ella y la liberó de la tierra. Sería difícil

encontrar una mejor en todo el mundo.

—No te la has ganado —repuso. Luego se quedó en silencio y agregó—: Pero considera esto como un favor. Déjala en tus habitaciones cuando entrenemos.

Podría haber discutido, pero esto también sería algo en lo que ella cedería. Se preguntó si él habría cedido en algún trato en el último siglo.

—¿Qué tal si esa cosa nos sigue hasta la fortaleza cuando caiga la oscuridad?

—Aunque lo hiciera, no puede burlar a los guardias —dijo. Cuando Celaena levantó las cejas, él agregó—: Las rocas alrededor de la fortaleza

tienen entretejido un hechizo para mantener fuera a nuestros enemigos. Incluso la magia rebota ahí.

—Ah —eso explicaba por qué la llamaban Mistward. Entre ellos se posó un silencio tranquilo, si bien no agradable, mientras caminaban—. ¿Sabes? —dijo ella con tono bribón—, van dos veces que haces un desastre de mi entrenamiento con tus tareas. Estoy segura de que eso te convierte en el peor instructor que jamás he tenido.

Él la miró de soslayo.

—Me sorprende que te hayas tardado tanto en mencionarlo.

Ella resopló y cuando se acercaron a la fortaleza, las antorchas y velas se

encendieron como para darles la bienvenida a casa.

—Nunca había visto algo tan lamentable —dijo Emrys cuando Rowan y Celaena entraron pesadamente a la cocina—. Tienen sangre y tierra y hojas por todas partes, los dos.

En verdad, su aspecto era terrible. Ambos tenían la cara hinchada y lacerada, cubierta con la sangre del otro, el cabello hecho un desastre, y Celaena cojeaba un poco. Tenía abiertos los nudillos de dos dedos y la rodilla le

dolía por una lesión que no recordaba haberse hecho.

—Son como gatos callejeros, peleando a todas horas del día y la noche —dijo Emrys y azotó dos tazones de guisado sobre la mesa—. Coman, ambos. Y luego ve a limpiarte, Elentiya, te quedas fuera de la cocina hoy en la noche y mañana —Celaena abrió la boca para protestar pero el viejo levantó una mano—. No quiero que estés sangrando encima de todas mis cosas. Me vas a provocar más problemas de los que resuelvas —Celaena hizo una mueca de dolor, se dejó caer en la banca junto a Rowan y maldijo con ferocidad por el dolor en su pierna, su rostro, sus

brazos. Maldijo también al tarado que estaba sentado a su lado—. Y de paso lávate también esa boca —le espetó Emrys.

Luca estaba acurrucado junto al fuego, con los ojos abiertos como platos y haciendo un gesto brusco y cortante en su cuello, como si quisiera advertirle de algo a Celaena. Incluso Malakai, que estaba sentado del otro lado de la mesa con dos guardias viejos, estaba mirándola con las cejas arqueadas.

Rowan ya estaba inclinado sobre la mesa comiendo su guisado. Ella volvió a mirar a Luca, que se estaba tocando las orejas frenéticamente.

No había vuelto a transformarse. Y,

bueno, ahora todos se habían dado cuenta, incluso con toda la sangre y tierra y hojas. Malakai le buscó la mirada y ella lo desafió…, desafió al viejo a que se atreviera a decir algo. Pero él se encogió de hombros y regresó a su comida. Así que realmente no era una sorpresa después de todo. Le dio una probada a su guiso y tuvo que reprimir su gemido. ¿Eran sus sentidos de hada o la comida estaba incluso más deliciosa esta noche?

Emrys la estaba observando desde la chimenea y Celaena le lanzó una mirada desafiante a él también. Volvió a buscar detrás del velo y se sintió adolorida al transformarse de vuelta en su forma

mortal. El viejo les trajo una hogaza de pan a ella y a Rowan y dijo:

—Me da lo mismo si tienes las orejas puntiagudas o redondas, o cómo se vean tus dientes. Pero —agregó mirando a Rowan— no puedo negar que me da gusto ver que ahora lograste dar un par de golpes.

La cabeza de Rowan se levantó bruscamente de su plato y Emrys le apuntó con una cuchara.

—¿No crees que ya fue suficiente de estarse golpeando? —Malakai se tensó, pero Emrys continuó—. ¿Qué beneficio obtienen con esto, aparte de darme a mí una moza con una cara que asusta a todos nuestros guardias? ¿Crees que nos

gusta estar escuchándolos maldiciendo y gritando todas las tardes? El lenguaje que usan bastaría para cortar la leche de todo Wendlyn.

Rowan inclinó la cabeza y murmuró algo hacia su guisado.

Por primera vez en mucho tiempo, Celaena sintió que las comisuras de sus labios empezaban a tirar hacia arriba.

Y en ese momento Celaena caminó hacia el viejo y se hincó. Se disculpó profusamente. Con Emrys, con Luca, con Malakai. Se disculpó porque merecían una disculpa. Ellos la aceptaron, pero Emrys seguía viéndose cauteloso. Incluso herido. La vergüenza de lo que le había dicho a ese hombre, a todos,

permanecería con ella durante un buen tiempo.

Aunque sentía el estómago hecho nudo y las palmas de las manos le sudaban, aunque no mencionó nombres, no le sorprendió cuando Emrys le dijo que él y los demás viejos del pueblo de las hadas sabían quién era y que su madre había trabajado para ayudarlos. Pero sí le sorprendió que Rowan se fuera al fregadero y ayudara a limpiar después de la comida de la noche.

Trabajaron en un silencio cómodo. Todavía había verdades que no había confesado, manchas en su alma que aún no podía explorar o expresar. Pero tal vez, tal vez él no se alejaría cuando

encontrara el valor para decírselas.

En la mesa, Luca estaba sonriendo encantado. Solo ver esa sonrisa, ese fragmento de evidencia de que los acontecimientos del día no lo habían dañado por completo, hizo que Celaena volteara a ver a Emrys para decirle:

—Tuvimos una aventura hoy.

Malakai dejó su cuchara y dijo:

—Déjenme adivinar: tuvo que ver con ese rugido que hizo que todo el ganado se volviera loco.

Aunque Celaena no sonrió con los labios, sí lo hizo con los ojos.

—¿Qué sabes de una criatura que vive en un lago bajo…? —miró a Rowan para que él terminara la frase.

—La montaña Bald. Y él no conoce esa historia —dijo Rowan—. Nadie la conoce.

—Yo soy el Guardián de las Historias —dijo Emrys mirándolo con toda la furia de una de las figurillas de hierro de la chimenea—. Y eso significa que las historias que recolecto pueden no provenir de la boca de las hadas ni de los humanos, pero las escucho de todas maneras —se sentó a la mesa y dobló las manos frente a él—. Escuché una historia hace años, de un tonto que pensó que podía cruzar las Montañas Cambrian y entrar al reino de Maeve sin invitación. Iba de regreso, apenas con vida debido a los lobos salvajes de

Maeve que habitan en los desfiladeros, así que lo trajimos aquí mientras enviábamos por los sanadores.

Malakai murmuró:

—Entonces por eso no lo dejabas en paz.

Los viejos ojos destellaron y Emrys le sonrió con ironía a su pareja.

—Tenía una infección muy grave, así que en ese momento pensé que podría haber sido un sueño provocado por la fiebre, pero me dijo que había encontrado una cueva en la base de la Montaña Bald. Acampó ahí porque estaba lloviendo y hacía frío y planeaba salir al amanecer. De todas maneras, sentía que algo lo estaba observando

desde el lago. Se quedó dormido y despertó solamente porque había ondas chocando contra la orilla, ondas que provenían del centro del lago. Y justo donde dejaba de iluminar su fogata, desde las profundidades, alcanzó a ver algo que nadaba. Más grande que cualquier árbol o bestia que hubiera visto jamás.

—Oh, es horrendo —intervino Luca.

—¡Dijiste que habías estado con Bas y otros exploradores patrullando la frontera hoy! —ladró Emrys y luego miró a Rowan de un modo que sugería que sería mejor que alguien revisara su siguiente comida para ver si no tenía veneno.

Emrys se aclaró la garganta y pronto estaba viendo la mesa nuevamente, perdido en sus cavilaciones.

—Lo que el tonto aprendió aquella noche fue lo siguiente: la criatura era casi tan vieja como la misma montaña. Dijo que había nacido en otro mundo, pero que se había colado a este cuando los dioses no estaban prestando atención. Había estado cazando hadas y humanos hasta que un valiente guerrero de las hadas la retó. Y el guerrero, antes de perecer, le quitó un ojo a la criatura, por venganza o por deporte, y la maldijo, para que mientras la montaña existiera, la criatura se viera forzada a vivir bajo ella.

Un monstruo de otro reino. ¿Había conseguido entrar durante las guerras del Valg, cuando los demonios abrían y cerraban los portales a otro mundo a voluntad? ¿Cuántas otras criaturas horrendas que habitaban este lugar estaban aquí solamente por aquellas antiguas batallas por las llaves del Wyrd?

—Así que ha habitado en el laberinto de cuevas subacuáticas bajo la montaña. No tiene nombre, pues olvidó cómo se llamaba hace mucho tiempo y quienes lo conocen no regresan a casa.

Celaena se frotó los brazos e hizo un gesto de dolor cuando la piel rota de sus nudillos se estiró por el movimiento.

Rowan estaba viendo directamente a Emrys, con la cabeza ligeramente inclinada a un lado. Rowan la miró, como si quisiera asegurarse de que lo estaba escuchando, y preguntó:

—¿Quién era el guerrero que le sacó el ojo?

—El tonto no lo sabía, y la bestia tampoco. Pero hablaba el lenguaje de las hadas, una forma arcaica la lengua antigua, casi indescifrable. Podía recordar un anillo de oro que tenía, pero no cómo se veía.

Celaena tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no buscar en su bolsillo y sentir el anillo que traía ahí, o examinar la espada que había dejado

junto a la puerta y el rubí que quizá no era un rubí. Pero era imposible, sería demasiada coincidencia.

Podría haber cedido a la tentación de mirar si Rowan no hubiera estirado la mano para tomar su vaso de agua. Lo ocultaba bien, y Celaena pensó que ninguno de los otros se había dado cuenta, pero cuando la manga de su chaqueta se movió, él hizo un ligero gesto de dolor. Por las quemaduras que ella le había provocado. Tenían ampollas hace rato, seguramente ahora eran una verdadera agonía.

Emrys miró al príncipe fijamente.

—No más aventuras.

Rowan volteó a ver a Luca, quien

parecía a punto de estallar de indignación.

—De acuerdo.

Emrys no se conformó con eso.

—Y no más peleas.

La mirada de Rowan se cruzó con la de Celaena en la mesa. Su expresión no le dijo nada.

—Lo intentaremos.

Incluso Emrys consideró eso una respuesta aceptable.

A pesar del agotamiento que la abrumaba, Celaena no podía dormir. No

paraba de pensar en esa criatura, en la espada y el anillo que había examinado durante una hora sin averiguar nada, y el control, aunque endeble, que había logrado tener cuando estaban en el hielo. Pero seguía regresando a lo que le había hecho a Rowan, lo mucho que lo había quemado.

Su tolerancia al dolor debe ser tremenda, pensó mientras daba vueltas en su catre, acurrucada para protegerse del frío de la habitación. Miró su lata con ungüento. *Debería haber ido con un sanador para atender esas quemaduras*. Dio más vueltas durante otros cinco minutos y luego se puso las botas, tomó la lata y se fue.

Probablemente le volvería a arrancar la cabeza de un mordisco, pero no lograría dormir si seguía preocupada sintiéndose culpable. Dioses, se sentía culpable.

Tocó suavemente a su puerta, deseando un poco no encontrarlo. Pero él gritó «¿Qué?» y ella hizo un gesto de angustia y entró.

La habitación era cálida y acogedora, aunque un poco vieja y descuidada, en especial esas alfombras desgastadas que había colocado en buena parte del suelo de roca gris. Tenía una cama grande de postes que ocupaba buena parte del espacio, una cama que seguía tendida y vacía. Rowan estaba sentado frente a la mesa de trabajo ante

la chimenea, sin camisa, examinando lo que parecía ser un mapa donde tenía marcados los lugares en que habían encontrado los cuerpos.

Sus ojos reflejaron molestia, pero ella no hizo caso de eso y estudió el enorme tatuaje que empezaba en su rostro, bajaba por su cuello y hombros y que cubría todo su brazo izquierdo hasta las puntas de los dedos. Realmente no se había fijado ese día en el bosque, pero ahora se maravilló ante sus líneas hermosas y continuas, salvo por la quemadura en forma de grillete que tenía alrededor de su muñeca. De ambas muñecas.

—¿Qué quieres?

Tampoco había inspeccionado su cuerpo tan de cerca. Su pecho, que estaba suficientemente bronceado para indicar que pasaba una buena cantidad de tiempo sin camisa, era musculoso y estaba cubierto de gruesas cicatrices. Por peleas o batallas o solo los dioses sabrían por qué. Era el cuerpo de un guerrero que había tenido siglos para irse moldeando.

Le lanzó el ungüento.

—Pensé que podrías querer esto.

Él lo atrapó con una mano pero no le quitó la mirada de encima.

—Me lo merecía.

—Eso no quiere decir que no me pueda sentir mal.

Él dio la vuelta al ungüento entre sus dedos. Tenía una cicatriz particularmente grande y desagradable en el pectoral derecho, ¿de dónde había salido?

—¿Esto es un soborno?

—Devuélvemelo si vas a portarte como un patán —dijo ella y extendió la mano.

Pero él cerró el puño alrededor de la pequeña lata y luego la colocó sobre su mesa.

—Puedes sanarte a ti misma, ¿sabes? También me puedes sanar a mí. Nada muy importante, pero tienes ese don.

Ella lo sabía, más o menos. Su

magia a veces le había curado las heridas sin pensarlo de manera consciente.

—Es, es esa gota de afinidad con el agua que heredé de la línea de Mab —el fuego había sido un don de parte de la línea de sangre de su padre—. Mi madre —dijo estas palabras por algún motivo, a pesar de que la hacían sentir enferma — me dijo que la gota de agua en mi magia era mi salvación y mi sentido de autopreservación —él asintió y ella continuó hablando—. Quería aprender a usarlo como los otros sanadores; hace mucho tiempo, quiero decir. Pero nunca me lo permitieron. Dijeron…, bueno, que no sería tan útil porque no tenía

mucho y que las reinas no se dedican a ser sanadoras…

Ya debía dejar de hablar.

Por alguna razón se le hizo un hueco en el estómago cuando él dijo:

—Vete a la cama. Como no tienes autorización de ir a las cocinas mañana, vamos a entrenar al amanecer.

Bien, ciertamente se merecía esas palabras después de haberlo quemado de esa manera. Así que se dio la vuelta y tal vez se vio tan patética como se sentía porque de pronto él agregó:

—Espera. Cierra la puerta.

Obedeció. No le dijo que se sentara, así que se recargó contra la puerta de madera y esperó. Él estaba de espaldas

y ella observaba los músculos poderosos que se expandieron y se contrajeron cuando él respiró profundamente. Luego otra respiración. Luego…

—Cuando mi pareja murió, me tomó mucho tiempo regresar.

A ella le tomó un momento pensar qué decir.

—¿Hace cuánto?

—Doscientos tres años y veintisiete días —respondió Rowan e hizo un gesto hacia el tatuaje de su rostro, cuello y brazos—. Esto cuenta la historia de cómo sucedió. Sobre la vergüenza que deberé cargar a cuestas hasta que exhale mi último aliento.

Celaena recordó al guerrero que había llegado el otro día con los ojos tan vacíos…

—Otros vienen a ti con su propio dolor y vergüenza tatuados.

—Gavriel perdió a tres de sus soldados en una emboscada en las montañas del sur. Los masacraron. Él sobrevivió. Se ha tatuado los nombres de los que han caído bajo su mando todo el tiempo que lleva de ser soldado. Pero el objetivo de las marcas no tiene mucho que ver con dónde recaiga la culpa.

—¿Tú tuviste la culpa?

Lentamente se dio la vuelta, no por completo, pero suficiente para mirarla de lado.

—Sí. Cuando era joven, era… feroz en mis esfuerzos por ganar valor para mí y los de mi línea de sangre. A donde me enviara Maeve a las campañas, yo iba. En el camino, formé pareja con una hembra de nuestra raza, Lyria —dijo casi reverentemente—. Vendía flores en el mercado de Doranelle. Maeve no estuvo de acuerdo, pero… cuando conoces a tu pareja, no hay nada que se pueda hacer para cambiarlo. Ella era mía y nadie me podía decir lo contrario. Estar con Lyria me costó la aprobación de Maeve, y yo todavía ansiaba probar mi valor. Así que cuando llegó el momento de ir a la guerra y Maeve me ofreció la oportunidad de redimirme, la

acepté. Lyria me rogó que no fuera. Pero yo era tan arrogante, estaba tan confundido, que la dejé en nuestra casa de la montaña y me fui a la guerra. La dejé sola —dijo y nuevamente miró a Celaena.

«Me dejaste», le había dicho. En ese momento él había explotado: las heridas de hacía siglos surgían de pronto de la profundidad para tragárselo tan ferozmente como su pasado la consumía a ella.

—Me fui por meses; me gané toda la gloria que tontamente buscaba. Y luego nos enteramos de que nuestros enemigos habían estado intentando entrar en secreto a Doranelle a través de los

desfiladeros de las montañas —a Celaena se le fue el estómago a los pies. Rowan pasó una mano por su cabello y se rascó la cara—. Volé a casa. Tan rápido como jamás había volado. Cuando llegué encontré que… encontré que ella estaba embarazada. Y la habían matado de todas maneras y quemaron nuestra casa hasta dejarla hecha cenizas. Cuando pierdes a tu pareja, no… —sacudió la cabeza—. Perdí todo sentido de mí mismo, del tiempo y del espacio. Los cacé, a todos los hombres que la habían lastimado. Me tomé mi tiempo matándolos. Ella estaba embarazada, había estado embarazada desde que yo la dejé. Pero yo estaba tan enamorado

de mis propias preocupaciones tontas que no lo había detectado en su olor. Dejé sola a mi pareja embarazada.

Su voz se quebró, pero Celaena logró decir:

—¿Qué hiciste después de que los mataste?

El rostro de Rowan se veía sombrío y sus ojos estaban fijos en alguna visión lejana.

—Durante diez años no hice nada. Desaparecí. Me volví loco. Más que loco. No sentía nada. Solamente… me marché. Vagué por el mundo, pasando de una a otra de mis formas, casi sin percatarme del paso de las estaciones, comiendo solo cuando mi halcón me

decía que tenía que alimentarlo o moriría. Me hubiera dejado morir pero… no pude… —no terminó la frase y se aclaró la garganta—. Podría haberme quedado así para siempre, pero Maeve me buscó. Me dijo que ya había pasado suficiente tiempo en duelo y que yo debía servirle como príncipe y como comandante, trabajar con otro puñado de guerreros para proteger el reino. Fue la primera vez que hablé con alguien desde el día que encontré a Lyria. La primera vez que escuché mi nombre, o que lo recordé.

—¿Entonces fuiste con ella?

—No tenía nada. A nadie. En ese momento, tenía la esperanza de que

servirle haría que me mataran y entonces podría estar nuevamente con Lyria. Así que cuando regresé a Doranelle, escribí la historia de mi vergüenza sobre mi piel. Y luego me uní a Maeve con un juramento de sangre y le he servido desde entonces.

—¿Cómo… cómo regresas tras una pérdida así?

—No lo hice. Por mucho tiempo no pude. Creo que todavía… no he regresado. Tal vez nunca lo haga.

Ella asintió con los labios apretados y miró hacia la ventana.

—Pero tal vez —dijo él en voz tan baja que ella volvió a mirarlo. No sonrió, pero sus ojos se veían

inquisitivos—. Tal vez podríamos encontrar juntos el camino de regreso.

No se disculparía por lo de ese día ni por lo del anterior ni por nada. Y ella no se lo pediría, no ahora que entendía que en las semanas que ella lo había estado observando había estado haciendo algo similar a verse en un espejo. Con razón lo había odiado.

—Creo —dijo ella apenas más alto que un murmullo— que eso me gustaría mucho.

Rowan extendió una mano.

—Juntos entonces.

Ella estudió la palma llena de cicatrices y callos, luego el rostro tatuado, lleno de una especie de

esperanza sombría. Alguien que podía, que sí entendía lo que era estar lisiado en el núcleo mismo del alma, alguien que iba subiendo centímetro a centímetro para salir de ese abismo.

Tal vez nunca lograrían salir de ahí, tal vez nunca volverían a estar completos, pero…

—Juntos —dijo ella, y tomó su mano estirada.

Y en algún lugar muy dentro y muy lejos en su interior, una brasa empezó a brillar.

PARTE DOS
HEREDERA DE FUEGO

Capítulo 36

—¿Todo listo para tu reunión de esta noche con el capitán Westfall? —preguntó Ren Allsbrook, y Aedion podría haber jurado que le irritaba pronunciar el nombre.

Sentado al lado del joven señor en la orilla de la azotea, en el departamento de la bodega, Aedion consideró el tono de Ren y decidió que no era un desafío que mereciera un manotazo verbal y asintió antes de devolver la atención a sus uñas, que se estaba limpiando con uno de sus cuchillos de pelea.

Ren llevaba ya unos días recuperándose, después de que el capitán lo dejara instalado en la habitación de huéspedes del departamento. El viejo se había negado a usar la recámara principal y dijo que prefería el sillón, pero Aedion se preguntó exactamente qué sería lo que Murtaugh había visto cuando llegaron al

departamento. Si sospechaba quién era la dueña, Celaena o Aelin o ambas, no había revelado nada.

Aedion no había visto a Ren desde que se encontraron en el salón de opio y no sabía en realidad por qué se había molestado en ir esa noche.

—Lograste crear una red de malvivientes aquí. Eso está muy lejos de las torres lujosas del Castillo Allsbrook.

Ren apretó la mandíbula.

—Tú también estás lejos de las torres blancas de Orynth. Todos lo estamos —una brisa desordenó el cabello descuidado de Ren—. Gracias. Por… ayudarme esa noche.

—No fue nada —repuso Aedion sin

darle importancia y con una sonrisa despreocupada.

—Mataste por mí y luego me ocultaste. Eso no es «nada». Estoy en deuda contigo.

Aedion estaba bastante acostumbrado a aceptar la gratitud de otros hombres, de los suyos, pero esto…

—Deberías haberme dicho —le reclamó y dejó de sonreír mientras miraba las luces doradas que brillaban en la ciudad— que tú y tu abuelo no tenían casa.

Ni dinero. El estado de la ropa de Ren ya no resultaba entonces tan rara. La vergüenza que Aedion sintió esa noche casi lo abrumaba, y lo había estado

molestando los últimos días, afilando su temperamento hasta tener una hoja casi letal. Había intentado desahogarse con los guardias del castillo, pero las peleas con los hombres que protegían al rey solo servían para afilarlo más.

—No veo qué relevancia tenga —dijo Ren con seriedad. Aedion podía entender el orgullo. El que sentía Ren era profundo, y aceptar esta vulnerabilidad le costaba lo mismo que a Aedion le costaba aceptar la gratitud de Ren. Ren dijo:

—Si encuentras cómo romper el hechizo sobre la magia, lo harás, ¿verdad?

—Sí. Podría ser la diferencia en las

batallas que nos aguarden en el futuro.

—No hizo ninguna diferencia hace diez años —objetó Ren y su rostro se convirtió en una máscara de hielo. Entonces Aedion recordó. Ren casi no tenía nada de magia. Pero las dos hermanas mayores de Ren… Ambas chicas estaban en su escuela en las montañas cuando todo se fue al diablo. Una escuela de magia.

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, como si esto fuera un sitio aparte de la ciudad que quedaba a sus pies, Ren continuó:

—Cuando los soldados nos arrastraron al matadero, se burlaron de mis padres. Se burlaron de que, incluso

con su magia, la escuela de mis hermanas no tuvo defensa, no pudieron hacer nada contra los diez mil soldados.

—Lo siento —dijo Aedion. Era todo lo que le podía ofrecer por el momento, hasta que Aelin regresara.

—Regresar a Terrasen será… difícil —le dijo Ren mirándolo directamente —. Para mí y para mi abuelo.

Parecía estar luchando para encontrar las palabras, o quizá solo titubeaba ante la idea de decirle algo a alguien, pero Aedion le dio el tiempo que necesitaba. Al fin Ren continuó:

—No estoy seguro de seguir siendo lo suficientemente civilizado. No sé si… si podría ser un siquiera… siquiera… Si

mi gente me querría como un señor. Mi abuelo tiene más aptitudes, pero él es un Allsbrook por matrimonio y dice que no quiere gobernar.

Ah. Aedion se dio cuenta de que hacía una pausa para contemplar. Una palabra equivocada, una reacción equivocada, podría hacer que Ren se cerrara para siempre. No debería importar, pero importaba. Así que Aedion dijo:

—Mi vida ha sido guerra y muerte los últimos diez años. Probablemente sea guerra y muerte los siguientes diez también. Pero si alguna vez llega el día en el cual encontremos la paz… —dioses, esa palabra, esa hermosa

palabra— será una transición extraña para todos. Lo que sí puedo decir es que no veo cómo la gente de Allsbrook podría negarse a aceptar a un señor que pasó años intentando romper el yugo de Adarlan, o a un señor que pasó años en la pobreza para alcanzar ese sueño.

—Yo he… hecho cosas —dijo Ren —. Cosas malas.

Aedion sospechaba eso desde el momento en que Ren les dio la dirección del salón de opio.

—Todos lo hemos hecho —señaló Aedion. «También Aelin». Quería decirlo, pero todavía no quería que Ren ni Murtaugh ni nadie supiera ni una maldita cosa sobre ella. Era una historia

que le correspondía contar a ella.

Aedion supo que la conversación estaba a punto de dar un giro hacia lo negativo cuando Ren se tensó y le preguntó con voz demasiado baja:

—¿Qué es lo que planeas hacer con el capitán Westfall?

—En este momento, el capitán Westfall me es útil y es útil a nuestra reina.

—Entonces, en cuanto se haya terminado su utilidad…

—Decidiré eso cuando llegue el momento: veré si es seguro dejarlo con vida —Ren abrió la boca pero Aedion continuó—. Así debe ser. Así es como opero yo —a pesar de que había

ayudado a salvar la vida de Ren y le había dado un lugar para quedarse.

—Me pregunto qué es lo que nuestra reina pensará sobre la manera en que operas.

Aedion lo contempló con esa mirada severa que hacía que sus hombres salieran corriendo. Pero sabía que Ren no le temía en realidad, no con lo que había visto y lo que había aguantado. No después de que Aedion había matado por él.

Aedion dijo:

—Si es lista, entonces me dejará hacer lo que haga falta. Me utilizará como el arma que soy.

—¿Qué tal si desea ser tu amiga?

¿Le negarás eso también?

—No le negaré nada.

—¿Y si te pide que seas su rey?

Aedion le mostró los dientes.

—Suficiente.

—¿Quieres ser rey?

Aedion pasó las piernas hacia la azotea y se puso de pie.

—Lo único que quiero —gruñó— es que mi gente sea libre y que se restituya a mi reina en su trono.

—Quemaron el trono de las astas, Aedion. No tiene un trono.

—Entonces yo le construiré uno con los huesos de nuestros enemigos.

Ren hizo una mueca de dolor al ponerse de pie, sin duda sus lesiones le

dolían, y mantuvo su distancia. Tal vez no le tuviera miedo a Aedion pero tampoco era estúpido.

—Responde la pregunta. ¿Quieres ser rey?

—Si ella me lo pidiera, no lo rechazaría —era la verdad.

—Eso no es una respuesta.

Sabía por qué Ren lo preguntaba. Incluso Aedion estaba consciente de que podía ser rey, con su legión y sus vínculos con los Ashryver sería una alianza ventajosa. Un rey guerrero pondría a pensar dos veces a cualquier enemigo. Incluso antes de que el reino se destrozara ya corrían los rumores…

—Mi único deseo —dijo Aedion

gruñendo en la cara de Ren— es verla de nuevo. Solo una vez, si eso es lo que me conceden los dioses. Si me conceden más tiempo que eso, entonces les agradeceré cada maldito día de mi vida. Pero por ahora, lo único que quiero y para lo que estoy trabajando es para verla, para saber sin lugar a dudas que es real, que sobrevivió. El resto no es de tu incumbencia.

Sintió los ojos de Ren en él cuando desapareció por la puerta hacia el departamento de abajo.

La taberna estaba llena de los soldados que estaban en rotación de regreso a Adarlan, y el calor y olor de los cuerpos estaba haciendo que Chaol deseara que Aedion hubiera hecho esto solo. No había dónde esconderse ahora que él y Aedion eran amigos de copas, como anunció el general para que todos escucharan mientras los soldados lo vitoreaban.

—Es mejor esconderlo a la vista de todos que fingir, ¿eh? —le murmuró Aedion a Chaol cuando un soldado lo saludó con una reverencia, una reverencia real, y colocó sobre la mesa sucia y húmeda otra bebida gratis. «Para el Lobo», dijo el militar lleno de

cicatrices y con piel bronceada, y después regresó a su mesa repleta de camaradas.

Aedion levantó su tarro en dirección a la mesa del soldado y el brindis provocó más vítores. Su sonrisa fiera ya no tenía nada de fingida. A Aedion no le había tomado mucho tiempo localizar a cuáles soldados deberían interrogar, según Murtaugh: soldados que habían estado acuartelados en uno de los puntos donde se sospechaba que se había originado el hechizo. Mientras Aedion había estado buscando el grupo adecuado de hombres, Chaol se tomó el tiempo de realizar sus propias tareas, que ahora incluían considerar a un

candidato para reemplazarlo, y empacar para su regreso a Anielle. Había ido a Rifthold ese día con la excusa de encontrar una compañía para enviar su primer baúl con pertenencias, misión que sí había completado. No quería pensar en lo que haría su madre cuando llegara el baúl con libros al Castillo.

Chaol no se molestó en comportarse agradable cuando dijo:

—Adelante.

Aedion se puso de pie con el tarro en la mano. Como si todos lo hubieran estado observando, la habitación se sumergió en el silencio.

—Soldados —dijo con voz enérgica pero suave al mismo tiempo, seria y

reverente. Giró en su sitio con el tarro aún en la mano—. Por su sangre, por sus cicatrices, por cada una de las muescas en sus escudos y golpes en sus espadas, por cada amigo y enemigo muerto frente a ustedes… —elevó más el tarro e inclinó la cabeza y su cabello dorado brilló bajo la luz—. Por lo que han dado y por lo que aún están por dar, brindo por ustedes.

Durante un instante, cuando la habitación estalló en rugidos y gritos, Chaol pudo contemplar lo que realmente hacía que Aedion fuera una amenaza, aquello que lo hacía un dios para estos hombres y por qué el rey toleraba su insolencia, con anillo o no.

Aedion no era un noble en un castillo bebiendo sorbitos de vino. Era metal y sudor, sentado en esta taberna repugnante, bebiendo su cerveza. Fuera o no real, ellos creían que le importaban y que él los escuchaba. Se pavoneaban cuando recordaba sus nombres, los de sus esposas y hermanas, y dormían con la seguridad de que él los consideraba sus hermanos. Aedion se aseguraba de que creyeran que él pelearía y moriría por ellos. Y, por lo tanto, ellos pelearían y morirían por él.

Y Chaol sintió miedo, pero no por sí mismo.

Sintió miedo de lo que sucedería cuando Aedion y Aelin se reunieran.

Porque había visto en ella esa misma brasa brillante que hacía que la gente prestara atención y escuchara. La había visto entrar a una junta del consejo con la cabeza del consejero Mullison en la mano y sonreírle al rey de Adarlan. Cada uno de los hombres que estaban en esa habitación se había sentido fascinado y petrificado por el remolino oscuro de su espíritu. Los dos juntos, ambos letales, trabajando para construir un ejército, para inflamar a su gente… Temió por lo que harían con su reino.

Porque este seguía siendo su reino. Estaba trabajando por Dorian, no por Aelin, no por Aedion. Chaol no sabía dónde quedaba él en todo esto.

—¡Un concurso! —gritó Aedion parado sobre una banca. Chaol no se había movido durante la larga hora durante la cual Aedion había saludado y brindado con la mitad de los hombres en la habitación, durante la cual cada uno tuvo su turno de pararse y contar su historia al general.

Cuando Aedion tuvo suficiente de que lo alabaran sus propios enemigos, sus ojos Ashryver brillaron con una emoción que Chaol bien atribuía precisamente a que los odiaba a todos y cada uno de ellos y los tenía comiendo

de la palma de su mano como conejos, y el general rugió para organizar el concurso.

Hubo algunos gritos que sugirieron juegos de bebida, pero Aedion levantó su tarro nuevamente y entonces se hizo el silencio.

—El que haya viajado más lejos bebe gratis.

Se escucharon gritos de Banjali, Orynth, Melisande, Anielle, Endovier, pero entonces…

—¡Silencio todos ustedes! —Un viejo soldado de cabello gris se puso de pie—. Yo los derroto a todos —levantó su vaso hacia el general y sacó un pergamino de su chaleco. Eran

documentos de liberación—. Acabo de pasar cinco años en Noll.

El premio mayor. Aedion golpeó el asiento vacío en la mesa.

—Entonces tú beberás con nosotros, amigo —la habitación estalló en vítores nuevamente.

Noll. Era un punto en el mapa en la parte más alejada de la Península Desierta.

El hombre se sentó y, antes de que Aedion pudiera levantar un dedo hacia el cantinero, apareció un tarro frente al desconocido.

—Noll, ¿eh? —dijo Aedion.

—Comandante Jensen, de la legión veinticuatro, señor.

—¿Cuántos hombres tenía, comandante?

—Dos mil, todos regresamos el mes pasado —Jensen bebió largamente—. Cinco años y de repente ya todos terminamos —tronó sus dedos gruesos llenos de cicatrices.

—Supongo que Su Majestad no les advirtió.

—Con todo respeto, general… No nos dijo un carajo. A mí me avisaron que nos íbamos a ir porque entraban nuevas fuerzas y ya no nos necesitaban.

Chaol mantuvo la boca cerrada, escuchando, tal como Aedion le había indicado.

—¿Para qué? ¿Los enviará a unirse a

otra legión?

—No nos ha dicho todavía. Ni siquiera nos dijo quién ocupó nuestro lugar.

Aedion sonrió.

—Al menos ya no están en Noll.

Jensen miró su bebida, pero no antes de que Chaol percibiera la sombra en los ojos del hombre.

—¿Cómo es? Aquí, entre nosotros, por supuesto —dijo Aedion.

La sonrisa de Jensen había desaparecido, y cuando levantó la mirada, ya no había luz en sus ojos.

—Los volcanes están activos, así que siempre está oscuro, ¿saben?, porque la ceniza lo cubre todo. Y debido

a los vapores, siempre teníamos dolores de cabeza, a veces los hombres enloquecían por ello. A veces también nos sangraba la nariz. Recibíamos comida una vez al mes, ocasionalmente con menos frecuencia, dependiendo de la temporada y de cuándo podían entrar los barcos con provisiones. Los lugareños se negaban a hacer el recorrido para atravesar las dunas, sin importar cuánto los amenazáramos o los sobornáramos.

—¿Por qué? ¿Pereza?

—Noll no es mucho, solo la torre y el poblado que construimos a su alrededor. Pero los volcanes eran sagrados y hace diez años, tal vez un

poco más, aparentemente nosotros… Bueno, no mis hombres, porque yo no estaba ahí, pero el rumor dice que el rey llevó a una legión a los volcanes y saqueó el templo —Jensen sacudió la cabeza—. Por ese motivo, los locales nos escupen, incluso a los hombres que no estuvieron ahí. La torre de Noll se construyó después, y entonces los lugareños también la maldijeron. Así que siempre estábamos solos.

—¿Una torre? —Chaol dijo en voz baja y Aedion frunció el ceño.

Jensen bebió un trago grande.

—De todas maneras, no nos permitían entrar ahí.

—Los hombres que enloquecieron

—dijo Aedion con una media sonrisa en la cara—. ¿Qué hacían exactamente?

Las sombras regresaron y Jensen miró a su alrededor, no para ver quién estaba escuchando, sino casi como si quisiera encontrar una manera de salir de esta conversación. Pero entonces miró al general y dijo:

—Nuestros informes dicen, general, que los matamos, con flechas a la garganta. Rápido y limpio. Pero…

Aedion se acercó más.

—De esta mesa no saldrá una palabra.

Jensen asintió vagamente.

—La verdad es que, para cuando nuestros arqueros estuvieron listos, los

hombres que enloquecieron ya se habían reventado el cráneo solos. Cada vez era como si no pudieran sacar el dolor.

Celaena había dicho que Kaltain y Roland se quejaban de dolores de cabeza, como resultado de que se usara la magia del rey sobre ellos, su horrible poder. Y ella le había dicho que sintió un dolor de cabeza muy fuerte cuando abrió los calabozos secretos debajo del castillo. Los calabozos que llevaban a…

—La torre, ¿nunca les permitieron entrar? —dijo Chaol sin hacer caso de la mirada de advertencia de Aedion.

—No había puerta. Siempre me pareció más decorativa que otra cosa. Pero yo la odiaba. Todos la odiábamos.

Era una roca negra horrible.

Igual que la torre del reloj del castillo de cristal. Construida alrededor de las mismas fechas, si no es que unos años antes.

—¿Por qué molestarse? —dijo Aedion con voz lenta—. Es un desperdicio de recursos, si me lo preguntan.

Seguía habiendo muchas sombras en los ojos del hombre, llenos de historias que Chaol no se atrevía a pedirle que contara. El comandante terminó su bebida y se puso de pie.

—No sé por qué se molestaron, con Noll o Amaroth. A veces mandamos a los hombres por el Mar del Oeste con

mensajes entre las torres, así que sabemos que ellos tenían una similar. Ni siquiera sabíamos bien qué demonios estábamos haciendo hasta allá de todas maneras. No había nadie contra quién luchar.

Amaroth. El otro puesto y el otro posible punto de origen de Murtaugh para el hechizo. Al norte de Noll. Ambos a la misma distancia de Rifthold. Tres torres de roca negra, los tres puntos formando un triángulo equilátero. Tenía que ser parte del hechizo entonces.

Chaol pasó el dedo por la orilla de su vaso. Había jurado mantener a Dorian fuera de esto, dejarlo en paz…

No tenía manera de probar ninguna

teoría, y no quería acercarse ni a tres metros de esa torre del reloj. Pero tal vez la teoría se podía poner a prueba a pequeña escala. Solo para ver si tenían razón sobre lo que había hecho el rey. Lo cual significaba…

Necesitaba a Dorian.

Capítulo 37

Manon y sus Trece llevaban dos semanas de entrenamiento. Dos semanas de levantarse antes que el sol para volar por el cañón, para dominarlo como una unidad. Dos semanas de rasguños y

miembros torcidos, de ver a la muerte de cerca a causa de las caídas, o de las peleas entre guivernos, o de simples fallas estúpidas en los cálculos.

Pero poco a poco fueron desarrollando instintos, no solo como una unidad de pelea, sino como jinetes y monturas individuales. A Manon no le gustaba pensar que los animales estuvieran alimentándose de la carne repugnante que criaban ahí, así que dos veces al día hacían vuelos para cazar cabras montesas que arrancaban de las laderas de la montaña. Pasó poco tiempo para que las brujas también empezaran a comerse las cabras. Encendían fogatas rápidamente en los

pasos de la montaña para cocinar el desayuno y el alimento de la noche. Manon no quería que ninguna de ellas, ni las jinetes ni las monturas, volvieran a probar un bocado de la comida que les daban los hombres del rey, ni que volvieran a probar a los hombres en sí. Si olían y sabían extraño, era probable que algo estuviera mal con ellos.

No sabía si había sido la carne fresca, o las lecciones adicionales, pero las Trece estaban empezando a ser más rápidas que todos los aquelarres. Llegó un momento en el cual Manon les ordenó a las Trece que intentaran no adelantarse tanto cuando las Piernas Amarillas estuvieran observando sus lecciones.

Abraxos seguía siendo un problema. No se atrevía a ir al Paso con él, porque sus alas, aunque ya estaban un poco más fuertes, no habían mejorado mucho, al menos no lo suficiente para atreverse a intentar la tremenda caída necesaria para pasar por el pasaje angosto. Manon lo meditaba todas las noches, cuando las Trece se reunían en su habitación para comparar notas de vuelo, cuando las brujas hacían ademanes para demostrar cómo les habían enseñado a los guivernos a descender, a despegar, o a hacer alguna otra maniobra complicada… y sus uñas de hierro resplandecían.

A pesar de toda su emoción, estaban

exhaustas. Incluso las engreídas Sangre Azul ya tenían el temperamento volátil y Manon había tenido que separar peleas una docena de veces.

Manon usaba su tiempo de descanso para ver a Abraxos, para revisar sus garras y dientes de hierro, para sacarlo a volar más tiempo cuando todas las demás estaban dormidas en sus catres. Necesitaba todo el entrenamiento que pudiera tener y, a pesar de que se le dificultaba levantarse al día siguiente, a ella le gustaba el silencio y la quietud de la noche, cuando los picos de las montañas lucían plateados y arriba podía verse el río de estrellas.

Así que después de enfrentar la ira

de su abuela, Manon se ganó dos días de descanso para las Picos Negros cuando la convenció de que si no descansaban habría una guerra declarada en medio del comedor y que el rey no tendría ninguna caballería aérea para montar a sus guivernos en la batalla.

Les concedieron dos días para dormir y comer y para atender sus demás necesidades, que solo podrían satisfacer los hombres del otro lado de la montaña. Eso era lo que una buena cantidad de las Trece estaba haciendo, ya que había visto a Vesta, Lin, Asterin y las gemelas demonio cruzar el puente.

Manon no dormiría ni ese día ni al siguiente. Ni comería. Ni se acostaría

con hombres.

No, iba a llevar a Abraxos a las Ruhnn.

El guiverno ya tenía puesta la silla de montar y Manon se aseguró de que HiendeViento estuviera atada firmemente a su espalda cuando se montó. Las alforjas le agregaban un peso inesperado en la parte de atrás y se recordó a sí misma empezar a entrenar a las Trece y al resto de los aquelarres con todo y sus bolsas. Si iban a ser un ejército, entonces cargarían sus provisiones, al igual que hacía la mayoría de los soldados. Y entrenar con pesos las haría más rápidas cuando tuvieran que volar sin ellos.

—¿Está segura de que no la puedo convencer de que no vaya? —le preguntó el supervisor cuando ella se detuvo un momento en las puertas de atrás—. Conoce las historias igual que yo, esto va a tener un precio.

—Sus alas son débiles, y hasta el momento todo lo que hemos intentado para reforzarlas ha fallado —dijo ella —. Puede ser el único material que sirva para remendarles las alas y para que soporte los vientos. Y no veo ningún mercado cercano, así que supongo que tendré que ir directamente a la fuente.

El supervisor frunció el ceño ante el cielo gris que se extendía a lo lejos.

—Es un mal día para volar…, viene

una tormenta.

—Es el único día que tengo.

Incluso mientras lo estaba diciendo, deseó poder llevar a las Trece a los cielos cuando llegara la tormenta, para entrenarlas en eso también.

—Tenga cuidado, y piense bien cualquier oferta que le hagan.

—Si quisiera tu consejo, te lo habría pedido, mortal —le dijo, pero él tenía razón.

De todas maneras, Manon llevó a Abraxos a las puertas y a su punto usual para el despegue. Tenían un largo camino por volar ese día y el siguiente. Hasta la orilla de las montañas Ruhnn.

Era un largo trecho para encontrar

seda de araña. Y a las legendarias arañas estigias que la fabricaban, enormes como caballos y más mortales que el veneno.

La tormenta llegó justo cuando Manon y Abraxos circulaban en el límite occidental de las Ruhnn. A través de la lluvia helada que laceraba su rostro y la empapaba a través de todas sus capas de ropa, podía ver que la niebla estaba baja en las montañas y cubría gran parte del laberinto con picos grises que había debajo.

Con los vientos en aumento y los rayos resonando a su alrededor, Manon aterrizó con Abraxos en el único espacio de tierra abierta que pudo encontrar. Esperaría hasta que la tormenta pasara y luego volvería a volar para buscar en el área hasta que encontraran a las arañas. O al menos pistas sobre su paradero, principalmente en la forma de huesos, según ella esperaba.

Pero la tormenta continuó y aunque ella y Abraxos se pegaron al costado de un pequeño risco, no sirvió de nada para protegerlos. Hubiera preferido la nieve a esta lluvia helada, que venía acompañada de tanto viento que no

podía encender una fogata.

La noche cayó rápidamente debido a la tormenta y Manon tuvo que guardar su dentadura de hierro para evitar que el castañeteo de los dientes le perforara los labios. Su capucha era inútil. Estaba empapada y el agua le goteaba en los ojos, e incluso Abraxos se había enrollado como pelota todo lo que pudo para protegerse de la tormenta.

Había sido una idea estúpida y horrible. Sacó una pierna de cabra de la alforja y se la lanzó a Abraxos, quien se desenrolló solo para masticarla y luego volvió a enroscarse como antes. Ella se maldijo por ser una tonta y se comió su propia cena de pan remojado y una

manzana congelada y luego masticó un poco de queso.

Valía la pena. Para asegurar la victoria de las Trece, para ser la líder de la Flota, una noche en la tormenta no era nada. Había pasado por cosas peores, atrapada en pasos nevados de montaña con menos capas de ropa, sin salida y sin comida. Había sobrevivido a tormentas de las cuales algunas brujas no despertaron a la mañana siguiente. Pero de todas maneras hubiera preferido la nieve.

Manon estudió el laberinto de roca a su alrededor. Podía sentir los ojos que estaban ahí, observándola. Sin embargo, nada se acercaba, nada se atrevía. Así

que después de un rato, se enroscó de lado, igual que Abraxos, con la cabeza y el pecho inclinados hacia la pared del risco, se cruzó de brazos y se abrazó con fuerza.

Afortunadamente, dejó de llover en la noche, o al menos el ángulo del viento cambió y los dejó de azotar. Durmió mejor después de eso, pero de todas maneras no dejaba de sacudirse por el frío, aunque sí se sentía un poco más calor. Esas pequeñas oleadas de calor y sequedad probablemente evitarían que tiritara hasta morir o que se enfermara, pensó mientras se iba quedando dormida. Despertó con la luz grisácea del amanecer.

Cuando abrió los ojos, estaba entre sombras, entre sombras pero seca y cálida, gracias a un ala de gran tamaño que la estaba protegiendo de los elementos y al calor del aliento de Abraxos que llenaba el espacio como un horno pequeño. Él seguía durmiendo, un sueño profundo y pesado.

Tuvo que quitarle unos cristales de hielo de su ala estirada antes de que despertara.

La tormenta ya se había despejado y los cielos eran de un azul salvaje, tan claros

que Manon solo tuvo que circular una vez sobre la saliente de las Ruhnn para localizar lo que había estado buscando. No eran solo huesos, sino también árboles cubiertos de telarañas grises y polvosas como viudas en duelo.

No era seda de araña estigia, pudo ver cuando Abraxos voló bajo y planeó sobre los árboles, eran telarañas ordinarias. Si es que se podía llamar telaraña ordinaria a una que cubriera un bosque de montaña completo.

Abraxos gruñía de vez en cuando a algo que veía debajo, sombras o susurros que ella no alcanzaba a distinguir. Pero sí vio el movimiento en las ramas: arañas de todas formas y

tamaños, como si las hubieran convocado aquí para vivir bajo la protección de sus muchas parientes.

Les tomó la mitad de la mañana encontrar las cavernas cenizas que estaban bajo el bosque velado, donde vieron huesos limpios tirados en el suelo. Dio varias vueltas y luego Abraxos aterrizó en una saliente de roca frente a una de las entradas a las cuevas. La cara del risco que quedaba detrás de ellos era una caída enorme que terminaba en un barranco seco en la parte inferior.

Abraxos caminaba como gato montés, con la cola moviéndose de un lado a otro mientras observaba la cueva.

Ella señaló a la orilla del risco.

—Ya basta. Siéntate y deja de moverte. Sabes por qué estamos aquí. Así que no lo arruines.

Él resopló pero se dejó caer y una nube de polvo gris salió por los aires. Acomodó la cola a lo largo de la orilla del risco, una barrera física entre Manon y el precipicio. Manon lo miró fijamente por un momento antes de escuchar una risa femenina de otro mundo que les llegó desde la entrada de la cueva.

—Esa bestia es algo que no había visto en una eternidad.

Manon mantuvo su rostro inexpresivo. La luz era suficientemente brillante para revelar varios ojos

antiguos y despiadados que miraban desde el interior de la cueva y tres sombras enormes que estaban en la parte de atrás. La voz dijo, ahora más cercana, y con el sonido de mandíbulas como el acompañamiento de un tambor:

—Y ha pasado también una eternidad desde que hemos tratado con una Dientes de Hierro.

Manon no se atrevió a tocar HiendeViento al responder:

—El mundo está cambiando, hermana.

—Hermana —musitó la araña—. Supongo que somos hermanas, tú y yo. Dos caras de la misma moneda oscura del mismo creador oscuro. Hermanas en

espíritu, si no en la carne.

Entonces salió a la luz tenue y la niebla que se movió a su alrededor fue como un peregrinar de almas fantasmas. Era negra y gris, y tan solo su masa bastaba para hacer que a Manon se le secara la boca. A pesar de su tamaño, estaba elegantemente formada, con piernas largas y suaves, y un cuerpo aerodinámico y brillante. Era gloriosa.

Abraxos dejó escapar un gruñido suave, pero Manon levantó la mano para silenciarlo.

—Ya veo —dijo Manon suavemente — por qué mis hermanas Sangre Azul siguen adorándolas.

—¿Lo siguen haciendo? —preguntó

la araña y permaneció inmóvil, aunque las tres que estaban detrás de ella se acercaron más, silenciosas y observando con sus muchos ojos oscuros—. Apenas podemos recordar la última vez que las sacerdotisas Sangre Azul nos trajeron sus sacrificios al pie de las colinas. Las hemos extrañado.

Manon sonrió con los labios apretados.

—Puedo pensar en algunas que les quisiera enviar acá.

La araña rio con una risa suave y malvada.

—Una Picos Negros, sin duda —los ocho ojos enormes la miraron, se la tragaron completa—. Tu cabello me

recuerda nuestra seda.

—Supongo que eso debe ser un cumplido.

—Dime tu nombre, Picos Negros.

—Mi nombre no importa —dijo Manon—. He venido a negociar.

—¿Qué podría querer una bruja Picos Negros de nuestra seda valiosa?

Ella se dio la vuelta para revelar al vigilante Abraxos, que tenía la atención fija en la araña enorme, tenso desde la punta de la nariz hasta la cola con picos de hierro.

—Sus alas necesitan reforzarse. He escuchado leyendas y me preguntaba si su seda podría ayudar.

—Hemos vendido nuestra seda a

comerciantes y ladrones y reyes, para que se tejan vestidos y velos y velas. Pero nunca para alas.

—Necesitaré diez metros de ella, rollos tejidos, si los tienen.

La araña pareció aquietarse aún más.

—Hay hombres que han sacrificado su vida por un metro.

—Dime tu precio.

—Diez metros… —giró hacia las tres que estaban esperando detrás de ella, hijas o secuaces o guardias, Manon no lo sabía—. Traigan el rollo. Lo inspeccionaré antes de darte nuestro precio.

Bien. Esto iba bien. Se hizo el

silencio mientras las tres entraban a la cueva. Manon intentó no patear a ninguna de las arañas diminutas que estaban caminando por sus botas, ni buscar los ojos que sentía que la observaban desde las cuevas cercanas del otro lado del barranco.

—Dime, Picos Negros —dijo la araña—, ¿cómo te encontraste con tu montura?

—Fue un regalo del rey de Adarlan. Seremos parte de su ejército y cuando terminemos de servirle, los llevaremos de regreso a casa, a los Yermos. Para reclamar nuestro reino.

—Ah. ¿La maldición ya se rompió?

—Aún no. Pero cuando encontremos

a la Crochan que pueda deshacerla…

Cómo disfrutaría de esa sangre.

—Es una maldición tan deliciosamente malvada. Ustedes ganaron la tierra y las astutas Crochans la maldijeron y la dejaron inútil. ¿Has visto los Yermos últimamente?

—No —dijo Manon—. Aún no he ido a nuestro hogar.

—Hace unos años vino un comerciante por aquí, me dijo que un rey mortal se había establecido allá. Pero escuché murmullos en el viento de que recientemente había sido derrocado por una joven con cabello del color del vino que ahora se hacía llamar a sí misma la reina.

Manon se irritó. La reina de los Yermos, vaya. Ella sería la primera a quien Manon mataría al regresar a reclamar sus tierras, cuando al fin las viera con sus propios ojos, cuando oliera sus aromas y contemplara su belleza indomable.

—Un lugar extraño, los Yermos —continuó la araña—. El comerciante también era de ahí, un ser que cambiaba de forma. Perdió sus dones, al igual que todos ustedes, seres verdaderamente mortales. Él estaba atrapado en el cuerpo de un hombre, afortunadamente, pero no se dio cuenta de que cuando me vendió veinte años de su vida, algunos de sus dones pasaron a mí. No puedo

usarlos, por supuesto, pero me pregunto… Me pregunto cómo sería. Ver el mundo a través de tus hermosos ojos. Tocar a un hombre humano.

El pelo en la nuca de Manon se erizó.

—Aquí tienes —dijo la araña cuando regresaron las otras tres con un rollo de seda entre ellas como un río de luz y color. Manon contuvo el aliento—. ¿Verdad que es magnífico? Del mejor tejido que he hecho jamás.

—Glorioso —admitió Manon—. ¿Tu precio?

La araña la miró durante un largo rato.

—¿Qué precio podría cobrar a una

bruja que vive tantos años? Veinte años de tu vida no es nada para ti, a pesar de que la ausencia de magia te esté avejentando al mismo ritmo que una mujer ordinaria. Y tus sueños… qué sueños tan oscuros y horribles deben ser, Picos Negros. No creo que deba comérmelos, no esos sueños —la araña se acercó más—. ¿Pero qué me dices de tu cara? ¿Qué tal si me llevo tu belleza?

—No creo poder salir de aquí si te llevas mi cara.

La araña rio.

—Oh, no quiero decir literalmente tu cara. Digo el color de tu piel, el tono de tus ojos de color oro quemado. La manera en que tu cabello captura la luz,

como la luz de luna en la nieve. Esas son las cosas que podría tomar. Esa belleza podría conquistar a un rey. Tal vez, si la magia regresa, las podría utilizar para mi cuerpo de mujer. Tal vez podría conquistar a un rey para mí.

A Manon no le interesaba en particular la belleza, aunque sí era un arma. Pero tampoco lo iba a decir ni a ofrecerla sin regatear.

—Me gustaría inspeccionar la seda primero.

—Córtenle un trozo —ordenó la araña a las tres, quienes colocaron el paño de seda con cuidado en el suelo mientras una de ellas cortaba un cuadrado perfecto. Los hombres habían

matado por una cantidad menor y aquí están ellas, cortándola como si fuera lana ordinaria. Manon intentó no pensar en el tamaño de las mandíbulas que se la pasaron. Caminó hacia la orilla del risco y pasó sobre la cola de Abraxos para sostener la seda contra la luz.

Que la oscuridad la acogiera, brillaba. La jaló. Era flexible pero fuerte como el acero. Imposiblemente ligera. Pero…

—Tiene una imperfección aquí… ¿Puedo esperar que el resto esté dañado de la misma manera?

La araña emitió un siseo y el suelo se cimbró cuando se acercó. Abraxos la detuvo con un gruñido de advertencia

que hizo que las otras tres se acercaran detrás de ella…, guardias entonces. Pero Manon sostuvo el trozo de tela contra la luz.

—Miren —dijo Manon señalando una vena de color que la atravesaba.

—Eso no es una imperfección —le espetó la araña. La cola de Abraxos se enrolló alrededor de Manon, un escudo entre ella y las arañas, y la acercó al costado de su cuerpo.

Manon la levantó más alto y la inclinó hacia el sol.

—Mira con mejor luz. ¿Crees que voy a darte mi belleza por un tejido de segunda?

—¡De segunda! —gritó la araña

enfurecida. La cola de Abraxos la apretó más.

—No. Parece ser que estoy equivocada —Manon bajó sus brazos, sonriendo—. Me parece que no estoy de humor para negociar el día de hoy.

Las arañas, que ahora estaban paradas en el borde del risco, ni siquiera tuvieron tiempo de moverse cuando la cola de Abraxos se desenroscó como látigo y se azotó contra ellas.

Salieron volando al precipicio, gritando. Manon no desperdició ni un segundo y metió el resto de la seda en las alforjas vacías. Se montó en Abraxos y saltaron al aire. El acantilado era el

sitio perfecto para despegar, justo como lo había planeado.

Fue la trampa perfecta para esos tontos y arcaicos monstruos.

Capítulo 38

Manon le dio un retazo de seda de araña al supervisor después de que lo trasplantó cuidadosamente en las alas de Abraxos. Había traído extra, mucha seda en caso de que alguna vez se desgastara,

y ahora la tenía guardada en el fondo falso de un baúl. No le dijo a nadie adónde había ido, ni por qué ahora las alas de Abraxos brillaban bajo cierta luz. Asterin la hubiera asesinado por haberse arriesgado, y su abuela hubiera destazado a Asterin por no haber estado ahí. Manon no tenía ganas de sustituir a su segunda y encontrar otra bruja para sus Trece.

Cuando Abraxos sanó, Manon lo llevó a la entrada del Colmillo del Norte para franquear el Paso. Antes, sus alas habían estado demasiado débiles para intentar la caída, pero con los refuerzos de seda tenía mucho mejores probabilidades.

Sin embargo, seguía siendo un riesgo, por lo cual Asterin y Sorrel estaban esperando detrás de ella, ya en sus monturas. Si las cosas salían mal, si Abraxos no podía levantar el vuelo o si fallaba la seda, ella debía saltar, saltar para alejarse de él. Dejarlo morir mientras otra de sus compañeras la atrapaba con las garras de su guiverno.

A Manon no le encantaba ese plan, pero fue la única manera en que logró que Asterin y Sorrel accedieran a dejar que lo intentara. Aunque Manon era la heredera Picos Negros, la habrían encerrado en una jaula de guiverno antes que permitirle tratar de franquear el Paso sin tomar las precauciones

adecuadas. Podría haberlas tachado de tener corazones débiles y les hubiera dado los latigazos que merecían, pero quizás no era lo más acertado. Las tensiones estaban peor que nunca, y consideraba a las Piernas Amarillas capaces de asustar a Abraxos mientras intentaba superar el Paso.

Manon asintió para indicarle a su segunda y a su tercera que estaba lista antes de acercarse a su bestia. No había muchas reunidas ahí, pero Iskra estaba en la plataforma de observación, sonriendo levemente. Manon revisó los estribos, la silla de montar, las riendas una vez más. Abraxos estaba tenso y gruñía.

—Vamos —le dijo y jaló de las riendas para llevarlo un poco más adelante para poder montarlo. Todavía tenía bastante espacio para poder salir corriendo, y con sus nuevas alas, sabía que él estaría bien. Habían practicado antes caídas por pendientes pronunciadas y ascensos bruscos. Pero Abraxos no quería moverse.

—¡Ahora! —le gritó jalándolo con fuerza.

Abraxos giró un ojo hacia ella y gruñó. Ella le dio una bofetada leve en la mejilla.

—Ahora.

Las patas traseras se clavaron en el suelo y apretó las alas contra el cuerpo.

—Abraxos.

Él estaba viendo hacia el Paso y luego a ella, con los ojos muy abiertos. Petrificado, completamente petrificado. Bestia cobarde, inútil y estúpida.

—Ya basta —dijo ella y se movió para subirse a la silla—. Tus alas ya están bien.

Intentó alcanzar la pata trasera, pero el animal se movió hacia atrás y el suelo tembló cuando dejó caer su peso. Detrás de ella, Asterin y Sorrel murmuraban a sus monturas, que se habían recorrido hacia atrás y lanzaban mordidas a Abraxos y entre sí.

Se escuchó la risa suave desde la plataforma de observación y los dientes

de Manon bajaron a su posición.

—Abraxos. Ahora —le ordenó e intentó alcanzar la silla nuevamente.

Él se levantó para alejarse y chocó contra la pared. Luego se encogió.

Uno de los hombres sacó un látigo, pero ella levantó la mano y lo detuvo.

—No des otro paso —le gritó sacando las uñas de hierro. Los látigos solo ponían incontrolable a Abraxos. Giró hacia su montura—. Cobarde infeliz —le espetó a la bestia y señaló el Paso—. Vuelve a tu lugar —Abraxos le devolvió la mirada y se negó a someterse—. ¡Que vayas a tu lugar, Abraxos!

—No puede entenderte —dijo

Asterin en voz baja.

—Sí, él… —empezó a rebatir Manon, pero cerró la boca. No les había dicho sobre esa teoría todavía. Volvió a mirar al guiverno—. Si no me dejas subirme a esa silla y saltar, voy a hacer que te encierren en la jaula más oscura y pequeña de esta maldita montaña.

Él le mostró los dientes. Ella le mostró los suyos.

El concurso de miradas duró un minuto completo. Un minuto humillante y exasperante.

—Bien —escupió y se empezó a alejar de la bestia. Había sido un desperdicio de su tiempo—. Que lo encierren en el rincón más miserable —

le dijo al supervisor—. No saldrá hasta que esté dispuesto a franquear el Paso.

El supervisor se quedó sin habla y Manon le tronó los dedos a Asterin y Sorrel para indicarles que desmontaran. Nunca se sobrepondría a esto, su abuela no se lo perdonaría, ni lo olvidarían las brujas Piernas Amarillas, ni Iskra, quien ya estaba avanzando por la arena.

—¿Por qué no te quedas, Manon? —le propuso Iskra—. Podría mostrarle a tu guiverno cómo se hace.

—Sigue caminando —le susurró Sorrel a Manon, pero ella no necesitaba que se lo recordaran.

—Dicen que no son las bestias las que son un problema, sino los jinetes —

continuó Iskra, a un volumen suficientemente alto como para que todas la escucharan. Manon no volteó. No quería ver que se llevaran a Abraxos de regreso a la puerta, al hoyo donde lo iban a encerrar. Bestia estúpida e inútil.

—Aunque —añadió Iskra, pensativa — tal vez tu montura necesita un poco de disciplina.

—Vámonos —insistió Sorrel y se acercó al lado de Manon. Asterin iba un paso atrás, vigilándole las espaldas.

—Deme eso —le gritó Iskra a alguien—. Solo necesita el estímulo adecuado.

Se escuchó el tronido de un látigo detrás de ellas y luego un rugido de

dolor y de miedo.

Manon se detuvo en seco.

Abraxos estaba refugiándose contra la pared.

Iskra estaba parada frente a él, con el látigo ensangrentado debido a la herida que le había abierto en la cara, muy cerca del ojo. Sus dientes de hierro brillaban e Iskra le sonrió a Manon cuando volvió a levantar el látigo y azotó a Abraxos de nuevo. Abraxos gritó.

Asterin y Sorrel no fueron lo suficientemente rápidas para detener a Manon cuando salió corriendo y tacleó a Iskra.

Mostrando dientes y uñas, rodaron

por el piso de tierra, girando y rasgando y mordiendo. Manon pensó que podía estar rugiendo, rugiendo tan fuerte que el salón temblaba. Sentía pies que le aplastaban el estómago y se le salió el aire cuando Iskra la pateó.

Manon chocó contra la tierra y escupió un buche de sangre azul pero se levantó en un instante. La heredera de las Piernas Amarillas lanzó un zarpazo con la mano con dedos de hierro, un golpe que hubiera cortado carne y hueso. Manon esquivó el golpe y lanzó a Iskra en la roca dura.

El gemido de Iskra se pudo escuchar con fuerza a pesar de los gritos de las brujas que las rodeaban, y Manon dejó

caer el puño sobre su cara.

Sus nudillos se retorcieron el dolor, pero lo único que podía ver era ese látigo, el dolor en los ojos de Abraxos, el miedo. Luchando contra el peso de Manon, Iskra tiró hacia su cara. Manon se movió hacia atrás y el golpe la alcanzó en el cuello. No sintió mucho el ardor, ni la sangre que caía cálida. Solo levantó el puño, con la rodilla firmemente apoyada en el pecho de Iskra, y golpeó. Otra vez. Y otra vez.

Levantó su puño adolorido una vez más, pero unas manos ya detenían su muñeca, la sostenían bajo los brazos, alejándola. Manon luchó contra ellas, aún gritando, un sonido sin palabras e

interminable.

—¡Manon! —rugió Sorrel en su oído, y sintió las uñas que le cortaban en el hombro, no lo suficiente para hacerle daño, pero sí para detenerla, para darse cuenta de que había brujas por todas partes, en la arena y en la plataforma de observación, mirándola con la boca abierta. Con la espada levantada, Asterin estaba parada entre ella y…

Entre ella e Iskra, en el suelo, con la cara ensangrentada e hinchada. Su propia segunda había sacado su espada y estaba lista para enfrentar a Asterin.

—Él está bien —dijo Sorrel y la apretó con más fuerza—. Abraxos está bien, Manon. Míralo. Míralo y

comprueba que está bien.

Manon estaba respirando por la boca porque tenía la nariz tapada por la sangre, obedeció y lo vio encorvado, con los ojos muy abiertos posados en ella. Su herida ya se había coagulado.

Iskra no se había movido ni un centímetro del sitio donde Manon la había arrojado al suelo. Pero Asterin y la otra segunda estaban gruñendo, listas para lanzarse a otra pelea que bien podría desgajar esta montaña en dos.

Suficiente.

Manon se zafó de la mano de Sorrel. Todas guardaron un silencio absoluto cuando Manon se limpió la sangre de la nariz y la boca con el dorso de la

muñeca. Iskra le gruñó desde el suelo. La sangre de su nariz rota le caía sobre el labio cortado.

—Si lo vuelves a tocar —le dijo Manon—, me beberé la médula de tus huesos.

Las Piernas Amarillas sufrieron su segunda paliza esa noche por parte de su madre en el comedor, más dos latigazos por los golpes que le había dado a Abraxos. Se los ofreció a Manon, pero Manon los rechazó fingiendo indiferencia.

En realidad, tenía el brazo demasiado adolorido y tieso como para usar el látigo con eficiencia.

Manon acababa de entrar a la jaula de Abraxos al día siguiente, con Asterin detrás, cuando la heredera Sangre Azul apareció en la entrada de la escalera con su segunda de pelo rojizo siguiéndola de cerca. Manon, con el rostro aún hinchado y el ojo hermosamente morado, saludó a la bruja con una breve inclinación de cabeza. Había otras jaulas acá abajo, aunque rara vez se encontraba a alguien más, en especial a otra heredera.

Pero Petrah se detuvo en los barrotes, y entonces Manon se dio

cuenta de que la segunda traía una pierna de cabra en los brazos.

—Escuché que la pelea fue algo digno de verse —dijo Petrah y se mantuvo a una distancia respetuosa de Manon y la puerta abierta de la jaula. Petrah sonrió levemente— Iskra se ve peor.

Manon levantó las cejas, aunque el movimiento hacía que le doliera la cara.

Petrah estiró la mano hacia su segunda y la bruja le pasó la pierna de carne.

—También escuché que tus Trece y tus monturas solo comen la carne que cazan. Mi Keelie cazó esto en nuestro vuelo de la mañana. Quería compartirlo

con Abraxos.

—No acepto carne de clanes rivales.

—¿Somos rivales? —preguntó Petrah—. Pensé que el rey de Adarlan nos había convencido de volar bajo una misma bandera de nuevo.

Manon respiró profundamente.

—¿Qué quieres? Tengo entrenamiento en diez minutos.

La segunda de Petrah respingó, pero la heredera dejó ver una sonrisa.

—Ya te lo dije, mi Keelie quería darle esto a él.

—¿Ah, sí? ¿Te lo dijo? —se burló Manon.

Petrah inclinó la cabeza.

—¿Tu guiverno no te habla acaso?

Abraxos estaba mirando esto con tanta conciencia como las otras brujas.

—No hablan.

Petrah se encogió de hombros y se golpeó suavemente el pecho, sobre el corazón, varias veces con la mano.

—¿No hablan?

Dejó la pierna de cabra antes de marcharse caminando hacia la oscuridad estrepitosa de las jaulas.

Manon tiró la carne.

Capítulo 39

—Cuéntame cómo aprendiste a hacer tatuajes.

—No.

Inclinada sobre la mesa de madera en la habitación de Rowan la noche

después de su encuentro con la criatura del lago, Celaena levantó la vista desde donde sostenía la aguja de hueso sobre su muñeca.

—Si no respondes mis preguntas, podría equivocarme y… —bajó la aguja de tatuaje hacia el brazo bronceado y musculoso de Rowan para enfatizar sus palabras. Él, para su sorpresa, resopló de una manera que podría haber sido una risa. Ella pensó que era buena señal que le hubiera pedido que le ayudara a sombrear las partes de su brazo que él no podía alcanzar. El tatuaje alrededor de su muñeca necesitaría tinta nueva ahora que las heridas de las quemaduras habían disminuido.

—¿Aprendiste de alguien más? ¿Maestro y aprendiz y todo eso?

Él la miró de una manera bastante incrédula.

—Sí, maestro y aprendiz y todo eso. En los campamentos de guerra, teníamos un comandante que solía tatuarse el número de enemigos que había matado en la piel; a veces escribía toda la historia de la batalla. Todos los soldados jóvenes estaban encantados con la idea, así que lo convencí de que me enseñara.

—Con ese legendario encanto tuyo, me imagino.

Eso le valió media sonrisa, al menos.

—Solo rellena los lugares donde yo… —un quejido interrumpió lo que iba a decir cuando ella dejó caer el pequeño martillo sobre la aguja para hacer otra marca oscura y sangrienta en su piel—. Bien. Esa es la profundidad correcta.

Debido a su cuerpo inmortal que sanaba rápidamente, la tinta de Rowan se debía mezclar con sal y hierro en polvo para así evitar que la magia de su sangre borrara toda traza del tatuaje.

Esa mañana, Celaena había despertado sintiéndose… lúcida. El dolor y el pesar seguían ahí, retorciéndose en su interior, pero por primera vez en mucho tiempo, sentía

como si pudiera ver. Como si pudiera respirar.

Se concentró en mantener su mano firme e hizo otra marca, y luego otra.

—Cuéntame sobre tu familia.

—Tú cuéntame sobre la tuya y yo te contaré sobre la mía —le respondió Rowan entre dientes mientras ella seguía trabajando. Le había dicho exactamente qué hacer antes de permitirle que usara las agujas en su piel.

—Bien, ¿tus padres viven?

Era una pregunta estúpida y peligrosa dado lo que había ocurrido con su pareja, pero no había dolor en su rostro cuando negó con la cabeza.

—Mis padres ya eran muy viejos

cuando me concibieron —no «viejos» en el sentido humano, eso lo sabía ella —. Yo fui su único hijo en el milenio que llevaban de ser pareja. Desaparecieron en el Más Allá antes de que yo tuviera dos décadas.

Antes de que Celaena pudiera pensar sobre esa manera interesante y distinta de describir la muerte, Rowan agregó:

—Tú no tuviste hermanos.

Ella se concentró en su trabajo y dejó salir un hilo de recuerdo.

—Mi madre, por su sangre de hada, tuvo dificultades en el embarazo. Dejó de respirar durante el parto. Dicen que fue la voluntad de mi padre lo que la mantuvo atada a este mundo. No sé

siquiera si pudo concebir nuevamente después de eso. Así que no, no tengo hermanos. Pero… —dioses, debía cerrar la boca—. Pero tuve un primo. Era cinco años mayor que yo y peleábamos y nos queríamos como hermanos.

Aedion. No había pronunciado su nombre en voz alta en diez años. Pero sí lo había escuchado, lo había visto en periódicos. Tuvo que dejar la aguja y el martillo y mover los dedos.

—No sé cómo sucedió, pero un día empezaron a mencionar su nombre, lo nombraban como un general hábil del ejército del rey.

Ella le había fallado a Aedion de

una manera tan imperdonable que no podía obligarse a culparlo o detestarlo por lo que había hecho, en lo que se había convertido. Evitaba averiguar más detalles sobre qué, exactamente, había hecho en el norte todos estos años. Aedion había sido feroz y salvajemente leal a Terrasen de niño. No quería saber nada sobre qué lo habrían obligado a hacer, qué le habría sucedido, para que eso cambiara. Fue la suerte o el destino u otra cosa lo que decidió que él no estuviera en el castillo de cristal cuando ella estuvo ahí. Porque no solo la hubiera reconocido, sino que, si se enterara de lo que había hecho con su vida…, su odio haría que el de Rowan

probablemente pareciera algo agradable.

Las facciones de Rowan formaban una máscara de contemplación cuando ella dijo:

—Creo que enfrentar a mi primo después de todo sería lo peor, peor que enfrentar al rey.

No había nada que ella pudiera hacer o decir para justificar lo que había hecho mientras el reino caía en la ruina y su gente moría asesinada o esclavizada.

—Sigue trabajando —dijo Rowan y movió la barbilla hacia las herramientas que estaban sobre su regazo. Ella obedeció, y él volvió a quejarse con el

primer pinchazo—. ¿Crees —añadió tras un momento— que tu primo te mataría o que te ayudaría? Un ejército como el suyo podría cambiar el rumbo de cualquier guerra.

Ella sintió un escalofrío que le bajaba por la espalda al escuchar esa palabra: guerra.

—No sé lo que pensaría de mí o dónde está su lealtad. Y prefiero no saber. Nunca.

Aunque sus ojos eran idénticos, sus líneas de sangre eran suficientemente lejanas para que ella se hubiera enterado al escuchar a sirvientes y cortesanos por igual preguntarse sobre la utilidad de una unión Galathynius-Ashryver algún

día. La idea era tan ridícula ahora como lo había sido diez años atrás.

—¿Tú tienes primos? —preguntó ella.

—Demasiados. La línea de Mora siempre fue la más extensa, y mis primos entrometidos y chismosos hacen mis visitas a Doranelle… incómodas —Celaena sonrió un poco ante esta noción —. Probablemente tú te llevarías bien con mis primos —dijo él—. En especial por lo de entrometidos.

Ella dejó de poner la tinta y le apretó la mano con una fuerza que hubiera lastimado a cualquiera salvo a un inmortal.

—Mírate hablando, príncipe. Nunca

me han hecho tantas preguntas en mi vida.

Eso no era del todo cierto, pero tampoco era una exageración. Nadie le había hecho esas preguntas. Y ella nunca le había contado a nadie las respuestas.

Él le enseño los dientes, aunque ella sabía que no era su intención, y señaló sus muñecas con la mirada.

—Apúrate, princesa. Quiero irme a la cama en algún momento antes del amanecer.

Celaena usó su mano libre para hacer un gesto particularmente vulgar, y él la atrapó con su otra mano, con los dientes todavía fuera.

—Eso no es muy digno de una reina.

—Entonces qué bueno que no voy a ser reina, ¿no?

Pero él no le soltaba la mano.

—Juraste liberar el reino de tu amiga y salvar el mundo, pero no considerarás tus propias tierras. ¿Qué te asusta de usar lo que es tu derecho de nacimiento? ¿El rey? ¿Enfrentar a lo que queda de tu corte? —Rowan mantuvo su rostro tan cerca del de ella que Celaena alcanzaba a ver las chispas de color marrón en sus ojos verdes—. Dame una buena razón por la cual no quieras recuperar tu trono. Una buena razón y yo mantendré la boca cerrada al respecto.

Tras evaluar la sinceridad de su mirada y su respiración, respondió:

—Porque si libero a Eyllwe y destruyo al rey como Celaena, después de eso puedo irme a donde quiera. La corona… mi corona solamente es otro conjunto de grilletes.

Era horrible y egoísta, pero era cierto. Nehemia, hacía mucho tiempo, le había dicho algo así, que era su deseo más intenso y egoísta ser ordinaria, sin el peso de su corona. ¿Su amiga sabría lo profundamente que le habían afectado aquellas palabras?

Esperó el regaño, lo vio a punto de ebullición en los ojos de Rowan. Pero entonces él le dijo en voz baja:

—¿A qué te refieres con otro conjunto de grilletes?

Le soltó la mano para ver dos tiras delgadas de cicatrices que envolvían su muñeca. Apretó los labios y ella le arrancó la muñeca con fuerza para soltarse.

—Nada —dijo—. Arobynn, mi maestro, disfrutaba de usarlos para el entrenamiento de vez en cuando.

Arobynn sí la había encadenado para que aprendiera a liberarse. Pero los grilletes de Endovier estaban pensados para que la gente como ella no pudiera escapar. Logró librarse de ellos hasta que llegó Chaol y se los quitó.

No quería que Rowan supiera de eso, nada de eso. La rabia y el odio los podía manejar, pero la compasión… Y

no podía hablar de Chaol, no podía explicar cuánto había reconstruido y luego destrozado su corazón, no sin explicar lo de Endovier. No sin explicar cómo un día, que no sabía qué tan distante quedaría, regresaría a Endovier a liberarlos a todos. Todos y cada uno de los esclavos, aunque tuviera que quitarles los grilletes personalmente.

Celaena regresó a su trabajo y el rostro de Rowan permaneció tenso, como si pudiera oler su verdad a medias.

—¿Por qué te quedaste con Arobynn?

—Sabía que quería dos cosas: primero, desaparecer del mundo y de

mis enemigos, pero… eh… —era difícil mirarlo a los ojos—. Quería esconderme principalmente de mí misma. Me convencí de que debería desaparecer, porque lo segundo que quería, incluso entonces, era poder algún día… lastimar como me habían lastimado a mí. Y resultó que era muy muy buena para eso. Si Arobynn me hubiera echado, podría haber muerto o hubiera terminado con los rebeldes. Si hubiera crecido con ellos, probablemente me habría encontrado el rey y me hubiera matado. O habría crecido tan llena de odio que hubiera empezado a matar soldados de Adarlan desde muy joven —las cejas de Rowan

se arquearon y ella chasqueó la lengua —. ¿Tú pensabas que solo iba a contarte toda mi historia y la iba a poner a tus pies en el momento que te conocí? Estoy segura de que tú tienes incluso más historias que yo, así que deja de mirarme tan sorprendido. Tal vez solo deberíamos volver a golpearnos.

Los ojos de Rowan brillaron con una intención casi depredadora.

—Oh, eso no sucederá, princesa. Tú puedes decirme lo que quieras, cuando quieras, pero ya no hay vuelta atrás ahora.

Ella volvió a levantar sus herramientas.

—Estoy segura de que tus otros

amigos adoran que estés con ellos.

Una sonrisa fiera y él la tomó de la barbilla, no con tanta fuerza como para lastimarla, pero sí para hacer que lo mirara.

—En primer lugar —dijo—, tú y yo no somos amigos. Todavía te estoy entrenando y eso significa que sigues bajo mi mando —el destello de dolor debió de haber sido visible porque se inclinó y apretó más su mandíbula—. En segundo, lo que sea que seamos, lo que sea que esto sea, yo también estoy descifrándolo. Así que si te voy a dar el espacio que te mereces para que pongas tu cabeza en orden, entonces más vale que tú también me lo des a mí.

Ella lo estudió por un momento y sus alientos se entremezclaron.

—Es un trato —repuso.

Capítulo 40

—Cuéntame cuál es tu mayor deseo —murmuró Dorian al cabello de Sorscha con los dedos entrelazados con los de ella, maravillándose de la suavidad de su piel bronceada comparada con los

callos de la suya. Unas manos muy hermosas, como tórtolas.

Sorscha sonrió hacia el pecho de Dorian.

—No tengo un mayor deseo.

—Mentirosa —dijo, y le besó el cabello—. Eres la peor mentirosa del mundo.

Ella se dio la vuelta hacia la ventana de la recámara y la luz matinal hizo brillar su cabello oscuro. Habían pasado dos semanas desde aquella noche en que lo besó, dos semanas desde que había empezado a subir aquí después de que el castillo se había dormido. Habían estado compartiendo una cama, aunque aún no de la manera que él quisiera. Y

detestaba tener que andar escondiéndose y ocultándose.

Pero ella perdería su puesto si los descubrieran. Porque él era quien era…, podría provocarle todo un mundo de problemas solo por relacionarse con él. Tan solo su madre podría encontrar maneras de hacer que enviaran a Sorscha muy lejos.

—Dime —repitió Dorian y se agachó para robarle un beso—. Dime y yo te lo cumpliré.

Siempre había sido generoso con sus amantes. Por lo general les daba regalos para evitar que le reprocharan cuando él perdía el interés, pero en esta ocasión genuinamente quería darle cosas. Había

intentado darle joyas y ropa, pero ella había rechazado todo. Así que había empezado a darle hierbas difíciles de conseguir y libros y herramientas especiales para su trabajo. Sorscha también intentaba rechazar esas cosas, pero logró convencerla pronto, básicamente besándola hasta que dejaba de protestar.

—¿Y si te pidiera la luna amarrada de un hilo?

—Entonces empezaría a rezarle a Deanna.

Ella sonrió, pero la sonrisa de Dorian desapareció. Deanna, la Señora de la Cacería. Por lo general intentaba no pensar en Celaena, Aelin, quien

quiera que fuera. Intentaba no pensar en Chaol y sus mentiras, o en Aedion y su traición. No quería tener nada que ver con ellos, no ahora que estaba con Sorscha. Había sido un tonto en algún momento: había llegado a jurar que destrozaría el mundo por Celaena. Había sido un chico enamorado de un incendio, o que creía estar enamorado.

—¿Dorian? —preguntó Sorscha y se hizo un poco hacia atrás para estudiar su rostro. Lo vio del mismo modo que Celaena había visto a Chaol en una ocasión.

Él la volvió a besar, un beso suave y largo, y el cuerpo de Sorscha se fundió con el suyo. Saboreó la sedosidad de su

piel cuando le acarició el brazo. Ella lo quitó bruscamente.

—Debo irme. Ya es tarde.

Él gimió. Ya era casi la hora del desayuno y alguien la vería si no se iba pronto, así que se liberó de su abrazo y se puso el vestido. Él la ayudó a abrochar la parte de atrás. Siempre ocultándose, ¿así tendría que ser su vida? No solo ocultaba a las mujeres que amaba, sino su magia, sus verdaderos pensamientos…

Sorscha lo besó y llegó a la puerta. Con la mano en la perilla, dijo:

—Mi mayor deseo —empezó a decir y su boca trazó una pequeña sonrisa— es una mañana en la que no tenga que

salir corriendo por la puerta con la primera luz del día.

Y antes de que pudiera decir algo, ella ya se había marchado.

Pero él no sabía qué podría decir o hacer para que eso sucediera. Porque Sorscha tenía sus obligaciones y él tenía las propias.

Si se marchaba para estar a su lado, si traicionaba a su padre, o si descubrían su magia, entonces su hermano se convertiría en el heredero. Y la noción de que Hollin fuera rey algún día… Lo que le haría a su mundo, en especial con el poder de su padre… No, Dorian no podía darse el lujo de elegir, porque no había opción. Estaba atado a

su corona, y lo estaría hasta el día de su muerte.

Se escuchó que alguien tocaba a la puerta y Dorian sonrió, preguntándose si Sorscha habría regresado. La sonrisa desapareció cuando se abrió la puerta.

—Tenemos que hablar —dijo Chaol desde el umbral. Dorian no lo había visto en semanas y, sin embargo, su amigo se veía más viejo. Exhausto.

—¿No te vas a molestar siquiera en hacerme cumplidos? —preguntó Dorian y se dejó caer en el sofá.

—No te podría engañar de cualquier manera —repuso Chaol tras cerrar la puerta y recargarse contra ella.

—Concédeme ese gusto.

—Lo siento, Dorian —dijo Chaol con suavidad—. Lo siento más de lo que crees.

—¿Lo sientes porque tus mentiras me costaron a mí… y a ella? ¿Lo sentirías si no te hubiera descubierto?

La mandíbula de Chaol se tensó. Y tal vez Dorian estaba siendo injusto, pero no le importaba.

—Perdón por todo —dijo Chaol—. Pero… he estado trabajando para arreglarlo.

—¿Y qué hay de Celaena? ¿Tu labor con Aedion es de verdad para ayudarme a mí o a ella?

—A ambos.

—¿Aún la amas?

Dorian no sabía por qué le importaba, por qué era importante.

Chaol cerró los ojos por un momento.

—Una parte de mí siempre la amará. Pero tenía que sacarla de este castillo porque era demasiado peligroso, y ella era…, en lo que se estaba convirtiendo…

—Ella no se estaba convirtiendo en nada distinto a lo que siempre fue y lo que siempre tuvo la capacidad de ser. Tú solamente estabas viendo todo al fin. Y cuando viste esa otra parte de ella… —dijo Dorian en voz baja. Le había tomado hasta este momento, hasta que estuvo con Sorscha, comprender lo que

eso significaba—. No puedes elegir qué partes de ella amar —agregó y se dio cuenta de que sentía pena por Chaol. Le dolía el corazón por su amigo, por todo lo que Chaol seguramente había estado entendiendo estos últimos meses—. Así como no puedes escoger qué partes de mí aceptar.

—Yo no…

—Sí lo haces. Pero lo hecho, hecho está, Chaol. Y no hay vuelta atrás. No importa cuánto intentes cambiar las cosas. Te guste o no, interpretaste tu papel para que todos llegáramos a este punto también. La enviaste por un camino para revelar qué y quién era, un camino hacia lo que ella decida hacer

ahora.

—¿Crees que yo quería que esto sucediera? —preguntó Chaol abriendo los brazos—. Si pudiera, volvería a dejar todo como estaba antes. Si pudiera, ella no sería reina y tú no tendrías magia.

—Claro…, por supuesto sigues viendo la magia como un problema. Y por supuesto que deseas que ella no fuera quien es. Porque no le temes realmente a esas cosas, ¿verdad? No… es lo que representan. El cambio. Pero permíteme decirte —exhaló Dorian y su magia chisporroteó y luego se acalló con una chispa de dolor— que las cosas ya cambiaron. Y cambiaron por ti. Yo tengo

magia, no hay manera de deshacer eso, no la puedo tirar a la basura. Y en cuanto a Celaena… —hizo un esfuerzo para controlar el poder que empezaba a emanar cuando se imaginó, por primera vez se dio cuenta, lo que era ser ella—. Y en lo que respecta a Celaena —repitió —, no tienes derecho a desear que no sea lo que es. Lo único que tienes derecho a hacer es decidir si eres su enemigo o su amigo.

No conocía toda su historia, no sabía qué había sido mentira y qué verdad, ni lo que había vivido en Endovier cuando trabajó como esclava al lado de sus compatriotas, o tener que hacer una reverencia frente al hombre que había

asesinado a su familia. Pero la había visto, había alcanzado a ver fragmentos de la persona que había debajo, independientemente del nombre o del título.

Y sabía, muy en lo profundo, que ella no había siquiera parpadeado al saber de su magia, sino que entendía esa carga y ese miedo. No se había alejado ni había deseado que él fuera algo que no era. *Regresaré por ti*.

Así que se quedó mirando a su amigo, a pesar de que sabía que Chaol se sentía mal y a la deriva, y dijo:

—Yo ya tomé mi decisión sobre ella. Y cuando llegue el momento, independientemente de si estás aquí o en

Anielle, espero que tu elección sea la misma que la mía.

Aedion odiaba admitirlo, pero el autocontrol del capitán era impresionante mientras esperaban en el departamento secreto a que llegara Murtaugh. Ren, que no podía mantener el trasero en la silla durante más de un momento, a pesar de sus heridas sin sanar aún, caminaba por toda la habitación. Chaol estaba sentado junto a la chimenea, sin decir mucho pero siempre observando, siempre

escuchando.

Esta noche el capitán lucía diferente. Más cauteloso pero más tenso. Gracias a todas esas juntas en las que había estudiado con cuidado los movimientos del capitán, cada respiración y parpadeo, Aedion instantáneamente notó la diferencia. ¿Había noticias, algún acontecimiento reciente?

Murtaugh debía regresar esa noche después de unas cuantas semanas cerca de la Bahía de la Calavera. Había rechazado la oferta de Ren de ir con él y le dijo a su nieto que descansara. Lo cual, aunque Ren trataba de ocultarlo, dejó al joven señor ansioso, desarraigado y agresivo. Aedion

honestamente estaba sorprendido de que no hubiera deshecho el departamento en pedacitos. En su campamento de guerra, Aedion podría haber llevado a Ren al ring de luchas y dejarlo que peleara para desahogarse. O lo hubiera enviado a una misión por su cuenta. O al menos lo hubiera puesto a cortar leña durante horas.

—Entonces solo vamos a esperar toda la noche —dijo Ren al fin, haciendo una pausa frente a la mesa del comedor y mirándolos a ambos.

El capitán no expresó nada y se limitó a asentir levemente, pero Aedion se cruzó de brazos y le sonrió con pereza.

—¿Tienes algo mejor que hacer, Ren? ¿Estamos interfiriendo con una visita a tus salones de opio?

Era un golpe bajo, pero no era nada que el capitán no hubiera ya adivinado sobre Ren. Y si Ren mostraba alguna señal de ese tipo de hábito, Aedion no lo dejaría acercarse ni a cien kilómetros de Aelin.

Ren sacudió la cabeza y dijo:

—Siempre estamos esperando estos días. Esperando que Aelin envíe alguna especie de señal, esperando nada. Apuesto a que mi abuelo tampoco tendrá nada. Me sorprende que no estemos ya todos muertos, que esos hombres no me hayan encontrado —miró hacia el fuego

y la luz hizo que su cicatriz se viera aún más profunda—. Tengo a alguien que… —dijo Ren y dejó la oración inconclusa, mirando a Chaol de reojo—. Podría averiguar algo más sobre el rey.

—No confío nada en tus fuentes, en especial después de que esos hombres te encontraron —dijo Chaol. Había sido uno de los informantes de Ren quien, tras ser atrapado y torturado, había confesado dónde estaba. Y a pesar de que la información la había dado bajo presión, de todas maneras eso no le gustaba a Aedion. Lo dijo y Ren se tensó, abrió la boca para decir algo indudablemente estúpido y descarado, pero lo interrumpió un silbido de tres

notas.

El capitán silbó también y Ren ya estaba abriendo la puerta para encontrar a su abuelo ahí. A pesar de estarles dando la espalda, Aedion pudo sentir el alivio que inundaba el cuerpo de Ren cuando chocaron los antebrazos; las semanas de espera sin tener noticias al fin habían terminado. Murtaugh no era joven para nada, y cuando se quitó la capucha, su rostro se veía pálido y serio.

—Hay brandy en la mesa lateral —dijo Chaol, y Aedion, nuevamente, debió admirar los ojos astutos del capitán, aunque nunca se lo fuera a decir a él. El viejo asintió para dar las gracias y ni

siquiera se molestó en quitarse la capa antes de beber un vaso entero.

—Abuelo —dijo Ren aún junto a la puerta.

Murtaugh volteó a mirar a Aedion.

—Respóndeme con honestidad, muchacho: ¿sabes quién es el general Narrok?

Aedion se puso de pie con un suave movimiento. Ren dio unos pasos hacia ellos pero Murtaugh se mantuvo en su lugar mientras Aedion se acercaba a la mesa lateral y lentamente, con cuidado deliberado, se servía un vaso de brandy.

—Vuélveme a llamar «muchacho» —dijo Aedion con calma letal y sin dejar de mirar fijamente al anciano— y

te encontrarás de nuevo en las calles de los barrios bajos durmiendo en el drenaje.

El viejo levantó las manos.

—Cuando se llega a mi edad, Aedion…

—No desperdicies tu aliento —interrumpió Aedion y regresó a su silla —. Narrok ha estado en el sur, hasta donde yo sé, encargado de llevar a la armada a las Islas Muertas —eso era territorio pirata—. Pero eso lo sé de hace meses. Nos informan de estas cosas solo si es necesario que lo sepamos. Supe sobre las Islas Muertas porque algunos de los barcos del señor pirata navegaron al norte en busca de

problemas y nos informaron que habían llegado ahí intentando evitar la flota de Narrok.

Los piratas, de hecho, se habían desperdigado. El señor pirata Rolfe se había llevado a la mitad al sur. Algunos se habían ido al este y otros habían cometido el error fatal de navegar hacia la costa norte de Terrasen.

Murtaugh se recargó con cansancio en la mesa lateral.

—¿Capitán?

—Me temo que yo sé aún menos que Aedion —dijo Chaol.

Murtaugh se frotó los ojos y Ren sacó una silla para que se sentara su abuelo. El viejo se deslizó en ella con

un gemido suave. Era un milagro que ese costal de huesos siguiera respirando. Aedion reprimió un destello de arrepentimiento. No lo habían educado así, sabía que no debía actuar como un patán arrogante con la cabeza caliente. Rhoe se hubiera avergonzado de él por haberle hablado de esa manera a un mayor. Pero Rhoe estaba muerto, todos los guerreros que había amado e idolatrado llevaban diez años muertos, y el mundo era peor por ese motivo. Aedion era peor por eso.

Murtaugh suspiró:

—Me escapé para acá tan pronto como pude. No he descansado más que unas cuantas horas en toda la semana. La

flota de Narrok ya no está. El capitán Rolfe de nuevo es el Señor Pirata de Bahía de la Calavera, aunque no más que eso. Sus hombres no se aventuran hacia las Islas Muertas del este.

A pesar de sentir algo de pena, Aedion rechinó los dientes porque Murtaugh no terminaba de decir rápido lo que sabía.

—¿Por qué? —exigió saber.

Las líneas del rostro de Murtaugh se hicieron más profundas bajo la luz de la chimenea.

—Porque los hombres que van a las islas del este no regresan. Y en las noches con viento, incluso Rolfe jura que puede escuchar… rugidos, rugidos

que vienen de las islas; humanos pero no del todo.

—La tripulación que se escondió en las islas durante la ocupación de Narrok dice que ya están en silencio, como si él se hubiera llevado la fuente del sonido. Y Rolfe… —Murtaugh se frotó el puente de la nariz—. Me dijo que la noche que navegaron de vuelta a las islas vieron algo parado en un montón de rocas, justo en la frontera de las islas del este. Parecía un hombre pálido, pero… no. Rolfe tal vez sea muy egocéntrico, pero no es mentiroso. Dijo que lo que fuera, quien fuera, se sentía como algo que estaba muy mal. Como si hubiera un agujero de silencio a su alrededor, algo

que iba en contra de los rugidos que se escuchaban en general. Y que solo los observó pasar navegando. Al día siguiente, cuando regresaron al mismo lugar, ya no estaba.

—Siempre ha habido leyendas sobre las criaturas extrañas en los mares —dijo el capitán.

—Rolfe y sus hombres juran que esto no es nada de leyendas. Es algo que está «hecho», dijeron.

—¿Cómo supieron? —preguntó Aedion, mirando al capitán, que todavía tenía el rostro muy pálido.

—Tenía un collar negro, como si fuera una mascota. Dio un paso hacia ellos, como intentando meterse al mar

para cazarlos, pero una mano invisible lo jaló de regreso, una correa invisible.

Ren arqueó sus cejas llenas de cicatrices.

—¿El Señor Pirata piensa que hay monstruos en las Islas Muertas?

—Piensa, y yo lo creo también, que los están haciendo ahí. Y que Narrok se llevó unos consigo.

Chaol preguntó:

—¿Adónde fue Narrok?

—A Wendlyn —respondió Murtaugh. El corazón de Aedion, maldita sea, se detuvo—. Narrok se llevó la flota a Wendlyn, para lanzar un ataque sorpresa.

—Eso es imposible —dijo el

capitán poniéndose de pie de un salto—. ¿Por qué? ¿Por qué ahora?

—Porque alguien —dijo el viejo con un tono más fuerte de lo que Aedion le había escuchado jamás— convenció al rey de enviar a su campeona allá a matar a la familia real. ¿Qué mejor momento para poner a prueba a estos supuestos monstruos que cuando el país esté en caos?

Chaol apretó el respaldo de una silla.

—Pero no va a ir realmente a matarlos, nunca lo haría. Era, era un engaño —dijo. Aedion supuso que eso sería todo lo que le diría a los hombres Allsbrook, y que sería todo lo que ellos

realmente necesitaban saber por el momento. No hizo caso de la mirada cautelosa que Ren le dirigió, sin duda para ver cómo reaccionaría ante las noticias de que sus parientes Ashryver tenían blancos en las espaldas. Pero, para él, estos parientes ya llevaban diez años muertos, desde el momento en que se negaron a enviar ayuda a Terrasen. Que los dioses los ayudaran si alguna vez ponía un pie en su reino. Se preguntó lo que Aelin pensaría de ellos, si ella pensaba que se podría convencer a Wendlyn de formar una alianza ahora, en especial cuando Adarlan estaba lanzando un ataque a gran escala hacia sus fronteras. Tal vez se conformaría con

ver que todos se quemaran, como se habían quemado los habitantes de Terrasen. A él no le importaría de cualquier manera.

—No importa si los asesinan o no —dijo Murtaugh—. Cuando lleguen esas cosas, creo que el mundo pronto aprenderá contra qué se tendrá que enfrentar nuestra reina.

—¿Podemos enviar un mensaje de advertencia? —exigió saber Ren—. ¿Rolfe puede avisar a Wendlyn?

—Rolfe no se involucrará. Le prometí oro y tierras cuando regresara nuestra reina… nada lo pudo convencer. Ya tiene su territorio de regreso y no arriesgará de nuevo a sus hombres.

—Entonces tiene que haber alguien que burle el sitio, alguna manera de que podamos contrabandear un mensaje —continuó Ren. Aedion se debatió considerando si informarle a Ren que Wendlyn no se había molestado en ayudar a Terrasen, pero decidió que no se sentía particularmente con ganas de entrar en un debate ético.

—Ya envié a algunas personas hacia allá —dijo Murtaugh—, pero no les tengo mucha fe. Y para cuando lleguen tal vez sea demasiado tarde.

—¿Entonces qué hacemos? —presionó Ren.

Murtaugh dio un sorbo a su brandy.

—Seguimos buscando maneras de

ayudar aquí. Porque no creo ni por un momento que las nuevas sorpresas de Su Majestad se encuentren solamente en las Islas Muertas.

Eso era un punto interesante. Aedion dio un sorbo del brandy y lo volvió a dejar. El alcohol no lo ayudaría a pensar mejor a la hora de hacer planes con todo el caos de información que tenía. Así que Aedion escuchó a medias lo que decían los demás mientras se concentraba en el ritmo constante, el ritmo con el cual calculaba todas sus batallas y campañas.

Chaol miró a Aedion caminar por el departamento. Murtaugh y Ren habían salido a ver asuntos de sus propias

misiones. Aedion preguntó:

—¿Quieres decirme por qué te ves como si estuvieras a punto de vomitar?

—Tú sabes todo lo que yo sé, así que es fácil adivinar por qué —respondió Chaol desde el sillón con la mandíbula apretada. Su pelea con Dorian hacía que no tuviera muchas ganas de regresar al castillo, a pesar de que necesitaba al príncipe para poner a prueba sus teorías sobre el hechizo. Dorian tenía razón sobre Chaol al afirmar que el capitán le guardaba resentimiento a Celaena por su oscuridad, sus capacidades y su verdadera identidad, pero… eso no cambiaba en nada cómo se sentía.

—Aún no entiendo bien tu papel en estas cosas, capitán —dijo Aedion—. No estás peleando por Aelin ni por Terrasen… ¿Por qué peleas entonces? ¿Por el bien común? ¿Por tu príncipe? ¿De qué lado te pone eso? ¿Eres un traidor, un rebelde?

—No —la sangre de Chaol se heló al percatarse de esto—. No estoy de ningún lado. Solo deseo ayudar a mi amigo antes de irme a Anielle.

El labio de Aedion se frunció en un gruñido.

—Tal vez ese es tu problema. Tal vez no elegir un bando es lo que te está costando. Tal vez necesitas decirle a tu padre que no cumplirás con la promesa.

—No le voy a dar la espalda ni a mi reino ni a mi príncipe —respondió Chaol bruscamente—. Tampoco pelearé en tu ejército para matar a mi propia gente. Y no romperé el juramento que le hice a mi padre.

Su honor tal vez sería lo único que le quedaría cuando terminara todo esto.

—¿Qué pasaría si tu príncipe se aliara con nosotros?

—Entonces pelearé a su lado, del modo que me sea posible, incluso si es desde Anielle.

—Así que pelearás con él, pero no por lo correcto. ¿Acaso no tienes libre albedrío, no tienes necesidades propias?

—Mis necesidades no te incumben

—y esas necesidades…—. Independientemente de lo que decida Dorian, él nunca autorizaría la matanza de inocentes.

Una risa.

—¿No tiene un gusto por la sangre?

Chaol no le daría la satisfacción de que lo hiciera enojar. En vez de eso se le lanzó a la yugular y dijo:

—Creo que tu reina te condenaría si derramaras una sola gota de sangre inocente. Te escupiría en la cara. Hay gente buena en este reino, y se merecen ser considerados en cualquier acción que decida tu lado.

Los ojos de Aedion pasaron a la cicatriz en la mejilla de Chaol.

—¿Así como ella te condenó por la muerte de su amiga? —sonrió Aedion lenta y ferozmente. Luego, con demasiada rapidez como para detectarlo, el general ya estaba frente a su cara, con los codos recargados en los descansabrazos del sillón.

Chaol se preguntó si Aedion lo golpearía o si lo mataría al ver que las facciones del general se volvían más lobunas que nunca, la nariz arrugada, los dientes expuestos.

—Cuando tus hombres hayan muerto a tu alrededor —continuó Aedion—, cuando hayas visto a tus mujeres heridas de una manera imperdonable, cuando hayas visto a cientos de niños huérfanos

morir de hambre en las calles de tu ciudad, entonces puedes venir a hablarme sobre perdonar las vidas de los inocentes. Hasta entonces, el hecho es, capitán, que no has elegido un bando porque sigues siendo un niño y tienes miedo. No de la pérdida de vidas inocentes, sino de perder el sueño al que te estás aferrando. Tu príncipe ya dio ese paso, mi reina también. Pero tú no. Y eso te costará al final.

Chaol no tuvo nada que decir después de eso y rápidamente se fue del departamento. Casi no durmió esa noche, casi no hizo nada salvo mirar su espada que estaba tirada sobre el escritorio. Cuando salió el sol, fue con

el rey y le habló sobre sus planes de regresar a Anielle.

Capítulo 41

Las siguientes dos semanas siguieron un patrón, suficiente para que Celaena empezara a sentir la rutina como una especie de calmante. No hubo tropiezos inesperados, ni giros ni trampas; no

hubo muertes, ni traiciones ni pesadillas encarnadas. En las mañanas y en las noches, trabajaba como moza de trascocina. Ya entrada la mañana y hasta la hora de cenar, estaba con Rowan, explorando lenta y dolorosamente el pozo de magia en su interior, un pozo que, para su horror, no tenía un fondo visible.

Las cosas pequeñas: encender velas, apagar chimeneas, tejer un listón de flama con sus dedos, seguían siendo las más difíciles. Pero Rowan presionaba, la arrastraba de ruina en ruina, los únicos lugares seguros para que ella perdiera el control. Al menos ahora sí traía comida, ya que constantemente

estaba muerta de hambre y casi no podía pasar una hora sin comer algo. La magia consumía mucha energía y ella estaba comiendo el doble o el triple de lo que solía comer.

A veces hablaban. Bueno, ella lo hacía hablar, porque después de contarle sobre Aedion y su propio deseo egoísta de libertad, decidió que hablar era… bueno. A pesar de que no era capaz de abrirse sobre ciertas cosas, le gustaba escuchar hablar a Rowan. Logró que le contara sobre sus diversas campañas y aventuras, cada una más brutal y horrenda que la anterior. Existía todo un mundo enorme al sur y al este de Wendlyn, reinos e imperios que había

escuchado nombrar pero de los cuales nunca había sabido gran cosa. Rowan era un verdadero guerrero que había entrado y salido de los campos de batalla, había liderado hombres a través del infierno, había navegado por los mares salvajes y había visto costas distantes y extrañas.

Aunque envidiaba su larga vida y el don de ver el mundo que implicaba, aún podía sentir una corriente profunda de rabia y dolor detrás de cada historia, la pérdida de su pareja que lo perseguía sin importar qué tan lejos cabalgara o navegara o volara. Hablaba muy poco sobre sus amigos, quienes a veces lo acompañaban en sus viajes. Ella no

envidiaba las batallas que había peleado, las guerras en tierras lejanas o los años sangrientos que pasó sitiando ciudades de arena y piedra.

No se lo decía, por supuesto. Solamente escuchaba mientras él narraba y le daba instrucciones. Y mientras escuchaba, empezó a odiar a Maeve, a odiar a su tía de verdad dentro de su corazón. Esa rabia la llevó a pedirle a Emrys que le contara más leyendas sobre su tía cada noche. Rowan nunca la reprendió por pedir que le contaran esas historias y nunca se mostró alarmado.

Le sorprendió un poco cuando Emrys anunció un día que la fiesta de

Beltane sería ya en dos días y que empezarían las preparaciones para los banquetes, el baile y las celebraciones. Ya era Beltane, y según Rowan, todavía le faltaba mucho para estar lista para ir a Doranelle, a pesar de haber dominado la transformación. La primavera ya habría llegado de lleno en su continente. Ya habrían erguido los postes decorativos y ya habrían decorado los arbustos de majuelo, eso era lo máximo que permitía el rey. No habría regalitos en los cruces de caminos para la Gente Pequeña. El rey permitía tan solo lo básico, con un enfoque estrictamente en los dioses y en sembrar para la cosecha. Ni una pista ni un susurro de la magia.

Se encenderían hogueras y algunas almas valientes las atravesarían saltando para tener buena suerte, para ahuyentar a lo maligno, para garantizar una buena cosecha, lo que sea que esperaran que saliera bien. Cuando era niña, Celaena había corrido libre por el campo frente a las puertas de Orynth, mientras miles de fogatas ardían como las luces de un ejército invasor que muy pronto estaría acampando alrededor de la ciudad blanca. Era su noche, le decía su madre, una noche en la cual la niña que llevaba el fuego no tenía nada que temer, no tenía poderes que ocultar. «Aelin Corazón de Fuego» había susurrado la gente cuando ella pasaba corriendo

emitiendo brasas como si fueran listones. Aedion y algunos de los miembros más letales de la corte iban detrás de ella como guardias indulgentes. *Aelin del Fuego Salvaje*.

Después de varios días de ayudar a Emrys con la comida (y devorarla cuando el cocinero no se estaba fijando), esperaba contar con la oportunidad de relajarse en Beltane, pero Rowan la llevó a un campo en la planicie de la cima de la montaña. Celaena mordió una manzana que sacó de su bolsillo y le arqueó las cejas a Rowan, quien estaba parado frente a una pila inmensa de leña para la hoguera flanqueada por dos fogatas sin encender

a cada lado.

A su alrededor, algunas de las hadas mestizas seguían cargando más leña y yesca, otras estaban poniendo mesas para servir la comida que Emrys había estado preparando laboriosamente sin descanso.

Docenas de otras hadas mestizas llegaron de varios puestos fronterizos, con poca fanfarria y muchos abrazos y bromas. Entre ayudar a Emrys y entrenar con Rowan, Celaena casi no había tenido tiempo de inspeccionarlos, aunque una parte de ella se sentía complacida al descubrir las miradas de admiración que le lanzaban algunos de los machos que estaban de visita.

No pudo evitar darse cuenta de lo rápido que apartaban la mirada cuando veían a Rowan a su lado. Aunque sí vio a varias mujeres que lo veían a él con un interés mucho más cálido. Esas miradas hacían que quisiera arrancarles la cara a arañazos.

Masticó la manzana mientras lo estudiaba ahora, con su túnica color gris claro de siempre y un cinturón ancho, con la capucha hacia atrás y las braceras de cuero que relucían en la luz del atardecer. Dioses, no le interesaba así, y ciertamente él no tenía ninguna intención de llevarla a su cama tampoco. Tal vez era solo por pasar tanto tiempo en su cuerpo de hada que se sentía…

territorial. Territorial y gruñona y malvada. La noche anterior le había gruñido a una mujer en la cocina que no dejaba de verlo porque había dado un paso hacia él como para saludarlo.

Celaena sacudió la cabeza para despejar los instintos que estaban empezando a hacerla ver fuego a todas horas del día.

—¿Supongo que me trajiste aquí para practicar? —dijo. Lanzó el corazón de la manzana hacia el campo y se frotó el hombro. La noche previa se había sentido con fiebre porque Rowan la había hecho practicar toda la tarde y había despertado exhausta esa mañana.

—Enciéndelos y mantén el fuego

bajo control y ardiendo homogéneamente toda la noche… Los tres —agregó. No era una pregunta—. Y mantén los de los extremos bajos para los que salten. El de en medio deberá estar quemando las nubes.

Deseó no haberse comido la manzana.

—Esto fácilmente se podría volver letal.

Rowan levantó una mano y el viento se arremolinó alrededor de ella.

—Aquí estaré —dijo él simplemente, con los ojos brillantes de arrogancia que se había ganado en sus siglos de vida.

—¿Y si de alguna manera me las

ingenio para transformar a alguien en una antorcha viviente?

—Entonces es una ventaja que también estén aquí los sanadores para celebrar.

Lo miró molesta y aflojó los hombros.

—¿Cuándo quieres empezar?

Sintió que se le retorcía el estómago cuando le respondió:

—Ahora.

Ella estaba quemándose, pero permanecía estable, mientras el sol se

ponía y el campo se llenaba de personas que celebraban. Los músicos ocuparon su sitio a la orilla del bosque y el mundo se llenó de los sonidos de sus violines y flautas y tambores, una música tan hermosa y antigua que las flamas de Celaena se movían al ritmo, convirtiéndose en rubíes y cuarzos y ojos de tigre y los zafiros más profundos. Su magia ya no se manifestaba solamente como un fuego azul incontrolable; había ido cambiando lentamente, creciendo, estas últimas semanas. Nadie se había percatado de su presencia, en realidad, parada justo fuera de la luz de las fogatas, aunque algunos se maravillaban de las flamas

que ardían pero no consumían la madera.

El sudor le corría por todo el cuerpo, principalmente debido al terror que le provocaba la gente que saltaba por encima de las fogatas más pequeñas. Sin embargo, Rowan permaneció a su lado, murmurando como si ella fuera una yegua nerviosa. Quería decirle que se fuera, que se acercara tal vez a alguna de esas mujeres con ojos de paloma que no paraban de invitarlo silenciosamente a bailar. Pero ella se concentró en las flamas y en mantener ese fragmento de control, a pesar de que la sangre le había empezado a hervir. Tenía un nudo apretado en la parte baja de la espalda y

se acomodó. Dioses, estaba empapada, cada maldito pliegue de su cuerpo estaba húmedo.

—Cuidado —le dijo Rowan cuando vio que las flamas subían un poco.

—Ya lo sé —respondió ella entre dientes. La música ya era tan atractiva, el baile alrededor de las fogatas tan alegre, la comida de las mesas olía tan deliciosa, y ella estaba aquí, alejada de todo, solo quemándose. Le gruñó el estómago.

—¿Cuándo puedo detenerme? —preguntó. Acomodó los pies de nuevo y la fogata más grande se torció y la flama se movió con su cuerpo. Nadie lo notó.

—Cuando yo lo diga —le respondió

Rowan. Ella sabía que estaba usando a la gente a su alrededor, su miedo a lastimarlos, su miedo por su seguridad, para que ella dominara el control, pero…

—Estoy sudando muchísimo, me muero de hambre y quiero descansar.

—¿Vas a estar quejándote? —preguntó Rowan, pero una brisa fresca le lamió el cuello y ella cerró los ojos y gimió. Podía sentirlo mientras la veía. Después de un momento, él agregó:

—Ya falta poco.

Ella casi se sentó aliviada, pero abrió los ojos para concentrarse. Podía aguantar un rato más, y luego ir a comer y comer y comer. Tal vez bailar. Hacía

tanto tiempo que no bailaba. Tal vez lo intentaría, aquí en las sombras. Vería si su cuerpo podía encontrar un espacio para la dicha, a pesar de que en ese momento estaba tan caliente y adolorido que podría jurar que en cuanto se detuviera se quedaría dormida.

Pero la música la estaba hipnotizando, los bailarines eran apenas sombras que giraban a su alrededor. A diferencia de lo que sucedía en Adarlan, no había guardias que vigilaran las festividades, no había pobladores ocultos que espiaran quién cruzaba la línea hacia la traición para delatarlo y ganarse una moneda. Aquí solo había música y baile y comida y la fogata, su

fogata.

Empezó a mover un pie y a agitar la cabeza con los ojos en las tres fogatas sin humo y las siluetas que bailaban a su alrededor. Sí quería bailar. No de dicha, sino porque sentía que su fuego y la música se fundían y pulsaban contra sus huesos. La música era un tapiz tejido de luz y oscuridad y color, formando eslabones delicados en una cadena que se afianzaba a su corazón y se esparcía por el mundo, atándola a él, conectando todo.

Entonces entendió. Las marcas del Wyrd eran una manera de afianzar esos hilos, de tejer y atar la esencia de las cosas. La magia podía hacer lo mismo, y

de su poder, de su imaginación y voluntad y corazón, podía crear y dar forma.

—Cuidado —dijo Rowan—. Música. Aquel día, en el lago helado, te pusiste a tararear —agregó con un tono de sorpresa. Ella registró más viento fresco en el cuello, pero su piel ya estaba pulsando al ritmo de los tambores —. Deja que la música te estabilice.

Dioses, ser libre como esto… Las flamas se agitaban y ondulaban con la melodía.

—Cuidado —repitió él, pero apenas lo alcanzaba a escuchar debido a la ola de sonido que la llenaba, que la hacía sentir cada atadura que la unía a la

tierra, cada hilo infinito. Por un momento deseó tener corazón de cambiante para poder quitarse la piel y entretejerse en otra cosa, la música o el viento, y recorrer todo el mundo. Le ardían los ojos y veía borroso por estar tanto tiempo mirando las flamas. Y un músculo de su espalda le brincó.

—Cuidado.

Lo escuchó, pero no sabía de qué estaba hablando, las flamas estaban tranquilas y hermosas. ¿Qué sucedería si caminaba a través de ellas? El pulso de su cabeza parecía estar diciendo «hazlo, hazlo, hazlo».

—Es suficiente por ahora —dijo Rowan y la tomó del brazo pero soltó un

bufido y la soltó—. Es suficiente.

Lenta, demasiado lentamente, ella lo miró. Él tenía los ojos muy abiertos, la luz del fuego casi los hacía estar encendidos también. Fuego, su fuego. Ella regresó a la flama y se sometió a ella. La música y el baile continuaban, brillantes y alegres.

—Mírame —le dijo Rowan, pero no la tocó—. Mírame.

Sin embargo, apenas lo alcanzaba a escuchar, como si estuviera bajo el agua. Ahora sentía un golpeteo en su interior, con un poco de dolor. Era un cuchillo que cortaba su mente y su cuerpo con cada pulsación. No podía verlo, y no se atrevía a apartar su atención del fuego.

—Que las hogueras sigan ardiendo por su cuenta —ordenó Rowan. La joven podría haber jurado que escuchó algo parecido al temor en su voz. Requirió de un esfuerzo de su voluntad y el dolor empezó a sentirse con más fuerza en los tendones de su cuello, pero lo miró. Sus fosas nasales se abrieron —. Aelin, detente ahora.

Ella intentó hablar, pero tenía la garganta lastimada, le quemaba. No podía mover el cuerpo.

—Suéltalo.

Intentó responder que no podía, pero le dolía. Ella era un yunque y el dolor era un martillo que golpeaba una y otra vez.

—Si no lo sueltas te vas a consumir por completo.

¿Esto era el final de su magia, entonces? ¿Unas cuantas horas de cuidar unas fogatas? Era un alivio, un alivio enorme si era verdad.

—Estás a punto de rostizarte desde adentro —gruñó Rowan.

Celaena parpadeó y los ojos le dolieron como si les hubiera entrado arena. Sintió la agonía en su columna, tan fuerte que cayó al césped. Vio luz, no de ella ni de Rowan, sino de las fogatas que aumentaron. La gente gritó, la música titubeó. El césped silbó bajo sus manos, humeando. Ella gimió y buscó en su interior los tres hilos que controlaban

las fogatas. Pero era un laberinto, una maraña, todos los hilos estaban enredados, y…

—Lo siento —dijo Rowan. Volvió a maldecir y el aire desapareció.

La chica trató de gemir, de moverse, pero no había aire. No tenía aire para ese fuego interior. La negrura la cubrió.

El olvido.

Entonces empezó a jadear, se arqueó sobre el césped, y en ese momento las fogatas ya estaban ardiendo de manera natural y Rowan estaba sobre ella.

—Respira, respira.

Aunque les había cortado los hilos a las fogatas, la joven seguía ardiendo.

No en el exterior, donde incluso el

césped había dejado de humear.

Estaba quemándose en el interior. Cada respiración le mandaba fuego a los pulmones, a sus venas. No podía hablar ni moverse.

Ella se había aguijoneado y eso provocó que cruzara alguna especie de frontera; no había hecho caso a las advertencias de que regresara y se estaba quemando viva debajo de la piel.

Se sacudió con sollozos sin lágrimas y llenos de pánico. Le dolía, era interminable y eterno y no existía una parte oscura en ella adonde pudiera escapar para resguardarse de las flamas. La muerte sería un alivio, un refugio frío y negro.

No sabía que Rowan se había ido hasta que regresó corriendo con dos mujeres. Una de ellas dijo:

—¿Puedes cargarla? No hay manejadores de agua aquí y necesitamos meterla en agua fría. Ahora.

Ella no escuchó qué más decía, no escuchó nada salvo el golpeteo constante de esa fragua bajo su piel. Se escuchó un gruñido, un silbido, y entonces ya iba en brazos de Rowan, rebotando contra su pecho mientras él corría por el bosque. Cada paso despedía astillas de dolor al rojo vivo a través de su cuerpo. Aunque los brazos que la sostenían estaban fríos como el hielo, y un viento rígido la presionaba,

estaba flotando a la deriva en un mar de fuego.

Infierno, así era como se sentía el inframundo del dios oscuro. Eso le aguardaba cuando respirara por última vez.

El horror de ese pensamiento la hizo concentrarse en lo que podía percibir, específicamente en el olor a pino y nieve de Rowan. Aspiró ese aroma en sus pulmones, lo atrajo hacia lo más profundo y se asió a él como si fuera un salvavidas en un mar tormentoso. No supo cuánto tiempo habían tardado, pero podía sentir que sostenía ese salvavidas cada vez con menos fuerza, con cada pulsación la cuerda iba desgastándose.

Pero entonces se puso más oscuro que el bosque y los sonidos hicieron ecos más fuertes y sintió unas escaleras y luego:

—Métanla al agua.

La introdujeron al agua de una bañera hundida de roca y sintió que el vapor le rozaba la cara. Alguien maldijo.

—Congélala, príncipe —ordenó la segunda voz—. Ahora.

Hubo un momento de delicioso frío pero luego el fuego se avivó y…

—¡Sácala!

Unas manos fuertes tiraron de ella y tuvo la vaga sensación de escuchar un burbujeo.

Había hecho hervir el agua de la bañera. Casi se hirvió a sí misma. La metieron en otra bañera un instante después y el hielo comenzó a formarse y luego a derretirse. Derretirse y…

—Respira —le susurró Rowan al oído. Estaba arrodillado en la cabecera de la bañera—. Déjalo ir, deja que salga de ti.

Empezó a subir vapor, pero ella respiró.

—Bien —jadeó Rowan. Volvió a formarse hielo. Se derritió.

La joven sudaba, con el calor pulsando contra su piel como un tambor. No quería morir así. Respiró otra vez.

Como el ir y venir de la marea, el

agua se congelaba, luego se derretía, se congelaba, se derretía, cada vez más lentamente. Y cada vez, el frío la penetraba un poco más, adormeciéndola, instando a su cuerpo a relajarse.

Hielo y fuego. Escarcha y brasas. Enfrascados en una batalla, jalando y empujando. Debajo de eso, casi alcanzaba a sentir la voluntad férrea de Rowan que chocaba contra su magia, una voluntad que se negaba a permitirle al fuego que la consumiera.

Le dolía el cuerpo, pero ahora el dolor era mortal. Tenía aún las mejillas ardiendo, pero el agua se enfrió, luego se entibió, luego se calentó y se quedó así. Caliente pero no quemaba.

—Necesitamos quitarle esa ropa —dijo una de las mujeres. Celaena perdió la noción del tiempo y sintió que dos pares de manos le levantaban la cabeza y le quitaban la ropa empapada. Sin la ropa, casi no pesaba en el agua. No le importaba si Rowan la veía, de todos modos no pensaba que hubiera ningún rincón del cuerpo de una mujer que él no hubiera explorado. Se quedó ahí acostada, con los ojos cerrados y la cara inclinada hacia el techo.

Después de un rato, Rowan dijo:

—Solo responde sí o no. Eso es todo lo que tienes que hacer —ella logró asentir un poco aunque hizo una mueca cuando sintió el dolor que le subía por

el cuello y hombros—. ¿Estás en peligro de encenderte otra vez?

Estaba respirando lo más regularmente que podía y sentía el calor latir en sus mejillas, sus piernas, su centro, pero estaba disminuyendo poco a poco.

—No —susurró con un soplo de aire caliente que salió de su lengua.

—¿Te duele algo? —No era una pregunta de una persona preocupada, sino la de un comandante que estaba evaluando la condición de su soldado para decidir el mejor curso de acción.

—Sí —contestó ella con un silbido de vapor.

Una de las mujeres avisó:

—Prepararemos un tónico. Solo mantenla fresca.

Se escucharon pasos suaves por el piso de roca al salir y luego se oyó el sonido de la puerta de los baños que se cerraba. Se escuchó el movimiento de agua en un cubo y luego…

Celaena suspiró, o lo intentó, cuando le pusieron una tela helada en la frente. Más chapoteo y luego otro trapo mojado con agua helada en su cabello, en su cuello.

—El agotamiento —Rowan dijo en voz baja—. Deberías haberme dicho que estabas en tu límite.

Hablar era muy difícil, pero ella abrió los ojos y lo vio arrodillado en la

cabecera de la bañera, con un cubo de agua a su lado y un trapo en las manos. Lo volvió a exprimir sobre su frente. El agua se sentía tan bien que podría haber gemido. El agua de la bañera se enfrió aún más pero seguía caliente, demasiado caliente.

—Si hubieras seguido un poco más, el agotamiento te hubiera destruido. Debes aprender a reconocer las señales y cómo regresar antes de que sea demasiado tarde —no era un comentario sino una orden—. Te destrozará desde adentro. Hará que esto… —sacudió la cabeza nuevamente—. Hará que esto parezca un juego de niños. Ni siquiera toques tu magia hasta que hayas

descansado por un tiempo, ¿entiendes?

Inclinó la cabeza y pidió más agua fría en la cara pero él se negó a exprimir el trapo hasta que ella estuviera de acuerdo. La enfrió durante unos instantes más y luego colocó el trapo en la orilla del cubo y se puso de pie.

—Iré a averiguar cómo va el tónico. Regresaré pronto.

Se fue cuando ella asintió nuevamente. Si no lo conociera, podría haber pensado que estaba haciendo demasiado. Incluso que estaba preocupado.

Ella no había tenido edad suficiente en Terrasen para que alguien le enseñara el lado mortal de su poder, y nadie le

había explicado ya que sus lecciones habían sido tan limitadas. No había sentido que estaba agotada. Había llegado tan de repente. Tal vez eso era la totalidad de su magia. Tal vez su pozo no era tan profundo como todos pensaban. Sería un alivio si fuera cierto.

Levantó las piernas y gimió por los dolores que sintió en los músculos y luego se inclinó al frente para abrazarse las rodillas. Sobre el borde de la bañera hundida, había algunas velas que ardían en las rocas, y miró con furia las flamas. Odiaba las flamas. Aunque suponía que necesitarían la luz aquí dentro.

Descansó la frente en sus rodillas llenas de cicatrices y su piel casi

quemaba. Cerró los ojos y se puso a ensamblar su conciencia despedazada.

Se abrió la puerta. Era Rowan. Se mantuvo en esa oscuridad fresca y saboreó el frío creciente del agua y el pulso que se iba haciendo más lento bajo su piel. Él sonaba como a media habitación de distancia cuando sus pasos se detuvieron.

Contuvo el aliento, con suficiente fuerza para hacer que ella lo volteara a ver.

Pero sus ojos no estaban en el rostro de Celaena. Ni en el agua. Estaban en su espalda desnuda.

Encorvada como estaba contra las rodillas, él pudo ver toda su piel

arruinada, cada una de las cicatrices de los latigazos.

—¿Quién te hizo eso?

Hubiera sido fácil mentir, pero estaba tan cansada, y él había salvado su inútil pellejo. Así que respondió:

—Mucha gente. Pasé un tiempo en las Minas de Sal de Endovier.

Permaneció tan quieto que ella se preguntó si seguiría respirando.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó después de un momento. Ella se preparó para sentir su compasión, pero su rostro estaba tan vacío… no, no vacío. Aquietado, con una rabia letal.

—Un año. Estuve ahí un año antes de… Es una historia larga.

Estaba muy cansada, la garganta le ardía demasiado para decir el resto. Notó entonces que él traía los brazos vendados, y se asomaban más vendas en su amplio pecho por debajo de su camisa. Lo había vuelto a quemar. Y, no obstante, él no la soltó, había corrido hasta acá y no la soltó.

—Fuiste esclava.

Cuando asintió lentamente, él abrió la boca pero la volvió a cerrar y tragó saliva. Su rabia letal se apagó. Como si recordara con quién estaba hablando y que ese era el castigo mínimo que se merecía.

Se dio la vuelta y cerró la puerta detrás de él. Deseó que la hubiera

azotado y deseó que la hubiera roto. Pero la cerró apenas con un clic y no regresó.

Capítulo 42

Su espalda.

Rowan volaba sobre los árboles: un jinete del viento que le daba forma al aire para que lo impulsara más rápido… El rugido del aire en movimiento era

desdeñable comparado con los aullidos que escuchaba dentro de su cabeza. Observó pasar el mundo en el exterior más por instinto que por interés, con la mirada fija en su interior, en esa zona de piel arruinada que brillaba bajo la luz de la vela.

Los dioses sabían que él había visto muchas lesiones terribles. Había provocado varias en enemigos y amigos por igual. Comparada con lo que existía en el mundo, la espalda de Celaena no estaba ni remotamente cerca de algunas de esas heridas. Sin embargo, cuando la vio, su corazón casi se había detenido, y por un momento se había hecho un silencio abrumador en su mente.

Sintió cómo su magia y sus instintos de guerrero se iban aguzando hasta crear esa combinación letal mientras más veía y bramaba por destrozar con sus propias manos a las personas que le habían hecho eso. Luego se tuvo que marchar; apenas logró salir de los baños antes de transformarse y volar hacia la noche.

Maeve le había mentido. O había mentido por omisión. Pero ella lo sabía. Sabía lo que había sufrido la chica, sabía que había sido esclava. Aquel día, uno de los primeros días, había amenazado con darle de latigazos, ¡por los dioses! Y ella había perdido el control. Él se había comportado con tal orgullo idiota que había supuesto que

ella lo había atacado porque no era más que una niña. Debería haber pensado, debería haber sabido que cuando ella sí reaccionaba a algo como eso, significaba que las cicatrices eran profundas. Y además había otras que le había dicho…

Casi había llegado a la línea más alta de las Montañas Cambrian. Ella apenas tenía cuerpo de mujer cuando la lastimaron así. ¿Por qué no se lo había dicho? ¿Por qué no se lo había dicho Maeve? Su halcón soltó un grito desgarrador que rebotó contra las rocas color gris oscuro del muro de la montaña frente a él. Un coro de aullidos fuera de este mundo le respondieron: los

lobos salvajes de Maeve que vigilaban los pasos montañosos. Aunque volara hasta Doranelle y llegara con su reina para exigirle respuestas… ella no se las daría. Con el juramento de sangre, ella podría ordenarle que no regresara a Mistward.

Comandó los vientos con su magia y ahogó su corriente. Aelin… Aelin no confiaba en él, no quería que él supiera.

Y casi se había quemado por completo, malditos dioses, y se había quedado indefensa por el momento. Una furia primitiva se agudizó en su estómago, rebozando de territorialidad y posesividad. No era necesidad por ella, sino una necesidad de proteger el deber

y honor de un hombre. Él no había manejado la noticia de la manera correcta.

Si ella no había querido contarle sobre sus días de esclava, probablemente había sido porque pensaba lo peor de él, así como probablemente pensaba lo peor en ese momento por haberse marchado. Esa idea no le gustó nada.

Así que se dio la vuelta para regresar al norte y controló su magia para que atrajera los vientos hacia él y le facilitara su retorno a la fortaleza.

Obtendría respuestas de su reina muy pronto.

Los sanadores le dieron un tónico y cuando Celaena les aseguró que no iba a incinerarse a sí misma, se quedó en la bañera hasta que le castañetearon los dientes. Le tomó tres veces más tiempo regresar a su habitación y estaba tan congelada y agotada que ni siquiera se puso ropa antes de caer en la cama.

No quería pensar lo que significaba que Rowan se hubiera marchado así, pero lo hizo, a pesar de estar adolorida y con calambres por la magia. Su sueño fue inquieto y agitado, con un frío tan atroz que no podía distinguir si se debía

a la temperatura exterior o si era la consecuencia de la magia. En algún momento, despertó por las risas y el canto de los que regresaban de la celebración. Después de un rato, incluso el más borracho ya estaba en su cama o en la de alguien más. Ella ya estaba casi dormida de nuevo, aunque seguían castañeteándole los dientes cuando su ventana se abrió con la brisa. Tenía demasiado frío y estaba demasiado adolorida para levantarse. Se escuchó un aleteo y se vio un resplandor de luz. Antes de que pudiera darse la vuelta, él la levantó con todo y manta.

Si hubiera tenido algo de energía, habría protestado. Pero él la cargó por

dos tramos de escaleras, por el pasillo, y luego…

Una chimenea encendida, sábanas cálidas, un colchón suave y un edredón pesado que le pusieron encima con sorprendente delicadeza. El fuego se apagó un poco con un viento fantasma y luego el colchón se movió.

En la oscuridad, él dijo con aspereza:

—Te vas a quedar conmigo de ahora en adelante —ella se dio cuenta de que él se había recostado lo más lejos de ella que podía sin caerse del colchón—. Esta cama es solo por esta noche. Mañana te conseguiré un catre. Limpiarás lo que tires o te irás de

regreso a la otra habitación.

Y acurrucándose en la almohada, le contestó:

—Muy bien.

El fuego se apagó más pero la habitación permaneció cálida. Era la primera cama caliente que tenía en meses, sin embargo dijo:

—No quiero tu compasión.

—Esto no es compasión. Maeve decidió no decirme lo que te había pasado. Tienes que saber que yo… que yo no sabía que…

Ella estiró un brazo por la cama para tomar su mano. Sabía que si así lo decidiera, podría provocarle una herida tan profunda que lo fracturara.

—Lo sé. Al principio me daba temor que te burlaras de mí si te decía y que me viera obligada a matarte por eso. Luego no quería que sintieras compasión. Y más que todo eso, no quería que pensaras que lo estaba usando como excusa.

—Como buen soldado —dijo. Ella tuvo que apartar la vista por un momento para evitar que él viera cuánto significó eso para ella. Rowan respiró hondo y su pecho se expandió—. Dime cómo te enviaron allá y cómo saliste.

Estaba cansada hasta los huesos, pero hizo acopio de sus energías una última vez y le contó sobre los años en Rifthold, sobre robar los caballos

Asterion y correr por el desierto, sobre bailar hasta el amanecer con cortesanas y ladrones y todas las criaturas hermosas y perversas del mundo. Y luego le contó acerca de perder a Sam y de esos primeros latigazos en Endovier, donde le había escupido sangre a la cara del supervisor en jefe, y lo que había visto y soportado en el año subsecuente. Habló del día en que explotó y corrió hacia su propia muerte. Su corazón se hizo más pesado cuando al final llegó a la noche en que el capitán de la Guardia Real entró en su vida, y el hijo de un tirano le había ofrecido una oportunidad de conseguir la libertad. Le contó lo que pudo sobre la competencia y cómo la

ganó, hasta que empezó a arrastrar las palabras y se le cerraron los ojos.

Habría más tiempo para contarle lo que sucedió después, sobre las llaves del Wyrd y Elena y Nehemia y por qué había quedado tan destrozada e inservible. Bostezó y Rowan se frotó los ojos, pero mantuvo su otra mano en la de ella y no la soltó. Y cuando Celaena despertó antes del amanecer, caliente, a salvo y descansada, Rowan seguía sosteniendo su mano, pegada a su pecho.

Algo derretido se movió por su cuerpo y entró en cada cuarteadura y fractura que todavía estaba abierta. No para lastimar o maltratar, sino para soldar.

Para fraguar.

Capítulo 43

Rowan no le permitió que saliera de la cama ese día. Trajo bandejas con comida e incluso se aseguró de que consumiera hasta la última gota del guisado de res, media hogaza de pan

crujiente, un tazón de las primeras moras de la primavera y una taza de té de jengibre. Casi no necesitó animarla para que comiera, se estaba muriendo de hambre. Pero si no lo conociera, diría que se estaba preocupando demasiado.

Emrys y Luca la visitaron una vez para ver si seguía viva, vieron la cara de piedra que puso Rowan, escucharon su gruñido suave, y decidieron irse tras afirmar que ella estaba en manos más que competentes, pero prometieron regresar cuando se sintiera mejor.

—¿Sabes? —dijo Celaena apoyada en la cama con su cuarta taza de té del día—, dudo mucho que alguien me vaya a atacar ahora, si ya han soportado mis

tonterías tanto tiempo.

Rowan, quien otra vez estaba estudiando el mapa de la localización de los cuerpos, ni siquiera levantó la vista desde su silla frente a la mesa de trabajo.

—Esto no es negociable.

Podría haber reído si su cuerpo no hubiera estado tan propenso a estallar en dolores penetrantes e intensos. Los trató de controlar, apretando la taza entre sus dedos, concentrándose en su respiración. Por eso le permitía que la cuidara así. Debido a su colapso mágico de la noche anterior, todas las partes de su cuerpo estaban adoloridas. Las punzadas constantes y el ardor, el dolor

de cabeza entre las cejas, su visión periférica nublada… Incluso mirar al otro lado de la habitación la hacía sentir chispas de dolor en la cabeza.

—¿O sea que me quieres decir que cuando alguien se acerca al agotamiento no solo pasa por toda esta miseria, sino que además, si es mujer, los hombres a su alrededor pierden la cordura?

Dejó la pluma y volteó para examinarla.

—Esto ni siquiera se acerca a la locura. Al menos puedes defenderte por medios físicos cuando tu magia está inutilizada. Pero otras hadas, aunque tengan armas y entrenamiento en la defensa, si no pueden tocar su magia,

son vulnerables, en especial cuando están agotadas y con dolor. Eso hace que la gente, por lo general los hombres, sí, se pongan algo nerviosos. Se ha sabido de casos de algunos que matan sin pensar, sin una amenaza percibida, real o de cualquier otra índole.

—¿Qué tipo de amenaza? Las tierras de Maeve son pacíficas.

Celaena se inclinó para colocar su té sobre la mesa pero él ya estaba en movimiento, tan rápido que interceptó su taza antes de que tocara la superficie. Se la quitó con sorprendente suavidad, vio que ya se la había terminado y le sirvió más té.

—Amenazas de todas partes:

hombres, mujeres, criaturas… No se puede razonar contra eso. Aunque no formara parte de nuestra cultura, seguiría existiendo un instinto por proteger a los indefensos, independientemente de si son mujeres u hombres, jóvenes o viejos —alcanzó la rebanada de pan y un tazón de caldo de res—. Come esto.

—Me duele decírtelo, pero un bocado más y voy a vomitar por todo tu cuarto.

Oh, definitivamente estaba demasiado atento, y aunque eso le alegraba su corazón entristecido, ya se estaba volviendo un poco irritante.

El infeliz simplemente metió el pan

en el caldo y se lo acercó.

—Necesitas conservar tu energía. Probablemente te acercaste tanto al agotamiento porque no tenías suficiente comida en el estómago.

De acuerdo, de todas maneras olía demasiado bien para resistirse. Tomó el pan y el caldo. Mientras comía, él se aseguró de que la habitación pasara la inspección: el fuego seguía ardiendo (sofocantemente caliente, como había estado desde la mañana, debido a los escalofríos que la habían sacudido), solo una ventana estaba entreabierta (para permitir que entrara una ligera brisa cuando sintiera bochorno), la puerta cerrada (con llave) y otra tetera

con té esperando (que se estaba preparando en su mesa de trabajo). Cuando terminó de asegurarse de que todo estuviera en orden y no hubiera amenazas entre las sombras, la miró para revisarla con la misma atención: piel (pálida y brillante por esos bochornos que todavía le daban), labios (pálidos y partidos), postura (floja e inútil), ojos (apagados por el dolor y cada vez más irritados). Rowan frunció el ceño nuevamente.

Después de devolverle el tazón vacío, ella presionó el pulgar y el dedo índice sobre el dolor de cabeza persistente que sentía entre las cejas.

—Así que cuando la magia se acaba

—dijo—, ¿eso es todo, o te detienes o te agotas?

Rowan se recargó en su silla.

—Bueno, pues está el «carranam» —la lengua antigua se escuchaba hermosa cuando la pronunciaba Rowan, y si a ella le concedieran un deseo antes de morir, tal vez le rogaría que hablara solo en lengua antigua para saborear los sonidos exquisitos—. Es difícil de explicar —continuó Rowan—. Solo lo he visto en acción un puñado de ocasiones en el campo de batalla. Cuando estás agotado, tu carranam puede cederte su poder, siempre y cuando ambos sean compatibles y compartan activamente una conexión de

sangre.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—Si nosotros fuéramos carranam y yo te diera mi poder, ¿seguirías usando solo viento y hielo, no mi fuego? —Él asintió con seriedad—. ¿Cómo sabes si eres compatible con alguien?

—No hay manera de saberlo hasta que haces la prueba. Y el lazo es tan poco común que la mayoría de las hadas nunca conoce a alguien que sea compatible, o en quien confíen lo suficiente para probarlo. Siempre existe el riesgo de que tomen demasiado, y si no tienen la habilidad necesaria, pueden destrozar tu mente. O ambos pueden agotarse por completo.

Interesante.

—¿Se puede robarle magia a alguien?

—Las hadas menos honorables lo intentaron alguna vez, ganar batallas y sumar a su propio poder, pero nunca funcionó. Y si funcionó, fue porque la persona que tenían como rehén coincidentemente era compatible. Maeve prohibió todos los lazos forzados mucho antes de que yo naciera pero… Me han enviado varias veces a cazar a hadas corruptas que mantienen a sus carranam como esclavos. Por lo general los esclavos están tan destrozados que no hay manera de rehabilitarlos. La única misericordia que les puedo

ofrecer es la muerte.

Su rostro y su voz no cambiaron, pero ella dijo suavemente:

—Hacer eso debe ser más difícil que todas las guerras y sitios en los que has participado.

Una sombra surcó su rostro adusto.

—La inmortalidad no es un don tan grande como los mortales creen. Puede generar monstruos que incluso a ti te enfermaría conocer. Imagina a los sádicos que has conocido y luego imagínalos con milenios para refinar sus habilidades y sus deseos desviados.

Celaena se estremeció.

—Esta conversación se ha puesto demasiado horrible para tenerla después

de comer —dijo y se volvió a hundir entre las almohadas—. Dime quién de tu pequeño grupo es el más apuesto y si quisiera estar conmigo.

Rowan se ahogó.

—Solo de pensar que tú estés con cualquiera de mis compañeros hace que se me congele la sangre.

—¿A poco son tan horribles? Tu amigo del gatito se veía muy decente.

Las cejas de Rowan se arquearon hasta arriba.

—No creo que mi amigo «del gatito» supiera qué hacer contigo… ni ninguno de los demás. Probablemente la cosa terminaría con derramamiento de sangre —ella seguía sonriendo y él se

cruzó de brazos—. Probablemente tendrían muy poco interés en ti, ya que tú pronto estarás vieja y decrépita y no valdrá la pena el esfuerzo que implicaría ganarte.

Ella puso los ojos en blanco.

—Aguafiestas.

Los envolvió el silencio y Rowan la volvió a revisar (lúcida, aunque cansada y de mal humor). Ella no se sorprendió tanto cuando él prestó atención a sus muñecas desnudas: una de las pocas zonas de su piel que se podía ver debido a todas las mantas que tenía encima. No lo habían discutido la noche anterior, pero ella sabía que se habían estado aproximando al tema.

No percibió juicio en la mirada de Rowan cuando dijo:

—Una sanadora talentosa podría deshacerse de esas cicatrices…, definitivamente de las de la muñeca y de la mayoría de las de la espalda.

Ella apretó la mandíbula pero después de un momento dejó escapar el aire. A pesar de que sabía que él entendería sin mucha explicación, dijo:

—Había celdas en el fondo de las minas donde castigaban a los esclavos. Celdas tan oscuras que al despertar pensabas que te habías quedado ciego. Me encerraron algunas veces. En una ocasión, por tres semanas enteras. Y lo único que me mantenía cuerda era

recordarme mi nombre una y otra y otra vez: «Yo soy Celaena Sardothien».

El rostro de Rowan se veía demacrado, pero ella continuó:

—Cuando me dejaron salir, ya había cerrado una porción tan grande de mi mente en la oscuridad que lo único que podía recordar era que mi nombre era Celaena. Celaena Sardothien, arrogante y valiente y hábil, Celaena, quien no conocía el miedo ni la desesperanza; Celaena, que era un arma afilada por la Muerte —se pasó una mano temblorosa por el cabello—. Por lo general no me permito pensar en esa parte de Endovier —admitió—. Después de que salí, hubo noches en las que despertaba y pensaba

que estaba nuevamente en esas celdas, y tenía que encender todas las velas de mi habitación para demostrar que no estaba ahí. En las minas no se contentan con matarte, te quieren despedazar. Había miles de esclavos en Endovier, y muchos eran de Terrasen. Independientemente de lo que yo haga con mi derecho de nacimiento, voy a encontrar la manera de liberarlos algún día. Sí, los voy a liberar. A ellos y a todos los esclavos de Calaculla también. Así que mis cicatrices me sirven como recordatorio de eso.

Nunca lo había dicho, pero ahí estaba. Cuando acabara con el rey de Adarlan, si con destruirlo, por alguna

razón, no lograba que se terminaran los campos de trabajos forzados, los derribaría de cualquier modo. Piedra por piedra si fuera necesario.

Rowan preguntó:

—¿Qué pasó hace diez años, Aelin?

—No voy a hablar de eso.

—Si tomas tu corona, podrías liberar a Endovier mucho más fácilmente que…

—No puedo hablar de eso.

—¿Por qué?

Había un agujero en el recuerdo, un agujero del cual no podría salir si caía dentro. No era la muerte de sus padres; había podido contarles a otros en términos vagos sobre los asesinatos. El

dolor seguía siendo abrumador y seguía persiguiéndola. Pero despertar entre sus cadáveres no fue el momento que había destrozado todo lo que Aelin Galathynius era y podría haber sido. En una parte remota de su mente, había escuchado la voz de otra mujer, hermosa y frenética, otra mujer que…

Se volvió a frotar la frente.

—Tengo esta… rabia —dijo con voz ronca—. Una desesperación y odio y rabia que vive y respira dentro de mí. No tiene cordura, no tiene prudencia. Es un monstruo que vive bajo mi piel. Los últimos diez años he tenido que trabajar cada día, cada hora, para mantener a ese monstruo encerrado. Y en el momento

que hable sobre esos dos días y lo que sucedió antes y después, ese monstruo se liberará y no puedo responder por lo que haré. Así fue como pude pararme frente al rey de Adarlan, como fui capaz de hacerme amiga de su hijo y de su capitán, como pude vivir en ese palacio. Porque no cedí a esa rabia, a esos recuerdos, ni un ápice. Y ahora estoy buscando las herramientas que podrían destruir a mi enemigo y no puedo permitir que el monstruo salga, porque me hará usar esas herramientas contra el rey y no ponerlas de vuelta donde debo, y sería capaz de destruir el mundo por venganza. Así que por eso debo ser Celaena y no Aelin, porque ser Aelin

significa enfrentar esas cosas y liberar a ese monstruo. ¿Entiendes?

—No sé si valga de algo, pero no creo que fueras capaz de destruir el mundo por venganza —dijo Rowan y su voz se volvió más dura—. Pero también pienso que te gusta sufrir. Coleccionas cicatrices porque quieres una prueba de que estás pagando por los pecados que has cometido. Y lo sé porque yo he estado haciendo la misma maldita cosa durante doscientos años. Dime, ¿crees que te irás a un Más Allá bendito o crees que arderás en un infierno? Estás esperando que sea el infierno, porque cómo podrías enfrentarlos en el Más Allá. Mejor sufrir, estar maldita por

toda la eternidad y…

—Es suficiente —susurró ella. Seguramente sonó tan empequeñecida y miserable como se sentía, porque él se dio la vuelta y regresó a su mesa de trabajo. Ella cerró los ojos pero su corazón latía desbocado.

No supo cuánto tiempo pasó. Después de un rato el colchón se movió y gimió, y un cuerpo cálido se recargó en el suyo. No la estaba abrazando, solo estaba recostado a su lado. Ella no abrió los ojos, pero respiró su olor, el pino y la nieve, y su dolor se calmó un poco.

—Al menos si te vas a ir al infierno —dijo él, y las vibraciones de su pecho retumbaron contra su cuerpo—,

estaremos ahí juntos.

—Ya me siento mal por el dios oscuro —él pasó la mano por su cabello y ella casi ronroneó. No se había dado cuenta de cuánto extrañaba que la tocaran, quien fuera, amigo o amante—. Cuando vuelva a la normalidad, ¿puedo anticipar que me vas a gritar por estar a punto de agotarme?

Él rio con suavidad pero continuó acariciándole el cabello.

—No tienes idea.

Ella sonrió contra la almohada y la mano de Rowan se aquietó por un momento pero luego volvió a empezar.

Después de un largo rato, Rowan murmuró:

—No dudo que vayas a poder liberar a los esclavos de los campos de trabajos forzados algún día. No importa el nombre que uses.

Los ojos de Celaena le ardieron detrás de los párpados, pero se recargó contra él un poco más, incluso le puso una mano sobre el amplio pecho y saboreó el corazón constante y seguro que latía debajo.

—Gracias por cuidarme —dijo. Él gruñó, de aceptación o desprecio, Celaena no lo supo. El sueño la llamó y ella se dejó llevar hacia el olvido.

Rowan la mantuvo encerrada en su habitación unos días más, e incluso ya que le dijo que se estaba sintiendo bien, la obligó a pasar medio día más en cama. Celaena supuso que era agradable tener a alguien, aunque fuera un guerrero hada gruñón y mandón, a quien le preocupara si ella vivía o moría.

Llegó su cumpleaños diecinueve y se sentía un poco aburrida, y su único regalo fue que Rowan la dejó a solas unas horas. Regresó con noticias de que otro cadáver de hada mestiza había aparecido cerca de la costa. Le preguntó si le permitiría ir a verlo, pero él se negó rotundamente (le ladró, sería más aproximado a la verdad) y le dijo que él

ya lo había visto en persona. Era el mismo patrón: un sangrado de la nariz que ya se había secado, un cuerpo drenado hasta que había quedado solo el cascarón, y luego lo habían tirado de manera descuidada. También había regresado al pueblo, donde habían estado más que encantados de recibirlo, ya que llevaba oro y plata.

Y cuando regresó con Celaena le trajo chocolates, y le dijo que se sentía insultado de que ella considerara su ausencia como un buen regalo de cumpleaños. Ella trató de abrazarlo, pero no lo aceptó y se lo dijo. De todas maneras, la siguiente vez que Celaena se paró para usar el baño, se acercó por

detrás de la silla en la mesa de trabajo y le plantó un beso enorme y ruidoso en la mejilla. Él la alejó con un manotazo al aire y se limpió la cara con un gruñido, pero ella sospechó que ya le había permitido penetrar sus defensas.

Fue un error pensar que sería de lo más delicioso regresar al fin al exterior.

Celaena y Rowan estaban parados en lados opuestos de un claro musgoso. Ella tenía las rodillas ligeramente dobladas y las manos en puños no muy apretados. Rowan no le había dicho que

lo hiciera, pero adoptó una posición defensiva al notar el brillo de sus ojos.

Rowan solo se veía así cuando estaba a punto de hacerla sufrir. Y como no habían ido a las ruinas del templo, asumió que él pensaba que ya había dominado al menos un aspecto de su poder, a pesar de los acontecimientos de Beltane. Eso significaba que iban a dedicarse a dominar el siguiente aspecto.

—A tu magia le hace falta forma —dijo Rowan al fin con una posición tan inmóvil que ella lo envidió—. Y como carece de forma, tú tienes poco control. Aunque es verdad que como forma de ataque una bola de fuego o una ola de

flamas son útiles, si vas a luchar contra un combatiente entrenado, si quieres ser capaz de usar tu poder, entonces tienes que aprender a luchar con él —ella gimió—. Pero —enfatizó Rowan— tienes una ventaja que muchos manejadores de magia no tienen: ya sabes cómo pelear con armas.

—¿Primero chocolates en mi cumpleaños y ahora un cumplido de verdad?

Rowan entrecerró un poco los ojos y tuvieron otra de sus conversaciones sin palabras. «Mientras más me hables, más te voy a hacer pagar en un momento».

Ella sonrió un poco. «Una disculpa, maestro. Estoy aquí para que me

instruyas».

«Mocosa». Movió la barbilla hacia ella.

—Tu fuego puede adoptar la forma que desees; el único límite es tu imaginación. Y considerando tu crianza, si desearas ir a la ofensiva…

—¿Quieres que haga una espada de fuego?

—Flechas, dagas, tú diriges el poder. Visualízalo y úsalo como usarías un arma mortal.

Celaena tragó saliva.

Él sonrió con sorna. «¿Tienes miedo de jugar con fuego, princesa?».

«No te va a gustar si te quemo las cejas».

«Ponme a prueba».

—Cuando entrenaste como asesina, ¿qué fue lo primero que aprendiste?

—Cómo defenderme.

Comprendió por qué se había visto tan divertido los últimos minutos cuando dijo:

—Bien.

No le sorprendió que fuera tan desagradable que la atacaran lanzándole dagas de hielo.

Rowan le lanzó daga tras daga mágica, y todas las malditas veces, el

escudo de fuego que intentaba (y fracasaba) imaginar no hacía nada. Si acaso aparecía, siempre se manifestaba demasiado lejos a la derecha o a la izquierda.

Rowan no quería una pared de fuego. No, quería un escudo pequeño y controlado. Y no importaba cuántas veces le pegara en las manos o en los brazos o en la cara, no importaba que ahora tuviera sangre seca que le picaba en las mejillas. Un escudo, eso era todo lo que tenía que crear para que él se detuviera.

Sudorosa y jadeante, Celaena empezaba a preguntarse si no debía pararse directamente en la trayectoria de

la siguiente daga y ponerle fin a su sufrimiento de una vez, cuando Rowan gruñó:

—Intenta con más ganas.

—Estoy intentando —le gritó ella y rodó hacia un lado cuando él le lanzó dos dagas de hielo brillantes a la cabeza.

—Estás actuando como si estuvieras al borde del agotamiento.

—Tal vez lo esté.

—Si crees por un momento que estás cerca del agotamiento después de una hora de práctica…

—Sucedió así de rápido en Beltane.

—Eso no fue el final de tu poder — la siguiente daga ya flotaba en el aire

junto a su cabeza—. Caíste en la trampa de la magia y la dejaste hacer lo que quería, la dejaste consumirte. Si hubieras mantenido el control, podrías haber mantenido esas fogatas ardiendo por semanas, meses.

—No —respondió ella porque no tenía una mejor respuesta que esa.

Las fosas nasales de Rowan se abrieron un poco.

—Lo sabía. Querías que tu poder fuera insignificante y sentiste alivio cuando pensaste que eso era todo lo que tenías.

Sin advertencia, dejó ir una daga y luego la siguiente y la siguiente contra ella. Ella levantó el brazo izquierdo,

como haría con un escudo, y se imaginó la flama que le rodeaba el brazo, que bloqueaba las dagas, que las hacía desaparecer, pero…

Maldijo con tanta fuerza que los pájaros dejaron de parlotear. Se sostuvo el antebrazo cuando la sangre empezó a acumularse y mojó su túnica.

—¡Deja de pegarme! ¡Ya entendí!

Pero llegó otra daga. Y otra.

Se agachó y las evadió, levantando su brazo sangriento una y otra vez, apretó los dientes y lo maldijo. Él envió una daga girando con eficiencia mortal y ella no se pudo mover lo suficientemente rápido para evitar que la rasguñara con una línea delgada en el pómulo. Bufó.

Tenía razón, él siempre tenía razón y ella odiaba eso. Casi tanto como odiaba el poder que la inundaba y hacía lo que le daba la gana. Era suyo y ella debía comandarlo, no al revés. No era su esclava. No era la esclava ya de nadie. Y si Rowan le lanzaba una maldita daga más a la cara…

Lo hizo.

El cristal de hielo no pasó del antebrazo que sostenía en alto porque desapareció con un silbido de vapor.

Celaena se asomó por la orilla llameante de la flama roja y compacta que tenía frente al brazo. Con forma de… escudo.

Rowan sonrió lentamente.

—Ya terminamos por hoy. Ve a comer algo.

El escudo circular no le quemaba, aunque sus flamas giraban y chisporroteaban. Y ella lo había creado. Y había… funcionado.

Así que levantó la mirada y le dijo a Rowan:

—No. Otra vez.

Después de una semana de hacer escudos de diversos tamaños y temperaturas, Celaena podía crear defensas múltiples que ardían y formar

sin esfuerzo un círculo alrededor de todo el valle pequeño para protegerlo de un asalto del exterior. Y una mañana, cuando despertó antes del amanecer, no pudo decir por qué lo hizo, pero se salió de la habitación que compartía con Rowan y bajó hasta los vigías de roca.

Tembló no solo por el frío de la madrugada, sino también por el poder de las rocas curvadas de la entrada que enviaron una corriente contra su piel cuando las cruzó. Pero ninguno de los guardias de las almenas le ordenó que se detuviera cuando avanzó por la línea de altas rocas talladas hasta que encontró una zona con terreno plano y empezó a practicar.

Capítulo 44

Las Trece volaban como una sola; las Trece, como una, dirigían a los otros aquelarres Picos Negros por los cielos. Práctica tras práctica, a través de la lluvia y el sol y el viento, hasta que

todas estaban bronceadas y con pecas. A pesar de que Abraxos todavía no se había enfrentado al Paso, los parches de seda de araña de sus alas le habían permitido mejorar su vuelo considerablemente.

Todo marchaba de maravilla. Abraxos se había peleado por el dominio con el macho de Lin y salió victorioso y, tras eso, ningún otro guiverno de su aquelarre ni de ningún otro lo volvió a desafiar. La competencia militar se acercaba con rapidez y aunque Iskra no había dado problemas desde la noche que Manon casi la mató, de todas maneras se cuidaban las espaldas: en los baños, en

todas las esquinas oscuras, revisando dos veces todas las riendas y arneses antes de montar en sus guivernos.

Sí, todo marchaba espléndidamente hasta que Manon recibió un llamado de su abuela en el cual la citaba en su habitación.

—¿Por qué —le preguntó su abuela a modo de saludo mientras caminaba en la habitación, siempre mostrando los dientes— tengo que enterarme por voz de la maldita Cresseida que tu guiverno debilucho e inútil no ha intentado franquear el Paso? ¿Por qué mientras estoy a media junta, planeando esta competencia militar para que tú puedas ganar, las otras matronas me dicen que

tú no podrás participar porque tu montura no ha volado por el Paso y, por lo tanto, no tiene permitido volar en el equipo?

Manon miró un destello de uñas antes de que se las pasara por la mejilla, no tan fuerte como para que le quedara una cicatriz, pero sí para hacerla sangrar.

—Tú y esa bestia son una vergüenza —siseó su abuela y le cerró los dientes en la cara—. Lo único que quiero es que ganes estas competencias, para que podamos tomar nuestra posición merecida como reinas, no como brujas mayores. Reinas del Yermo, Manon. Y tú estás haciendo tu mejor esfuerzo por

arruinarlo —Manon mantuvo la mirada en el piso. Su abuela le clavó una uña en el pecho que cortó a través de su capa roja y le pinchó la piel justo arriba del corazón—. ¿Se te derritió el corazón?

—No.

—No —se burló su abuela—. No, no puede derretirse porque tú no tienes corazón, Manon. Nacimos sin él y eso nos alegra —señaló el piso de roca—. ¿Por qué me informan hoy que Iskra descubrió a una maldita Crochan espiándonos? ¿Por qué soy la última en enterarme de que está en nuestros calabozos y que llevan dos días interrogándola?

Manon parpadeó, pero esa fue toda

la sorpresa que se permitió mostrar. Si las Crochan estaban espiándolas… Una nueva rebanada en el rostro que le marcó la otra mejilla.

—Franquearás el Paso mañana, Manon. Mañana, y no me importa si terminas aplastada contra las rocas. Si vives, más te vale rezarle a la oscuridad para que ganes esas competencias. Porque si no…

Su abuela le hizo un corte en la garganta con otra uña. Un rasguño para que empezara a fluir la sangre.

Y una promesa.

Todas vinieron esta vez para ver cómo volarían por el Paso. Abraxos estaba ensillado y concentrado en la boca de la cueva que se abría hacia la noche. Asterin y Sorrel estaban tras Manon, pero al lado de sus monturas, no sobre ellas. Su abuela se había enterado de cómo planeaban salvarla y lo había prohibido. «Manon debe pagar por su propia estupidez y orgullo», dijo.

Las brujas se formaron en la plataforma de observación y, en la parte superior, las brujas mayores con sus herederas observaban desde un pequeño balcón. El ruido era casi ensordecedor. Manon miró a Asterin y Sorrel y notó que sus caras expresaban una ferocidad

pétrea, pero estaban tensas.

—Quédense cerca de las paredes para que Abraxos no asuste a sus guivernos —les dijo. Ellas asintieron con seriedad.

Desde que le había trasplantado la seda de araña a las alas, Manon había cuidado no presionar demasiado a Abraxos hasta que hubiera sanado por completo. Pero el Paso, con su caída y sus vientos… Se le podrían desgarrar las alas en cuestión de segundos si la seda no resistía.

—Estamos esperando, Manon —ladró su abuela desde arriba y movió la mano hacia la entrada de la cueva—, pero tómate tu tiempo, no te preocupes.

Risas, de las Piernas Amarillas, de las Picos Negros… de todas. Pero Petrah no estaba sonriendo. Y tampoco ninguna de las Trece, reunidas en la plataforma de observación.

Manon se volteó hacia Abraxos y miró a sus ojos.

—Vamos —jaló de las riendas.

Pero él se negó a moverse, aunque no por miedo ni terror. Levantó su cabeza lentamente y miró hacia donde estaba su abuela y emitió un gruñido bajo y de advertencia. Una amenaza.

Manon sabía que debía castigarlo por esta falta de respeto, pero el hecho de que pudiera comprender lo que estaba sucediendo en este lugar…

debería haber sido imposible.

—Se está terminando la noche —gritó su abuela, sin percatarse de que la bestia la veía con furia en los ojos.

Sorrel y Asterin intercambiaron miradas y Manon podría haber jurado que la mano de su segunda se había movido ligeramente hacia la empuñadura de su espada. No para lastimar a Abraxos, pero… Cada una de las Trece estaba acercándose discretamente a sus armas. Para pelear y salir de ahí, en caso de que su abuela diera la orden de que sacrificaran a Manon y a Abraxos. Habían escuchado el desafío en el gruñido de Abraxos y entendían que la bestia había trazado un

límite.

No habían nacido con corazones, le dijo su abuela. Eso les habían dicho. Obediencia, disciplina, brutalidad. Esas eran las cosas que debían reverenciar.

Los ojos de Asterin estaban brillantes, muy brillantes, y le asintió una vez a Manon.

Era la misma sensación que había sentido cuando Iskra le dio un latigazo a Abraxos, eso que no podía describir pero que la cegaba.

Manon tomó el hocico de Abraxos entre sus manos y lo obligó a quitar la mirada de su abuela.

—Solo una vez —le susurró—. Lo único que tienes que hacer es dar este

salto una vez Abraxos, y luego ya las podrás callar para siempre.

Entonces, desde las profundidades, se escuchó un ritmo constante de dos notas. El ritmo de las bestias de carnada encadenadas, que jalaban las grandes máquinas. Como un corazón batiente. O alas.

El sonido se hacía más fuerte, como si los guivernos de la parte de abajo supieran lo que sucedía. Creció y creció hasta que llegó a la caverna, hasta que Asterin buscó su escudo y se unió. Hasta que cada una de las Trece empezó a repetir el ritmo.

—¿Oyes eso? Es por ti.

Por un momento, mientras el ritmo

pulsaba a su alrededor, las alas fantasmas de la propia montaña, Manon pensó que no sería tan malo morir si iba a ser con él, si no iba a estar sola.

—Tú eres uno de las Trece —le dijo —. De ahora en adelante hasta que la oscuridad nos separe. Tú eres mío y yo soy tuya. Demostrémosles por qué.

Él resopló en sus palmas como para indicarle que ya sabía todo eso y que ella solo estaba perdiendo el tiempo. Ella sonrió débilmente incluso mientras Abraxos le lanzaba otra mirada de desafío a su abuela. El guiverno se agachó al suelo para que Manon se subiera a la silla.

La distancia a la entrada parecía

mucho más corta sobre la silla que a pie, pero ella no permitió que eso la hiciera dudar de él mientras cerraba el párpado interior y retraía los dientes. La seda de araña aguantaría, no consideraría ninguna otra alternativa.

—Vuela, Abraxos —le dijo y enterró las espuelas en sus costados.

Como una estrella rugiente, corrió por el pasillo y Manon se movió con él, uniéndose a cada galope de su cuerpo poderoso, cada paso al ritmo de los guivernos atrapados en el corazón de la montaña. Abraxos abrió las alas, las golpeó una, dos veces, y adquirió velocidad, sin miedo, sin ceder, listo.

De todas maneras, el ritmo no se

detuvo, no de parte de los guivernos ni de las Trece ni de los aquelarres Picos Negros, quienes lo siguieron dando patadas en el piso o aplaudiendo. Tampoco cesó la heredera de las Sangre Azul, que hacía chocar su espada y su daga, ni de las brujas Sangre Azul que la imitaron. Toda la montaña se sacudía con el sonido.

Más y más rápido, Abraxos corrió hacia la caída y Manon se sostuvo con fuerza. La entrada de la cueva se abría. Abraxos metió las alas y usó este movimiento para darle el último impulso a su cuerpo por el borde y se lanzó con Manon.

Rápido como un rayo que cruza el

cielo, cayó hacia el abismo.

Manon se levantó en la silla y se sostuvo mientras su trenza se zafaba de la capa y luego se deshacía de sus nudos, jalándose dolorosamente detrás de ella, haciendo que le lloraran los ojos a pesar de los párpados. Abraxos cayó y cayó, cada vez más profundo, con las alas metidas y apretadas, la cola derecha y equilibrada.

Cayó hacia el infierno, hacia la eternidad, hacia ese mundo donde, por un momento, podría haber jurado que algo se le encogía en el pecho. No cerró los ojos, no cuando las rocas iluminadas por la luna en el desfiladero empezaron a acercarse y a verse con mayor

claridad. No necesitó hacerlo.

Como las velas de un barco poderoso, las alas de Abraxos se abrieron y se fijaron en su posición. Las tiró hacia el frente y jaló contra la muerte intentando bajarlas.

Y fueron esas alas, cubiertas con parches brillantes de seda de araña, las que se mantuvieron fuertes y firmes y los enviaron hacia arriba rápidamente por el lado de la Omega y hacia el cielo estrellado más allá.

Capítulo 45

Había que reconocerles a los guardias que no saltaran cuando Rowan se transformó a su lado en las almenas. Tenían una visión bastante buena y seguramente detectaron su llegada

cuando entró volando. Se podía percibir un ligero aroma a miedo, pero eso era de esperarse, incluso si le molestaba más a él de lo que le había incomodado en el pasado. Pero sí se movieron un poco cuando habló.

—¿Cuánto tiempo lleva allá abajo?

—Como una hora, príncipe —dijo uno de ellos, que miraba las flamas que centelleaban abajo.

—¿Cuántas mañanas seguidas lleva haciéndolo?

—Esta es la cuarta, príncipe —respondió el mismo guardia.

Los primeros tres días se había salido de la cama antes del amanecer y él había asumido que había sido para

ayudar en la cocina. Pero cuando entrenaron el día anterior ella había… mejorado a un ritmo que no debía, como si lo hubiera logrado de la noche a la mañana. Debía respetar su ingenio.

La chica estaba fuera de las rocas de vigilancia, peleando con ella misma.

Una daga de fuego voló de su mano hacia la barrera invisible entre ambas rocas, luego otra, como si estuvieran corriendo una carrera hacia la cabeza de un oponente. Chocaban contra el muro de magia con un destello de luz y rebotaban de regreso, reflejadas por el hechizo protector de la fortaleza. Y cuando la alcanzaban, ella se escudaba con rapidez, fuerza y seguridad. Una

guerrera en el campo de batalla.

—Nunca había visto a alguien… pelear así —dijo el guardia.

La pregunta estaba implícita, pero Rowan no se molestó en responderla. No era asunto de ellos y no estaba totalmente convencido de que su reina se sintiera complacida de que las hadas mestizas estuvieran aprendiendo a usar sus poderes de esta manera. Aunque tenía planeado decirle a Lorcan, su comandante y el único hombre que tenía un rango superior a él en Doranelle, solo para ver si podían usarlo en su entrenamiento.

La chica pasó de estar lanzando armas al combate mano a mano: un

golpe de poder y una patada de flamas. Sus flamas se habían vuelto espectacularmente variadas: doradas y rojas y naranjas. Y su técnica: no era la magia sino la manera en que se movía… Su maestro había sido un monstruo, eso sin duda. Pero la había entrenado cabalmente. Ella esquivaba y giraba y se retorcía, sin piedad, con furia y…

Ella maldijo y su color habitual destelló cuando la pared le devolvió el golpe de flamas color rubí. Logró escudarse, pero de todas maneras cayó de un sentón. Sin embargo, ninguno de los guardias rio. Rowan no sabía si esto era por su presencia o por ella.

Supo la respuesta un instante

después, mientras esperaba que ella gritara o diera un alarido o se alejara. Pero la princesa simplemente se puso de pie, sin molestarse en sacudirse la tierra y las hojas, y siguió practicando.

El siguiente cadáver apareció una semana después, y le dio un tono gris a esa mañana fresca de primavera mientras Celaena y Rowan corrían hacia el sitio.

Habían pasado la semana previa peleando y defendiendo y manipulando su magia, interrumpidos solo por una

visita desafortunada de unos miembros de la nobleza de las hadas que viajaban por el área, lo cual dejó a Celaena sin ninguna prisa por ir a Doranelle. Por fortuna, los huéspedes se quedaron solo una noche y casi no interrumpieron ni afectaron sus lecciones.

Trabajaron solo con fuego, sin hacer caso de la gota de afinidad con el agua que se le había concedido. Intentó una y otra vez llamar al agua cuando estaba bebiendo, mientras estaba en la bañera, cuando llovía, pero sin éxito. Entonces sería el fuego. Y aunque sabía que Rowan era consciente de sus prácticas de madrugada, nunca aligeró su entrenamiento, aunque ella podría jurar

que en ocasiones sentía la magia… jugando: su flama desafiando a su hielo y su viento bailando entre sus brasas. Pero cada mañana les traía algo distinto, algo más difícil y diferente y miserable. Dioses, él era brillante. Astuto y malvado y brillante.

A pesar de que la golpeaba tanto. Todos-los-malditos-días.

No por malicia, no como antes, sino para probar su punto: los enemigos no darían cuartel. Si necesitaba hacer una pausa, si su poder titubeaba, estaría muerta.

Así que él tiraba a Celaena en el lodo o el arroyo o el pasto con una ráfaga de viento o de hielo. Y ella se

levantaba, lanzando flechas de fuego con su mejor nuevo aliado, su escudo. Una y otra vez, hambrienta y exhausta y empapada con lluvia y niebla y sudor. Hasta que escudarse se volvió un instinto, hasta que pudo lanzar flechas y dagas de fuego juntas, hasta que ella tiró a Rowan al suelo. Siempre había algo más que aprender, vivía y respiraba y soñaba fuego.

A veces, sin embargo, sus sueños eran sobre un hombre de ojos color marrón en un imperio al otro lado del mar. A veces despertaba y buscaba el cuerpo cálido de un hombre junto al suyo, solo para darse cuenta de que no era el capitán, que nunca más volvería a

estar acostada junto a Chaol, no después de lo que había sucedido. Y cuando recordaba eso, a veces le resultaba doloroso respirar.

No había nada romántico sobre su cama compartida con Rowan, y cada uno se mantenía de su lado. Ciertamente no había nada de romántico cuando llegaron al sitio del cadáver y ella se quitó la camisa para refrescarse. En ropa interior, el aire del mar azotaba la piel de Celaena con una frescura deliciosa e incluso Rowan se desabotonó la pesada chaqueta al acercarse con cuidado a las coordenadas.

—Bueno, pues esta vez sin duda

puedo olerlo —dijo Celaena entre jadeos. Habían llegado al lugar en menos de tres horas, a juzgar por el sol. Eso había sido lo más rápido y lo más lejos que jamás había corrido, gracias a la forma hada en la que había estado entrenando.

—Este cuerpo lleva más tiempo pudriéndose aquí que el mestizo de hace tres días.

Ella se mordió la lengua para no contestar. Habían encontrado otro cuerpo y él no le había dado autorización de ir a verlo y la forzó a quedarse a practicar todo el día mientras él volaba al lugar. Pero esta mañana, tras ver el fuego que ardía en sus ojos,

accedió a que fuera.

Celaena avanzó con cuidado sobre la alfombra de agujas de pino buscando alguna señal de pelea o del atacante. El suelo estaba revuelto, y a pesar del río que corría rápidamente, las moscas zumbaban cerca de lo que parecía ser un montón de ropa asomado detrás de una pequeña roca.

Rowan maldijo, en voz baja y con ferocidad, e incluso levantó su antebrazo para cubrirse la boca y la nariz al examinar el cascarón que quedaba, el rostro del hombre mestizo que estaba retorcido del horror. Celaena hubiera hecho lo mismo excepto… excepto…

El segundo olor también estaba aquí.

No era tan fuerte como lo había sido en el primer sitio, pero sí estaba impregnado. Reprimió el recuerdo que quería emerger en respuesta al olor, el recuerdo que la había abrumado tanto aquel día en el campo de túmulos.

—Tiene nuestra atención y lo sabe —dijo ella—. Está matando hadas mestizas ya sea para enviarnos un mensaje o porque… saben bien. Pero… —se imaginó el mapa que Rowan tenía en su habitación y que detallaba el área amplia donde se habían encontrado los cadáveres e hizo una mueca—. ¿Qué tal si hay más de uno?

Rowan la miró con las cejas arqueadas. Ella no dijo nada más hasta

que lo alcanzó junto al cuerpo, cuidando no alterar nada que pudiera ser una pista. Se le revolvió el estómago y la bilis le ardió en la garganta, pero contuvo el horror con una pared de hielo que ni siquiera su fuego podía derretir.

—Eres viejo como el infierno —dijo—. Deberías haber considerado que estábamos lidiando con varios dada la amplitud del territorio. ¿Qué tal si lo que vimos en los túmulos ni siquiera es la criatura responsable de estos cuerpos?

Él entrecerró los ojos pero le concedió la razón asintiendo ligeramente. Ella estudió el rostro hueco, las ropas rasgadas.

Ropas rasgadas, algo que parecían pequeños cortes en las palmas de las manos, como si se hubiera lastimado con sus propias uñas. Los otros apenas estaban tocados, pero esto…

—Rowan —dijo espantando las moscas—. Rowan, dime que ves lo que yo estoy viendo.

Otra imprecación terrible. Él se agachó y usó la punta de la daga para empujar un trozo de ropa desgarrada en el cuello.

—Este hombre…

—Peleó. Peleó contra eso. Ninguno de los otros peleó, según los informes.

El hedor del cadáver era tan fuerte que casi la hace desplomarse de

rodillas, pero se agachó junto a la mano y el antebrazo putrefactos, marchitos y podridos desde el interior. Estiró la mano para pedir la daga de Rowan ya que todavía no tenía una propia. Él dudó al sentirse observado.

«Solo esta tarde», pareció gruñir cuando le colocó la empuñadura en la mano abierta.

Ella jaló la daga. «Lo sé, lo sé. No me he ganado mis armas todavía. No te alteres».

Se dio la vuelta hacia el cascarón del cadáver y terminó su conversación sin palabras, lo cual le ganó un gruñido como respuesta. Chocar voluntades con Rowan era la menor de sus

preocupaciones, a pesar de que se había convertido en una de sus actividades favoritas.

Había algo muy familiar en hacer esto, pensó al pasar la punta de la daga con tanto cuidado y respeto como pudo bajo las uñas rotas y sucias del hombre. Luego embarró el contenido en el dorso de su propia mano. Tierra y algo negro… negro…

—¿Qué demonios es eso? —exigió saber Rowan y se hincó a su lado oliendo su mano estirada. Retrocedió bruscamente y gruñó—. Eso no es tierra.

No, no lo era. Era más negro que la noche y olía igual de mal que la primera vez que ella lo había olido, en las

catacumbas debajo de la biblioteca, el charco de sangre aceitosa color obsidiana. Era ligeramente distinto al otro olor horrendo que permeaba en este sitio, pero similar. Tan similar a…

—Esto no es posible —dijo poniéndose de pie repentinamente—. Esto… esto… esto… —dio unos cuantos pasos para, al menos, controlar su temblor—. Estoy equivocada. Tengo que estar equivocada.

Había tantas celdas en esos calabozos olvidados debajo de la biblioteca, debajo de la torre del reloj de piedra del Wyrd del rey. La criatura que ella encontró tenía un corazón humano. Sospechaba que la habían

dejado ahí porque tenía algún defecto. ¿Qué tal si… qué tal si los que estaban más perfeccionados los habían mudado a otra parte? ¿Qué tal si ahora estaban… listos?

—Dime —gruñó Rowan y las palabras apenas fueron comprensibles, ya que parecía estar haciendo un esfuerzo por controlar su instinto de matar que lo inundaba como respuesta a la amenaza escondida en estos bosques.

Ella levantó la mano para frotarse los ojos, pero se dio cuenta de lo que tenía en sus dedos y entonces intentó limpiárselos en la camisa, solo para darse cuenta de que no traía nada salvo la banda blanca y suave alrededor de

sus senos y que estaba helada hasta los huesos. Se apresuró hacia el río cercano para quitarse la sangre negra y seca, y odió dejar siquiera esa traza de sangre en el agua, en el mundo, y rápida y silenciosamente le contó a Rowan sobre la criatura de la biblioteca, sobre las llaves del Wyrd y la información que Maeve tenía guardada acerca de cómo destruir ese poder. Un poder que el rey estaba usando para hacer cosas, y estaba buscando gente con magia en su sangre para que fueran sus huéspedes.

Una brisa cálida la envolvió y calentó sus huesos y su sangre y la tranquilizó.

—¿Cómo llegó aquí? —preguntó

Rowan, con sus facciones ahora inmóviles con una tranquilidad helada.

—No lo sé. Espero estar equivocada. Pero ese olor… Nunca olvidaré ese olor mientras viva. Como si se hubiera podrido desde adentro, como si su mera esencia se hubiera arruinado.

—Pero conservó ciertas capacidades cognitivas. Y sea lo que sea esto, también debe tenerlas, si está tirando los cuerpos.

Ella intentó tragar saliva, dos veces, pero tenía la boca seca.

—Hadas mestizas…, ellas serían los huéspedes perfectos porque muchos pueden usar magia pero a nadie en

Wendlyn ni en Doranelle le importa si viven o mueren. Pero estos cadáveres… Si quería secuestrarlos, ¿por qué los mató?

—A menos de que no fueran compatibles —dijo Rowan—. Y si no lo fueran, entonces, ¿qué mejor uso para ellos que dejarlos secos?

—¿Pero cuál es el punto de dejar los cuerpos donde los podamos encontrar? ¿Generar miedo?

Rowan apretó los dientes y caminó por la zona, examinando el suelo, los árboles, las rocas.

—Quema el cuerpo, Aelin.

Se quitó el cinturón donde traía la funda de la daga que todavía colgaba de

su mano y se lo lanzó. Ella lo atrapó con su mano libre.

—Vamos a cazar.

No encontraron nada, ni siquiera cuando Rowan se transformó en su otra forma y empezó a dar vueltas en las alturas. Y cuando la luz empezó a hacerse más débil, subieron a la zona arbolada más grande y más densa del área. Se acomodaron en una rama enorme y se acurrucaron juntos, ya que él no le permitió crear ni una chispa de flama.

Cuando se quejó sobre las

condiciones en las que estaban, Rowan señaló que no había luna esa noche y que había cosas peores que los trotapieles rondando por el bosque. Eso la hizo callar hasta que él le pidió que le contara más sobre la criatura de la biblioteca, para explicar cada detalle y debilidad y fortaleza.

Después de terminar, él sacó uno de sus cuchillos largos, una fracción del surtido maravilloso que portaba, y lo empezó a limpiar. Con sus sentidos avivados, ella podía ver lo suficiente a la luz de las estrellas para distinguir el acero, sus manos y los músculos que se movían en sus hombros mientras limpiaba la cuchilla. Él mismo era un

arma hermosa, forjada a través de siglos de entrenamiento y lucha implacable.

—¿Crees que estoy equivocada? —preguntó cuando él guardaba el cuchillo y buscaba otros escondidos debajo de sus ropas. Al igual que el primero, ninguno estaba sucio, pero ella no dijo nada—. Sobre las criaturas, digo.

Rowan se quitó la camisa para sacar las armas que traía amarradas abajo, y reveló su espalda ancha, musculosa, cicatrizada y gloriosa. De acuerdo, cierta parte muy femenina e innata de ella apreciaba eso. Y no le importaba su semidesnudez. Él ya había visto todo su cuerpo. Supuso que no habría ninguna parte de él que fuera una gran sorpresa

tampoco, gracias a Chaol. Pero… no, no pensaría en Chaol. No cuando se estaba sintiendo equilibrada y con la cabeza despejada y bien.

—Estamos lidiando con un depredador letal y astuto, independientemente de cuál sea su origen y cuántos haya —dijo limpiando una daga pequeña que traía junto al músculo pectoral. Ella siguió el camino de su tatuaje, por su rostro, cuello, hombro y brazo. Era una marca severa y brutal. ¿Las cicatrices de la cara de Chaol habrían sanado o serían un recordatorio permanente de lo que ella le había hecho?—. Si estuvieras equivocada, lo consideraría una

bendición.

Ella se recargó contra el tronco del árbol. Ya había pensado en Chaol dos veces. Debía estar verdaderamente exhausta, porque la única otra opción era que tuviera ganas de sentirse desdichada.

No quería saber lo que Chaol habría estado haciendo estos meses, ni lo que ahora pensaba de ella. Si le había vendido la información sobre su pasado al rey, tal vez el rey ya había mandado una de esas cosas acá, para cazarla. Y Dorian, ¡dioses!, había estado tan ensimismada en su propia miseria que casi no se había preguntado por él, si habría logrado mantener secreta su

magia. Rezó porque estuviera a salvo.

Sufrió con sus propios pensamientos hasta que Rowan terminó con sus armas, luego sacó su cantimplora de agua y se enjuagó las manos, el cuello y el pecho. Ella lo miró de reojo, la manera en que el agua brillaba en su piel a la luz de las estrellas. Era una gran ventaja que Rowan tampoco tuviera un interés en ella porque sabía que era suficientemente estúpida y descuidada para considerar si un acercamiento físico podría resolver el problema con Chaol.

Seguía teniendo un gran agujero en el pecho. Un agujero que se hacía más grande, no más pequeño, y que nadie

podía arreglar, ni siquiera si se acostaba con Rowan. Había ciertos días en los que el anillo de amatista era su posesión más preciada, otros en los que apenas podía controlarse para no derretirlo con una llama creada por ella misma. Tal vez había sido una tonta por enamorarse del hombre que le servía al rey, pero Chaol era lo que había necesitado después de perder a Sam, después de sobrevivir a las minas.

Pero estos días… no sabía lo que necesitaba. Lo que quería. Si lo aceptaba, en realidad ya no tenía ni la más remota idea de quién demonios era. Lo único que sabía era que lo que fuera y quien fuera que saliera de ese abismo

de desesperación y dolor no sería la misma persona que la que había entrado. Y tal vez eso era algo bueno.

Rowan se volvió a poner la ropa y se acomodó en el tronco, su cuerpo cálido y sólido contra el de ella. Se quedaron sentados en la oscuridad durante un rato hasta que ella dijo en voz baja:

—Una vez me contaste que cuando encontraste a tu pareja, no podías soportar la idea de lastimarla físicamente. Ya que hiciste una pareja, antes que lastimarla te lastimarías a ti mismo.

—Así es. ¿Por qué?

—Yo intenté matarlo. Le lastimé el

rostro y luego sostuve una daga sobre su corazón porque pensaba que era responsable de la muerte de Nehemia. Lo habría hecho si no me hubieran detenido. Si Chaol, si él hubiera sido realmente mi pareja, no habría sido capaz de hacer eso, ¿o sí?

Él permaneció en silencio durante un largo rato.

—No habías estado en tu forma de hada durante diez años, así que tal vez tus instintos no habían podido establecerse. A veces, las parejas pueden estar juntas íntimamente antes de que se forme el vínculo real.

—De todas maneras es una esperanza inútil.

—¿Quieres la verdad?

Ella ocultó la barbilla en su túnica y cerró los ojos.

—Esta noche no.

Capítulo 46

Celaena se protegió los ojos del resplandor para mirar hacia los riscos y el fragmento de playa que se alcanzaba a divisar hasta abajo. Hacía mucho calor y casi no había brisa, pero Rowan seguía

con la chaqueta gruesa color gris claro y su cinturón ancho, con las braceras sobre los antebrazos. Se había dignado a darle unas cuantas armas esa mañana, como precaución.

Regresaron al sitio más reciente en la madrugada para rehacer sus pasos, y ahí fue donde Celaena encontró unas huellas. Bueno, había visto una gota de sangre negra en una roca cercana y luego Rowan siguió el olor de regreso hacia los riscos. Ella miró hacia la playa, hacia los arcos naturales de las muchas cuevas que se formaban a lo largo de la costa. Pero no había nada ahí, y las huellas, debido al mar y el viento y los elementos, ya no se podían detectar.

Llevaban media hora ahí buscando otras señales, pero no había nada. Nada, excepto…

Ahí. Una depresión en la orilla del risco, como si muchos pares de pies hubieran desgastado la orilla al irse deslizando cuidadosamente por el borde. Rowan sostuvo su brazo cuando la chica se inclinó para ver con más cuidado la escalera derruida y oculta. Lo miró con furia, pero él no la soltó.

—Estoy intentando no sentirme insultada —dijo—. Mira.

Eran apenas escalones, tan solo grupos de rocas y arena salpicados con arbustos. El agua más allá de la playa estaba tan cristalina y tranquila que se

alcanzaba a ver un espacio estrecho en el arrecife que protegía estas costas. Era una de las pocas formas de llegar a esta parte en bote sin deshacer la embarcación. Era justo lo ancho para que pasara un barco pequeño. No cabrían buques de guerra ni navíos mercantes, lo cual, sin duda, era el motivo por el cual esta área nunca se había desarrollado. Era el sitio perfecto, sin embargo, si se quería entrar oculto al país, y permanecer oculto.

Ella empezó a trazar algo en la tierra arenosa, una línea larga y dura y luego trazó punto tras punto.

—Dejaron los cuerpos en ríos y arroyos —dijo.

—El mar nunca estaba lejos —agregó él y se hincó a su lado—. Podrían haber tirado los cuerpos ahí, pero…

—Pero entonces esos cuerpos podrían haber regresado a la playa y la gente podría haberse puesto a buscar ahí. Mira —dijo señalando el estrecho de costa que había dibujado, y donde estaban sentados en ese momento, justo al centro.

—Hay incontables cuevas en esta sección de la costa.

Le señaló la zona donde rompían las olas en el arrecife y un espacio tranquilo y pequeño entre ellas.

—Es un punto fácil de acceso

desde…

Entonces Celaena maldijo. No podía decirlo. No había barcos ahí, pero eso no significaba que no pudieran haber llegado dos o más desde Adarlan, ocultos durante la noche, para dejar su cargamento violento y feroz con barcos más pequeños.

Rowan se puso de pie.

—Nos vamos. Ahora.

—¿No crees que ya nos habrían atacado si nos hubieran visto?

Rowan señaló el sol. Si estaba a punto de decirle que no era seguro que una reina se estuviera poniendo en peligro, podía entonces…

—Si vamos a explorar, entonces lo

haremos protegidos por la oscuridad. Así que regresaremos al arroyo e iremos a buscar algo que comer. Y luego, princesa —dijo con una sonrisa salvaje —, nos vamos a divertir un poco.

Los dioses seguramente decidieron apiadarse de ellos, porque la lluvia empezó justo después de que se puso el sol y entraron muchas nubes de tormenta que lograron ocultar mejor que nada todo el ruido que hicieron de regreso a la costa para ponerse a buscar en las cuevas.

Pero hasta ahí llegaron los favores de los dioses, porque lo que encontraron, mientras estaban recostados boca abajo en una saliente angosta sobre la playa desierta fue peor de lo que habían anticipado. No eran solo monstruos fabricados por el rey.

Era un grupo de soldados.

Unos cuantos hombres salieron de la gran boca de la cueva, que estaba camuflada entre las rocas y la arena. Podrían no haberlos visto si no hubiese sido por el agudo sentido del olfato de Rowan. Él no tenía las palabras, dijo, para describir ese olor. Pero ella sabía.

A Celaena se le secó la boca y se le anudó el estómago cuando las figuras

oscuras entraron y salieron de la cueva con movimientos disciplinados y controlados que sugerían que estaban muy entrenados. No eran monstruos rabiosos y semisalvajes como el de la biblioteca, ni criaturas frías y calculadoras como la que había visto en los túmulos, sino soldados mortales. Todos eran conscientes, disciplinados, implacables.

—El vendedor de cangrejos —le murmuró Celaena a Rowan—. En el poblado. Dijo… dijo que había encontrado armas en sus redes. Deben estar trayendo barcos y los bajan a poca distancia para que puedan cruzar el arrecife a nado sin llamar la atención.

Necesitamos acercarnos más —arqueó las cejas a Rowan, quien le sonrió con una sonrisa de cazador—. Sabía que serías útil algún día.

Rowan se limitó a resoplar y se transformó: un chispazo de luz que esperaba que se hubiera tragado la tormenta. Voló por el borde del risco y planeó por el agua, tan solo era un depredador en busca de comida, luego voló en círculo hasta que se detuvo en una roca cerca de las olas que rompían. Lo vio cazar, moviéndose hacia la cueva en sí, un animal que buscaba refugio de la lluvia. Y luego, manteniéndose cerca del techo alto de la cueva, se metió.

Celaena no pudo respirar en todo el

tiempo que lo perdió de vista. Contaba el tiempo entre los rayos y los truenos y sentía ansiedad en los dedos por tomar la empuñadura de su espada.

Pero por fin Rowan salió volando de la cueva con un vuelo tranquilo. Subió hacia donde estaba su compañera y luego se dirigió al bosque. Era un mensaje para que lo siguiera. Con cuidado, la chica se arrastró por la tierra y lodo y rocas hasta que estuvo a suficiente distancia para deslizarse entre los árboles. Siguió un tramo a Rowan. El bosque se empezó a hacer más denso y la lluvia disimulaba todos los sonidos.

Lo encontró cruzado de brazos recargado contra el tronco retorcido de

un pino.

—Hay como doscientos soldados mortales y tres de esas criaturas en las cuevas. Tienen una red oculta de cuevas por toda la costa.

Se le cerró la garganta, y se obligó a esperar a que él continuara.

—Están bajo el mando de una persona de nombre general Narrok. Los soldados se ven todos bien entrenados, pero se mantienen lejos de las tres criaturas —Rowan se limpió la nariz y con la luz de un rayo ella alcanzó a ver la sangre—. Tenías razón. Las tres criaturas parecen hombres pero no lo son. Desconozco qué habita dentro de su piel pero lo que sea es… repugnante no

es la palabra correcta. Era como si repelieran mi magia, mi sangre, mi esencia misma —examinó la sangre en sus dedos—. Todos parecen estar esperando.

Tres de esas cosas. Tan solo una casi la había matado.

—¿Esperando qué?

Los ojos animales de Rowan brillaron cuando se posaron en los de ella.

—¿Por qué no me lo dices tú?

—El rey nunca dijo nada sobre esto. Él… él…

¿Habría pasado algo en Adarlan? ¿Chaol de alguna manera le había dicho al rey quién era ella y lo que era, y el

rey había mandado a estos hombres aquí a…? No, hubiera tomado semanas, meses, traer a esas criaturas hasta acá.

—Envía un mensaje a las fuerzas de Wendlyn. Adviérteles ahora mismo.

—Aunque llegara a Varese mañana, tomaría más de una semana llegar hasta aquí a pie. Casi todas las unidades han estado estacionadas en el norte toda la primavera.

—De todas maneras debemos advertirles que corren un riesgo.

—Usa tu cabeza. Hay incontables cuevas y sitios dónde esconderse en la costa oeste. Y sin embargo, eligieron esta, este punto de acceso.

Ella visualizó el mapa del área.

—El camino de la montaña los llevará al lado de la fortaleza —se le heló la sangre y ni siquiera su magia, intentando tranquilizarla, pudo calentarla—. No, no al lado de la fortaleza. A la fortaleza. Van a ir por las hadas mestizas.

Rowan asintió con seriedad.

—Creo que esos cuerpos que encontramos fueron experimentos. Para aprender sobre las debilidades y fortalezas de las hadas mestizas, para aprender cuáles eran… compatibles con lo que sea que les hacen para modificar a los seres. Con estas cifras, sugeriría que enviaron esta unidad aquí para capturar y llevarse a las hadas mestizas,

o para eliminar una amenaza potencial.

Porque si no se pudieran convertir y esclavizar para Adarlan, entonces las hadas mestizas quizá podrían aliarse a las fuerzas de Wendlyn y luchar. Serían los guerreros más fuertes del ejército de Wendlyn, y eso causaría bastantes problemas para Adarlan.

Ella levantó la barbilla y dijo:

—Entonces en este momento, ahora mismo, iremos a esa playa y los atacaremos con magia. Mientras duermen.

Se dio la vuelta, aunque parte de su alma empezó a resistirse y oponerse ante la idea.

Rowan la tomó por el codo.

—Si hubiera pensado que hay una manera de hacerlo, los habría sofocado a todos. Pero no podemos, no sin poner en peligro nuestras vidas en el proceso.

—Créeme, yo sí puedo y lo haré.

Eran soldados de Adarlan, eran quienes habían cometido esas carnicerías y habían saqueado y hecho más mal de lo que ella podía imaginar. Podía hacerlo. Lo haría.

—No. No puedes lastimarlos físicamente, Aelin. No en este momento. Saben suficiente sobre esas marcas del Wyrd y protegieron todo su maldito campamento contra nuestro tipo de magia. Vigilancia, como las piedras alrededor de la fortaleza, pero distintas.

Usan hierro en todo cuanto pueden, en sus armas, en su armadura. Conocen bien a su enemigo. Tal vez seamos buenos, pero no podemos nosotros solos con todos ellos y no saldríamos vivos de esas cuevas.

Celaena caminó y se pasó las manos por el cabello mojado por la lluvia, y luego se dio cuenta de que él no había terminado de hablar.

—Dilo —le exigió.

—Narrok está hasta el fondo de las cuevas, en una habitación privada. Es como ellos, una criatura que está usando la piel de un hombre. Envía a sus tres monstruos a tomar hadas mestizas y se las llevan de regreso a la cueva para que

experimente con ellas.

Supo, entonces, por qué Rowan la había llevado entre los árboles, lejos de la playa. No por seguridad, sino porque… porque había un hada mestiza ahí dentro en ese momento.

—Intenté quitarle el aire, para que fuera más fácil para ella —dijo Rowan —. Pero la tienen dentro de demasiado hierro y… no logrará sobrevivir la noche, aunque vayamos por ella en este momento. Ya es un cascarón, apenas capaz de respirar. No se puede componer tras lo que ya le hicieron. Se alimentaron de su misma vida, la atraparon en su mente y la hicieron revivir los horrores y penurias que ha

vivido.

Incluso el fuego de la sangre de Celaena se congeló.

—Es verdad que se alimentó de mí ese día en los túmulos —susurró ella—. Si yo no me hubiera podido escapar, me habría drenado así.

Un gruñido suave vibró desde el cuerpo de Rowan.

Celaena sintió náuseas y se frotó la cara, inclinó la cabeza hacia atrás para que la mojara la lluvia que goteaba desde las copas de los árboles y, por último, respiró profundamente y miró a Rowan.

—No los podemos matar con nuestra magia mientras estén en el campamento.

Las fuerzas de Wendlyn están demasiado lejos y Narrok está cazando a las hadas mestizas con tres de esos monstruos más doscientos soldados —estaba pensando en voz alta pero aun así Rowan asintió —. ¿Cuántos guardias de Mistward han participado en una batalla de verdad?

—Treinta o menos. Y algunos, como Malakai, son demasiado viejos, pero pelearán de todas maneras y morirán.

Rowan se adentró más en el bosque. Ella lo siguió aunque fuese solo porque sabía que si daba un paso más hacia la playa iría a buscar a esa mujer. Por la tensión que percibía en los hombros de Rowan, sabía que él se sentía igual.

La lluvia cesó y Celaena se quitó la

capucha para dejar que el aire húmedo penetrara su rostro, demasiado caliente. El área estaba llena de pastores, campesinos y pescadores. Además de las hadas mestizas, no había nadie para pelear contra estas criaturas. No tenían ninguna ventaja, salvo que conocían el terreno mejor que sus enemigos. Enviarían un mensaje a Wendlyn, por supuesto, y tal vez, tal vez llegaría ayuda en cuestión de una semana.

Rowan levantó un puño y ella se detuvo mientras él estudiaba los árboles delante y detrás de ellos. Con un silencio experto, desenvainó uno de los cuchillos que traía en las braceras. El olor le llegó a Celaena un segundo

después, el hedor de lo que fueran esas criaturas debajo de su carne mortal.

—Solo uno —dijo en voz tan baja que ella apenas lo alcanzó a oír a pesar de sus oídos de hada.

—Eso no me tranquiliza —dijo ella con igual suavidad y sacó su propia daga.

Rowan señaló.

—Viene directo hacia nosotros. Tú avanza por el lado derecho veinte metros, yo iré por el izquierdo. Cuando esté entre nosotros, espera mi señal, y entonces ataca. Nada de magia, eso podría llamar demasiado la atención si hay otros cerca. Que sea rápido y silencioso.

—Rowan, esta cosa…

—Rápido y silencioso.

Sus ojos verdes brillaron pero ella le sostuvo la mirada. «Se alimentó de mí y me hubiera convertido en un cascarón —dijo en silencio—. Podríamos toparnos con ese mismo destino en este momento».

«No estabas preparada —pareció decir él—. Y yo no estaba contigo».

«Esto es una locura. Yo también me enfrenté a uno de los defectuosos, y casi me mató».

«¿Tienes miedo, princesa?».

«Sí, y hago bien en tenerlo».

Pero él tenía razón. Este era su bosque y ellos eran guerreros. Esta vez

sería diferente, esta vez. Así que asintió, un soldado que acepta órdenes, y no se molestó en despedirse antes de deslizarse entre los árboles. Hizo que sus pisadas cayeran silenciosamente y contó la distancia sin dejar de prestar atención al bosque a su alrededor. Recordó mantener una respiración regular.

Se ocultó detrás de un árbol musgoso y sacó su otra cuchilla. El olor se profundizó para convertirse en ese hedor constante que le provocaba dolor de cabeza. Conforme las nubes empezaron a apartarse más, la luz de las estrellas iluminó débilmente la niebla baja que había sobre la tierra margosa.

Nada.

Estaba empezando a preguntarse si Rowan se había equivocado cuando la criatura apareció entre los árboles frente a ella. Más cerca de lo que había anticipado. Mucho, mucho más cerca.

Ella lo sintió primero: el manchón de negrura, el silencio que lo envolvía como si fuera una capa adicional. Incluso la misma niebla parecía alejarse de él.

Debajo de su capucha, solo alcanzaba a ver una piel pálida y labios sensuales. No portaba armas. Pero lo que la hizo perder el aliento fueron las uñas. Uñas largas y afiladas que recordaba demasiado bien, cómo se

sintieron cuando le habían rasgado el cuerpo en la biblioteca.

A diferencia de aquellas uñas, estas estaban enteras, las curvas negras pulidas y brillantes. La piel de los dedos era blanca como el hueso y perfecta, demasiado suave para ser natural. De hecho, podría jurar que vio venas oscuras y brillantes, una burla de la sangre que alguna vez había fluido por ellas.

Celaena no se atrevió a parpadear siquiera cuando la cosa giró su cabeza encapuchada hacia ella. Rowan aún no daba la señal. ¿Se daría cuenta de lo cerca que estaba?

Sintió algo cálido fluir hacia sus

labios desde una de sus fosas nasales. Se tensó, preparándose, y se preguntó qué tan rápido se podría mover la criatura, y qué tan profundamente tendría que cortar con sus cuchillos largos. La espada sería el último recurso, ya que era más difícil de manejar. A pesar de que usar los cuchillos implicaba acercarse.

La criatura buscó entre los árboles y Celaena se paró detrás del suyo. El ser bajo la biblioteca había traspasado puertas de metal como si fueran cortinas. Y sabía cómo usar las marcas del Wyrd.

Ella se asomó justo a tiempo para verlo caminar hacia su árbol, con un movimiento mortalmente elegante y que

prometía una muerte larga y dolorosa. La mente del ser no estaba destrozada; todavía conservaba la capacidad de pensar, de calcular. Estas cosas eran tan buenas en su trabajo que al parecer el rey pensó que solo serían necesarias tres en este lugar. ¿Cuántas más permanecerían ocultas en su continente?

El bosque se había quedado tan quieto que alcanzaba a escuchar unos resoplidos. Estaba oliéndola. Su magia se encendió y ella la contuvo. No quería que su magia tocara esa cosa, con o sin la orden de Rowan. La criatura volvió a olfatear, y dio otro paso en su dirección. Igual que aquel día en los túmulos, el aire empezó a ahuecarse, pulsando

contra sus oídos. Su otra fosa nasal empezó a sangrar. Mierda.

Entonces se le ocurrió algo y su mundo se desplomó. ¿Qué tal si hubiera llegado primero con Rowan? Se atrevió a volverse a asomar por el árbol.

La criatura se había ido.

Capítulo 47

Celaena maldijo en silencio y buscó entre los árboles. ¿Dónde demonios se había metido la criatura? Empezó a llover nuevamente pero el olor a muerte seguía impregnando todo. Levantó su

daga larga para inclinarla en dirección a Rowan, para señalarle que indicara si estaba respirando. Tenía que estarlo, no aceptaría ninguna otra alternativa. La cuchilla estaba tan limpia que alcanzaba a ver su rostro en ella, los árboles y el cielo y…

Y a la criatura que ahora estaba parada detrás de ella.

Celaena giró y tiró un cuchillazo hacia su lado expuesto, con una cuchilla angulada para que se hundiera directamente en sus costillas y lanzó otro hacia la garganta. Un movimiento que había practicado durante años y años, tan fácil como respirar.

Pero esos ojos negros y profundos se

encontraron con los de ella y Celaena se congeló: su cuerpo, su mente, su alma. Su magia empezó a chisporrotear y se apagó.

Apenas escuchó el golpe húmedo de sus cuchillas cuando chocaron con la tierra. La lluvia en su rostro se empezó a convertir en una sensación distante.

La oscuridad alrededor de ellos se esparció, dando la bienvenida, abrazando, reconfortando. La criatura se bajó el cuello de la capa.

Su rostro era joven y masculino, con una perfección anormal. Alrededor del cuello tenía una torques de piedra oscura, piedra del Wyrd, recordó vagamente, que brillaba bajo la lluvia.

Era el dios de la muerte encarnado. Cuando habló, no lo hizo con una expresión o voz de hombre mortal. Sonrió y dijo:

—Tú.

No podía apartar la vista. Escuchaba gritos en la oscuridad. Gritos que ella había ahogado durante tantos años, pero que ahora la llamaban.

La sonrisa del ser se amplió para revelar unos dientes demasiado blancos y luego estiró una mano hacia su garganta.

Eran tan suaves, esos dedos helados, cuando su pulgar le rozó el cuello y le inclinó la cara hacia arriba para poder mirar mejor a sus ojos.

—Tu agonía me supo a vino —murmuró mirando dentro de su corazón.

El viento le estaba golpeando la cara, los brazos, el estómago, rugía su nombre. Pero había una eternidad y tranquilidad en sus ojos, una promesa de una oscuridad tan dulce, y ella no podía apartar la mirada. Sería un alivio divino dejarse ir. Solo tenía que rendirse a la oscuridad, tal y como él había pedido. «Tómala», quería decir, intentó decir. «Toma todo».

Un brillo de plata y acero perforó el velo de tinta y otra criatura, un monstruo hecho de colmillos y furia y viento, estaba ahí arrancándola. Ella lo rasguñó, pero él era hielo, era… Rowan.

Rowan la estaba jalando, gritando su nombre, pero ella no podía alcanzarlo, no podía detener la atracción que sentía hacia la otra criatura.

Unos dientes le perforaron el sitio entre el cuello y el hombro y ella se movió bruscamente, afianzándose al dolor como si fuera la cuerda que la sacaría de ese mar de estupor, hacia arriba, hacia arriba, hasta que…

Rowan la aplastó contra él con un brazo, con la espada desenvainada y la sangre cayéndole por la barbilla mientras se alejaba de la criatura que permaneció junto al árbol. El dolor, por eso el cuerpo de esa mañana estaba marcado. El hada mestiza había

intentado usar el dolor físico para liberarse de estas cosas, para recordarle al cuerpo qué era real y qué no.

La criatura rio con un resoplido. ¡Oh, dioses! La había tenido en su poder. Así de rápido, así de fácil. Ella no tuvo oportunidad y Rowan no estaba atacando porque…

Porque en la oscuridad, con armamento limitado en contra de un enemigo que no necesitaba cuchillos para matarlo, incluso Rowan estaba en desventaja. Un verdadero guerrero sabía cuándo era momento de alejarse de una pelea. Rowan respiró y dijo:

—Tenemos que correr.

Se escuchó otra risa de la criatura,

que se acercó más. Rowan los jaló hacia atrás.

—Pueden intentar —dijo en esa voz que no era de ese mundo.

Eso fue todo lo que Celaena necesitó escuchar. Lanzó su magia.

Una pared de llamas surgió mientras ella y Rowan corrieron para alejarse, un escudo al cual le invirtió cada gota de voluntad y horror y vergüenza sin importarle las consecuencias. La criatura bufó pero ella no sabía si se debía a la luz que le ardía en los ojos o a la simple frustración.

No le importó. Les compró tiempo, un minuto entero de correr colina arriba entre los árboles. Luego escucharon los

sonidos que venían desde atrás, esa mancha de hedor y oscuridad que se expandía como una red.

Rowan conocía el bosque y sabía cómo ocultar sus huellas. Eso les dio más tiempo y distancia. La criatura los seguía, a pesar de que Rowan usaba su viento para alejar su olor.

Corrieron kilómetro tras kilómetro, hasta que su aliento se sentía como astillas de vidrio en los pulmones e incluso Rowan parecía estarse cansando. No iban a la fortaleza, no, no llevarían a esta cosa ni a quince kilómetros de distancia del lugar. En vez de eso, se dirigieron a las Montañas Cambrian. El aire empezó a sentirse más

fresco, las colinas más inclinadas. Pero la criatura todavía los seguía.

—No se detendrá —jadeó Celaena cuando iban subiendo por una pendiente muy inclinada, casi a cuatro patas. Resistió la necesidad de caer de rodillas y vomitar. Era como un sabueso que estaba siguiendo un olor: su olor. Debajo a lo lejos, la cosa continuaba siguiéndolos.

Rowan enseñó los dientes; la lluvia le escurría por la cara.

—Entonces voy a correr delante de él hasta que se caiga muerto.

Un rayo iluminó el camino de los ciervos en la parte superior de la colina.

—Rowan —jadeó ella—. Rowan,

tengo una idea.

Celaena se preguntó si todavía tenía un deseo de muerte.

O tal vez el dios de la muerte simplemente disfrutaba demasiado de jugar con ella.

Todavía debían subir otro tramo de la colina hacia los árboles que ya no tenían corteza. Y entonces empezó una fogata viva y quemó una antorcha al lado de un camino olvidado. La luz brillaba entre esos árboles sin piel.

Debajo, rezó por que Rowan todavía

estuviera manteniendo ocupada a la criatura como le había dicho que lo hiciera, atrayéndola en círculos con el olor de su túnica.

Criii, sonó la piedra al tallarse sobre la daga que Celaena estaba afilando trepada sobre una roca grande. A pesar de su temblor incesante, mientras afilaba, tarareó una sinfonía que había ido a escuchar en Rifthold cada año hasta que la esclavizaron. Controló su respiración y se concentró en contar los minutos, preguntándose cuánto tiempo podía permanecer antes de que tuviera que intentar otro método. Criii.

Sintió un olor a podredumbre que se

asentó en su nariz, y el bosque ya de por sí silencioso se quedó quieto.

Criii. Esta vez no era su cuchilla la que se estaba afilando, sino otra, casi en respuesta a la suya.

Sintió algo de alivio y deslizó la piedra de afilar por su daga una vez más antes de ponerse de pie, buscando fuerza en sus rodillas. No se permitió ni un sobresalto al ver a cinco de ellos parados detrás de los árboles sin piel, altos y delgados y con sus herramientas malvadas.

«Corre», le gritó su cuerpo, pero ella se mantuvo quieta. Levantó la barbilla y sonrió hacia la oscuridad.

—Me da gusto que hayan recibido

mi invitación —no se escuchó ni un sonido, ni un movimiento—. Cuatro de sus amigos decidieron venir sin invitación la última vez que encendí una fogata en mi campamento, y no terminó nada bien para ellos. Pero estoy segura de que ustedes ya lo saben.

Otro afiló sus cuchillos y la luz del fuego empezó a temblar en el metal aserrado.

—Hada perra. Nos tomaremos nuestro tiempo contigo.

A pesar de que estaba a punto de vomitar por el hedor a carroña, Celaena hizo una reverencia y ondeó la antorcha como si fuera una batuta frente a los trotapieles que estaban aguardando

debajo.

—Oh, ciertamente espero que lo hagan —respondió.

Antes de que pudieran rodearla, salió corriendo.

Celaena sabía que estaban cerca no por los sonidos de los arbustos aplastados o el silbido de sus cuchillas por el aire, sino por el hedor que retorcía sus dedos deformes a través de sus sentidos. Tenía la antorcha en una mano y usó la otra para mantenerse en pie mientras corría por el camino empinado, esquivando

rocas y ramas secas y piedras sueltas.

Faltaba un kilómetro y medio hasta el sitio donde le había dicho a Rowan que llevara a la criatura: una carrera enloquecida por la oscuridad. Con los tobillos y las rodillas reclamando a gritos, saltó y corrió, pero los trotapieles iban acortando la distancia como lobos persiguiendo a un venado.

La clave era no sentir pánico, el pánico te hacía estúpido. El pánico te mataba. Se escuchó un grito agudo, el grito de un halcón. Rowan estaba exactamente donde lo habían planeado y la criatura del rey tal vez a un minuto detrás y deslizándose por la vegetación. Justo junto al río, donde tiró su antorcha,

justo donde el camino daba la vuelta alrededor de una roca.

El camino antiguo iba hacia un lado pero ella fue hacia otro. Un viento pasó a su lado y siguió en la dirección del camino. Ella se lanzó detrás de un árbol con una mano sobre la boca para contener sus jadeos mientras el viento impulsaba su olor hacia otro sitio.

Un instante después, un cuerpo duro envolvió el suyo, escudándola y resguardándola. Y luego cinco pares de pies descalzos avanzaron por el camino siguiendo el olor que ahora flotaba hacia abajo, hacia la criatura que venía corriendo en dirección a ellos.

Ella presionó el rostro en el pecho

de Rowan. Sus brazos eran sólidos como paredes, su surtido de armas, igual de tranquilizante.

Entonces él jaló de su manga y le indicó que se movieran hacia arriba, que treparan. Con unos cuantos movimientos hábiles, ella se trepó por el árbol hasta una rama ancha cerca de la copa. Un instante después, Rowan estaba detrás y se sentó en el tronco. La jaló hacia él y recargó su espalda contra su pecho. Luego envolvió sus brazos alrededor de ella y ocultó el olor de los monstruos que peleaban abajo.

Pasó un minuto antes de que empezaran los gritos: aullidos aterradores y rugidos de dos diferentes

tipos de monstruos que sabían que les había llegado la muerte y que su rostro no era amable.

Durante casi media hora, las criaturas lucharon en la oscuridad lluviosa, hasta que esos gritos horribles se volvieron victoriosos y los rugidos sobrenaturales dejaron de sonar.

Celaena y Rowan se abrazaron y no se atrevieron a cerrar los ojos en toda la noche.

Capítulo 48

Cuando Celaena y Rowan avisaron en la fortaleza lo que habían descubierto, no hubo escándalo ni histeria. Malakai inmediatamente despachó mensajeros al rey de Wendlyn para solicitar ayuda; a

los otros asentamientos de hadas mestizas para ordenar que los que no pudieran luchar huyeran; y al complejo de sanadores para ayudar a evacuar a todos los pacientes que no estuvieran en cama.

Los mensajeros regresaron de parte del rey con la promesa de tantos hombres como fuera posible. Fue un alivio, pensó Celaena, pero también un terror. Si Galan se presentaba, si alguien de los parientes de su madre llegaba… No le importaría, se dijo a sí misma. Había cosas más importantes que atender. Así que rezó por su pronta llegada y se preparó con el resto de los residentes de la fortaleza. Enfrentarían

la amenaza directamente, empezando por eliminar a los doscientos soldados mortales que acompañaban a Narrok y a sus tres criaturas en cuanto salieran de sus cuevas protegidas.

Rowan tomó control de la fortaleza sin ningún problema, solo gratitud de parte de los demás, de hecho. Incluso Malakai le agradeció al príncipe cuando Rowan empezó a organizar rotaciones, a delegar tareas y a planear su supervivencia. Tenían unos cuantos días hasta que llegaran los refuerzos para poder lanzar su ataque, pero si su enemigo decidiera salir antes, Rowan quería que los detuvieran y los incapacitaran en la medida de lo posible

hasta que llegara la ayuda. Las hadas mestizas no eran un ejército y no tenían los recursos de una fortaleza completamente aprovisionada, así que Rowan declaró que harían lo posible con lo que sí tenían: su ingenio, su determinación y su conocimiento del terreno. Por cómo sonaron las cosas, de alguna manera los trotapieles habían derrotado a una de las criaturas, así que no eran verdaderamente invencibles, pero sin el cuerpo a la mañana siguiente, no sabían cómo había muerto.

Rowan y Celaena salieron con pequeños grupos que estaban preparando el bosque para el ataque. Si la fuerza de Narrok decidía tomar el

camino de los ciervos para saquear la fortaleza, entonces se encontrarían con un camino lleno de trampas: tendrían que atravesar valles con criaturas venenosas y pasar sobre agujeros ocultos llenos de lanzas, y encontrarían trampas en cada rincón. Tal vez no los mataría, pero haría que avanzaran más lentamente y con eso ganarían un poco más de tiempo para que llegara la ayuda. Y si terminaran sitiados, había un túnel secreto que llevaba al exterior de la fortaleza en sí, tan antiguo y descuidado que la mayoría de los residentes no sabía siquiera que existía hasta que Malakai lo mencionó. Era mejor que nada.

Unos días después, Rowan reunió a un pequeño grupo de capitanes alrededor de la mesa en el comedor.

—El equipo de exploración de Bas informó que parece ser que las criaturas están preparándose para avanzar en unos cuantos días —dijo señalando un mapa —. ¿Los primeros dos kilómetros de trampas ya están terminadas? —Los capitanes confirmaron—. Bien. Mañana quiero que sus hombres preparen también los siguientes.

Al lado de Rowan, Celaena lo observaba dirigirlos en la junta, darle seguimiento a los diversos brazos y piernas del plan, eso sin mencionar que recordaba todos los nombres de los

capitanes, sus soldados y de lo que eran responsables. Permaneció tranquilo y firme, feroz inclusive, a pesar del infierno que probablemente les caería encima pronto.

Al mirar a las hadas mestizas reunidas, con su atención concentrada completamente en Rowan, pudo notar que contaban con esa estabilidad, esa determinación fría, esa mente inteligente y con sus siglos de experiencia. Lo envidió por eso. Y, debajo de todo, con una pesadez creciente que no podía controlar, deseó no partir sola cuando se fuera de este continente.

—Duerme un poco. No me sirves de nada si estás completamente atontada.

Ella parpadeó. Había estado mirándolo. La junta ya había terminado y los capitanes se estaban marchando a atender sus distintos asuntos.

—Perdón —respondió frotándose los ojos. Habían estado despiertos desde antes del amanecer, preparando los últimos kilómetros del camino, revisando que todas las trampas estuvieran seguras. Trabajar con él no requería de esfuerzo. No había juicios, no había necesidad de explicarse. Ella sabía que nadie podría reemplazar a Nehemia jamás, y no quería que nadie lo hiciera, pero Rowan la hacía sentir… mejor. Como si al fin pudiera respirar después de meses de sofocarse. Sin

embargo ahora…

Él seguía viéndola y fruncía el ceño.

—Solo dilo ya.

Ella examinó el mapa que estaba sobre la mesa.

—Podemos manejar a los soldados mortales, pero esas criaturas y Narrok… si tuviéramos guerreros hadas, como tu compañero al que le hiciste el tatuaje —dijo, ya que pensó que llamarlo «el amigo del gatito» no le ayudaría a conseguir lo que quería en ese momento —, o los cinco de tu grupo, incluso, eso podría ayudar a que la balanza se inclinara a nuestro favor —trazó la línea de las montañas que separaban estas tierras de las de los inmortales más allá

—. Pero no los has mandado llamar. ¿Por qué?

—Tú sabes por qué.

—¿Maeve te ordenaría que regresaras a casa por rencor contra las hadas mestizas?

La mandíbula de Rowan se tensó.

—Por varias razones, yo creo.

—Y esta es la persona a la que has elegido servir.

—Sabía lo que estaba haciendo cuando bebí su sangre para sellar el juramento.

—Entonces espero que los refuerzos de Wendlyn lleguen rápidamente —dijo Celaena con los labios apretados y se dio la vuelta para irse a su habitación.

Él la tomó de la muñeca.

—No hagas eso —un músculo se agitó en su mandíbula—. No me veas así.

—¿Cómo?

—Con esa… aversión.

—Yo no… —empezó a responder, pero él la interrumpió con una mirada severa. Ella suspiró—. Esto… todo esto, Rowan —agregó con un ademán hacia el mapa, hacia las puertas que acababan de cruzar las hadas mestizas, hacia los sonidos de la gente que estaba preparando sus provisiones y defensas en el patio—. No sé si lo puedas apreciar, pero todo esto demuestra que ella no te merece. Creo que tú también

lo sabes.

Rowan apartó la mirada.

—Eso no es tu asunto.

—Lo sé. Pero me pareció que de todas maneras debías oírlo.

No respondió, ni siquiera la vio a los ojos, así que ella se alejó. Miró por encima del hombro una vez y lo vio todavía encorvado sobre la mesa, con las manos recargadas en su superficie, los músculos poderosos de su espalda visibles a través de la camisa. Y ella supo que no estaba viendo el mapa, no en realidad.

Pero decir que deseaba que él pudiera regresar con ella a Adarlan, a Terrasen, era inútil. No tenía manera de

romper el juramento a Maeve, y Celaena no tenía nada para incitarlo a ir, aunque pudiera. Ella no era una reina, ella no tenía planes de convertirse en una, e incluso si tuviera un reino que darle si fuera libre… Decirle todo esto era inútil.

Así que dejó a Rowan en el salón. Pero eso no impidió que deseara poder quedarse a su lado.

La siguiente tarde, después de lavarse la cara y de vendar una quemadura en su antebrazo en la habitación de Rowan, Celaena bajó a ayudar con las preparaciones de la cena cuando, más que ver, sintió la onda de quietud que atravesó la fortaleza, más

profunda y pesada que el silencio nervioso que flotaba sobre el complejo los últimos días.

La fortaleza no había estado así de tensa desde aquella primera noche que Maeve estuvo ahí.

Era demasiado pronto para que su tía viniera a verla. Tenía poco que mostrar por el momento aparte de algunos trucos útiles y sus diversos escudos.

Bajó las escaleras de dos en dos hasta que llegó a la cocina. Si Maeve averiguaba sobre la invasión y le ordenaba a Rowan que se fuera… Respirar, pensar, esas eran las herramientas claves para soportar este

encuentro.

El calor y el aroma a levadura le llegó cuando iba bajando los últimos escalones, frenando su paso, levantando la barbilla a pesar de que dudaba que su tía condescendiera a encontrarse con ella en la cocina. A menos que quisiera desequilibrarla. Pero…

Pero Maeve no estaba en la cocina.

Rowan sí, y estaba de espaldas al otro lado de la habitación con Emrys, Malakai y Luca, hablando en voz baja. Celaena se detuvo en seco cuando vio el rostro demasiado pálido de Emrys y la mano que apretaba el brazo de Malakai.

Cuando Rowan se dio la vuelta hacia ella, con los labios delgados y los

ojos muy abiertos, con sorpresa y horror y dolor, el mundo se detuvo en seco también.

Los brazos de Rowan colgaban sin fuerza a sus costados, sus dedos se abrían y se cerraban. Por un momento consideró subir nuevamente para que lo que le fuera a decir no fuera verdad.

Rowan dio un paso hacia ella, un paso, y eso fue todo lo que hizo falta para que Celaena empezara a negar con la cabeza, para que levantara las manos hacia el frente como si lo fuera a empujar.

—Por favor —dijo, y se le quebró la voz—. Por favor.

Rowan seguía acercándose, el

portador de alguna condena ineludible. Y ella sabía que no podía escapar, que no podía caer de rodillas y rogar que se deshiciera.

Rowan se detuvo cerca de ella, a una distancia donde lo alcanzaba a tocar, aunque no la tocó. Sus facciones se volvieron a endurecer, mas no de crueldad. Porque él sabía, se dio cuenta ella, que uno de los dos debía conservar la calma. Él necesitaba permanecer tranquilo, necesitaba conservar la razón.

Rowan tragó una vez. Dos.

—Hubo un… hubo un levantamiento en el campamento de labores forzadas de Calaculla —dijo.

El corazón de Celaena se saltó un

latido.

—Después del asesinato de la princesa Nehemia, dicen que una esclava mató a su supervisor y eso provocó un levantamiento. Los esclavos tomaron el campamento —respiró brevemente—. El rey de Adarlan envió dos legiones para controlar a los esclavos. Y los mataron a todos.

—¿Los esclavos mataron a sus legiones? —Respiró Celaena. Eran miles de esclavos en Calaculla, todos juntos formarían una fuerza imponente, incluso contra dos de las legiones de Adarlan.

Con un cuidado terrible, Rowan le tomó la mano.

—No. Los soldados mataron a todos los esclavos de Calaculla.

Se hizo una grieta en el mundo, a través de la cual un grito desgarrador se abrió paso como una ola.

—Hay miles de personas esclavizadas en Calaculla.

La resolución en el rostro de Rowan se quebró cuando asintió. Y cuando abrió y cerró la boca, ella se dio cuenta de que eso no era todo. La única palabra que logró pronunciar fue «¿Endovier?», como una súplica inútil.

Lenta, muy lentamente, Rowan sacudió la cabeza.

—Cuando supo del levantamiento en Eyllwe, el rey de Adarlan envió otras

dos legiones al norte. Nadie sobrevivió en Endovier.

No vio la cara de Rowan cuando sostuvo sus brazos como si pudiera evitar que ella cayera al abismo. No, lo único que pudo ver fue a los esclavos que ella había dejado atrás, las montañas cenizas y esas tumbas gigantescas que cavaban cada día, los rostros de su gente, que había trabajado a su lado, la gente a quien ella había dejado atrás. A quienes se había permitido olvidar, a quienes había permitido que sufriera, quienes habían rezado por una salvación, con la esperanza de que alguien, alguien los recordara.

Ella los había abandonado, y no había llegado a tiempo.

La gente de Nehemia, la gente de los otros reinos, y… y su gente. La gente de Terrasen. La gente que la corte de su madre y su padre amaba con tanta ferocidad. Había rebeldes en Endovier, rebeldes que pelearon por su reino cuando ella… cuando ella estaba…

Había niños en Endovier. En Calaculla.

No los había protegido.

Las paredes y el techo de la cocina la aplastaron, el aire se hizo demasiado ralo, demasiado caliente. El rostro de Rowan se desdibujaba y ella jadeaba, jadeaba más y más rápido.

Él murmuró su nombre demasiado suavemente como para que los demás lo escucharan.

Y al escuchar ese sonido, el nombre que en algún momento había sido una promesa al mundo, el nombre sobre el cual ella había escupido y el que había profanado, el nombre que ella no se merecía…

Se desembarazó de las manos de Rowan y luego salió por la puerta de la cocina, cruzó el patio, cruzó las rocas de vigilancia y caminó a lo largo de la barrera invisible, hasta que encontró un punto justo fuera del campo de visión de la fortaleza.

El mundo estaba lleno de gritos y

alaridos, tan fuertes que se ahogó en ellos.

Celaena no emitió ni un sonido al liberar su magia en la barrera, un estallido que sacudió los árboles e hizo retumbar la tierra. Alimentó con su poder al muro invisible, rogándole a las rocas antiguas que lo tomaran, que lo utilizaran. Los vigías de roca, como si sintieran su intención, devoraron todo su poder, absorbiendo cada brasa hasta que destelló con hambre de más.

Así que ella quemó y quemó y quemó.

Capítulo 49

Durante semanas, Chaol no tuvo contacto con ninguno de sus amigos… Ni aliados ni de otro tipo. Así que por una última vez, Chaol se dejó llevar por el ritmo de sus tareas habituales. A

pesar de que le resultó más difícil que nunca supervisar las comidas del rey, a pesar de que hacer sus informes requería de una enorme fuerza de voluntad, lo hizo. No había sabido nada de Aedion ni de Ren, y todavía no le había pedido a Dorian que usara su magia para probar las teorías sobre el hechizo. Se empezaba a preguntar si ya había terminado de desempeñar su papel en la rebelión naciente de Aelin.

Reunió suficiente información, cruzó suficientes límites. Tal vez era el momento de averiguar lo que se podía hacer desde Anielle. Estaría más cerca de Morath y tal vez podría descubrir qué era lo que el rey estaba planeando allá.

El rey había aceptado sus planes de asumir su responsabilidad como heredero de Anielle casi sin objetar. Pronto debía presentar candidatos para su reemplazo.

Chaol estaba de guardia en una comida de estado en el salón principal a la cual habían asistido tanto Aedion como Dorian. Las puertas estaban abiertas de par en par para dar la bienvenida a la brisa primaveral, y los hombres de Chaol estaban apostados en cada entrada con las armas listas.

Todo estaba normal, todo iba maravillosamente, hasta que el rey se puso de pie y su anillo pareció comerse todo el sol del mediodía que entraba por

las ventanas enormes. Levantó un cáliz y la habitación guardó silencio. No de la manera en que sucedía cuando Aedion hablaba. Chaol no había podido dejar de pensar en lo que el general le había dicho sobre elegir un bando, o lo que Dorian le había dicho sobre su negativa de aceptar a Celaena y al príncipe por lo que realmente eran. Una y otra vez lo pensó.

Pero nada pudo preparar a Chaol, ni a ningún otro de los presentes en ese salón silencioso, para el momento en que el rey sonrió a las mesas a los pies del estrado y dijo:

—Llegaron buenas noticias esta mañana desde Eyllwe y del norte. La

rebelión de esclavos de Calaculla ha terminado.

No sabían nada de eso y Chaol deseó haberse podido tapar los oídos cuando el rey continuó:

—Tendremos que trabajar para restaurar las minas, allá y en Endovier, pero la mancha rebelde se ha eliminado.

Chaol sintió alivio de estar recargado contra una columna. Dorian fue quien habló, con el rostro blanco como un hueso.

—¿De qué estás hablando?

Su padre le sonrió.

—Perdón. Parece ser que a los esclavos de Calaculla se les metió en la cabeza la idea de empezar un

levantamiento después de la muerte desafortunada de la princesa Nehemia. A nosotros se nos metió en la cabeza la idea de no permitirlo, ni ningún otro posible levantamiento. Y como no teníamos los recursos para dedicarlos a interrogar a todos y cada uno de los esclavos para detectar a los traidores…

Chaol entendió la fuerza que necesitó Dorian para evitar sacudir la cabeza, horrorizado, mientras hacía los cálculos y comprendía exactamente cuánta gente había sido masacrada.

—General Ashryver —dijo el rey. Aedion se quedó inmóvil—. Tú y tu Flagelo estarán complacidos de saber que desde que se hizo la purga de

Endovier, muchos de los rebeldes de sus territorios han desistido de sus… tonterías. Parece ser que no quisieron tener un destino similar al de sus amigos de las minas.

Chaol no sabía cómo Aedion encontraba el valor y la voluntad, pero el general sonrió e inclinó la cabeza.

—Gracias, Majestad.

Dorian entró de golpe al taller de Sorscha, quien saltó de su lugar en la mesa con una mano en el pecho.

—¿Escuchaste? —le dijo y cerró la

puerta tras de sí.

Lo rojo de sus ojos sugería que ya lo sabía. Él le tomó la cara entre las manos y presionó su frente contra la de ella, buscando esa fuerza tranquilizadora. No sabía cómo había evitado llorar o vomitar, o cómo no mató a su padre en ese momento. Pero al ver a Sorscha, al respirar su olor a romero y menta supo por qué.

—Quiero que te vayas del castillo —le dijo—. Te daré los recursos, pero quiero que estés lejos de aquí tan pronto como puedas encontrar una manera de irte sin provocar sospechas.

Se soltó de sus brazos.

—¿Estás loco?

No, Dorian nunca había visto nada con mayor claridad.

—Si te quedas, si nos atrapan… Te daré todo el dinero que necesites…

—No me puedes ofrecer ninguna cantidad de dinero para convencerme de que me vaya.

—Entonces te ataré a un caballo si es preciso. Tengo que sacarte.

—¿Y quién te va a cuidar a ti? ¿Quién te hará tus tónicos? Ni siquiera le hablas ya al capitán. ¿Cómo podría dejarte ahora?

Él la tomó de los hombros. Tenía que entender, tenía que hacerla entender. Su lealtad era una de las cosas que amaba, pero ahora… solo conseguiría

que la mataran.

—Él masacró a miles de personas de golpe. Imagina lo que hará si se entera de que me has estado ayudando. Hay cosas peores que la muerte, Sorscha. Por favor, por favor, solo vete.

Sus dedos se encontraron con los de él y se entrelazaron con fuerza.

—Ven conmigo.

—No puedo. Las cosas serán peores si me voy y mi hermano queda como heredero. Y creo… Conozco a algunas personas que intentarán detenerlo. Si estoy aquí, tal vez pueda ayudar de alguna manera.

Oh, Chaol. Ahora entendía perfectamente por qué había enviado a

Celaena a Wendlyn, entendió su regreso a Anielle… Chaol se había vendido a sí mismo para que Celaena estuviera segura.

—Si tú te quedas, yo me quedo —dijo Sorscha—. No me podrás convencer de lo contrario.

—Por favor —dijo, porque no podía gritar, no con las muertes de esas personas pesando sobre su conciencia —. Por favor…

Pero ella le acarició la mejilla con el pulgar.

—Juntos. Enfrentaremos esto juntos.

Y fue egoísta y horrible de su parte, pero él ya no le siguió insistiendo.

Chaol fue a la tumba para tener algo de privacidad, para lamentarse, para gritar. Pero no estaba solo.

Aedion estaba sentado en los escalones de la escalera en forma de espiral, con los antebrazos recargados en las rodillas. No se dio la vuelta cuando Chaol dejó su vela y se sentó a su lado.

—¿Qué supones —exhaló Aedion y miró hacia la oscuridad—, que la gente de otros continentes, del otro lado de todos esos mares, piensa de nosotros? ¿Crees que nos odien o sientan

compasión por nosotros por lo que nos hacemos? Tal vez sea igual de malo allá. Tal vez sea peor. Pero para hacer lo que yo tengo que hacer, para lograr hacerlo… debo pensar que es mejor en otro lado, que en alguna parte las cosas son mejores que esto.

Chaol no tenía una respuesta.

—Me han… —los dientes de Aedion brillaron en la luz—. Me han obligado a hacer muchas, muchas cosas. Cosas depravadas y despreciables. Sin embargo, nada me ha hecho sentir tan sucio como hoy que le agradecí a ese hombre por asesinar a mi gente.

No había nada que le pudiera decir para consolarlo, no podía prometerle

nada. Así que Chaol dejó a Aedion mirando hacia la oscuridad.

No había un solo lugar vacío en el Teatro Real aquella noche. Todas los palcos y los asientos estaban ocupados por la nobleza, comerciantes, por todos los que habían podido pagar un boleto. Las joyas y la seda brillaban bajo la luz de los candeleros de cristal, las riquezas de un imperio conquistador.

Las noticias sobre la masacre de los esclavos habían llegado esa tarde y se habían dispersado por la ciudad en una

ola de murmullos, dejando solamente silencio detrás. Las filas superiores del teatro estaban inusualmente quietas, como si el público hubiera venido a sosegarse, a dejar que la música borrara la mancha de esas noticias.

Solo los palcos eran un hervidero de conversaciones sobre lo que esto significaba para las fortunas de quienes estaban sentados en las sillas acojinadas de terciopelo rojo. Se preguntaban de dónde saldrían los nuevos esclavos para asegurar que no se interrumpiera el trabajo y cómo deberían tratar a sus propios esclavos en el futuro. A pesar de que ya repicaban las campanas y el candelero se levantaba y se apagaba, los

palcos tardaron más de lo habitual en silenciarse.

Seguían hablando cuando las cortinas rojas se abrieron y apareció la orquesta sentada, y casi ni se molestaron en aplaudirle al director, que atravesó el escenario con dificultad.

En ese momento se dieron cuenta de que todos los músicos del escenario vestían negro de luto. Hasta ese momento se callaron. Y cuando el director levantó los brazos, la música que inundó el espacio cavernoso no fue la sinfonía.

Fue la Canción de Eyllwe.

Luego la Canción de Fenharrow. Y de Melisande. Y de Terrasen. De cada

una de las naciones que tenía gente en esos campos de trabajos forzados.

Y por último, pero no por pompa ni por triunfo, sino para lamentar en lo que se habían convertido, tocaron la Canción de Adarlan.

Cuando terminó la última nota, el director se dio la vuelta hacia la multitud y los músicos se pusieron de pie con él. Como uno solo, miraron hacia los palcos, hacia todas esas joyas que se habían comprado con la sangre de un continente. Y sin decir una palabra, sin hacer una reverencia ni ningún otro gesto, se bajaron del escenario.

A la mañana siguiente, por decreto

real, el teatro se cerró.

Nadie volvió a ver a esos músicos ni a su director otra vez.

Capítulo 50

Una brisa fresca le besó el cuello a Celaena. El bosque se había quedado en silencio, como si las aves y los insectos se hubieran quedado callados por su ataque al muro invisible. La barrera se

había devorado cada chispa de la magia que ella le había lanzado y ahora parecía vibrar con energía fresca.

El olor de pino y nieve se envolvió a su alrededor y al voltear vio a Rowan recargado en un árbol cercano. Llevaba un rato ahí y le estaba dando su espacio para que terminara de agotarse.

Pero ella no estaba cansada. Y no había terminado. Todavía ardía un incendio salvaje en su mente y las flamas se retorcían, infinitas, maldicientes. Permitió que la fogata se redujera a brasas y dejó que el dolor y el horror disminuyeran también.

Rowan dijo:

—Acaba de llegar una noticia de

Wendlyn. Los refuerzos no vendrán.

—No vinieron hace diez años —respondió ella con la garganta ardiendo a pesar de que no había hablado en horas. Una calma fría y brillante empezaba a entrar en sus venas—. ¿Por qué habrían de molestarse en ayudar ahora?

Los ojos de Rowan brillaron.

—Aelin…

Como se limitó a mirar hacia el bosque que empezaba a oscurecerse, él agregó:

—No tienes que quedarte, podemos irnos a Doranelle esta noche y puedes adquirir el conocimiento que necesitas de Maeve. Tienes mi bendición.

—No me insultes pidiéndome que me vaya. Me quedaré a pelear. Nehemia se hubiera quedado. Mis padres se hubieran quedado.

—Pero tenían el lujo de saber que su línea de sangre no terminaba con ellos.

Celaena apretó los dientes.

—Tú tienes experiencia, tú eres necesario aquí. Tú eres la única persona que puede darles a las hadas mestizas la oportunidad de sobrevivir; confían en ti y te respetan. Así que yo me voy a quedar. Porque te necesitan a ti y porque yo te seguiré hasta cualquier fin.

Y si las criaturas devoraban su cuerpo y su alma, entonces no le importaría. Se había ganado ese destino.

Durante un largo rato, él no dijo nada. Pero sus cejas se arquearon un poco.

—¿Hasta cualquier fin?

Ella asintió. Él no había tenido que mencionar las masacres, no había necesitado intentar consolarla. Sabía, entendía sin que ella tuviera que decir una sola palabra, entendía cómo era la situación.

Su magia le latía en la sangre, quería salir, quería más. Pero esperaría, tenía que esperar hasta que llegara el momento. Hasta que ella tuviera a Narrok y a sus criaturas a la vista.

Se dio cuenta de que Rowan veía cada uno de sus pensamientos y más

cuando él buscó en su túnica y sacó una daga. La daga de ella. Se la entregó y su cuchilla larga brilló como si hubiera estado puliéndola y cuidándola en secreto estos meses.

Y cuando tomó la daga, sintió que pesaba menos de lo que recordaba y Rowan la miró a los ojos, la miró hasta el mismo núcleo de su ser, y dijo:

—Corazón de Fuego.

Los refuerzos de Wendlyn no vendrían, pero no por rencor sino porque una legión de hombres de Adarlan había

atacado la frontera norte. Un ataque intenso de tres mil hombres en sus barcos. Wendlyn había enviado a todos y cada uno de sus soldados a la costa norte y ahí permanecerían. Las hadas mestizas tendrían que enfrentar solas a Narrok y sus fuerzas. Rowan invitó tranquilamente a los que no pelearían en la fortaleza a que se fueran.

Pero nadie se fue. Incluso Emrys se negó y Malakai simplemente dijo que donde fuera su pareja, iría él.

Durante horas cambiaron sus planes para ajustarse a la falta de refuerzos. Al final, no tuvieron que cambiar demasiadas cosas, afortunadamente. Celaena contribuyó en lo que pudo a la

planeación y le permitió a Rowan que le diera órdenes a todos y que diseñara la estrategia magistral con esa mente brillante que tenía. Intentó no pensar en Endovier ni en Calaculla, pero la conciencia de lo que había sucedido seguía hirviendo en su interior, cocinándose durante las largas horas que pasaron debatiendo.

Hicieron planes hasta que Emrys subió al comedor con una olla y empezó a golpearla con la cuchara para indicarles que se salieran porque pronto llegaría el amanecer.

Un minuto después de haber llegado a su habitación, Celaena ya se había desvestido y se estaba metiendo a la

cama. Rowan, sin embargo, se tomó su tiempo. Se quitó la camisa y se dirigió al lavabo.

—Hiciste un buen trabajo esta noche ayudándome con el plan.

Lo miró lavarse la cara y luego el cuello.

—Pareces sorprendido.

Él se limpió la cara con una toalla y luego se apoyó en el vestidor con las manos en los extremos del mueble. La madera crujió pero Rowan no se inmutó.

La había llamado «Corazón de Fuego». ¿Sabía lo que ese nombre significaba para ella? Quería preguntarle, todavía tenía muchas preguntas que hacerle, pero en ese

momento, después de todas las noticias del día, necesitaba dormir.

—Mandé avisar… —dijo Rowan y se separó del vestidor para acercarse a la cama. Ella había dejado la espada de la cueva junto al poste de la cama y su rubí brillante relució en la luz tenue cuando él le pasó un dedo por el pomo dorado— a mi… equipo, como tú lo llamas.

Ella se levantó y se recargó en los codos.

—¿Cuándo?

—Hace unos días. No sé dónde están ni si llegarán a tiempo. Es posible que Maeve no les permita venir, o que algunos de ellos no le pregunten. Pueden

ser… impredecibles. Y puede ser que a mí me llegue la orden de regresar a Doranelle, y…

—¿De verdad pediste ayuda?

Él entrecerró los ojos. «Te acabo de decir que lo hice».

Cuando Celaena se puso de pie, él dio un paso atrás.

«¿Qué te hizo cambiar de parecer?».

«Algunas cosas valen el riesgo».

Ya no se alejó más cuando ella se aproximó y le dijo con todos los rescoldos de su corazón desgarrado:

—Yo te proclamo, Rowan Whitethorn, sin importar lo que digas o cuánto protestes, te proclamo mi amigo.

Se limitó a girar hacia el lavabo

nuevamente, pero ella entendió las palabras que él no dijo y que había intentado evitar que leyera en su rostro: «No importa. Aunque sobrevivamos, cuando vayamos a Doranelle, tú saldrás sola del reino de Maeve».

Emrys se unió a ellos, junto con las hadas mestizas en Mistward que no habían salido con mensajes, en el viaje hacia el complejo de los sanadores a la mañana siguiente para ayudar a llevar a los pacientes a algún lugar seguro. Los que no podían pelear se quedarían a

ayudar con los enfermos y los heridos, y Emrys declaró que se quedaría ahí hasta el final. Así que lo dejaron, junto con un pequeño contingente de guardias en caso de que las cosas salieran muy mal. Cuando Celaena se internó de regreso en los árboles con Rowan, no se molestó en despedirse. Muchos de los demás tampoco se despidieron, parecía como una invitación para la muerte, y Celaena estaba bastante segura de que ella no gozaba del favor de los dioses.

Esa noche, la despertó una mano grande y con callos que la agitaba del hombro. Parecía que la muerte ya los aguardaba.

Capítulo 51

—Trae tu espada y tus armas y apresúrate —le dijo Rowan a Celaena y ella se puso de pie al instante, buscando la daga al lado de la cama.

El guerrero ya estaba en medio de la

habitación y se estaba poniendo la ropa y las armas con eficiencia letal. La chica no se molestó en hacer preguntas, él le diría lo que fuera necesario. Se puso los pantalones de un salto y las botas.

—Creo que nos traicionaron —dijo Rowan.

Los dedos de Celaena se atoraron en una hebilla del cinturón de su espada cuando dio la vuelta para abrir la ventana. Silencio. Silencio absoluto en el bosque.

Y a lo largo de todo el horizonte, un manchón creciente de negrura.

—Vendrán esta noche —dijo con una exhalación.

—Hice un recorrido del perímetro

—dijo Rowan mientras metía un cuchillo en su bota—. Es como si alguien les hubiera dicho dónde estaba cada trampa y cada alarma. Llegarán con nosotros en menos de una hora.

—¿Los vigías de roca siguen funcionando? —preguntó Celaena trenzándose el cabello. Luego se colocó la espada en la espalda.

—Sí, están intactas. Ya hice soñar la alarma y Malakai y otros están alistando nuestras defensas en los muros.

Una pequeña parte de ella sonrió al pensar en lo que debería haber sido para Malakai encontrar a Rowan medio desnudo gritando órdenes en su habitación.

—¿Quién nos traicionaría? —preguntó Celaena.

—No lo sé, y cuando lo encuentre, lo aplastaré contra las paredes. Pero por lo pronto, tenemos mayores problemas de los cuales preocuparnos.

La oscuridad del horizonte se había esparcido y devoraba las estrellas, los árboles, la luz.

—¿Qué es eso?

La boca de Rowan se tensó y formó una línea delgada.

—Mayores problemas.

Las rocas de vigilancia eran la última línea de defensa antes de la fortaleza en sí. Si Narrok planeaba sitiar Mistward, no podrían resistir para siempre, pero con suerte la barrera cansaría a las criaturas y les restaría algo de poder. En las almenas, en el patio y en la punta de las torres estaban las hadas mestizas. Los arqueros eliminarían tantos hombres como fuera posible cuando cayera la barrera y ellos usarían las puertas de roble de la fortaleza como un cuello de botella en el patio.

Pero todavía quedarían las criaturas y Narrok, junto con la oscuridad que traían. Las aves y los animales pasaban al lado de la fortaleza para escapar, un

éxodo de alas que se batían, patas que corrían y garras rasguñando la roca. La Gente Pequeña se estaba llevando a los animales a un sitio seguro y sus ojos apenas eran un brillo en la oscuridad. La oscuridad que traían Narrok y sus criaturas era tal que cuando se entraba en ella ya no se salía.

Celaena estaba parada junto a Rowan justo frente a las puertas del patio. La extensión de terreno con pastos que había entre la fortaleza y las rocas de vigilancia de pronto se sintió demasiado pequeña. Los animales y la Gente Pequeña habían dejado de aparecer unos momentos antes e incluso el viento se había detenido.

—En cuanto caiga la barrera, quiero que les lances flechas a los ojos —le dijo Rowan con el arco en las manos—. No les des la oportunidad de hechizarte, ni a nadie más. Deja que los demás se encarguen de los soldados.

No habían escuchado ni visto a ninguno de los doscientos hombres, pero aun así asintió y levantó su propio arco.

—¿Qué hay de la magia?

—Úsala poco, pero si crees que los puedes destruir con ella, no dudes. Y no te pongas sofisticada. Derríbalos con cualquier medio que se pueda.

Qué cálculos tan fríos. Un guerrero pura sangre sin diluir. Casi podía sentir la agresión que le emanaba por los

poros.

Se empezaba a percibir el hedor del otro lado de la barrera y algunos de los guardias del patio detrás de ellos empezaron a murmurar. Era un olor de otro mundo, proveniente de alguna criatura infernal que vivía bajo una piel mortal. Algunos animales rezagados salieron corriendo de entre los árboles con espuma en la boca mientras la oscuridad a sus espaldas se iba haciendo más densa.

—Rowan —dijo ella cuando, más que verlos, los sintió—. Ya llegaron.

En el borde de los árboles, a menos de cinco metros de las piedras de vigilancia, emergieron las criaturas.

Celaena se quedó sorprendida. Eran tres.

Tres, no dos.

—Pero los trotapieles…

No pudo terminar las palabras y vio a los tres hombres que contemplaban la fortaleza. Estaban vestidos del negro más profundo, con las túnicas abiertas que revelaban las torques de piedra del Wyrd en sus gargantas. Los trotapieles no lo habían matado, no, porque ahí estaba el mismo hombre perfecto mirándola directamente. Sonriéndole. Como si ya pudiera saborearla.

Un conejo salió corriendo de entre los arbustos hacia las rocas de vigilancia. La oscuridad que avanzaba

detrás de las criaturas extendió una ramificación, como si fuera la zarpa de una bestia gigante, y la posó sobre el animal que escapaba.

El conejo cayó a medio salto, su pelo se tornó opaco y manchado, y sus huesos empezaron a salir a través de la piel cuando le succionaron la vida. Los guardias de los muros se inquietaron y algunos maldijeron. Celaena había logrado escapar de solo una de esas criaturas. Pero las tres juntas se convertían en algo diferente, algo infinitamente poderoso.

—No podemos permitir que caiga la barrera —le dijo Rowan—. Esa oscuridad matará todo lo que toque.

Mientras hablaba, la oscuridad se estiró alrededor de la fortaleza. Los atrapó. La barrera vibró y las reverberaciones zumbaron contra las suelas de sus botas.

Celaena hizo un gesto de dolor al transformarse a su cuerpo de hada. Necesitaría el oído y la fortaleza superiores, así como la capacidad de sanar. De todas maneras, las tres criaturas permanecieron en la orilla del bosque y la oscuridad se iba expandiendo. No había señal de los doscientos soldados.

Como uno solo, los tres voltearon a las sombras que estaban detrás de ellos y se hicieron a un lado con las cabezas

inclinadas. Entonces, de entre los árboles, surgió Narrok.

A diferencia de los otros, Narrok no era hermoso. Estaba lleno de cicatrices, tenía una complexión poderosa y estaba armado hasta los dientes. Pero él también tenía la piel marcada con esas venas negras brillantes y usaba torques de obsidiana. Incluso desde la distancia, ella podía ver el vacío voraz de sus ojos. Brotaba de ellos como sangre en un río.

Ella esperó a que él dijera algo, que hablara y les ofreciera una alternativa entre ceder al poder del rey o la muerte, que hiciera un discurso para quebrantar su moral. Pero Narrok miró hacia

Mistward con un movimiento lento y casi deleitado de la cabeza, sacó su espada de hierro y la apuntó hacia la entrada de las rocas de vigilancia curvadas.

No hubo nada que pudieran hacer Celaena ni Rowan cuando un látigo de oscuridad salió y chocó contra la barrera invisible. El aire tembló y las piedras gimieron.

Rowan ya se estaba moviendo hacia las puertas de roble, gritando órdenes a los arqueros para que se prepararan y usaran la magia que tuvieran para protegerse contra la oscuridad que venía. Celaena permaneció donde estaba. Otro golpe y la barrera se

movió.

—Aelin —gritó Rowan y ella lo miró por encima del hombro—. Métete de este lado de las puertas.

Pero ella se echó el arco a la espalda y, cuando levantó la mano, la tenía envuelta en llamas.

—Aquella noche, en el bosque, se alejó de las flamas.

—Para usarlas tienes que salir de la barrera o simplemente rebotarán contra las paredes.

—Lo sé —dijo en voz baja.

—La última vez bastó con que miraras a esa cosa para que cayeras bajo su hechizo.

La oscuridad atacó de nuevo.

—No será como la última vez —respondió Celaena con la mirada en Narrok, en sus tres criaturas. No sería así porque tenía un pendiente. Su sangre se calentó y dijo—: No sé qué más hacer.

Porque si esa oscuridad los alcanzaba, entonces ni con todas las cuchillas y flechas se podría lograr algo. No tendrían oportunidad de atacar.

Un grito sonó de pronto detrás de ellos, seguido por varios más, luego el sonido de metal contra metal. Alguien gritó:

—¡El túnel! ¡Alguien los dejó pasar por el túnel!

Por un momento, Celaena se quedó

ahí parada, parpadeando. El túnel de escape. Sí los habían traicionado. Y ahora ya sabían dónde estaban los soldados: entrando por la red subterránea, a la cual pudieron ingresar tal vez porque las rocas de vigilancia, con esa conciencia extraña que poseían, estaban demasiado concentradas en la amenaza de arriba para poder contener la de abajo.

Los gritos y la pelea empezaron a escucharse más fuerte. Rowan había colocado a sus guerreros más débiles dentro para mantenerlos seguros, justo en el camino del túnel de entrada. Sería una masacre.

—Rowan.

La oscuridad asestó otro golpe a la barrera, y otro. La chica empezó a caminar hacia las rocas, y Rowan gruñó.

—No des un paso más…

Celaena siguió caminando. Dentro de la fortaleza habían empezado a escucharse los gritos: dolor y muerte y terror. Cada paso que daba para alejarse la desgarraba, pero se dirigió hacia las rocas, hacia las puertas de megalitos. Rowan la tomó por el codo.

—Eso fue una orden.

Ella le aventó la mano.

—Te necesitan dentro. Déjame la barrera a mí.

—No sabes si funcionará.

—Va a funcionar —gruñó ella—. En

este momento yo soy la prescindible, Rowan.

—Tú eres la heredera del trono de…

—En este momento, yo soy una mujer que tiene el poder de salvar vidas. Déjame hacer esto. Ayuda a los demás.

Rowan miró las rocas de vigilancia, la fortaleza y a los guardias que se apresuraban a ayudar abajo. Pesó y calculó. Por fin, Rowan dijo:

—No hables con ellos. Enfócate en esa oscuridad y en mantenerla lejos de la barrera y eso es todo. Mantenlos a raya, Aelin.

Pero Celaena no quería hacer eso, no cuando sus enemigos estaban tan

cerca. No cuando el peso de todas esas almas de Calaculla y de Endovier se presionaba contra ella, gritando con tanta fuerza como los soldados dentro de la fortaleza. Celaena les había fallado. Había llegado demasiado tarde. Y eso ya era suficiente. Pero asintió, como el buen soldado que Rowan pensaba que era y dijo:

—Entendido.

—Te atacarán en el instante en que pongas un pie fuera de la barrera —le dijo y le soltó el brazo. Su magia empezó a hervirle en las venas—. Ten el escudo listo.

—Lo sé —fue la única respuesta que dio Celaena y se acercó a la barrera y al

remolino de oscuridad que estaba afuera. Las rocas curvas de la entrada se alzaban hacia el cielo y ella sacó la espada de su espalda con la mano derecha mientras su mano izquierda se envolvía en llamas.

La gente de Nehemia, masacrada. Su propia gente, masacrada. Su gente.

Celaena pasó bajo el arco de piedra y la magia zumbó al besar su piel. Unos pasos más la llevarían fuera de la barrera. Podía sentir a Rowan que se había quedado esperando para ver si sobrevivía los primeros momentos. Pero sobreviviría, iba a convertir esas cosas en ceniza y polvo.

Era lo mínimo que podía hacer por

los asesinados en Endovier y Calaculla, les debía eso después de tanto tiempo. Un monstruo para destruir monstruos.

Las flamas de su mano izquierda brillaron más cuando Celaena pasó bajo el arco y hacia el abismo que la llamaba.

Capítulo 52

La oscuridad atacó a Celaena en el instante en que pasó por la barrera invisible.

Una pared de flamas ardientes atravesó la saliente de oscuridad y, tal

como ella había pensado, la negrura retrocedió. Pero solo para atacar de nuevo, rápida como serpiente.

Entonces recibió los ataques, golpe tras golpe, haciendo que su fuego se extendiera: un muro de rojo y dorado que cubría la barrera detrás de ella. No hizo caso del hedor de las criaturas, ni del aire hueco que sentía en sus oídos, ni de las punzadas abrumadoras en su cabeza, tanto más fuertes tras cruzar la protección de los vigías de roca, en especial ahora que las tres criaturas estaban reunidas. Pero no cedió ni un centímetro, ni siquiera cuando empezó a gotearle sangre de la nariz.

La oscuridad se lanzó hacia ella y

atacó simultáneamente el muro de fuego, donde logró abrir algunos agujeros. Ella los cerró por reflejo y le permitió a su poder hacer lo que quería, pero con la consigna de proteger, de mantener esa barrera escudada. Dio otro paso para alejarse de la entrada de roca.

Narrok no estaba por ningún lado, pero las tres criaturas estaban esperándola.

A diferencia de la otra noche en el bosque, estaban armados con espadas largas y delgadas que desenfundaron con gracia sobrenatural. Y luego atacaron.

Bien.

No los miró a los ojos ni hizo caso al sangrado de su nariz ni a la presión en

sus oídos. Simplemente invocó un escudo de fuego alrededor de su antebrazo izquierdo y empezó a blandir su espada antigua.

Ya no supo si Rowan se quedó para verla quebrantar su primera orden, luego la siguiente, y luego la siguiente.

Las tres criaturas seguían intentando atacarla, con velocidad y certeza, como si hubieran tenido siglos para practicar el dominio de la espada, como si todos compartieran la misma mente, el mismo cuerpo. Cuando evadía uno, aparecía otro; cuando golpeaba a uno con flamas y acero, otro se agachaba para intentar atraparla. No podía permitir que la tocaran, no podía permitirse verlos a los

ojos.

El escudo alrededor de la barrera ardía a sus espaldas y la oscuridad de las criaturas intentaba punzarla y morderla, pero ella se mantuvo firme. No le había mentido a Rowan sobre eso, sobre proteger el muro.

Uno de ellos la atacó con la espada, pero no para matarla, sino para incapacitarla.

Sin embargo, de manera instintiva, las flamas bajaron por su espada cuando contraatacó y logró hacer que el fuego se mantuviera en el arma. Cuando chocó con el hierro negro de la criatura, brotaron chispas azules, tan brillantes que ella se atrevió a mirar al rostro del

ser y encontró sorpresa. Y horror. Y rabia.

La empuñadura de la espada se sentía cálida y reconfortante en su mano, y la piedra roja brillaba como si tuviera fuego propio.

Las tres criaturas se detuvieron al mismo tiempo y tensaron los labios en un gruñido que reveló sus dientes demasiado blancos. El que estaba al centro, el que la había probado antes, siseó a la espada:

—Goldryn.

La oscuridad de las criaturas titubeó y ella se valió de esta distracción para reforzar sus escudos. Sintió un escalofrío que subía por su espalda a

pesar de que las llamas la calentaban. Levantó la espada más alto y avanzó otro paso.

—Pero tú no eres Athril, amado de la reina oscura —dijo uno de ellos. Otro agregó:

—Y tú no eres Brannon del Fuego Salvaje.

—¿Cómo…?

Pero las palabras se le atoraron en la garganta cuando el recuerdo llegó, un recuerdo de hacía unos meses, de hacía una vida. De un reino que estaba en medio, de la cosa parlante que vivía dentro de Caín. Le habló a ella y… a Elena. Elena, hija de Brannon. «Te trajeron de vuelta —dijo—. Todos los

jugadores del juego inconcluso».

Un juego que había iniciado al principio de los tiempos, cuando una raza de demonios moldeó las llaves del Wyrd y las usó para entrar a este mundo, y Maeve se valió de ese mismo poder para expulsarlos. Pero algunos demonios habían permanecido atrapados en Erilea y pelearon una segunda guerra siglos después, cuando Elena luchó contra ellos. ¿Qué había sucedido con los otros, con los que habían regresado a su reino? ¿Qué tal si el rey de Adarlan, al averiguar sobre las llaves, también se enteró de dónde encontrarlos? ¿Cómo… aprovecharlos?

—¡Oh, dioses! Ustedes son los Valg

—exhaló Celaena.

Las tres cosas dentro de esos cuerpos mortales sonrieron.

—Somos los príncipes de nuestro reino.

—¿Y qué reino es ese? —preguntó. Le vertió más magia al muro de defensa que estaba detrás de ella.

El príncipe del Valg al centro pareció intentar alcanzarla sin moverse un ápice. Ella le lanzó un puñetazo de flamas y él se enrolló de regreso.

—Un reino de oscuridad, hielo y viento eternos —respondió—. Y hemos estado esperando mucho, muchísimo tiempo para volver a saborear su sol.

El rey de Adarlan o era más

poderoso de lo que ella podía imaginar, o era el hombre más tonto que jamás vivió si creía que podía controlar a estos príncipes demonios.

La sangre de su nariz manchó su túnica. El líder ronroneó:

—Cuando me dejes entrar, niña, no habrá más sangre ni dolor.

La chica les lanzó otra pared de flamas ardientes.

—Brannon y los demás los devolvieron al olvido una vez —dijo a pesar de que se le quemaban los pulmones—. Podremos hacerlo de nuevo.

Una risa apagada.

—No nos derrotaron. Solo nos

contuvieron. Hasta que un mortal fue lo suficientemente tonto para invitarnos a regresar, a usar estos cuerpos gloriosos.

¿Los hombres que habían ocupado estos cuerpos seguirían dentro? ¿Si les cortaba la cabeza, si separaba esas torques de piedra del Wyrd, las criaturas desaparecerían o adoptarían otra forma?

Esto era, mucho peor de lo que ella esperaba.

—Sí —dijo el líder dando un paso hacia ella, olfateando—. Debes temernos. Y debes aceptarnos.

—Acepten esto —gruñó ella, y lanzó una daga oculta de su bracera a la cabeza de la criatura.

El líder reaccionó tan rápido que la

daga, en vez de clavarse entre sus ojos, solo le rasguñó la mejilla. La sangre negra empezó a acumularse y fluyó. Él levantó una mano blanca como la luna para examinarla.

—Disfrutaré devorándote desde el interior —dijo.

Y la oscuridad volvió a lanzarse contra ella.

La batalla seguía cerniéndose dentro de la fortaleza, lo cual era bueno, porque significaba que aún no habían muerto todos. Y Celaena seguía blandiendo a

Goldryn contra los tres príncipes del Valg, aunque la iba sintiendo cada vez más pesada y su escudo empezaba a debilitarse. No había tenido tiempo de hacer un túnel hacia su poder ni de considerar racionarlo.

La oscuridad que los Valg traían consigo continuaba atacando el muro, así que Celaena lanzó escudo tras escudo, con el fuego corriendo por su sangre, su aliento, su mente. Le dio rienda suelta a su magia y solo le pidió que mantuviera en pie el escudo detrás de ella. Lo hizo pero consumió todas sus reservas.

Rowan no había regresado para ayudar, pero ella se dijo a sí misma que

vendría, que ayudaría, porque no era debilidad admitir que lo necesitaba, que necesitaba su ayuda y…

Sintió un calambre en la parte baja de la espalda y apenas logró mantener la espada legendaria en la mano cuando el líder de los príncipes del Valg dio un zarpazo a su cuello. ¡No! Sintió una punzada en un músculo cerca de la columna y se le torció tanto que tuvo que reprimir un grito cuando esquivó el golpe. No podía ser que se estuviera agotando, no tan pronto, no después de practicar tanto, no…

Se abrió un agujero en el escudo a sus espaldas y la oscuridad golpeó la barrera e hizo que la magia vibrara y

gritara. Entonces envió un pensamiento hacia el lugar y cuando la flama lo reparó, la sangre empezó a latirle con fuerza.

Los príncipes estaban acercándose otra vez. La chica gruñó y les lanzó una pared de fuego blanco ardiente y los empujó hacia atrás, atrás, atrás mientras respiraba profundamente.

Pero empezó a toser sangre en vez de aire.

Si entraba corriendo tras las puertas, ¿cuánto tiempo duraría el escudo antes de caer frente a los príncipes y su oscuridad antigua? ¿Cuánto tiempo durarían los que estaban dentro? No se atrevió a mirar atrás para ver quién

estaba ganando. No sonaba bien. No escuchaba gritos de victoria, solo de dolor y miedo.

Le temblaban las rodillas, pero se tragó la sangre de la boca y respiró nuevamente.

No se había imaginado que las cosas terminarían así. Y tal vez era lo que se merecía, después de haberle dado la espalda a su reino.

Uno de los príncipes del Valg metió una mano por el muro de fuego que los separaba usando la oscuridad para escudar su piel y evitar que se derritiera. Celaena estaba a punto de enviar otra explosión hacia él cuando un movimiento entre los árboles la distrajo.

Desde la parte alta de la colina, como si hubieran venido corriendo desde las montañas y no se hubieran detenido para comer, ni beber, ni dormir, vio venir a un hombre enorme, a un pájaro gigante y a tres de los depredadores más grandes que había visto jamás.

Cinco en total.

Venían en respuesta al llamado desesperado de ayuda de su amigo.

Corrieron entre los árboles y sobre las rocas: dos lobos, uno negro y el otro blanco como la luna; el hombre de complexión poderosa; el ave que volaba sobre ellos, y un gato montés que le resultaba familiar corriendo detrás. Se

dirigían hacia la oscuridad que se alzaba entre ellos y la fortaleza.

El lobo negro derrapó y se detuvo al acercarse a la oscuridad, como si estuviera pensando qué hacer. Los gritos de la fortaleza aumentaron. Si los recién llegados podían destruir a los soldados, los sobrevivientes podrían salir por el túnel y huir antes de que la oscuridad lo consumiera todo.

El sudor le ardía a Celaena en los ojos y el dolor la estaba partiendo en dos; era tan profundo que se preguntó si sería permanente. Pero no le había mentido a Rowan sobre salvar vidas.

Así que no dudó ni vaciló para lanzar el resto de su poder hacia los

cinco amigos de Rowan y construyó un puente de llamas que atravesaba la oscuridad y la partía en dos.

Un camino hacia las puertas detrás de ella.

Había que reconocérselo a los amigos de Rowan, que no dudaron en correr hacia el puente. Los lobos encabezaron el grupo, luego estaba el ave, un águila pescadora, justo detrás. Celaena le vertió su poder al puente y apretó los dientes para resistir la agonía mientras pasaban los cinco rápidamente, sin voltearla a ver. Pero el gato montés dorado frenó al cruzar las puertas tras ella, justo cuando su pecho se contrajo y tosió sangre brillante que tiñó los pastos

del suelo.

—Está dentro —alcanzó a toser—. Ayúdenlo.

El gran gato dudó, evaluándola a ella, al muro y a los príncipes que luchaban contra sus flamas.

—Vete —jadeó. El puente que cruzaba la oscuridad se colapsó y ella tropezó hacia atrás cuando ese poder negro chocó contra ella, contra el escudo, contra el mundo.

La sangre le rugía con tal fuerza en los oídos que casi no alcanzó a escuchar cuando el gato montés corrió hacia la fortaleza. Los amigos de Rowan habían llegado. Bien. Qué bueno que no estaría solo, que tenía gente en el mundo.

Volvió a toser sangre, que salpicó en el piso, en las piernas del príncipe del Valg.

Celaena apenas se movió antes de que él la azotara contra sus propias llamas y chocara contra el muro mágico detrás, tan rígido e implacable como si estuviera hecho de roca. La única entrada a la fortaleza era a través de los vigías de roca. Atacó con Goldryn, pero el golpe fue débil. Contra el Valg, contra este horrible poder que poseía el rey de Adarlan, el ejército a su disposición… todo era inútil. Tan inútil como el juramento que había hecho en la tumba de Nehemia. Tan inútil como la heredera de un trono y con un nombre destrozado.

La magia hervía en su sangre. La oscuridad sería un alivio comparada con el infierno que quemaba sus venas. El príncipe del Valg avanzó y una parte de ella gritaba, se gritaba a ella misma para que se levantara, para que siguiera luchando, para que peleara y rugiera contra este fin horrible. Pero mover sus miembros, incluso respirar, se había convertido en un esfuerzo monumental.

Estaba tan cansada…

La fortaleza era un infierno de gritos, combate y sangre, pero Rowan seguía

blandiendo sus espadas en su posición a la boca del túnel mientras iban entrando soldado tras soldado. El líder de los exploradores, Bas, los había dejado entrar, le dijo Luca a Rowan. El hada mestiza que había conspirado con Bas quería el poder que le ofrecían las criaturas, lo quería para alcanzar un lugar en el mundo. Por la devastación que notó en los ojos del chico ensangrentado, Rowan supo que Bas ya había encontrado su fin. Solo deseó que no hubiera tenido que ser Luca quien hiciera.

Los soldados seguían entrando, hombres altamente entrenados que no temían a las hadas mestizas ni a la magia

que portaban. Estaban armados con hierro y no diferenciaban entre jóvenes o viejos, hombres o mujeres, al atacar y masacrar.

Rowan no se sentía agotado, en lo más mínimo. Había luchado más tiempo y en peores condiciones. Pero los otros estaban cansándose, en especial porque los soldados seguían entrando sin parar a la fortaleza. Rowan arrancó su espada del vientre de un soldado que se desplomaba y ya estaba cortando el cuello del siguiente con su daga, cuando un gruñido sacudió las rocas de la fortaleza. Algunas de las hadas mestizas se quedaron congeladas, pero Rowan casi tembló de alivio cuando vio a los

lobos gemelos saltar por las escaleras y cerrar sus mandíbulas alrededor de los cuellos de dos soldados de Adarlan.

Unas alas enormes se batieron cerca y después un hombre de gesto serio y ojos oscuros apareció frente a él, blandiendo una espada más antigua que los ocupantes de Mistward. Vaughan solo le asintió antes de colocarse en su posición. No era un hombre de palabras.

Los lobos más que letales ocuparon su posición y ni siquiera se molestaron en adoptar sus formas de hada para derribar soldado tras soldado. Los que lograban pasar eran aniquilados por el hombre que esperaba tras ellos. Eso fue todo lo que Rowan tuvo que ver antes de

ir corriendo a las escaleras, esquivando a las hadas mestizas sorprendidas y ensangrentadas.

La oscuridad no había penetrado, lo cual significaba que ella debería seguir respirando, seguiría manteniéndolos fuera, pero…

Un gato montés se detuvo en la escalera y se transformó. Rowan vio los ojos color miel de Gavriel y preguntó:

—¿Dónde está?

Gavriel levantó un brazo como para detenerlo.

—Está muy mal, Rowan. Creo…

Rowan corrió y empujó a su amigo de toda la vida. Se abrió paso con los hombros al pasar junto al otro hombre

que apareció: Lorcan. Hasta Lorcan había acudido a su llamado. Ya habría tiempo para la gratitud más tarde. Y el hada mestiza de cabello oscuro no dijo nada cuando Rowan salió corriendo hacia las puertas de las almenas.

Lo que Rowan vio del otro lado por poco lo hace caer de rodillas.

El muro de fuego estaba todo desgarrado, pero seguía protegiendo la barrera. Pero las tres criaturas…

Aelin estaba de pie frente a ellas, agachada y jadeando, con la espada apenas sostenida en la mano. Avanzaron y una flama azul y débil saltó ante sus ojos. La apartaron de un manotazo. Otra flama surgió y las rodillas de Aelin se

doblaron.

El escudo de fuego aumentaba y disminuía, pulsando al igual que la luz alrededor del cuerpo de ella. Estaba agotándose. ¿Por qué no se había retirado?

Un paso más cerca y los seres le dijeron algo que la hizo levantar la cabeza. Rowan sabía que no podía alcanzarla, ni siquiera tenía el aliento para gritar una advertencia cuando Aelin miró hacia el rostro de la criatura frente a ella.

Le había mentido. Quería salvar vidas, sí. Pero había cruzado la barrera sin la intención de salvar la suya.

Él tomó aire, para correr, para rugir,

para invocar a su poder, pero una pared de músculo chocó con él desde atrás y lo tiró al césped. Aunque Rowan empujó y se retorció contra Gavriel, no podía hacer nada contra los cuatro siglos de entrenamiento e instinto felino que lo habían capturado para evitar que saliera corriendo por esas puertas y hacia la oscuridad que devoraba mundos.

La criatura tomó la cara de Aelin entre sus manos, y su espada cayó al suelo, olvidada.

Rowan gritó al ver que la criatura la jalaba hacia sus brazos. Al ver que ella ya había dejado de luchar. Al ver que sus flamas se apagaban y la oscuridad se la tragaba entera.

Capítulo 53

Había sangre por todas partes. Al igual que antes, Celaena estaba parada entre dos camas ensangrentadas. Un aliento putrefacto le acariciaba la oreja, el cuello, la columna. Podía sentir a los

príncipes del Valg moviéndose a su alrededor, haciendo círculos como depredadores al acecho, consumiendo su miseria y su dolor poco a poco, probando, saboreando.

No había manera de salir y ella estaba inmóvil viendo de una cama a la otra.

El cadáver de Nehemia, destrozado y mutilado. Porque ella había llegado demasiado tarde y porque había sido una cobarde.

Y sus padres, con las gargantas cortadas de oreja a oreja, grises y sin vida. Muertos por un ataque que deberían haber detectado. Un ataque que ella debería haber detectado. Tal vez lo

había detectado y por eso había entrado a su recámara esa noche. Pero había llegado demasiado tarde también esa vez.

Dos camas. Dos fracturas en su alma, grietas a través de las cuales el abismo había entrado a raudales mucho antes de que los príncipes del Valg se posesionaran de ella. Una garra le rasguñó el cuello y ella se alejó bruscamente con un tropiezo hacia los cuerpos de sus padres.

En el momento en que la oscuridad la cubrió, cuando apagó su flama agotada, empezó a consumir la rabia imprudente que la había obligado a cruzar la barrera mágica protectora.

Aquí en la oscuridad, el silencio era absoluto, eterno. Podía sentir a los Valg deslizándose a su alrededor, hambrientos y ansiosos, llenos de una maldad fría y antigua. Pensó que le succionarían la vida instantáneamente, pero se habían limitado a permanecer cerca de ella en la oscuridad, restregándosele como gatos, hasta que empezó a verse una luz tenue y se encontró entre esas dos camas. No podía apartar la mirada, se sentía incapaz de hacer nada salvo sentir cómo aumentaban las náuseas y el pánico poco a poco. Y ahora… Ahora…

Aunque su cuerpo seguía inmóvil en la cama la voz de Nehemia susurró:

«Cobarde».

Celaena vomitó. Se escuchó una risa débil y ronca detrás de ella.

Retrocedió, alejándose más y más de esa cama donde yacía Nehemia. Luego estaba parada en un mar rojo… rojo y blanco y gris y…

Ahora estaba parada como un espectro en la cama de sus padres, donde habían yacido diez años atrás, despertaba entre sus cadáveres y los gritos de la doncella de servidumbre. Ahora podía escuchar esos gritos, agudos e interminables, y… «Cobarde».

Celaena se cayó contra la cabecera, tan real, tan suave y fresca como la recordaba. No había otro lugar a dónde

ir. Era un recuerdo; esto no era real.

Presionó sus palmas contra la madera y luchó contra el grito que se formaba en su interior. *Cobarde*. La voz de Nehemia volvió a llenar la habitación. Celaena cerró los ojos con fuerza y le dijo a la pared:

—Lo sé. Lo sé.

No luchó cuando unos dedos fríos y con puntas de hierro le acariciaron la mejilla, la frente, los hombros. Una de las garras le cortó la larga trenza al hacerla darse la vuelta. No luchó contra la oscuridad que se la tragó entera y la arrastró a las profundidades.

La oscuridad no tenía final ni principio.

Era el abismo que había amenazado cada uno de sus pasos durante diez años y ella se dejó ir en caída libre dándole la bienvenida.

No había sonido, solo la vaga sensación de ir avanzando hacia un fondo que tal vez no existiera, o que podría significar su verdadero fin. Tal vez los príncipes del Valg ya la habían devorado y la habían convertido en un cascarón. Tal vez su alma estaba atrapada en este sitio para siempre, en esta oscura caída.

Tal vez esto era el infierno.

La oscuridad ahora empezaba a ondular, los sonidos y colores cambiantes iban pasando a su lado. Vivió cada una de las imágenes, cada recuerdo peor que el anterior. El rostro de Chaol cuando la vio como era realmente; el cuerpo mutilado de Nehemia; su última conversación con su amiga, las cosas terribles que había dicho. «Cuando tu gente esté tendida a tu alrededor, no vengas a llorarme».

Se había vuelto realidad, ahora

miles de esclavos de Eyllwe habían sido asesinados por mostrar valentía.

Celaena siguió cayendo a través de una tormenta de momentos en los que había demostrado que su amiga tenía razón. Era un desperdicio de espacio y de aire, una mancha en el mundo. Indigna de su herencia.

Esto era el infierno, y se vio como el infierno en esa ocasión en que provocó un gran derramamiento de sangre en Endovier, cuando atacó. Los gritos de los moribundos, los hombres que había cortado en pedazos la desgarraban como manos fantasmas.

Esto era lo que se merecía.

Enloqueció durante ese primer día

en Endovier.

Enloqueció cuando el descenso se hizo más lento y le quitaron la ropa y la ataron entre dos postes salpicados de sangre. El aire frío le mordía los pechos desnudos, un dolor que no era nada comparado con el terror y la agonía del látigo que tronaba y…

Se agitó contra las cuerdas que la ataban. Apenas tuvo tiempo de respirar antes de que tronara el látigo nuevamente, cuando cortó el mundo como un rayo, cuando cortó su piel.

—Cobarde —le dijo Nehemia desde atrás y el látigo tronó—. Cobarde —el dolor la estaba cegando—. Mírame —pero ella no podía levantar la cabeza.

No podía darse la vuelta—. ¡Mírame!

Se dejó caer contra las cuerdas pero logró mirar hacia atrás.

Nehemia estaba entera, hermosa e intacta, sus ojos llenos de un odio condenatorio. Y luego, detrás de ella, apareció Sam, apuesto y alto. Su muerte había sido tan similar a la de Nehemia y, sin embargo, mucho peor, porque había tardado varias horas. Tampoco lo había salvado a él. Cuando vio el látigo con punta de hierro en sus manos, cuando se adelantó a Nehemia y dejó que el látigo se desenrollara sobre la tierra, Celaena emitió una risa baja y silenciosa.

Le dio la bienvenida al dolor con los brazos abiertos y respiró profundamente.

Podía escuchar el movimiento de la ropa de Sam cuando azotaba el látigo. La punta de hierro, ¡oh, dioses!, la estaba partiendo en dos, la hizo perder toda la fuerza de las piernas.

—Otra vez —le dijo Celaena y las palabras le salieron apenas como un jadeo ronco—. Otra vez.

Sam obedeció. Solo se escuchó el golpe del cuero en la carne húmeda mientras Sam y Nehemia se turnaban, y luego se formó una fila de personas detrás de ellos, esperando para hacerla pagar por haberles fallado a ellos también.

Era una fila muy larga. Tantas vidas que había tomado o que no había podido

proteger.

Otra vez.

Otra vez.

Otra vez.

No había atravesado la barrera con la esperanza de derrotar a los príncipes del Valg.

Había salido por la misma razón que se había enloquecido aquel día en Endovier.

Pero los príncipes del Valg aún no la mataban.

Sentía su placer y les rogaba que le

dieran más latigazos. Era la manera en que se alimentaban. Su carne mortal no era nada para ellos, era la agonía interna lo que les interesaba. Alargarían esto para siempre. La conservarían como su mascota.

Nadie la podría salvar, nadie podría entrar a esta oscuridad y vivir.

Uno por uno, fueron manoseando sus recuerdos. Ella los alimentó, les dio todo lo que querían y más. Hacia atrás y más atrás, buscando en los años mientras se sumergían en la oscuridad entrelazándose juntos. A ella no le importaba.

No había visto a los ojos al príncipe del Valg con la esperanza de volver a

ver una salida de sol.

No supo cuánto tiempo cayó con ellos.

Pero entonces escuchó un sonido de agua que corría y rugía: un río helado. Susurros y luz borrosa que subían para encontrarlos. No, no subían, esto era el fondo.

Era el fin del abismo. Y un desenlace para ella, tal vez, al fin.

No sabía si el príncipe del Valg estaba bufando por rabia o por placer cuando chocaron contra ese río congelado en el fondo de su alma.

Capítulo 54

Las trompetas anunciaron su llegada. Solo se escuchaban trompetas y silencio cuando la gente de Orynth se amontonó en las calles empinadas y curvas que llevaban al palacio blanco que se alzaba

sobre todos. Era el primer día soleado en semanas y la nieve de las calles empedradas se estaba derritiendo con rapidez, aunque el viento todavía tenía un toque mordiente por el invierno, suficiente para que el rey de Adarlan y su enorme comitiva llegaran envueltos en pieles que revestían su realeza.

Sin embargo, las banderas color rojo y dorado ondeaban con el viento fresco y los mástiles dorados brillaban tanto como la armadura de quienes las portaban trotando al frente del grupo. Ella los vio aproximarse desde uno de los balcones del salón del trono. Aedion estaba a su lado comentando constantemente sobre el estado de sus

caballos, sus armaduras, sus armas…, sobre el rey de Adarlan mismo, que cabalgaba cerca del frente del grupo, sobre un gran corcel de guerra negro. A su lado venía una figura pequeña montada sobre un poni.

—Su hijo llorón —le dijo Aedion.

Todo el castillo estaba miserablemente silencioso. Todos corrían de un lado a otro, pero en silencio, tensos. Su padre había estado nervioso durante el desayuno y su madre, distraída. Toda la corte estaba malhumorada y traían más armas de lo normal. Solo su tío parecía estar igual, solo Orlon le había sonreído hoy, le había dicho que se veía muy bonita con

su vestido azul y su corona dorada y le tiró de uno de los rizos recién hechos. Nadie le había dicho nada sobre esta visita, pero sabía que era importante, porque incluso Aedion estaba usando ropa limpia, corona y una daga nueva, que había empezado a lanzar al aire.

—Aedion, Aelin —dijo alguien desde el interior del salón del trono, era lady Marion, la mejor amiga de su madre y su doncella—. Al estrado, ahora.

Detrás de la hermosa dama se asomó una cabeza con cabello negro y ojos de ónix, Elide, su hija. La niña era demasiado silenciosa y frágil para que se molestaran con hacerle caso, en

general. Y lady Marion, su nana, consentía demasiado a su propia hija.

—Ratas en cueros —maldijo Aedion, y Marion se puso roja de furia, pero no lo regañó. Eso ya era prueba suficiente de que el día de hoy era distinto, peligroso incluso.

Su estómago se tensó. Pero siguió a lady Marion al interior con Aedion pisándole los talones, como siempre, y se sentó en su pequeño trono al lado de su padre. Aedion se sentó a su lado, con los hombros hacia atrás y la cabeza en alto, ya en su papel de protector y guerrero.

Todo Orynth estaba en silencio cuando el rey de Adarlan entró a su

hogar en la montaña.

Odiaba al rey de Adarlan.

No sonreía; no lo hizo cuando entró al salón del trono para saludar a su tío y a sus padres, no lo hizo cuando le presentó a su hijo mayor, el príncipe heredero Dorian Havilliard, y tampoco cuando entraron al gran salón para el banquete más grande que hubiera visto jamás. Solo la había visto en dos ocasiones hasta el momento: una cuando se conocieron inicialmente, y él la miró tanto tiempo y con tal intensidad que su

padre exigió saber qué le parecía tan interesante al rey de Adarlan sobre su hija, y toda la corte se había tensado. Pero ella le sostuvo la mirada oscura. Odiaba su rostro tosco lleno de cicatrices y odiaba sus pieles. Odiaba la manera en que ignoraba a su hijo de cabello oscuro, que estaba parado como un muñeco bonito a su lado, con sus modales elegantes y agraciados, y sus manos pálidas que se movían como pequeñas aves.

La segunda vez que el rey la miró había sido en la mesa, donde estaba sentada a unos cuantos lugares de distancia. Lady Marion estaba a un lado de ella, del lado más cercano al rey, y

Aedion del otro. Lady Marion traía dagas pegadas a las piernas debajo de su vestido. Lo sabía porque las sentía a cada rato cuando chocaba con ella. Lord Cal, el esposo de Marion, estaba sentado al lado de su mujer y el acero que portaba brillaba.

Elide, junto con todos los demás niños, se había ido al piso de arriba. Solo a ella, a Aedion y al príncipe Dorian se les permitió quedarse. Aedion estaba henchido de orgullo y casi no pudo controlar su temperamento cuando el rey de Adarlan la volvió a mirar, como si pudiera mirarla hasta los huesos. Entonces el rey empezó una conversación con sus padres y su tío y

todos los señores y damas de la corte que se acomodaron alrededor de la familia real.

Ella siempre había sabido que su corte no se arriesgaba, no con ella y no con sus padres o su tío. Incluso ahora, notó las miradas de los amigos más cercanos a su padre que pasaban entre las ventanas y las puertas mientras mantenían una conversación con los comensales a su alrededor.

El resto del salón estaba lleno de las personas que venían de Adarlan y los círculos externos de la corte de Orlon, junto con algunos comerciantes clave de la cuidad que querían formar lazos con Adarlan. O algo así. Pero su atención

estaba en el príncipe sentado frente a ella, a quien su padre no le hacía nada de caso, como tampoco el resto de su corte. Lo habían dejado casi al final de la mesa, con ella y Aedion.

Comía de manera tan hermosa, pensó, mirándolo cortar su pollo rostizado. Ni una gota se movía fuera de su lugar, no caía ni una migaja en la mesa. Ella tenía buenos modales, pero Aedion no tenía remedio. Su plato estaba lleno de huesos y había migajas esparcidas por todas partes, algunas incluso en su propia ropa. Lo pateó por eso, pero la atención de su primo estaba demasiado concentrada en la realeza que estaba en la mesa.

Así que nadie le haría caso, ni a ella ni al príncipe heredero. Miró al niño de nuevo. Tenía más o menos su edad, supuso. Su piel era del invierno y su cabello negro azulado estaba cortado cuidadosamente; sus ojos color zafiro se levantaron del plato para mirarla.

—Comes como toda una dama —le dijo ella.

Los labios del niño se apretaron y sus mejillas de marfil se sonrojaron. Del otro lado de ella, Quinn, el capitán de la Guardia de su tío, casi se ahogó con su agua.

El príncipe miró a su padre, que seguía ocupado conversando con su tío, antes de responder. No lo hizo para

buscar su aprobación, sino por miedo.

—Como igual que un príncipe —respondió Dorian en voz baja.

—No necesitas cortar tu pan con cuchillo y tenedor —le dijo ella. Empezó a dolerle la cabeza y luego sintió una llamarada de calor, pero no le hizo caso. El salón estaba caliente y habían cerrado todas las ventanas por alguna razón.

—Aquí en el norte —continuó al ver que el cuchillo y el tenedor del príncipe seguían en el mismo sitio sobre su bollo — no necesitas ser tan formal. No nos damos esos aires aquí.

Hen, uno de los hombres de Quinn, tosió deliberadamente desde su lugar a

unos cuantos asientos de distancia. Casi lo podía escuchar diciendo: «Dice la damita que tiene el cabello cuidadosamente rizado y que está usando su vestido nuevo, ese que, nos dijo, nos costaría el pellejo si lo ensuciábamos».

Ella observó a Hen con una mirada igualmente deliberada y luego devolvió su atención al príncipe extranjero. Él ya había vuelto a bajar la vista hacia su comida, como si esperara que nadie le hiciera caso el resto de la noche. Y se veía suficientemente solitario para que ella dijera:

—Si quieres, puedes ser mi amigo.

Ninguno de los hombres alrededor

de ellos dijo nada, ni tosió.

Dorian levantó la barbilla.

—Tengo un amigo, va a ser el señor de Anielle algún día y es el guerrero más fiero del lugar.

Ella dudó que a Aedion le gustara esa afirmación, pero su primo seguía concentrado en el otro lado de la mesa. Deseó haber mantenido la boca cerrada. Incluso este príncipe extranjero inútil tenía amigos. Su dolor de cabeza aumentó y tomó un trago de agua. Agua, siempre agua para refrescar su interior.

Sin embargo, estirarse para tomar el vaso le hizo sentir punzadas de dolor ardiente en la cabeza y le sacó una mueca de dolor.

—¿Princesa? —dijo Quinn. Siempre era el primero en darse cuenta.

Ella parpadeó y vio puntos negros. Pero el dolor cesó.

No, no había cesado, solo había hecho una pausa. Una pausa, y luego…

Justo entre los ojos, sintió que el dolor se presionaba contra su cabeza e intentaba entrar. Se frotó la frente. Se le cerró la garganta y buscó el agua, pensando en la frescura, en la tranquilidad y el frío, exactamente como le habían dicho sus tutores y los miembros de la corte. Pero la magia ya estaba cerniéndose en su estómago y empezaba a quemarla. Cada pulsación de dolor en su cabeza era peor.

—Princesa —volvió a decir Quinn. Ella se puso de pie con las piernas temblorosas. La negrura de su visión se iba cerrando con cada golpe del dolor y se tambaleó. A la distancia, como si estuviera bajo el agua, escuchó a lady Marion pronunciar su nombre, estirarse hacia ella, pero ella quería el toque fresco de su madre.

Su mamá la volteó a ver desde su asiento, con el rostro demacrado, sus aretes de oro brillando en la luz. Estiró un brazo, llamándola.

—¿Qué sucede, Corazón de Fuego?

—No me siento bien —dijo ella pero apenas logró pronunciar las palabras. Se sostuvo del brazo

enfundado en terciopelo de su madre para buscar alivio y para evitar que se le doblaran las rodillas.

—¿Qué te duele? —le preguntó su madre mientras le ponía la mano en la frente. Notó un destello de preocupación en su mirada y luego la vio mirar a su padre, quien las observaba sentado al lado del rey de Adarlan—. Tiene mucha fiebre —dijo su madre con suavidad. Lady Marion de pronto estaba detrás de ella y su madre levantó la vista para agregar—: Que el sanador vaya a su habitación.

En un instante Marion se apresuró hacia una puerta lateral.

No necesitaba un sanador y tomó a

su madre del brazo para decírselo. Sin embargo, no le salieron las palabras porque la magia ya estaba aumentando y quemándola. Su madre bufó de dolor y se movió hacia atrás. Le salía humo del vestido justo donde ella la había tocado.

—Aelin.

Su cabeza latió, una explosión de dolor, y entonces…

Un movimiento en su cabeza que se retorcía y se enroscaba.

Un gusano de oscuridad que se introducía. Su magia retrocedió, azotándose, intentando sacarlo, quemarlo, salvarlas a ambas, pero…

—Aelin.

—Sácalo —gimió ella con voz

ronca y presionando sus sienes mientras se alejaba de la mesa. Dos de los señores extranjeros se llevaron a Dorian de la mesa y lo sacaron de la habitación.

Su magia se levantó como corcel cuando el gusano penetró más.

—Sácalo.

—Aelin —su padre ya se había puesto de pie con la mano en la espada. La mitad de los demás comensales también se paraban pero ella estiró una mano, para mantenerlos lejos, para advertirles.

Salieron flamas azules. Dos personas se movieron a tiempo para esquivarlas, pero todos se pusieron de pie al ver que los asientos vacíos

ardían.

El gusano se afianzó a su mente y no la soltaría.

Ella se agarraba la cabeza y su magia gritaba con tal fuerza que podría destrozar el mundo. Y luego estaba ardiendo, una columna viviente de flamas color turquesa, llorando mientras el gusano oscuro continuaba su labor y las paredes de su mente empezaban a ceder.

Por encima de su propia voz, por encima de los gritos en el salón, escuchó el aullido de su padre, una orden a su madre, que estaba de rodillas con las manos estiradas hacia ella a modo de súplica.

—¡Hazlo, Evalin!

El pilar de flamas se calentó más, lo suficiente para que la gente empezara a huir.

Los ojos de su madre se encontraron con los suyos, llenos de súplica y dolor.

Entonces vino el agua, una pared de agua que chocó contra ella, que la azotó contra las rocas, que entró por su garganta, por sus ojos, ahogándola.

Ahogándola. Hasta que ya no hubo aire para su fuego, solo agua y su abrazo congelante.

El rey de Adarlan la miró por tercera vez… y sonrió.

Los príncipes del Valg disfrutaron de ese recuerdo, de ese terror y ese dolor.

Y se habían detenido para saborearlo, comprendió Celaena. El rey de Adarlan había usado su poder sobre ella esa noche. Sus padres no podían haber sabido que la persona responsable de ese gusano negro, que desapareció en cuanto ella perdió la conciencia, había sido el hombre sentado junto a ellos.

Apareció un cuarto príncipe, uno que vivía dentro de Narrok y que dijo:

—Los soldados ya casi toman el túnel, prepárense para movilizarse pronto —pudo sentirlo cerca de ella, observándola—. Veo que encontraron un premio que le interesará a nuestro señor. No se la terminen. Solo sorbos.

Ella intentó invocar algún horror,

intentó sentir algo al pensar dónde la llevarían, lo que le harían. Pero no pudo sentir nada cuando los príncipes murmuraron que entendían y el recuerdo continuó precipitándose.

Su madre pensó que había sido un ataque de Maeve, un recordatorio feroz de la deuda que tenía con ella, para hacerlos verse vulnerables. En las horas posteriores, mientras estuvo en el baño helado de la habitación contigua, usó sus orejas de hada para escuchar a sus padres y su corte debatiendo la situación

desde la sala de su habitación.

Tenía que haber sido Maeve. Nadie más podía hacer algo así, ni saber que esa manifestación de poderes sería perjudicial frente al rey de Adarlan, quien de por sí ya odiaba la magia.

Ella no quiso discutirlo, ni siquiera cuando pudo volver a caminar, hablar y actuar como princesa. Su madre, insistiendo en que algo de normalidad le ayudaría, la obligó a asistir a tomar el té la tarde siguiente con el príncipe Dorian, quien fue cuidadosamente vigilado y monitoreado, y con Aedion sentado entre ambos. Y cuando los modales impecables de Dorian fallaron y le tiró todo el contenido de la tetera

sobre su vestido nuevo, logró que Aedion amenazara con darle una paliza.

Pero no le importaba el príncipe, ni el té ni el vestido. Apenas pudo caminar a su habitación y esa noche soñó con gusanos que le invadían la mente. Despertó gritando y con flamas en la boca.

Al amanecer, sus padres la sacaron del castillo y se fueron a la casa de campo a dos días de distancia. La sanadora les había dicho que posiblemente las visitas extranjeras le habían provocado demasiado estrés. Sugirió que lady Marion la llevara, pero sus padres se empeñaron en acompañarla. Su tío estuvo de acuerdo.

El rey de Adarlan, al parecer, no se quedaría en el castillo tampoco si su magia andaba suelta por ahí.

Aedion se quedó en Orynth y sus padres le prometieron que enviarían por él en cuanto se estabilizara. Pero ella sabía que lo hacían por la seguridad del niño. Lady Marion también fue con ellos y dejó a su esposo y a Elide en el palacio, también por su seguridad.

Un monstruo, eso era. Un monstruo que debía contenerse y monitorearse.

Sus padres discutieron las primeras dos noches en la finca, y lady Marion le hacía compañía, le leía, le cepillaba el cabello y le contaba historias sobre su hogar en Perranth. Marion fue lavandera

en el palacio de su niñez. Pero cuando llegó Evalin, se hicieron amigas; inicialmente porque la princesa ensució la camisa favorita de su nuevo esposo y quería que la limpiaran antes de que él se diera cuenta.

Evalin pronto le pidió a Marion que fuera su dama de compañía, y poco después lord Lochan regresó de su campaña en la frontera sur: el apuesto Cal Lochan, quien por alguna extraña razón se convirtió en el hombre más desaseado del castillo y siempre necesitaba del consejo de Marion sobre cómo quitar distintas manchas. Quien un día le pidió a la doncella de cuna bastarda que se convirtiera en su esposa,

y no solo en su esposa, sino en lady de Perranth, el segundo territorio más grande de Terrasen. Dos años después, tuvieron a Elide, heredera de Perranth.

Ella amaba las historias de Marion, y se aferró a esas historias en el silencio y la tensión de los días posteriores, cuando el invierno todavía no quería irse del mundo y hacía gemir la finca.

Los vientos fuertes hacían tronar la casa la noche que su madre entró a su recámara, que era mucho menos impresionante que la del palacio, pero hermosa de todas maneras. Aquí solo pasaban los veranos, ya que la casa era demasiado fría para el invierno y los caminos, demasiado peligrosos. El

hecho de que hubieran venido…

—¿Todavía no te duermes? —preguntó su madre. Lady Marion se levantó de la cama de al lado. Después de algunas palabras cariñosas, Marion se marchó sonriéndoles a ambas.

Su madre se acurrucó en el colchón y la acercó a sí.

—Lo siento —le dijo su madre pronunciando las palabras en su cabello. Las pesadillas también habían sido de ahogamientos, de agua helada que se cerraba sobre su cabeza—. Lo siento mucho, Corazón de Fuego.

La joven enterró la cara en el pecho de su madre y disfrutó de la calidez.

—¿Sigues teniendo miedo de

dormir?

Ella asintió y la abrazó con más fuerza.

—Te tengo un regalo, entonces —como ella no se movió, su madre preguntó—: ¿No lo quieres ver?

Sacudió la cabeza, no quería un regalo.

—Pero esto te protegerá del daño, te mantendrá segura siempre.

La joven levantó la cabeza y vio a su madre que sonreía y se quitaba una pesada cadena de oro con un medallón redondo que traía bajo el camisón y se la dio.

Se quedó viendo el amuleto y luego a su madre con los ojos muy abiertos.

El Amuleto de Orynth. El recuerdo más valorado sobre todos los demás de su casa. Su disco redondo era del tamaño de la palma de su mano y en su frente cerúleo tenía grabado un ciervo blanco de cuerno, cuerno que les había regalado el Señor del Bosque. Entre sus astas curvas había una corona de oro en llamas, la estrella inmortal que los cuidaba y que apuntaba hacia el hogar, en Terrasen. Elide conocía el amuleto muy bien, lo había recorrido con los dedos incontables veces y había memorizado la forma de los símbolos que tenía grabados en la parte de atrás: palabras en una lengua extraña que nadie podía recordar.

—Papá te dio esto cuando estuvieron en Wendlyn. Para protegerte.

La sonrisa de su madre persistió.

—Y antes de eso, su tío se lo dio a él cuando cumplió la mayoría de edad. Es un regalo que se debe dar a los miembros de nuestra familia, a quienes necesitan de su guía.

Estaba demasiado sorprendida para objetar cuando su madre le pasó la cadena por la cabeza y le acomodó el amuleto al frente. Le llegaba casi al ombligo, pesado y cálido.

—Nunca te lo quites. Nunca lo pierdas —su madre le besó la frente—. Úsalo y sábete amada, Corazón de Fuego, sábete segura y ten por seguro

que la fuerza de esto —se colocó una mano en el corazón— es lo que importa. A donde sea que vayas, Aelin —murmuró—, no importa qué tan lejos, esto te conducirá a casa.

Había perdido el Amuleto de Orynth. Lo perdió esa misma noche.

No podía soportarlo. Intentó rogarles a los príncipes del Valg que ya le pusieran fin a su sufrimiento y que la drenaran hasta la nada, pero en este sitio no tenía voz.

Horas después de que su madre le

diera el Amuleto de Orynth, inició una tormenta.

Era una tormenta de oscuridad sobrenatural, y sintió esa cosa horrible que se retorcía empujando nuevamente contra su mente. Sus padres permanecieron inconscientes junto con todos los demás de la finca, a pesar del olor extraño que impregnaba el aire.

Ella sostuvo el amuleto contra su pecho cuando los truenos la despertaron en plena oscuridad, lo apretó y les rezó a todos los dioses que conocía. Pero el amuleto no le había dado fuerza ni valor, y se metió a la habitación de sus padres, que estaba tan negra como la suya, salvo por la ventana que se mecía con el

ventarrón y la lluvia.

La lluvia había mojado todo, pero… pero debían estar exhaustos de tanto lidiar con ella y por la ansiedad que intentaban ocultar. Así que cerró la ventana y se metió con cuidado en su cama húmeda para no despertarlos. No la abrazaron, no le preguntaron qué pasaba, y la cama estaba tan fría, más fría que la suya, y olía a cobre y a hierro, y a ese olor que no le agradaba.

Despertó con ese olor cuando la mujer gritó.

Lady Marion entró rápidamente, con los ojos muy abiertos pero despejados. No miró a sus amigos muertos, sino que fue directo a la cama y se inclinó por

encima del cadáver de Evalin. La dama de compañía era pequeña y de huesos delicados, pero de alguna manera la levantó para separarla de sus padres y la abrazó con fuerza al salir de la habitación. Los pocos sirvientes que estaban en la finca se movían con pánico: algunos salían corriendo para buscar la ayuda que estaba, como mínimo, a un día de distancia, y otros huían.

Lady Marion se quedó.

Marion se quedó y le preparó un baño. La ayudó a quitarse el camisón frío y ensangrentado. No hablaron ni intentaron hacerlo. Lady Marion la bañó, y cuando estuvo limpia y seca, la llevó a

la cocina fría. La sentó en la mesa larga, envuelta en una manta, y se puso a encender la chimenea.

No había hablado ese día. No le quedaban sonidos o palabras dentro, de todas maneras.

Uno de los pocos sirvientes que se habían quedado entró de golpe, y gritó a la casa vacía que el rey Orlon también había muerto. Asesinado en su cama igual que…

Lady Marion salió de la cocina enseñando los dientes antes de que el hombre pudiera entrar. No alcanzó a oír a la gentil Marion cuando le dio una bofetada y le ordenó que se fuera a buscar ayuda, que encontrara ayuda de

verdad y no noticias inútiles.

Asesinados. Su familia estaba… muerta. No había vuelta atrás tratándose de la muerte, y sus padres… ¿Qué habían hecho los sirvientes con sus… sus…?

Empezó a sacudirse con tal violencia que se le cayó la manta. No podía hacer que sus dientes dejaran de castañetear. De milagro logró permanecer en la silla.

No podía ser cierto. Esto era otra pesadilla y despertaría para encontrar a su padre acariciándole el cabello, a su madre sonriéndole, despertaría en Orynth y…

El peso cálido de la manta se volvió

a envolver a su alrededor y lady Marion la levantó hacia su regazo y empezó a mecerla.

—Lo sé. No me voy a ir. Me voy a quedar contigo hasta que llegue la ayuda. Estarán aquí mañana. Lord Lochan, el capitán Quinn, tu Aedion… Todos llegarán aquí mañana. Tal vez incluso al amanecer —pero lady Marion también estaba sacudiéndose—. Lo sé —repetía llorando silenciosamente—. Lo sé.

El fuego se apagó junto con el llanto de Marion. Se quedaron abrazadas una a la otra ancladas, en esa silla de la cocina. Esperaron el amanecer y a los demás que podrían ayudar de alguna

manera.

Se escuchó un caballo en el exterior, el sonido era débil pero el mundo estaba tan silencioso que alcanzaron a escuchar ese caballo solitario. Seguía oscuro. Lady Marion miró por las ventanas de la cocina y escuchó que el caballo daba vuelta lentamente hasta que…

Se metieron debajo de la mesa en un instante. Marion la presionó hacia el suelo congelado y la cubrió con su cuerpo delicado. El caballo se dirigió hacia el frente de la casa que estaba a oscuras.

Al frente porque… porque la luz de la cocina le indicó al desconocido que había alguien dentro. El frente era mejor

para meterse a escondidas para… para terminar lo que había empezado la noche anterior.

—Aelin —susurró Marion y unas manos pequeñas y fuertes encontraron su rostro y la obligaron a ver las facciones blancas como la nieve, los labios rojos como la sangre—. Aelin, escúchame —aunque Marion estaba respirando rápidamente, su voz era tranquila—. Vas a salir corriendo hacia el río. ¿Te acuerdas del camino hacia el puente?

El puente angosto de cuerda y madera que cruzaba el barranco y el rápido río Florine debajo. Ella asintió.

—Muy bien. Ve al puente y crúzalo. ¿Recuerdas la granja vacía al final del

camino? Encuentra un sitio donde esconderte ahí y no salgas, no dejes que nadie te vea a menos que sea alguien que reconozcas. Ni siquiera si te dicen que son amigos. Espera a la corte, ellos te encontrarán.

Estaba temblando de nuevo, pero Marion la tomó por los hombros.

—Voy a conseguir todo el tiempo que pueda, Aelin. No importa lo que escuches, no importa lo que veas, no voltees y no te detengas hasta que encuentres un sitio donde esconderte.

Sacudió la cabeza y las lágrimas silenciosas encontraron al fin su camino al exterior. La puerta principal rechinó, fue un movimiento rápido.

Lady Marion buscó la daga de su bota. Brilló en la luz tenue.

—Cuando te diga que corras, corre, Aelin. ¿Me entendiste?

No quería, no quería hacerlo para nada, pero asintió.

Lady Marion la besó en la frente.

—Dile a mi Elide… —se le quebró la voz—. Dile a mi Elide que la amo muchísimo.

Se oyó un sonido suave de pasos que se acercaban desde el frente de la casa. Lady Marion la arrastró para sacarla de abajo de la mesa y abrió la puerta de la cocina apenas lo suficiente para que ella pudiera salir.

—Corre ahora —le dijo lady

Marion y la empujó hacia la noche.

La puerta se cerró tras ella y luego solo hubo el aire frío y oscuro y los árboles que indicaban el camino al puente. Empezó a correr dando traspiés. Tenía las piernas como plomo y sus pies descalzos se estaban lastimando en el suelo. Pero llegó a los árboles justo cuando se escuchó un sonido fuerte en la casa.

Se sostuvo de un tronco y se le doblaron las rodillas. A través de una ventana abierta pudo ver a lady Marion de pie, con sus dagas en las manos, pero temblando, frente a un hombre alto y encapuchado.

—No la encontrarán.

El hombre dijo algo que hizo que Marion retrocediera hacia la puerta, no para huir, sino para bloquearla.

Era tan pequeña, su nana. Tan pequeña comparada con él.

—Es una niña —gritó Marion. Nunca la había oído gritar así, con rabia e indignación y desesperación. Marion levantó sus dagas, precisamente como su esposo le había enseñado una y otra vez.

Debía ayudar, no debía quedarse escondida entre los árboles. Había aprendido a manejar un cuchillo y una espada pequeña. Debía ayudar.

El hombre atacó a Marion pero ella se quitó de su paso y luego le saltó encima, cortando y rasgando y

mordiendo.

Y entonces el hombre la tomó y la lanzó contra la orilla de la mesa y algo se rompió, algo se rompió de manera tan fundamental que supo que no había manera de regresar de ese sitio, ni para ella ni para lady Marion. Se escuchó el tronar de huesos y luego vio el arco de la espada que se dirigía hacia el cuerpo azorado… hacia la cabeza. Un salpicón rojo.

Sabía suficiente sobre la muerte para comprender que una vez que una cabeza se separaba así, todo había terminado. Sabía que lady Marion, quien tanto había amado a su esposo y a su hija, ya se había ido. Supo que eso, eso se

llamaba sacrificio.

Corrió. Corrió entre los árboles desnudos y los arbustos le desgarraron las ropas y el cabello, deshaciendo, mordiendo. El hombre no se molestó en no hacer ruido al abrir la puerta de la cocina, montar en su caballo y salir a galope tras ella. Los cascos del caballo sobre el suelo eran tan poderosos que parecían hacer eco a través del bosque, el caballo tenía que ser un monstruo.

Ella se tropezó con una raíz y chocó contra la tierra. A la distancia, el río, que se empezaba a derretir, estaba rugiendo. Estaba tan cerca, pero sintió un estallido de agonía en el tobillo. Atorada, estaba atorada en el lodo y las

raíces. Jaló las raíces que la sostenían y la madera le desgarró las uñas, y cuando no logró nada con eso, arañó el suelo lodoso. Le ardían los dedos.

Se escuchó el silbido de una espada al salir de su funda y el suelo tembló con el golpe de las patas del caballo. Más y más cerca.

Un sacrificio, había sido un sacrificio y ahora todo habría sido en vano.

Más que la muerte, eso era lo que odiaba más, el sacrificio desperdiciado de lady Marion. Arañó el suelo y jaló de las raíces y entonces…

Unos ojos diminutos en la oscuridad, dedos pequeños jalando las raíces,

levantándolas. Su pie se liberó y se pudo alzar de nuevo, incapaz de agradecer a la Gente Pequeña que ya había desaparecido, incapaz de hacer otra cosa salvo correr, ahora cojeando. El hombre estaba tan cerca, los helechos tronaban detrás, pero ella conocía el camino. Había recorrido este lugar tantas veces que la oscuridad no era ningún obstáculo.

Lo único que debía hacer era llegar al puente. El caballo no podría pasar y ella era lo suficientemente rápida para que no la alcanzara corriendo. La Gente Pequeña podría ayudarla otra vez. Solo tenía que llegar al puente.

Se abrieron los árboles y el rugido

del río se escuchó abrumador. Estaba ya muy cerca. Sintió y escuchó que el caballo se abría paso detrás de ella y oyó el silbido de la espada cuando la levantó el jinete, preparada para partirle la cabeza en dos ahí mismo.

Ahí estaban los postes gemelos apenas visibles en la noche sin luna. El puente. Había llegado, y ahora le quedaban solo unos metros, ahora unos centímetros, ahora…

La respiración del caballo se sintió caliente en su cuello y ella se lanzó hacia los dos postes del puente y saltó en dirección de las tablas de madera.

Saltó hacia el vacío.

No había fallado, no, esos eran los

postes y…

Él había cortado el puente.

Ese fue su único pensamiento mientras iba cayendo, tan rápido que no tuvo tiempo de gritar antes de chocar contra el agua helada, y el río la jaló hacia abajo.

Eso.

El momento en que lady Marion había elegido la esperanza desesperada por su reino sobre su propia vida, sobre su esposo y su hija que esperarían y esperarían un regreso que nunca

llegaría.

Ese fue el momento que rompió todo lo que Aelin Galathynius era y había prometido ser.

Celaena estaba tirada en el piso, en el fondo del mundo, en el fondo del infierno.

Ese era el momento que no podía enfrentar, que no había enfrentado.

Porque incluso de niña supo reconocer la enormidad de ese sacrificio.

Había más, después del momento en que entró al agua. Pero esos recuerdos eran borrosos, una mezcla de hielo y agua negra y una luz extraña, y luego no supo más hasta que Arobynn estaba

agachado sobre ella entre los juncos a las orillas del río, en algún lugar lejano. Despertó en una cama extraña en un palacio frío y el Amuleto de Orynth se perdió en el río. La magia que tenía, la protección que ofrecía, se había agotado esa noche.

Luego vino el proceso de tomar su miedo y su culpa y su desesperación y darles forma para crear algo nuevo. Luego el odio, el odio que la había reconstruido, la rabia que le había dado fuerza, ahogando los recuerdos que sepultó en una tumba en su corazón y nunca más volvió a sacar.

Se había llevado el sacrificio de lady Marion y se había convertido en un

monstruo, casi tan malo como el que había asesinado a lady Marion y a su propia familia.

Por eso no podía regresar, por eso no regresó a casa.

Nunca buscó las cifras de muertos en esas semanas iniciales de la matanza, ni en los años siguientes. Pero sabía que lord Lochan había sido ejecutado. Así como Quinn y sus hombres. Y muchos de esos niños… todas esas luces brillantes, todos a los que ella debía proteger. Y les había fallado.

Celaena se sostuvo del suelo.

Era lo que no le había podido decir a Chaol, ni a Dorian ni a Elena: que cuando Nehemia organizó su propia

muerte para que la pusiera en acción, ese sacrificio… ese sacrificio fue inútil.

No soltaría el suelo. No había nada más debajo de él, no había ningún otro lugar a dónde ir, ningún otro sitio al que pudiera escapar de esta verdad.

No supo cuánto tiempo se quedó acostada en el fondo de donde fuera este sitio, pero finalmente los príncipes del Valg volvieron a empezar, apenas más que sombras de pensamiento y malicia que iban pasando, al acecho, de recuerdo en recuerdo, como si estuvieran probando platillos en un banquete. Pequeñas probadas, sorbos. Ni siquiera la miraban, pues ya habían ganado. Y ella estaba contenta de que

así fuera. Que hicieran lo que quisieran, que Narrok la llevara de regreso a Adarlan y la arrojara a los pies del rey.

Se escuchó un sonido rasposo y el crujir de zapatos y luego una mano suave se deslizó hacia ella. Pero no era Chaol, ni Sam ni Nehemia quien estaba recostado junto a ella, mirándola con esos ojos tristes color turquesa.

Con la mejilla recargada en el musgo, la joven princesa que ella había sido, Aelin Galathynius, le tendió la mano.

—Levántate —le dijo con suavidad.

Celaena sacudió la cabeza.

Aelin intentó alcanzarla, traspasar esa grieta en los cimientos del mundo.

—Levántate.

Una promesa: una promesa de una vida mejor, de un mundo mejor.

Los príncipes del Valg se detuvieron.

Había desperdiciado su vida, había desperdiciado el sacrificio de Marion. Esos esclavos habían muerto masacrados porque ella había fallado, porque no había estado ahí a tiempo.

—Levántate —dijo alguien detrás de la joven princesa. Sam. Estaba parado justo en el borde de donde alcanzaba a ver, sonriendo levemente.

—Levántate —dijo otra voz, de mujer. Nehemia.

—Levántate —dos voces juntas, su

madre y su padre, con expresiones serias pero los ojos brillantes. Su tío estaba junto a ellos, con la corona de Terrasen sobre su cabello plateado—. Levántate —le dijo con suavidad.

Uno por uno, como sombras que salían de la niebla, fueron apareciendo. Los rostros de la gente que había amado con su corazón de fuego salvaje.

Y luego llegó lady Marion, sonriendo al lado de su esposo.

—Levántate —susurró, su voz llena de esa esperanza por el mundo y por la hija que no vería nunca más.

Un temblor en la oscuridad.

Aelin seguía recostada frente a ella, con la mano todavía extendida. Los

príncipes del Valg voltearon.

Cuando los príncipes demonios se movieron, su madre avanzó hacia ella, con esa cara, cabello y complexión tan similares a los de ella.

—Eres una decepción —siseó.

Su padre cruzó los brazos musculosos.

—Eres todo lo que odiaba del mundo.

Su tío, que todavía tenía la corona de astas que hacía mucho se había consumido hasta quedar convertida en cenizas.

—Hubiera sido mejor que murieras antes que avergonzarnos, degradar nuestro recuerdo, traicionar a nuestra

gente.

Las voces se mezclaron en un remolino. «Traidora. Asesina. Mentirosa. Ladrona. Cobarde». Una y otra vez, retorciéndose igual que el poder del rey de Adarlan que se había metido en su mente como un gusano.

El rey no lo había hecho solamente para causar una disrupción y lastimarla. También lo había hecho para separar a su familia, para sacarlos del castillo, para que nadie culpara a Adarlan y que todo pareciera como un ataque del exterior.

Ella se había culpado a sí misma por haber hecho que todos se fueran a la finca para terminar asesinados ahí. Pero

el rey lo había planeado todo, cada minuto a detalle. Excepto por el error de haberla dejado viva, tal vez por el poder del amuleto que sí la salvó.

—Ven con nosotros —susurró su familia—. Ven con nosotros a la oscuridad sin tiempo.

Intentaron alcanzarla con los rostros entre sombras y torcidos. Sin embargo, y a pesar de esas caras, tan deformadas por el odio, de todas maneras los amaba, aunque la odiaran, aunque les doliera, los amaría hasta que su último resoplido cesara, hasta que desaparecieran como humo y dejaran solo a Aelin recostada a su lado como había estado todo el tiempo.

Miró la cara de Aelin, la cara que alguna vez había usado, y su mano aún estirada, tan pequeña y sin cicatrices. La oscuridad de los príncipes del Valg parpadeó.

Había suelo sólido debajo de ella. Musgo y pasto. No era el infierno, era la tierra.

La tierra en la cual estaba su reino, verde y montañoso y tan firme como su gente. Su gente.

Su gente, esperando diez años, pero no más.

Podía ver las Staghorns con sus cimas nevadas, la maraña salvaje de Oakwald a sus pies, y… y Orynth, esa ciudad de luz y aprendizaje, alguna vez

un pilar de fortaleza, y su hogar.

Sería ambos otra vez.

No permitiría que esa luz se apagara.

Llenaría el mundo con ella, con su luz: con su don. Iluminaría la oscuridad con tanto brillo que todos los que estaban perdidos o heridos o rotos encontrarían su camino hacia ella, un faro para quienes siguieran viviendo en ese abismo. No era necesario un monstruo para destruir un monstruo, sino luz, luz para ahuyentar la oscuridad.

No tenía miedo.

Reconstruiría el mundo, lo reconstruiría por ellos, por aquellos que había amado con ese corazón glorioso y

ardiente; un mundo tan brillante y próspero que cuando los volviera a ver en el Más Allá, no se avergonzaría. Lo construiría para su gente, que había sobrevivido todo este tiempo y a quienes no abandonaría. Construiría para ellos un reino como nunca había existido, aunque le tomara hasta su último aliento.

Sería su reina, y no podía ofrecerles nada menos.

Aelin Galathynius le sonrió con la mano aún estirada.

—Levántate —dijo la princesa.

Celaena estiró la mano por la tierra que las separaba y sus dedos rozaron los de Aelin.

Y se levantó.

Capítulo 55

La barrera cayó.

Pero la oscuridad no avanzó sobre las rocas de vigilancia y Rowan, quien había estado luchando contra Gavriel y Lorcan, que lo sostenían en el césped

fuera de la fortaleza, supo por qué.

Las criaturas y Narrok habían capturado un premio mucho mayor que las hadas mestizas. La dicha de alimentarse de ella era algo que planeaban disfrutar por un largo, largo tiempo. Todo lo demás era secundario, como si hubieran olvidado continuar avanzando, atrapados por el frenesí del banquete.

Tras ellos, la pelea continuaba, como había estado librándose durante los últimos veinte minutos. El viento y el hielo no servían de nada contra la oscuridad, aunque Rowan lanzó ambos contra ella en el momento en que la barrera se derrumbó. Una y otra vez, lo

que fuera para perforar esa negrura eterna y ver qué quedaba de la princesa. Incluso cuando empezó a escuchar una voz femenina, suave y cálida, que lo llamaba desde la oscuridad, esa voz que llevaba siglos olvidando y que ahora lo desgarró en pedazos.

—Rowan —murmuró Gavriel y le sostuvo el brazo con más fuerza. Había empezado a llover—. Nos necesitan adentro.

—No —gruñó. Sabía que Aelin estaba viva porque durante todas estas semanas que habían estado respirando el aroma del otro, se habían vinculado. Estaba viva pero podría estar en cualquier nivel de tormento o

decadencia. Por ese motivo Gavriel y Lorcan lo estaban deteniendo. Si no lo hacían, correría hacia la oscuridad, donde Lyria lo llamaba.

Pero por Aelin había intentado liberarse.

—Rowan, los demás…

—No.

Lorcan maldijo más fuerte que el rugido de la lluvia torrencial.

—Está muerta, tonto, o casi muerta. Todavía puedes salvar otras vidas.

Empezaron a ponerlo de pie para alejarlo de ella.

—Si no me dejan ir, les arrancaré la cabeza del cuerpo —le gruñó a Lorcan, el comandante que le había ofrecido una

compañía de guerreros cuando no tenía a nadie ni nada.

Gavriel movió los ojos hacia Lorcan en una conversación silenciosa. Rowan se tensó y se preparó para lanzarlos a ambos por los aires. Lo dejarían inconsciente antes de permitirle que entrara a esa oscuridad, donde el llamado de Lyria ahora se había convertido en un grito que pedía piedad. No era real. No era real.

Pero Aelin era real, y le estaban drenando la vida con cada instante que ellos lo sostenían ahí. Lo único que necesitaba para que quedaran inconscientes era que Gavriel tirara su escudo mágico, que tenía levantado

contra el poder de Rowan desde el momento en que lo había empezado a sostener para que no saliera. Tenía que entrar a esa oscuridad, tenía que encontrarla.

—Suéltenme —volvió a gruñir.

Un temblor sacudió la tierra y todos se quedaron congelados. Debajo de ellos estaba surgiendo un poder enorme, un gigante que se levantaba de las profundidades.

Voltearon hacia la oscuridad. Y Rowan podría haber jurado que una luz dorada hizo un arco a través de ella y luego desapareció.

—Es imposible —dijo Gavriel sin aliento—. Se agotó.

Rowan no se atrevía a parpadear. Los agotamientos de Celaena siempre habían sido autoimpuestos, una especie de barrera interna compuesta por miedo y un deseo remanente de normalidad que le impedía aceptar la verdadera profundidad de su poder.

Las criaturas se alimentaban de desesperación, dolor y terror. Pero ¿qué tal si… qué tal si la víctima dejaba ir esos miedos? ¿Qué tal si la víctima los atravesaba y los aceptaba?

Como en respuesta a estas preguntas, una llama hizo erupción desde el muro de oscuridad.

El fuego se desenroscó y llenó la noche lluviosa, brillante como un ópalo

rojo. Lorcan maldijo y Gavriel levantó nuevos escudos de su propia magia. Rowan no se molestó.

No lucharon contra él cuando se separó de sus manos y se puso de pie. La flama no le quemó ni un pelo de la cabeza. Fluyó sobre él y a sus costados, gloriosa e inmortal e inquebrantable.

Y ahí, más allá de las rocas, parada entre dos de esas criaturas, estaba Aelin, con una marca extraña que le brillaba en la frente. Su cabello fluía a su alrededor, más corto y brillante como su fuego. Y sus ojos, aunque estaban bordeados de rojo, el oro de sus ojos era una llama viva.

Las dos criaturas se abalanzaron

sobre ella y la oscuridad avanzó a su alrededor.

Rowan logró correr un paso antes de que ella lanzara sus brazos hacia el frente y tomara a las criaturas de sus caras perfectas con las palmas sobre sus bocas abiertas mientras exhalaba con fuerza.

Como si les hubiera insuflado fuego a sus corazones, las flamas salieron disparadas de sus ojos, sus oídos y sus dedos. Las dos criaturas no tuvieron oportunidad siquiera de gritar cuando las convirtió en cenizas.

Bajó sus brazos. Su magia estaba ardiendo con tal ferocidad que la lluvia se convertía en vapor antes de llegar a

ella. Un arma brillante recién salida de la fragua.

Se olvidó de Gavriel y de Lorcan y corrió hacia ella, las flamas doradas y rojas y azules completamente suyas, de esta heredera de fuego. Cuando al fin lo vio, sonrió levemente: la sonrisa de una reina.

Pero había agotamiento en esa sonrisa, y su magia brillante parpadeó. Detrás de ella, Narrok y la criatura restante, la que habían enfrentado en el bosque, estaban enrollando la oscuridad sobre sí mismos, como si estuvieran preparándose para atacar. Aelin volteó hacia ellos, meciéndose ligeramente con la piel pálida como la muerte. Se habían

alimentado de ella y estaba drenada después de haber destrozado a sus parientes. Un agotamiento verdadero y muy real se acercaba poco a poco.

La pared de negrura creció para formar un martillo final y acabarla, pero la chica se mantuvo firme, una luz dorada en la oscuridad. Eso era todo lo que Rowan necesitaba ver antes de saber lo que debía hacer. El viento y el hielo no eran útiles aquí, pero había otras maneras.

Rowan sacó su daga y se abrió la palma de la mano mientras corría bajo las rocas de la puerta.

La oscuridad creció y creció, y Aelin sabía que iba a doler, sabía que probablemente la iba a matar, y a Rowan, cuando descendiera sobre ellos. Pero no correría para escapar.

Rowan la alcanzó, jadeando y sangrando. No lo deshonraría pidiéndole que huyera cuando extendió su palma sangrante, ofreciéndole su poder bruto para aprovecharlo ahora que estaba prácticamente vacía. Sabía que funcionaría. Lo había sospechado desde hacía algún tiempo. Eran carranam.

Rowan había venido por ella.

Sostuvo su mirada y tomó su propia daga para cortarse la palma, justo sobre la cicatriz que se había provocado en la tumba de Nehemia. Y aunque sabía que él podía leer las palabras en su rostro, dijo:

—¿Hasta cualquier fin?

Él asintió y unieron sus manos, sangre a sangre y alma a alma, y su otro brazo la abrazó para sostenerla con fuerza. Con las manos unidas, le susurró al oído:

—Yo te proclamo también, Aelin Galathynius.

La ola de negrura impenetrable descendió rugiendo para devorarlos.

Pero esto no era el final… no era su

final. Había sobrevivido a la pérdida, el dolor y la tortura; había sobrevivido a la esclavitud, el odio y la desesperación; sobreviviría a esto también. Porque la suya no era una historia de oscuridad. Así que no sentía miedo de ese negro aplastante, no con el guerrero a su lado que la sostenía, no con el valor que le proporcionaba tener un verdadero amigo, un amigo que hacía que vivir no fuera tan horrible después de todo, no si él estaba a su lado.

La magia de Rowan entró en su cuerpo, vieja y extraña y tan vasta que se le doblaron las rodillas. Él la sostuvo con esa fuerza inquebrantable y ella tomó su poder salvaje mientras él abría

sus barreras más internas, permitiendo que fluyera a través de su ser.

La ola negra no había recorrido la mitad de la caída cuando la destrozaron con luz dorada y dejaron a Narrok y su príncipe restante con la boca abierta.

No les dio ni un segundo para volver a reunir oscuridad. Se valió del poder del pozo sin fondo dentro de Rowan y sacó fuego y luz, brasas y calidez, el brillo de mil amaneceres y puestas de sol. Si los Valg tenían deseos del sol de Erilea, entonces les daría lo que buscaban.

Narrok y el príncipe estaban gritando. El Valg no quería volver, no quería terminar, no después de que

esperó tanto tiempo para regresar a este mundo. Pero ella les metió la luz por la garganta y quemó su sangre negra.

Se aferró a Rowan y apretó los dientes contra los sonidos. Se hizo un silencio repentino y miró a Narrok, parado muy quieto, observando y esperando. Una lanza de negrura la golpeó en la cabeza y le ofreció una visión más en un instante. No era un recuerdo, sino una visión del futuro. Los sonidos y el olor y el aspecto de todo eran tan reales que solo su contacto con Rowan la mantenía anclada en el mundo. Luego terminó y la luz seguía creciendo, envolviéndolos a todos.

La luz se volvió intolerable cuando

la introdujo con su voluntad en los dos Valg que ahora habían caído de rodillas y la vertió en todos sus rincones oscuros. Y podría haber jurado que la negrura de los ojos de Narrok se empezaba a aclarar. Podría haber jurado que sus ojos se habían vuelto de un color marrón mortal y que alcanzó a ver gratitud en ellos por un instante. Solo por un instante y luego quemó tanto al demonio como a Narrok hasta volverlos cenizas.

El príncipe del Valg restante se arrastró solo dos pasos antes de sufrir la misma suerte, y con un grito silencioso en su rostro perfecto, fue incinerado. Cuando la luz y las flamas

retrocedieron, lo único que quedaba de Narrok y de los Valg eran cuatro collares de piedra del Wyrd que humeaban sobre el pasto mojado.

Capítulo 56

Unos días después de la masacre imperdonable e infame de esclavos, Sorscha estaba terminando de escribir una carta a su amigo cuando escuchó que alguien tocaba a la puerta de su taller.

Saltó y trazó una línea de tinta por el centro de la página.

Dorian metió la cabeza y estaba sonriendo, pero su sonrisa titubeó cuando vio la carta.

—Espero no interrumpir —dijo. Entró y cerró la puerta. Cuando se dio la vuelta, ella estaba haciendo bola el papel arruinado y lo estaba lanzando al cubo de basura.

—Para nada —le dijo y sintió que los dedos de los pies se le enroscaban cuando él le besó el cuello y le pasó los brazos alrededor de la cintura—. Podría entrar alguien —protestó y se salió de entre sus brazos. Él la dejó ir, pero sus ojos brillaban de una manera que le

comunicaba que cuando estuvieran a solas esa noche, no sería tan fácil de convencer. Ella sonrió.

—Haz eso otra vez —le pidió.

Así que Sorscha volvió a sonreír y rio. Y él se vio tan sorprendido por eso que ella le preguntó:

—¿Qué?

—Es lo más hermoso que he visto jamás —dijo él.

Ella tuvo que apartar la vista e ir a buscar algo que hacer con las manos. Trabajaron juntos en silencio como solían hacer ahora que Dorian conocía bien su taller. Le gustaba ayudarla con sus tónicos para otros pacientes.

Alguien tosió desde la puerta y se

enderezaron. El corazón de Sorscha voló hacia su garganta. Ni siquiera se había dado cuenta de que la puerta se había abierto, ni de que el capitán de la Guardia ahora estaba ahí.

El capitán entró y Dorian se tensó a su lado.

—Capitán —dijo ella—, ¿necesita usted mi ayuda?

Dorian no dijo nada pero su rostro se veía anormalmente serio, esos ojos hermosos preocupados y pesados. Le pasó una mano cálida por la cintura y luego la dejó descansar en su espalda. El capitán cerró la puerta con cuidado y pareció escuchar lo que sucedía en el pasillo exterior antes de empezar a

hablar.

Se veía aún más serio que su príncipe; sus hombros anchos parecían pesarle bajo una carga invisible. Pero sus ojos color dorado se veían despejados cuando miró a Dorian.

—Tenías razón.

Chaol supuso que había sido un milagro que Dorian accediera a hacer esto. El dolor en el rostro de Dorian esa mañana le había indicado que se lo podía pedir. Y que Dorian le diría que sí.

Dorian le pidió a Chaol que les explicara todo, a ambos. Ese fue el precio de Dorian: la verdad que le debían a él y a la mujer que merecía

saber por qué estaba arriesgándose.

En voz baja y rápidamente, Chaol explicó todo: la magia, las llaves del Wyrd, las tres torres… todo. Sorscha no se desmoronó ante la información, ni dudó de lo que oía. Él se preguntó si estaría muy impresionada, si estaría molesta con Dorian por no haberle dicho. No dejó entrever nada, no con ese entrenamiento y autocontrol de los sanadores. Pero el príncipe miró a Sorscha como si pudiera leer su máscara impenetrable y ver lo que estaba sucediendo debajo.

El príncipe tenía que estar en otra parte. Besó a Sorscha antes de irse y le murmuró algo al oído que la hizo

sonreír. Chaol no había sospechado encontrar a Dorian tan… contento con su sanadora. Sorscha. Era una vergüenza que Chaol no hubiera sabido su nombre hasta ese día. Y por la manera en que Dorian la miraba y ella a él… Estaba contento de que su amigo la hubiera encontrado.

Cuando Dorian se fue, Sorscha seguía sonriendo, a pesar de lo que ahora sabía. La hacía verse verdaderamente hermosa, hacía que toda su cara se expandiera.

—Creo… —dijo Chaol y Sorscha volteó con las cejas arqueadas, lista para trabajar—. Creo —repitió él sonriendo un poco— que este reino

podría usar a una sanadora como su reina.

Ella no le sonrió como él esperaba. En vez de eso se vio increíblemente triste y regresó a su trabajo. Chaol se fue sin decirle otra palabra para prepararse para su experimento con Dorian, la única persona del castillo, tal vez del mundo, que lo podría ayudar. Ayudarlos a todos.

Dorian tenía un poder en bruto, Celaena le había dicho, poder al cual le podía dar forma a voluntad. Era lo único que se asemejaba lo suficiente al poder de las llaves del Wyrd, ni bueno ni malo. Y cristales, Chaol alguna vez leyó en los libros de magia de Celaena que

eran buenos conductores para la magia. No había sido difícil comprar varios en el mercado, cada uno más o menos del mismo largo que su dedo, blancos como nieve fresca.

Todo estaba casi listo cuando Dorian llegó al fin a uno de los túneles secretos y se sentó en el piso. Había velas encendidas a su alrededor y Chaol les explicó su plan mientras terminaba de verter la última línea de arena roja, del Desierto Rojo, le dijo el comerciante, entre los tres cristales. Estaban equidistantes uno del otro y hacían la forma que Murtaugh había trazado en el mapa de su continente. En el centro del triángulo había un pequeño tazón con

agua.

Dorian le clavó la mirada.

—No me eches la culpa si se revientan.

—Tengo otros.

Era verdad. Había comprado una docena de cristales.

Dorian miró el primer cristal.

—¿Solo quieres que… concentre mi poder en él?

—Luego traza una línea de energía hacia el siguiente cristal, luego al siguiente, imaginando que tu meta es congelar el agua del tazón. Eso es todo.

Una ceja arqueada.

—Eso ni siquiera es un hechizo.

—Solo dame por mi lado —dijo

Chaol—. No te lo hubiera pedido si no fuera la única manera.

Metió un dedo al tazón de agua y esta empezó a ondear. Algo en su interior le decía que tal vez el hechizo no necesitaba más que la energía y voluntad pura.

El suspiro del príncipe se escuchó en todo el cuarto de roca y rebotó con ecos en las piedras y el cielo abovedado. Dorian miró el primer cristal, que representaba burdamente a Rifthold. Durante varios minutos, no sucedió nada. Pero luego Dorian empezó a sudar y a tragar repetidamente.

—¿Estás…?

—Estoy bien —dijo Dorian. Tomó

aire, y el primer cristal empezó a brillar de color blanco.

La luz empezó a brillar más. Dorian sudaba y gruñía como si sintiera dolor. Chaol estaba a punto de pedirle que se detuviera cuando una línea salió disparada hacia el siguiente cristal, tan rápido que casi no se detectó salvo por el pequeño movimiento en la arena. El cristal brilló con fuerza y luego salió otra línea en dirección al sur. De nuevo, la arena se movió a su paso.

El agua permanecía fluida. El tercer cristal brilló y la línea final completó el triángulo e hizo que los tres cristales brillaran por un momento. Y luego… lentamente, tronando con suavidad, el

agua se congeló. Chaol hizo un esfuerzo por contener su horror y asombro ante lo mucho que había aumentado el control de Dorian.

La piel de Dorian se veía pálida y brillaba con sudor.

—Así es como lo hizo, ¿verdad?

Chaol asintió.

—Hace diez años, con esas tres torres. Construyeron todas años antes para que esto pudiera suceder precisamente cuando sus fuerzas invasoras estuvieran listas, para que nadie pudiera contraatacar. El hechizo de tu padre debe ser mucho más complejo para haber logrado congelar la magia por completo, pero en un nivel

básico, probablemente esto sea similar a lo que ocurrió.

—Quiero ver dónde están las torres —Chaol negó con la cabeza pero Dorian siguió hablando—. Me has dicho todo lo demás ya. Muéstrame el maldito mapa.

Con un movimiento de la mano, como un dios que destruye un mundo, Dorian tiró un cristal y liberó el poder. El hielo se derritió, y el agua empezó a ondear y salpicar contra el tazón. Así de simple. Chaol parpadeó.

Si tan solo pudieran tirar una de las torres… Era muy arriesgado. Necesitaban estar seguros antes de actuar. Chaol sacó el mapa que Murtaugh había marcado, el mapa que

no se atrevía a dejar en ningún lado.

—Aquí, aquí y aquí —dijo y señaló Rifthold, Amaroth y Noll—. Ahí sabemos que se construyeron torres. Torres de observación, pero las tres tenían los mismos rasgos: piedra negra, gárgolas…

—¿Quieres decir que la torre del reloj en el jardín es una de ellas?

Chaol asintió sin hacer caso de su risa incrédula.

—Eso es lo que pensamos.

El príncipe se inclinó sobre el mapa y recargó una mano contra el piso. Trazó una línea de Rifthold a Amaroth y luego de Rifthold a Noll.

—La línea que va al norte cruza por

el Abismo Ferian; la del sur corta directamente a través de Morath. Le dijiste a Aedion que pensabas que mi padre había enviado a Roland y Kaltain a Morath, junto con otros nobles con magia en la sangre. ¿Cuáles son las probabilidades de que eso sea mera coincidencia?

—Y el Abismo Ferian —Chaol tuvo que tragar saliva—. Celaena dijo que había escuchado hablar de que se oía el batir de alas en el Abismo. Nehemia dijo que sus exploradores no habían regresado, que algo se estaba preparando ahí.

—Dos puntos para que él criara el ejército que está conformando, tal vez

aprovechando esta energía que forma una corriente entre ellos.

—Tres —Chaol señaló las Islas Muertas—. Recibimos un reporte de que se estaba criando algo extraño aquí… y que se envió a Wendlyn.

—Pero mi padre mandó ahí a Celaena —maldijo el príncipe—. ¿No hay manera de advertirles?

—Ya lo intentamos.

Dorian se limpió el sudor de la frente.

—Así que están trabajando con ellos, están de su lado.

—No. No lo sé. Solo compartimos información. Pero es información que nos ayuda. Tú.

La mirada de Dorian endureció y Chaol sintió que entraba una brisa fría.

—¿Entonces qué vas a hacer? —preguntó Dorian—. ¿Solo… tirar la torre del reloj?

Destruir la torre del reloj era un acto de guerra, un acto que podría poner en peligro las vidas de demasiada gente. No habría vuelta atrás. Ni siquiera quería decirles a Aedion ni a Ren, por miedo a lo que harían. No lo pensarían dos veces antes de incinerarla y tal vez, de paso, matarían a todos los habitantes del castillo.

—No lo sé. No sé qué hacer. Tenías razón sobre eso.

Deseó tener algo más que decirle a

Dorian, pero hasta platicar de temas intrascendentes le costaba trabajo ahora. Estaba definiendo a los candidatos para reemplazarlo como capitán de la Guardia, cada semana enviaba más baúles a Anielle, y apenas podía obligarse a enfrentar a sus propios hombres. Pero sobre Dorian… había tantas cosas pendientes entre ellos.

—Ahora no es el momento —dijo Dorian en voz baja, como si pudiera leerle la mente a Chaol.

Chaol tragó saliva.

—Quiero agradecerte. Sé que lo que estás arriesgando es…

—Todos estamos arriesgando algo —quedaba tan poco del amigo con quien

había crecido. El príncipe miró su reloj de bolsillo—. Debo irme.

Dorian caminó hacia las escaleras y no quedaba ya miedo en su rostro; no había duda cuando dijo:

—Me diste la verdad hoy, así que compartiré la mía: aunque significara que volviéramos a ser amigos, no creo que quisiera regresar a como eran las cosas antes, a quien yo era antes. Y esto… —movió la barbilla hacia los cristales tirados y el tazón de agua—. Esto también me parece un buen cambio. No le tengas miedo.

Dorian se fue y Chaol abrió la boca pero no le salieron palabras. Estaba demasiado azorado. Cuando Dorian

habló, no fue un príncipe quien lo miró.

Fue un rey.

Capítulo 57

Celaena durmió durante dos días.

Apenas recordaba lo que había sucedido después de que incendió a Narrok y al príncipe del Valg, aunque tenía la vaga sensación de que los

hombres de Rowan y los demás tenían la fortaleza bajo control. Habían perdido solo a unos quince en total, ya que los soldados enemigos no tenían la intención de matar a las hadas mestizas, sino de capturarlas para que los príncipes del Valg las llevaran de regreso a Adarlan. Cuando controlaron a los soldados enemigos sobrevivientes, los encerraron en un calabozo. Y al regresar, horas después, los encontraron muertos a todos. Traían veneno y al parecer no querían ser interrogados.

Celaena subió a tropezones por los escalones manchados de sangre y, antes de meterse a la cama, se detuvo ante su reflejo y frunció el ceño por el cabello

que ahora le llegaba apenas a la clavícula como consecuencia de las uñas afiladas como navajas de los príncipes del Valg. Luego se dejó caer en un sueño profundo. Para cuando despertó, ya habían limpiado la sangre, los soldados ya estaban sepultados y Rowan ya había ocultado los cuatro collares de piedra del Wyrd en algún lugar del bosque. Los hubiera llevado volando para tirarlos al mar, pero ella sabía que se había quedado para cuidarla y que no les podía pedir a sus amigos que lo hicieran porque probablemente se los entregarían a Maeve.

El equipo de Rowan ya se había ido

cuando ella al fin despertó. Se habían quedado para ayudar un poco con las reparaciones y para atender a los heridos, pero solo Gavriel se había dignado a hablarle. Se dirigía con Rowan al bosque para caminar (había tenido que fastidiarlo para que le permitiera salir de la cama) cuando pasaron junto al hombre de cabello dorado que esperaba cerca de la puerta trasera.

Rowan se tensó. Le había preguntado directamente qué había sucedido cuando llegaron sus amigos, si alguno había intentado ayudarla. Había tratado de evadir el tema, pero él no cejaba y Celaena finalmente le dijo que

solo Gavriel había demostrado tener esa intención. Ella no culpaba a sus hombres pues no la conocían y no le debían nada, y Rowan estaba adentro, en peligro. No entendía por qué le importaba tanto a Rowan, y él le dijo que no era nada de su incumbencia.

Pero Gavriel estaba esperándolos en la puerta trasera. Como Rowan tenía su cara de piedra, ella sonrió por ambos cuando se acercaron.

—Pensé que ya se habían ido —dijo Rowan.

Los ojos color miel de Gavriel chispearon.

—Los gemelos y Vaughan se fueron hace una hora y Lorcan se fue al

amanecer. Me dijo que me despidiera de su parte.

Rowan asintió de una manera que dejaba muy claro que él sabía que Lorcan no había dicho nada similar.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Celaena no estaba del todo segura si tendrían la misma definición de amigo que ella. Pero Gavriel la miró de la cabeza a los pies y de regreso, y después a Rowan, y dijo:

—Ten cuidado cuando te enfrentes a Maeve. Ya le habremos entregado nuestros informes para entonces.

La expresión intensa de Rowan no mejoró.

—Viajen raudos —dijo y

continuaron caminando.

Celaena se quedó más tiempo para estudiar al guerrero hada, que tenía un brillo de tristeza en sus ojos dorados. Al igual que Rowan, estaba esclavizado a Maeve, y sin embargo pensó en advertirles. Con el juramento de sangre, Maeve le podría ordenar que divulgara cada detalle, incluido este momento. Y podría castigarlo por ello. Pero por su amigo…

—Gracias —le dijo al guerrero de cabello dorado. Él parpadeó y Rowan se quedó petrificado. Los brazos de Celaena le dolían desde el interior y todavía traía vendada y adolorida la mano cortada, pero se la extendió de

todas maneras—. Por la advertencia. Y por dudar aquel día.

Gavriel miró su mano un instante antes de estrecharla con sorprendente suavidad.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Diecinueve —contestó, y él exhaló un suspiro que podría haber sido de tristeza, de alivio o de ambas, y le dijo que eso hacía que su magia fuera todavía más impresionante. Ella dudó si decirle que estaría menos impresionado cuando supiera el apodo que le había puesto, pero en vez de eso le guiñó el ojo.

Rowan estaba frunciendo el ceño cuando lo alcanzó, pero no dijo nada.

Cuando iban alejándose, Gavriel murmuró:

—Buena suerte, Rowan.

Rowan la llevó a un estanque en el bosque que ella nunca había visto. El agua cristalina caía de una hermosa cascada que parecía danzar bajo la luz del sol. Él se sentó en una roca ancha y plana que calentaba el astro. Se quitó las botas y se enrolló los pantalones para meter los pies al agua. Al sentarse, ella hizo muecas de dolor por todos los músculos y huesos que tenía adoloridos.

Rowan se veía molesto, pero ella lo desafió con la mirada a que le ordenara regresar a la cama.

Cuando metió sus pies también al estanque y la música del bosque ya había penetrado en ellos, Rowan habló:

—No hay manera de deshacer lo que sucedió con Narrok. Cuando el mundo escuche que Aelin Galathynius luchó contra Adarlan, sabrán que estás viva. Él sabrá que estás viva y dónde estás y que no vas a acobardarte. Te cazará por el resto de tu vida.

—Acepté ese destino desde el momento en que salí de la barrera —dijo en voz baja. Pateó el agua y las ondas se expandieron por el estanque. El

movimiento le mandó un dolor estremecedor por todo el cuerpo destrozado por la magia y bufó.

Rowan le pasó una cantimplora que traía pero que no había usado. Celaena le dio un trago y se percató de que contenía el tónico para el dolor que había estado bebiendo desde el instante que despertó esa mañana.

«Buena suerte, Rowan», le había dicho Gavriel a su amigo. Llegaría el día, demasiado pronto, en que ella también tendría que despedirse de él. ¿Cuáles serían sus palabras de despedida? ¿Sería capaz de ofrecerle solo una bendición para que tuviera suerte? Deseó tener algo que darle,

alguna especie de protección contra la reina que lo tenía atado con una correa. El Ojo de Elena estaba con Chaol. Le habría ofrecido el Amuleto de Orynth si no lo hubiera perdido. Recuerdo de la familia o no, estaría más tranquila de saber que lo estaba protegiendo.

El amuleto, decorado con el ciervo sagrado en uno de los lados… y marcas del Wyrd en el otro.

Celaena dejó de respirar. Dejó de ver al príncipe que estaba a su lado y de escuchar el sonido del bosque que vibraba a su alrededor. Terrasen había sido la mayor corte del mundo. Nunca los habían invadido, nunca había sido conquistado, pero habían prosperado y

se habían vuelto tan poderosos que todos los reinos sabían que provocarlos sería una tontería. Una línea de gobernantes incorruptos, que habían reunido todo el conocimiento de Erilea en su gran biblioteca. Habían sido un faro que atraía a los más brillantes y los más valientes.

Supo dónde estaba… la tercera y última llave del Wyrd.

Había estado alrededor de su cuello la noche que cayó al río.

Y alrededor del cuello de cada uno de sus ancestros, desde el mismo Brannon, cuando se detuvo en el templo de la diosa del sol para tomar el medallón de la alta sacerdotisa Mala, y

luego destruyó todo el sitio para evitar que alguien pudiera rehacer sus pasos.

El medallón de color azul cerúleo, con el ciervo dorado coronado por la flama inmortal, el ciervo de Mala, la Portadora del Fuego. Al salir de las costas de Wendlyn, Brannon se había robado esos mismos ciervos para llevarlos a Terrasen y los instaló en Oakwald. Brannon colocó la tercera rebanada de llave del Wyrd dentro del amuleto y nunca le dijo a nadie lo que había hecho con él.

Las llaves del Wyrd no eran inherentemente buenas o malas. Lo que eran dependía de cómo las usaran sus portadores. Alrededor de los cuellos de

las reinas y reyes de Terrasen, una de ellas se había utilizado, sin saberlo, para el bien, y había protegido a sus portadores durante milenios.

A ella la había protegido esa noche que cayó al río. Porque lo que había visto brillar en la oscuridad congelada fueron las marcas del Wyrd, como si ella las hubiera invocado con sus gritos ahogados de ayuda. Pero había perdido el Amuleto de Orynth. Había caído a ese río y… no.

No. No podía ser, porque no hubiera llegado a la orilla del río, ni hubiera sobrevivido las horas que estuvo ahí tirada. El frío la habría matado. Eso significaba que lo tenía cuando…

cuando… Arobynn Hamel se lo quitó y lo había conservado todos estos años, una recompensa de la cual desconocía las profundidades de su poder.

Tenía que recuperarlo. Tenía que quitárselo y asegurarse de que nadie supiera lo que tenía dentro. Y si ella lo tenía… No se permitió pensar tan a futuro.

Debía apresurarse con Maeve, recabar la información que necesitaba e irse a casa. No a Terrasen, sino a Rifthold. Tenía que enfrentar al hombre que la había convertido en un arma, que había destruido otra parte de su vida, y que podía resultar ser su mayor amenaza.

Rowan preguntó:

—¿Qué sucede?

—La tercera llave del Wyrd —respondió y maldijo. No le podía decir a nadie, porque si alguien sabía…, iría directamente a Rifthold. Directamente a la fortaleza de los asesinos.

—Aelin —¿notó miedo, dolor o ambos en sus ojos?—. Dime lo que averiguaste.

—No mientras estés atado a ella.

—Estoy atado a ella para siempre.

—Lo sé.

Él era esclavo de Maeve, peor que esclavo. Tenía que obedecer todas sus órdenes, sin importar qué tan horribles fueran.

Rowan se inclinó sobre las rodillas y metió su gran mano al agua.

—Tienes razón. No quiero que me lo digas. Nada.

—Odio eso —dijo Celaena—. La odio a ella.

Él apartó la vista, hacia Goldryn, tirada detrás de ellos sobre la roca. Ella le contó su historia la mañana que comió tanta comida como para alimentar a tres guerreros hadas grandes. Él no se sintió particularmente impresionado, y cuando le mostró el anillo que había encontrado en la funda, no dijo nada salvo: «Espero que le encuentres un buen uso». Vaya que sí.

Pero el silencio que empezaba a

crecer entre ellos era insostenible. Ella se aclaró la garganta. Tal vez no pudiera decirle la verdad sobre la tercera llave del Wyrd, pero le podía ofrecer otra.

La verdad. La verdad sobre ella, sin diluir y completa. Y después de todo lo que habían pasado, y todo lo que ella todavía quería hacer…

Se preparó para hablar.

—Nunca le he contado esto a nadie. Nadie en el mundo lo sabe. Pero es mío —dijo y parpadeó al sentir que le empezaban a arder los ojos— y es momento de que lo cuente.

Rowan se inclinó hacia atrás en la roca y se recargó sobre las palmas de sus manos.

—Había una vez —empezó a contarle a él, al mundo, a ella misma—, en una tierra que hace mucho quedó hecha cenizas, tres jóvenes princesas que amaban su reino… mucho.

Y entonces le contó de la princesa cuyo corazón se había quemado en un incendio, del poderoso reino en el norte, de su caída y del sacrificio de lady Marion. Era una historia larga y a veces ella se quedaba callada y lloraba, y durante esos momentos, él se inclinaba para limpiarle las lágrimas.

Cuando terminó, Rowan simplemente le pasó más tónico. Ella le sonrió y él se quedó mirándola durante un rato antes de devolverle la sonrisa,

una sonrisa distinta a todas las que antes le había mostrado.

Estuvieron en silencio durante un tiempo y ella no supo por qué lo hizo, pero extendió la mano frente a ella, con la palma hacia el estanque que estaba abajo.

Y lentamente, tambaleante, una gota de agua del tamaño de una canica salió de la superficie hacia su palma.

—No me sorprende que tu sentido de la autopreservación sea tan patético, si eso es todo lo que puedes conjurar de agua —dijo Rowan, pero le dio un golpecito en la barbilla y ella supo que él entendía lo que significaba haber invocado siquiera una sola gota a su

mano. Sentir a su madre sonriéndole desde reinos lejanos.

Le sonrió a Rowan a través de las lágrimas y luego le lanzó la gota a la cara para salpicarlo.

Rowan la aventó al estanque. Un momento después, riendo, se lanzó él también.

Después de una semana de recabar fuerzas, ella y otras hadas mestizas heridas ya se habían recuperado lo suficiente para asistir a la celebración que organizaron Emrys y Luca. Antes de

que ella y Rowan bajaran a las festividades, Celaena se asomó al espejo y se quedó paralizada.

El cabello un poco más corto era el menor de los cambios.

Ahora tenía color, sus ojos estaban brillantes y despejados, y aunque había vuelto a subir el peso que había perdido en el invierno, su rostro era más delgado. Una mujer, una mujer le sonreía de regreso, hermosa por cada una de las cicatrices e imperfecciones y marcas de supervivencia, hermosa por el hecho de que la sonrisa era real, y sentía que alimentaba la dicha que había dormitado tanto tiempo en su corazón.

Bailó esa noche. A la mañana

siguiente, supo que había llegado la hora.

Cuando ella y Rowan terminaron de despedirse de los demás, hizo una pausa en la orilla de los árboles para contemplar la fortaleza derruida. Emrys y Luca estaban esperándolos donde iniciaba la línea de árboles con los rostros pálidos en la luz matutina. El viejo ya había llenado sus bolsas con comida y provisiones, pero de todas maneras le dio una hogaza de pan caliente a Celaena y se miraron a los ojos.

Ella dijo:

—Tal vez tome un tiempo pero si… Cuando recupere mi reino, las hadas

mestizas siempre tendrán un hogar ahí. Y ustedes dos, y Malakai, tendrán un sitio en mi casa, si lo desean. Como mis amigos.

Los ojos de Emrys brillaron cuando asintió y apretó la mano de Luca. El joven, que optó por conservar en la cara un rasguño largo y de aspecto grotesco que sufrió durante la batalla, simplemente se quedó mirándola, con los ojos muy abiertos. Le dolió un poco el corazón por las sombras que Luca tenía ahora en el rostro. La traición de Bas lo perseguiría, ella lo sabía. Pero Celaena le sonrió, lo despeinó y empezó a alejarse.

—Tu madre estaría orgullosa —le

dijo Emrys.

Celaena se puso una mano sobre el corazón e hizo una reverencia en señal de agradecimiento.

Rowan se aclaró la garganta y Celaena les sonrió una última vez antes de partir, y siguió al príncipe hacia los árboles: a Doranelle, y con Maeve, al fin.

Capítulo 58

—Solo estén listos para partir a Suria en dos días —le ordenó Aedion a Ren cuando los tres se reunieron a la media noche en el departamento donde Ren y Murtaugh se habían quedado, aún sin

saber a quién le pertenecía—. Tomen la puerta sur, será la que esté menos monitoreada a esa hora.

Habían pasado semanas desde su última reunión, y tres días desde que Murtaugh recibiera una carta de Suria poco explícita de parte de Sol, una invitación amistosa a un amigo distanciado para que fuera de visita. Las palabras eran suficientemente simples como para que todos entendieran que el joven señor estaba tanteando para ver cuáles eran sus intenciones y sugiriendo un interés en esta «oportunidad» que Murtaugh había mencionado en una carta previa. Desde entonces, Aedion había recorrido cada uno de los caminos hacia

el norte, calculando los movimientos y localización de cada legión y guarnición en el camino. Dos días más, luego tal vez esta corte podría empezar a reconstruirse.

—¿Por qué se siente como si estuviéramos huyendo, entonces? —dijo Ren haciendo una pausa en su caminar habitual. El joven Señor de Allsbrook había sanado perfectamente bien, aunque había convertido la sala en su espacio de entrenamiento para recuperar la fuerza. Aedion se preguntó qué tan contenta estaría su reina cuando supiera eso.

—Están huyendo —dijo Aedion con monotonía y dio un mordisco a una de

las manzanas que había traído del mercado para Ren y el viejo—. Mientras más tiempo pasen aquí —continuó—, más riesgo habrá de que los descubran y de que todos nuestros planes se derrumben. Ya son demasiado reconocibles, y ambos me son de más utilidad en Terrasen. No habrá negociación, así que ni se molesten en intentarlo.

—¿Y qué hay de ti? —le preguntó Ren al capitán, que estaba sentado en su silla habitual.

Chaol frunció el ceño y contestó en voz baja:

—Me voy a Anielle en unos días.

Para cumplir con el trato que había

hecho cuando vendió su libertad a cambio de que Aelin se fuera a Wendlyn. Si Aedion se permitía pensar demasiado en ello, sabía que se podría sentir mal, podría intentar convencer al capitán de quedarse, incluso. No era que a Aedion le agradara el capitán, o siquiera que lo respetara. De hecho, deseaba que Chaol nunca lo hubiera descubierto en esas escaleras, llorando la matanza de su gente en los campos de trabajos forzados. Pero ya estaban aquí y no había forma de volver atrás.

Ren hizo una pausa en su caminata para mirar al capitán fijamente.

—¿Como espía nuestro?

—Necesitarán a alguien en el

interior, ya sea en Rifthold o en Anielle.

—Ya tengo gente en el interior —dijo Ren.

Aedion agitó la mano.

—No me importa tu gente en el interior, Ren. Solo prepárate para irte y deja de ser una monserga con tus preguntas interminables.

Ataría a Ren al caballo si fuera necesario.

Aedion estaba a punto de darse la vuelta para irse, cuando escuchó pisadas que subían rápidamente por las escaleras. Todos tenían las espadas desenvainadas cuando la puerta se abrió de par en par y apareció Murtaugh, jadeando y apoyado en el marco de la

puerta. Los ojos del viejo estaban enloquecidos y su boca se abría y se cerraba. Detrás de él, la escalera no revelaba señal de alguna amenaza ni de una persecución. Pero Aedion mantuvo la espada fuera y se acomodó en una mejor posición.

Ren corrió hacia Murtaugh y le pasó un brazo por debajo de los hombros, pero el viejo plantó los talones en la alfombra.

—Está viva —dijo. A Ren, a Aedion, a él mismo—. Está… realmente está viva.

El corazón de Aedion se detuvo. Se detuvo y luego volvió a latir, luego se detuvo otra vez. Lentamente, volvió a

guardar su espada y tranquilizó su mente acelerada antes de decir:

—Escúpelo, viejo.

Murtaugh parpadeó y luego se ahogó en una carcajada.

—Está en Wendlyn y está viva.

El capitán atravesó la habitación. Aedion podría haberse puesto a caminar también si sus piernas no hubieran dejado de funcionar. Para que Murtaugh hubiera sabido de ella… El capitán dijo:

—Cuéntame todo.

Murtaugh sacudió la cabeza.

—La ciudad es un hervidero con la noticia. La gente está en las calles.

—Ya termina de contarlo —gritó

Aedion.

—La legión del general Narrok sí fue a Wendlyn —dijo Murtaugh—. Y nadie sabe cómo o por qué, pero Aelin… Aelin estaba allá, en las Montañas Cambrian, y fue parte de un equipo que luchó con ellos en una batalla. Están diciendo que ha estado escondida en Doranelle todo este tiempo.

Viva, tuvo que decirse Aedion a sí mismo, viva y no muerta después de la batalla, aunque la información de Murtaugh sobre su localización estuviera equivocada.

Murtaugh estaba sonriendo.

—Mataron a Narrok y a sus

hombres, y ella salvó a mucha gente, con magia. Fuego, dicen, con un poder de unas dimensiones que el mundo no ha visto desde que el mismo Brannon vivía.

El pecho de Aedion se contrajo tanto que le dolía. El capitán solo veía al viejo.

Era un mensaje al mundo. Aelin era una guerrera, capaz de luchar con espada o magia. Y ya no estaría oculta.

—Yo iré al norte hoy. No puedo esperar como lo habíamos planeado —dijo Murtaugh girando hacia la puerta—. Antes de que el rey trate de evitar que la noticia se propague, tengo que avisar a Terrasen ahora.

Lo siguieron por las escaleras y a la

bodega de abajo. Incluso desde adentro, el oído de hada de Aedion alcanzó a escuchar la conmoción de las calles. En el momento en que entrara al palacio, tendría que considerar cada paso, cada respiración. Habría demasiados ojos puestos en él ahora.

Aelin. Su reina. Aedion sonrió lentamente. El rey nunca sospecharía, no en mil años, a quién había enviado realmente a Wendlyn: que su propia campeona era la que había destruido a Narrok. Pocos sabían sobre la desconfianza muy arraigada que tenían los Galathynius de Maeve, así que Doranelle era un sitio creíble para ocultar y criar a una joven reina durante

todos esos años.

—Cuando salga de la ciudad —dijo Murtaugh avanzando hacia el caballo que tenía atado dentro de la bodega—, enviaré jinetes a cada contacto, a Fenharrow y Melisande. Ren, tú quédate aquí. Yo me encargaré de Suria.

Aedion lo tomó del hombro.

—Avísale a mi Flagelo, diles que permanezcan con un perfil bajo hasta que regrese, pero que mantengan abiertas las líneas de provisiones con los rebeldes sin importar el costo.

No soltó el hombro de Murtaugh hasta que lo vio asentir.

—Abuelo —dijo Ren y lo ayudó a subir a la silla—, permíteme ir en tu

lugar.

—Tú quédate aquí —le ordenó Aedion y Ren se molestó.

Murtaugh murmuró su aprobación:

—Reúne la información que puedas y luego vendrás conmigo cuando esté listo.

Aedion no le dio tiempo a Ren de negarse y abrió la puerta de la bodega para que saliera Murtaugh. El aire fresco de la noche entró y, con él, el escándalo de la ciudad. Aelin… Aelin había hecho esto, había provocado este clamor de sonido. El caballo dio unos golpes en el suelo y resopló, y Murtaugh podría haber salido galopando de no ser porque el capitán se apresuró a sostener

las riendas.

—Eyllwe —dijo Chaol—. Avisa a Eyllwe. Diles que esperen, que se preparen —tal vez sería la luz, tal vez el frío, pero Aedion podría jurar que había lágrimas en los ojos del capitán—. Diles que es hora de pelear de nuevo.

Murtaugh Allsbrook y sus jinetes difundieron la noticia como reguero de pólvora. Por cada camino, por cada río, al norte al sur y al oeste, por nieve y lluvia y niebla, con los cascos levantando polvo en todos los reinos.

Y de cada pueblo donde daban la noticia, en cada taberna y reunión secreta, salían más jinetes.

Más y más hasta que ya no había un solo camino que no hubieran recorrido, hasta que ya no hubo un alma que no supiera que Aelin Galathynius estaba viva, y dispuesta a hacer frente a Adarlan.

Del otro lado de los Colmillos Blancos y las Ruhnn, hasta los Yermos Occidentales, y la reina de cabello rojo que gobernaba desde un castillo en ruinas. Hasta la Península Desierta y la fortaleza oasis de los Asesinos Silenciosos. Cascos, cascos, cascos que hacían eco por el continente, alzando

chispas contra las piedras de las calles, hasta Banjali y el palacio frente al río del rey y la reina de Eyllwe, que todavía estaban usando sus ropas de duelo color medianoche.

«Esperen», le dijeron los jinetes al mundo.

Esperen.

El padre de Dorian estaba furioso como nunca antes lo había visto. Dos ministros habían sido ejecutados esa mañana solo por el delito de intentar calmar al rey.

Un día después de que llegara la

noticia de lo que Aelin había hecho en Wendlyn, su padre seguía lívido, seguía exigiendo respuestas.

Dorian lo habría encontrado gracioso, qué típico de Celaena regresar de manera tan extravagante, de no haber sido porque estaba completamente aterrado. Ella había trazado un límite. Peor que eso, había derrotado a uno de los generales más letales del rey.

Nadie había hecho eso y había vivido. Jamás.

En algún lugar de Wendlyn, su amiga estaba cambiando el mundo, estaba cumpliendo la promesa que le había hecho. Ella no lo había olvidado, ni a ninguno de los que seguían aquí.

Y tal vez cuando encontraran una manera de destruir esa torre y de liberar la magia del yugo de su padre, ella sabría que sus amigos no la habían olvidado tampoco. Que él no la había olvidado.

Así que Dorian dejó que su padre se enojara. Se sentó en esas reuniones y controló la repulsión y el horror que sintió cuando su padre mandó ejecutar a un tercer ministro. Por Sorscha, por la promesa de mantenerla a salvo, de algún día, tal vez, no tener que ocultar lo que era y quién era, mantuvo su máscara como siempre, ofreciendo sugerencias banales sobre qué hacer con Aelin y fingió. Una última vez.

Cuando Celaena regresara, cuando regresara como había dicho que haría…

Entonces se dedicarían a cambiar el mundo juntos.

Capítulo 59

A Celaena y Rowan les tomó una semana llegar a Doranelle. Viajaron sobre montañas difíciles y miserables donde los lobos salvajes de Maeve los vigilaban día y noche, luego bajaron al

valle fértil a través de bosques y campos; el aire se sentía denso de especias y magia.

La temperatura fue subiendo conforme avanzaban más al sur pero las brisas evitaban que fuera demasiado desagradable. Después de un tiempo, empezaron a ver algunos poblados bonitos de roca a la distancia, pero Rowan los mantuvo lejos, escondidos, hasta que subieron por una colina rocosa y Doranelle apareció a sus pies.

Le quitó el aliento. Ni siquiera Orynth podía compararse con esto.

Por algo la llamaban la Ciudad de los Ríos. La ciudad de rocas color claro estaba construida sobre una gran isla

justo al centro de varios ríos. Las aguas de las corrientes tributarias que bajaban rugiendo de las colinas y montañas circundantes confluían a su alrededor. En la esquina norte de la isla, los ríos caían en una gran cascada que formaba una cuenca tan grande que el rocío flotaba por el aire despejado y hacía brillar los edificios abovedados, las torres aperladas y los techos azules. No había botes anclados en las orillas de la ciudad, pero sí había dos puentes elegantes de roca que cruzaban el río y estaban fuertemente vigilados. Las hadas circulaban por el puente y transportaban carretas cargadas con todo, desde vegetales hasta paja y vino. En algún

sitio, debía haber campos de cultivo y granjas y pueblos que los proveían de todo eso. Aunque Celaena estaba segura de que Maeve tenía un buen almacén de provisiones.

—Supongo que por lo general llegas volando hasta acá y no te dignas a usar los puentes —le dijo a Rowan, quien estaba frunciendo el ceño en dirección a la ciudad. No daba la impresión de ser un guerrero a punto de regresar a casa. Él asintió distraído. Había estado callado el último día, no grosero, pero callado y ambiguo, como si estuviera reconstruyendo el muro entre ellos. Esa mañana, cuando ella despertó en el campamento en la cima de la colina lo

encontró mirando el amanecer. Parecía como si estuviera enfrascado en una conversación con el mundo. No se atrevió a preguntarle si había estado rezándole a Mala la Portadora de Fuego o ni siquiera qué le estaría pidiendo a la diosa del sol. Pero había una calidez extrañamente familiar envolviendo el campamento, y ella podría haber jurado que sintió que su magia saltaba en alegre respuesta. No se permitió pensar en eso.

Porque este último día ella, también, había estado perdida en sí misma, ocupada reuniendo fuerzas y claridad. No había podido hablar mucho e incluso, ahora, enfocarse en el presente requería de un enorme esfuerzo.

—Bueno —dijo y respiró con exageración dándole unos golpecitos a la empuñadura de Goldryn—, vayamos a ver a nuestra amada tía. Odiaría hacerla esperar.

Les llevó hasta la noche llegar al puente, y a Celaena le pareció bien: así encontraron muchas menos hadas que se percataran de su llegada, a pesar de que las calles sinuosas y elegantes ahora estaban llenas de músicos y baile y vendedores de comida caliente y bebidas. Había mucho de eso en

Adarlan, pero aquí no había un imperio que los estuviera subyugando, no había oscuridad, ni frío ni desesperación. Maeve no había enviado ayuda diez años atrás y, mientras las hadas bailaban y bebían vino caliente, a la gente de Celaena la estaban masacrando y quemando. Sabía que no había sido su culpa, pero cuando cruzaban la ciudad en dirección al norte, junto a la cascada, no pudo sonreír a pesar de toda la alegría.

Se recordó a sí misma que durante diez años ella también había bailado y bebido y había hecho lo que quería mientras su propia gente sufría. No estaba en posición para sentir

resentimiento hacia las hadas, ni hacia nadie más excepto la reina que gobernaba esta ciudad.

Ninguno de los guardias los detuvo, aunque sí observó unas sombras que los seguían desde las azoteas y los callejones, algunas aves de presa que circulaban arriba. Rowan no mencionó nada aunque ella vio que sus dientes brillaban en la luz dorada de las lámparas. Aparentemente esta escolta tampoco estaba haciendo muy feliz al príncipe. ¿A cuántos de ellos conocía personalmente? ¿Cuántos habían peleado a su lado o se habían aventurado con él a tierras desconocidas?

No vieron señales de sus amigos y él no comentó nada sobre si esperaba verlos o no. A pesar de que su mirada iba directamente al frente, ella supo que él era consciente de cada uno de los guardias que los observaban, de cada respiración cercana.

Ella no tenía ya ningún espacio para que le cupieran la duda o el temor. Mientras caminaban, jugaba con el anillo que traía en el bolsillo, le daba una y otra vuelta mientras recordaba el plan que había pensado y lo que necesitaba lograr antes de salir de esta ciudad. Ella era tan reina como Maeve: era la soberana de un pueblo fuerte y de un reino poderoso.

Era la heredera de ceniza y de fuego y no le haría reverencias a nadie.

Los escoltaron por el palacio brillante de roca pálida y cortinas de gasa azul cielo, los pisos eran un mosaico de losetas delicadas que representaban varias escenas, desde doncellas bailando hasta paisajes pastorales o el cielo nocturno. A través del edificio, el río avanzaba en pequeños arroyos que a veces formaban estanques decorados con lirios de floración nocturna. El jazmín trepaba por las enormes columnas y había lámparas de vidrio de colores que colgaban de los techos abovedados. Una parte importante del palacio estaba

abierta a los elementos, lo cual sugería que el clima aquí solía ser templado. La música se escuchaba proveniente de habitaciones distantes, pero era débil y plácida comparada con el escándalo de sonido y color que había en la ciudad, afuera de las enormes paredes de mármol del palacio.

Había guardias por todas partes. Se ocultaban justo fuera de la vista, pero en su cuerpo de hada, ella podía olerlos, el acero y el olor fresco del jabón que debían usar en las barracas. No era muy distinto al castillo de cristal. Pero la fortaleza de Maeve estaba construida de roca, mucha roca, por todas partes, toda pálida y labrada y pulida y brillante.

Ella sabía que Rowan tenía habitaciones privadas en este palacio y que la familia Whitethorn tenía varias residencias en Doranelle, pero no se encontraron con ninguno de sus parientes. Le había dicho durante el viaje que había varios príncipes en su familia, y que el hermano de su padre gobernaba sobre todos ellos. Afortunadamente para Rowan, su tío tenía tres hijos y eso lo mantenía libre de responsabilidad, aunque ciertamente habían intentado sacar ventaja de la posición de Rowan con Maeve. Tan calculadores y aduladores como cualquier familia real de Adarlan, supuso.

Después de una eternidad de

caminar en silencio, Rowan la condujo a una veranda amplia que quedaba sobre el río. Estaba suficientemente tenso como para que ella comprendiera que estaba oliendo y escuchando cosas que ella no podía, pero no le ofreció ninguna advertencia. La cascada que quedaba más allá del palacio rugía, pero no tan fuerte como para ahogar una conversación.

Del otro lado de la veranda estaba Maeve sentada en su trono de roca.

A ambos lados del trono estaban echados los lobos gemelos, uno negro y uno blanco, monitoreando su acercamiento con sus inteligentes ojos dorados. No había nadie más, no

percibió el olor de los demás amigos de Rowan acechando cerca cuando cruzaron el piso de loseta. Deseó que Rowan le hubiera permitido arreglarse un poco en su habitación, pero… supuso que esta reunión no tenía que ver con eso de todas maneras.

Rowan caminó a su lado cuando subió al pequeño estrado frente al barandal labrado y, cuando se detuvieron, él se hincó y agachó la cabeza.

—Majestad —murmuró.

Su tía ni siquiera miró a Rowan ni le pidió que se pusiera de pie. Dejó a su sobrino arrodillado y volteó sus ojos violetas y estrellados a Celaena para

sonreírle con su sonrisa arácnida.

—Parece ser que lograste tu misión, Aelin Galathynius.

Otra prueba: usar su nombre para buscar una reacción.

Ella le sonrió también a Maeve.

—Así es.

Rowan mantuvo su cabeza agachada, con los ojos en el piso. Maeve podía hacerlo permanecer ahí hincado durante cien años si así lo deseara. Los lobos a los lados del trono no se movieron ni un centímetro.

Maeve se dignó a mirar a Rowan y luego le volvió a sonreír a Celaena con esa sonrisita.

—Debo admitir que me sorprende

que hayas logrado ganarte su aprobación tan pronto. Así que —dijo Maeve desde su trono— muéstrame entonces. Hazme una demostración de lo que has aprendido en estos meses.

Celaena apretó el anillo de su bolsillo y no bajó la barbilla ni un milímetro.

—Preferiría que antes me dieras el conocimiento que te estás reservando.

Un chasquido de lengua femenino.

—¿No confías en mi palabra?

—No puedes pensar que te voy a dar todo lo que quieres sin que me des una demostración de que puedes cumplir con tu parte del trato.

Los hombros de Rowan se tensaron,

pero mantuvo la cabeza agachada.

Los ojos de Maeve se cerraron ligeramente.

—Las llaves del Wyrd.

—Cómo se pueden destruir, dónde están y lo que sea que sepas de ellas.

—No se pueden destruir. Solamente se pueden volver a poner en la puerta.

El estómago de Celaena se tensó. Eso ya lo sabía, pero escuchar la confirmación… de cierta manera fue duro.

—¿Cómo se pueden volver a poner en la puerta?

—¿No crees que ya hubieran regresado a su hogar si alguien lo supiera?

—Tú dijiste que sabías sobre ellas.

Una sonrisa de serpiente.

—Sí sé. Sé cómo pueden usarse para crear, para destruir, para abrir portales. Pero no sé cómo se revierten. Nunca aprendí cómo hacerlo y luego se las llevaron, Brannon se las llevó al otro lado del mar y nunca las volví a ver.

—¿Qué aspecto tienen? ¿Cómo se sienten?

Maeve ahuecó la palma de su mano y la miró, como si pudiera ver las llaves ahí.

—Son negras y brillantes, nada más que rebanadas de piedra. Pero no eran de piedra, eran de algo que no se parecía a nada sobre esta Tierra, no

pertenecían a ningún reino. Eran como sostener la carne viva de un dios, como contener el aliento de todos los seres de todos los reinos al mismo tiempo. Eran locura y dicha y terror y desesperación y eternidad.

Pensar que Maeve pudiera poseer las tres llaves, aunque fuera por un instante, resultaba tan aterrador que Celaena no se permitió considerarlo a fondo. Solo dijo:

—¿Y qué más me puedes decir sobre ellas?

—Eso es todo lo que recuerdo, me temo —dijo Maeve y se reacomodó en su trono.

No…, no, tenía que haber alguna

manera. No podía haber pasado todos estos meses perdiendo el tiempo para este trato desigual, no podía haberla engañado a ese grado. Pero si Maeve no lo sabía, entonces había otros fragmentos de información por extraer; no saldría de ahí con las manos vacías.

—Los príncipes del Valg, ¿qué me puedes decir de ellos?

Durante unos instantes, Maeve permaneció en silencio, como si estuviera contemplando los méritos de responder más de lo que había prometido. Celaena no estaba completamente segura de querer saber por qué Maeve decidió a su favor cuando la reina dijo:

—Ah, sí. Mis hombres me informaron de su presencia —volvió a hacer una pausa, sin duda extrayendo la información de algún rincón antiguo de su memoria—. Hay muchas razas distintas de Valg: criaturas que harían salir huyendo incluso a tus pesadillas más oscuras. Están gobernados por los príncipes, que a su vez están hechos de sombras, desesperanza y odio, y carecen de cuerpos que ocupar, salvo los que infiltran. No hay muchos príncipes, pero una vez vi a seis de ellos devorar una legión entera de guerreros hadas en cuestión de horas.

Sintió un escalofrío que bajaba por su columna e incluso a los lobos se les

erizó el pelo del lomo.

—Pero yo los maté con mi fuego y mi luz…

—¿Cómo crees que Brannon se ganó tanta gloria y un reino? Era el hijo descartado de un don nadie, ni su padre ni su madre lo reclamaron. Pero Mala lo amaba con ferocidad, así que sus flamas a veces eran lo único que mantenía alejados a los príncipes del Valg hasta que pudimos convocar una fuerza para enviarlos de regreso.

Abrió la boca para hacer la siguiente pregunta pero se detuvo. Maeve no le daría información innecesaria al azar. Así que Celaena preguntó con voz pausada:

—¿Brannon no nació en la realeza?

Maeve inclinó la cabeza.

—¿Nadie te dijo nunca lo que significa la marca que tienes en la frente?

—Me dijeron que era una marca sagrada.

Los ojos de Maeve bailaron divertidos.

—Sagrada solamente porque el portador estableció tu reino. Pero antes de eso, no era nada. Brannon nació con la marca del bastardo, la marca de todos los niños que nadie reclama, que no son queridos, la marca que los define como alguien sin nombre, alguien que no es nadie. Cada uno de los herederos de

Brannon, a pesar de su ascendencia noble, ha recibido la marca del innombrado.

Y le había quemado el día que luchó con Caín. Le había quemado frente al rey de Adarlan. Sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Por qué brilló cuando peleé con Caín y cuando me enfrenté a los príncipes del Valg? —preguntó. Sabía que Maeve estaba bien informada sobre la criatura de las sombras que había vivido dentro de Caín. Tal vez no era un príncipe del Valg, pero era algo suficientemente pequeño para poder estar contenido en el anillo de piedra del Wyrd que él usaba en vez de collar.

Había reconocido a Elena y se lo había dicho a ambos. «Te trajeron aquí, a todos ustedes. Todos los jugadores del juego inconcluso».

—Tal vez tu sangre simplemente reconoció la presencia del Valg y estaba tratando de decirte algo. Tal vez no significó nada.

Ella no pensaba eso. En especial cuando el hedor del Valg había estado en la habitación de sus padres la mañana después de su asesinato. O el asesino era un poseso, o sabía cómo usar su poder para mantener a sus padres inconscientes mientras los asesinaba. Todo esto eran fragmentos de información que reconstruiría después,

cuando estuviera lejos de Maeve. Si es que Maeve le permitía salir de ahí.

—¿El fuego y la luz son la única manera de matar a los príncipes del Valg?

—Son difíciles de matar pero no son invencibles —aceptó Maeve—. En la manera en la que el rey de Adarlan está manejándolos, cortarles la cabeza para separar el collar podría ser suficiente. Si vas a regresar a Adarlan, creo que esa sería la única manera.

Porque en Adarlan la magia seguía controlada por el rey. Si ella enfrentaba a uno de los príncipes del Valg de nuevo, tendría que matarlo con la espada y el ingenio.

—Si el rey de verdad está convocando a los Valg a sus ejércitos, ¿qué se puede hacer para detenerlos?

—El rey de Adarlan, al parecer, está haciendo lo que yo nunca tuve el valor de hacer cuando las llaves estuvieron brevemente en mi posesión. Si no tiene las tres llaves, está limitado. Solo puede abrir el portal entre nuestros mundos por periodos cortos, apenas el tiempo suficiente para dejar pasar tal vez a un príncipe para infiltrar algún cuerpo que tenga preparado. Pero con las tres llaves podría abrir el portal a voluntad, podría llamar a todos los ejércitos del Valg para que los príncipes los dirigieran en sus cuerpos mortales y… —Maeve se

vio más intrigada que horrorizada—. Y con las tres llaves, podría no necesitar usar cuerpos con dones mágicos para el Valg. Hay incontables espíritus menores entre los Valg con hambre de entrar en este mundo.

—Tendría que hacerles entonces incontables collares.

—No tendría que hacerlo, no si tuviera las tres llaves. Su control sería absoluto. Y no necesitaría cuerpos vivos, solo cuerpos.

El corazón de Celaena se aceleró y Rowan se tensó desde su sitio en el suelo.

—Podría tener un ejército de muertos habitados por el Valg.

—Un ejército que no necesita comer ni dormir ni respirar: un ejército que arrase como una plaga por todo su continente y los demás. Tal vez también por otros mundos.

Pero necesitaría las tres llaves para hacerlo. Su pecho se tensó y, aunque estaban al aire libre, el palacio, el río, las estrellas parecían estarla presionando. No habría ningún ejército que ella pudiera reunir para detenerlos, y sin magia… estaban condenados. Estaba condenada. Estaba…

Una calidez tranquilizante la envolvió, como si alguien la hubiera atraído hacia un abrazo. Femenina, dichosa, infinitamente poderosa. «Esta

fatalidad aún no ha llegado», parecía decirle al oído. «Todavía hay tiempo. No te rindas al miedo todavía».

Maeve la estaba mirando con interés felino y Celaena se preguntó qué veía la reina oscura, si ella, también, podría sentir esa presencia antigua y protectora. Pero Celaena se sentía arropada otra vez, el pánico se había ido, y aunque la sensación de que alguien la estuviera sosteniendo desapareció, todavía podría jurar que la presencia seguía cerca. Había tiempo, el rey todavía no tenía la tercera llave.

Brannon… él había tenido las tres pero había elegido esconderlas en vez de devolverlas a su sitio. Y, por algún

motivo, de pronto, eso se convirtió en la pregunta más importante de todas: ¿por qué?

—En cuanto a la localización de las tres llaves —dijo Maeve—, no sé dónde están. Las llevaron al otro lado del mar, y no he sabido de ellas desde hace diez años. Parecería que el rey tiene al menos una, probablemente dos. Sin embargo, la tercera… —miró a Celaena de arriba abajo pero Celaena se rehusó a titubear—. Tú tienes alguna idea de dónde puede estar, ¿no es así?

Celaena abrió la boca pero los dedos de Maeve apretaron el brazo de su trono, apenas lo suficiente para que Celaena mirara la roca. Tanta roca aquí,

en este palacio y en esta ciudad. Y la palabra que había usado Maeve anteriormente…

—¿No es así? —insistió Maeve.

Roca y ni una señal de madera, salvo por las plantas y los muebles…

—No, no la tengo —dijo Celaena.

Maeve inclinó la cabeza.

—Rowan, ponte de pie y dime la verdad.

Las manos del guerrero se apretaron pero se puso de pie con los ojos en su reina mientras tragaba saliva. Dos veces.

—Encontró un acertijo y sabe que el rey de Adarlan tiene al menos la primera llave, pero no sabe dónde. También

averiguó dónde escondió Brannon la tercera y dónde está. Se negó a decírmelo —se pudo ver el brillo del horror en sus ojos y le temblaban los puños, como si alguna fuerza invisible lo hubiera obligado a decirlo. Los lobos solamente observaban.

Maeve chasqueó la lengua.

—¿Estás guardando secretos, Aelin? ¿De tu tía?

—Por nada en el mundo te diría dónde está la tercera llave.

—Oh, lo sé —ronroneó Maeve. Tronó los dedos y los lobos se levantaron y tras unos chispazos de luz se convirtieron en los hombres más hermosos que jamás había visto.

Guerreros, por su tamaño, por la gracia letal con la cual se movían; uno era rubio y el otro moreno, y eran sorprendentes, perfectos.

Celaena buscó a Goldryn, pero los gemelos se dirigieron a Rowan, quien no hizo nada, ni siquiera luchó cuando ellos lo tomaron de los brazos y lo obligaron nuevamente a arrodillarse. Otros dos emergieron de las sombras detrás de ellos. Gavriel, con sus ojos dorados cuidadosamente vacíos, y Lorcan, con el rostro frío como piedra. Y en sus manos…

Al ver el látigo con punta de hierro que traía cada uno, Celaena olvidó respirar. Lorcan no dudó en arrancarle a

Rowan la chaqueta, la túnica y la camisa.

—Hasta que ella me conteste —dijo Maeve, como si acabara de ordenar una taza de té.

Lorcan desenrolló el látigo y la punta de hierro chocó contra las piedras. Estiró el brazo hacia atrás. No había nada de piadoso en su rostro tosco, ni un brillo de sentimiento por el amigo que estaba de rodillas.

—Por favor —susurró Celaena. Se escuchó un tronido y el mundo se fragmentó cuando el látigo le abrió la espalda a Rowan y él se dobló. Apretó los dientes y siseó, pero no gritó.

—Por favor —dijo Celaena. Gavriel

bajó el látigo tan rápido que Rowan solo pudo respirar una vez para recuperarse. El rostro hermoso de Gavriel no expresaba remordimiento, ni un rastro del hombre a quien ella le había agradecido unas semanas antes.

Del otro lado de la veranda, Maeve dijo:

—Depende de ti cuánto dure esto, querida sobrina.

Celaena no se atrevió a apartar su mirada de Rowan, quien recibió los latigazos como si ya hubiera hecho esto antes, como si supiera cómo controlarse y cuánto dolor esperar. Los ojos de sus amigos estaban muertos, como si ellos, también, hubieran impartido y recibido

este tipo de castigo.

Maeve había lastimado a Rowan antes. ¿Cuántas de sus cicatrices le habría provocado?

—Detente —gruñó Celaena.

—¿Por nada en el mundo, Aelin? ¿Pero qué tal por el príncipe Rowan?

Otro latigazo y la sangre salpicó las rocas. Y el sonido, ese sonido del látigo…, el sonido que hacía eco en sus pesadillas, el sonido que hacía que la sangre se le helara…

—Dime dónde está la tercera llave del Wyrd, Aelin.

Crac. Rowan se movió intentando zafarse de los gemelos que lo sostenían con fuerza. ¿Por eso había estado

rezándole a Mala esa mañana? ¿Porque sabía qué esperar de Maeve?

Celaena abrió la boca pero Rowan levantó la cabeza, enseñando los dientes, su rostro salvaje lleno de dolor y rabia. Sabía que ella podía leer las palabras en sus ojos, pero de todas maneras dijo:

—No.

Esa palabra de desafío fue lo que removió el control que se había impuesto a ella misma el día anterior, el regulador que le había colocado a su poder, y secretamente empezó a deslizarse por una espiral descendente hacia el núcleo de su magia para extraer tanta como pudo.

El calor se expandió desde donde ella estaba y fue calentando las rocas tan rápidamente que la sangre de Rowan se vaporizó con una nubecilla rojiza. Sus compañeros maldijeron y unos escudos invisibles surgieron alrededor de ellos y de su soberana.

Sabía que el dorado de sus ojos se había convertido en flamas, porque cuando miró a Maeve, el rostro de la reina estaba blanco como el hueso.

Y entonces Celaena le prendió fuego al mundo.

Capítulo 60

Maeve no se estaba quemando, ni tampoco Rowan, ni sus amigos, cuyos escudos Celaena logró traspasar casi sin pensarlo. Pero el río estaba humeando a su alrededor y empezaron a escucharse

gritos desde el palacio, desde la ciudad, mientras una flama que no quemaba ni lastimaba lo envolvía todo. Toda la isla estaba envuelta en llamas.

Maeve ahora estaba de pie bajo del estrado. Celaena dejó que un poco más de calor escapara de su control en la flama y calentó la piel de Maeve cuando se movió para reunirse con su tía. Con los ojos muy abiertos, Rowan colgaba de los brazos de sus amigos y su sangre hervía en las rocas.

—Querías una demostración —dijo Celaena en voz baja. Le corría el sudor por la espalda, pero sostuvo la magia con todas sus fuerzas—. Basta que lo piense para que tu ciudad arda.

—Es de piedra —respondió Maeve con brusquedad.

Celaena sonrió.

—Tu gente no.

Las fosas nasales de Maeve se abrieron delicadamente.

—¿Asesinarías a inocentes, Aelin? Tal vez. Lo hiciste por años, ¿no?

La sonrisa de Celaena no titubeó.

—Ponme a prueba. Solo intenta presionarme, tía, y veremos lo que sucede. Esto querías, ¿no? No que yo dominara mi magia, sino averiguar qué tan poderosa era. No cuánta sangre de tu hermana fluye en mis venas, no, desde el principio has sabido que tengo muy poco del poder de Mab. Querías saber cuánto

tengo de Brannon.

Las flamas crecieron más y los gritos, de miedo, no de dolor, escalaron con ellas. Las flamas no lastimarían a nadie a menos que ella lo decidiera. Podía sentir otras magias luchando contra la suya, haciendo huecos en su poder, pero la conflagración que circundaba la veranda ardía con fuerza.

—Nunca le diste las llaves a Brannon. Y no viajaste con Brannon y Athril a quitarle las llaves a los Valg —continuó Celaena con la cabeza envuelta en una corona de fuego—. Fuiste a robarlas para ti. Querías quedártelas. Cuando Brannon y Athril se dieron cuenta de eso, pelearon contigo. Y

Athril… —Celaena sacó a Goldryn y su pomo brillaba color rojo sangre—. Tu amado Athril, el amigo más querido de Brannon… Cuando Athril peleó contigo, lo mataste. Tú, no los Valg. Y en tu dolor y vergüenza te debilitaste lo suficiente para que Brannon te quitara las llaves. El templo de la diosa del sol no fue saqueado por una fuerza enemiga. Fue Brannon. Quemó todos los rastros que quedaban de él, toda clave sobre a dónde iría, para que tú no lo encontraras. Solo dejó la espada de Athril en honor a su amigo, en la cueva donde Athril le había sacado el ojo a aquella pobre criatura del lago, y nunca te lo dijo. Después de que Brannon dejó

estas costas, no te atreviste a seguirlo, no lo hiciste porque sabías que tenía las llaves, y su magia, *mi* magia, era tan fuerte.

Por eso Brannon había ocultado las llaves del Wyrd en el recuerdo familiar, para darles esa onza adicional de poder. No contra los enemigos ordinarios, sino contra Maeve si iba a buscarlos. Tal vez no había vuelto a poner las llaves en la puerta porque quería tener la capacidad de usar su poder en caso de que Maeve decidiera instalarse como señora de todas las tierras.

—Por eso abandonaste tu tierra en las colinas y la dejaste para que se pudriera. Por eso construiste una ciudad

de roca rodeada de agua: para que los herederos de Brannon no pudieran regresar y rostizarte viva. Por eso querías verme, por eso negociaste con mi madre. Querías saber qué especie de amenaza representaba. Lo que sucedería cuando se mezclara la sangre de Brannon con la de Mab —Celaena abrió los brazos ampliamente y Goldryn resplandeció en una de sus manos—. Mira mi poder, Maeve. Mira con lo que lidio en la oscuridad, lo que acecha bajo mi piel.

Celaena exhaló y apagó todas y cada una de las llamas de la ciudad.

El poder no residía en la fuerza o la habilidad. Estaba en el control, el poder

estaba en controlarse *a ella misma*. Siempre había sabido lo vasto y mortal que era su fuego, y hacía unos meses habría matado y sacrificado y masacrado a quien fuera y a lo que fuera para cumplir con su juramento. Pero esa no era fuerza, había sido la rabia y el dolor de una persona rota y que se desmoronaba. Entendió entonces lo que su madre le había dicho cuando se tocó el corazón esa noche que le dio el amuleto.

Cuando se apagaron todas las luces de Doranelle y el mundo se sumió en la oscuridad, Celaena caminó hacia Rowan. Con una mirada y mostrándoles los dientes a los gemelos, lo soltaron. El

látigo ensangrentado seguía en la mano de Gavriel, y Lorcan no se movió cuando Rowan se dejó caer contra ella murmurando su nombre.

Se empezaron a encender algunas luces. Maeve permaneció donde estaba, con el vestido manchado de hollín y la cara brillante por el sudor.

—Rowan, ven acá —dijo.

Rowan se tensó y gruñó de dolor pero caminó hasta el estrado. La sangre le chorreaba de las heridas espantosas de la espalda. Celaena tenía la bilis en la garganta pero mantuvo los ojos en la reina. Maeve apenas miró a Celaena de reojo y hervía de rabia:

—Dame esa espada y lárgate —

extendió la mano hacia Goldryn.

Celaena sacudió la cabeza.

—No lo creo. Brannon la dejó en aquella cueva para que la encontrara quien fuera menos tú. Así que es mía, por sangre y por fuego y por oscuridad —enfundó la espada a su costado—. No es muy agradable cuando alguien no te da lo que quieres, ¿verdad?

Rowan solo estaba ahí de pie, su rostro era una máscara de tranquilidad a pesar de sus heridas, pero sus ojos, ¿percibía dolor ahí? Sus amigos estaban viendo en silencio, listos para atacar si Maeve daba la orden. Que lo intentaran.

Los labios de Maeve se tensaron en una línea.

—Pagarás por esto.

Pero Celaena se volvió a acercar a Maeve, la tomó de la mano y dijo:

—Oh, no creo.

Entonces abrió su mente a la reina.

Bueno, parte de su mente: la visión que Narrok le había compartido cuando lo quemó. Él sabía. De cierta manera había visto su potencial como si hubiera entendido eso mientras los príncipes del Valg recorrían sus recuerdos. No era un futuro labrado en piedra, pero no le dijo eso a su tía. Le presentó el recuerdo como si fuera verdadero, como si fuera un plan.

La multitud ensordecedora hacía ecos a través de los corredores pálidos de roca del castillo real de Orynth. Estaban cantando su nombre, casi con alaridos. «Aelin». Un pulso de dos ritmos que sonaba con cada paso que daba para subir la escalera oscurecida. Sentía que Goldryn le pesaba en la espalda y su rubí ardía con la luz del sol que se filtraba desde el descanso de arriba. Su túnica era hermosa pero sencilla, aunque sus guanteletes de acero, armados con cuchillas ocultas, eran tan ornamentados como mortíferos.

Ella llegó al descanso y avanzó por el pasillo, al lado de los guerreros altos y musculosos que se ocultaban en las sombras justo detrás del arco abierto. No eran solo guerreros, eran sus guerreros. Su corte. Aedion estaba ahí y unos cuantos más cuyos rostros se hallaban ocultos por las sombras, pero sus sonrisas feroces dejaban ver el brillo tenue de sus dientes. Una corte para cambiar el mundo.

El canto aumentó y el amuleto rebotaba entre sus senos con cada paso. Mantuvo los ojos hacia el frente, con una media sonrisa en el rostro cuando salió al fin al balcón y los gritos se volvieron frenéticos, tan abrumadores

como la multitud enardecida fuera del palacio, en las calles; miles estaban reunidos y cantando su nombre. En el patio, la joven sacerdotisa de Mala bailaba con cada repetición de su nombre, ferviente, fanática.

Con este poder, con las llaves que había conseguido, lo que había creado para ellos, los ejércitos que había formado para sacar a sus enemigos, las cosechas que habían prosperado, las sombras que había ahuyentado…, esas cosas no eran sino un milagro. Era más que humana, era más que una reina.

«Aelin».

Amada. Inmortal. Bendita.

«Aelin».

Aelin del fuego salvaje. Aelin Corazón de fuego. Aelin la portadora de la luz.

«Aelin».

Levantó los brazos e inclinó la cabeza hacia atrás, hacia el sol, y los gritos hicieron que el palacio blanco entero temblara. En su frente, una marca, la marca sagrada del linaje de Brannon, brillaba en azul. Le sonrió a la multitud, a su gente, a su mundo, listos para todo.

Celaena se apartó de Maeve. El rostro de la reina estaba pálido.

Maeve se había creído la mentira. No entendió que esa visión se la habían compartido a Celaena no para alentarla, sino como una advertencia, para prevenirla de que podría convertirse en eso si encontraba las llaves y se las quedaba. Un regalo del hombre que Narrok había sido alguna vez.

—Sugiero —le dijo Celaena a la reina hada— que pienses con mucho cuidado antes de amenazarme a mí o a los míos, o antes de volver a lastimar a Rowan.

—Rowan me pertenece —siseó Maeve—. Puedo hacer lo que me plazca con él.

Celaena volteó a ver al príncipe, que

estaba parado, siempre incondicional, con los ojos opacos por el dolor. No el de las heridas de la espalda, sino el que se había ido acercando a ellos lentamente con cada paso que daban hacia Doranelle, el momento en que deberían separarse.

Lenta, cuidadosamente, Celaena sacó el anillo de su bolsillo.

No era el anillo de Chaol lo que había estado sosteniendo estos últimos días.

Era la argolla sencilla de oro que se había quedado en la funda de Goldryn.

La había mantenido a salvo todas esas semanas, cuando le pedía a Emrys que contara historia tras historia sobre Maeve, y fue reconstruyendo cuidadosamente la verdad sobre su tía justo para este momento, para esta misión.

Maeve se quedó tan quieta como la muerte cuando Celaena levantó el anillo entre dos dedos.

—Creo que llevas mucho tiempo buscando esto —dijo Celaena.

—Eso no te pertenece.

—¿No? Lo encontré, al fin y al cabo. En la funda de Goldryn, donde Brannon lo dejó después de quitárselo al cadáver de Athril, el anillo de la familia que

Athril te hubiera dado algún día. Y en los miles de años transcurridos desde entonces, tú no lo encontraste, así que… supongo que es mío por el azar —Celaena cerró el puño alrededor del anillo—. ¿Pero quién hubiera pensado que fueras tan sentimental?

—Dámelo —los labios de Maeve parecían una línea delgada.

Celaena rio como si ladrara.

—No tengo que darte ninguna maldita cosa —dijo y su sonrisa desapareció. Junto al trono de Maeve, el rostro de Rowan no expresaba nada y miró hacia la cascada.

Todo, todo por él. Por Rowan, quien había sabido exactamente qué espada

estaba recogiendo ese día en la cueva de la montaña, quien se la había lanzado por el hielo como una ficha que podría apostar después, la única protección que le podía ofrecer contra Maeve, si era suficientemente lista para descifrarlo.

Solo Celaena se dio cuenta de lo que él había hecho, que lo había sabido desde el principio, cuando le mencionó el anillo unas semanas atrás y le respondió que esperaba que ella le encontrara algún uso. Él todavía no entendía que no tenía ningún interés en negociar por más poder, ni por seguridad ni por una alianza.

Así que Celaena dijo:

—Pero sí puedo hacer un

intercambio —las cejas de Maeve se juntaron y Celaena movió la barbilla hacia un lado—. El anillo de tu amado a cambio de que liberes a Rowan de su juramento de sangre.

Rowan se puso tenso. Sus amigos voltearon la cara hacia ella.

—Un juramento de sangre es eterno —dijo Maeve con severidad. Celaena pensó que los amigos de Rowan habían dejado de respirar.

—No me importa. Libéralo —Celaena sostuvo el anillo frente a ella de nuevo—. Es tu elección. Libéralo a él o derrito esto en este momento.

Era una apuesta arriesgada, tantas semanas de planear y pensar y esperar

en secreto. Ni siquiera ahora Rowan volteó.

Los ojos de Maeve permanecieron en el anillo. Y Celaena entendió por qué: era el motivo por el cual se había atrevido a intentarlo. Después de un largo silencio, el vestido de Maeve se agitó cuando se enderezó con el rostro pálido y tenso.

—Muy bien. De todas maneras ya me estaba aburriendo de su compañía en las últimas décadas.

Rowan la miró, lentamente, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando. Fue la mirada de Celaena, no la de Maeve, la que buscó con los ojos brillosos.

—Por mi sangre que fluye en ti —dijo Maeve—. Libre de toda deshonra, sin que hubiera un acto de traición, te libero, Rowan Whitethorn, de tu juramento de sangre a mí.

Rowan solo se quedó viéndola y Celaena casi ni escuchó el resto, las palabras que Maeve pronunció en la lengua antigua. Pero Rowan tomo una daga y derramó su propia sangre sobre las rocas, lo que sea que eso hubiera significado. Ella nunca había escuchado mencionar el rompimiento de un juramento de sangre, pero se había arriesgado de todas maneras. Tal vez en toda la historia del mundo nadie había roto uno de manera honorable. Sus

amigos estaban con los ojos muy abiertos y en silencio.

Maeve dijo:

—Eres libre de mí, príncipe Rowan Whitethorn.

Eso era todo lo que Celaena necesitaba escuchar antes de lanzarle el anillo a Maeve, antes de que Rowan corriera hacia ella y le pusiera las manos en las mejillas, frente contra frente.

—Aelin —murmuró, y no era un regaño, ni un agradecimiento, sino una… oración—. Aelin —murmuró nuevamente, sonriendo, y la besó en la frente antes de caer de rodillas frente a ella.

Y cuando buscó su muñeca, ella tiró de su brazo.

—Eres libre. Ahora eres libre.

Detrás de ellos, Maeve veía todo esto con las cejas arqueadas. Pero Celaena no podía aceptarlo, no podía estar de acuerdo.

Una sumisión completa y total, eso era el juramento de sangre. Él cedería todo por ella, su vida, sus propiedades, su libre albedrío.

Sin embargo, el rostro de Rowan estaba tranquilo, estable, seguro. «Confía en mí. No te quiero esclavizado a mí. No seré ese tipo de reina».

«No tienes una corte, estás indefensa, sin tierras y sin aliados. Ella

podría dejarte salir de aquí hoy pero podría ir tras de ti mañana. Ella sabe lo poderoso que soy, lo poderosos que somos juntos. Eso la hará dudar».

«Por favor, no hagas esto, te daré lo que sea que me pidas, pero no esto».

«Te proclamo, Aelin. Hasta cualquier fin».

Sin duda podría haber seguido discutiendo en silencio con él, pero esa calidez extraña y femenina que había sentido en el campamento esa mañana la envolvió, como si le quisiera asegurar que estaba bien querer esto tanto que doliera, diciéndole que podía confiar en el príncipe y, más que eso, más que cualquier otra cosa, que podía confiar en

ella misma. Así que cuando Rowan buscó su muñeca una segunda vez, ella no se resistió.

—Juntos, Corazón de Fuego —dijo empujando la manga de su túnica—. Encontraremos el camino juntos —miró hacia arriba, desde su muñeca—. Una corte que cambiará al mundo —prometió.

Y entonces ella estaba asintiendo, asintiendo y también sonriendo. Él sacó la daga de su bota y se la ofreció.

—Dilo, Aelin.

Tratando de que sus manos no le temblaran frente a Maeve o a los amigos sorprendidos de Rowan, tomó su daga y la sostuvo sobre su muñeca expuesta.

—¿Prometes servir en mi corte, Rowan Whitethorn, desde este momento hasta el día que mueras? —No conocía las palabras correctas ni hablaba la lengua antigua, pero un juramento de sangre no tenía que ver con las frases bonitas.

—Lo prometo. Hasta mi último aliento y al fin del mundo. Hasta cualquier fin.

Ella hubiera hecho una pausa entonces, le hubiera preguntado nuevamente si en realidad quería hacer eso, pero Maeve seguía ahí, una sombra esperando detrás de ellos. Por eso lo había hecho en ese momento, ahí, para que Celaena no pudiera objetar, no

intentara convencerlo de lo contrario.

Era algo tan típico de Rowan, tan terco, que solo pudo sonreír cuando se pasó la daga por la muñeca y dejó un rastro de sangre en su camino. Le ofreció el brazo.

Con sorprendente cuidado, él le tomó su muñeca en sus manos y puso su boca en su piel.

Por un instante, algo brillante como un relámpago surcó su cuerpo y luego se calmó: un hilo que los ataba, más y más fuerte con cada tirón que daba Rowan de su sangre. Tres tragos, con sus dientes contra su piel, y luego levantó la cabeza y sus labios brillaban con su sangre, sus ojos encendidos y vivos y llenos de

acero.

No había palabras para hacer justicia a lo que había pasado entre ellos en ese momento.

Maeve los salvó de tratar de recordar cómo hablar cuando siseó:

—Ahora que ya me ofendieron aún más, váyanse. Todos.

Sus amigos salieron en un instante para irse a las sombras y se llevaron los terribles látigos con ellos.

Celaena ayudó a Rowan a ponerse de pie y le permitió que curara la herida de su muñeca mientras su espalda se cerraba nuevamente. Hombro con hombro, voltearon a ver a la reina hada una última vez.

Pero solo vieron una lechuza blanca que volaba hacia la noche iluminada por la luna.

Salieron rápidamente de Doranelle y no se detuvieron hasta que encontraron una posada tranquila en un pueblo pequeño y medio olvidado a kilómetros de distancia. Rowan ni siquiera se atrevió a pasar a sus habitaciones para recoger sus pertenencias y dijo que de todas maneras no tenía nada que valiera la pena llevarse. Sus amigos no los siguieron y no intentaron despedirse de

ellos cuando cruzaron el puente y se adentraron en las tierras veladas por la noche que había más allá. Después de horas de correr, Celaena se dejó caer en la cama y durmió como los muertos. Pero al amanecer, le rogó a Rowan que sacara sus agujas y tinta de su bolso.

Se bañó mientras él preparó lo que necesitaba. Se lavó con sal gruesa en el baño diminuto de la posada hasta que su piel adquirió brillo. Rowan no dijo nada cuando la vio entrar de nuevo en la recámara. Apenas la vio de reojo cuando se quitó la bata, desnuda hasta la cintura, y se recostó boca abajo en la mesa que él había pedido que llevaran. Sus agujas y tinta ya estaban listas sobre

la mesa y se había enrollado las mangas hasta los codos. Con el cabello recogido, las líneas elegantes y brutales de su tatuaje eran mucho más visibles.

—Respira profundo —le dijo. Ella obedeció y descansó las manos bajo su barbilla mientras jugaba con el fuego, entretejiendo sus propias flamas en las brasas.

—¿Comiste y bebiste lo suficiente?

Asintió. Había devorado un desayuno completo antes de meterse al baño.

—Dime cuando necesites que pare —dijo él. Le cedió el honor de no cuestionar su decisión ni advertirle del dolor que sentiría. En vez de eso, pasó

su mano estable por la espalda cicatrizada como un artista que evalúa su lienzo. Pasó los dedos fuertes y con callos por cada una de sus cicatrices, probando, y ella sintió que la piel le cosquilleaba.

Luego empezó el proceso de dibujar las marcas, la guía que seguiría en las horas siguientes. Durante el desayuno, ya había esbozado algunos diseños para que ella los aprobara. Eran tan perfectos que parecía que él había entrado en su alma para encontrarlos. No le había sorprendido en lo absoluto.

La dejó usar el baño cuando terminó el contorno y pronto ya estaba de nuevo boca abajo en la mesa, con las manos

bajo la barbilla.

—Ya no te muevas. Voy a empezar.

Ella gruñó para que supiera que lo había escuchado y mantuvo su mirada en el fuego, en las brasas, mientras el calor de su cuerpo flotaba sobre el suyo. Escuchó que inhalaba y entonces…

El primer piquete le ardió…, ¡dioses!, con la sal y el hierro, dolía. Apretó los dientes, lo dominó, le dio la bienvenida. Para eso era la sal con este tipo de tatuaje, le dijo Rowan. Para recordarle al tatuado la pérdida. Bien… bien, era lo único que podía pensar al sentir el dolor extenderse como una telaraña por su espalda. Bien.

Y cuando Rowan hizo la siguiente

marca, ella abrió la boca y empezó a rezar.

Eran las oraciones que debería haber hecho hacía diez años: un torrente constante de palabras en la lengua antigua, diciendo a los dioses sobre la muerte de sus padres, la muerte de su tío, la muerte de Marion… cuatro vidas eliminadas en esos dos días. Con cada uno de los piquetes de la aguja de Rowan, le rogaba a los inmortales sin rostro que se llevaran las almas de sus seres amados a su paraíso y que las mantuvieran a salvo. Les habló sobre su valor y les dijo sobre las buenas acciones y las palabras amorosas y actos valientes que habían realizado.

Nunca hizo más de una pausa por respiración, recitó las oraciones que les debía como hija y amiga y heredera.

Durante las horas que Rowan trabajó, sus movimientos caían al ritmo de sus palabras, mientras ella recitaba y cantaba. Él no habló, su martillo y agujas eran el tambor de sus cánticos, entretejiendo su labor juntos. No la distrajo ofreciéndole agua cuando su voz se hizo más ronca, con la garganta tan destrozada que tenía que susurrar. En Terrasen cantaría desde el amanecer hasta el anochecer, de rodillas sobre la grava sin comida ni bebida ni descanso. Aquí cantaría hasta que hubieran terminado de hacer las marcas: la agonía

de su espalda era su ofrenda a los dioses.

Cuando quedó terminado, su espalda se sentía en carne viva y punzante, y le tomó varios intentos levantarse de la mesa. Rowan la siguió a un campo cercano a oscuras y se hincó con ella en el césped mientras la chica miraba la luna y cantaba la última canción, la canción sagrada de su casa, el lamento de las hadas que les debía desde hacía diez años.

Rowan no pronunció palabra mientras la oía cantar, con esa voz rota y cruda. Él permaneció en el campo a su lado hasta la aurora, tan permanente como las marcas en su espalda. Tres

líneas de texto estaban grabadas sobre sus tres cicatrices más grandes, la historia de su amor y pérdida ahora estaba escrita en su cuerpo: una línea por sus padres y su tío, una línea por lady Marion y una línea por su corte y su gente.

En las cicatrices más pequeñas y más cortas, estaban las historias de Nehemia y Sam. Sus muertos amados.

Ya no estarían encerrados en su corazón. Ya no sentiría vergüenza.

Capítulo 61

Llegaron las competencias militares.

Todos los clanes de Dientes de Hierro tuvieron tiempo para descansar el día anterior, pero ninguno lo hizo ya que prefirieron hacer prácticas de

último minuto o repasar planes y estrategias.

Los oficiales y consejeros de Adarlan habían estado llegando durante varios días. Venían a supervisar las competencias desde la parte superior del Colmillo del Norte. Darían un informe al rey de Adarlan sobre cómo eran las brujas y sus monturas y quién había salido victoriosa.

Semanas antes, después de que Abraxos logró franquear el Paso, Manon regresó a la Omega para recibir sonrisas y aplausos. Su abuela no estaba por ningún lado, pero eso era de esperarse. Manon no había logrado nada, simplemente había hecho lo que se

esperaba de ella.

No vio ni escuchó nada sobre la prisionera Crochan en el corazón de la Omega, y nadie más parecía saber tampoco nada sobre su paradero. Se sintió casi tentada a preguntarle a su abuela, pero la matrona no la llamó y Manon no estaba de humor para que la volvieran a golpear.

Estos días su propio temperamento estaba muy volátil mientras los clanes empezaron a cerrarse y se mantenían en sus propios salones y casi no hablaban unas con otras. La unidad que habían mostrado en la noche que Abraxos cruzó ya había desaparecido hacía mucho para cuando las competencias militares

llegaron y fue reemplazada por siglos de competencias y guerras de sangre.

Las competencias deberían tener lugar alrededor y entre los dos picos, incluyendo el cañón más cercano, visible desde el Colmillo del Norte. Cada uno de los tres clanes tendría su propio nido en la cima de alguna montaña cercana: un nido literal de ramas y palitos. En el centro de cada uno habría un huevo de cristal.

Los huevos serían su fuente de victoria y derrota. Cada clan debería capturar los huevos de los dos equipos enemigos, pero también debía dejar a alguien para que protegiera el huevo propio. El clan ganador sería el que

consiguiera la posesión de los otros dos huevos robándoselos de los nidos, donde no los podían tocar las guardianes, o de las fuerzas enemigas que los llevaran cargando. Si un huevo se rompía, significaba descalificación inmediata de quien lo portara.

Manon se puso su armadura ligera y su equipo de piel para volar. Usó metal en los hombros, muñecas y muslos, en cualquier lugar que pudiera ser golpeado por una flecha o que pudieran ser herido por los guivernos o las cuchillas enemigas. Estaba acostumbrada al peso y al movimiento limitado, y también Abraxos, gracias al entrenamiento que habían sido obligadas

a soportar las demás Picos Negros estas últimas semanas.

Aunque tenían órdenes estrictas de no lastimar seriamente ni matar, se les permitió a cada una llevar dos armas, así que Manon llevó a HiendeViento y su mejor daga. Las sombras, Asterin, Lin y las gemelas demonio llevarían los arcos. Ya eran capaces de tirar a matar desde sus guivernos: habían entrenado una y otra vez con blancos en los cañones y atinaban al centro de la diana todas las veces. Asterin había entrado con una actitud muy segura al comedor esa mañana, muy consciente de que era letal como el infierno.

Cada clan llevaba tiras trenzadas de

cuero teñido en la frente —negro, azul, amarillo— y sus guivernos tenían marcas similares en las colas, cuellos y costados. Cuando todos los aquelarres estuvieran en el aire, se reunirían en el cielo y presentarían a la totalidad del equipo a los pequeños hombres mortales que estaban en las montañas de abajo. Las Trece iban al frente de los aquelarres Picos Negros en una formación perfecta.

—Tontos, no saben lo que han desatado —murmuró Asterin y las palabras le llegaron a Manon arrastradas por el viento—. Tontos mortales estúpidos.

Manon siseó, estaba de acuerdo.

Volaron en formación: Manon a la cabeza, Asterin y Vesta a los lados; luego tres filas de tres: Imogen flanqueada por los demonios de ojos verdes, Ghislaine flanqueada por Kaya y Thea, las dos sombras y Lin, y al último Sorrel, sola en la parte de atrás. Un ariete, balanceado e impecable, capaz de golpear las líneas enemigas y traspasarlas.

Si Manon no las derribaba, entonces las espadas feroces de Asterin y Vesta lo harían. Si eso no lo lograba, entonces las seis de en medio eran una trampa letal garantizada. La mayoría no llegaría siguiera a las sombras y Lin, quienes estarían prestando atención con su vista

aguda en el entorno. Ni a Sorrel, que iba cuidando la retaguardia.

Eliminarían las fuerzas enemigas una por una, con manos y pies y codos donde las armas harían normalmente el trabajo. El objetivo era robar los huevos, no matar a las demás, se recordó y se lo recordó a las Trece nuevamente. Y de nuevo.

Las competencias empezaron con el sonido de una campana enorme en algún lugar de la Omega. El cielo hizo erupción entre alas y garras y gritos un instante después.

Primero se lanzaron por el huevo de las Sangre Azul, porque Manon sabía que las Piernas Amarillas irían primero

al nido Picos Negros, lo cual hicieron inmediatamente. Manon hizo una seña a sus brujas y un tercio de su fuerza regresó y se quedó detrás de las líneas de su área para enfrentar a las Piernas Amarillas con un muro sólido de dientes y alas.

Las Sangre Azul, que probablemente eran las que menos planes tenían debido al tiempo que dedicaban a sus diversos rituales y rezos, enviaron sus fuerzas contra las Picos Negros también, para ver si las alas extra podrían romper esa pared recubierta de hierro. Otro error.

En cuestión de diez minutos, Manon y las Trece estaban rodeando el nido de las Sangre Azul, y la guardia del sitio

entregó el tesoro.

Hubo gritos y exclamaciones, no de las Trece, que tenían el rostro de piedra y los ojos brillantes, sino de las otras Picos Negros. Una tercera parte se separó, dieron la vuelta y volaron hacia Manon y su fuerza, que regresaba para aplastar a las Sangre Azul y las Piernas Amarillas entre los dos grupos.

Las brujas y sus guivernos subían y bajaban, pero esto era más por el espectáculo que por ganar, y Manon no cedió un centímetro cuando empezaron a presionar por delante y por detrás, una pinza aérea que provocó tanto pánico entre los guivernos que casi tiraron a sus jinetes.

Esto… esto era para lo que ella había sido diseñada. Ni siquiera las batallas que había peleado sobre una escoba habían sido tan rápidas, brillantes y letales. Y cuando enfrentaran a sus enemigos, cuando agregaran un arsenal de armas… Manon iba sonriendo cuando colocó el huevo Sangre Azul en el nido Picos Negros sobre la cima de la montaña.

Momentos después, Manon y Abraxos planeaban sobre la batalla, y las Trece también ascendían desde atrás para reagruparse. Asterin, la única que se había mantenido cerca todo el tiempo, estaba sonriendo como loca, y, mientras su prima y su guiverno pasaron junto al

Colmillo del Norte y sus observadores reunidos, la bruja de cabello dorado se salió de su silla y corrió por el ala para saltar.

Las bruja Piernas Amarillas del guiverno de abajo no vio a Asterin hasta que aterrizó sobre ella, con una mano en la garganta donde habría estado la daga. Incluso Manon se sorprendió cuando la bruja Piernas Amarillas levantó las manos en señal de rendición.

Asterin la soltó y levantó los brazos para que la recogieran las garras de su propio guiverno. Después de un lanzamiento y una caída espantosa, Asterin regresó a su propia silla de montar y voló hasta que estuvo

nuevamente junto a Manon y Abraxos. Él giró hacia el guiverno azul de Asterin, moviendo el ala, un gesto juguetón y casi coqueto que hizo que la hembra gritara encantada.

Manon levantó las cejas a su segunda.

—Parece que lo has estado practicando —gritó.

Asterin sonrió.

—No llegué a la posición de segunda por estar sentada en mi trasero.

Entonces Asterin volvió a volar bajo pero aún en formación, a un aletazo de distancia. Abraxos rugió y las Trece cayeron en su formación alrededor de Manon con cuatro aquelarres

flanqueándolas desde atrás. Solo tenían que capturar el huevo de las Piernas Amarillas y llevarlo de regreso al nido Picos Negros y habrían terminado. Esquivaron y volaron sobre otros aquelarres que peleaban y cuando llegaron a la línea de las Piernas Amarillas, las Trece empezaron a subir y a retroceder, y dejaron pasar a los otros cuatro aquelarres que venían detrás de ellas como flechas para abrir una línea a través de la barrera que entonces las Trece destrozaron.

El nido de las Piernas Amarillas, el más cercano al Colmillo del Norte, estaba circundado no por tres sino por cuatro aquelarres, un buen porcentaje

del equipo para estar detrás de las líneas. Se levantaron del nido, no como unidades individuales, sino como una sola, y Manon sonrió para sí misma.

Volaron hacia ellas y las Piernas Amarillas aguantaron y aguantaron…

Manon silbó. Ella y Sorrel subieron y bajaron respectivamente y su aquelarre se dividió en tres, exactamente como lo habían practicado. Como si fueran los miembros de una criatura, chocaron contra las líneas de las Piernas Amarillas, líneas donde todos los aquelarres se habían mezclado, entre desconocidas y guivernos que nunca habían volado juntos. La confusión se hizo peor cuando las Trece las

esparcieron y las empujaron. Se gritaron órdenes, se gritaron nombres, pero el caos era completo.

Estaban cerrándose sobre el nido cuando cuatro aquelarres de Sangre Azul salieron de la nada dirigidos por la misma Petrah en su montura, Keelie. Iba descendiendo casi en caída libre hacia el nido, que había quedado libre mientras las Picos Negros y las Piernas Amarillas peleaban. Había estado esperando esto, como una zorra en su agujero.

Entró y Manon se lanzó tras ella, maldiciendo con ferocidad. Un destello amarillo y un grito de furia y Manon y Abraxos aletearon hacia atrás,

haciéndose a un lado para permitir que Iskra pasara a toda velocidad más allá del nido y chocara justo contra Petrah.

Las dos herederas y sus guivernos enlazaron las garras y empezaron a luchar cayendo por el aire, arañando y mordiendo. Se escucharon gritos provenientes de la montaña y de las brujas que iban volando.

Manon jadeó y se aclaró la mente que le daba vueltas mientras Abraxos se nivelaba sobre el nido y regresaba para sellar su victoria. Estaba a punto de indicarle que descendiera cuando Petrah gritó. No de furia sino de dolor.

Era un dolor agonizante que desgarraba el alma, como Manon nunca

había escuchado, porque el guiverno de Iskra había apretado su quijada en el cuello de Keelie.

Iskra soltó un alarido de triunfo y su guiverno macho sacudió a Keelie mientras Petrah se sostenía con fuerza de la silla.

Ahora. Ahora era el momento de tomar el huevo. Le indicó a Abraxos que bajara.

—Ve —le dijo con voz sibilante y se inclinó preparándose para el descenso.

Abraxos no se movió, sino que se quedó flotando, mirando cómo Keelie luchaba sin éxito con las alas apenas moviéndose y Petrah volvió a gritar. Le rogaba… le rogaba a Iskra que se

detuviera.

—¡Ahora, Abraxos! —Lo pateó con las espuelas. Nuevamente se negó a bajar.

Entonces Iskra le dio una orden a su guiverno… y la bestia soltó a Keelie.

Hubo un segundo grito entonces, desde la montaña. De la matrona Sangre Azul, que gritaba por su hija que se desplomaba hacia las rocas de abajo. Las otras Sangre Azul giraron rápidamente, pero estaban demasiado lejos y sus guivernos eran demasiado

lentos para detener la caída fatal.

Pero Abraxos no.

Y Manon no supo si había dado la orden o si la había pensado, pero ese grito, el grito de esa madre que nunca había escuchado antes, la hizo inclinarse hacia el frente. Abraxos se lanzó, como una estrella fugaz con sus alas brillantes.

Bajaron y bajaron hacia el guiverno herido y la bruja aún viva que iba sobre él.

El viento le golpeaba la cara y la ropa a Manon cuando se acercó más y notó que Keelie todavía respiraba y luchaba como loca para mantenerse estable. No para sobrevivir. Keelie sabía que moriría en cualquier momento.

Estaba luchando por la bruja que venía montada en ella.

Petrah se había desmayado; estaba retorcida en su silla por la caída y por la pérdida de aire. Colgaba peligrosamente a pesar de que Keelie peleaba con los últimos latidos de su corazón por hacer que la caída fuera estable y lenta. Las alas del guiverno se doblaron y gritó con dolor.

Abraxos entró a toda velocidad, con las alas abiertas, y pasó una vez y luego otra. El cañón se aproximaba demasiado rápido y se veía cada vez más cercano. Para cuando terminó el segundo pase, casi tan cerca como para tocar el cuero manchado de sangre, Manon entendió.

Abraxos no podía detener a Keelie, era demasiado pesada y él, demasiado pequeño. Pero podía salvar a Petrah. Además, había visto a Asterin saltar. Manon debía sacar a la bruja inconsciente de la silla.

Abraxos le rugió a Keelie y Manon podría haber jurado que estaba hablando en un idioma desconocido, que le gritaba alguna especie de comando. Keelie hizo un último truco para su jinete y voló horizontal: una plataforma de aterrizaje.

«Mi Keelie», había dicho Petrah. Había sonreído al decirlo.

Manon se dijo a sí misma que lo hacía por una alianza. Se dijo que era

por el espectáculo.

Pero lo único que podía ver era el amor incondicional en los ojos de ese guiverno moribundo cuando se desabrochó el arnés, se salió de la silla y saltó de Abraxos.

Capítulo 62

Manon cayó sobre Keelie y la bestia gritó, pero se sostuvo firme cuando Manon avanzó contra el viento y hacia la silla desde donde colgaba Petrah. Sus manos estaban tiesas y sus guantes la

volvían aún más torpe para cortar el cuero con su cuchilla y separar los arneses uno tras otro. Abraxos rugió en señal de advertencia. La boca del cañón estaba más cerca.

Que la oscuridad se apiadara de ella.

Entonces Manon liberó a Petrah. La heredera de las Sangre Azul era un peso muerto en sus brazos y su cabello le azotaba la cara a Manon como mil cuchillos pequeños. Pasó un trozo de cuero alrededor de sí misma y de Petrah. Una, dos veces. Lo ató y pasó sus brazos a través de los de Petrah. Keelie se mantuvo firme. Los bordes del cañón se cerraron a su alrededor y la sombra las

cubrió por todas partes. Manon gritó al levantar el peso de la bruja de los estribos y la silla.

La roca se veía pasar a toda velocidad a su alrededor pero una sombra bloqueó el sol, y entonces solo vio a Abraxos que se lanzaba por ella, vertiginoso, pequeño y rápido. Era el único guiverno que había visto descender a esa velocidad en este cañón.

—Gracias —le dijo a Keelie cuando se lanzó junto con Petrah por los aires.

Cayeron por un instante, retorciéndose, se desplomaban demasiado rápido, pero luego Abraxos las alcanzó con las garras estiradas. Las

levantó y dio la vuelta por el lado del cañón y sobre la orilla volando hacia la seguridad del aire.

Keelie chocó contra el fondo del cañón con un estruendo que se alcanzó a escuchar por las montañas.

No se volvió a levantar.

Las Picos Negros ganaron la competencia militar, y a Manon la coronaron Líder de Flota frente a todos esos hombres delicados y sudorosos de Adarlan. La habían calificado de heroína y guerrera verdadera y otras

tonterías así. Pero Manon había visto el rostro de su abuela cuando dejó a Petrah en la plataforma de observación. Vio la repulsión.

Manon no le hizo caso a la matrona de las Sangre Azul, quien se había puesto de rodillas para agradecerle. Ni siquiera se fijó cuando se llevaron a Petrah.

Al día siguiente, los rumores decían que Petrah no se había levantado de la cama. Dijeron que se le había roto el alma cuando murió Keelie.

«Un accidente desafortunado provocado por los guivernos incontrolables», dijo la matrona de las Piernas Amarillas, e Iskra lo había

repetido. Pero Manon había escuchado la orden de matar que dio Iskra.

Tal vez podría haber denunciado a Iskra, podría haberla desafiado, si Petrah no hubiera escuchado la orden también. Esa venganza le correspondía a Petrah.

Debería haber dejado que la bruja muriera, le gritó su abuela esa noche mientras la golpeaba una y otra vez por su falta de obediencia. Falta de brutalidad. Falta de disciplina.

Manon no se disculpó. No dejó de escuchar el sonido que había hecho Keelie cuando chocó con la tierra. Y una parte de ella, tal vez una parte débil e indisciplinada, no se arrepentía de

haberse asegurado de que el sacrificio del animal no hubiera sido en vano.

De todos los demás, Manon soportó las alabanzas que le amontonaron, aceptó las reverencias de todos los malditos aquelarres sin importar su sangre.

Líder de la Flota. Se lo dijo a sí misma, en voz baja, cuando ella y Asterin, con la mitad de las Trece siguiéndolas, se acercaron al comedor donde habría una celebración.

La otra mitad ya estaba ahí, revisando de antemano por si había alguna amenaza o trampa. Ahora que era líder de la Flota, ahora que había humillado a Iskra, las otras serían más

feroces, para sobajarla y ocupar su posición.

La multitud estaba alegre. Los dientes de hierro brillaban por todas partes y la cerveza, cerveza real y fresca que habían traído esos horribles hombres de Adarlan, salpicaba desde los tarros. Manon tenía uno en la mano y Asterin se lo arrebató, dio un trago, y esperó un momento antes de devolverlo.

—Creo que serían muy capaces de envenenarte —dijo su segunda y le guiñó el ojo mientras caminaban hacia la parte delantera de la habitación donde las esperaban las tres matronas. Esos hombres en las competencias habían realizado una ceremonia pequeña, pero

esta era para las brujas, esta era para Manon.

Ocultó su sonrisa cuando la multitud se abrió para dejarla pasar.

Las tres brujas mayores estaban sentadas en tronos improvisados, apenas poco más que sillas ornamentadas que habían encontrado. La matrona Sangre Azul, sonrió cuando Manon presionó dos dedos en su frente. La matrona Piernas Amarillas, por otro lado, no hizo nada. Pero su abuela, sentada en el centro, sonrió débilmente.

Una sonrisa viperina.

—Bienvenida, líder de la Flota —le dijo su abuela y se escuchó un grito de las brujas, salvo las Trece, que

permanecieron tranquilas y calladas. No necesitaban vitorearla, pues eran inmortales e infinitas y gloriosas y maravillosamente mortíferas.

—¿Qué regalo podemos darte, qué corona podemos entregarte, para honrar lo que harás por nosotras? —preguntó su abuela—. Tienes una espada buena, un aquelarre que inspira miedo… —las Trece se permitieron un esbozo de sonrisa—. ¿Qué más podríamos darte que no poseas ya?

Manon agachó la cabeza.

—No hay nada que desee, salvo el honor que ya me has dado.

Su abuela rio:

—¿Qué me dices de una capa nueva?

Manon se enderezó. No podía negarse, pero… esta era su capa y siempre lo había sido.

—Esa ya se ve bastante maltratada —continuó su abuela y ondeó la mano hacia alguien de la multitud—. Así que aquí está nuestro regalo para ti, líder de la Flota: un reemplazo.

Se escucharon gruñidos y maldiciones, pero la multitud contuvo el aliento, por hambre, por anticipación, cuando una bruja de cabello castaño entró encadenada detrás de tres brujas Piernas Amarillas que la forzaron a arrodillarse frente a Manon.

Si su rostro roto, sus dedos destrozados, sus laceraciones y

quemaduras no delataban lo que era, entonces la capa color rojo sangre sí.

Los ojos de la bruja Crochan, del color sólido de la tierra recién labrada, miraron a Manon. Cómo seguía teniendo los ojos tan brillantes a pesar de los horrores escritos en su cuerpo, cómo no se colapsaba justo ahí, o cómo no empezaba a rogar, Manon no lo sabía.

—Un regalo —dijo su abuela extendiendo una mano de puntas de hierro hacia la Crochan— digno de mi nieta. Termina con su vida y toma tu nueva capa.

Manon reconoció el desafío. No obstante, sacó su daga y Asterin se acercó con la mirada en la Crochan.

Por un momento, Manon se quedó viendo a la bruja, su enemiga mortal. Las Crochan las habían maldecido, las habían convertido en exiliadas eternas. Merecían morir, todas y cada una de ellas.

Pero no fue su voz la que dijo esas cosas en su mente. No, por alguna razón, fue la voz de su abuela.

—Cuando estés lista, Manon —dijo su abuela.

Ahogándose, con los labios partidos y sangrantes, la bruja Crochan miró a Manon y rio.

—Manon Picos Negros —murmuró en lo que habría sido un tono lánguido si sus dientes no hubieran estado rotos ni

su garganta cubierta de un anillo de moretones—, yo te conozco.

—¡Mata a la perra! —gritó una bruja desde la parte de atrás de la habitación.

Manon miró hacia el rostro de su enemiga y arqueó las cejas.

—¿Sabes cómo te llamamos? —La sangre se acumuló cuando los labios de la Crochan se abrieron en una sonrisa. Cerró los ojos como si lo estuviera saboreando—. Te llamamos el Demonio Blanco. Estás en nuestra lista…, la lista de todas ustedes, monstruos, que debemos matar al verlas si alguna vez las encontramos. Y tú… —abrió los ojos y sonrió, desafiante, furiosa—. Tú estás hasta arriba de esa lista. Por todo

lo que has hecho.

—Es un honor —dijo Manon a la Crochan y sonrió lo necesario para mostrarle los dientes.

—¡Córtale la lengua! —gritó alguien más.

—Termínala —siseó Asterin.

Manon dio una vuelta a su daga y la inclinó para hundirla en el corazón de la Crochan.

La bruja rio, pero la risa se convirtió en una tos que la hizo tener arcadas hasta que salpicó sangre azul en el piso, hasta que le salían lágrimas de los ojos y Manon pudo alcanzar a ver las heridas profundas e infectadas de su pecho. Cuando levantó la vista, con la

sangre manchándole las esquinas de la boca, volvió a sonreír.

—Mira todo lo que quieras. Mira lo que me hicieron tus hermanas. Cuánto debe dolerles saber que no pudieron quebrarme al final.

Manon la miró hacia abajo, miró su cuerpo arruinado.

—¿Sabes lo que es esto, Manon Picos Negros? —le preguntó la Crochan —. Porque yo sí. Los escuché decir lo que hiciste durante tus competencias.

Manon no estaba segura de por qué estaba permitiendo que la bruja hablara, pero no podría haberse movido de haberlo deseado.

—Esto —dijo la Crochan para que

todas la escucharan— es un recordatorio. Mi muerte, mi asesinato a manos tuyas, es un recordatorio. No para ellos —respiró y miró fijamente a Manon con esa mirada de tierra marrón —. Sino para ti. Un recordatorio de lo que te hicieron ser. Te hicieron ser de esta manera. ¿Quieres saber el gran secreto de las Crochan? ¿Nuestra gran verdad, la que les ocultamos y que celamos con nuestras vidas? No es dónde nos escondemos ni cómo romper su maldición. Ustedes han sabido todo este tiempo cómo hacerlo, han sabido por quinientos años que su salvación yace en sus manos. No, nuestro gran secreto es que las compadecemos.

Nadie hablaba ahora.

Pero la Crochan no dejó de mirar a Manon, y Manon no bajó su daga.

—Las compadecemos, a todas y cada una de ustedes. Por lo que le hacen a sus niños. No nacen malvados, pero los obligan a matar y a lastimar y a odiar hasta que no les queda nada en el interior, nada de ustedes. Por eso estás aquí esta noche, Manon. Por la amenaza que representas para ese monstruo que llamas abuela. La amenaza que representaste cuando elegiste la piedad y salvaste la vida de tu rival —respiró con dificultad y las lágrimas corrieron sin que intentara detenerlas cuando enseñó los dientes—. Las han

convertido en monstruos. *Convertido*, Manon. Y las compadecemos.

—Ya basta —dijo la matrona desde atrás. Pero toda la habitación estaba en silencio y Manon lentamente levantó la mirada para encontrarse con los ojos de su abuela.

En ellos, Manon miró una promesa de violencia y dolor que llegaría si ella desobedecía. Más allá de eso, no brillaba nada salvo la satisfacción. Como si la Crochan hubiese dicho la verdad, pero solo la matrona Picos Negros supiera que lo había hecho.

Los ojos de la Crochan seguían brillantes, irradiando un valor que Manon no podía comprender.

—Hazlo —susurró la Crochan. Manon se preguntó si alguien más comprendía que no era un reto sino una súplica.

Manon volvió a inclinar su daga, cambiándola de posición en su palma. No miró a la Crochan, ni a su abuela ni a nadie más cuando tomó a la bruja por el cabello y le jaló la cabeza hacia atrás.

Y luego derramó la sangre de su garganta en el suelo.

Con las piernas colgando de la orilla del risco, Manon se sentó en una parte plana

en la cima de un pico de las Ruhnn, con Abraxos echado a su lado y oliendo las flores que abrían de noche en la pradera primaveral.

No tuvo opción salvo tomar la capa de la Crochan y tirar la vieja sobre el cuerpo cuando cayó, cuando las brujas se reunieron para destrozarla.

Las han convertido en monstruos.

Manon miró a su guiverno, la punta de su cola se movía como la de un gato. Nadie había notado que se había salido de la celebración. Incluso Asterin estaba borracha con la sangre de la Crochan, y había perdido de vista a Manon cuando se mezcló con la multitud. Pero le dijo a Sorrel que iba a ver a Abraxos. Y su

tercera, por algún motivo, la había dejado ir sola.

Volaron hasta que la luna estaba en lo más alto y ya no podía escuchar los graznidos y carcajadas de las brujas en la Omega. Juntos, se sentaron en la última de las Ruhnn, y Manon miró hacia la extensión interminable y plana entre los picos y el mar occidental. En algún sitio allá abajo, más allá del horizonte, había un hogar que nunca había conocido.

Las Crochans eran mentirosas y siempre daban sermones insufribles. La bruja probablemente había disfrutado de su discursito, de hacer una última escena dramática. «Nos compadecemos de

ustedes».

Manon se frotó los ojos y recargó los codos en las rodillas, asomándose al precipicio.

Lo hubiera pasado por alto, no hubiera pensado dos veces en ello, de no ser por esa mirada en los ojos de Keelie al caer, cuando peleó con las últimas gotas de fuerza que tenía para salvar a Petrah. O por el ala de Abraxos que protegió a Manon contra la lluvia helada.

Los guivernos debían matar y mutilar y sembrar el terror en los corazones de sus enemigos. Y sin embargo…

Y sin embargo, Manon miró hacia el horizonte tachonado de estrellas y volteó

el rostro hacia la cálida brisa de primavera. Agradeció al compañero estable y sólido que descansaba tras ella. Era una sensación extraña, esa gratitud por su existencia.

También estaba esa otra sensación extraña que subía y bajaba en su interior, haciéndola repasar la escena en el comedor una y otra vez.

No conocía el arrepentimiento, no el verdadero, al menos.

Pero se arrepentía de no saber el nombre de la Crochan. Se arrepentía de no saber a quién le había pertenecido la capa que ahora estaba sobre sus hombros, de dónde venía, cómo había vivido.

De alguna manera, aunque su larga vida llevaba diez años desaparecida…

De alguna manera, ese arrepentimiento la hacía sentir increíble y pesadamente mortal.

Capítulo 63

Aedion dejó escapar un silbido y le ofreció a Chaol la botella de vino que compartían en la azotea del departamento de Celaena. Chaol, que no se sentía como para beber, negó con la

cabeza.

—Desearía haber estado ahí para verlo —le sonrió a Chaol con un gesto lupino—. Me sorprende que no me condenes por decir eso.

—Más allá de lo que sean esas criaturas que el rey envió con Narrok, no creo que fueran hombres inocentes —dijo Chaol—. Ni siquiera hombres.

Ella lo había logrado, había hecho una declaración tan fuerte que incluso días después, Aedion seguía celebrando. En silencio, por supuesto.

Chaol había venido aquí esa noche con la idea de decirle a Aedion y a Ren lo que sabía del hechizo que el rey había utilizado y cómo lo podrían destrozar.

Pero aún no lo hacía. Seguía preguntándose lo que haría Aedion con ese conocimiento. En especial cuando Chaol se fuera a Anielle en tres días.

—Cuando Celaena llegue a casa, necesitas pasar desapercibido en Anielle —dijo Aedion y le dio un trago a la botella—. Cuando se revele quién fue todos estos años.

Y así sería, eso Chaol lo sabía. Ya estaba preparándose para sacar a Dorian y a Sorscha del castillo. Aunque no hubieran hecho nada malo, habían sido sus amigos. Si el rey sabía que Celaena era Aelin, sería tan letal como si descubriera que Dorian tenía magia. Cuando llegara a casa, todo cambiaría.

Sí, Aelin vendría a casa. Pero no con Chaol. Vendría a casa a Terrasen, con Aedion y Ren y la corte que se estaba reuniendo en su nombre. Vendría a casa a la guerra y al derramamiento de sangre y a la responsabilidad. Parte de él todavía no podía concebir lo que le había hecho a Narrok, el grito de batalla que había lanzado desde el otro lado del mar. No podía aceptar esa parte de ella, tan sedienta de sangre y tan dura. Incluso como Celaena, era difícil entenderla a veces, y él había intentado no fijarse en eso y ver más allá, pero como Aelin... Había sabido, desde el momento en que entendió quién era ella, que aunque Celaena siempre lo elegiría a él, Aelin

no.

Y no sería Celaena Sardothien quien regresara a este continente. Tomaría tiempo, lo sabía, que dejara de doler, dejarlo ir. Pero el dolor no duraría para siempre.

—¿Hay… —preguntó Aedion con la mandíbula apretada, como si dudara si debía decir lo demás— hay algo que quieras que le diga o que le dé?

Era posible que en cualquier momento Aedion tuviera que huir a Terrasen con su reina.

El Ojo de Elena se sentía cálido en su cuello, y Chaol casi lo buscó. Pero no pudo hacerlo porque no quería enviarle ese mensaje, ni dejarla ir por completo,

todavía no. Al igual que no se podía convencer de decirle a Aedion sobre la torre del reloj.

—Dile —dijo Chaol en voz baja— que yo no tuve nada que ver contigo. Dile que casi no hablaste conmigo. Ni con Dorian. Dile que estoy bien en Anielle y que todos estamos seguros.

Aedion guardó silencio tanto tiempo que Chaol se paró para irse. Pero entonces el general dijo:

—¿Qué hubieras dado solo por verla de nuevo?

Chaol no pudo dar la vuelta para verlo cuando contestó:

—Eso ya no importa.

Sorscha descansó la cabeza en el sitio suave entre el hombro y el pecho de Dorian oliendo su aroma. Él ya dormía profundamente. Casi, casi, habían llevado las cosas a otro nivel esta noche, pero ella había vuelto a dudar, otra vez había permitido que esa duda estúpida irrumpiera en su mente cuando él le preguntó si estaba lista, y aunque quería decir que sí, le dijo que no.

Estaba despierta, con el estómago tenso y la mente desbocada. Había tantas cosas que quería hacer y ver con él. Pero podía sentir que el mundo estaba

cambiando, el viento soplaba en otra dirección. Aelin Galathynius estaba viva. E incluso si Sorscha le daba todo a Dorian, las siguientes semanas y meses serían sumamente difíciles para él aun sin tener que preocuparse por ella.

Si el capitán y el príncipe decidían actuar con base en lo que habían averiguado, si la magia se liberara… sería el caos. La gente podría enloquecer tanto por el regreso repentino como cuando había desaparecido. No quería pensar lo que haría el rey.

Sin embargo, sin importar lo que sucediera el día siguiente, o la semana siguiente, o el año siguiente, se sentía

agradecida. Agradecida con los dioses, con el destino, con ella misma por haber sido lo suficientemente valiente para besarlo aquella noche. Agradecida por este pequeño fragmento de tiempo que se le había concedido con él.

Aún pensaba en lo que el capitán había dicho hacía varias semanas: aquello de ser reina.

Pero Dorian necesitaría una reina verdadera si iba a sobrevivir a esto. Algún día, tal vez, tendría que enfrentar la decisión de dejarlo ir por el bien común. Ella seguía siendo callada y pequeña. Si apenas podía hacerle frente a Amithy, ¿cómo podría esperarse que peleara por su país?

No, ella no podía ser reina, porque su valentía tenía límites, así como lo que podía ofrecer.

Pero por ahora… por ahora, sería egoísta un poco más de tiempo.

Durante dos días, Chaol continuó planeando el escape de Dorian y Sorscha, trabajando en conjunto con Aedion. No protestaron cuando les explicó lo que harían, e incluso percibió un poco de alivio en los ojos del príncipe. Todos se irían al día siguiente, cuando Chaol partiera rumbo a Anielle.

Era la excusa perfecta para que todos salieran del castillo: querían acompañar a su amigo durante uno o dos días para despedirlo. Él sabía que Dorian intentaría regresar a Rifthold, y que tendrían que discutir sobre eso, pero al menos ambos estaban de acuerdo en que Sorscha debía irse. Algunas de las posesiones de Aedion ya estaban en el departamento, donde Ren seguía reuniendo recursos para todos.

Por si acaso. Chaol había entregado al rey las sugerencias formales para su reemplazo, y el anuncio se haría a la mañana siguiente. Después de todos esos años, de todos esos planes y esperanzas y trabajo, se iría. No había

podido convencerse de dejarle su espada a su sucesor, como debería haber hecho. Un día más, solo tenía que logar sobrevivir un día más.

Pero no había manera de que Chaol se preparara para el llamado que recibió de parte del rey de Adarlan en el cual le pedía que se reuniera con él en su cámara privada de consejo. Cuando llegó, Aedion ya estaba ahí, rodeado de quince guardias que Chaol no reconoció, todos con esas túnicas que tenían el guiverno real bordado con hilo negro.

El rey de Adarlan estaba sonriendo.

En cuestión de minutos, Dorian se enteró de que su padre había llamado a Aedion y a Chaol a su cámara de consejo privada. En cuanto lo supo, corrió, pero no con Chaol sino con Sorscha.

Casi se colapsó de alivio cuando la encontró en su taller. Pero se obligó a tener fuerza en las rodillas cuando cruzó la habitación de un par de pasos y le tomó la mano.

—Nos vamos. Ahora. Tienes que salir de este castillo ahora, Sorscha.

Ella se resistió.

—¿Qué pasó? Dime qué…

—Nos vamos a ir ahora —jadeó él.

—Oh, no lo creo —ronroneó alguien desde la puerta abierta.

Se dio la vuelta y vio a Amithy, la vieja sanadora, con los brazos cruzados y una pequeña sonrisa. Dorian no pudo hacer nada cuando media docena de guardias desconocidos aparecieron tras Amithy y ella dijo:

—El rey quiere verlos a ambos en sus habitaciones. De inmediato.

Capítulo 64

En la habitación del consejo en la parte alta del castillo de cristal, Aedion ya había identificado las salidas y ya había considerado qué muebles podía usar como defensa o como arma. Le habían

quitado su espada cuando fueron por él a sus aposentos, aunque no lo habían encadenado. Un error letal. El capitán tampoco estaba encadenado; de hecho, los muy tontos lo habían dejado armado. El capitán estaba haciendo su mejor esfuerzo por verse vagamente confundido mientras el rey los miraba desde el trono de cristal.

—Qué interesante ha resultado esta noche. Qué información tan interesante me han proporcionado mis espías —dijo el rey y pasó la mirada de Aedion a Chaol y luego de Dorian a su mujer.

—Encuentran a mi general más talentoso escabulléndose por Rifthold en medio de la noche, después de que ha

gastado tanto de mi oro en fiestas a las cuales ni siquiera se molesta en asistir. Y, de alguna manera, a pesar de los años de animadversión, se vuelve amigo cercano de mi capitán de la Guardia. Mientras tanto, mi hijo —Aedion no envidió la sonrisa que el rey le dedicó al príncipe heredero— aparentemente ha estado metiéndose con la plebe. De nuevo.

Había que reconocerle a Dorian que gruñó y dijo:

—Piensa bien tus palabras, padre.

—¿Oh? —El rey arqueó su gruesa ceja cicatrizada—. Sé, por una buena fuente, que planeabas huir con esta sanadora. ¿Por qué harías una cosa así?

La garganta del príncipe se movió pero mantuvo la cabeza en alto.

—Porque no puedo soportar la idea de que ella pase otro minuto en este agujero de mierda y podredumbre que tú llamas corte.

Aedion no pudo evitar admirarlo por eso, por no ceder en nada hasta que el rey mostrara sus cartas. Era un hombre listo, un hombre valiente. Pero tal vez no sería suficiente para sacarlos de ahí vivos.

—Bien —dijo el rey—. Yo tampoco.

Agitó una mano y antes de que Aedion pudiera lanzar una advertencia, los guardias separaron al príncipe de la chica. Cuatro sostuvieron a Dorian y dos

forzaron a Sorscha a arrodillarse con una patada detrás de las rodillas.

La chica gritó al caer en el mármol, pero luego se quedó en silencio, toda la habitación guardó silencio, cuando un tercer guardia sacó su espada y la colocó con suavidad en la parte trasera de su cuello delgado.

—No te atrevas —gruñó Dorian.

Aedion miró a Chaol, pero el capitán estaba congelado. Estos no eran sus guardias. Esos uniformes eran como los de los hombres que habían cazado a Ren. Tenían los mismos ojos muertos, la misma vileza que había hecho que no se arrepintiera de matar a sus colegas en el callejón. Había matado a seis esa noche

con daño mínimo. ¿Cuántos podría eliminar ahora? Su mirada se cruzó con la del capitán y el capitán movió los ojos hacia el guardia que tenía la espada de Aedion. Ese sería uno de sus primeros movimientos, conseguirle una espada a Aedion para que pudiera pelear.

Porque pelearían. Pelearían para salir de esta situación o hasta la muerte.

El rey le dijo a Dorian:

—Yo elegiría mis siguientes palabras con mucho cuidado, príncipe.

Chaol no podía empezar la pelea, no con esa espada que reposaba en el cuello de Sorscha. Esa era la primera meta: sacar a la chica con vida. Luego

Aedion. El rey no mataría a Dorian, no aquí y no así. Pero a Aedion y Sorscha tenían que irse. Y eso no podría suceder hasta que el rey pidiera que la guardia se retirara. Entonces Dorian habló:

—Déjala ir y te diré lo que quieras —dio un paso hacia su padre con las palmas al frente—. Ella no tiene nada que ver con esto, con lo que sea esto. Con lo que sea que creas que sucedió.

—¿Pero tú sí?

El rey seguía sonriendo. Había un trozo tallado y redondo de roca negra, familiar, que descansaba sobre la mesa pequeña al lado del rey. Desde la distancia, Chaol no alcanzaba a ver lo que era, pero de todas maneras hacía

que se le revolviera el estómago.

—Dime, hijo, ¿por qué se estaban reuniendo el general Ashryver y el capitán Westfall estos meses?

—No lo sé.

El rey chasqueó la lengua y el guardia levantó su espada. Chaol intentó moverse al frente y Sorscha inhaló.

—¡No, alto! —Dorian lanzó una mano al frente.

—Entonces responde la pregunta.

—¡Lo estoy haciendo! Desgraciado, ¡lo estoy haciendo! ¡No sé por qué se estaban reuniendo!

La espada del guardia seguía elevada, lista para caer antes de que Chaol pudiera moverse un ápice.

—¿Sabías que un espía vive en mi castillo desde hace tiempo, príncipe? ¿Alguien que le ha estado dando información a mis enemigos y que ha estado haciendo un complot en mi contra con un conocido líder rebelde?

Mierda. Mierda. Tenía que referirse a Ren, el rey sabía quién era Ren y había enviado a esos hombres a cazarlo.

—Solo dime quién, Dorian, y podrás hacer lo que quieras con tu amiga.

El rey ignoraba, por lo visto, si era él, o Aedion, o si eran ambos quienes se habían estado reuniendo con Ren. Ignoraba cuánto sabían de sus planes, de su control sobre la magia. Aedion de alguna manera había conservado la boca

cerrada, y seguía dando la impresión de que estaba listo para pelear.

Aedion, quien había sobrevivido tanto tiempo sin esperanza, manteniendo su reino unido de la mejor manera que pudo… quien nunca vería a la reina que amaba con tanta fiereza. Merecía verla, merecía que ella lo tuviera sirviendo en su corte.

Chaol respiró y se preparó para decir las palabras que lo condenarían.

Pero Aedion habló antes.

—¿Quieres un espía? ¿Quieres un traidor? —dijo el general con su voz perezosa y le lanzó su réplica de anillo al suelo—. Entonces aquí me tienes. ¿Quieres saber por qué nos estábamos

reuniendo el capitán y yo? Era porque tu estúpido bastardo capitán niño se dio cuenta de que yo había estado trabajando con uno de los rebeldes. Me ha estado chantajeando durante meses para que le dé información y él dársela a su padre y que luego el Señor de Anielle te la ofrezca a ti cuando necesite un favor. ¿Y sabes qué? —añadió Aedion y les sonrió a todos, el Lobo del Norte encarnado. El rey no había demostrado desconcierto por lo del anillo—. Todos ustedes, monstruos, pueden arder en el infierno. Porque mi reina vendrá y los clavará a las paredes de su maldito castillo. Y no puedo esperar a ayudarla a abrirlos en canal como los cerdos que

son.

Escupió a los pies del rey, justo sobre el anillo falso que ya había dejado de rebotar.

Era impecable: la rabia y la arrogancia y el triunfo. Pero cuando los miró fijamente a cada uno de ellos, el corazón de Chaol se fracturó.

Porque por un instante, cuando esos ojos turquesa lo miraron, no había nada de rabia ni de triunfo. Solo un mensaje a la reina que Aedion nunca vería. Y no había palabras para transmitirlo: el amor y la esperanza y el orgullo. La pena de no conocerla como la mujer en quien se había convertido. El regalo que Aedion pensó que le estaba dando al

salvar la vida de Chaol.

Chaol asintió levemente, porque entendió que no podía ayudar, no en ese momento, no hasta que quitaran la espada del cuello de Sorscha. Luego lucharía, y tal vez todavía pudiera sacarlos con vida.

Aedion no luchó cuando los guardias le pusieron grilletes en las muñecas y los tobillos.

—Siempre me había preguntado sobre ese anillo —dijo el rey—. ¿Sería la distancia o alguna verdadera fuerza de espíritu que te hacía tan poco receptivo a sus sugerencias? Pero independientemente de eso, me alegra que hayas confesado la traición, Aedion

—habló con un gozo lento y deliberado —. Me alegra tanto que lo hayas hecho frente a todos estos testigos, también. Hará que tu ejecución sea mucho más sencilla. Aunque creo… —el rey sonrió y miró el anillo falso— creo que esperaré. Tal vez un mes o dos. Solo en caso de que haya algún invitado de último minuto que tenga que viajar una distancia muy grande para la ejecución. Solo en caso de que a alguien se le meta en la cabeza que puede rescatarte.

Aedion gruñó. Chaol se controló para no mostrar su propia reacción. Tal vez el rey nunca había sabido nada de ellos, tal vez esto solo había sido un engaño para hacer que Aedion confesara

algo, porque el rey sabía que el general ofrecería su propia vida antes que la de un inocente. El rey quería saborear esto, y saborear la trampa que ahora le había puesto a Aelin, incluso si le costaba un buen general en el proceso. Porque cuando ella escuchara que Aedion estaba preso, cuando supiera la fecha de la ejecución… correría a Rifthold.

—Cuando ella venga por ti —le prometió Aedion al rey—, tendrán que despegar los restos de tu cuerpo de las paredes.

El rey solo sonrió. Luego miró a Dorian y a Sorscha, que parecían apenas poder respirar. La sanadora seguía en el suelo y no levantó la cabeza cuando el

rey recargó sus grandes brazos en las rodillas y dijo:

—¿Y tú, qué tienes que decir a tu favor, niña?

Ella temblaba y negaba con la cabeza.

—Ya es suficiente —gritó Dorian con sudor en la frente. El príncipe se contrajo por el dolor que le provocaba el hierro en la sangre para controlar su magia—. Aedion confesó, ahora déjala ir.

—¿Por qué habría de dejar ir a la verdadera traidora de este castillo?

Sorscha no podía dejar de temblar mientras el rey hablaba.

Después de años de permanecer

invisible, todo su entrenamiento, primero de esos rebeldes en Fenharrow, luego los contactos donde habían enviado a su familia en Rifthold… todo arruinado.

—Unas cartas muy interesantes que le enviabas a tu amigo. Vaya, yo ni siquiera las habría leído —dijo el rey— si no hubieras dejado una en la basura para que la encontrara tu superior. Verás, ustedes, los rebeldes, tienen espías y yo tengo los míos. Y en cuanto decidiste empezar a usar a mi hijo… —ella percibió que el rey le sonreía burlonamente—. ¿Cuántos de sus movimientos les reportaste a tus amigos rebeldes? ¿Qué otros secretos míos has

compartido a lo largo de los años?

—Déjala en paz —gruñó Dorian. Eso fue suficiente para que ella empezara a llorar. Él todavía pensaba que era inocente.

Y tal vez, tal vez él podría salir de esta si se sorprendía de la verdad, si el rey veía la sorpresa y el horror de su hijo.

Así que Sorscha levantó la cabeza, a pesar de que le temblaba la boca, a pesar de que le quemaban los ojos, y miró al rey de Adarlan.

—Usted destruyó todo lo que yo tenía y se merece lo que le suceda —dijo. Luego miró a Dorian, que tenía los ojos muy abiertos y el rostro blanco

como el hueso—. No se suponía que debería amarte. Pero así fue. Así es. Y hay tantas cosas que me gustaría… que me hubiera gustado que hiciéramos juntos, que viéramos juntos.

El príncipe solo se le quedó viendo y luego caminó a la orilla del estrado y se dejó caer de rodillas.

—Dime cuál es tu precio —le dijo a su padre—. Pídemelo a mí, pero déjala ir. Exíliala. Depórtala. Lo que sea, pídemelo y se hará.

Ella empezó a sacudir la cabeza, intentando encontrar las palabras para decirle que no lo había traicionado a él, no a su príncipe. Al rey sí. Había escrito informes sobre sus movimientos durante

años en cada una de las cartas que le escribía con cuidado a su «amigo». Pero nunca a Dorian.

El rey miró a su hijo por un largo rato. Miró al capitán y a Aedion, tan silenciosos y tan altos, ejemplos de esperanza para su futuro.

Luego miró nuevamente a su hijo, de rodillas frente al trono, de rodillas por ella, y dijo:

—No.

—No.

Chaol pensó que no lo había

escuchado, la palabra que cortó el aire justo antes de que lo hiciera la espada del guardia.

Un golpe de esa espada poderosa.

Eso fue todo lo que hizo falta para cortarle la cabeza a Sorscha.

El grito que brotó de Dorian fue el peor sonido que Chaol había escuchado.

Peor incluso que el golpe pesado y húmedo de la cabeza cuando chocó con el mármol rojo.

Aedion empezó a rugir, a rugir y a maldecir al rey, sacudiéndose contra sus cadenas, pero los guardias se lo llevaron y Chaol estaba demasiado conmocionado para hacer otra cosa que no fuera ver el cuerpo de Sorscha caer

al piso. Y luego Dorian, aún gritando, empezó a correr por la sangre hacia el cuerpo, hacia la cabeza, como si pudiera volverlos a unir.

Como si pudiera volverla a armar.

Capítulo 65

Chaol no había podido mover ni un músculo desde el momento en que el guardia le cortó la cabeza a Sorscha hasta el momento en que Dorian, aún arrodillado en un charco de su sangre,

dejó de gritar.

—Eso es lo que les espera a los traidores —dijo el rey a la habitación silenciosa.

Y Chaol miró al rey, a su amigo destrozado, y sacó su espada.

El rey puso los ojos en blanco.

—Guarda la espada, capitán. No me interesan tus payasadas nobles. Te irás a casa con tu padre mañana. No partas de este castillo en desgracia.

Chaol mantuvo la espada desenvainada.

—No iré a Anielle —gruñó—. Y no te serviré un minuto más. Hay solo un rey verdadero en esta habitación y siempre lo ha habido. Y no está sentado

en ese trono.

Dorian se puso tenso, pero Chaol continuó:

—Hay una reina en el norte y ya te derrotó una vez. Lo hará de nuevo. Y de nuevo. Porque lo que ella representa, y lo que tu hijo representa, es a lo que tú le temes más: la esperanza. No puedes robarla, no importa a cuántas personas arranques de sus hogares y esclavices. Y no puedes quebrantarla, no importa a cuántas personas más asesines.

El rey se encogió de hombros.

—Quizás. Pero tal vez puedo empezar contigo —tronó los dedos a los guardias—. Mátenlo a él también.

Chaol se dio la vuelta hacia los

guardias detrás de él y se agachó, listo para abrirse camino luchando y salir de ahí junto con Dorian.

Entonces escuchó el crujido de un arco y se dio cuenta de que había otros en la habitación, escondidos en las sombras imposiblemente densas.

Solo tuvo tiempo suficiente para girar, para ver la flecha que se dirigía a él con precisión mortal.

Solo el tiempo suficiente para ver que los ojos de Dorian se abrían de par en par y toda la habitación se sumergía en hielo.

La flecha se congeló a medio vuelo y cayó al piso, donde se rompió en cientos de pedazos.

Chaol miró a Dorian con horror mudo y vio que los ojos de su amigo brillaban con un azul profundo y encolerizado. El príncipe le gruñó al rey:

—No lo toques.

El hielo se extendió por la habitación, subió por las piernas de los guardias sorprendidos, congeló la sangre de Sorscha. Dorian se puso de pie, levantó ambas manos y una luz brilló a lo largo de sus dedos. Una brisa fría le revolvió el cabello.

—Sabía que la tenías, niño —

empezó a decir el rey mientras se ponía de pie, pero Dorian levantó una mano y un viento helado devolvió al rey a su silla y la ventana de atrás estalló en pedazos. El viento entró rugiendo a la habitación y ahogó todo el sonido.

Todo salvo las palabras de Dorian cuando volteó a ver a Chaol, con las manos y la ropa empapadas con la sangre de Sorscha.

—Corre. Y cuando regreses… —el rey empezaba a ponerse de pie, pero otra ola de magia de Dorian lo azotó y lo tiró. Las lágrimas ya corrían por las mejillas sangrientas de Dorian—. Cuando regreses —dijo el príncipe— quema todo este lugar por completo.

Un muro de negrura crujiente empezó a moverse hacia ellos desde detrás del trono.

—Vete —ordenó Dorian mientras giraba hacia la avanzada del poder de su padre.

Una luz explotó desde el sitio donde estaba Dorian y bloqueó la ola. El castillo entero se sacudió.

La gente gritó y a Chaol se le doblaron las rodillas. Por un momento, dudó si debía quedarse a luchar con su amigo, en ese momento y en ese lugar.

Pero sabía que esto había sido otra trampa. Una para Aedion y Aelin y una para Sorscha. Y para hacer que Dorian mostrara su poder.

Dorian también lo sabía. Lo sabía y de todas maneras lo hizo para permitirle a Chaol escapar, para encontrar a Aelin y decirle lo que había sucedido ese día. Alguien tenía que salir de ahí. Alguien tenía que sobrevivir.

Miró a su amigo, tal vez por última vez, y dijo lo que siempre había sabido, desde el momento en que se conocieron, cuando entendió que el príncipe era su hermano en el alma:

—Te quiero.

Dorian simplemente asintió con los ojos aún encendidos y levantó sus manos nuevamente contra su padre. Hermano. Amigo. Rey.

Y cuando otra ola del poder del rey

llenó la habitación, Chaol salió entre los guardias aún congelados y huyó.

Aedion se percató de que ya todo se había ido al infierno cuando el castillo se sacudió. Pero ya iba camino a los calabozos, atado de la cabeza a los pies.

Había sido una decisión sencilla. Cuando el capitán había estado a punto de sacrificarse por ambos, él solo pensó en Aelin, en lo que le sucedería si su amigo moría. Aunque él nunca volviera a verla, sería preferible a tener que enfrentarla y explicarle que el capitán

había muerto.

Por los sonidos que se escuchaban, parecía como si el príncipe estuviera generando una distracción para que el capitán pudiera huir, y porque no había manera de que el príncipe permitiera que su padre saliera impune tras la muerte de esa mujer. Así que Aedion Ashryver permitió que lo condujeran a la oscuridad.

No se molestó con rezos, ni para él ni para el capitán. Los dioses no lo habían ayudado en estos diez años, y no lo salvarían ahora.

No le importaba morir.

Aunque sí deseaba haber tenido la oportunidad de verla, solo una vez.

Dorian chocó contra el piso de mármol, donde el charco de sangre de Sorscha se había vuelto a derretir.

Incluso después de que su padre le lanzó otra ola de poder negro, cegador y ardiente, que le llenó la boca y las venas, incluso cuando gritó, lo único que podía ver era ese momento, cuando la espada cortó carne, tendón y hueso. Podía ver todavía sus ojos abiertos, su cabello que brillaba bajo la luz cuando también se desprendió.

Debía haberla salvado. Todo había sucedido demasiado rápido.

Pero cuando la flecha salió volando hacia Chaol…, esa era la muerte que no podría soportar. Chaol había definido su posición y Dorian estaba del mismo lado que él. Chaol lo había llamado su rey.

Así que revelar su poder a su padre no lo asustó.

No para salvar a su amigo, la muerte no lo asustaba en lo más mínimo.

La explosión de poder retrocedió y Dorian se quedó jadeando sobre la piedra. Ya no le quedaba nada.

Chaol había escapado. Era suficiente.

Estiró el brazo hacia donde estaba el cuerpo de Sorscha. El brazo le quemaba,

tal vez estaba roto o tal vez era el poder de su padre que todavía lo estaba marcando, pero de todas maneras estiró el brazo hacia ella.

Para cuando su padre llegó frente a él, había logrado mover su mano unos cuantos centímetros.

—Hazlo —jadeó Dorian. Se estaba ahogando, con sangre o sabrían los dioses qué cosa.

—Oh, no lo creo —le respondió su padre y le encajó una rodilla en el pecho —. A ti no te tocará la muerte, mi hijo dotado.

Algo oscuro brillaba en las manos de su padre.

Dorian luchó como nunca contra los

guardias que ahora lo tenían agarrado de los brazos, e intentó usar lo que le quedaba de poder cuando su padre acercó el collar de piedra del Wyrd hacia su cuello.

Un collar, como los que usaban esas cosas que Chaol dijo que estaban en las Islas Muertas.

No…, no.

Estaba gritándolo, gritándolo porque había visto a esa criatura en las catacumbas, y escuchó lo que les estaban haciendo a Roland y a Kaltain. Había visto lo que solo un anillo era capaz de hacer. Esto era un collar entero, sin una cerradura visible…

—Sosténganlo —ladró su padre y le

encajó la rodilla con más fuerza.

El aire se le escapó del pecho y las costillas le crujieron en agonía. Pero Dorian no pudo hacer nada para detenerlo.

Logró zafar su brazo de uno de los guardias, lo estiró y empezó a bramar.

Apenas había tocado la mano inmóvil de Sorscha cuando la piedra fría se apretó contra su garganta. Escuchó un clic suave y un silbido, y luego la oscuridad entró en él para destrozarlo.

Chaol corrió. No tuvo tiempo de

llevarse nada salvo lo que traía en las manos y corrió como loco hacia la habitación de Dorian. Ligera estaba esperando, como había hecho toda la noche, y se la puso al hombro y la llevó al cuarto de Celaena y hacia el pasaje secreto. Bajaron y bajaron. La perrita estaba anormalmente obediente.

Tres estallidos sacudieron el castillo y removieron el polvo de las rocas sobre él. Siguió corriendo, consciente de que cada estallido significaba que Dorian seguía vivo un poco más, y temía el momento en que llegara el silencio.

Esperanza, eso es lo que llevaba consigo. La esperanza de un mundo mejor para el cual se habían sacrificado

Aedion y Sorscha y Dorian.

Se detuvo una vez, con Ligera aún sobre sus hombros.

Con una oración silenciosa a los dioses para pedirles perdón, Chaol entró a la tumba para llevarse a Damaris. Guardó la espada sagrada en su cinturón y se llevó unos cuantos puñados de oro en los bolsillos de su capa. Y aunque la aldaba en forma de cráneo no se movió, le dijo a Mort precisamente dónde estaría.

—En caso de que ella regrese. En caso… en caso de que ella no sepa.

Mort permaneció quieto, pero Chaol sintió que había escuchado de todas maneras cuando tomó la bolsa que

contenía los libros de magia de Dorian y de Celaena y huyó hacia el pasaje que lo llevaría al túnel del drenaje. Unos minutos después estaba levantando la reja de hierro del arroyo de desechos. El exterior estaba completamente oscuro y quieto.

Cuando levantó a Ligera de nuevo en sus brazos para pasar por el muro y hacia la ribera del arroyo más allá, el castillo se quedó en silencio. Hubo gritos, sí, pero el silencio estaba acechando detrás. No quiso saber si Dorian estaba vivo o muerto. No podía decidir que sería peor.

Cuando Chaol llegó al departamento escondido, Ren caminaba inquieto.

—¿Dónde está…?

Entonces Ren se dio cuenta de que el capitán venía manchado de sangre. La sangre que le había salpicado el cuello de Sorscha. Chaol no supo cómo encontró las palabras pero le dijo a Ren lo que había sucedido.

—¿Entonces somos solo nosotros? —preguntó Ren en voz baja. Chaol asintió. Ligera estaba olfateando el departamento y decidió que no valía la pena comerse a Ren, a pesar de que Ren

protestó porque el perro llamaría demasiado la atención. Se quedaría y eso no era negociable.

Se movió un músculo de la quijada de Ren.

—Entonces tenemos que encontrar una manera de liberar a Aedion. Tan pronto como sea posible. Tú y yo. Entre tu conocimiento del castillo y mis contactos, podemos encontrar una manera… —hizo una pausa y continuó en voz baja—. ¿Dices que la mujer de Dorian era una… una sanadora? —Chaol asintió y Ren se veía como si estuviera a punto de vomitar—. ¿Se llamaba Sorscha?

—Tú eras el amigo a quien le

enviaba esas cartas —dijo Chaol.

—La presioné mucho para que me diera información, no dejaba de… — Ren se cubrió el rostro y respiró sacudiéndose. Cuando miró a Chaol, sus ojos estaban brillantes. Lentamente, Ren estiró una mano—. Tú y yo encontraremos una manera de liberarlos. A Aedion y a tu príncipe.

Chaol no dudó en estrechar la mano del rebelde.

Capítulo 66

—Morath —dijo Manon preguntándose si había escuchado bien—. ¿Para la batalla?

Su abuela volteó desde el escritorio con los ojos brillantes.

—Para servir al duque, como lo ordenó el rey. Quiere a la líder de la Flota en Morath con la mitad de su equipo listas para actuar de inmediato. Las demás se quedarán aquí, bajo el mando de Iskra, para monitorear el norte.

—¿Y tú, tú dónde estarás?

Su abuela siseó y se puso de pie.

—Cuántas preguntas ahora que eres la líder de la Flota.

Manon agachó la cabeza. No habían hablado de la Crochan. Ella había entendido el mensaje: la próxima vez, la que estaría de rodillas sería una de las Trece. Así que mantuvo la cabeza inclinada cuando dijo:

—Solo pregunto porque no quiero que nos separemos, abuela.

—Mentirosa. Y además patética —su abuela devolvió la atención a su escritorio—. Yo permaneceré aquí, pero iré a Morath durante el verano. Tenemos trabajo pendiente aquí.

Cuando levantó la barbilla, y la nueva capa roja se acomodó sobre ella, Manon preguntó:

—¿Y cuándo volamos a Morath?

Su abuela sonrió con los dientes de hierro brillantes:

—Mañana.

Incluso bajo el manto de la noche, la brisa cálida de primavera estaba llena de pastos nuevos y ríos de nieve derretida, perturbados solo por el sonido de las alas que se batían mientras Manon llevaba a su equipo al sur a lo largo de los Colmillos.

Se mantuvieron en la sombra de las montañas. Iban cambiando de formación y se ocultaban para evitar que alguien contara con exactitud cuántas eran. Manon suspiró por la nariz y el viento le arrancó el sonido que se fue volando hacia atrás igual que su larga capa roja.

Asterin y Sorrel iban a su costado, silenciosas como los demás aquelarres durante las largas horas que llevaban

volando por las montañas. Cruzarían Oakwald, donde estaban más cerca las montañas de Morath, y luego se elevarían sobre la cubierta de nubes durante lo que quedaba del recorrido. Tan invisibles y silenciosas como fuera posible, así era como quería el rey que llegaran a la fortaleza de montaña del duque. Volaron toda la noche a lo largo de los Colmillos, rápidas y sigilosas como sombras, y la tierra debajo de ellas temblaba a su paso.

Sorrel iba con el rostro inmóvil, inspeccionando los cielos a su alrededor. Pero Asterin iba sonriendo levemente. No era una sonrisa salvaje, ni una que prometiera la muerte, sino

una sonrisa calmada. Estaba en el cielo, tocando las nubes. Donde pertenecían todas las Picos Negros. Donde pertenecía Manon.

Asterin la descubrió mirándola y sonrió más, como si no tuvieran un equipo de brujas volando tras ellas con Morath como destino. Su prima volteó el rostro hacia el viento, respirándolo, exultante.

Manon no se permitió saborear esa brisa encantadora ni darle entrada a esa dicha. Tenía trabajo que hacer, todas lo tenían. A pesar de lo que había dicho la Crochan, Manon no había nacido con corazón ni con alma. No los necesitaba.

Cuando pelearan la guerra del rey,

cuando sus enemigos estuvieran desangrándose a su alrededor… solo entonces podrían ir a reclamar su reino resquebrajado.

Y se iría a casa al fin.

Capítulo 67

El sol ascendente manchaba el río Avery de dorado cuando el hombre encapuchado caminó sobre el muelle endeble en los barrios bajos. Los pescadores iban saliendo a su pesca del

día y Rifthold seguía dormido y sin saber lo que había ocurrido la noche anterior.

El hombre sacó una espada hermosa, con su pomo de águila brillante que relucía bajo la primera luz del amanecer. Por un rato, miró la espada, pensando en todo lo que alguna vez había representado. Pero tenía una espada nueva a su lado, la espada de un rey antiguo, de un tiempo en el cual los hombres buenos sirvieron a gobernantes nobles y el mundo prosperó por ello.

Vería ese mundo renacer, aunque le costara hasta su último aliento. Aunque ya no tuviera nombre ahora, ni una posición ni un título salvo

«quebrantador de palabra», «traidor», «mentiroso».

Nadie se dio cuenta cuando la espada cayó al río y su pomo capturó el sol y brilló con fuego dorado, un reflejo de luz antes de que la tragara el agua oscura para no volver a ser vista jamás.

Capítulo 68

Resultó que la parte de «sumisión» del juramento de sangre era algo que Rowan interpretaba como mejor le convenía. Durante su viaje de dos semanas al puerto más cercano en Wendlyn, se pasó

el tiempo dándole órdenes a Celaena. Aparentemente creía que ahora que era parte de su corte, eso le daba derechos innegociables sobre ciertos temas relacionados con su seguridad, sus movimientos y sus planes.

Ella empezaba a preguntarse, mientras se acercaban a los muelles al final de la calle empedrada, si habría cometido un pequeñísimo error al atarlo a ella para siempre. Llevaban tres días discutiendo sobre su siguiente movimiento, sobre el bote que había contratado para que la llevara de regreso a Adarlan.

—Este plan es absurdo —dijo Rowan por centésima vez al detenerse

en las sombras de una taberna junto a los muelles. El aire era ligero y fresco—. Que regreses sola me parece un suicidio.

—Uno, regresaré como Celaena, no como Aelin…

—Celaena, la que no cumplió con la misión del rey, y que ahora estarán cazando.

—El rey y la reina de Eyllwe deben haber recibido la advertencia ya.

Había enviado un mensaje desde aquella vez que fueron al poblado, cuando investigaban los asesinatos de esa pobre gente. Aunque era casi imposible enviar cartas al imperio, Wendlyn tenía algunas maneras de

lograrlo. Y en cuanto a Chaol…, bueno, esa era otra de las razones por las cuales estaba aquí, en este muelle, a punto de subirse al barco. Despertó esa mañana y se quitó el anillo de amatista. Sintió un alivio bendito, una última sombra que se levantaba de su corazón. Pero aún había palabras que no se habían dicho, y necesitaba asegurarse de que él estuviera a salvo y que permaneciera así.

—¿Entonces vas a quitarle la llave a tu viejo maestro, vas a encontrar al capitán y luego qué?

Sumisión completa a ella, claro que sí.

—Luego iré al norte.

—¿Y yo debo quedarme aquí sentado durante sabrán los dioses cuántos meses?

Ella puso los ojos en blanco.

—No eres precisamente discreto, Rowan. Si tus tatuajes no llaman la atención, entonces el cabello, las orejas, los dientes…

—Tengo otra forma, ¿sabes?

—Y, como ya te lo dije, la magia no funciona allá. Estarías atrapado en esa forma. Aunque me han dicho que las ratas de Rifthold son particularmente deliciosas, si quieres comerlas durante meses.

La miró molesto y luego revisó el bote, aunque ella sabía que ya se había

escapado de su habitación de la posada la noche previa para inspeccionarlo.

—Somos más fuertes juntos que separados.

—De haber sabido que serías tan fastidioso, nunca te habría permitido que hicieras ese juramento.

—Aelin —al menos ya no estaba llamándola «Majestad» o «milady»—, ya sea como tu persona o como Celaena, intentarán encontrarte y matarte. Probablemente ya te están buscando. Podríamos ir a Varese en este momento y acercarnos a los parientes mortales de tu madre, los Ashryver. Ellos podrían tener un plan.

—Mi oportunidad de lograr sacar la

llave del Wyrd de Rifthold está en la capacidad de ocultarse de Celaena.

—Por favor —dijo él.

Pero ella se limitó a levantar la barbilla.

—Voy a ir, Rowan. Reuniré al resto de mi corte, de nuestra corte, y luego reuniré al mayor ejército que haya visto el mundo jamás. Cobraré cada uno de los favores que se me deben, cada deuda pendiente como Celaena Sardothien, las que les deben a mis padres, a mi línea de sangre. Y luego… —miró hacia el mar, hacia su hogar—. Luego voy a sacudir las estrellas —lo rodeó con los brazos, haciendo una promesa—. Pronto. Enviaré por ti pronto, cuando

sea el momento indicado. Mientras tanto, intenta ser de utilidad.

Él sacudió la cabeza pero la apretó con un abrazo tan fuerte como para romper huesos.

Retrocedió lo suficiente para verla.

—Tal vez vaya a ayudar a reparar Mistward.

Ella asintió.

—Nunca me contaste —dijo— qué le pedías a Mala esa mañana antes de que entráramos a Doranelle.

Por un momento pareció que él no se lo diría. Pero luego dijo en voz baja:

—Recé por dos cosas. Pedí que asegurara que sobrevivieras a tu encuentro con Maeve, que te guiara y te

diera la fuerza que necesitabas.

Esa calidez extraña y reconfortante, esa presencia que la había hecho sentir segura… El sol que se ponía le besó las mejillas como si lo confirmara, y un escalofrío le recorrió la columna.

—¿Y la segunda?

—Fue una petición egoísta y una esperanza ingenua.

Ella leyó el resto en su mirada. «Pero se hizo realidad».

—Es peligroso que un príncipe de hielo y viento le rece a la Portadora del Fuego —logró decir ella.

Rowan se encogió de hombros; una sonrisa secreta se dibujó en su rostro mientras limpió la lágrima que se

escapaba por la mejilla de Celaena.

—Por algún motivo, le agrado a Mala, y está de acuerdo en que formamos una pareja formidable.

Pero ella no quería saber, no quería pensar en la diosa del sol y su agenda cuando se lanzó hacia Rowan, inhalando su aroma, memorizando cómo se sentía. El primer miembro de su corte, la corte que cambiaría al mundo. La corte que lo reconstruiría. Juntos.

Abordó el barco cuando caía la noche, en la galera con todos los demás pasajeros para que no adivinaran la ruta a través del arrecife. Sin hacer revuelo, abrieron las velas y cuando al fin pudieron salir de la galera, ella fue a la

cubierta y vio el océano oscuro y abierto a su alrededor. Un halcón de cola blanca aún volaba sobre ellos y bajó volando para tocarle la mejilla con su ala de destellos de plata, para despedirse antes de dar la vuelta y regresar con un grito agudo.

En la noche sin luna, ella trazó la cicatriz de su palma, el juramento a Nehemia.

Le quitaría la primera llave del Wyrd a Arobynn y buscaría las otras, y luego encontraría la manera de poner las llaves del Wyrd de vuelta en su puerta. Liberaría la magia, destruiría al rey y salvaría a su gente. No importaban las probabilidades, no importaba cuánto

tiempo se tardara, no importaba qué tan lejos tuviera que ir.

Levantó el rostro hacia las estrellas. Era Aelin Ashryver Galathynius, heredera de dos poderosas líneas de sangre, protectora de un pueblo antes glorioso y reina de Terrasen.

Ella era Aelin Ashryver Galathynius, y no sentiría miedo.

Agradecimientos

Este libro no existiría sin mis amigos. En especial, mi mejor amiga, copiloto Jaeger y *anam cara*, Susan Dennard.

Con ella tengo mi mayor deuda, por los días enteros que pasó pensando conmigo y eligiendo la mejor manera de contar la historia, por sostener mi mano mientras yo recorría los caminos oscuros de este libro, por ser la voz en mi mente que me decía que siguiera adelante, siguiera adelante, siguiera adelante. No le podría dedicar este libro

a nadie más; nadie me reta y me anima y me inspira de un modo tan grande. Así que, gracias Soozyface, por ser ese tipo de amiga que estaba segura de que no existía en este mundo. Te quiero, amiga.

También tengo una gran deuda con mi amiga Alex Bracken, por la retroalimentación genial, por los correos electrónicos de chorrocientas páginas y por ser tan pero tan increíblemente comprensiva. No puedo decirte qué tan agradecida estoy de que nuestros caminos se hayan cruzado hace tantos años, lo increíble que ha sido este viaje.

Y nada de esto hubiera sucedido sin mi agente hermosa y feroz, Tamar Rydzinski, quien ha estado conmigo

desde el principio, y cuyo trabajo incansable ha hecho realidad esta serie. Me siento tan honrada de llamarte mi agente, pero aún más honrada de llamarte mi amiga.

A todo el increíble equipo mundial de Bloomsbury, ¿cómo puedo transmitirles toda la dicha que es trabajar con ustedes? Gracias, gracias, gracias por todo lo que hacen por mí y por Trono de Cristal. A mi editora, Margaret Miller: este libro sería un desastre sin ti. A Cat Onder, Cindy Loh y Rebecca McNally, ustedes son lo mejor. A Erica Barmash, Hali Baumstein, Emma Bradshaw, Kathleen Farrar, Cristina Gilbert, Courtney Griffin, Alice

Grigg, Natalie Hamilton, Bridget Hartzler, Charli Haynes, Emma Hopkin, Linette Kim, Lizzy Mason, Jenna Pocius, Emily Ritter, Amanda Shipp, Grace Whooley y Brett Wright: gracias desde lo más profundo de mi corazón por todo su arduo trabajo, entusiasmo y dedicación.

Al equipo de Audible y a la narradora del audiolibro de *Trono de Cristal*, Elizabeth Evans, gracias por hacer que el mundo de Celaena cobrara vida de una manera completamente nueva y por darle una voz. Y gracias a Janet Cadsawan, cuya hermosa línea de joyería de Trono de cristal en línea continúa sorprendiéndome a diario.

A la hermosa Erin «Ders» Bowman, por las ovaciones y su incansable aliento, por las videoplláticas y los retiros épicos (de no escribir). Escuadrón de héroes para siempre.

A Mandy Hubbard, Dan Krokos, Biljana Likic, Kat Zhang y la pandilla Publishing Crawl, gracias por ser algunas de las luces más brillantes.

A mis padres, mis fans número uno, por todas las aventuras que con frecuencia sirven como inspiración para estos libros. A mi familia, por el amor y el apoyo, y por hacerle publicidad a esta serie entre sus amigos y clubes de lectura. Los amo a todos. A mi maravillosa abuela Connie, te extraño y

desearía que estuvieras aquí para leer esto.

A los lectores que han tomado esta serie y la han apoyado: mis palabras no pueden expresar mi gratitud. Me siento muy bendecida por tenerlos como fans. Ustedes hacen que todo el trabajo valga la pena.

A mi perrita, Annie: no puedes leer (aunque no me sorprendería si lo pudieras hacer en secreto), pero quiero dejar escrito aquí, para toda la eternidad, que eres la mejor acompañante canina que se podría desear. Gracias por el cariño, por sentarte en mis piernas mientras trato de escribir, y por ser alguien con quién

hablar todo el día. Perdón por poner la música a todo volumen cuando intentas dormir. Te amo, te amo, te amo por siempre jamás.

Y a mi esposo, Josh: te toca el final aquí pero eso es porque eres el primero en mi corazón. Nunca dejaré de estar agradecida de poder compartir este viaje salvaje contigo.

SARAH J. MAAS. Es una joven autora norteamericana, nacida en la ciudad de Nueva York en el año 1986. Graduada Magna Cum Laude en el Hamilton College con una licenciatura en Escritura Creativa, y una diplomatura en Estudios Religiosos en 2008.

Vive en el sur de California, y le encanta leer historias de fantasía, coleccionar todo lo relacionado con Han Solo, beber café, la telebasura y las películas Disney. Cuando no está ocupada escribiendo novelas de fantasía, se la puede encontrar explorando la costa Californiana.

Trono de Cristal es su primera novela, publicada en agosto de 2012. A esta le precedieron una serie de cuatro relatos cortos a modo de precuela: *La asesina y el señor de los piratas* (enero 2012), *La asesina en el desierto* (marzo 2012), *La asesina en el submundo* (mayo 2012) y *La asesina en el imperio* (julio 2012),

todas ellas protagonizadas por la heroína de «Trono de Cristal», Celaena Sardothien.

La saga «Trono de Cristal» consta además, de tres novelas ya publicadas en ingles y otras dos más todavía sin publicar. En septiembre de 2015 se anunció que se habían vendido los derechos para convertir la saga en una serie de televisión.

Actualmente compagina la escritura de «Trono de cristal», con la trilogía «Una corte de rosas y espinas».